Kate Andersen Brower

Elizabeth Taylor

La fuerza y el glamour de un icono

Biografía

LIBROS CÚPULA

Índice

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

   



Sinopsis

Elizabeth Taylor es la última gran estrella surgida de los clásicos estudios de Hollywood y es una leyenda conocida por su belleza y su magnética presencia en la pantalla. Su carrera abarcó parte del siglo XX, pero su vida privada fue aún más apasionante que sus oscarizadas interpretaciones en pantalla. Durante sus setenta y nueve años de amores y desamores, se casó ocho veces con siete hombres diferentes.

En la primera biografía autorizada de este icono de Hollywood, Kate Andersen Brower revela el mundo a través de los ojos de Elizabeth. Brower utiliza cartas inéditas, entradas del diario de la artista y transcripciones de entrevistas extraoficiales, así como entrevistas con 250 de sus amigos y familiares más cercanos, para contar la historia completa y sin tapujos de su extraordinaria carrera y su explosiva vida privada, que llegó a los titulares de todo el mundo.

Esta biografía capta como nunca antes a una mujer inteligente, empática, tenaz y compleja, desde su ascenso a la fama a los doce años en el largometraje *Fuego de juventud* hasta convertirse en la primera mujer en negociar un salario millonario por una película, desde sus ocho matrimonios y su duradera relación amorosa con Richard Burton hasta su lucha de por vida contra la adicción y sus valientes esfuerzos como activista contra el sida.

He aquí un fascinante y completo retrato digno de la legendaria estrella y de su legado.

Elisabeth Taylor

La fuerza y el glamour de un icono

Kate Andersen Brower

Biografía

LIBROS CÚPULA

Para el senador John Warner, que quería que esta historia se contase

Para Charlotte, mi propia niña salvaje y exuberante

PELÍCULAS Y FAMILIA DE ELIZABETH

There's One Born Every Minute (1942)
La cadena invisible (1943)
Jane Eyre (1943) (No figura en los créditos)
Las rocas blancas de Dover (1944)
Fuego de juventud (1944)
El coraje de Lassie (1946)
Recursos de mujer (1947)
Cynthia (1947)
Así son ellas (1948)
Julia se porta mal (1948)
Mujercitas (1949)
Traición (1949)
El padre de la novia (1950)
Cicatrices del recuerdo (1950)
El padre es abuelo (1951)
Un lugar en el sol (1951)
Quo Vadis? (1951) (Figurante, no mencionada en los créditos)
Callaway Went Thataway (1951) (Aparición breve, sin acreditar)
Nunca el amor fue tan bello (1952)
Ivanhoe (1952)
La chica que lo tenía todo (1953)
Rapsodia (1954)
La senda de los elefantes (1954)
Beau Brummel (1954)
La última vez que vi París (1954)
Gigante (1956)

El árbol de la vida (1957)
La gata sobre el tejado de zinc (1958)
De repente, el último verano (1959)
Una mujer marcada (1960)
Holiday in Spain (1960) (No figura en los créditos)
Cleopatra (1963)
Hotel Internacional (1963)
Beckett (1964) (Figurante, no mencionada en los créditos)
Castillos en la arena (1965)
¿Quién teme a Virginia Wolf? (1966)
La mujer indomable (1967)
Reflejos en un ojo dorado (1967)
Doctor Fausto (1967)
Los comediantes (1967)
La mujer maldita (1968)
Ceremonia secreta (1968)
Ana de los mil días (1969) (Figurante, no acreditada)
El único juego en la ciudad (1970)
Bajo el bosque lácteo (1971)
Salvaje y peligrosa (1972)
Pacto con el diablo (1972)
Una hora en la noche (1973)
Miércoles de ceniza (1973)
La masoquista (1974)
El pájaro azul (1976)
Pequeña música nocturna (1977)
Muertes de invierno (1979) (No figura en los créditos)
El espejo roto (1980)
Genocide (1982) (Narradora)
El joven Toscanini (1988)
Los Picapiedra (1994) (Voz)

PREMIOS

Globo de Oro (1957): premio a Logros especiales

Globo de Oro (1960): mejor actriz en la película *De repente, el último verano*

Premio de la Academia (Óscar) (1961): mejor actriz protagonista por *Una mujer marcada*

Premio de la Academia (Óscar) (1967): mejor actriz protagonista por *¿Quién teme a Virginia Wolf?*

Globo de Oro (1974): premio Favoritos del Mundo del Cine

Globo de Oro (1985): premio Cecil B. DeMille

American Film Institute (1993): 21.º premio a los logros de toda una vida

Premio de la Academia (Óscar) (1993): premio Jean Hersholt a la labor humanitaria

Nombrada Dama Comandante de la Orden del Imperio Británico en la Lista de Honor del Milenio

GLAAD (Gay and Lesbian Alliance Against Defamation): premio Vanguard 2000. Carrie Fisher, hijastra de Elizabeth, se lo entregó durante el 11.º premio Vanguard de la GLAAD

Medalla Presidencial Ciudadana (2001): honor concedido por el presidente Bill Clinton en premio a su extraordinario e incansable activismo contra el VIH y el sida

Honores del Centro Kennedy (2002): receptora del premio más importante del país por sus logros en las artes escénicas

MATRIMONIOS

Conrad Hilton, h. (1950-1951)
Michael Wilding (1952-1957)
Mike Todd (1957-1958 [fallecimiento])
Eddie Fisher (1959-1964)
Richard Burton (1964-1974)
Richard Burton (1975-1976)
John Warner (1976-1982)
Larry Fortensky (1991-1996)

Hijos

Michael Wilding h. (n. 1953)
Christopher (Chris) Wilding (n. 1955)
Liza Todd Tivey (n. 1957)
Maria Burton (n. 1961)

PRÓLOGO

> Las coincidencias no existen y nada sucede sin un motivo; yo lo encontraré.
>
> CARTA DE ELIZABETH TAYLOR A RICHARD BURTON

ROMA, 1987

La estrella del cine más fotografiada del mundo estaba sola en la terraza de Villa Papa, una mansión romana de tres mil metros cuadrados en el número 448 de la Via Appia Pignatelli. La luz de primera hora de la tarde encendía su cabello, negro como las plumas de los cuervos, y aquellos legendarios ojos azules —que algunos juraban que, en realidad, tenían un tono violáceo que no era de este mundo— contemplaban las más de tres hectáreas de la villa, con sus jardines frondosos, la piscina de agua cristalina y sus pistas de tenis. Elizabeth conocía muy bien al actual ocupante de la casa, el célebre director Franco Zeffirelli. Esa casa había sido su hogar durante la filmación de la película épica *Cleopatra* en 1963, donde inició el apasionado y devorador romance con su compañero Richard Burton. En aquel momento, al inclinarse sobre la barandilla del balcón, deseó estar en cualquier otro lugar del mundo. Sin embargo, algo la mantenía amarrada a aquel sitio.

Su amiga Aprile Millo, una soprano que se encontraba en Roma ayudándola a preparar su papel para la próxima película de Zeffirelli, supuso que revivía en tecnicolor sus recuerdos de Richard Burton, el hombre con el que se había casado dos veces. Richard había muerto hacía tres años, y, aunque ya estaban divorciados desde tiempo antes de su muerte, ambos hablaban por

teléfono casi a diario.

Elizabeth recorrió la *suite* principal y salió nuevamente a la terraza. Se volvió hacia Millo y le preguntó:

—¿Me das un segundo, por favor?

Después de unos minutos, volvió a entrar y pareció perdida en sus pensamientos. Millo no sabía que esta también era la casa que Elizabeth había compartido con el cantante Eddie Fisher, con quien estuvo casada antes de conocer a Richard, y el sitio donde Richard y ella fueron asediados por la prensa en una época en la que casi todo el mundo la consideraba una rompehogares. La casa representó una época de su vida antes de que la oscuridad diera paso a la luz.

En la década de 1960, Elizabeth y Richard prácticamente habían inventado a los *paparazzi*, término que designaba a los agresivos fotógrafos romanos autónomos que Federico Fellini llevó a la fama en su película *La Dolce Vita*. Todo el mundo conocía la historia: Elizabeth le robó a la actriz Debbie Reynolds su marido, Eddie Fisher, y posteriormente puso los ojos sobre Richard Burton y se lo quitó a su mujer, Sybil Burton. Desde luego, las cosas no fueron tan sencillas.

Por la mente de Elizabeth pasaron pensamientos de estar atrapada en la villa, oyendo chocar contra la pared las escaleras de los fotógrafos que intentaban obtener una foto de ella por alguna de las ventanas. Recordó el día en que uno de ellos llamó a la puerta fingiendo ser un fontanero. Hubo incluso amenazas de muerte hacia sus hijos. Un *paparazzo* le propinó a la actriz un puñetazo en el estómago para causarle una reacción y con ello vender más cara su fotografía. Parecía que nada era sagrado. Incluso le robaron un perro… para luego devolvérselo.

Llegó un momento en que cuando ella estaba en la villa esta era vigilada por policías de paisano mientras otros de uniforme patrullaban como si se tratase de una fortaleza. Y parecía que no se podía confiar en nadie que no pudiese probar sus buenas intenciones. Una publicista de *Cleopatra* llevaba el cabello elaboradamente recogido hacia arriba hasta que se descubrió que cuando visitaba el plató ocultaba una pequeña cámara en el moño.

Antes de que interviniese la policía, una de las ayudantes de Elizabeth había abierto la puerta de entrada y la cerró de golpe cuando vio una cámara que le apuntaba. El fotógrafo, sin arredrarse, intentó tirar la puerta abajo y en el interior varias personas tuvieron que empujarla por detrás para mantenerla cerrada. Mientras por primera vez en dos décadas visitaba la villa, Elizabeth recordó cómo sus hijos trataban de ahuyentar a los *paparazzi* del jardín con mangueras de agua y rastrillos. Entonces, ella y Richard trataron de convertir aquello en un juego de polis y ladrones para los niños, con el fin de ocultarles que, en realidad, los estaban asediando. Durante los años que siguieron, Elizabeth trató de no hablar del daño que aquello había causado a su familia y a ella misma.

En un sobre rotulado E. T. PERSONAL-NO ABRIR hay una carta privada. Proviene de los archivos de Elizabeth y forma parte de la colección, meticulosamente catalogada, de 7.358 cartas, entradas de diario, artículos y notas personales y 10.271 fotografías. La carta narra la historia de aquel día de 1987 en que fue a visitar Villa Papa. Está dirigida a Richard Burton, muerto en 1984 a los cincuenta y ocho años. Para entonces, ella ya había estado casada con otros cinco hombres y aún se casaría una vez más.

«Richard, mi amor, mi amor por siempre, esto es exactamente para mí, es posible que estés oyendo y sintiendo mi alma —escribe —. Creo que es probable que siempre puedas, creo que estás al tanto de todo lo que sucede en este extraño cerebro mío. Siempre está lleno de ti, pero desde luego algunas veces más que otras. Ahora mismo estoy rebosante de ti, llenas tanto mis pensamientos y mi humor más recóndito que es como si estuvieras dentro de mí. Te tengo, pero ¡santo Dios, no te tengo! No me quejo porque de verdad soy una de las mujeres más afortunadas del mundo: te amo y tú me amas a mí. Pero, Dios, echo de menos tus brazos, tus ojos que me decían tantas cosas, tu voz que me enseñó a comprender y apreciar cosas tan fantásticas y que yo no conocía. Esta noche quiero tu cuerpo junto al mío. Necesito que me abraces rápido, y fuerte y con ternura.»

Esta es mucho más que una carta de amor. Es una

introversión rara y profunda en una mujer que durante sus setenta y nueve años de amores y pérdidas ininterrumpidas nunca investigó demasiado su yo interior. Un matrimonio finalizado por violencias físicas, otro por un accidente de avión y otro por alcoholismo. Sus dos matrimonios con Richard Burton iban a obsesionarla para siempre.

«Ay, Dios. Richard, te he amado tanto y te amaré durante lo que me queda de vida, déjame que te lo diga y por favor escucha a mi corazón: te amo, te amo, te amo y doy gracias a Dios por ti. Por favor, Dios, haz que lo sepa. Y por favor, Dios... deja que me perdone a mí misma por las crueldades de las que he sido responsable (y que me empeñé tan bien en ocultar), y déjame compensar a todos aquellos a quienes he causado tanto dolor.»

Pero no se hubiera retractado de aquellos errores. «Sin un sentimiento de culpa y sin vergüenza —decía— no creo que se pudiera ser compasivos y comprensivos.» La compasión fue lo que, más adelante, iba a definir su vida.

* * *

Elizabeth había capeado muchas tormentas y su visita a aquella villa de Roma iba a hacerle revivir algunas de las peores. Cuando su marido, el fascinante productor Mike Todd, murió repentinamente en un accidente aéreo en 1958, Elizabeth quedó devastada. Medio muerta ella también, cayó en los brazos de Eddie Fisher, el mejor amigo de Mike. En esa época, Fisher estaba casado con la actriz Debbie Reynolds y ambos eran la «pareja de cuento de hadas» de Estados Unidos. El escándalo fue primera plana en el número del 22 de septiembre de 1958 de las revistas *Time*, *Life* y *Newsweek*. El título de primera plana de *Life* ponía: HISTORIA DE DEBBIE, EDDIE Y LA VIUDA DE TODD.

Entonces llegó *Cleopatra* y ella y Fisher, que acababan de casarse, volaron con sus hijos a Roma. Y fue allí donde, el 22 de enero de 1962, en el plató de la película más cara producida hasta

ese momento (costó 44 millones de dólares en 1963, unos 415 millones de hoy, y siguió siendo la más cara de la historia del cine durante los treinta años siguientes), Elizabeth comenzó a rodar escenas con el actor galés Richard Burton, a la sazón con treinta y seis años, guapo y sin escrúpulos. Burton tenía unos penetrantes ojos entre verdes y azules y también marcas faciales que le había dejado el acné en su infancia, cuando vivía en una pequeña ciudad minera de Gales. También él estaba casado y era famoso por su propensión a seducir a sus compañeras de rodaje. Elizabeth estaba en el umbral de los treinta años y en lo más alto de su cruda y ardiente sensualidad.

Richard ya había engañado a su mujer antes, pero siempre había vuelto a ella. Esta vez, con Elizabeth, iba a ser diferente.

* * *

En 1987, cuando visitó la opulenta villa de Zeffirelli, Elizabeth, que ya tenía cincuenta y cinco años, se dio cuenta de que algo no marchaba bien. Pensó que iba a una casa diferente, a la que había compartido con Richard cuando eran marido y mujer y rodaban *La mujer indomable* (1967). Entonces ella la llamaba «la Casa Feliz». Ahora descubrió que estaba en «la Casa del Dolor». Las habitaciones tenían una «atmósfera horrible, pesada, húmeda como antes de una tormenta», según escribió. La Villa Papa estaba sobre la Via Appia, una carretera construida en el 312 a. C. para transportar suministros militares y tropas romanas al sudeste de Italia. A lo largo de la Via Appia Antica todavía se observan hendiduras hechas por los carruajes y trozos del mismo pavimento que pisaron san Pedro y Julio César. Antes de entrar en la villa, Elizabeth se volvió hacia Millo y le dijo: «Conozco muy bien esta casa».

Elizabeth garabateó aquella carta de siete páginas a Richard sobre papel legal amarillo. Da la impresión de que necesitaba volcar sus emociones rápidamente. Escribió que su cerebro

«comenzó a emitir luces y empecé a oír estallidos dentro de la cabeza... pues entraba demasiada luz, luego demasiada oscuridad, y de todo esto pude inferir que unos veinticinco años antes se había librado una batalla con sangre, guardaespaldas, jardineros y camareros que enarbolaban rastrillos, palos, mangueras, ollas y cazuelas contra los P [*paparazzi*], armados con cualquier cosa que encontrasen y aquellas malditas cámaras... que invadían, que allanaban y se metían por la puerta delantera, y esos horribles sonidos que oímos a lo largo de veinticinco años y que eran los de un manicomio derrumbándose; el eco del miedo de mis bebés, que siguen chillando y aullando detrás de la misma puerta... que ahora está cerrada y es segura, exactamente como lo estaré yo cuando mi muy querido Franco abra las puertas de 1987».

El estar ahí, en la casa, fue como un puñetazo en el estómago, «como un juego macabro horroroso y enrevesado», escribió. «Creí que íbamos a la casa que alquilamos mientras rodábamos *La mujer indomable*, la casa en la que Franco había pasado tanto tiempo y en la que nosotros fuimos tan felices. Cuando me enteré de que Franco había comprado nuestra vieja casa, naturalmente pensé que era aquella... y no tuve ningún reparo en volver a verla. Dios, conservaba tantos recuerdos tan hermosos. Liza [la hija de Elizabeth con Mike Todd] cabalgando sobre el burrito *Pippo*, aquella vez en que el gato se subió a un árbol demasiado alto, te orinó encima y finalmente pudiste atraparlo y bajarlo, y el mayordomo y yo, que sosteníamos la escalera de mano, salimos a perseguir al gato y dejamos que te cayeras del árbol, y la escalera, que cayó como una flecha que encuentra su blanco, encontró con toda exactitud mi cabeza que corría y me dejó inconsciente. Tu esguince de tobillo, tus manos arañadas, mi cabeza golpeada... y el gato lamiéndose las patas y recobrando su perdida dignidad... ¡Ay, Dios, cómo nos reímos! Comencé a pensar en la otra casa y ya no puedo escribir más esta noche... No tenía idea de que aún guardaba tanto dolor... No me daba cuenta de cuánto había enterrado y ahora tengo que dejarlo salir para intentar aprender algo de todo eso.»

Elizabeth vivió en Villa Papa durante el fin de su matrimonio

con Eddie Fisher, que describió como «un lento suicidio». En una entrevista que nunca se publicó, la actriz habló del trauma de los años que pasaron juntos. Cerca del final, Fisher utilizaba formas odiosas con las que intentaba controlarla y manipularla, y hubo noches que pasó sentado cerca de ella, con un arma en la mano. «Yo me tomaba una pastilla para dormir con el fin de trasponerme y olvidarme de todo, pero él no me dejaba. En cuanto comenzaba a cerrar los ojos, me sacudía un brazo y me decía: "No te voy a matar. Nunca te dispararía. Eres demasiado hermosa". Toda la noche. Y después yo tenía que levantarme e ir a trabajar tambaleándome. Y luego volver a casa y a lo mismo. Y me lo encontraba en pijama y sin afeitarse. Y tenía que soportar otra vez lo mismo la noche siguiente. Terminé como una lunática total... y él solía decirme que yo era su madre y no podía abandonarle.»

Elizabeth era una de las estrellas más célebres del mundo, pero a solas con sus recuerdos era una persona como todas, que intentaba saber por qué el destino le había deparado esto. Escribía por ella misma, por sus hijos y por Richard. Fueron Richard y Mike Todd, que fue su tercer marido y su otro gran amor, los que la abandonaron sin previo aviso. «Tú y Mike me obligasteis a continuar viviendo sin vosotros... Tú, malparido, te casaste con Sally mientras yo pasaba una pulmonía que me impidió subir al escenario esa noche y la mitad del público se marchó, y antes de actuar para un teatro medio vacío te emborrachaste, volaste a Las Vegas y te casaste. Tú, cabrón, tú sabías que debíamos y podíamos habernos casado tres veces. Pero aquello fue casi al final... Villa Pignatelli (Via Papa) fue cerca del comienzo, del verdadero comienzo.»

* * *

Décadas después de aquella visita de 1987, incorporada con ayuda de varias almohadas en la lujosa *suite* de la planta alta de su casa de Bel Air, Elizabeth no conseguía escapar del recuerdo de

Richard. Ella lo quiso así. Se aseguró de que junto a su terraza se plantase un jazmín nocturno para poder abrir la ventana del dormitorio y recordar a Richard y las escapadas de ambos a la casa que tenían en Puerto Vallarta, México.

—Olía a Richard —solía decir en voz baja—. Era como si él estuviese allí.

El jardín era un santuario de paz para ella, pero muchas veces Elizabeth no salía de su dormitorio. «Decidí que si enfermaba debía tener un dormitorio espectacular», dijo en 1997. Era su habitación favorita de la casa y estaba decorada en blanco y azul. Tenía una cama con dosel y sábanas de Pratesi y D. Porthault. Cuando iba al hospital —lo que sucedía con cierta frecuencia— se llevaba consigo sus almohadas y en ocasiones también sus costosas sábanas.

Su visita a la casa de Zeffirelli la sorprendió porque, a diferencia de los aromas de jazmín que se dejaban sentir hasta en el dormitorio, los malos tiempos habían llegado de puntillas. Tal vez el destino la llevó hasta allí para ayudarla a despedirse de Richard por última vez.

Aquella noche de 1987, en su habitación de hotel en Roma, escribió la carta a Richard y bebió un brandi Alexander, a pesar de que había decidido no volver a probar el alcohol. Después hizo lo que hacía siempre: siguió con su vida.

Introducción

Elizabeth Primera

Elizabeth nunca se consideró alguien único e inusual. ¿Y cómo hubiera podido? No le era posible recordar una época de su vida en la que no hubiera sido famosa. En 1944, cuando tenía doce años, interpretó a la protagonista de *Fuego de juventud* y se convirtió en la heroína de todas las chicas del mundo. Fue la última estrella creada por el sistema de estudios de Hollywood, y su fama mundial solo es igualada por un puñado de mujeres como Jackie Kennedy, Marilyn Monroe y la reina Isabel II. Jackie (a la que Elizabeth le fascinaba) se retiró a un mundo privado, a Marilyn la venció la presión y la reina fue devorada por las paredes del palacio de Buckingham. Elizabeth, en cambio, floreció. En 1963, cuando la actriz tenía solo treinta y un años de edad, el crítico de la revista *The New Yorker* Brendan Gill escribió que «ya no es solamente una actriz sino una inmensa maravilla natural, como el Niágara o los Alpes».

A lo largo de setenta años hizo cincuenta y seis películas y diez filmes para televisión, pero sus ansias de vivir eclipsaron sus logros cinematográficos. Tuvo fama, incluso mala fama, por sus ocho matrimonios con siete hombres diferentes. A los veintiséis años ya se había divorciado dos veces y era viuda. Su estrellato era orgánico y abarcaba gran parte de lo que ella era. Mucho después de haber dejado de actuar, el drama que circundaba su vida personal se exhibía en las cubiertas de las revistas de los quioscos

de prensa del mundo entero. Pero tras el caos de su propia mitología había una mujer atrevida, de risa fácil y continua autocrítica. Su vida fue un culebrón que finalizó de un modo sorprendentemente profundo.

Fue una *influencer* cuando esta profesión aún no se conocía, y una persona polifacética. Fue la primera en desplegar múltiples y muy diversas facetas: interpretó personajes atrevidos como Maggie la Gata, que dio voz a las sospechas de homosexualidad, tema prohibidísimo en la década de 1950; fue la primera, independientemente de su sexo, en firmar un contrato de un millón de dólares para protagonizar el filme épico *Cleopatra;* fue la primera celebridad en recibir tratamiento para su adicción al alcohol y a las drogas en el centro Betty Ford; fue la primera estrella que utilizó su fama para cambiar el curso de la historia gracias a su desafiante activismo contra el VIH y el sida, y también fue una de las primeras famosas en crear su propia línea de perfumes. Elizabeth fue una «jefa» mucho antes de que el término se hiciese popular.

Sin embargo, nunca se vio a sí misma como la veían las demás personas. Así describió Truman Capote su primera impresión de Elizabeth: «Como la señora Onassis, tiene las piernas demasiado cortas para su torso y la cabeza demasiado grande para el aspecto general; pero la cara, con esos ojos de color violeta, es el sueño de un preso, la fantasía de una secretaria: irreal, inalcanzable y al mismo tiempo tímida, extremadamente vulnerable, muy humana, con una chispa de sospecha brillando detrás de esos ojos lilas». También compartía con Jackie claros síntomas de trastorno por estrés postraumático. Cuando en 1963 John Kennedy fue asesinado a tiros, Jackie, que estaba sentada a su lado, tenía tan solo treinta y cuatro años. Cuatro años antes, cuando Elizabeth no tenía más que veintiséis, su marido, Mike Todd, murió inesperadamente al estrellarse su avión, dejándola al cuidado de tres niños pequeños.

—No quiero sorpresas —le dijo más adelante a su representante. Había tenido demasiadas que la dejaron tambaleándose.

J. D. Salinger dijo de Elizabeth (cuyos ojos eran de color azul índigo y a menudo se tornaban lilas o violetas; cabello negro, piel de porcelana y un perfil perfecto) que era «la criatura más hermosa que he visto en mi vida». El fotógrafo Bob Willoughby dejó constancia de la vida de las estrellas de cine contemporáneas entre ellas la de Elizabeth, Audrey Hepburn y Marilyn Monroe. «Quería mucho a Audrey y ambos eran amigos, pero la belleza natural de Elizabeth lo dejaba totalmente apabullado —según palabras de Chris Willoughby, hijo de John—. En una ocasión estaba junto a ella y la miraba a los ojos, que en ese momento brillaban, y se olvidó de coger la cámara.»

Pero en 1964, cuando tenía treinta y dos años, Elizabeth dijo cómo se veía realmente a sí misma: «Pienso que Ava Gardner es verdaderamente hermosa y que mi hija Liza también lo es. Creo que Jacqueline Kennedy es una mujer muy bella, con una enorme dignidad. Yo estoy bastante bien… Tengo las piernas demasiado cortas y los brazos demasiado gordos, tengo papada, la nariz algo torcida, pies grandes, manos grandes y estoy demasiado gorda. Mi mejor rasgo son mis canas». Otras veces citaba a Lena Horne y a Katharine Hepburn como auténticas bellezas; nunca se incluyó entre ellas, ni siquiera en momentos íntimos y personales.

Decía que cuando se despertaba por las mañanas y se miraba en el espejo lo que veía era una mujer que necesitaba lavarse la cara. Liza Minelli la conocía muy bien y dijo que a ella nunca la sorprendió la belleza de Elizabeth… ni a su madre tampoco. «Mamá [Judy Garland] las conocía a todas. Todas eran bellísimas. Pero lo que pasaba con Elizabeth es que parecía que no se daba cuenta de que era hermosa. Claro que eso podía ser fingido, pero yo me lo creía, y ya sabes que percibo ese tipo de cosas gracias a mi madre.»

Pero al mismo tiempo Elizabeth nunca pudo negar su propio glamur. Reconocía que «no puedo fingir que soy un ama de casa como las demás». Y el público no quería que lo fuera. Querían ver diamantes alrededor de su cuello mientras recorría el mundo en su yate y en brazos de un hombre diferente cada pocos años (o menos). Su vida centelleaba y fascinaba, lo cual, a las amas de casa

normales, les ofrecía algo así como una venganza, y ella lo sabía. También sabía que su belleza era una espada de dos filos que hacía que a veces la gente la subestimara. Pero Elizabeth era inteligente y sofisticada, y sabía instintivamente cuándo un guion era bueno. Estaba muy orgullosa de su desempeño en las películas, aclamadas por la crítica, *Fuego de juventud, El padre de la novia, Un lugar en el sol, Gigante, La gata sobre el tejado de zinc, De repente el último verano, ¿Quién teme a Virginia Wolf?* y *La mujer indomable*. Algunas las filmó únicamente para financiar su lujosa forma de vida. Hacia finales de la década de 1960, ella y Richard Burton tenían una fortuna conjunta que hoy sumaría alrededor de 90 millones de dólares.

Elizabeth era una actriz comprometida, aunque muchas veces la gente dudaba de ella. La noche del 15 de septiembre de 1965 había luna llena y hacía frío cerca del campus de la Universidad de Smith, en Northampton, Massachusetts, donde Elizabeth y Richard rodaban *¿Quién teme a Virginia Wolf?* En esta película, Elizabeth interpreta a Martha, una mujer de mediana edad amargada y dominante, casada con un profesor universitario. En una de las escenas clave, que tiene lugar en el aparcamiento de un bar, Martha le dice a su marido George, interpretado por Richard, que está cansada de atacarlo, y este se enfurece y la llama loca. «Ya te mostraré yo quién está loco», le dice Martha en lo que el productor de la película Ernest Lehman describió como «una interpretación que literalmente te hiela la sangre». En esa escena, Martha trata de golpear a George y este la aparta de un empujón, de tal manera que Elizabeth verdaderamente se estrella la cabeza una y otra vez contra la ranchera. Toma tras toma tras toma.

Recordaba Lehman: «En una de las tomas, el golpe fue tan fuerte y el dolor tan intenso que a Elizabeth se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvieron que llevarla hasta la caravana donde el médico de la productora estuvo atendiéndola durante un buen rato. Afortunadamente, la peluca la protegió hasta cierto punto, de manera que Elizabeth volvió al plató y repitió la escena varias veces más. Richard y Elizabeth estaban tan empeñados en dar de sí todo lo que pudieran que incluso después de que Mike [el director

Mike Nichols] dijera “Ya está. Muchas gracias”, Elizabeth le pidió que rodase la escena rápidamente una vez más porque creía que podía hacerlo mejor. Y así fue».

La gente había infravalorado su capacidad como actriz, y si bien pocos se atrevían a demostrarlo, Elizabeth era intuitiva y lo sentía. En una llamada telefónica, tarde, una noche de 1965, después de que diera inicio el rodaje de *¿Quién teme a Virginia Wolf?*, Nichols le dijo a Ernest Lehman: «Esto es lo que yo creo que va a pasar. Creo que Sandy Dennis va a estar bien, creo que George Segal va a estar bien, no cabe duda de que Richard se meterá la película en el bolsillo y todo el mundo va a decir que nunca ha existido un George como Richard Burton, pero no creo que Elizabeth esté a la altura».

Finalmente fue Elizabeth, y no Richard, quien ganó el premio de la Academia por su actuación.

* * *

Elizabeth era muchas cosas: amable, creativa, listísima, autoindulgente, empática, egoísta, codiciosa, romántica, vulnerable e infantil. «Elizabeth no iba de actriz delante de ti, salvo cuando se ponía a actuar de repente, como cuando iba a Studio 54 —recordaba Liza Minelli—. Entonces se sentaba en un precioso reservado que era suyo y Steve Rubell [copropietario de la legendaria discoteca], por medio de Halston [el diseñador], averiguaba quién más tenía que estar en ese reservado para que ella se sintiera cómoda.» Elizabeth no solía juzgar a las personas y, aunque siempre formaba parte de algún grupo de gente guapa y estaba rodeada por lo mejor de lo mejor, no toleraba a los esnobs, y eso significaba que quería a su mesa a alguien que la hiciera reír, y no meramente alguien famoso.

Para hacer bien su trabajo, los actores y las actrices tienen que ser vulnerables y estar al tanto de sus emociones, pero también deben tener la piel dura para poder aguantar las críticas y los

rechazos que vienen con la profesión. Elizabeth venía trabajando desde hacía tanto tiempo que había aprendido a levantar sus defensas cuando aún era una niña. No permitía que nadie la intimidase. A veces le complacía muchísimo poner en su lugar a personas —especialmente hombres— que se daban importancia. Su hijo Chris decía que la confianza en sí misma de Elizabeth «era algo digno de contemplarse».

«Iba por la vida con total espontaneidad —decía—, y no como alguien que sobreanaliza o se arrepiente de sus actos del pasado. Ardía con una llama brillante. También creo que ese es uno de los motivos de que sus relaciones románticas importantes y duraderas fueran con hombres capaces de hacerle frente, que eran iguales a ella en cuanto a carisma y vatios, hombres como Mike Todd y Richard, cuyo encanto ella sentía que eclipsaba el suyo propio.»

Elizabeth exigía lealtad y en pago daba la suya. Meses después de que ella y Eddie Fisher dieran por finalizado su matrimonio, y mientras él intentaba aguantar el frenesí que rodeaba a Elizabeth y Richard, aún lo apreciaba lo suficiente como para tratar de salvarle la vida. La madre de Elizabeth, Sarah, estaba visitándola en su chalé de Gstaad cuando en mitad de la noche sonó el teléfono. Sarah atendió enseguida para que el ruido no despertase a su hija, que tenía que levantarse antes del alba.

—Hola —dijo Sarah medio dormida. Del otro lado, silencio—. ¿Hola? —repitió.

Por fin Fisher gritó:

—¡Pon a Elizabeth al teléfono!

—Está durmiendo —respondió Sarah—. Aquí son las dos de la madrugada.

Pero Fisher insistió:

—¡Pon a Elizabeth al teléfono!

—Tengo que despertarla a las cinco. Vuelve a llamar a esa hora, Eddie.

Antes de que Sarah pudiese colgar, él gritó:

—¡Eso será demasiado tarde! Necesito 225.000 inmediatamente o unos hombres de Las Vegas van a matarme por una deuda de juego.

El divorcio se había producido cinco meses atrás y Sarah permaneció impasible.

—Llámala por la mañana, Eddie. —Y colgó.

Por la mañana, cuando sonó el teléfono, fue Elizabeth la que atendió. Consintió en pagarle los 225.000 dólares, el equivalente a 1,9 millones de hoy. Le tenía el suficiente afecto como para hacer eso, incluso después de que él la hubiera demolido ante la prensa al mismo tiempo que los críticos la despellejaban por su *Cleopatra*. Ella no iba a abandonarlo totalmente, sobre todo si su vida estaba en juego.

Tampoco dejó jamás en la estacada a sus amigos. Cuando Lehman le sugirió que preguntase a un amigo suyo, que era un consumado asistente de director, si consideraría la posibilidad de dejar su trabajo en un proyecto para trabajar en *¿Quién teme a Virginia Wolf?*, ella estuvo encantada de hacerlo, y su amigo se sintió muy feliz por la oferta. Pero Elizabeth se puso lívida cuando Lehman le dijo que habría que dejarlo porque Mike Nichols había cambiado de idea. «Lo que me pediste que hiciera —le dijo a Lehman en el curso de una llamada muy acalorada— no está nada bien hacérselo a una persona... ¡Desde luego que estoy enfadada! No se trata de esa manera a las personas.» Y sospechaba que si su amigo hubiera sido alguien famoso, no lo habrían tratado de forma tan despectiva.

No podía soportar los desplantes de la autoridad, ni de la religión ni de nada que pensara que había que venerar y colocar en un pedestal. Creía en preguntar. Por encima de todas las cosas era auténtica y tenía una magnífica susceptibilidad. Era una superviviente que en el curso de su vida pasó por más de cuarenta cirugías.

Elizabeth llevó una vida más glamurosa y colorida que la de la mayoría de las estrellas del cine mundial. Vivió varias décadas más que Marilyn Monroe, la única de las otras actrices que se aproximó a su fenomenal nivel de fama. Richard Burton escribió en su diario que había visto a gente que literalmente «sufría escalofríos» mientras se dirigía a conocer a Elizabeth. Su vida pública estuvo definida por el exceso. «Más es más» fue siempre su

lema.

Se casó excesivamente. Fue excesivamente rica, en parte porque sabía lo valiosa que era para los estudios y exigía que se le pagase lo que merecía. Se enamoró excesivamente de las joyas extravagantes: tuvo la colección privada de joyas más cara del mundo, incluyendo el diamante Krupp, de talla Asscher y 33,19 quilates, así como una enorme perla de 51 quilates, en forma de pera, llamada La Peregrina, que en su día perteneció al rey Felipe II de España. Llevaba *excesivo* equipaje en sus viajes: rara vez se trasladaba con menos de veinticinco piezas entre maletas, baúles y bolsas, todos ellos atiborrados de docenas de camisones, chaquetas de piel, vestidos de cóctel y bolsos, y era excesivamente impuntual, pues casi siempre llegaba horas más tarde que cuando se la esperaba.

Barbara Davis, cuyo difunto marido Marvin llegó a ser presidente de la 20th Century Fox, recuerda estar sentada junto a Nancy Reagan esperando que Elizabeth llegara por el pasillo central para contraer matrimonio con Larry Fortensky, su último esposo, en la mansión Neverland de Michael Jackson.

—Valentino [el diseñador Valentino Garavani] la esperaba durante horas. Todo el mundo debía esperar a Elizabeth Taylor.

Pero, lo más importante de todo, Elizabeth era excesivamente empática. El término «empatía» proviene del alemán *einfühlung*, que significa «sentimiento interior», que se tradujo como «empatía» por primera vez en 1909. Significa entremezclar tus propios sentimientos y tu propia conciencia con los que experimenta otra persona, y eso a Elizabeth siempre se le dio con naturalidad. Comprendía instintivamente la precariedad y la fragilidad de la vida. Tenía lo que su hijastra Carrie Fisher llamaba «una empatía rampante».

Esto fue lo que impulsó a Elizabeth a dedicar las últimas tres décadas de su vida a acabar con la estigmatización que se asociaba al VIH y al sida, enfermedades que atacaron desproporcionadamente a homosexuales, personas de raza negra y drogadictos de todo el mundo. En 1972, Elizabeth confesó al famoso presentador británico David Frost que siempre había

considerado que el trabajo de actores y actrices era «egoísta». «Satisface nuestro ego», dijo. Ella quería hacer algo más con su vida. Cuando declaró que «preferiría ser una buena mujer antes que una gran actriz», lo sentía con todas las fibras de su ser. Y sabía que nunca podría complacer a todos los críticos.

El diccionario *on-line* Merriam-Webster define el término «icono» como «persona u objeto muy admirado, en especial porque posee una gran influencia o importancia en una esfera determinada». Elizabeth nunca encajó en una sola esfera determinada: era demasiado grande para eso. Llegó a definir el Hollywood del siglo XX para un público global, como actriz y como figura cultural que cada década se reinventaba para encajar dentro de una nueva generación. En la década de 1960, ella y Richard Burton eran un par de descastados que cautivaron al mundo con su pasión y su extravagante estilo de vida, y al mismo tiempo ella afilaba las garras en tanto que actriz seria, con dos actuaciones que le valieron sendos premios Óscar. En los años setenta se metió en la piel de la mujer de Washington, y ocasionalmente se permitió llevar la hedonista vida nocturna de la discoteca Studio 54. Y en los años ochenta sacó adelante un imperio inigualado de perfumes para celebridades y a la vez sacó a la luz la crueldad y la hipocresía de la ultraderecha, así como la apatía de la izquierda, en su batalla para terminar con el VIH y el sida, además de la venenosa y siempre presente homofobia, que dejó al descubierto. Fue durante las décadas de 1990 y 2000 cuando Elizabeth decidió qué era lo que más le importaba de su vida como figura pública: en primer lugar era una activista; en segundo lugar, una empresaria, y por último, una actriz.

Para cuando apareció en *La gata sobre el tejado de zinc* ya era una santa secular. Representaba el hedonismo y el escándalo, la belleza cautivadora y el dolor, el amor y la lujuria. Comprendía lo que significaba y a lo largo de su vida hubo momentos en los que se aprovechó de la caricatura que veía el mundo, la de una actriz de cine alocadamente autoindulgente, una parodia de sí misma que llegó a su punto más alto cuando se casó con Richard Burton. También hubo otros momentos en que se negó a cumplir con la

idea preconcebida que la gente tenía sobre ella; se hartó de los malentendidos. En su libro de 1964 *Elizabeth Taylor: An Informal Memoir*, escribió: «Estoy asqueada por la cantidad de mitos que ahora se aceptan como verdades». En esa autobiografía intenta enderezar las cosas, pero lamentablemente no revela mucho sobre sí misma: se ha acostumbrado tanto a proteger su intimidad que incluso sus intentos de corregir las confusiones de la gente quedan autocensurados.

El libro es una sinuosa conversación entre Elizabeth y el periodista Richard Meryman. La actriz se muestra inteligente, reflexiva y totalmente conocedora de sí misma, pero sigue decidida a guardarse su vida privada, si bien revela algunas circunstancias, como, por ejemplo, la dolorosa soledad en que vivió cuando era una estrella infantil. En 1977, más de una década después de publicarse sus memorias, escribió esta nota para sí misma: «Cuando nací era un bebé... He vivido una vida muy rica y completa, de la que hablaré más adelante con todo detalle. Como todavía estoy viviéndola, es una historia que debo contar yo y nadie más». Nunca abandonó esta voluntad, aun cuando significara que jamás llegó a escribir un relato de su maravillosa vida.

Las transcripciones no publicadas de la entrevista que Meryman compiló para el libro revelan mucho más. En una entrevista entre ambos de 1964, nunca publicada, Elizabeth dijo: «Nadie que no me conozca tiene derecho a despreciarme, ya que estarán despreciando una imagen que ha sido construida por cientos de otras personas; no tiene derecho a aprobar ni a desaprobar, porque no tiene manera de saber si es verdadero o falso».

El separarse de la percepción que la gente tenía de ella le daba cierta protección contra el escrutinio público... algo de lo que siempre hubo a montones. «Me importa un rábano lo que la gente piense de mí. Vivo mi vida de la manera que me apetece vivirla y soy responsable de y ante las personas que quiero.»

Elizabeth sabía perfectamente que ella era un bien valioso como ninguno. Comprendía que para lograr sobrevivir en Hollywood tenía que crear un espacio entre la persona que era

realmente y la persona que había creado el estudio. «En verdad que Elizabeth Taylor, la famosa, no tiene ni sentido ni profundidad para mí —decía—. Es totalmente superficial… No conozco los ingredientes. Produce dinero. Una es de carne y hueso y la otra es de celofán.» Pero protegía su valor con fiereza. Cuando estuvo en Roma rodando *Cleopatra*, un publicista le preguntó qué fotografías aprobaba ella para su publicación (Elizabeth había insistido en aprobar las fotos ella misma). Cogió unas tijeras que había sobre su tocador y cortó en pedacitos las que no le gustaban, «probablemente para hacerse entender bien» según palabras del publicista. Ella, y solo ella, controlaba su imagen.

También comprendía su valor. «Era capaz de reírse de sí misma —comentó Tim Mendelson, que fue su amigo y su secretario durante veinte años—. Pero peleaba con uñas y dientes por la mercancía que Elizabeth Taylor representaba. En esa época, los grandes almacenes Macy's eran el lugar preferido para presentar una fragancia, y si sus socios ponían el perfume que llevaba su nombre en otro sitio, pedía que lo cambiasen.»

Mantener el valor de la marca Elizabeth Taylor le permitía ayudar a otra gente. Mendelson recordó un momento a principio de la década de 1990 en que Elizabeth le comentó que había leído en un periódico un artículo que la dejó muy alterada. Trataba de una mujer y su hijo pequeño que se quedaron sin hogar cuando les robaron el coche.

—Encuentra a esa mujer —le dijo—, cómprale un coche nuevo, dale dinero para sus necesidades, alquílale un piso durante un año y encuentra un colegio para su hijo.

Y exigió que nadie supiera quién estaba detrás de aquello. Mendelson reveló que este acto de generosidad no fue algo aislado: Elizabeth quería ayudar a la gente que más lo necesitaba, y le era posible ayudarlos porque había salvaguardado su celebridad de un modo experto.

Elizabeth alcanzó su máximo poder hacia la mitad de su vida, cuando no estaba casada. En 1985, a los cincuenta y tres años de edad, presidió la recogida de fondos para el *AIDS Project Los Angeles's Commitment to Life* (proyecto de Los Ángeles para el

Compromiso con la Vida con sida), que llegó a ser el más importante proyecto de recogida de fondos para el sida gestionado por celebridades. Elizabeth presionó al entonces presidente Ronald Reagan para que dedicara su primer discurso exclusivamente a la pandemia de sida: esto fue en 1987, seis años después de que aparecieran los primeros casos en Estados Unidos. El proyecto Trailblazer no puede comparársele ni de lejos.

Elizabeth es conocida como fundadora de amfAR, la Fundación para la Investigación sobre el Sida, que fue la primera gran organización sin ánimo de lucro dedicada a apoyar las investigaciones sobre la enfermedad. Pero los heroicos extremos a los que llegó de forma privada para adquirir tratamientos ilegales con los que salvar la vida de sus amigos, y también la vida de su exnuera, que vive con VIH —su humanidad y su empatía hacia gente a la que ni siquiera conocía—, son asombrosas.

A lo largo de su vida reunió cientos de millones de dólares para la investigación y la cura de la enfermedad. El doctor Anthony Fauci, que por aquellos días era el mayor experto en ese virus de todo el país, recuerda lo que era trabajar con Elizabeth: «Era una señora pequeña —dijo, refiriéndose a su corta estatura (1,55 metros)—. Pero era feroz».

Elizabeth disfrutaba cuando le decía la verdad al poder. En la Octava Conferencia Internacional sobre el sida de 1992, denunció las restricciones de entrada al país de personas seropositivas impuestas por el presidente George H.W. Bush. «No me parece que el presidente Bush esté haciendo nada con respecto al sida —dijo en una concurrida conferencia de prensa—. En realidad, ni siquiera estoy segura de que sepa cómo se deletrea sida.» Al día siguiente, estas palabras eran el encabezado de todos los diarios del mundo.

Muchos de sus mejores amigos eran hombres homosexuales, como Rock Hudson, Montgomery Clift, James Dean y Roddy McDowall, a quien conoció cuando rodaron juntos *La cadena invisible* en 1943. Los gais fueron una fuente constante de amistad y afecto en su vida. «Ninguno de ellos me lo confió, pero yo lo sabía —dijo—. Monty [Montgomery Clift] estaba en el armario y creo que sé cómo estaba luchando. Estuvo atormentado toda su vida.

Traté de explicarle que no era nada malo. Que era la forma en que lo había hecho la naturaleza.»

Al aceptar el Premio al Humanitarismo Jean Hersholt durante la ceremonia de los premios de la Academia en 1993, llevaba el broche de oro y rubíes de la Conciencia del VIH y el sida sobre un vestido de Valentino de color mantequilla, con unos impresionantes collar y pendientes de diamantes y crisoprasas en forma de margaritas de Van Cleef & Arpels.

—Acepto este premio en nombre de todos los hombres, mujeres y niños con sida que libran por sus vidas una increíble batalla, a quienes he prometido mi compromiso, y que son los verdaderos héroes de la pandemia de sida —dijo—, y siempre estaré aquí con todo el activismo que sea necesario y durante todo el tiempo que me permita la ayuda de Dios.

Luchar por los derechos de los gais cuando ser gay en muchos estados, incluida California, era delito, y luchar por los pacientes con VIH y sida dio sentido a su vida y constituyó su salvación cuando ya no actuaba. Las publicaciones sensacionalistas siempre habían ganado dinero con ella, mientras ella no tenía forma de controlar si lo que publicaban era cierto o falso. Esta era la manera de poder hacer algo importante y a la vez controlar la narrativa. «Si eres famosa, hay muchas cosas que puedes hacer —decía Elizabeth—. Si haces algo que merezca la pena, te sientes mejor. Yo pasé los últimos cincuenta años protegiendo mi intimidad. Tener fama me molestaba, hasta que me di cuenta de que podía hacer algo con ella.»

* * *

Las personas cercanas a ella sabían que estaba destinada a algo más que el simple estrellato cinematográfico. Su segundo marido, el bello actor británico Michael Wilding, se asombraba de su valentía. «Creo que el rasgo más importante de Elizabeth es su bravura. Tiene una bravura que sobrepasa lo físico, no teme a

ninguna persona ni ningún animal ni a ninguna enfermedad que pudiera afectarla. Y poniendo de lado los peligros físicos, las enfermedades y cosas así, la vida no le causa ningún temor.» Estuvo a punto de morir varias veces, incluyendo su célebre batalla contra una pulmonía doble, en 1961, que hizo necesaria una traqueotomía, es decir, una incisión en la garganta para que pudiera respirar. Ese año, cuando acudió a recoger su Óscar, se negó a llevar un vendaje para que el mundo pudiera ver que había sobrevivido. Sus roces con la muerte no hicieron más que fortalecerla. A diferencia de Marilyn Monroe y Judy Garland, Elizabeth volvió de entre los muertos, igual que el ave Fénix. Y como la protagonista del poema de Sylvia Plath *Lady Lazarus*, cuando regresó de los umbrales de la muerte en 1961, juró reasumir su vida y luchar contra la gente que la había convertido en un objeto. «Desde las cenizas me levanto / Con mi cabello rojo / Y devoro hombres como el aire», escribió Plath. Los ejecutivos del estudio que alguna vez intentaron controlar a Elizabeth no tenían la menor posibilidad.

En 1975, cuando tenía cuarenta y cinco años, ya había vivido toda una vida: dos compromisos rotos, cinco maridos —la muerte de uno de ellos la afectó durante el resto de su vida—, demasiadas neumonías como para contarlas, un par de escándalos internacionales, un pie fracturado, un colon retorcido, tres discos vertebrales rotos, bronquitis aguda, trombosis causada por productos químicos, flebitis, ciática, una pulmonía doble, una traqueotomía, tres operaciones de cesárea y varios supuestos intentos de suicidio. «Me ha ocurrido todo eso, cariño —dijo—. Soy la Madre Coraje. Llegaré a la vejez arrastrando mi abrigo de marta cibelina.»

A los sesenta y cinco años le practicaron una cirugía cerebral para quitarle un tumor benigno; ya había pasado antes por otras cirugías: de la espalda, los ojos, las rodillas y los pies, una histerectomía parcial, sarampión de la edad adulta, disentería y tres operaciones de cadera. Y todo esto, además de sus dos estancias en el centro Betty Ford, donde se enfrentó a su adicción a las pastillas y al alcohol. Tal cantidad de encuentros cercanos con

su propia mortalidad le quitaron el miedo a la muerte, pero no así el miedo al sufrimiento físico.

Pasó mucha angustia y dolor. El amor profundo que sintió tanto por Mike Todd como por Richard Burton terminó en pérdidas devastadoras. Pero ella supo canalizar ese sufrimiento y convertirlo en algo justificado. «Creo que el nivel de compasión que era capaz de sentir era proporcional al nivel de dolor que experimentó», dijo su amiga Demi Moore.

* * *

Elizabeth creció dentro del sistema de los estudios de Hollywood, donde los ejecutivos controlan la vida de actores y de actrices. Tuvo contrato con la Metro-Goldwyn-Mayer (MGM) durante diecisiete años y medio, desde *La cadena invisible*, en 1943, hasta *Una mujer marcada*, de 1960 y, al menos en la superficie, supo sobrellevar con gracia la abrumadora influencia de su madre y los maltratos emocionales del estudio.

Nació con escoliosis, que es una curvatura doble de la columna vertebral, y el dolor de espalda crónico y a veces debilitante, que se hizo insoportable cuando cayó de un caballo durante el rodaje de *Fuego de juventud*, no la abandonó nunca. Buena parte de su vida quedó definida por sus primeros años como actriz bajo contrato. Siendo un objeto valioso, se le concedían todos los caprichos y sus enfermedades eran noticias de interés internacional. «Elizabeth era un juego de química vivo y que respiraba», dijo una amiga. Se dio cuenta de que enfermar era la única forma en que podía zafarse del trabajo o llamar la atención de su familia y del estudio. Cuando enfermaba pasaba a ser una persona, y no una mercancía. Pero en su interior ella sabía que lo único que le importaba al estudio era el dinero. «Podía interpretar el papel de hija de Drácula y aun así atraer multitudes», dijo, refiriéndose a las ganancias de Elizabeth por taquilla, Louis B. Mayer, cofundador de la MGM.

«Sabía cómo llamar la atención, de un modo o de otro. La mejor manera de lograrlo era entrar en el plató y convertirse en ese personaje increíble —dijo su entonces novio George Hamilton —. El otro modo era meterse en cama y enfermar. Era capaz de satisfacer su necesidad de atención por medio de lesiones autoinfligidas.» Elizabeth admitía estar muy conectada a su propio bienestar físico.

No es fácil sentir lástima por una persona que tiene todas las posesiones materiales imaginables, desde un anillo con un diamante de sesenta y nueve quilates hasta un Rolls-Royce verde, pero incluso a Andy Warhol, que se rodeaba de celebridades y de bien estudiada fama, le resultaba desconcertante la magnitud de la celebridad de Elizabeth. En la entrada de su diario del 29 de abril de 1986, Warhol describió una reunión benéfica por el VIH y el sida en el Javits Center de Nueva York. Cuando llegó Elizabeth, iba rodeada de una nube de fans y fotógrafos. Un amigo de Warhol preguntó en voz alta: «¿Qué hay que hacer para ser tan famoso?». Warhol observó cómo la multitud «la arrastraba por el salón y luego los fotógrafos corrían hacia ella y la sofocaban y la aplastaban, y después de haberla usado la dejaron y ella se quedó allí, sola, porque ellos ya tenían lo que deseaban. Fue algo muy extraño de presenciar» . Por supuesto, Warhol también la había utilizado: la icónica serie de retratos que hizo empleando una foto publicitaria de Elizabeth en *Una mujer marcada* fue una brillante representación de la celebridad femenina que también le generó fama a él.

Elizabeth era consciente de que en Hollywood las actrices, especialmente las que eran famosas por su belleza, tenían una fecha de caducidad muy reducida. También sabía que su propia juventud y su propia belleza serían efímeras, y se preguntaba qué haría cuando ambas hubiesen desaparecido. Un artículo en la revista *Life* de 1949 examinaba la prisa por contratar a actores jóvenes. «El estudio que está menos desesperado que los demás es Metro-Goldwyn Meyer [sic] —afirmaba el artículo—. En parte esto se debe a que MGM ha descubierto una joya de alto precio, un auténtico zafiro estrella. Se llama Elizabeth Taylor... De 1,45

metros [en realidad Elizabeth medía 1,55] y 51 kilos, Elizabeth es una gran belleza.»

El recelo de que la estuvieran utilizando y su exuberancia en presencia de sus verdaderos amigos eran el resultado de aquellos días de extrema juventud en que deseaba, por encima de todo, complacer a su perfeccionista madre. Laela Wilding, nieta de Elizabeth, recordaba haber visto *Fuego de juventud* con su abuela.

«En un momento dado, Abuelita puso la proyección en pausa y dijo: "Tuvimos que rehacer esta escena porque mi madre miraba desde detrás de la cámara. No le gustó la manera en que yo sostenía algo porque pensaba que se me veía la mano más gorda".» Aquello no fue nada comparado con los años de mofa de Joan Rivers y las sátiras en *Saturday Night Live* en que se burlaban de sus fluctuaciones de peso. «Es toda una vida de críticas y burlas —reflexionaba Wilding—. ¿Qué tienes que hacer? Tienes que endurecer tu piel para sobrevivir, quizá inflar tu propio ego, tal vez amortiguar algunas sensibilidades.»

«¡Qué tiempos para ser mujer! —dijo otra de las nietas de Elizabeth, Naomi Wilding—. Tenía tantos galardones, tanto para admirar... Y, sin embargo, la criticaban continuamente por su aspecto...»

Esta atención incesante fue uno de los motivos por los que Elizabeth valoraba tanto su intimidad. «No tengo un montón de fotos mías con Abuelita —dijo Naomi, que vivió con Elizabeth en su casa de Bel Air desde 2000 hasta 2002—. No hacíamos fotos porque entendíamos que ella quisiera presentarse de alguna forma especial. Hacías la foto cuando ella estaba preparada. Y aquel era un acto de respeto total hacia ella, entender el escrutinio al que se enfrentaba. Las cosas tenían que ser siempre como quería ella.»

* * *

A lo largo de todo el libro nos referiremos a Mike Todd y a Richard Burton por sus nombres de pila porque son dos de las personas que

más la definieron en su vida, junto a Sara y a Francis Taylor, a sus padres, y a Debbie Reynolds, a Montgomery Clift, a Rock Hudson y a James Dean. Cada uno de sus matrimonios fue una oportunidad para reinventarse. Cuando fue la señora de Nicky Hilton era una actriz joven e idealista; cuando fue la señora de Michael Wilding era una mujer que buscaba un refugio; cuando fue la de Mike Todd, estaba corriendo la aventura de su vida; cuando la de Eddie Fisher, estaba intentando devolverle la vida a Mike; cuando la de Richard Burton, era la mitad de la pareja más célebre del siglo XX; cuando la de John Warner, trataba de representar el papel de obediente esposa de Washington, y cuando fue la señora de Larry Fortensky, era la maestra. Se sentía más segura cuando estaba en una relación, pero, a decir verdad, encontraba su papel más potente cuando estaba soltera.

Aprendió lo que tantos de nosotros no aprendemos nunca: la vida es corta y debe vivirse al máximo. Su amigo John Travolta lo entendió perfectamente. «No se avergonzaba de sus sentimientos hacia ningún hombre: cualquiera de ellos. Amaba al hombre del que se enamoraba y no lo ocultaba. Las feministas verdaderas no se esfuerzan en serlo, simplemente lo son. Cuando has llegado a ese nivel no tienes que esforzarte por nada: es fácil. Eres la mujer que es la actriz mejor pagada del mundo, casada y con hijos, y ha ganado dos premios Óscar como actriz principal. Lo eres y ya está.»

Elizabeth siempre creyó en la voluntad femenina y abrazó el vuelco sísmico de los años sesenta, cuando en la cultura estadounidense los derechos de las mujeres y los derechos civiles estaban en primera plana. En 1964, Elizabeth y Richard se unieron a Sidney Poitier, Duke Ellington, Lena Horne y otros prominentes activistas civiles de la Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color (NAACP) en su programa *Freedom TV Spectacular*. El evento, que se transmitió a todo el país, conmemoraba el décimo aniversario de la decisión del Tribunal Supremo de finalizar con la segregación en las escuelas. La recogida de donaciones estuvo a cargo de Ed Sullivan y Sammy Davis Jr., y se reunió el dinero necesario para pagar las fianzas de las personas que se habían demostrado en favor de los derechos

civiles en el sur del país y habían sido detenidas. Elizabeth leyó un poema de Langston Hughes, líder del Renacimiento de Harlem. En 1970, ella y Richard contribuyeron al Fondo de la Defensa Legal de los Panteras Negras, y la lucha de ella contra el ostracismo moral de los pacientes con VIH y sida de la década de 1980 fue consecuente con su previa adopción de ideas que iban contra las normas de la época. Una de estas ideas era su convicción de que se necesitaba legislación para un mayor control de las armas de fuego en el país. Décadas antes de que los tiroteos en las escuelas comenzaran a hacer tambalear (y finalmente destruir por completo) el sentimiento de seguridad de los estadounidenses, en 1968 Elizabeth sacó un aviso de toda una página en *The New York Times* llamando a actuar tras el asesinato de Robert F. Kennedy. Además utilizó su influencia para conseguir que otras cien personas célebres lo firmasen. Después del tiroteo y casi asesinato de Ronald Reagan en 1981, puso otro aviso en varios periódicos nacionales a favor del control de armas.

Elizabeth era feminista por intuición. Cuestionó el patriarcado en todas sus formas, desde los jefes de los estudios hasta los presidentes, y entendió que dedicarse toda la vida a limpiar la casa y hacer de madre no era la ambición de todas las mujeres. Elizabeth no solía hacer gala de su sexualidad, pero fue el heraldo de los cambios culturales inminentes. Antes de la liberación sexual de los años sesenta, ella ya era sexualmente autónoma. No hacía la clase de declaraciones públicas que llegaron a definir a las feministas de la generación del *baby boom* después de la Segunda Guerra Mundial; en cambio, vivía su vida como una mujer poderosa que triunfa en un mundo de hombres. Como las líderes feministas Bella Abzug, amiga suya y cuya carrera política apoyó Elizabeth, y la activista y escritora Betty Friedan, la actriz estuvo a favor de igual salario por igual trabajo, acceso al control de la natalidad y el fin del acoso sexual y la violencia doméstica. Las feministas deseaban cambiar expectativas arcaicas y Elizabeth fue el ejemplo de mujer que hacía realidad su pasiones, tanto en su vida personal como en su carrera. En su superventas de 1963 *La mística de la feminidad*, Friedan observaba: «El problema que no

tiene nombre estalló como un forúnculo en la imagen de la feliz ama de casa estadounidense». No a todas las mujeres les bastaba quedarse en casa y cuidar de esta y de su familia, y en Elizabeth vieron a una mujer que quería emoción y romance y que creía que cada uno debe vivir la vida que le apetezca.

Quizá fuera porque mucha gente a la que jamás había conocido se pasaba la vida evaluando a Elizabeth y llamándole la atención por lo que ella insistía tanto en no juzgar nunca a nadie. En 1963 una mujer desató su furia contra Elizabeth por haber dejado a Eddie Fisher y haberse enamorado de Richard Burton. La carta que escribió esta mujer, dirigida a la influyente columnista Hedda Hopper, es solo un ejemplo de los muchos ataques y duras críticas que Elizabeth recibía en aquellos momentos. La autora de la carta era una persona que parecía estar ofendida con Elizabeth por considerarse merecedora de un amor más grande: «Estoy segura de que esos romances no habría progresado si Liz no los hubiese alentado, y tendría que haber sido ella la que diera fin a la aventura al ver la cantidad de desdicha que estaba causando. Ha demostrado que todo es culpa de ella. Hubo mujeres mucho más importantes que ella que renunciaron al amor porque eso era lo correcto» .

Hopper le contestó dos semanas más tarde: «Tiene usted toda la razón —escribió—. Ella [Elizabeth] ha degradado mucho más a las mujeres de este mundo que cualquier amante de cualquier rey, y aun así se la sigue aceptando como una gran belleza y una gran actriz. Sin embargo, yo creo que está realmente enamorada, si es que puede estarlo después de tantos amores» .

Elizabeth cometió errores, como todos nosotros, entre ellos, fiarse de gente que no lo merecía y enamorarse de hombres equivocados. Se arrepentía, pero se negaba a persistir en el arrepentimiento porque entendía que una vida plena es una vida llena de remordimientos. «Lo peor que existe es estar anestesiada», decía. Lo que define su vida es la humanidad: podía ser débil, pero tenía coraje; podía estar destruida, pero no era egoísta. Elizabeth celebraba la vida de los sentidos. «Con Richard Burton vivía mi propia fabulosa y apasionada fantasía», escribió. Le encantaba

comer pollo frito y permitirse la decadencia de los postres y el caviar, de beber champán y Jack Daniels, hacer el amor y que le regalasen joyas extremadamente caras.

Elizabeth y Richard fueron la primera pareja de celebridades que tenía su propio apodo mucho antes del «Brangelina»: se los conoció como «Liz y Dick» durante el resto de su vida. El hermano de Richard, Graham Jenkins, recordaba cómo los dos hablaban casi cada día mucho después de haberse divorciado. «No podía vivir con ella, pero no podía vivir sin ella.» Incluso cuando ambos habían cambiado de domicilio, cuando ella ya estaba casada con el senador John Warner y él ya era el marido de la modelo británica Suzy Hunt, y más adelante con la ayudante de producción Sally Hay, era incapaz de olvidarse de Elizabeth. «Elizabeth, ponle una copa a mi hermano», solía decir. Jenkins recordaba que a él se le ponía la piel de gallina y tenía que recordar a Richard que *esa no era* Elizabeth.

—Sí —decía Richard con una sonrisilla culpable—, es que no puedo quitarme a esa mujer de la cabeza.

La opinión de Sally Burton es totalmente diferente. Estaba claro que el plan de Elizabeth al intervenir en la producción teatral de *Vidas privadas* en 1983, en la que ella y Richard personifican a una pareja de divorciados que se encuentran por casualidad durante sus respectivos viajes de novios con sus nuevos cónyuges, era volver a estar con él.

—Lo tomó como una guerra en la que ella iba a ser la ganadora —recordaba Sally Burton—. La familia galesa de Richard me contó que Elizabeth les había dicho que pensaba recuperarlo. Estaba convencida de que iban a casarse por tercera vez. No pensaba dejarlo escapar.

Durante una de las funciones de la obra de Noël Coward, Elizabeth le pidió a Richard que no se casara con Sally. Pero él se casó... quizá para hacerla rabiar. «En cierto sentido, Elizabeth reveló sus intenciones, arrojó el guante y yo lo recogí», dijo Sally en 2021.

La batalla por el corazón de Richard estaba igual de vigente que cuatro décadas antes.

* * *

Elizabeth era una mujer fuerte e inteligente, que se bastaba a sí misma y ayudaba a otra gente, no era de aquellas que aceptaban tonterías: era alguien con la perdurable importancia cultural de una primera dama, pero también era más que la esposa de un político. Era alguien que exigía ser la líder, y no la acompañante.

Cuando se casó con el senador republicano por Virginia John Warner, se la invitó a unirse al 96.º Club de Esposas del Congreso. Durante años, las mujeres de los senadores habían enrollado vendas para la Cruz Roja y confeccionado títeres para donar a los niños hospitalizados en aquel estado. Es difícil imaginar a la estrella de cine más famosa del siglo XX, dos veces ganadora del Óscar y que vestía diamantes y esmeraldas, desempeñando un papel de auxiliar en medio de las otras señoras del Congreso. Pero al menos lo intentó.

El difunto John Warner, el último en fallecer de los siete maridos de Elizabeth, habló de lo mucho que significaba ella para él, incluso después de muerta, y cuánto deseaba que se contase la verdadera historia de su vida. Por conversaciones con sus cuatro hijos, con las celebridades que la conocieron bien, incluido su último *flirt*, el actor Colin Farrell, la gente cercana a Elizabeth sabía que en ella había mucho más de lo que saltaba a la vista.

Elizabeth siempre ganó más dinero que cualquiera de sus maridos, y eso en una época en la que las madres trabajadoras eran una rareza. Era una leona que intentaba proteger y salvar a tanta gente —la mayor parte de los cuales era lo que ella consideraba «de fuera»— que en ocasiones sus propios hijos se veían dejados de lado. Como dijo su segundo hijo, Chris Wilding, las vidas de sus hijos transcurrían «al ritmo de la vida de ella» mucho más de lo que habría sido ideal. Cuando eran pequeños y ella se casó por primera vez con Richard Burton, los niños tuvieron que acostumbrarse a estarse muy calladitos los domingos por la mañana, ya que era probable que la pareja estuviera sufriendo una importante resaca.

Elizabeth siempre dijo que ella no era la típica ama de casa, si bien a veces era el tipo de vida que ansiaba. Chris Wilding describió un viaje que hizo con ella hasta una cabaña en el bosque cuando Elizabeth ya se acercaba a los setenta años de edad, y lo mucho que le había gustado visitar una parada de camiones para utilizar el lavabo.

«Era uno de esos sitios en que, además de vender combustible y lavarte el coche, tienen un restaurante, un hipermercado bien surtido, duchas y hasta una capilla. Y estaba lleno de gente. La llevé dentro y la acompañé al lavabo de señoras, ante el que había una larga cola. Me dio a sostener su bolso y también a *Sugar* (su perro), y le dije que cuando estuviese lista yo estaría esperándola en el hipermercado. Supuse que iba a tardar bastante, por lo que traté de hacerme invisible detrás de los expositores de chucherías, ya que me parecía que destacaba como un forúnculo en esta *camionerolandia*, y para colmo con un bolso de señora y un perrillo faldero en los brazos. De repente oí sus carcajadas en medio del murmullo de la gente. Espié por encima de mi fortaleza de golosinas y la vi estrechando las manos y diciendo adiós a las chicas que estaban guardando la cola ante el lavabo. Al reconocerla, naturalmente, le habían cedido sus turnos en la cola y ahora, al salir, ella les agradecía su amabilidad.»

Cuando se reunió con él en el supermercado, dijo Wilding, actuó «como si hubiera llegado a las puertas del cielo». Mientras recogía bolsas de comida basura, exclamaba: «¡Cojamos de estas! ¡Ah, y también un par de estas!». La cesta que llevaba pronto estuvo a rebosar. «Para usted y para mí —opinó Wilding—, la experiencia de comprar alimentos es una cosa meramente rutinaria: entras, compras y vuelves a salir. Y se acabó el asunto. Para mi madre, en cambio, era una experiencia nueva y, aunque por dentro yo ponía los ojos en blanco por la forma en que ella llevaba un acto vulgar a un "no te imaginas qué divertido es esto", en realidad, me hizo darme cuenta de lo ella se había perdido en su vida, aislada y protegida incluso en los momentos vulgares.»

Poseía una belleza que no era de este mundo, un sentido del humor atrevido y la capacidad de ver más allá de la burbuja en la

que la metieron siendo aún una niña. Para Colin Farrell, que estuvo junto a ella durante los dos últimos años de su vida, la forma de actuar de Elizabeth era un reflejo de lo que ella era en realidad: «Era honesta y cruda, y brutal y grotesca, y femenina y delicada, y agresiva y suave, y cálida y áspera. No tenía límites».

Acto primero
LA CRIATURA MÁS HERMOSA
Las décadas de 1930, 1940 y 1950

Sé que tengo suerte. Cuando llevo un precioso vestido de Dior y joyas y un bonito peinado, sé que tengo una gran suerte.

ELIZABETH

Capítulo 1

Nace una estrella

Querida Madre:

Espero que te guste mi cansión. Mamá yo no quería aser lo que ise hoy PERO *no te voy a decir lo siento te voy a demostrar que estoy portandome bien porque dios me va alludar a ser buena.*

¡Ay cuanto te quiero! Besos[1]

ELIZABETH

Elizabeth Rosemond Taylor nació en Londres el 27 de febrero de 1932, de padres estadounidenses: Sara, una actriz que para la escena había adoptado el nombre Sara Sothern, y Francis, un marchante de arte. A Elizabeth le pusieron el nombre de su abuela materna, Elizabeth Ann Wilson, que nació en 1864. Sara tenía vocación por el arte dramático, vocación que pasó a su hija, e insistía en que descendía de María Estuardo, reina de Escocia.

Sara y Francis ya tenían un hijo, Howard, nacido dos años antes, por lo que esta vez Sara había rogado tener una hija. Era devota de la Ciencia Cristiana[2] y creía que Dios estaba siempre ahí, dispuesto a escuchar sus plegarias. Cuando esperaba a Howard, su madre le había aconsejado que se llenase la mente de «pensamientos hermosos» para dar a luz a una criatura bonita. Creyó que la cosa funcionaba: Sara recordaba que cuando Howard nació parecía «un ángel de Botticelli, con rizos rubios y ojos azules y brillantes». En aquella fría mañana de febrero de 1932, en Londres, sus plegarias fueron respondidas… aunque no del todo.

—¿Es perfecta? —preguntó Sara.

—Sí, es perfecta —respondió la enfermera.

—¿Hermosa?

—Sí, hermosa —dijo la enfermera.

—¿Tiene mucho cabello? ¿Es claro u oscuro?

—Montones de cabello. Cabello oscuro —explicó la enfermera.

Pero cuando pusieron a la recién nacida Elizabeth en brazos de su madre, envuelta en un chal de cachemira, Sara retrocedió horrorizada. «El cabello era largo y negro. Tenía las orejas cubiertas de un vello negro y espeso, que caía hacia los lados de la cabeza; la nariz parecía un botón ladeado y la carita estaba tan arrugada que parecía que jamás fuera a alisarse.» ¿Este era el resultado de todos aquellos «pensamientos hermosos»? Sara pensó que quizá no había prestado suficiente atención al segundo producto de su matriz y ahora se la castigaba por ello.

«A partir de ese día —escribió—, la cogía en mis brazos cada día y le pedía a Dios en silencio, por favor, no dejes que le crezca pelo en los sitios en los que no debe haberlo. ¡Que no le crezca en las orejas, en los brazos y en la espalda! Para mí pasó a ser la criatura más hermosa del mundo y me enfadaba muchísimo cuando mis amigas la miraban y decían: "Pobrecilla. ¡Qué pena que no sea ella el niño y Howard la niña!". Elizabeth no abrió los ojos hasta el décimo día, la cara seguía cubierta por vello negro y tenía manchas rojas por todo el torso.»

Sara, que no era tan superficial como puede parecer, rezaba para que el aspecto de su hija mejorase, y desde luego que mejoró, y de una forma extraordinaria. Pasó de no hablar hasta que tuvo más de un año —a diferencia de Howard, que comenzó a hacerlo con poco más de seis meses— a hablar y gorjear todo a la vez. «Ya hacía tiempo que había desaparecido el vello de los brazos, la espalda y las orejas; ahora la naturaleza entera parecía empeñada en convertirla en algo hermoso. Hasta se le agrandaron los ojos», escribió Sara en 1954 en una serie de artículos titulada «Elizabeth, mi hija» para el *Ladies Home Journal*. «Una doble hilera de pestañas negras y tupidas hacían sombra a dos profundas lagunas azules.» Al año y medio de edad, la transformación de Elizabeth ya era completa. Sara se aseguró de que la metamorfosis de oruga en

mariposa quedara plasmada en la historia de la vida de su hija.

La belleza de Elizabeth llegó a definirla y, en ocasiones, a atormentarla. El recuerdo más temprano de su infancia fue meter un dedo en un calefactor eléctrico. «Me fascinaba el color rojo —le contó a David Frost en 1972—, de manera que me acerqué a él gateando y metí el dedo, y entonces me di cuenta de que el color y la belleza no siempre eran bellos sino que llevaban consigo el dolor.»

Los padres de Elizabeth se habían conocido en Kansas City y habían sido amigos desde la infancia. Perdieron el contacto cuando Francis se trasladó a Nueva York para trabajar con su tío Howard Young, un marchante de arte multimillonario que tenía una galería muy conocida en la ciudad, y Sara, por su parte, comenzó su carrera de actriz. Cambió su apellido Warmbrodt por Sothern y eliminó la *h* final de su nombre de pila, que hasta entonces había sido Sarah. Todo esto ocurrió después de que ella y su madre escudriñaran el listín telefónico en busca de nombres apropiados para el teatro. Su papel de más éxito fue el de Mary Margaret, una niña de doce años con discapacidad, en la obra *The Fool* (El tonto). Al final del tercer acto la niña se curaba. A nadie pareció importarle que la actriz que la interpretaba tuviese veintiséis años. Guardaba como un tesoro una carta fechada en 1924 en que Su Majestad la Reina le decía que había disfrutado mucho con su actuación. «Sin embargo —escribió más tarde—, el escenario y toda mi carrera terminaron cuando me convertí en la esposa de Francis Taylor, ¡lo cual estuvo muy bien!»

Ella y Francis volvieron a encontrarse en 1927 en el glamuroso Baile de Mayfair, celebrado en el hotel Ritz-Carlton de Nueva York. Sara, que tenía unos grandes ojos oscuros y lucía el peinado de moda (melena corta) decidió esa noche que había encontrado al hombre con el que iba a casarse. Antes de dos semanas ya estaban comprometidos. La que propuso dicho compromiso fue Sara. Cuando le preguntó a Francis, que tenía un temperamento más tímido, por qué no se le había declarado aún, él le respondió que porque la consideraba «una estrella demasiado importante».

Se casaron y llevaron una vida desahogada gracias a la generosidad de dos benefactores: el tío Howard y el miembro conservador del Parlamento británico Victor Cazalet. Demostrando mucha astucia, Sara se había hecho amiga de la hermana de Cazalet cuando se encontraba en Londres de gira con una obra teatral. Cazalet incluso les regaló una casa de fin de semana. Francis pensó que Sara estaba intoxicada por la riqueza y el poder de Cazalet, y llegó a sospechar la existencia de una aventura. Cuando el tío de Francis le pidió que fuese el director de la sucursal londinense de su galería de arte, los Taylor se instalaron en Inglaterra. Vivían en Hampstead, un selecto barrio de Londres. Su casa estaba en Wildwood Road, frente a Hampstead Heath, y tenía un exuberante jardín con tulipanes amarillos de un metro de altura, flores de lavanda, y un auténtico jardín de rosas que descendía en forma de terraza hasta el parque, e incluso una pista de tenis. Llamaron a su casa Heathwood.

Cazalet fue designado padrino de Elizabeth, y fue quien ayudó a que vivieran la vida de las clases altas, lo que incluía un chófer, dos asistentas y una niñera. Elizabeth pasó veranos y fines de semana con su familia en un coqueto chalé de ladrillos del siglo XVI, cubierto de hiedra verde y llamado Little Swallows. El chalé estaba situado dentro de la propiedad de Cazalet conocida como Great Swifts, cerca de Cranbrook, Kent, a noventa y cinco kilómetros de Londres. Cazalet, que también era científico cristiano, presumía de tener una conexión espiritual con Sara. Pasaban horas juntos leyendo los escritos de la fundadora de la iglesia, Mary Baker Eddy. Francis no pertenecía a esa fe y mientras Sara no aceptaba ninguna medicina para sus hijos —los científicos cristianos creen en el poder de curación de la oración, y no de la medicina—, él a veces metía algún medicamento de contrabando en la casa. La devoción de Sara a la Ciencia Cristiana se fortaleció cuando Elizabeth, que entonces tenía tres años, se curó sola después de pasar tres semanas en cama con fiebre alta por una gran infección en el oído.

Sara permaneció junto a Elizabeth todas las noches. Cuando la pequeña le preguntó si Cazalet vendría a su habitación y se

sentaría junto a ella, Sara recordó el poder curativo de las plegarias de él. «Victor se sentó en la cama y la sostuvo en brazos y le habló de Dios. Los grandes ojos oscuros de ella escudriñaban su cara, bebiendo todas sus palabras, creyendo y comprendiendo. Una maravillosa sensación de paz inundaba la habitación. Yo apoyé mi cabeza a un lado de la cama y me dormí por primera vez en tres semanas. Cuando desperté, Elizabeth estaba profundamente dormida. La fiebre había desaparecido.»

Ese mismo año, el de sus tres años, Cazalet le regaló a Elizabeth una poni New Forest llamada Betty. Aquella fue la mejor época en la vida de Elizabeth, dijo su madre décadas más tarde, porque fue la única en la que se le permitió ser niña. Le encantaba cabalgar por los prados verdes y «el aislamiento, la soledad, la compañía de un animal... es algo maravilloso y terapéutico».

Fue entonces cuando Sara supo que Elizabeth tenía una conexión especial con los animales. Una vez, *Betty* tiró a Elizabeth y a Howard, que la montaban, encima de un matojo de ortigas. Elizabeth se levantó, recuerda Sara, se montó alargada contra el lomo desnudo de *Betty*, la rodeó con sus brazos y le habló todo el tiempo mientras recorría los campos, y nosotros parados ahí con las bocas abiertas. A partir de ese momento se hicieron amigas. La manera en que Elizabeth «amansaba» a los caballos (o a cualquier animal) fue la que más tarde la conduciría a desempeñar su papel de Velvet Brown en *Fuego de juventud*, el personaje que la llevó a la fama.

Fueron aquellos días en la campiña inglesa con su caballo los que Elizabeth más atesoraba. «Cuando comencé a actuar me encantaba jugar con los perros y los caballos —decía—. Cabalgar me producía una sensación de libertad y de abandono, ya que cuando niña estuve tan controlada por mis padres y por el estudio que cuando me subía a un caballo sentía que podía hacer lo que me viniera en gana.»

Elizabeth adoraba a su hermano mayor y su amistad con él siguió siendo fuerte durante toda la vida. Cada uno de ellos tenía cualidades que el otro admiraba: para Elizabeth era el espíritu libre de él y para Howard era la perseverancia de ella. Le encantaba ver

boxear a su hermano mayor y lanzaba un gritito de placer cuando él acertaba una izquierda en la mandíbula de su oponente. Llegó a convencer a sus padres de que le regalasen un par de guantes de boxeo y le pidió a Howard que practicase con ella antes de cada encuentro. Le divertía hacer el papel de hermanita peleona. «Se abalanzaba sobre él con toda su fuerza y se ponía furiosa si su hermano no le daba una buena paliza —recordaba Sara—. Solía gritarle: "¡Más fuerte, Howard! ¡Dame más fuerte!".» Él tenía que dejarla prácticamente KO para satisfacerla. Pero él seguía gastándole bromas como cualquier hermano a su hermana pequeña y ella odiaba la abreviatura de su nombre (Liz) porque decía que sonaba como si alguien silbase —*Lizzzzzz*— y también porque Howard solía llamarla *Lizzie the Lizard* (Lizzie la lagarta).

Sara era consciente del efecto que causaba la belleza de Elizabeth en las demás personas y se aseguró de que su hija tuviese todas las oportunidades posibles de mezclarse con la élite. La apuntó a aprender danza en la prestigiosa escuela Vacani, a la que habían acudido dos generaciones de mujeres de la familia real. A los tres años y medio Elizabeth participó en un recital de caridad que se llevó a cabo en el Queen's Hall. Entre el público estaba la Elizabeth más famosa de su época, la joven princesa Isabel, junto con su hermana la princesa Margarita.

Elizabeth y sus compañeras llevaban tutús y alas de mariposas y, al finalizar, Elizabeth hizo una reverencia muy marcada, con los brazos bien abiertos y los dedos aleteando. Se quedó sola en medio del escenario, después de que las otras bailarinas se hubiesen marchado, con la cabeza inclinada hacia el suelo y los brazos aún abiertos, como en un trance.

Sara se sentía como en el cielo. Elizabeth podía llegar a hacer realidad su propio sueño abandonado: podía convertirse en la estrella que Sara siempre había deseado ser. «¡El recinto se volvió loco!», escribió, recordando el telón que subió y bajó varias veces mientras su hija permanecía en el centro del escenario. «Y supe que llegaría el día en que querría seguir mis pasos. Aún puedo oír los aplausos de la magnífica noche, diez años atrás, en que se estrenó *The Fool* en el teatro Apollo de Londres y yo, en el papel de la

pequeña discapacitada, me quedé sola en medio del escenario y me llamaron a saludar doce veces mientras los espectadores británicos, que tenían fama de tibios, gritaban "¡Bravo! ¡Bravo!".»

Para Elizabeth aquello fue una revelación personal. Era de naturaleza tímida —a menudo se asustaba «a muerte», como ella solía decir—, pero descubrió que sobre el escenario era capaz de meterse en la piel de otra persona y liberarse de su ansiedad. «En ese escenario sentí una sensación maravillosa: el aislamiento, la grandiosidad, el sentimiento de espacio interminable, las luces, la música, y luego los aplausos que vuelven a traerte a la realidad, el ruido que te repica junto a la cara.»

Y entonces, en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, la vida cambió de repente y para siempre. La de Elizabeth, una vida de recoger prímulas y campanillas y de montar a caballo en las interminables colinas verdes de Inglaterra, finalizó. Elizabeth dijo tiempo después que si no hubiese habido guerra, es probable que ella hubiera llegado a ser una señorita de la sociedad inglesa y habría permanecido casada con un hombre que tuviese un empleo seguro y tenido un montón de hijos. Pero el destino decidió otra cosa. Después de una tarde de té con Winston Churchill, que aún no era primer ministro, pero sí un político sumamente influyente, Cazalet llevó a Francis aparte y le dijo que tendría que enviar a Sara, Elizabeth y Howard a Estados Unidos inmediatamente. La última vez que Elizabeth estuvo en Little Swallows fue en la Pascua de 1939. Como miles de estadounidenses que abandonaron Inglaterra, los Taylor literalmente corrieron para salvar la vida.

Sara subió al *SS Manhattan* con sus dos hijos, y el plan era que Francis se reuniera con ellos en cuanto pudiese liquidar sus negocios en Londres. Durante el viaje, que duró una semana, Elizabeth vio *La pequeña princesita* con Shirley Temple y se enamoró del cine. En aquella época, Sara tenía que saber que estaba llevando a su hermosa hija al sitio donde podrían hacerse realidad sus sueños. Por entonces la gente ya hacía detenerse a Elizabeth por la calle par admirar su belleza, los rizos negros negros que enmarcaban una carita perfectamente simétrica y los ojos de un azul profundo que parecían de alguien mayor a sus

años. Decían que Elizabeth se parecía a Vivien Leigh, la protagonista del arrollador éxito de 1939 *Lo que el viento se llevó*, y que debiera haber hecho una prueba para el papel de hija de Vivien.

Una vez instalados en Los Ángeles, Sara se obsesionó con hacer una estrella de su hija. Su estilo de vida opulento desmentía su menguada cuenta corriente. Llegaron a no tener más que 25 dólares y Francis, que aún estaba en Inglaterra, no podía enviarles más dinero por culpa de la guerra. Recortaron sus gastos vitales, siendo su mayor sacrificio renunciar a las carnes rojas, lo cual no fue nada comparado con las privaciones que sufrieron muchas personas durante la guerra. Habían escapado por poco: exactamente cinco meses después de marcharse ellos, Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Ellos perdieron el acento inglés y Sara dejó de ser *Mami* para volver a ser *Madre*. Pero Elizabeth extrañaba aquello desesperadamente. Se quedaba en su habitación escuchando música clásica y lloraba al pensar en Inglaterra y en la campiña que tanto amaba.

Sara quería centrar la energía de Elizabeth sobre su carrera. Todas las noches le leía la Biblia de la Ciencia Cristiana. Elizabeth subrayó un pasaje en especial: «El amor inspira, ilumina, diseña y señala el camino. Los motivos correctos dan alas al pensamiento, y fuerza y libertad al discurso y a la acción». Si este equipo formado por madre e hija deseaba algo con la fuerza suficiente, iba a conseguirlo. Elizabeth se había convertido en la razón de ser de Sara. En cada habitación de su casa de Los Ángeles había entre seis y doce fotografías de su hija.

Cuando Francis se reunió con su familia en Los Ángeles debió de haberse asustado por lo que encontró. Durante la cena, Sara hablaba con Elizabeth acerca de actuar y proyectos cinematográficos mientras Francis y Howard comían en silencio. Décadas más tarde, después de que Sara muriese en 1994, la abogada de Elizabeth, Barbara Berkowitz, fue a la casa de Sara en Palm Desert, California, para ayudar a reunir sus pertenencias. «Nadie hubiera dicho que también tenía un hijo», dijo la abogada. Podría decirse que Howard era un hijo diligente y solícito, que

estaba pendiente de su madre, que la invitaba a pasar temporadas con él y su familia y se aseguraba de celebrar sus cumpleaños. Pero Sara nunca lo trató ni con la mitad del respeto que reservaba para Elizabeth.

A Francis le incomodaba cada vez más la singular atención que Sara prestaba a Elizabeth. Le hacía ensayar una y otra vez el mismo papel que había desempeñado ella en *The Fool* tantos años atrás. Le enseñó cómo llorar en el momento preciso. Francis contemplaba impotente cómo Sara entrenaba a su hija en asuntos de etiqueta, a quedarse en su marca y a hallar su mejor iluminación. «Renuncié a mi carrera cuando me casé con tu padre —le dijo a Elizabeth—, y ni todos los caballos ni todos los hombres del rey[3] conseguirían que la recuperase.» La verdad era que jamás había logrado alcanzar el éxito profesional que tanto había deseado, y ni el matrimonio ni los hijos habían conseguido llenar aquel vacío.

Sara siempre decía que trataba de impedir que Elizabeth hiciese pruebas para papeles cinematográficos, pero estaba claro que iba a hacer todo lo que estuviese a su alcance para convertir a su hija en una rutilante estrella. «Dondequiera que fuese, incluso cuando aún era una niña pequeña, la gente la seguía diciendo: “Mirad esos ojos. ¿Alguna vez habéis visto ojos más hermosos? ¡Ah, esta niña tendría que rodar películas!”.» Decía que le costaba mucho trabajo conseguir que Elizabeth no se diera cuenta de lo bella que era. «¿No es curioso? La gente me solía decir lo mismo a mí cuando tenía tu edad —le dijo a la niña—. Es la manera que tienen de demostrarte su amistad.» Elizabeth asentía y sonreía a la gente, exactamente como su madre le había indicado.

Sara rememoraba: «No importa lo que hiciéramos ni a dónde fuéramos, parecía predestinado a seguirnos… o mejor dicho, a seguirla a ella. Finalmente, llegó un momento en que aquello fue tan insistente que nos preguntamos si no estaríamos interfiriendo con lo que parecía ser su destino asignado».

Francis y Sara alquilaron una casa en Pacific Palisades y apuntaron a Elizabeth en la misma escuela a la que acudían los hijos del poderoso productor y director de estudios Darryl Zanuck

y también los de la actriz Norma Shearer. Los fines de semanas transcurridos en la piscina de los Zanuck con la familia de la Shearer fueron algo más que citas para jugar: se trataba de presentar a Elizabeth a la gente poderosa de Hollywood. Cuando esto no se tradujo inmediatamente en contratos para películas, Sara tomó cartas en el asunto.

* * *

Según Sara, ella y Elizabeth estaban haciendo compras un sábado por la mañana y se detuvieron delante de la nueva galería de arte de Francis, que estaba dentro de la galería comercial del hotel Beverly Hills, en Sunset Boulevard. La tienda exhibía pinturas que Francis había traído desde Inglaterra antes de que comenzara la guerra. Se detuvieron para «saludar a papá» y terminaron comiendo con él, con Reggie Allen, que presidía el departamento de historia de los estudios Universal, y con Andrea Berens, que estaba a punto de casarse con J. Cheever Cowdin, el presidente de Universal. Berens estaba en la galería de Francis porque el famoso retratista galés Augustus John había pintado su retrato y ella sabía que Francis llevaba la obra de John.

También según Sara, después de comer Francis los dejó porque tenía que hacer algunos trámites. Ella se quedó para mostrarle a Berens las pinturas de John. Berens preguntó si había dibujos y Sara los trajo y los dispuso sobre el suelo. Al final, dijo Sara, ese día le vendió dibujos y pinturas por valor de 21.000 dólares (aproximadamente 400.000 dólares de hoy). Mientras se cerraba el trato, Sara se aseguró de que Elizabeth y Berens tuvieran tiempo para conversar. Antes de irse, Berens dijo: «Cheever tiene que ver a esta niña». Sara aceptó inmediatamente e invitó a Cowdin y a Berens a su casa el domingo siguiente para tomar el té. Ahora le tocaba a Elizabeth causar buena impresión ante Cowdin.

Después del té en el jardín, Sara llevó adentro a Berens para mostrarle más pinturas de Augustus John, pero le perdió la pista a

Cowdin… o al menos es lo que ella dijo. «Al mirar afuera, vimos que estaba totalmente concentrado y rodeado por muñecas. Elizabeth, para *cuidarlo*, había hecho varios viajes escaleras arriba para traer todas sus muñecas. Había cochecillos, sillas altas, camas, coches infantiles, y carros llenos de muñecas… y Cheever, riendo como un crío, se lo estaba pasando muy bien.» Sara describió aquello como el punto de inflexión en la vida de su hija de nueve años, pero el camino de Elizabeth hacia el estrellato infantil no iba a ser tan llano.

«Cheever Cowdin y Andrea Berens nos rogaron que dejáramos que Elizabeth hiciese una prueba en los estudios Universal», recordó Sara, fingiendo que ella no había tenido nada que ver en el asunto, aunque había sido ella la que quiso más que nadie aquella prueba. «Estaban convencidos de que la niña tenía un talento natural para el cine. Más tarde le dije a papá: "Es curioso como este tema de las películas nos persigue. Quizá tenga que ser así. Quizá no debamos interponernos en su camino hacia el futuro".»

La tarde anterior a la prueba en Universal, Sara y Elizabeth se sentaron con su libro de oraciones de la Ciencia Cristiana y la madre le recomendó a la pequeña que tuviera solo pensamientos positivos. Después de todo, ese tipo de pensamientos había convertido a la niña en una belleza, y Sara estaba convencida de que también la convertirían en una estrella. Poco después de la prueba en Universal, Sara llevó a Elizabeth a una clase de música que estaba llena de otros niños, hijos de personas muy influyentes. Entre sus compañeras de clase estaban las nietas de Louis B. Mayer, el jefe de MGM. Mayer era un inmigrante ucraniano y el más poderoso creador de estrellas de la industria, que dirigía el más grande de los «Cinco Grandes» (estudios). Otra compañera era la hija de Carmen y John Considine Jr., un productor de éxito. Allí Elizabeth cantó el *Danubio Azul*.

Según cuenta Sara, «la voz de Elizabeth se alzó como un pájaro, y cantó con toda la alegría de su corazón». Al terminar recibió un enorme aplauso. Carmen quiso que Elizabeth conociese a su marido, que por entonces estaba en MGM.

Cuando Sara le habló a Carmen de la prueba que había hecho

Elizabeth en Universal, Carmen le hizo prometer que no firmaría nada con Universal hasta haber hecho otra prueba con MGM.

Al día siguiente, fueron a MGM para encontrarse con Considine y Sara tocó el piano mientras Elizabeth cantaba «como un pájaro, gorjeando e inventándose las palabras».

Considine dijo: «Traigan al señor Mayer».

Antes de ir a coger un avión para Nueva York, Mayer, que en ocasiones daba la impresión de alguien imponente y amenazador, miró a Elizabeth con la mente en otra cosa y dijo: «Contratadla». MGM le ofreció un contrato por siete años a razón de cien dólares a la semana (unos 1.900 dólares de hoy), con opciones anuales.

Sara, sin embargo, tuvo la osadía de enfrentar a MGM con Universal y reveló a Cowdin lo que le había ofrecido MGM. Cowdin dobló la oferta a la extravagante suma de 200 dólares a la semana y Elizabeth firmó un contrato por siete años con Universal. Sara pensó que al ser Universal un estudio más pequeño, Elizabeth recibiría más atención. Pero Elizabeth prefería MGM, del que Katharine Hepburn, Lana Turner y Clark Gable habían dicho que «tenía más estrellas que el cielo». Hay que decir que esas estrellas habían sido fabricadas, promovidas y a veces destruidas por el mismo Mayer.

Sin embargo, firmar un contrato con Universal terminó siendo una mala decisión. En 1942, cuando Elizabeth aún no había cumplido diez años, debutó en *There's One Born Every Minute*, con el actor principal Carl Switzer, que tenía el papel de Alfalfa en *La pandilla.* La película no tuvo éxito y el papel de ella era muy poca cosa. «Éramos dos chiquillos malcriados —recordaba Elizabeth más adelante—, y por lo que recuerdo lo único que yo tenía que hacer era corretear y arrojar bandas elásticas al trasero de las señoras.»

Al terminar el año de contrato, Universal no renovó su opción y Elizabeth se quedó sin trabajo. El director de repartos de Universal dijo: «Esa criatura no tiene nada. Los ojos son los de una persona mayor, no tiene cara de niña». Tenía diez años, no cantaba como Judy Garland y carecía de la inocencia de Shirley Temple. Sara estaba destrozada y Elizabeth se sintió miserable. «Solo tenía una cosa en mente —dijo Sara—. Volver a MGM. Todos los días me

rogaba que la llevase a Metro. Yo no sabía qué hacer.»

Sara le contó a su amiga Thelma Cazalet, hermana de Victor, lo deprimida que estaba Elizabeth y Thelma utilizó sus contactos para presentarles a las dos a la columnista Hedda Hopper. Tiempo atrás, Hopper había sido una actriz mediocre, pero para entonces era una periodista de lengua rápida y enorme influencia: tenía treinta y cinco millones de lectores por todo el mundo. En el verano de 1942, después de que Universal la despidiera, Sara llevó a Elizabeth y la presentó a Hopper con la esperanza de que escribiera algo positivo sobre ella o la presentara a los ejecutivos de algún otro estudio. Elizabeth cantó su socorrido *Danubio Azul,* pero Hopper no se sintió impresionada y sentenció que su futuro «no era el canto». Y no les ofreció nada.

Las ganancias de Elizabeth habían ayudado mucho a la familia durante la guerra y las utilizaron para financiar su extravagante estilo de vida. Para esas fechas, los Taylor se habían trasladado de Pacific Palisades a una gran casa de estilo mediterráneo con un tejado rojo en Elm Drive, Beverly Hills. Sara tenía que encontrar alguna otra manera de volver a MGM. La encontró gracias a Francis, que entonces era vigilante de incursiones aéreas y tenía la responsabilidad de patrullar el vecindario por si la guerra llegaba hasta Estados Unidos. Francis se hizo amigo de Sam Marx, otro vecino que también vigilaba. Marx era productor de MGM y estaba trabajando en una película titulada *La cadena invisible*.

—Está casi finalizada —le comentó a Francis—, pero la chica protagonista es demasiado alta para Roddy McDowell. Tenemos que encontrar otra más baja.

Necesitaban una joven con acento británico, pero como la guerra era muy dura en Europa tenían problemas para encontrarla. En Estados Unidos había un fortísimo sentimiento probritánico ya que ambos países eran aliados en su lucha contra el fascismo. Francis propuso a su hija y Marx le pidió que la llevaran inmediatamente si querían tener la oportunidad de colocarla en la película. Esa tarde ya habían examinado a veinticinco chicas y las pruebas finalizaban a las seis. Sara y Elizabeth llegaron al estudio a

las seis menos cuarto, y estaban a punto de seleccionar a una de las chicas que ya habían pasado la prueba porque nadie esperaba mucho de Elizabeth. De ninguna manera iba a permitir Sara que su hija perdiese la oportunidad porque ya había visto lo rápido que se destruye una ilusión. Elizabeth solo pudo leer el guion una vez.

—Ya estoy lista, gracias —anunció con toda confianza. A Elizabeth le encantaba actuar y consideraba que las películas eran una prolongación del mundo de la ficción: jugaba a disfrazarse y le pagaban por ello. No tenía ni idea acerca del dinero, pero sus padres desde luego que sí.

Se sentó en el centro del estudio de sonido e hizo como que acariciaba a un collie que solo existía en su imaginación. «Pobre *Lassie*, pobrecilla», dijo tristemente, con la mano en el aire. Cuando terminó, el director dijo: «Lo ha logrado. Es perfecta para el papel». Cuando llegó al estudio el primer día de trabajo, el cámara la miró y le dijo:

—Cariño, ¿te importaría volver a la sala de maquillaje para que te quiten un poco de maquillaje? Llevas demasiada máscara y delineador.

Elizabeth se ruborizó y le respondió que no llevaba ni una pizca de maquillaje.

Aun cuando era Sara la que la empujaba a hacerlo, a Elizabeth le encantó la experiencia. «Era algo mágico vivir la fantasía que tienen todas las chicas», explicó. MGM firmó con ella un contrato a largo plazo por 75 dólares a la semana, menos de lo que le había ofrecido antes, pero era un comienzo. Ser la madre de Elizabeth en el plató fue el trabajo a tiempo completo de Sara: la acompañaba siempre y la defendía cuando creía que necesitaba defensa. Para ello se le pagaba con parte del salario de su hija. Se apartaba el diez por ciento del salario bruto de Elizabeth y se usaba para comprar bonos de guerra a nombre de la niña. El resto de su paga, según el contrato con MGM de 1943, «puede ser retenido por la mencionada Elizabeth Taylor, y por Francis Taylor y Sara Taylor, su padre y su madre respectivamente». Esta fraseología daba a los padres de los actores y actrices infantiles una gran flexibilidad por lo que respecta a la cantidad del dinero de sus

hijos que ellos se quedaban y a cuánto reservaban para los niños.

Aunque protegida por su madre, que se hizo famosa por pelear por ella con los ejecutivos del estudio, la atención de Sara podía llegar a ser sofocante. «[Estaba] tan absolutamente vigilada que nunca tenía un momento para estar sola y pensar o sencillamente estar en silencio.»

* * *

La cadena invisible se estrenó en 1943 y, si bien Elizabeth tenía un papel breve, la película, rodada en color —cosa poco frecuente en la época—, fue un éxito monumental y afirmó la carrera de Elizabeth como una de las estrellas infantiles de MGM. En un par de años iba a convertirse en la joya de la corona de la empresa más grande del mundo dedicada al entretenimiento. Pero para ella lo más importante que le aportó el filme fue la amistad con su compañero, el actor británico Roddy McDowall, cuatro años mayor que ella y protagonista de la historia, una amistad que iba a durar toda la vida.

McDowall nunca iba a olvidar su sorpresa la primera vez que la vio. «Trajeron a esa niña al plató y yo comencé a reír por lo extraordinariamente guapa que era. Un rostro muy maduro para una niña. La criatura más asombrosa que yo había visto nunca», explicó.

Elizabeth llegó a ver a McDowall como a un hermano mayor, y el actor iba a convertirse en uno de los muchos hombres gais que iba a haber en su vida y que ella trataba como a hermanos. Años más tarde, McDowall describió a Elizabeth como «la amiga perfecta». «Roddy te hace sentir que eres tremendamente valiosa para él y seguramente para todos los demás también —escribió ella—. Te ríe los chistes de manera que te sientes un poco más divertida de lo que eres en realidad. Hace que te sientas admirada e importante. Ese es su genio.»

Después MGM «prestó» a Elizabeth a 20th Century Fox para

un pequeño papel, que no figuró en los créditos, el de la angelical Helen Burns en *Jane Eyre*, de 1943, protagonizada por Orson Welles y Joan Fontaine. Aparece en pantalla menos de cinco minutos antes de que su personaje muera, pero se apodera de la escena. Volvió a MGM para hacer *Las rocas blancas de Dover* junto a McDowall. Fue entonces cuando la directora del colegio de Elizabeth convocó a Sara y le dijo que tendría que buscar otra escuela para la niña porque ya se había convertido en una distracción para las demás: con ella en la clase, las otras alumnas no podían concentrarse. Esto fue un inconveniente para Sara, pero también una señal muy clara: su hija estaba llegando a ser una auténtica estrella de cine.

A la edad de diez años, sus padres la apuntaron a la escuela de MGM, a la que asistió durante los siguientes ocho años. Esa iba a ser la única escuela que conoció. Hizo que se sintiera aislada, ya que en ocasiones era la única estudiante de su curso. Se le pedía que asistiese cada día a tres horas diarias de estudio concentrado, que finalizaban a las cuatro de la tarde. Ella añoraba la escuela normal, donde las clases se prolongaban a lo largo de seis horas y podía jugar y bromear con sus amigas.

MGM era un universo en sí mismo. El estudio ocupaba 676.000 metros cuadrados en Culver City y poseía hospital propio, lagos propios, un zoo privado y una cafetería donde estrellas del calibre de Spencer Tracy, Fred Astaire, Lana Turner y Greer Garson tomaban su almuerzo muy a menudo. «Cada vez que Clark Gable entraba en la cafetería, a mí se me caía el tenedor de la mano», recordaba Elizabeth. Louis B. Mayer era el rey absoluto: hasta la sopa de pollo del menú era receta de su madre. A Elizabeth le gustaba especialmente el suave aroma del maquillaje que utilizaban las mujeres. En una ocasión se armó del suficiente coraje para acercarse a la mesa en la que comía Katharine Hepburn y pedirle que firmara en su cuaderno de autógrafos, pero Hepburn estaba distraída. «Yo la admiraba tanto, porque era una de las realmente grandes, que de repente me quedé helada; luego sentí muchísimo calor y empecé a temblar. Ella fue muy amable, pero ese fue el último autógrafo que pedí jamás.» Quince años más tarde

actuaron juntas en *De repente, el último verano*.

Actores vestidos de *cowboys* y de soldados romanos desfilaban junto al edificio blanco de la escuela, que según la actriz infantil Margaret O'Brien tenía una valla de estacas y una bandera estadounidense al frente. A la cabeza de la única aula con doce asientos de la escuela había una maestra llamada señorita McDonald, que tenía que habérselas tanto con niños de parvulario como con adolescentes de diecicocho años. Todos ellos hacían equilibrios para combinar sus trabajos a jornada completa con sus estudios. Margaret, que era cinco años más joven que Elizabeth, a menudo jugaba con ella en el pequeño campo de juegos de la escuela.

—No tenía a nadie con quien comentar sobre las clases que daba. Me sentía muy aislada —recordaba Elizabeth—. Solía meterme en el lavabo de señoras y ahí soñaba despierta durante unos diez minutos porque estaba bajo supervisión constante.

A Elizabeth le gustaba imaginarse como la estrella de su propio espectáculo, como en *La vida secreta de Walter Mitty,* película en la que Danny Kaye interpreta a un hombre que lleva una vida aburrida, pero que se ve a sí mismo como el héroe de las historias creadas por su propia imaginación. Elizabeth estaba *waltermittyando* uno de esos días y se quedó en el lavabo más tiempo del habitual. Cuando la señorita McDonald la reprendió, Elizabeth decidió que la próxima vez iba a ser más específica y escribió en la pizarra, en letras pequeñas: «E entra al lavabo 10.03». Y cuando regresó a la clase escribió: «E sale del lavabo 10.06. Misión cumplida».

Pensaba qué maravilloso debía de ser hacer cosas como mirar por encima del hombro de un compañero para robarle las respuestas de un examen. «No había ningún hombro por encima del cual mirar porque cada uno estaba en un curso diferente», bromeaba. En toda la escuela solo había una docena de niños o así, y además de Roddy McDowall y más tarde Debbie Reynolds, ninguno tenía su edad. Envidiaba a Debbie, que había asistido al Instituto Burbank antes de comenzar en la escuela de MGM.

Elizabeth sentía también que había algo intrínsecamente

deshonesto en todo aquel montaje. Años más tarde recordó lo difícil que era ser una estrella tremendamente rentable a la vez que una estudiante. «En el plató había un pequeño cuchitril negro y tenías tu profesor particular, y lo mínimo que podías estar ahí dentro era diez minutos. O sea que en diez minutos tenías que meterte cosas en la cabeza, luego ir al plató, decir tus líneas, volver, retomar donde lo habías dejado, salir. Volver a meterte en tu personaje… No era fácil, no sé cómo todos nosotros no éramos una panda de esquizofrénicos. Bueno, varios lo éramos.»

El legendario director George Stevens, que dirigió a Elizabeth en *Un lugar en el sol* y en *Gigante*, dijo que MGM creó «un patriarcado artificial» alrededor de ella. «Ocupó el lugar de su propio padre. El estudio, como un papá dominante, era a veces riguroso y otras veces cariñoso. Durante todo el día algún empleado iba diciéndole lo que tenía que hacer y lo que no. Elizabeth pasó todos sus días de preadolescente y adolescente dentro de los muros de Metro Goldwyn Mayer, sin tiempo para jugar ni tener contacto con otros niños. Entre tomas, la mandaban a algún sitio donde había una habitación vacía para que estudiase.»

«Le debe de haber resultado aburrido rodar cuando ya estaba llegando al final de la adolescencia —dijo Stevens, comparando la actuación con el fútbol americano—. Entrabas en el equipo a los doce años: si eres *quarterback* en el equipo de secundaria a los doce años, debes de estar harto del fútbol para cuando entras en la universidad.» Detrás de su agradable sonrisa, «su deseo de escapar de todo aquel asunto era como un tsunami».

Elizabeth consideró su niñez en MGM «una extraordinaria forma de confinamiento de la exuberancia juvenil». Sus posteriores ansias de amor matrimonial son más profundas de lo que parece, dijo, porque para una mujer como ella, casarse y tener hijos era «la manera aceptable de escapar».

«Si para escapar del estudio te retiras o tomas demasiadas pastillas para dormir [Marilyn Monroe había muerto justo un mes antes], estás dañando a los sindicatos, estás destruyendo la industria… Una chica realmente no puede decir “lo dejo”… Así pues, ¿qué le queda? Tiene que casarse y entonces ya no hay más

discusiones: quiere casarse y tener hijos.» Desde luego, Elizabeth sabía instintivamente que Stevens tenía razón, por injustas que fueran las expectativas para las actrices de aquella época. Elizabeth pasó mucho tiempo de su vida tratando de mantenerse apartada de la mercancía en la que se había convertido, y cuando tuvo la edad suficiente encontró una vía de escape por medio del matrimonio. Solo el contrato de la película *Cleopatra* muestra su firma a lo largo de varios períodos de rodaje con tres nombres diferentes: «Elizabeth Taylor», «Elizabeth Fisher» y «Elizabeth Taylor Burton».

Antes de que se casara, el control de Sara sobre ella no cedió nunca. Durante el almuerzo en la cafetería del estudio, Stevens recuerda que Sara decía cosas como «Elizabeth dice» o «Elizabeth piensa» cuando la misma Elizabeth estaba sentada junto a ella. «Yo sentía ganas de gritarle: "¿Por qué no dejas que lo diga ella misma?". »

Elizabeth asistía a fiestas de piscina organizadas por el estudio o por los padres de otras estrellas para que los fotógrafos de las revistas para fans, como *Photoplay* y *Movie Gems,* pudieran hacerles fotos. Por unos momentos se olvidaba de las cámaras y se zambullía en lo más profundo y emergía riendo a carcajadas y sacando agua por la nariz. Pero el instante pasaba y ella volvía al estado de atención como todas las demás estrellas jóvenes. La diferencia era que Elizabeth no podía soportar la hipocresía. Cuando el fotógrafo de una de las revistas le pidió que posara secando platos se negó. «No hagas esa foto, por favor —le dijo al hombre—. Van a pensar que me gusta secar los platos y todos los muchachos se preguntarán qué diablos me pasa.»

Russ Tamblyn, que desempeñó el papel del hermano pequeño de Elizabeth en la película *El padre de la novia*, de 1950, recordaba que la maestra McDonald llevaba el cabello oscuro partido exactamente en medio y atado en un moño apretado, y las blusas cerradas hasta el último botón. «Era muy estricta —recordaba—, y nos vigilaba a todos, así como al enorme salón en el que había una mesa de pimpón.» Pero esas reglas no estaban hechas para Elizabeth. «Era muy independiente y le contestaba a la señora McDonald», dijo también Tamblyn.

Además del edificio de la escuela, los niños que actuaban tenían sus propios camerinos y educadores privados en el estudio. «No nos hacían trabajar demasiado ni a Elizabeth ni a mí —rememoraba Margaret O'Brien. Pero eso no se debía a su buen corazón—. Cuando Elizabeth y yo estábamos en el estudio, después de que Judy Garland se hubiera marchado del colegio, la Junta de Educación sentenció que no podíamos trabajar seguido desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Antes de eso, con Mickey [Rooney] y Judy, los niños que actuaban podían trabajar las horas que el estudio necesitase. Incluso si yo quería finalizar una escena y era una escena de llanto y no quería rodarla a la mañana siguiente, la señora McDonald entraba en el plató y nos llevaba fuera. Le temíamos mucho.»

Elizabeth odiaba que la tratasen como «un bicho raro». Quería ir a la universidad, pero no era posible quitarle tiempo a su carrera. Cuando le dijo a su madre que estaba pensando en postularse para la UCLA (University of California Los Ángeles), Sara desechó la idea de inmediato. «Apuesto a que todas las chicas que van a UCLA desearían ser Elizabeth Taylor.»

Russ Tamblyn también recordaba haber asistido a la solitaria fiesta de graduación de Elizabeth en la poco poblada escuela. La chica compartió su tarta con Tamblyn y también con las estrellas infantiles Dean Stockwell y Jane Powell. Pero incluso en compañía de ellos se sentía como una extraña.

* * *

Hubo una película que convirtió a Elizabeth de niña actriz en mercancía valiosa. En el otoño de 1943, el productor Pandro S. Berman buscaba una chica para un papel muy especial: necesitaba una niña que fuera guapísima, que tuviese un perfecto acento británico y que supiera cabalgar para que interpretase a Velvet Brown, la protagonista de *Fuego de juventud,* película basada en la novela superventas de 1935 de Enid Bagnold. Años atrás, Berman

había pensado en Katharine Hepburn, pero ahora ya era demasiado mayor para el papel.

El filme está ambientado en Inglaterra en el período entreguerras, en una época en que las mujeres tenían limitado y cuidadosamente definido su papel en el mundo: el nombre aparecía en la prensa tres veces: cuando nacía, cuando se casaba y cuando moría. A las mujeres no se les permitía heredar propiedades y en Inglaterra no pudieron votar hasta 1928 (la Decimonovena Enmienda de la Constitución de Estados Unidos fue ratificada en 1920, pero no se aplicó con igualdad a todas las mujeres, y en muchos sitios del país las de raza negra no pudieron votar durante muchos años más). Elizabeth interpreta a Velvet, la hija de un carnicero en la Inglaterra rural, que sueña con ganar un caballo llamado The Pie (Pastel) en una lotería de su pueblo. Cuando lo gana, tiene la fantasía de cabalgarlo y llevarlo a la victoria en el Grand National Steeplechase, una carrera de caballos en la que los *jockeys* solo podían ser hombres. Mickey Rooney, que para entonces era mucho más famoso que Elizabeth, interpreta al desilusionado *jockey* que ayuda a Velvet a hacer realidad su sueño de ganar la carrera disfrazada de chico, lo cual, desde luego, era una jugada increíblemente audaz y valiente. Aun cuando al descubrirla la descalifican, Velvet se llena de orgullo por haber logrado ganar la carrera. La película cuenta una historia de empoderamiento femenino y de la elección entre sus sueños y la familia a la que se ven obligadas las mujeres.

—Todo el mundo debería tener la oportunidad de cometer una locura increíble al menos una vez en la vida —le dice a Velvet su madre, que una vez nadó en el canal de la Mancha, en una escena que es el corazón mismo de la película—. Tu sueño ha llegado temprano. Pero recuerda, Velvet, tendrá que durarte para toda la vida.

Parecía la combinación perfecta: *Fuego de Juventud* (*National Velvet* en el original inglés) era el libro favorito de Elizabeth, quien venía montando a caballo desde los tres años de edad y hablaba con acento inglés. Y la historia de una chica que rompe las reglas atraía a Elizabeth y a su concepción de la vida en términos de

pensamiento y espíritu libres. Pero había un problema aparentemente insoluble: Elizabeth era muy baja para sus once años. Más bien parecía tener seis o siete años.

—Lo siento, cariño, pero eres demasiado baja —le dijo Berman—. Nadie se va a creer que te van a aprobar en el cuarto de pesaje de los *jockeys*. Pareces una niñita pequeña.

—Bueno —respondió ella sin inmutarse, como había hecho su madre cuando Universal la despidió—, ya creceré.

Berman rio y le acarició la cabeza.

Al salir de la oficina de Berman, Sara y Elizabeth trazaron un plan.

—Bien, cielo —le dijo Sara—, si vas a crecer como dices entonces tienes que comer más. Tendrás que comer costillas de cordero, bistecs y verdura y beber mucha leche. Y tendrás que irte a dormir a las seis y media.

Aquel fue uno de los primeros desafíos a los que se enfrentó Elizabeth y estaba absolutamente decidida. Estaba convencida de que ella *era* Velvet Brown y Sara era consciente de que el papel iba a significar un vuelco en la carrera de su hija. Juntas rezaron oraciones del libro de la Ciencia Cristiana. Elizabeth no estaba dispuesta a dejar que este papel se le escapara. Sara llevó a su hija al Club de Campo de Pacific Palisades durante tres meses para que pudiera cabalgar y ellos centrarse en lograr que se pusiera más fuerte… y más alta. Elizabeth encargó al restaurante Tip’s que todos los días les llevara dos desayunos «granjeros» que se componían de dos porciones de carne de hamburguesas, dos huevos fritos, patatas estofadas y tortitas. Todas las mañanas cabalgaba una hora y media antes de ir a la escuela, hacía saltar al caballo cuarenta veces y se colgaba de las puertas y se balanceaba, convencida de que eso la haría crecer.

Se enamoró de *King Charles*, abuelo de *Man o’ War*, el célebre caballo que vivía en los establos de Pacific Palisades. Elizabeth sabía que era un animal no domado y que una vez había saltado sobre un automóvil, pero era su caballo favorito y deseaba desesperadamente cabalgarlo. Por la noche solía trepar a través de una abertura del seto hasta el fardo más alto de heno para poder

sentarse y hablar con *King Charles* por un agujero que había en lo alto de la pared de su establo. Le decía que lo amaba y que iba a tratar de conseguirle el papel de *The Pie*. Una noche se dejó resbalar por el agujero y cayó sobre el lomo del animal; este retrocedió, pateó y piafó. Ella puso los brazos alrededor de su cuello y le susurró, calmándolo a los pocos minutos. Comenzó a escabullirse para ver a *King Charles* cada tarde, desde las cinco y media hasta que oscurecía. Cuando Sara la descubrió, Elizabeth le dijo: «No tengas miedo, Mamá, por favor. Él sabe que lo quiero y no haría nada que me causase daño».

—Está bien —dijo Sara—, pero por favor entra en casa antes de que oscurezca.

Finalmente, el propietario del caballo dio su permiso para que Elizabeth lo montara y ella le preguntó a su madre si los productores irían a verla. Dijo que *King Charles* era «un caballo feérico con alas en los cascos».

—Acudieron, y cuando vieron aquel caballo enorme con una niña tan pequeña dar esos grandes saltos se dieron cuenta de que aquí estaba Velvet, arriesgando su vida a diario, y también qué le ocurriría a su película [si ella se lastimaba] —dijo Sara.

Le dijeron que no podía seguir saltando hasta que comenzase el rodaje, pero todavía no le habían asignado el papel. Esas malas noticias quedaron eclipsadas por la otra decisión que tomaron los productores: por supuesto que *King Charles* sería *The Pie*. Tres meses después, Sara y Elizabeth volvieron a la oficina de Berman para que pudieran medir a la niña y tuvieron la alegría de comprobar que había crecido siete centímetros. Sara consideró que esto era parte del plan divino («no había en esto ni un átomo de voluntad humana») y Elizabeth lo encaró como una evidencia de su propia fuerza. Si quería algo con muchas ganas, hallaría la manera de conseguirlo. El relato de cómo consiguió el papel quedó entretejido en la historia de su vida: Sara sabía que la réplica sería buena.

Sin embargo, cuando firmó el contrato con MGM para rodar *Fuego de juventud*, pasó a ser «esclava» del estudio. Pero por el momento estaba emocionada por haber conseguido el papel. Sara

dijo que durante el rodaje ella era un manojo de nervios porque sabía cuántos *jockeys* profesionales terminaban en el hospital. «¡Elizabeth adoraba cada momento peligroso de la película!» Y montó el caballo en prácticamente todas las tomas. Cabalgándolo «a pelo» era capaz de saltar casi dos metros. No terminó en el hospital, pero *King Charles* la tiró una vez, causándole una lesión vertebral seria que iba a provocarle dolores durante el resto de su vida. Por miedo a que la reemplazaran, Elizabeth jamás confió a nadie el dolor que sentía cuando rodaba.

La legendaria actriz inglesa Angela Lansbury era la hermana mayor de Velvet en la película y, al igual que McDowall, quedó impresionada por la belleza de Elizabeth. Esta otorgaba a sus personajes una gran vulnerabilidad emocional y una profundidad que los otros niños intérpretes no lograban alcanzar. «Recuerdo que, incluso en aquella época, quedé deslumbrada por su colorido, que era tan extraordinario: los ojos azul-violeta, el cabello oscuro, las pecas y el rubor natural de sus mejillas. Era la niña más gloriosa que había visto nunca.»

Sin embargo, el estudio casi siempre veía posibilidades de mejora. Querían eliminar el lunar de la mejilla derecha de Elizabeth, que más tarde iba a hacerla famosa, y querían teñir su suntuoso cabello negro porque decían que en pantalla se veía demasiado oscuro. La respuesta de ella siempre fue un breve y simple NO. Cuando hizo de Velvet, el estudio también pretendió cortarle el cabello, como lo hace Mickey Rooney en la pantalla para ayudarle a parecer un chico. Francis, que raras veces daba una opinión, objetó y finalmente Elizabeth lució una peluca corta sobre su propio cabello, que iba recogido debajo. Elizabeth también había dicho ya lo que pensaba sobre el tema: aquello de cortar su largo cabello del color de las alas de los cuervos para parecer un chico era innegociable. El estilista en jefe de MGM, Sidney Guilaroff, que llegó a ser muy amigo de Elizabeth, creó la peluca corta para ella. Creía que Elizabeth había querido mantener largo el cabello porque no le gustaba que la tratasen como a una niña y el cabello largo la hacía parecer más madura. Tenía doce años y a menudo era la persona más joven del elenco, pero ansiaba

tener la libertad de tomar sus propias decisiones.

Francis y Sara también objetaron cuando el estudio pretendió depilar las anchas cejas de Elizabeth, que también iban a convertirse más adelante en un rasgo sobresaliente de su apariencia. Incluso hubo una propuesta de cambiarle el nombre a Virginia, a lo que sus padres se opusieron también. Francis habló claramente: aceptadla como es o no la aceptéis en absoluto.

Fuego de juventud se rodó en el Plató 27 de MGM. Se suponía que muchas escenas transcurrían fuera, en la campiña inglesa, de modo que se creó luz diurna dentro del estudio por medio de luces muy brillantes. «El calor era intenso —recordaba Lansbury—. Los aspectos físicos del rodaje eran prácticamente insoportables.» Sara estaba siempre en el plató. Lansbury sentía mucha afinidad por los Taylor porque ellos también eran expatriados de Inglaterra. «No estaban en este país desde hacía mucho, y yo tampoco.»

Sara encajaba exactamente en la descripción de «madre de plató» y personificaba las buenas cualidades de esa presencia, como defender a su hija en todas las instancias, y también las malas, como la constante intervención propia en la vida de su hija. Sara vivía su vida a través de Elizabeth. Durante el rodaje se quedaba sentada en un rincón y con las manos le hacía gestos elaborados a Elizabeth mientras filmaba: si se ponía la mano en el estómago significaba que la voz de Elizabeth estaba saliendo chillona; si se daba golpecitos en la frente era que Elizabeth necesitaba colocarse más recta y concentrarse; si se ponía la mano sobre el corazón significaba que Elizabeth no estaba dando el sentimiento necesario a su actuación; si se tocaba una mejilla con el dedo era que su hija tenía que sonreír más, y si, en cambio, se tocaba el cuello, Elizabeth tenía que disminuir su intensidad.

Además de su capacidad innata y de los consejos de su madre, Elizabeth nunca recibió entrenamiento especial. Había una escena en la que *The Pie* estaba enfermo y Velvet lo cuidaba durante toda la noche. En la escena, el personaje de Mickey Rooney le dice que no cree que el caballo viva después de esa noche y se suponía que Velvet rompía a llorar. Rooney, que era doce años mayor que Elizabeth y ya un actor consagrado, le dio algunos consejos.

—Creo que tendrías que imaginar que tu padre se está muriendo y que tu madre tiene que trabajar para ganarse la vida y tu hermanito anda por la calle vendiendo periódicos — le dijo con sinceridad— y no tiene zapatos y hace frío y tiembla y piensa en tu pobre madre.

Pero en vez de sollozar, Elizabeth, que ya tenía un sentido del humor atrevido, comenzó a reír. Como no podía parar, pidió disculpas y salió. Elizabeth no necesitaba conjurar imágenes tremebundas para llorar: solo necesitaba unos pocos segundos para convocar las lágrimas ante la simple idea de que King Charles muriera. No era una actriz de método como algunos de sus famosos amigos, que seguían las directrices del sistema Stanislavsky: Montgomery Clift, James Dean, Paul Newman y Marlon Brando. Elizabeth no vivía un personaje dentro de la pantalla y fuera de ella. Su estilo, en cambio, era meterse en la piel del personaje que estaba interpretando.

—Trataba de convertirme en ellos y pensar: «Bueno, ¿y ahora que les altera tanto?», y no: «¿Qué me alteraría a mí?». No por algún desastre hipotético e imaginario, sino: «¿Por qué están llorando?».

La película fue un enorme éxito en 1944 y con ella Elizabeth pasó a ser un nombre y una figura conocidos en todos los hogares a la tierna edad de doce años. El *New York Post* alucinaba: «Elizabeth Taylor es una pequeña actriz todo lo natural y excelente que se puede esperar».

Su premio fue un largo contrato con MGM. Años más tarde decía: «No sabía dónde me estaba metiendo».

* * *

En su decimotercero cumpleaños el estudio le regaló a *King Charles* y una paga extra de 15.000 dólares, el equivalente de 245.000 dólares de hoy. Se trataba de una inversión que estaba haciendo MGM en su más reciente estrella. El salario semanal de Elizabeth

pasó de 200 a 750 dólares, de los cuales 250 eran para Sara por acompañar y cuidar a su hija. El ascenso de la niña hasta el tope de la celebridad se llevó a cabo a la velocidad de la luz: al estudio le había costado cinco años hacer de Judy Garland una estrella.

King Charles pasó a ser el refugio de Elizabeth. «Al crecer en los terrenos de MGM —reflexionaba ella—, siempre había gente que me decía haz esto, haz aquello. Era un agobio. Pero yo tenía una vida secreta. Cada mañana antes de ir a trabajar ensillaba mi caballo, el que me había regalado el estudio por *Fuego de Juventud*, y salía a cabalgar al campo.» Esto le daba una sensación de «gloriosa independencia» que la mayoría de los niños dan por sentada, pero que ella aprendió a atesorar. «Si alguna vez has amado a un caballo como yo amo a este, me comprenderás... De lo contrario, no tiene sentido explicarlo.»

Sara deseaba que Howard, el hermano de Elizabeth, también se dedicase al cine. Era tan guapo como Elizabeth hermosa. Pero a Howard no le interesaba en absoluto, lo cual hizo que su hermanita lo admirase más aún. «Es todo lo contrario de superficial, totalmente no materialista, es la persona más real que he conocido nunca», escribió. Cuando Howard era adolescente, Sara quiso que hiciera una prueba para un papel en un wéstern. Howard quería un coche nuevo y solo podría tenerlo si trabajaba. Jules Goldstone, el agente de Elizabeth en ese momento, quería llevar a Howard a 20th Century Fox a una prueba para un papel protagonista en la película de 1949 *El poni rojo*.

«Jules nos había dicho que en 20th Century Fox estaban desilusionados por no poder tener contratada a Elizabeth; él dejó caer lo guapo que era su hermano Howard y entonces quisieron verlo a él», escribió Sara en sus memorias *Taylor-Made Memories*, que nunca se publicaron. «Le dijimos a Howard que a nosotros no nos importaba, que lo que no queríamos era que él pensase que su hermana tenía una carrera y un Cadillac mientras él solo poseía un cacharro viejo. Queríamos que supiera que él tenía las mismas oportunidades que ella de trabajar en el cine... *si él quería*. Le dijimos: “Howard, depende de ti ir con Jules o no ir. Será como *tú* quieras que sea”.»

«Lo único que respondió fue "*okay*". Y para demostrar que no quería tener nada que ver con el cine se rapó la cabeza: se dejó tan calvo como Yul Brynner. Cuando apareció así en la oficina de Jules, todo el personal se echó a reír y lo mismo hicimos nosotros cuando llegó a casa.»

Nadie volvió a sugerirle jamás que actuase. A Elizabeth le encantó el rasgo de rebeldía e incluso se puso algo celosa de él. Desde el primer momento, Elizabeth había tenido un mal presentimiento con Louis B. Mayer. Por supuesto, ya había oído cómo le gustaba controlar a sus actores y actrices, y ahora comenzaba a ver ella misma lo implacable que podía ser. Margaret O'Brien, que hasta el día de hoy se refiere a él como señor Mayer, dijo que su madre tuvo que hablar con él en 1944 cuando Margaret iba a rodar el gran éxito *Cita en San Luis*. Decía que Mayer pretendía mantenerla bajo contrato, pero sin pagarle más. Finalmente, y ante la insistencia de la madre de Elizabeth, accedió a darle un aumento. Mientras tanto, sin embargo, engañó a Margaret y a otra niña.

—El señor Mayer siempre tenía una doble —dijo—. Una niña que se parecía a una estrella. Le dijo a la familia de mi doble que esta iba a hacer el filme *Cita en San Luis* y le dio el vestuario completo, sabiendo todo el tiempo que el papel me lo iba a dar a mí. Luego le dijo a la familia que la chica no iba a estar en la película. El padre sufrió una crisis nerviosa. ¡Las familias de los dobles siempre pensaban que estos iban a hacer una película! Él siempre les daba esperanzas. ¡Era tan brutal! Actrices como Judy Garland, cuya madre aceptaba todo porque la familia necesitaba el dinero, hacían lo que Mayer o sus adjuntos les hacían hacer. Elizabeth no jugaba en esa liga.

Fue en este implacable campo de entrenamiento del estudio más despiadado del mundo donde Elizabeth aprendió a valerse por sí misma. Se juró no terminar nunca como Garland, que era diez años mayor que ella. Garland vivía atormentada por los estrictos edictos de MGM, entre ellos una dieta extrema, y se hizo adicta a fármacos y al tabaco siendo aún muy joven. Elizabeth observaba cómo gobernaba MGM a las estrellas que más dinero le reportaban.

Describió a Mayer como el «dictador» del estudio, un hombre que la «alarmaba». Había algo de cierto en el dicho que corría de que las estrellas de los estudios vivían en un establo. Los controlaban como a animales, decía, y los consideraban propiedad del estudio.

Mayer llevaba unas gafas enormes y miraba a sus actores y actrices de una manera que «te hacía pensar que iba a machacarte, pero también sentías su enorme arrogancia, su ego, su dominio, su personalidad torrencial. Conocerlo era sentir el terror», dijo Elizabeth.

El día de su cumpleaños todos los niños iban al estudio 30 a cantarle el *Feliz cumpleaños*. Las grandes estrellas en el estrado y los niños actores y actrices bajo contrato estaban sentados ante mesas mientras él recibía sus atenciones en el podio. «Debéis considerarme vuestro padre. Debéis venir a mí, cualquiera de vosotros, si tenéis algún problema, no importa lo sencillo que pueda parecer, porque todos vosotros sois mis hijos.» Y abría los brazos y los echaba hacia delante, como si fuera a abrazarlos a todos. Luego se hacía fotos con los niños y las niñas actores balanceándose sobre sus rodillas. La asistencia era obligatoria.

No se podía desafiar a Mayer: había dado puñetazos a más de un productor que lo intentó. Elizabeth creía que «era evidente que estaba un poco loco». Cuando rodaban *La cadena invisible*, ella y Roddy McDowall experimentaron la cara despiadada del estudio. El productor de la película utilizaba palomitas de maíz sin blanquear para que parecieran nieve. Cuando comenzaron a funcionar los ventiladores para mover las palomitas, algunas de estas golpearon a Elizabeth y a Roddy en los ojos, obligándoles a retroceder. La expresión de los ojos de ambos que pedían los productores no era precisamente cerrarlos, de modo que, por extraño que pueda parecer, a los dos les anestesiaron la cara con varias inyecciones de novocaína.

Norma Heyman, la mejor amiga de Elizabeth, se reunió con ella en el plató en 1960 y culpó a Mayer de la larga dependencia de medicamentos y de alcohol de Elizabeth. «Recuerdo que me mencionó la cantidad de comprimidos que él [Mayer] le hacía tomar cada mañana para que estuviera brillante y locuaz, y luego

otro comprimido a la hora de comer y los comprimidos que tenía que tomar en casa para poder dormir bien y luego levantarse a las cinco de la mañana para volver al estudio. Esto lo hacía con niños de diez a doce años.» Heyman dijo que «es indudable» que esto fomentó su adicción. Eso y el dolor de espalda que le causó su caída del caballo cuando rodaba *Fuego de juventud*. «Creo que comenzó a depender de ellos, no todo el tiempo, pero sí al final, durante los últimos años.»

Si el estudio necesitaba a sus estrellas, también debían asegurarse de que sus estrellas los necesitasen a ellos. Y no solamente por el dinero. Se dice que Mayer no solo aprobaba el uso de barbitúricos (un tipo de medicina para dormir que hoy se receta muy raramente debido a lo fácil que resulta calcular una sobredosis), sino también las anfetaminas. A los diecisiete años y mientras rodaban *El mago de Oz*, Judy Garland ya era una adicta. «Nos daban una anfeta —reveló Judy—, y luego nos llevaban al hospital del estudio y nos freían a comprimidos para dormir (...) y a las cuatro horas nos despertaban y volvían a darnos anfetas... Así trabajábamos y así nos manteníamos delgadas. Así es como nos confundían. Y así es como perdíamos contacto.» Aunque se daba cuenta de lo que pasaba, Elizabeth era incapaz de ponerle coto.

—Eso era muy cruel —dijo Heyman—. Creo que si esos jóvenes actores y actrices cometían una falta, se los castigaba enviándolos a otros estudios... y así el señor Mayer lograba vengarse.

A medida que crecía, Elizabeth se labró la fama de poder «seguir el ritmo de los muchachos» y a veces los derrotaba bebiendo. Su tolerancia a los medicamentos y al alcohol era muy alta, lo que años más tarde iba a utilizar como justificante de su necesidad de beber más y drogarse más.

Mayer creó el Departamento de Servicios Especiales, que básicamente era el departamento de publicidad del estudio. Eran los publicistas los que moldeaban cuidadosamente la imagen de las estrellas. Después de *Fuego de juventud* instaron a Elizabeth a mostrar su amor a los animales, y especialmente su amor a *Nibbles* (Mordisquitos), su ardilla rayada. El estudio quería que los

periodistas, también los de cotilleos, presentaran a Elizabeth como una chica fresca e inocente, que a veces jugaba a tres en raya o saltaba a la comba en el jardín delantero de su casa. El departamento de publicidad distribuyó a las revistas de fans fotos de Elizabeth rodeada de sus muchas mascotas. En un momento dado llegó a tener ocho ardillas rayadas, un labrador dorado, un cocker spaniel, un gato negro, a *King Charles* y una ardilla. *La cadena invisible* y *Fuego de juventud* hicieron mucho a favor de su imagen. A ella no le importaba porque se aferraba a sus mascotas como recordatorios de una infancia que había finalizado demasiado pronto.

Pero Elizabeth tenía mucho más que todo eso. Desde muy joven tuvo un gran sentido de la ironía. Cuando asistió a su primera fiesta de adultos en casa de la periodista del corazón Louella Parsons, se puso una falda de terciopelo negro y llevaba a *Nibbles* sentada en el hombro. Cuando le preguntaron si era cierto, como habían leído, que le gustaban los animales, ella respondió: «¡Claro! Me gustan más que las personas».

Parsons estaba asombrada con Elizabeth, a quien llamaba «una chica muy poco común». «Es reservada y poco emocional. Pero al mismo tiempo tiene una gran dulzura (...) Mientras hablábamos su rostro estaba totalmente desprovisto de expresión. “Es una actriz”, pensé; es capaz de ocultar lo que realmente piensa mucho mejor que la mayoría de los adultos.»

Nibbles dormía en un pequeño tronco junto a la cama de Elizabeth, y el estudio incluso le permitía llevarla a la cafetería a la hora del almuerzo. En 1946 escribió un libro titulado *Nibbles and Me* (Mordisquitos y yo) que incluía dibujos de la ardillita hechos por ella misma, y en la escuela dejaba que O’Brien, que era mucho más pequeña, jugase con sus ardillas rayadas.

—Mi recuerdo favorito es cuando jugaba en el patio de la escuela —recordaba O’Brien—. Las ardillas estaban sobre sus hombros, ¡a veces dos o tres al mismo tiempo! No podía esperar para ir a la escuela porque Elizabeth estaría fuera durante el recreo y le dejaban jugar con sus ardillas diez o quince minutos, hasta que la señora McDonald nos hiciera entrar a a escuela.

Los otros actores de la edad de O'Brien eran chicos, de manera que ella atesoraba los momentos que pasaba jugando con Elizabeth.

En la década de 1950, Dore Schary se hizo cargo del estudio. Su hija Jill, que era algo más joven que Elizabeth, recuerda haberla visto el día en que visitó a su padre en el plató de Culver City. «Era como si fuese una princesa, una niña de Inglaterra que tenía elegancia y superioridad.»

En 1946, a los catorce años, MGM envió a Elizabeth a Washington para asistir a un acontecimiento en la Casa Blanca. Primero dispusieron que visitase un hospital de niños, donde se sentó junto a un chico que estaba en un pulmón de acero desde hacía más de un año. «Es tan valiente y estupendo —escribió—. Las enfermeras me contaron que durante todo el tiempo que hacía que estaba allí no se había quejado ni una sola vez. Y esa valentía se reflejaba en su carita. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero di un paso atrás y me sequé los ojos para que él no los viera», igual que décadas después lucharía para contener las lágrimas durante sus visitas a los hospitalizados por sida.

Después acudió a la Casa Blanca, donde conoció a la primera dama Bess Truman en un evento de promoción de March of Dimes.[4] Aquí llevó su primer abrigo de pieles, su primer vestido negro y su primer par de medias. «Cuando finalmente llegamos allí sentí como si hubiera mariposas volando o caballos saltando dentro de mi estómago», recordó. A pesar de ser una estrella de la pantalla, Elizabeth seguía siendo una chica muy joven que todavía no estaba acostumbrada a llevar zapatos con tacones durante un período largo. Un mar de cámaras las rodeaba cuando Bess Truman se sentó a un escritorio en primer plano y Elizabeth se sentó a otro detrás de ella. Sara se quedó de pie delante de ella y detrás de las cámaras mientras los flashes deslumbraban. Elizabeth no podía ver los desesperados gestos que hacía su madre señalándole los pies, gestos que no podía ver precisamente por culpa de los flashes. Finalmente, se dio cuenta de que estaba descalza. Se había quitado los zapatos antes de leer su discurso para las cámaras de televisión y se puso roja como un tomate. Mientras las cámaras rodaban, ella

trató de volver a calzarse subrepticiamente moviendo los pies en círculos debajo de la silla y manteniendo una sonrisa clavada en su cara. Al final encontró un zapato y luego con la punta de los dedos encontró el otro, que fue deslizándose hasta situarse debajo de la silla de la primera dama.

«Comencé a sentir pánico porque pensé que no podía desaparecer de repente de la vista de los demás y zambullirme bajo la silla de la señora Truman porque mi zapato ya estaba casi junto a sus pies (...) Tuve que agacharme sobre una pierna. Por suerte había tomado clases de *ballet* (...) Enganché el tacón con el pulgar y traje el zapato hacia mí muy lentamente, hasta que conseguí ponérmelo. Fue uno de los momentos más largos de mi vida.» Después de todo, aún era una niña.

Entre el rodaje de *La cadena invisible* y su regreso a las pantallas hubo un período de tiempo durante el cual Elizabeth iba todos los días a MGM, ya fuera para asistir a la escuela, dar entrevistas a los periodistas que antes habían sido aprobados por el estudio, almorzar y fotografiarse en cuidadosas poses. Esta breve ausencia de las películas formaba parte de los esfuerzos del estudio por ayudar en su transición de estrella infantil a *ingénue*. Shirley Temple no había conseguido hacer esa transición de forma impecable: esa torpeza propia de los inicios de la adolescencia destruyó la carrera de más de un actor o actriz infantil. MGM estaba decidido a cuidar la imagen de Elizabeth y asegurarse de que cualquier imperfección, cualquier momento difícil de la adolescente quedara perfectamente oculto.

* * *

En 1947 Sara y Francis se separaron durante cuatro meses. Francis se cansó de sentirse siempre excluido de la vida de su hija. También hubo rumores de que tenía relaciones románticas con hombres, lo cual puede que tenga algo que ver con las buenas relaciones que Elizabeth mantuvo toda su vida con hombres gais.

Cuando Francis se casó con Sara tenía veintinueve años; en la década de 1920 se consideraba que los gais eran enfermos mentales y peligrosos, de manera que los matrimonios de conveniencia eran bastante comunes. En el hogar de los Taylor se vivían muchas tensiones. Sara no permitía que Francis pasara tiempo con su hija sin la autorización de ella. Uno de los pocos días en que Elizabeth y Francis estaban juntos, Sara le recordó a él que «hay que cepillarle el cabello cada hora. Y si se toca demasiado la cara, basta con que la llames por su nombre en voz alta. Ella ya entenderá de qué se trata».

Finalmente el matrimonio volvió a juntarse, pero Francis esperaba dejar algo bien claro. Al parecer, no lo consiguió. La decisión de Sara de redecorar en secreto la habitación de Elizabeth en la casa de Elm Drive fue el comienzo de la transformación de la niña en mujer, le gustase o no. «Yo percibía que Elizabeth iba dejando atrás suavemente la época de llevar la camisa por fuera de los pantalones, a la manera de los *jockeys* —escribió Sara—. Día a día se hacía más consciente de la ropa y de su propio aspecto. Comenzó a coleccionar perfumes mientras seguía coleccionando estatuillas de caballos.»

De modo que Sara decidió acelerar las cosas. Reemplazó los caballetes de madera, las bridas, las almohazas y las sillas de montar por una mesa-tocador y un taburete tapizado en seda blanca y bordeado por volantes de *chintz*. Mandó retirar la alfombra gris perla y teñirla de un color rojo muy oscuro, a lo que añadió un cabecero almohadillado con un estampado de rosas rosadas y rojas, con la colcha y las cortinas a juego. Las paredes se empapelaron en color rosa.

En un infrecuente momento de reflexión, Sara reconoció que era posible que hubiese estado empujando a su hija hacia una dirección para la que aún no estaba preparada. «Mirándolo en retrospectiva, creo que retirar todos sus tesoros —sillas de montar, bridas, etcétera— fue una súbita invasión de su intimidad. Quedó tan poca cosa de la habitación que le gustaba *a ella* (…) se trataba más bien de la habitación que me gustaba *a mí*.»

El estudio estaba convirtiendo a Elizabeth en un símbolo

sexual adolescente, con la complicidad y la ayuda de su madre.

* * *

Los ejecutivos del estudio pensaban que para cuando tuviese dieciséis o diecisiete años Elizabeth ya estaría lista para participar en otra película. Durante ese período daban a conocer anécdotas cuidadosamente elegidas para que la niña siguiera llamando la atención del público. Aún era demasiado joven para casarse, así que escogieron noticias más importantes que el haberle regalado a *King Charles* y la aparición del libro *Nibbles and Me*. La más extraña fue la decisión de regalarle un Ford descapotable para su décimocuarto cumpleaños, es decir, dos años antes de que Elizabeth tuviera la edad legal para conducir. Nada se hizo por accidente ni sin pensarlo y planificarlo con mucho cuidado. Elizabeth era una estrella demasiado valiosa. Y en 1949, con ocasión de su cumpleaños número diecisiete, la revista *Life* publicó una fotografía suya en colores que ocupaba toda una página para mostrar cómo había crecido.

Elizabeth conocía perfectamente el simulacro. Desde muy niña había sido entrenada en el arte de la apariencia. «L. B. Mayer y MGM creaban estrellas a partir de espumillón, celofán y periódicos», dijo. Su primer papel de *ingénue* le llegó en 1947 con *Cynthia*, cuando tenía dieciséis años. Fue la primera vez que llevó maquillaje en una película y también fue su primer beso adulto en la pantalla. El estudio prometió a los espectadores que verían a Elizabeth dar su primer beso *de verdad* si compraban entradas para el filme. En todos los carteles anunciadores de la película habían puesto en grandes letras SU PRIMER BESO. Era mentira, desde luego, pero eso no tenía importancia ya que era su manera de reintroducir a Elizabeth, esta vez como una mujer hecha y derecha, aunque solo tuviera dieciséis años.

—Creo que en la vida real di mi primer beso un par de semanas antes —le dijo Elizabeth a Barbara Walters—. Me daba

pánico que fueran a besarme en pantalla antes de haber experimentado mi primer beso real, habría sido una humillación terrible.

No es sorprendente que ese primer beso hubiera sido orquestado por Sara. Esta conoció en MGM a un actor llamado Marshall Thompson, que le preguntó si a Elizabeth (y a ella misma) les gustaría asistir al preestreno de *El despertar*. Sara aceptó y a ellos tres se unió la madre de Marshall, como si se tratase de una cita muy formal. Más tarde, Elizabeth recibió su primer beso de Thompson durante el único momento en que estuvieron a solas y se detuvieron ante la heladería de Will Wright para tomarse un helado de chocolate. «Entró corriendo en mi habitación dentro de una nube de maravilla y exclamó: "¡Ay, mamá, me ha besado!"»

Es posible que Elizabeth hubiera encontrado un chico al que besar, pero no podía encontrar a nadie con quien salir. Solo conocía a la gente del estudio y en la escuela no había nadie de su edad. Y la omnipresencia de Sara intimidaba incluso al pretendiente más osado. Sara y Francis alquilaron una casa en la playa de Malibú y dieron fiestas —Sara era consciente de lo valioso que sería emparejar a Elizabeth con alguien que mereciese la pena—, pero nadie hablaba con ella.

«Llegaban y miraban a Elizabeth como si fuera alguien diferente», escribió Sara. Hablaban de la escuela, con sus partidos de fútbol y sus bailes, cosas de las que Elizabeth no sabía nada. Le preocupaba que nunca fuese a conocer a alguien. Elizabeth y Betty, hija del presentador de televisión Ed Sullivan, formaron un club. Elizabeth era la presidenta y Betty la tesorera. Se llamaban *Single Lonely Obliging Babes* (Chicas Solteras, Solitarias y Amables), que acortaban a Club «SLOB».[5]

Sara reconoció que *Cynthia*, y más adelante una película rodada junto a Jane Powell y titulada *Así son ellas* (*A Date with Judy*), fue el comienzo de lo que ella llamaba «el desarrollo del glamur». «Elizabeth continuaba siendo una niña pequeña —o, muy en su interior, una adolescente— a quien habían definido prematuramente como "una chica con glamur". No importaba adónde fuera, todos los ojos la seguían. Se retiró hacia dentro

como metiéndose en un caparazón y la gente empezó a decir que era clasista, cuando solo intentaba ocultar su vergüenza y su timidez por ser siempre el centro de las miradas. A partir de entonces, a menudo se refugiaba en aquella caparazón de reticencia.»

Cuando tenía quince años, el fotógrafo de una revista le dijo a Elizabeth: «Un editor acaba de preguntarme quién es la mujer más hermosa a quien he fotografiado en toda mi carrera y yo le he dicho: Elizabeth Taylor». Sara, que estaba cerca, le dio las gracias y Elizabeth rio. Cuando ambas estuvieron lejos de oídos indiscretos, la joven apretó el brazo de su madre y le dijo: «Ay, mamá, ¿has oído? ¡Me ha llamado *mujer*!».

—Tienes unos ojos bonitos —le dijo Sara—, pero lo que los hace hermosos es la expresión que hay tras ellos.

Puede que sea la constante presencia y el estar siempre alerta de Sara lo que haya salvado a su hija del diván de los productores, un sistema abusivo que consistía en otorgar papeles tanto a actrices como a actores a cambio de favores sexuales. «Para cuando tuve edad suficiente, ninguno se atrevía», recordó más tarde.

A medida que iba madurando, Elizabeth comenzó a preguntarse si le gustaría seguir actuando. Ella y Sara discutían todo el tiempo por este tema. La mujer sentía como si ella hubiera sacrificado su vida por esta hija ingrata, que ahora amenazaba con mandarlo todo a paseo. Elizabeth, siempre deseosa de complacer a su madre, finalmente terminó por capitular y pedir disculpas. Envió una nota a su madre: «Toda mi vida consiste en hacer películas. Dejarlo sería para mí como cortar las raíces de un árbol... Pronto me marchitaría y luego moriría y no serviría para nada (...) Mamá, ya me he decidido y nunca, jamás, volveré a quejarme de haber tenido suerte. Y otra cosa: también me he decidido *por mí misma*, de manera que me haré cargo de las dificultades y de todo lo que se presente porque sé (y siempre lo sabré) que fui yo la que decidió *quedarse* y la que tiene que asumir todo sin quejarse y sin querer marcharse».

Sara se sintió aliviada, aunque todavía le preocupaba lo que pensaría la gente del hecho de que Elizabeth tuviera dificultades

para encontrar un chico con quien salir. Una revista de cine dio una fiesta de cumpleaños para Roddy McDowall e invitó a Elizabeth. No sabía quién la acompañaría, de modo que Sara se acercó a Bill Lyon, que se ocupaba de la publicidad de Elizabeth dentro del estudio, y le confesó el problema.

—Bueno, ¡menuda situación! —se maravilló el hombre—. Aquí está esta preciosidad a quien todos los hombres de la cafetería se dan la vuelta a mirar en cuanto entra, preocupada porque no encuentra pareja para una fiesta.

—De eso se trata, precisamente —respondió Sara—. Todos la miran, aunque eso no sirve de nada.

—No se preocupe. Conozco a un montón de tíos que darían cualquier cosa por una cita con Elizabeth.

Pero él tampoco pudo encontrar a nadie: todos se sentían demasiado intimidados. Finalmente, fue el mismo Lyon el que acompañó a Elizabeth a la fiesta.

Coquetear con la más grande estrella del cine mundial debió de haberle procurado a Elizabeth cierto solaz. En 1947 ella y Sara embarcaron para hacer un crucero transatlántico en el *Queen Mary*. Un día recibió una nota misteriosa mientras estaba en su cabina. Ponía así:

> *Muy querida señorita Taylor:*
>
> He oído al pasar que una dama encantadora decía que iba a verla a usted esta noche. Y le he pedido que le alcanzara esta nota.
>
> Soy un hombre que lleva muletas (...) Señorita Taylor, siempre habrá un hombre en el mundo que solo le desee felicidad.
>
> *Sylvester Mitchell*

Poco después apareció otra nota, escrita en papel con membrete del barco:

7 de septiembre de 1947

Me gustaría tener el coraje de acercarme a su mesa y decirle: «Elizabeth,¡vamos a bailar! Como no puedo hacerlo, le solicito lo siguiente: Llevaré una flor azul en la chaqueta. Cuando me haya mirado bien y haya decidido que soy aceptable, por favor, tosa tres veces ¡y verá a un hombre saltar de su asiento!

Por favor, por favor, señorita Taylor, no me descarte demasiado rápido... ¡Por favor! ¡Ya le he dicho con mucha sutileza, que no soy demasiado digno de mirar! Pero deme una oportunidad... ¡y sé que le gustaré! Y ahora me voy a la capilla católica a rezar para que usted tosa.

Por favor, señorita Taylor.

Las notas eran de Cary Grant, que era casi treinta años mayor que Elizabeth, quien en ese momento tenía solo quince. Aun así, ella lo entendió enseguida, se escondió detrás de una planta y observó cómo el jefe de camareros entregaba a Cary Grant esta nota:

Estimado señor Mitchell:

Y después del salto... ¿qué?

Elizabeth Taylor

Elizabeth obtenía buenas notas gracias a su memoria fotográfica, tan buenas notas que para su decimosexto cumpleaños sus padres le regalaron un segundo coche, un Cadillac azul celeste descapotable, porque «lo merecía y se lo había ganado», según Sara. Pero Elizabeth, a quien habían convertido en una mujer a la fuerza, prefería coquetear a estudiar, especialmente con su compañero de reparto Peter Lawford, una década mayor que ella y que hacía el papel de su vecino Laurie en *Mujercitas*. Elizabeth personificaba a la vana y hermosa Amy, y Margaret O'Brien, a la tímida y enfermiza Beth. «Era tan feliz en ese plató», recordaba O'Brien.

Fue capaz de no dejar entrever su enamoramiento cuando volvió a rodar con Lawford en *Julia se porta mal*, en la que se fuga con él. En una de las escenas, el guion exige un beso apasionado entre ambos y Elizabeth tiene que decir «Oh, Ritchie, ¿qué vamos a hacer?», y en vez de eso besó a Lawford de forma convincente y dijo: «Oh, Peter, ¿qué voy a hacer?». Los presentes en el plató rieron y a Elizabeth se le puso roja la cara. Ambos flirtearon y salieron juntos un par de veces, pero ella se sintió traicionada porque él no quería nada serio con ella. El 5 de marzo de 1948 escribió un poema sobre Lawford, uno de esos poemas que no se escriben para ser leídos por nadie:

Engaño

¿Cómo iba yo a saber que eras un engaño?
Aquellos tiernos momentos en que nuestros corazones latían al unísono,
aquellas miradas prolongadas cuando
tus ojos hacían el amor a los míos.
¿Cómo iba yo a saber?

Los publicistas de Metro presionaban a Sara para que se asegurase de que Elizabeth encontrara alguien con quien salir, con propósitos publicitarios. Y estaba claro que Elizabeth buscaba un romance. Al estudio no le bastaba con ejercer su influencia sobre la ropa que llevaban sus estrellas, sino que también pretendía controlar de qué modo vivían su vida. Y si un actor o una actriz quería conservar su trabajo, obedecía. Si alguna estrella se desviaba algo de la trayectoria marcada, se le imponía una multa y se le restaba dinero de su paga. La transgresión podía ser algo tan nimio como llevar una camisa arrugada en público. «Tienen que ser tan puras como la nieve recién caída —decía la jefa de la galería de retratos del estudio, Ann Srtaus—. Las chicas de Metro no beben ni dicen tacos y nunca, *nunca jamás* tienen relaciones sexuales antes de casarse. Nuestras chicas jamás harían algo así.» Salvo que sí que lo hacían, y solo las castigaban cuando el asunto

se hacía público porque podía significar un problema.

A las mujeres les indicaban con quién salir, con quién casarse y cuándo. A los hombres gais les obligaban a casarse con mujeres. Cary Grant, de quien se decía que había mantenido relaciones sexuales con hombres, se casó con cinco mujeres y se divorció de cuatro. Mientras Elizabeth se divertía bromeando con Grant, era plenamente consciente de la fama y del precio que debían pagar por ella actores y actrices. En una entrevista no publicada de 1964, le dijo al periodista Richard Meryman: «Creo que él [Cary Grant] se está perdiendo algo de la vida porque no vive la suya propia, sino una falsa. Vive una imagen. No vive él mismo (…) ahora es la caricatura de una caricatura».

En 1934, Mayer le dijo a William Haynes, el primer actor de Hollywood abiertamente homosexual, y el más taquillero de 1929, que si quería seguir en MGM, tendría que casarse. Mayer llamó a Haynes a su despacho y le dijo que ya era hora de que rompiese con su novio de muchos años. Este le contestó: «De acuerdo… si usted manda a paseo a la señora Mayer». En ese instante terminó la carrera de William Haynes.

O'Brien recordaba al cantante Johnnie Ray, que iba a hacer una película en MGM pero que por ser gay no llegó a hacerla nunca. Y recordaba que Ray decía: «No voy a rodar la película. Mi carrera está acabada». Fue una época terrible.

La experiencia de Elizabeth como adulta se forjó en este mundo despiadado. En otra entrevista nunca publicada con Meryman contaba cómo, siendo una niña actriz, veía a los actores más famosos manipular a los secundarios que estaban en primer plano para que no estuvieran muy expuestos a la luz y así poder brillar ellos «como diamantes incrustados en la corona real». Relató que si tú te atrevías a entrar en «ese círculo de luz dorada», en el centro del cual estaba el actor principal, «te golpeaban detrás de las orejas y tú no llegabas a entenderlo». A Elizabeth le había molestado tanto ese tratamiento que, cuando ella misma llegó a ser una estrella, se cuidó muy bien de hacer exactamente lo contrario.

La joven actriz observaba y absorbía toda la crueldad y la injusticia que la rodeaba y que nunca iba a olvidar. Cuando tenía

catorce años, ella y su madre fueron al despacho de Mayer para hablar con el «Gran Padre», como lo llamaba ella a sus espaldas. Sara se había enterado de que se estaba pensando en Elizabeth para un papel en una película titulada *Sally in Her Alley*. Si el rumor era cierto, ella ya tenía que comenzar a entrenarse porque el papel exigía bailar y cantar, dos cosas que no eran el punto fuerte de Elizabeth.

Elizabeth describió el despacho de Mayer como si fuera el de Mussolini: los visitantes tenían que caminar sobre una larga alfombra blanca hasta donde Mayer estaba sentado a una mesa de roble blanco, para atender a sus súbditos. A Mayer le enfurecía que Sara se atreviese a cuestionarlo. Si Elizabeth estaba preparada para el papel era algo que él iba a decirle cuando le diera la gana. Se le formaba espumilla en las comisuras de la boca y le caía el sudor por la cara cuando empalideció y se puso hecho una furia. Sara cerró y apretó los ojos cuando lo vio rabiar. «Eres tan increíblemente estúpida que ni siquiera sabes qué día de la semana es hoy —le gritó él—. No trates de intervenir en mis asuntos. No trates de decirme cómo hacer mis películas. A ti te recogí de las cloacas.»

Ya estaba bien. Elizabeth se puso en pie. «Señor Mayer, a menos que usted se disculpe ante mi madre ahora mismo me iré del estudio. Saldré de este despacho y no volveré nunca más. Me *encantaría* ir al instituto, me *encantaría* ir a mi baile de graduación, me *encantaría* asistir a los partidos de baloncesto y de fútbol. Y me *encantaría* dar clases junto a personas de mi misma edad.» Su furia iba en aumento a medida que hablaba. «Y me importa una mierda si no vuelvo a actuar nunca más en la vida. ¡Usted y su estudio se pueden ir al infierno!»

Salió corriendo del despacho. Los ejecutivos de MGM habían oído los gritos y le dijeron que tenía que volver y disculparse, de lo contrario era seguro que iban a despedirla. «Me da igual —respondió Elizabeth—. Estoy bien. Hay cosas que hacer que me gustan mucho más que actuar.» Esto se convirtió en un *leit motiv* a lo largo de su vida y en una provocación a sus críticos: no iba a retractarse de la postura adoptada, se tratara de enfrentarse a la

tiranía de los estudios o, décadas más tarde, a la intolerancia de los activistas evangélicos conservadores que se promovían a sí mismos, como Jerry Falwell padre. Durante un rato, Sara se quedó sola en el despacho. Mayer jamás se disculpó con ella y Elizabeth jamás volvió a poner un pie en aquel despacho. Pero nadie la castigó por su atrevimiento: Elizabeth Taylor significaba mucho dinero para el estudio.

Más adelante iba a reflexionar: «Aprendí una lección más bien cínica, porque no me despidieron al día siguiente y me di cuenta de que yo debía de ser un valor monetario importante para ellos (...) Me necesitaban». No era una persona, sino un bien de consumo.

* * *

En 1948, Dore Schary llegó al estudio y a Mayer lo consumió el ansia de retener el poder. En 1946 la industria cinematográfica había llegado a su cumbre, pero a finales de 1953 la cantidad de personas que iban a las salas cinematográficas se había reducido casi a la mitad porque cada vez más estadounidenses compraban televisores para entretenerse en casa. Tener un televisor en la sala se había convertido en un signo de prestigio durante la bonanza económica de la posguerra. Mayer se marchó en 1951. Lo mismo hicieron algunas de las estrellas más brillantes de MGM, como Katharine Hepburn, Spencer Tracy y Clark Gable.

Schary fue el único escritor que presidió un estudio de cine, y estaba decidido a recortar el hinchado presupuesto de MGM. «Mayer era el zar del estudio —dijo la hija de Schary, Jill Schary Robinson—. Cada edificio era su propio palacio. Pero mi padre nunca trató a las estrellas de cine como si fueran mercancías.»

Los ejecutivos con salarios más altos aceptaron recortes de entre un 25 y un 50 por ciento por año y a principios de la década de 1950 los estudios MGM revivieron durante un tiempo. Ninguna de sus películas fue nominada para un Óscar a la Mejor Película en

1947 ni en 1948, pero durante los seis años siguientes cada año hubo un filme nominado. A finales de 1955, Elizabeth, Grace Kelly, Ava Gardner y Debbie Reynolds se contaban entre las pocas estrellas que seguían en MGM. Elizabeth estuvo en primera fila al final de lo que se denominó la Edad de Oro, cuando se mimaba, se modelaba y se controlaba a las estrellas.

«Cuando durante un tiempo MGM pareció estar agonizando —escribió—, el estertor fue realmente horrendo.»

Ya no habrían más contratos de siete años ni «préstamos», cuando estrellas contratadas por uno de los estudios aparecían en películas hechas por otro. Se las dejó libres, lo cual era al mismo tiempo liberador y terrorífico. Los actores y actrices podían negociar sus propios contratos por un solo filme o por muchos, o por una cantidad preestablecida, pero el estudio ya no era el dueño de esa persona como lo había sido en los inicios de Elizabeth.

En una entrevista concedida en 2021, ella y su antiguo novio y compañero George Hamilton reflexionaban sobre cómo la infancia de Elizabeth había modelado la trayectoria de su vida. Se sentía utilizada por el estudio, pero lo que es peor, también por sus padres. Siendo quien llevaba el dinero a casa cuando no era más que una niña, dijo Hamilton, le hacía cuestionarse la motivación de sus padres. ¿La madre se dedicaba tanto a ella debido al enorme salario que la niña llevaba a casa cada mes?

Elizabeth cuidaba de todos, pero no siempre cuidaba de sí misma. «Tenía la fuerza de un león y la capacidad de luchar cuando se trataba de otro —dijo Hamilton—. Solía conocer a personas con las que se relacionaba, que eran víctimas. Y ella se identificaba con esos problemas también, ya se tratase de injusticias, egoísmo o falta de igualdad, y se enfrentaba a todo eso. La autoridad era algo que no le hacía demasiada gracia.»

Ernest Lehman fue el productor de la película de Elizabeth más aclamada por la crítica, *¿Quién teme a Virginia Wolf?* Y en una entrada de su diario en 1965, durante el rodaje de la película, escribió: «Le dije a Irene [Sharaff], que conoce muy bien a Elizabeth porque fue la diseñadora de su vestuario para *Cleopatra* y *Castillos en la arena*, que me parecía que esta me apuntaba con

demasiados cañones cuando discutía conmigo, que me parecía que Elizabeth me veía como una figura amenazadora, aunque fuese en discusiones pequeñas y tontas… Parecía tener una enorme necesidad de destruir a cualquier hombre que pudiera representar una figura paterna. Hacerlo pedazos y luego recoger todos esos pedazos y volver a juntarlos para establecer una relación verdadera».

Compartió el control con Lehman en la época en que fue la más grande estrella del cine, porque cuando era niña la habían privado durante largo tiempo de la capacidad de tomar sus propias decisiones. El actor Robert Wagner fue uno de sus amigos de toda la vida; él y Elizabeth habían salido juntos brevemente una vez. «Estar con ella era como tener una batidora metida en el cerebro —dijo Wagner—.Yo la quería y creo que ella me quería a mí.» Elizabeth y la mujer de Wagner, Natalie Wood, fueron estrellas infantiles. «Siempre estaba presente ese sentimiento: “¿Mis padres me aman y se preocupan por mí por ser quien soy o por lo que soy capaz de hacer?” Y si no tienen una buena actuación podrían ver que el comportamiento de la gente que las rodea ha cambiado. Eso es profundamente impresionante para una persona joven.»

Russ Tamblyn recordaba haberse sentado entre Elizabeth y James Stewart durante el preestreno en Beverly Hills de la película de 1974 *Érase una vez en Hollywood.* Durante la proyección, alguien se acercó a Elizabeth y le preguntó si le gustaría salir al escenario con su buen amigo Roddy McDowall y la perra *Lassie,* y ella dijo que no. Nadie iba a obligarla a hacer lo que ella no quería hacer. Nunca más.

Pasaron décadas antes de que Elizabeth desvelara la verdadera razón por la que siempre se rebelaba ante la autoridad. Y nunca dijo públicamente hasta qué punto.

«Cuando yo era pequeña, mi padre era maltratador cuando bebía, y parecía que le gustaba sacudirme un poco, pero cuando me fui de casa y fui madre comencé a pensar en mi padre y en cómo debió de sentirse al tener una hija de nueve años que ganaba más dinero que él —le confió a Barbara Walters en 1999, cuando tenía sesenta y siete años—. Me lancé a la fama repentinamente y

él había sido siempre un hombre muy orgulloso, guapo y digno (...) No lo culpo en absoluto. Sé que cuando me hacía aquello estaba borracho y no quería hacerlo, y también que no sabía lo que estaba haciendo.»

Cuando tenía poco más de veinte años, un día llamó a Francis y le pidió que fuese a su casa. Estaban ambos sentados a la mesa de la cocina cuando Elizabeth fue a sentarse en el regazo de su padre, lo rodeó con los brazos, le puso la cabeza contra el cuello y los dos sollozaron. Era la primera vez que estaban así de juntos desde que ella tenía nueve años, que fue cuando la vida de ambos cambió para siempre.

Las cosas habían sido peores de lo que Elizabeth iba a admitir públicamente. Esta le confesó a una íntima amiga que su padre le había dado un puñetazo en la mandíbula que le dañó la articulación témporo-mandibular, o trismo, que le duró toda la vida. Describió cómo la había agarrado por el cabello y la había hecho girar por la habitación en un ataque de rabia antes de golpearla. Eso sucedió una mañana antes de que Elizabeth saliera para ir a trabajar. Lo justificó —siempre lo hacía— diciendo que a su padre le avergonzaba que fuera ella la que más dinero ganaba en la familia y que eso le hacía sentirse humillado. La vergüenza y el trauma que se forjaron en su infancia eran auténticos e iban a manifestarse a lo largo de toda su vida, especialmente al experimentar maltrato físico o psíquico por parte de alguna de sus parejas. Nunca fue a terapia, en parte porque entonces no era socialmente aceptable, pero, además, porque no creía en revivir recuerdos dolorosos: estaba demasiado ocupada en construir su futuro. En cambio, su vida, como tantas otras, se convirtió en una batalla privada por el control de su carrera, sobre con quién decidía casarse y sobre cuánto de sí misma deseaba transmitir al público. Al final ya prácticamente había logrado dominar su vida.

Su infancia la condicionó, según Hamilton, «para bien y para mal».

«No se podía forzar a Elizabeth a hacer algo por su cuenta; sin embargo, si la dejabas estar, hubiera hecho cualquier cosa por ti. Si querías algo solo necesitabas abrirle el corazón y sonreír, y lo

conseguías. Pero si intentabas pasarte de listo o engañarla, ¡ay, Dios! Olvídalo. Gran parte de eso recayó en sus padres porque no permitía que le dijeran lo que debía hacer ni que la mangoneasen.»

Ganó dinero con facilidad y dio a su madre la fama y la fortuna que había deseado desde niña y, además, iba a cuidar de sus padres durante el resto de su vida.

«Tenía un corazón enorme y deseaba que la abrazaran y la amaran por quien ella era, Elizabeth, y no la diva que le habían obligado a ser —dijo Hamilton—. Encarnaba muchas personalidades para mucha gente. Como niña, solo quería que la viesen como una *hija.*»

Una vez, según Hamilton, le preguntaron que era lo que más deseaba en el mundo.

Ella respondió, en voz muy baja: «Solo ser una niña pequeña otra vez».

Capítulo 2

Amor Joven

> Dieciséis años es una edad bastante aburrida. En realidad, me gustaría ser un poco mayor. A los dieciséis eres demasiado joven para que te traten como a una adulta y demasiado mayor para que te traten como a una niña.
>
> ELIZABETH

Para la época en que Elizabeth tenía dieciséis años el estudio, ella y Sara habían ganado la «ofensiva del glamur». Su abundante cabello negro azabache, sus labios rojos y su figura, pequeña pero curvilínea, habían florecido por completo. Y, finalmente, encontraron para ella un chico con el cual salir.

Doris Kearns, que llevaba la publicidad de Elizabeth dentro de MGM, y su marido le preguntaron si podían llevar a Glenn Davis, apuesto ganador del Trofeo Heisman,[1] a la casa que los Taylor alquilaban en la playa de Malibú. Davis, que era teniente, y su amigo Doc Blanchard eran capitanes del equipo de fútbol del ejército y se los conocía como los «Gemelos Touchdown». Davis también era capitán del equipo de béisbol de West Point, jugaba a baloncesto y corría en pista. Elizabeth quedó impresionada por el guapo atleta de veinticuatro años. Propensa a los accidentes, las miradas de ambos se encontraron cuando ella se cayó en la arena durante un partido de fútbol de toques[2] y dio con la cara en el suelo. Se interesó inmediatamente por él y cuanto más se daba cuenta de lo modesto y sencillo que era, más le interesaba.

Los publicistas del estudio hicieron todo lo que estuvo en sus manos para generar interés en la joven y guapa pareja. Para Elizabeth aquello era como una experiencia extracorpórea. Sabía

que no iba a casarse con él, pero siguió adelante con el asunto a sabiendas de que era positivo para su carrera. Davis le regaló su amuleto, un pequeño balón de fútbol en oro, y ella lo llevaba en el cuello colgado de una cadena. Le dijo a la prensa que estaban «comprometidos a comprometerse», aunque solo salió siete veces con Davis antes de que lo enviasen a Corea. Eso no impidió al público seguir obsesionado con la relación entre ambos. «Dios mío, creen que es un tórrido romance», recordaba Elizabeth.

La mandaron a Londres durante cinco meses para hacer el papel de esposa de Robert Taylor en *Traición*. Ella tenía dieciséis años y él casi cuarenta, o sea, más de dos veces su edad. Todos los días, durante tres horas, Elizabeth se retiraba a una habitación con una tutora que provenía de la Junta de Educación de Los Ángeles y que la acompañaba en Londres. «¿Cómo podría concentrarme —le preguntaba Elizabeth—, cuando Robert Taylor se empeña en meterme la lengua hasta la garganta?» A fin de que el romance entre los dos Taylor fuera más creíble para los espectadores, MGM envió a Elizabeth a Nueva York en octubre de 1948 para que el famoso fotógrafo Philippe Halsman le hiciera un retrato. «Tienes pechos —le dijo el fotógrafo—, ¡pues empújalos hacia fuera!» Las fotos fueron asombrosas y aquel fue el momento en que ella reconoció su fuerza y su capacidad para controlar su propia imagen, aunque todavía fuese una adolescente.

Pero el extraño mundo en el que vivía como actriz infantil, hermoso e hipersexualizado, ahora chirriaba. Una y otra vez su tutora detenía el rodaje y se la llevaba, más o menos por las orejas, a una habitación para estudiar matemáticas. Y luego, cuando terminaba, volvía al plató para rodar una apasionada escena de amor. «Era algo que te volvía loca —dijo Elizabeth—. No estaba preparada para hacer de adulta. Había estado cobijada, protegida... El resultado fue que cometí errores espantosos en mi lucha por parecer una persona responsable y responder por mí misma.»

Michael Wilding, un actor británico de treinta y seis años, estaba en Londres rodando una película para MGM al mismo tiempo que Elizabeth rodaba *Traición*. En la cafetería solía acercarse a la mesa de Elizabeth para charlar con ella después de

comer. Sara nunca estaba muy lejos. «Me di cuenta de que cada vez que él se acercaba, a Elizabeth le brillaban los ojos —recordaba Sara— como si se encendiesen miles de luces. Sabía que de no ser por Glenn Davis, Michael Wilding sería “el hombre” de su vida.»

Wilding recordaba cómo Elizabeth flirteaba con él. «En vez de pedirle la sal a una de las camareras, ella misma recorría toda la cafetería, meneando las caderas, para ir a buscarla a la cocina. Luego volvía a menearlas al regresar.»

Pero seguía siendo una niña. Al terminar el rodaje de *Traición* con una semana de antelación, Elizabeth quiso ir de compras a París. El estudio le dijo a Sara que no iban a permitirlo porque París padecía una epidemia de gripe y no podían arriesgar la salud de la chica. Pero ella, que a esa edad ya estaba más que acostumbrada a que cada uno de sus movimientos estuviese cuidadosamente coreografiado, decidió que esto era algo por lo que merecía la pena luchar. Fue a ver al diseñador del plató, que hizo un largo rollo de papel, y en la parte superior Elizabeth escribió:

> Nosotros, los abajo firmantes, estamos de acuerdo con Elizabeth
>
> Taylor en que debéis permitirle ir a París a hartarse de comprar...
>
> Puesto que ella ha prometido:
>
> 1. Ser una niña buena.
>
> 2. Evitar todos los gérmenes de la gripe.
>
> 3. No tener ni siquiera que limpiarse los mocos ...
>
> Y creemos que Este Viaje Tan Necesario no se le debe negar.

Firmado:

Wm. Shakespeare

Lord Byron

Elizabeth Taylor

Lord Nelson

Scarlett O'Hara, etc.

Al día siguiente, Elizabeth y Sara partieron rumbo a París.

* * *

Entonces ocurrió que MGM se encontró con un problema relativo a Glenn Davis. Elizabeth se había enamorado de otro y también en esta oportunidad decidió oponerse al estudio… al menos, al principio. De vacaciones con Sara para celebrar su decimoséptimo cumpleaños en Miami Beach, Elizabeth se alojó en casa de su tío Howard y conoció al millonario William Pawley padre, antiguo embajador de Estados Unidos en Brasil y en aquellos momentos empresario de la industria de la aviación. Elizabeth pasó bastante tiempo en la piscina, acompañada del hijo de Pawley, también llamado William, que lucía cabello oscuro y brillantes ojos azules. El conocerlo por casualidad la primavera de 1949 fue su primera experiencia amorosa de verdad. Elizabeth y Pawley intercambiaron más de sesenta cartas entre la casa de él en Miami y la de ella en Los Ángeles. Ella le escribió su primera carta en el avión que la llevaba de vuelta a California.

> *Me duele el corazón y siento ganas de llorar cuando pienso en ti y en lo mucho que quiero estar contigo y mirarte a esos hermosos ojos azules y besar tus labios dulces y que tus fuertes brazos me estrechen, ay, muy fuerte y muy cerca de ti (…) Quiero que nos entreguemos mutuamente nuestros corazones por toda la eternidad: quiero que seamos «amantes» siempre aun cuando llevemos setenta y cinco años casados y tengamos al menos una docena de tataranietos.*

El problema era que, de cara al público, Elizabeth salía con Davis. En las cartas le revela a Pawley el conflicto. «Ha sido horroroso desde que estoy en casa con todos los periodistas que me llaman y me preguntan si Glenn [Davis] y yo hemos roto. Al principio no sabía qué decirles, pero luego lo conversamos y decidí decir "Bueno, no estamos comprometidos, pero seguimos siendo buenos amigos y no hemos roto". Si digo algo más se convertirá en un problema nacional o algo, en cambio así puede morir de una muerte lenta sin demasiados comentarios (eso espero). En realidad, Glenn y yo hemos acordado ir juntos a eventos sociales donde haya periodistas curiosos —como los Premios de la Academia y algunos grandes estrenos la semana que viene—, pero aparte de eso hemos terminado completamente.»

A medida que pasaban las semanas se hizo evidente, gracias a las cartas de Elizabeth, que le molestaba llevar una doble vida. Cuando Davis rompió accidentalmente unos pendientes que Pawley le había regalado, ella se enfureció. «Nunca en la vida he tenido tantas ganas de pegarle a alguien con todas mis fuerzas: podría haberlo matado —escribió a Pawley—. ¡Es tan mimado y débil y llorica! Lo he intentado, Bill, sinceramente lo he intentado, pero podría haber estado golpeándome la cabeza contra un muro de ladrillos. Ahora me odia, lo sé —se le ve en la cara—. Pero, en realidad, creo que es mejor así, por lo menos ya no está enamorado de mí.» Esa noche le devolvió a Davis su amuleto futbolístico y la sudadera de los All American.

Davis no le guardó ningún rencor. En una carta que le escribió a Elizabeth el 22 de septiembre de 1949 le decía: «Nunca te culpé por lo que pasó entre nosotros. Creo que piensas que sí, pero en realidad no, aunque me sentí herido como nunca pensé que me sentiría. Me ha costado seis meses superarlo, pero ahora puedo pensar con claridad otra vez y me doy cuenta de que no importa lo mucho que ames. Si vivís en dos mundos diferentes, no puedes cambiar y vivir en el mundo del otro y aun así ser feliz (...) Todo lo que deseo es que seas feliz, aunque eso signifique no serlo conmigo».

Elizabeth estaba intentando recuperar su vida. «Ya no me

importa lo que digan —le escribió a Pawley—, de ahora en adelante voy a vivir mi vida como yo quiero vivirla.» Pero en el fondo debía de saber que nunca podría. Al menos no durante mucho tiempo.

* * *

Elizabeth y Pawley se prometieron cuando él tenía veintiocho años y ella diecisiete. Fue el primer hombre que le regaló un anillo con un diamante. Pero pronto quedó claro que los dos aspiraban a cosas diferentes. «A las pocas semanas, Elizabeth vio cómo iba a ser su vida futura con Bill —escribió Sara—. Cuanto más tiempo nos quedábamos, más añoraba ella California, el estudio, su trabajo, su antigua vida que conocía y quería. Estaba preocupada y confusa.»

El mayor problema fue que Pawley deseaba que Elizabeth dejara el cine. Y Sara no iba a permitir que eso ocurriera, aunque Elizabeth pareciera atraída por la idea. Escribió a Pawley: «Estoy totalmente dispuesta a decirle adiós a mi carrera y a todo lo relacionado con ella, puesto que no estaré renunciando a nada, sino que obtendré el regalo más grande que Dios puede hacerle a un ser humano: amor, matrimonio, una familia... y tú».

Sin embargo, pronto su atención quedó desviada por el papel más exigente que le habían dado hasta entonces: junto con Montgomery Clift iba a rodar *Un lugar en el sol*. La película estaba libremente basada en la novela de Theodore Dreiser *Una tragedia americana* (1925), la historia real de un hombre que asesina a su novia, que también es su compañera de trabajo en la fábrica y está embarazada, para poder casarse con alguien de una familia adinerada. La obra de Dreiser era una admirada denuncia del materialismo, y el director George Stevens le cambió el título por *Un lugar en el sol* para que no fuera tan extremo. Stevens opinaba que la novela era «la historia de un muchacho poco hablador que se ve frustrado en su lucha contra la sociedad y el sistema

económico, y que intenta sin éxito encontrar para sí mismo un lugar de respeto». Montgomery Clift era George Eastman, el personaje principal, y Shelley Winters era su novia embarazada, Alice Tripp.

Elizabeth dio vida a la rica y hermosa tentadora Angela Vickers. El papel de Velvet Brown la había llevado al estrellato, pero fue Angela Vickers el personaje que la presentó como una formidable actriz. Stevens creía que Elizabeth representaba a la «chica dentro de una caja de bombones», es decir, una muchacha dulce pero también capaz de corromper. Elizabeth se enamoró del guion. Sí, Vickers era una niña rica y malcriada, pero el personaje tenía profundidad, en especial cuando se enfrenta a la sentencia de muerte que recibe George por matar a su novia.

En octubre de 1949, Stevens comenzó el rodaje en el lago Tahoe, donde el agua estaba helada, y a menudo Elizabeth entraba en el plató con una manta cubriéndola por entero ya que solo llevaba un bañador. Cada noche llamaba por teléfono a Pawley, que estaba en Florida. Cuando él fue a visitarla a California, el compromiso de ambos ya era historia, al menos según lo que cuenta Sara. «Creo que Elizabeth se dio cuenta por primera vez de lo mucho que le gustaba filmar películas. No solo por el glamur, ni el dinero ni la diversión que aquello representaba, sino porque la mantenía en contacto con el mundo y con las personas.»

Pawley le pidió que le devolviera el anillo de pedida. Seis meses después de sus primeras cartas de amor, Elizabeth escribió: «La playa está completamente desierta y se la ve tan solitaria y triste como estoy yo. ¡Ay, Bill Querido! Te quiero tanto, pero tanto, y te añoro de tal manera que parece que mi corazón se va romper (…) Y sé, con toda mi alma y mi corazón, que para nosotros esto no es el final —ni podría serlo— porque nos queremos tanto. Esta mañana he recibido tu telegrama en que me pides que te envíe el anillo y el brazalete a Nueva York —el anillo lo llevo en el dedo ahora mismo, y es tan bonito cómo relampaguea al sol… supongo que esta será la última vez que lo luzca… al menos por algún tiempo—, cuídalo bien, Querido, porque mi corazón está incrustado [*sic*] justo en su centro».

Más de cincuenta años después del fin de su compromiso, Pawley llamó a Elizabeth a su casa de Bel Air para compartir recuerdos, y posiblemente también para volver a entrar en su vida. En una nota apasionada escrita el 1 de diciembre de 2003, Paul recordaba las fuerzas que los habían separado. Habló de Joe Schenck, el presidente de 20th Century Fox, quien había predicho que los ejecutivos de MGM nunca iban a permitir que ellos dos se casaran porque Pawley había dicho que deseaba que Elizabeth dejase el cine. Era demasiado valiosa para que ellos permitiesen aquello. «¡Fui un cobarde! Dejé al amor de mi vida (una chica de dieciocho años) sola entre los lobos que querían desbaratar nuestro [proyecto de] matrimonio y destruir nuestra felicidad en favor de su propio beneficio», escribió Pawley.

Según él lo recordaba, cuando le mostró a Sara el anillo de compromiso que pensaba darle a Elizabeth, ella le dijo que tenía que pedirle matrimonio inmediatamente porque «nos ayudará a controlar con quién va Elizabeth». Él así lo hizo y ni siquiera se lo había contado aún a su familia cuando la noticia ya daba la vuelta al mundo. A las siete y media de la mañana siguiente, Pawley oyó que llamaban a la puerta de la casa de su padre en Miami Beach y se puso una bata para bajar a abrir. Lo que vio lo dejó paralizado: «La puerta de la casa estaba abierta de par en par y había grandes cables eléctricos negros que entraban hasta el salón, enormes camiones en el sendero del jardín, cinco o seis hombres con cámaras, técnicos de sonido y reporteros en el salón que preguntaban cuándo iba a bajar Elizabeth».

—¡Voy a echarlos ahora mismo! —le dijo a Sara, que había aparecido de repente en la planta baja.

—¡No, no, Bill, no puedes hacer eso porque esto es publicidad para Elizabeth, no debes decir nada!

Si el punto hasta el cual su madre y las hordas de Hollywood ejercían control sobre Elizabeth no le había quedado claro antes, este momento lo decía todo. A Elizabeth jamás se le permitiría vivir una vida normal y el compromiso de ambos formaba parte del guion que se había pensado para ella.

Durante algún tiempo, Pawley siguió adelante con su sueño,

recordando lo feliz que se había sentido cuando Francis le ofreció comprarles la casa que les gustase en Miami Beach como regalo de bodas. «Me parecía que nuestra vida iba a ser celestial», escribió, rememorando. Schenck y su esposa, que posiblemente sentían lástima por él, le dieron la noticia tranquilamente y sin aspavientos durante una cena en casa de ellos. «Querían advertirme de que nuestro matrimonio nunca tendría lugar. Schenck me dijo que Glenn Davis ya era "historia antigua" y que se me había elegido a mí para ser "historia nueva". Yo le dije educadamente que la señora Taylor estaba "absolutamente a favor" del matrimonio y que Elizabeth y yo estábamos hechos el uno para el otro. Yo pensaba que de ninguna manera ninguno de los dos permitiría interferencias en nuestra vida.»

Se equivocaba.

Elizabeth volvió a California a rodar *El padre de la novia* y su madre escribió a Pawley para decirle que se había producido un cambio de planes. Elizabeth no iría a vivir a Miami. Si él quería casarse con ella tendría que trasladarse a California. Pero el trabajo de él no estaba en California y le aterraba la idea de que Elizabeth lo mantuviera. «Elizabeth —escribió—, durante años he pensado en qué momento, o por decisión de quién, se podría haber evitado nuestra ruptura.» Poco después de eso, Sara le escribió sugiriendo que aplazaran la boda durante un año y él pensó: «¿Un año sin mi chica? ¿Cómo podré soportarlo?».

Dos meses antes de que Elizabeth rompiera el compromiso, tuvieron una pelea fuerte. Ella le escribió una carta de ocho páginas al hermano de Pawley en la que le rogaba que le dijera a él cuánto lo amaba. «Cuando alguien tan solo me toca el brazo o trata de cogerme la mano me da un escalofrío y pienso en escaparme, y no soy capaz de concebir ni imaginar a nadie en este mundo si no es Bill.» Pero mientras estaban prometidos, Pawley voló a California en 1949 para asistir a la boda de Jane Powell y se quedó de piedra cuando esta le preguntó: «¿No te parece maravilloso el nuevo contrato de Elizabeth?».

—No sé nada de eso —respondió él—. ¿De qué contrato me hablas?

Entonces se dio cuenta de que Sara lo había dejado fuera con el consentimiento de Elizabeth. «Yo era capaz de luchar contra el estudio, contra el señor Taylor y contra la señora Taylor, o contra quienquiera que se presentase, siempre y cuando te tuviera de mi lado. Pero tú me habías abandonado», escribió en 2003. Cuando se enfrentó a Elizabeth y ella le confirmó que había firmado un contrato nuevo, él se marchó al aeropuerto y voló a Miami.

—Tal como Joe Schenck había predicho, había perdido al amor de mi vida. ¡El estudio había ganado!

No se casó durante los veinticinco años siguientes y jamás tuvo hijos. Nunca se perdonó el no haber luchado más por Elizabeth.

Lo que Pawley le ofrecía era una capa adicional de control en la vida ya sobregestionada de ella. Pero iba a llegar un momento en que Elizabeth ya no le pediría aprobación a nadie con respecto a nada.

Capítulo 3

Bessie Mae

> Teníamos un lenguaje que nosotros entendíamos, podíamos leernos mutuamente en segundos, incluso por teléfono. Era como un cordón umbilical que funcionaba de modo transcontinental. Éramos capaces de sentir lo que le pasaba al otro.
>
> ELIZABETH, SOBRE SU AMISTAD CON MONTGOMERY CLIFT

Elizabeth se sumergió en su trabajo y en una nueva amistad que iba a transformarla. Montgomery Clift, a quien llamaban Monty, era, de muchas maneras, el espejo de Elizabeth. Ambos eran tan increíblemente guapos —Elizabeth con su cara ovalada, sus profundos ojos azules, sus cejas oscuras y arqueadas y sus labios rojos y en arco, y Monty con sus pómulos altos, sus ojos verdes y su abundante cabello oscuro— que cuando salían juntos en la pantalla eran impresionantes. Monty tenía la misma ardiente sensualidad de Elizabeth. El crítico cinematográfico Andrew Sarris los llamó «la pareja más bella en la historia del cine». Cuando les hacían un primer plano, aquello «era como ahogarse en helado de chocolate».

Al igual que Elizabeth, Monty comenzó a actuar en su infancia. A los catorce años debutó en Broadway y fue educado según el método de Stanislavski. A diferencia de Elizabeth, que nunca recibió una formación reglada, era el epítome del actor serio volcado en cuerpo y alma en su trabajo. Llevaba su compromiso como un cilicio. Los personajes que con más frecuencia encarnaba eran hombres solitarios y fuera de lo que se consideraba normal, como George Eastman. Tenía una especie de melancolía en los ojos y podía ser taciturno y hasta lúgubre. Detestaba las trampas de

Hollywood y vivía en un estudio con una cama abatible.

En 1949, antes de que comenzara el rodaje de *Un lugar en el sol*, los ejecutivos de Paramount decidieron que sería una buena publicidad que Monty llevase a Elizabeth como compañera al estreno de *La heredera*, otra película de Paramount en la que él era el protagonista. Monty conocía los afanes del estudio para emparejar a sus actores gais con estrellas femeninas a fin de ocultar su sexualidad. Lo absurdo de este proceder lo enfurecía.

Monty tenía veintinueve años y ningún interés en llevar como compañera a Elizabeth, de diecisiete, que había escrito *Nibbles and Me* pocos años antes y de quien citaban la frase: «Tengo las emociones de una niña en el cuerpo de una mujer», al estreno en el Teatro Chino Grauman de Hollywood. No soportaba las multitudes y no conocía a Elizabeth. Protestó que ni siquiera tenía esmoquin. Quería quedarse en su hotel y estudiar el libreto de *Un lugar en el sol*, pero sus agentes le dijeron que no tenía elección. Paramount quería imágenes de Elizabeth y Monty con el fin de avivar el apetito popular por la nueva película y también plantar la semilla de que, sin duda, eran pareja.

Monty no estaba de humor para conversaciones banales con una chiquilla frívola que iba de actriz. Elizabeth Taylor, la mercancía, representaba todo lo que él despreciaba de Hollywood. Pero accedió a regañadientes. Cuando su limusina se detuvo ante la casa de Elizabeth, esta abrió la puerta y apareció radiante en un vestido blanco sin tirantes y largo hasta los pies. Sara quería echarle un vistazo a Monty dentro de la limusina, pero Elizabeth la apartó rápidamente.

Una vez ella se acomodó en la limusina, él se dio cuenta de inmediato de que su nueva coprotagonista era, en realidad, una fuerza de la naturaleza malhablada, ingeniosa e inteligente. Ella estaba acostumbrada a estos eventos de etiqueta y se mostraba totalmente relajada. Puso su estola de pieles sobre el asiento, a su lado, y escandalizó a su compañero al soltar un taco casi inmediatamente. La gente quedaba desarmada cuando escuchaba decir tacos a Elizabeth, que parecía una muñeca de porcelana. «Me encantan las palabras gruesas, son tan terriblemente descriptivas»,

explicaba. Ella y Monty compartían un sentido del humor sarcástico y autocrítico y se burlaban de ellos mismos y de los demás.

—Vaya, estás absolutamente preciosa, Bessie Mae —la saludó Monty, usando el apodo con el que iba a llamarla durante el resto de su vida. Le sugirió que se detuviesen a comer una hamburguesa antes de llegar al teatro. A Elizabeth le fascinó la idea de ir a comer comida rápida con su vestido de fiesta. Mientras comían hamburguesas para llevar con servilletas de papel desplegadas sobre las faldas, Elizabeth ayudó a que Monty se calmara y comenzó a abrir los ojos al mundo de un actor de teatro. Pensaba que sería un hombre intimidante y le deleitó descubrir lo sensato y frágil que era.

Cuando finalmente hicieron su gran entrada, pasaron junto a un mar de fans hasta llegar a un presentador de radio. Elizabeth se detuvo para poner bien la corbata de Monty antes de la entrevista, momento en el que comenzó a actuar como una figura materna en la vida de él.

—Veo que su acompañante es la hermosísima Elizabeth Taylor —dijo el presentador.

—¿Es hermosa? —preguntó Clift, fingiendo sorpresa.

Una vez dentro, Elizabeth advirtió que el humor de Monty había cambiado. No soportaba verse en la pantalla y se deslizaba más y más abajo en la butaca mientras apretaba la mano de Elizabeth. «Soy tan horrible, Bessie Mae —murmuraba—. Soy tan horrible.» Ella le obligó a callar. Cuando todo terminó, Monty no pudo esperar para largarse.

—Vayámonos de aquí, Bessie Mae —le dijo, arrastrándola hacia el pasillo.

—¿Por qué sigues llamándome Bessie Mae? —preguntó ella en la limusina.

—Todo el mundo te conoce como Elizabeth Taylor —dijo él —. Solo yo puedo llamarte Bessie Mae.

Ambos se enamoraron; quizá al principio solo fue de forma romántica para Elizabeth, quien siempre iba a sentirse atraída por sus compañeros gais. Ya estaba resignada al hecho de que el

sentimiento nunca iba a ser totalmente mutuo. Años después reflexionaba: «No siempre se fríe el pescado que uno quiere freír. A algunos de los hombres que más me gustaron no les gustaban las mujeres».

Elizabeth quería cuidar de él y estar a su lado de todas las maneras que pudiera. «Quise a Monty con todo mi corazón y sabía que él no era feliz —dijo—. Sabía que él tenía que estar con un hombre y no con una mujer, y lo hablé con él y le presenté a tíos verdaderamente geniales.» Años después le confió a su asistente, Tim Mendelson, que supo que Monty debía estar con un hombre años antes de saber que era ser gay.

—Liz es la única mujer que he conocido que me pone —confesó Monty—. Es como si fuera mi otra mitad.

Finalmente, le presentó a Roddy McDowall y ambos fueron pareja durante varios meses.

Ella y Monty tenían mucho en común, además de su excepcional belleza: los dos habían sido estrellas infantiles, los dos tenían madres dominantes y ambos conocían las presiones que impone la celebridad. Más que nada, cada uno de ellos era capaz de hacer reír al otro. La amistad de Elizabeth y Monty duró más tiempo que varios de los matrimonios de ella. «Era la persona más deslumbrantemente hermosa que yo había visto nunca —dijo, comentando su primer encuentro—. Recuerdo que se me paró el corazón cuando vi esos ojos verdes y esa sonrisa, esa sonrisa canallesca y al mismo tiempo de niña.»

Se pasaban horas preparando las escenas. A veces, la única manera de escapar a la vigilancia de Sara era meterse en el camerino de Monty. «Cuando vi a Monty preparándose pensé: "Dios mío, entonces no solo se trataba de diversión". Y creo que esa fue la primera vez que lo miré seriamente y vi lo implicado que estaba. Podía ponerse a temblar y aunque el director dijera "¡Corten!", él no podía parar. Y pensé: "Hasta ahora solo he estado tonteando con juguetes".» En su papel de George Eastman, Monty quedó ensombrecido y consumido por la confusión interior del personaje; incluso visitó el corredor de la muerte en la prisión de San Quintín para poder entrar bien en el papel. Elizabeth se

enorgullecía de no haber tomado nunca ni una clase de interpretación. Nunca lloraba durante los ensayos porque, ¿para qué desperdiciarlo?

Pero Monty le ayudó a tomárselo más en serio y esto le afectó profundamente. «Es parte del romper y rasgar que significa ser un actor, porque en tu vida privada, para sobrevivir, debes construir a tu alrededor las capas que tiene una ostra. Y cuando están actuando, esas capas las tienes que quitar —dijo años más tarde—. Y luego, cuando llegas a casa y cuelgas el sombrero, tienes que dejar que se fundan y desaparezcan: no puedes, no debes llevártelas contigo a casa. Y, desdichadamente, creo que siempre nos las llevamos.»

A veces, Elizabeth invitaba a Monty a sentarse en el borde de la bañera y él, en lugar de distraerse por el cuerpo desnudo de ella, charlaba y se reía. Ella dijo que hubiera perdido su virginidad con él y estuvieron a punto, pero finalmente él no pudo consumar el acto. El de ellos era un amor imposible para siempre, aunque Elizabeth no podía evitar desearlo.

Ella quedó confundida cuando sintió que él la abrazaba para luego alejarse de ella. Y cuando le dijo que lo amaba, él contestó: «Soy demasiado mayor para ti..., soy un viejo». Pero muchas veces, cuando estaban juntos, Monty exclamaba: «¡He encontrado a mi otra mitad!». El hermano de Monty, llamado Brooks, decía que Monty era bisexual. Elizabeth le contó al periodista Tommy Thompson que una noche Monty se presentó en su casa con un joven muy guapo y a la noche siguiente con una chica muy elegante. Era como si estuviera diciendo: «Mira, Mami... puedo... y debo... con los dos».

A ella le encantaba mirarlo y estar con él, y quizá era lo bastante joven para pensar que podría «convertirlo», pero siempre comprendió quién era él. Para Elizabeth tuvo que haber sido una liberación que él no se pasara el tiempo mirándole el cuerpo y sí centrándose en quién ella era. (Pese a todo, Monty les dijo a sus amigos que Elizabeth tenía «unas tetas estupendas».) Él no sentía culpa por su homosexualidad, pero le enfurecía tener que esconderla y así fue como comenzó a beber. Los columnistas de

cotilleos, como Hedda Hopper, tenían facilidad de acceso a los actores gais bajo promesa de que no revelarían al mundo su orientación sexual. Era una forma repugnante de chantaje. Monty siempre supo que de otra manera nunca iba a ser aceptado. O sea que cuando Hopper escribió sobre la inminente boda de Elizabeth y Monty mientras ambos se encontraban rodando, aquella no fue una noticia inesperada, aunque sí absurda.

Llevó cinco meses finalizar el rodaje de *Un lugar en el sol* y aquel fue el mayor desafío en la carrera de Elizabeth hasta ese momento. La película comenzó a rodarse antes que *El padre de la novia*, pero se estrenó un año más tarde. Con quien fue más duro el legendario director George Stevens fue con Elizabeth. Tenía fama de ver a los intérpretes como marionetas a quienes podía manipular. Insistió en rodar una y otra vez sus escenas con Monty, y cuando no estaba satisfecho discutía con Elizabeth hasta que ella explotaba de ira.

Interpretar a Angela Vickers «fue mi primera oportunidad real de probarme, y Monty me ayudó (...) Era complicado porque la chica es tan rica y tan consentida que habría sido fácil interpretarla como alguien absolutamente vacuo, pero yo creo que es una mujer a quien las cosas le importan mucho», escribió Elizabeth más adelante.

Cuando quedó claro que no iban a casarse, intentó hacer de madre de Monty, cuyo alcoholismo muchas veces resultaba desesperanzador. En ocasiones lo animaba a colaborar con los medios, como había hecho ella desde su infancia. «Si lo hicieras, no solo serías la más grande superestrella del mundo sino que también ganarías un Óscar», le decía.

Stevens comprendió que Elizabeth tenía instinto maternal, incluso siendo una adolescente. Como todavía no era legalmente una adulta, en el plató siempre había un trabajador social durante los rodajes. En la escena clave en que Angela y George se confiesan su amor mutuo, Elizabeth quedó atónita por el diálogo que Steven esperaba que dijera.

—Disculpe —le dijo al director, alzando el guion—, pero ¿qué diantres es esto? —Y señalaba el momento más célebre del filme,

aquel en el que George dice: «Ay, Angela, si pudiera decirte lo mucho que te amo. Si pudiera decírtelo todo».

Y Angela responde, casi sin aliento: «Díselo a Mami. Díselo todo a Mami».

Stevens no estaba dispuesto a cambiar nada, aunque entendía que ella pudiera sentirse como una tonta al recitar esas líneas puesto que era tan joven. «Eso es lo que tienes que decir mientras atraes a Monty hacia ti», respondió. La escena se volvió legendaria y forzó a Elizabeth a ver algo en su propia e increíble belleza que antes no había comprendido.

Los críticos alucinaron. «La verdadera sorpresa de *Un lugar en el sol* es la lírica interpretación que hace Elizabeth Taylor de Angela, la chica rica y protegida que ama al chico y permanece a su lado en sus momentos difíciles —escribió Look—. Siempre hermosa, la señorita Taylor revela aquí una comprensión de la pasión y del sufrimiento que resulta electrizante.»

En realidad, lo que hacía era proteger a Monty. Cuando terminaba una escena y Monty no era capaz de salir de ella, Elizabeth intentaba forzarlo a abandonar el personaje. «Monty, no te hagas esto. Tienes que dejarlo ir cuando la escena ha terminado.» Lo abrazaba y lo calmaba. «Al observar su intensidad aprendí a no dejar que te matara, pero también que aquello no era un juego. Que tenías que sentirlo en las tripas y que las tripas tenían que clamar.»

Sin embargo, Monty no concebía otra forma de actuar. «Te diré cuál es la verdadera dificultad —explicó una vez—. Tu cuerpo no sabe que solo estás actuando. Suda y produce adrenalina exactamente igual que si tus emociones fuesen reales.»

En Nueva York les gustaba cenar en el restaurante Camillo’s, uno de los favoritos de Monty. Les daban una mesa tranquila al fondo del local y allí ellos hablaban bajo, como si conspirasen, hasta que el restaurante cerraba. Una vez se quedaron tanto rato que cuando el propietario del restaurante decidió pintar la sala del comedor, ellos se ofrecieron a ayudarle. Se quitaron los zapatos y alegremente cogieron un pincel cada uno. Pintaron hasta las tres de la madrugada. Exactamente el tipo de travesura que les

encantaba.

Monty le dijo una vez: «Eres la única mujer que amaré en mi vida». Ella se dejó caer en una silla y murmuró: «Querido, ay, querido», una y otra vez.

Capítulo 4

«La va a matar»

> Cuando eres joven y te caes de las nubes por primera vez, intentas convencerte a ti misma de que todo sigue siendo hermoso.
>
> ELIZABETH

La misma noche en que Elizabeth dijo adiós a Bill Pawley, después de la boda de Jane Powell, conoció al hombre que iba a ser su primer marido. Francis y Sara sugirieron que los invitados a la boda fueran al club nocturno Mocambo, en Hollywood Oeste, para escuchar cantar a Vic Damone. Los ojos de Elizabeth estaban llenos de lágrimas mientras ocupaba una de las mesas con sus padres y Damone cantó directamente para ella. Después de su actuación, Damone se sentó junto a Elizabeth. Al día siguiente, los titulares de los periódicos ponían: «Adiós al viejo amor y hola al nuevo».

Elizabeth ya estaba acostumbrada a los siempre cambiantes humores del público. En un momento dado el público la adoraba y al siguiente corrían a regodearse con el *London Sunday Pictorial*, que escribía que alguien debería «administrarle una serie de buenas palmadas en la parte posterior de su último modelo de París» por haber finalizado su relación con Davis y con Pawley.

Pero no fue Damone quien llegaría a ser el primer marido de Elizabeth. «Aunque nosotros no lo sabíamos, Nick Hilton estaba en Mocambo aquella noche —recordaba Sara—. Volvió a su casa y le dijo a su padre, Conrad Hilton, que había visto a la chica más bella del mundo y que quería conocerla.» Y lo que Nicky Hilton quería, lo conseguía.

Poco después de conocerse, Conrad Nicholson «Nicky»,

Hilton, hijo del fundador de la cadena de hoteles Hilton, se insertó en la vida de Elizabeth. Todas las semanas las dos familias, los Hilton y los Taylor, cenaban juntos, alternando la mansión de los Hilton en Bel Air y la casa de los Taylor en Beverly Hills. Sara dijo: «Habría sido imposible que Nick nos gustase más». E indudablemente Sara aprobaba que Elizabeth, al casarse, entrase en una familia prominente y fabulosamente rica.

Pero después de la primera cita de los dos jóvenes, Sara preguntó a Elizabeth si lo había pasado bien. «Supongo que sí», contestó la chica distraídamente. Por entonces Elizabeth no fumaba ni bebía, por lo que Hilton hizo lo propio. Al menos delante de Sara y Francis. Asistió a la ceremonia de graduación de Elizabeth, que se realizó en la University High School porque MGM no daba diplomas. El 26 de enero de 1950 Elizabeth, con toga y birrete, tomó asiento en el escenario tratando de hacer ver que no se fijaba en la forma en que la miraban los demás estudiantes. Se sentía feliz de que la señorita McDonald ya no fuese a estar más en su vida.

Elizabeth estaba enamorada del hecho de estar enamorada, y en Hilton encontró su vía de escape. Pensó que si reemplazaba el «Señorita» por un «Señora», iba automáticamente a ser una persona más segura. Deseaba irse de la casa de sus padres cuanto antes mejor. Cuando cumplió dieciocho años, que según las leyes de California es la mayoría de edad, de repente tuvo acceso a sus propias cuentas bancarias. Se enteró de que sus padres habían gastado gran parte de su dinero y que no habían separado lo que debían para ella. Habían dependido económicamente de Elizabeth y no habían tratado de protegerla. Se sintió particularmente traicionada por su madre, aunque siguió representando su papel de hija obediente.

La semana antes del decimoctavo cumpleaños de ella, Elizabeth y Nick anunciaron su compromiso. Habían tenido que convencer a la joven de que esperase hasta entonces. Cuando los periodistas, enfebrecidos, pidieron detalles, como qué cosas tenían en común, ella les dijo: «Nos encantan las hamburguesas con cebolla, los jerséis varias tallas más grandes y Pinza» (Ezio Pinza era un cantante italiano de ópera de entonces). Aquello era una

base muy endeble para un matrimonio.

Elizabeth llamó a Monty, que vivía en Nueva York, para hablarle sobre su nuevo romance. Se burló de él, pero eso no cambiaría el hecho de que Monty jamás iba a quererla de la manera en que ella lo quería a él. «Estamos prometidos —le dijo, con la esperanza de ponerlo celoso—. ¿Qué te parece?»

Monty no estaba seguro de qué pensar. Había oído que Hilton se ponía violento cuando bebía, y eso le preocupaba. «Nada, Bessie Mae, salvo que ¿estás segura de que Nicky Hilton es el hombre adecuado para ti?» Cuando colgó el teléfono, Monty se sirvió un vaso grande de Jack Daniels con hielo y lo tiró al suelo.

Era su segundo compromiso y ya había aparecido en más de una decena de películas. Pero incluso con toda esa experiencia, y quizá debido al ambiente de clausura en el que se había criado, Elizabeth no tenía ni la más mínima idea de dónde se estaba metiendo.

* * *

Antes de casarse con Hilton, a Elizabeth la había cortejado otro *playboy* famoso, el excéntrico multimillonario productor, director de cine y fabricante de aviones Howard Hughes. La revista *Motion Pictures* llamó a Hughes el soltero más apetecible del país. «Si tuvieras una cita con Howard Hughes, estarías citándote con un hombre cuya fortuna sobrepasa los 145 millones de dólares; un hombre cuyas empresas incluyen intereses en TWA, Hughes Productions, Hughes Aircraft Corporation, Hughes Tool Company y la cervecería más grande de Texas.»

A diferencia de Ava Gardner, Katharine Hepburn, Lana Turner y Ginger Rogers, todas ellas cortejadas por Hughes, Elizabeth no quiso saber nada de él.

Cuando Hughes vio a Elizabeth por vez primera mientras ella atravesaba el vestíbulo del hotel Beverly Hills, se volvió a su ayudante, Johnny Meyer, y le dijo: «Consigue que me presenten a

esa chica». Meyer conocía a muchas *estrellitas* de Hollywood, pero no a Elizabeth. También sabía que no debía decepcionar a su jefe. Un día siguió a Elizabeth y la vio entrar en la galería de arte de su padre, y así ayudó a Hughes a cazar a su presa. Hughes, que tenía cuarenta y cuatro años, acudió a la galería de Francis Taylor con una propuesta: le compraría todas las pinturas, pero únicamente con la condición de que Sara y Francis aceptaran que Elizabeth viajase con él en su avión para pasar un fin de semana en el lago Arrowhead. Cuando dijeron que no podía ir, retiró su oferta de compra de las pinturas.

—Llamó por teléfono a Elizabeth durante años —recordaba Sara— y ella no lo aguantaba.

Cuando la invitaban a fiestas o cenas, Elizabeth verificaba con los anfitriones la presencia o no de Hughes, y si él iba, a ella no le interesaba ir. El hecho de que la deseara le repugnaba, lo mismo que su arrogancia.

Hughes consideraba que las mujeres eran trofeos. «Siempre está al teléfono. Corre de un sitio a otro —dijo la revista *Motion Picture*—. Las mira sin verlas [a sus compañeras] porque tiene el pensamiento a kilómetros de distancia.» Y Elizabeth no aceptaba que la ignorasen.

* * *

En el Hollywood de mediados del siglo XX, las mujeres jóvenes y apasionadas necesitaban que se las domara. A los ojos del público, Elizabeth les había roto el corazón a Glenn Davis y a Bill Pawley, y durante aquella época tan ferozmente puritana había que convencer a la gente de que era virgen, es decir, «una buena chica». En una entrevista concedida a la periodista de cotilleos Louella Parsons, Elizabeth insistió: «No se debe entregar nada hasta que se recibe el anillo».

Aun así, Sara albergaba dudas acerca de la virginidad de su hija. Justo antes de su boda con Hilton, Sara llevó a Elizabeth a un

médico para que le abriera el himen. Quería que se lo abrieran para que a Elizabeth no le resultara demasiado doloroso practicar el sexo por primera vez. Pero, en realidad, el motivo era otro: quería asegurarse de que su hija seguía siendo virgen. Esa prueba de virginidad tan poco ética iba a permanecer en la mente de Elizabeth durante toda su vida, según su secretaria Jorgett Strumme, que trabajó para ella durante la década de los años 80 y parte de los 90. «Me contó que le administraron un sedante para dejarla inconsciente y que lo último que recordaba era a Sara pidiéndole al médico que le dijera si aún era virgen.» Cuando el médico confirmó que sí, la madre lanzó un suspiro de alivio y la cirugía continuó.

Elizabeth dijo que ella era virgen no solo a nivel físico, sino también mental. En una carta de diez páginas a Pawley, fechada el 1 de abril de 1949, escribía: «Si solo pudiera encontrar las palabras para expresar mi amor (...) para que supieras cómo me siento. Supongo que tendré que esperar hasta ser tu esposa y entonces podré decirte y demostrarte mi amor». Y terminaba con una asombrosa clarividencia acerca de cuánto iba a disfrutar el poder compensarle con sexo. «Ah, otra cosa, cariño. No te preocupes porque algún día discutamos; estoy segura de que eso nunca ocurrirá, pero si ocurre, ¡piensa en lo bien que lo pasaremos reconciliándonos!»

La idea convencional era que una dama se reservaba para el matrimonio, y eso dio forma al resto de la vida de Elizabeth. También hizo que caminase hasta el altar ocho veces, porque se le enseñó a no acostarse con ningún hombre hasta que estuviera casada con él (aunque posteriormente iba a caer en la tentación a menudo).

* * *

La boda de Elizabeth con Hilton no pudo llegar en mejor momento para el estudio. Ella era Kay Banks, la protagonista y joven novia

de la comedia de 1950 *El padre de la novia*, de Vincent Minelli. En esa misma década y en la vida real, Elizabeth iba a caminar hacia el altar cuatro veces. Fue MGM quien pagó la sobrecargada boda y la incluyó como parte del presupuesto publicitario de la película. MGM pidió a Elizabeth y a Sara que pusieran a la boda la fecha más próxima posible al estreno de la película. La fecha de la ceremonia, el 6 de mayo de 1950, fue un mes antes de la *première* y justo dos meses después de que Elizabeth cumpliera dieciocho años. A la ceremonia, que tuvo lugar en la Iglesia Católica Romana del Buen Pastor de Beverly Hills, asistieron setecientos invitados, entre ellos las estrellas de MGM Fred Astaire, Ginger Rogers y Esther Williams. La recepción se hizo en el Country Club de Bel Air.

Elizabeth entró en la iglesia llevando en el dedo un diamante de cuatro quilates, mucho más pequeño que los que iba a recibir de sus siguientes maridos, pero así y todo era una piedra de tamaño considerable. Llevaba un vestido de satén blanco con bordados de perlas y escote corazón, cubierto por una capa de *chiffon* diseñada por su amiga, la diseñadora de MGM y ganadora de un Óscar, Helen Rose. Su piel de porcelana estaba radiante bajo el cabello negro y corto que se mantenía milagrosamente en su sitio bajo un calor de casi treinta y ocho grados. Se la veía increíblemente joven. Los guardias de MGM controlaban a los más de dos mil quinientos admiradores que se habían enterado de la boda cuando las noticias se filtraron «por accidente». Elizabeth creció en platós de cine y consideraba a los trabajadores parte de su familia, de modo que se aseguró de que tramoyistas, operadores y peluqueros figurasen en la lista de invitados. «Cerré los ojos a todos los problemas y me dirigí radiante hacia el altar», recordaba Elizabeth décadas más tarde.

Spencer Tracy desempeñó el papel de su padre en *El padre de la novia*, y Elizabeth lo adoraba y lo llamaba «Papi» dentro y fuera del plató. Joan Bennett, que hacía de su madre, dijo: «Es extraño, pero no parecía demasiado feliz, casi como si comprendiera que su inminente matrimonio no iba a ser fácil para ella».

Bennett dijo que Taylor y Tracy «se pasaban horas charlando

en el camerino de él. Él me confió más tarde que la chica tenía algunas dudas sobre Nicky Hilton. Spencer le hizo un discurso motivador, en un esfuerzo por convencerla de que el joven Hilton derramaba encanto juvenil y sería un excelente marido. No estoy segura de que él mismo se creyera esto». Russ Tamblyn, que era dos años menor que Elizabeth y que recordaba cómo esta le ayudaba con sus tareas escolares en el plató, se mostraba confundido por el casamiento. «Por ahí se comentaba que era un tío extremadamente maltratador. Recuerdo que pensé: "Y esta mujer tan hermosa, ¿qué ha visto en este tipo? ".» Elizabeth misma tenía dudas, unas dudas que luego resultaron correctas. Pero MGM ya la había colocado en el papel de novia joven y ruborosa y ella no veía la salida. Hilton pareció comprender en qué se estaba metiendo desde el momento en que ambos pronunciaron sus votos durante la ceremonia, que pareció una puesta en escena, e incluso llegó a arrepentirse: «No me he casado con una chica sino con una institución», dijo, arrepentido.

—Yo estaba aterrorizada y Nick también —dijo Elizabeth sobre el día de su boda—. Recuerdo haber sacado mi pañuelo y haber secado la cara de él durante la ceremonia, y luego nos fuimos en coche y hubo una gran recepción y por primera vez en la vida bebí dos copas de champán y bebí tres copas de champán y llegó el momento de marcharse y yo estaba cada vez más petrificada.

Sus damas de honor le ayudaron a vestirse el traje de viaje. «Tenía ganas de escapar —dijo—. En realidad, no tenía ni idea de lo que se avecinaba.» Recordaba el arroz y el confeti que les caían encima como granizo mientras se dirigían al coche que les esperaba. Y luego bebieron una botella de champán y se pusieron bastante ebrios. Ella entró en el cuarto de baño y se puso un camisón que también le había diseñado Helen Rose. «Yo no quería quitar la llave a la puerta.» Cuando salió estaba demasiado asustada para tocar a Hilton. No durmieron juntos durante los tres días siguientes.

«Esto es lo que hacen las chicas buenas —pensó—. Se casan y luego viene el sexo. En todo momento elegí pensar que estaba

enamorada, no tenía mi propio criterio. Pero en casa me habían enseñado que amor es sinónimo de matrimonio. Tenía que casarme. No tenía que sencillamente vivir un romance.»

La luna de miel también constituyó un espectáculo. Una multitud los acompañó hasta el aeropuerto de Los Ángeles y volaron hasta Chicago, donde Nick cogió un Cadillac y en él se fueron a Nueva York. El coche embarcó en el *Queen Mary* para que pudieran utilizarlo durante su extensa gira europea. Elizabeth lo hacía todo a lo grande: viajó con diecisiete maletas, una ayudante personal y un caniche teñido del color de los ojos de ella. Cuando accidentalmente un camarero llamó «señor Taylor» a Nick, este se puso furioso. Pero no siempre conseguían lo que querían. La *suite* nupcial ya estaba reservada por una de las pocas parejas capaces de rivalizar con la fama de Taylor y Hilton: el duque y la duquesa de Windsor.

La luna de miel en Europa duró cinco meses, aunque en realidad solo duró dos semanas. Ese fue el tiempo que Hilton tardó en volver a emborracharse. Se pasó casi todos los días bebiendo y jugando mientras Elizabeth lloraba y fumaba un cigarrillo tras otro sola en el hotel.

«Después llegó la desilusión, encantada de conocerme», dijo.

* * *

A los ochenta y seis años, Sara decidió que debía escribir la primera biografía autorizada de su hija y «contar la verdad sobre Elizabeth y sobre los motivos del terrible fracaso de sus [hasta entonces] cinco matrimonios». La biografía nunca se publicó, pero las notas manuscritas de Sara revelan lo que ella sabía sobre Hilton y su reputación. «Yo tenía el presentimiento de que no todo iba bien con ella; la tuve durante mucho tiempo y lo mismo le pasaba a papá. Algunos amigos nos habían dicho: “No permitáis que se case con Nicky Hilton. La matará. Cuando bebe no le funciona el cerebro. En la inauguración de uno de los hoteles Hilton tuvieron

que ponerle una camisa de fuerza porque trató de atacar al gobernador de una de las islas [en que se había construido el hotel]”. Anécdotas como esta nos llegaban continuamente y lo comentamos con Elizabeth, pero ella estaba enamorada y él también.»

Según Sara, Hilton había prometido que no bebería más en el curso de los seis meses que duró el noviazgo, en palabras de Sara «se comportó tan bien como el chico de al lado». Pero el día de la boda, mientras tomaba un baño de burbujas, Elizabeth le pidió a su madre que entrara y le hizo preguntas sobre sexo... tan protegida había vivido. «Pude ver el recelo en sus ojos —pone Sara en sus notas—. Miré su preciosa carita tersa y me dolió el corazón...»

Durante los primeros días del viaje todo parecía ir bien y Elizabeth enviaba postales felices a su familia. Luego las postales dejaron de llegar y se hizo un silencio absoluto. «Cuando estaba en París, Elizabeth nos envió una carta hermosa en la que nos agradecía tantos años de amor, ternura y devoción como le habíamos dado. Esa fue la última carta que recibimos de ella.» Y enseguida los periódicos comenzaron a informar de que había problemas.

Al llamarla sus padres, Elizabeth insistió en que todo estaba bien. «Ya sabéis que el primer año es el más difícil. Ya lo superaremos. No os preocupéis. Por favor, no os preocupéis.» Pero cuando regresaron a Nueva York a finales de agosto, Elizabeth era una sombra de sí misma: había perdido nueve kilos.

Ella sabía que no podía seguir casada con Hilton de ninguna manera. De vuelta en Los Ángeles se quedó en casa de su agente y luego en casa de su sustituta, Margery Dillon, en cualquier sitio menos con sus padres. Las notas de Sara dicen que ella no se daba cuenta del trauma que estaba experimentando su hija... o no quería aceptarlo.

—Cuando la vi en California no podía creerlo. Ya no confiaba en nosotros para nada. Luchaba por esconder de nosotros el infierno por el que había pasado porque seguía enamorada de Nick y porque no quería preocuparnos.

Elizabeth no quería volver corriendo a casa de sus padres y

tampoco quería escuchar cómo estos la alentaban a seguir adelante con un matrimonio que era insostenible. Ya había ocurrido una de las peores cosas que se puedan imaginar, y ella era incapaz de saber hasta dónde podrían llegar los maltratos de Hilton. En un momento de rabia violenta durante la luna de miel, Hilton le había propinado un puntapié en el estómago y le había provocado un aborto.

En 1999, ella recordaba así su horror. «Pensé: "No es para esto para lo que vine al mundo. Dios no me puso aquí para que alguien matase a mi bebé en el estómago". Mis dolores eran terribles. Incluso pude ver al bebé en el váter.» Hasta ese horroroso momento ella no había sabido que se encontraba embarazada.

Una amiga de Elizabeth recordaba lo diferente que estaba ahora. Por teléfono era inusualmente parca y actuaba como si le hubieran «pinchado» la línea. Cuando se encontraron para comer, la actriz se presentó con una vestimenta para nada adecuada al caluroso día californiano. «Llevaba una blusa blanca abotonada hasta el cuello y con las mangas largas hasta las muñecas —recordaba la amiga—. La tela de las mangas era bastante delgada, lo que me permitió ver marcas a lo largo de sus brazos.»

A principios de diciembre, siete meses después de la boda, Elizabeth decidió poner fin a su matrimonio. Fue la primera decisión importante que tomó sola. Pero cuanto más lo alejaba de ella, más se empeñaba Hilton en estar a su lado. Aparecía sin anunciarse en casas de amigos en las que Elizabeth había buscado refugio. Le enviaba rosas y le rogaba que volviera.

La gota que colmó el vaso cayó mientras ella estaba con Hilton y sus padres en la casa de su tío Howard en Connecticut, cuando todavía estaban casados, pero ya no vivían juntos. Elizabeth estaba consternada ante la idea de un divorcio, sobre todo, porque aún no hacía un año del casamiento, aunque era consciente de que no habría reconciliación posible. Estaba sentada en el salón de la casa, sola con Hilton, quien le rogaba que volviese con él. Ella se mantuvo firme y le dijo que no, pero que esperaba que seguirían siendo amigos. Hilton entró en la alacena, encontró una botella de gin Gordon's y se la llevó a los labios. Se bebió todo

el contenido de una vez, a grandes tragos, mientras hacía arcadas y escupía. Luego se arrojó contra las puertas batientes que separaban la alacena del salón, donde se desmoronó sobre el ángulo de una mesa-consola y se lastimó la espalda. Estaba tirado el en suelo, con la sangre corriendo por la espalda de su camisa, y Elizabeth sintió la necesidad de atenderlo. Le puso un cojín debajo de la cabeza y luego le ayudó a sentarse en una silla.

—Tienes que subir y acostarte —le dijo—. Te matarás si sigues haciendo cosas como esta.

Y fue entonces cuando él volvió a darle una patada en el estómago. Ella gritó mientras caía hacia atrás. Sara bajó corriendo y comenzó a gritarle a Hilton, quien a su vez la cubrió de improperios. Aquello era demasiado. Elizabeth se levantó, echó el brazo hacia atrás y le golpeó la cara con tanta fuerza que la sangre comenzó a deslizarse por su mejilla. Él quiso atacar a Sara pero esta, junto con Elizabeth y la cocinera, lucharon con él y lo dejaron fuera de combate antes de que se desmayara. Aquello lo decidió todo y él lo sabía.

Elizabeth no reclamó pensión. Lo único que quería era recuperar su libertad, que, como estaba aprendiendo duramente, no tenía precio. El 14 de diciembre de 1950 el departamento legal de MGM emitió una declaración en nombre de Elizabeth. «Siento mucho que Nick y yo hayamos llegado a la decisión de separar nuestros caminos. Los dos lo lamentamos mucho, pero después de conversarlo largamente nos damos cuenta de que no existe posibilidad de reconciliación.»

El divorcio se concedió el 29 de enero de 1951. El matrimonio había durado ocho meses. Había sido una pesadilla que comenzó sesenta y ocho días después de su décimoctavo cumpleaños y finalizó veintinueve días antes de que Elizabeth cumpliera diecinueve años. «Cuando me casé con Nick, me caí de mi nube dorada y me di un porrazo», dijo.

Sin embargo, seguía siendo una romántica incurable. Su película favorita, *Make Way for Tomorrow* (1937) trata de una pareja de edad avanzada que después de perder su casa desean seguir estando juntos, pero no pueden porque ninguno de sus hijos

quiere acogerlos a los dos. Elizabeth quería permanecer casada con un hombre por el resto de su vida, y jamás renunció a ese sueño.

Hilton murió en 1969 a causa de un infarto cuando solo tenía cuarenta y dos años. Cuando su segunda esposa pidió el divorcio de él, lo acusó de «repetidos actos y amenazas de violencia física».

* * *

Después del divorcio, Elizabeth se quedó sin casa y vivía consumida por la ansiedad. No quería volver a vivir con sus padres, y no solo porque se preocupara por la opinión pública de que corría de vuelta a casa de mamá, sino porque había probado la libertad y no quería renunciar a ella por causa de una sola, aunque gran, equivocación. Su agente, Jules Goldstone, le sugirió que buscara una «secretaria-compañera» y la puso en contacto con Peggy Rutledge, una mujer que antes había trabajado para Dolores, la esposa de Bob Hope. Se conocieron en la oficina de Goldstone.

—Le pregunté a Elizabeth de qué íbamos a hablar —recordaba Goldstone—. Me respondió que no tenía la menor idea. Luego, de repente, me preguntó si yo podía hacer café, y resultó que ninguno de nosotros sabía cocinar. Por fin yo dije: «Bueno, intentemos compartir un piso. Si yo no les gusto, me iré. Y si vosotras no me gustáis a mí, también me iré».

En marzo de 1951 los tres se mudaron a un piso amueblado de cinco habitaciones en Wilshire Boulevard. Hacía solo un mes y medio de su divorcio de Hilton y Elizabeth estaba libre del control sofocante de su madre y de la violencia de su marido. Pero el trauma de esta violencia trajo consigo un caso grave de colitis y sus médicos le ordenaron que solo comiera alimentos para bebés.

En ese momento Elizabeth necesitaba un oído amigo y lo encontró en Stanley Donen, el director de su nueva película *Nunca el amor fue tan bello*. Pero el estudio no estaba contento y tampoco lo estaba su madre. Donen era judío y por lo tanto, en opinión de Sara, era tabú. Además, aunque estaba separado de su esposa,

seguía casado. Sara le dejó muy claro a Elizabeth que Donen, el aclamado director y coreógrafo de *Un día en Nueva York* y de *Cantando bajo la lluvia*, no era adecuado como segundo marido. Como es natural, esto hizo que Elizabeth quisiera estar con él aún más. Lo llevó a que conociera a sus padres en la casa de estos en Berverly Hills y Sara no le permitió entrar. Esta vez el estudio decidió dejar que el romance se apagase solo. Donen hacía que Elizabeth trabajara y si ellos necesitaban intervenir ya lo harían. «Muchos de nosotros pensábamos que Donen era un tío estupendo, pero no para Elizabeth», dijo un ejecutivo del estudio, manifestando así su propio antisemitismo.

Al finalizar el rodaje, Elizabeth y Donen permanecieron peligrosamente cercanos el uno del otro. El estudio decidió que había que proteger a Elizabeth de sí misma —sin importar los sentimientos de ella— y jugar la carta que se habían estado guardando. «Acordamos que la mejor manera de separarlos era enviarla al extranjero para rodar una película —dijo un ejecutivo —. Le dimos el personaje de Rebecca en *Ivanhoe* y ese mes de junio viajó a Londres.»

Antes de irse se regodeó en su recién adquirida independencia en Nueva York al alquilar una elegante *suite* en el hotel Plaza, propiedad de su exsuegro, Conrad Hilton. Se pasaba horas al teléfono actualizando su antiguo flirteo con el altísimo Michael Wilding (1,85 metros y ojos muy azules), que se encontraba filmando en Londres. El plan de Elizabeth era permanecer en Nueva York cinco días, pero cuando la llevaron a la elegante *suite* y le dijeron que era por cortesía de la casa, decidió quedarse seis semanas. Se pasó ese tiempo saliendo con amigos, entre ellos Montgomery Clift, que vivía en Nueva York, y Roddy McDowall. Cuando le pasaron la factura, que ascendía a 2.500 dólares (el equivalente hoy a 27.000) se quedó pasmada; resultó que la cortesía de la casa solo era por la primera semana. Llamó a Monty sintiéndose ultrajada.

McDowall y Monty acudieron para ayudarle a hacer el equipaje con el fin de que se instalase en un hotel más económico. Pidieron una jarra de martinis y echaron flores por toda la

habitación, tallos y pétalos por doquier. Monty recorrió la habitación descolgando todos los cuadros y robando las toallas. Cuando Elizabeth desembaló sus cosas, encontró en las maletas una boquilla de ducha y alfombrillas de baño.

Al día siguiente, Elizabeth sintió remordimientos y llamó al Plaza para hablar con la encargada de las habitaciones del sexto piso y disculparse. Llena de culpa, envió flores y perfume a las camareras del hotel.

Durante este breve período también descubrió que, incomprensiblemente, el FBI la estaba investigando. Había recibido una llamada telefónica en la que alguien la amenazaba con hacer estallar una bomba en su habitación del hotel. En una ocasión, el FBI había entrado en su *suite* y la había desmantelado buscando algún dispositivo. Le dijeron que si la persona que la amenazaba volvía a llamarla, alguien debía usar el otro teléfono de la habitación para contactar con el agente que estaba en la centralita del FBI. Ella debía hacer que el sospechoso continuara hablando para que pudieran localizarlo. Cuando entró la llamada, Monty estaba en el salón y corrió al dormitorio para llamar a las autoridades. Elizabeth tuvo al hombre en el teléfono unos veinte minutos, durante los cuales él le describió, en términos en extremo desagradables, lo que pensaba hacer con ella y cómo pensaba asesinarla. Finalmente, la policía localizó al sujeto y lo enviaron al hospital Bellevue para someterlo a un examen psiquiátrico que dio como resultado una esquizofrenia.

Tiempo después, durante una pausa en el rodaje de *Ivanhoe* y mientras volaba desde Londres al sur de Francia en un avión con capacidad para ocho pasajeros, experimentó la extraña sensación de que alguien detrás de ella la miraba intensamente. Durante los días siguientes vio al mismo hombre dondequiera que fuese. En un momento dado, él incluso quiso regalarle una botella de champán. El hombre entregó una nota a su compañera de viaje: «Querida señorita Taylor, está claro que usted no me recuerda. Soy el hombre al que usted arrojó a la cárcel durante seis meses e hizo deportar de Estados Unidos de América. Creo que usted me debe algo y yo trato de cobrárselo». Fue entonces cuando recordó al

hombre al que pillaron trepando por la pared de su casa de Beverly Hills. En la habitación del motel en el que se alojaba el hombre, la policía descubrió gráficos con fechas y horas que indicaban con quién había estado Elizabeth y dónde había ido. Fue encarcelado durante varios meses y luego lo enviaron de vuelta a Inglaterra. Pero él había logrado dar con ella durante sus vacaciones. Elizabeth no volvió a saber nada de él, aunque jamás olvidó sus amenazas.

Este incidente ocupa varias páginas en el expediente de 154 páginas del FBI sobre Elizabeth. Ese expediente está lleno de amenazas, incluso notas de gente que le pide dinero, otros que juran que la van a matar y muchos que la llaman «puta». Una de estas notas está fechada en 1949, cuando Elizabeth tenía diecisiete años, y le dice que está actuando como «la chica que ronda por los bares y deja que los hombres hagan con ella lo que quieran». A lo largo de los años la policía detuvo a varios hombres que la acosaban. En un momento determinado, cuando era una adolescente, la policía ofreció protección a Elizabeth y aconsejó a sus padres que llevaran una pistola en la guantera del coche.

Ella era consciente de ser una mercancía capaz de enriquecer a una cantidad de personas: agentes, productores, ejecutivos del estudio, pero al mismo tiempo vivía con el terror de saber que eso mismo la convertía en objeto de violencia. Jorjett Strumme dijo que Elizabeth le había hablado de un hombre que le había escrito para decirle que la iba a desmembrar como a la «Dalia Negra», una aspirante a actriz que había sido brutalmente asesinada.[1] La fama conlleva un alto precio.

* * *

Después de su divorcio de Hilton, Howard Hughes vio su oportunidad de convencer a Elizabeth de que se enamorase de él. Esta vez trazó un plan muy elaborado: sabía que ella estaba en una casa de Palm Springs mientras trataba de remontar después de su

divorcio. Cuando estaba tomando el sol en la piscina con algunos amigos, Elizabeth se puso una toalla mojada sobre el bañador para estar más fresca. De repente oyó el fuerte zumbido de un helicóptero que aterrizó con violencia en el jardín haciendo volar las hojas de los árboles. Hughes salió de la máquina y se dirigió hacia donde estaba echada Elizabeth.

—Ven —le dijo—. Ponte la ropa. Vamos a casarnos.

Ella lo miró con ojos entrecerrados por el sol.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Él metió la mano el el bolsillo de su chaqueta, sacó un puñado de diamantes sueltos y los dejó caer sobre Elizabeth. Ella lanzó una carcajada y sacudió la toalla desparramando los diamantes por todas partes. Algunos cayeron en la piscina. Elizabeth entró en la casa y dijo a sus amigos: «Este hombre está loco». Atrás quedó Hughes, de rodillas sobre el césped, recogiendo los diamantes del suelo y de la piscina.

Pero el hombre no se dio por vencido. No mucho después de aquello, telegrafió a Sara una propuesta: si era capaz de convencer a Elizabeth de que se casara con él, le daría un talón por un millón de dólares. «También la cifra que prefiera puede ponerla usted», le propuso. Según cuenta Sara, la propuesta enfureció tanto a ella como a Elizabeth y su telegrama de respuesta fue absolutamente claro: «Señor Hughes, mi hija *no está en venta* por ningún precio».

(Años más tarde, en la década de 1960, Elizabeth viajaba con un fotógrafo italiano llamado Gianni Bozzacchi, mientras estaba casada con Burton. Bozzacchi recordaba algo muy raro: cada vez que llegaba a su habitación de hotel, Elizabeth se encontraba con tres docenas de rosas rojas que la estaban esperando. Ella dio por sentado que provenían de Richard y le sorprendió mucho saber que, en realidad, las enviaba Hughes. Tantos años después, cuando Elizabeth y Richard eran una de las parejas más famosas del mundo, Hughes seguía encaprichado de ella.)

En una ocasión, el abogado de Hughes, Greg Bautzer, llamó a Elizabeth y le preguntó si estaría de acuerdo en casarse con Hughes y ella largó una carcajada. Bautzer dijo que Hughes estaba enamorado de ella e hizo hincapié en su seriedad. ¿Qué tenía que

hacer para demostrárselo?

—No diré ni sí ni no— respondió Elizabeth —. Dígale a Howard que si sus intenciones son serias, me envíe dos millones de dólares en efectivo.

Dos horas más tarde llamaron a la puerta de la *suite* de Elizabeth en el hotel. Cuando abrió la puerta se encontró con un hombre que llevaba dos pesadas cajas abarrotadas de billetes. Ella cogió el teléfono y llamó a Bautzer.

—Por favor, dé las gracias a Howard en mi nombre y dígale que me siento halagada. Pero me temo que el dinero no me mantendrá abrigada por la noche.

Podría haberse enfadado con Hughes, pero ella jamás perdía una oportunidad de mostrar a los hombres de su vida los incansables esfuerzos de Hughes. El séptimo marido de Elizabeth, John Warner, dijo que a esta le encantaba hablar una y otra vez sobre la obsesión de Hughes por ella. Después de su divorcio solía bromear con Warner y decirle: «Howard Hughes me ofreció dos millones de dólares para que me casara con él y a ti no pude sacarte ni un dólar».

Capítulo 5

Amor y matrimonios

> Él todavía no sabía que yo era una rareza, algo así como un espectáculo en segundo plano.
>
> ELIZABETH

Soltera y con un expediente en el FBI, Elizabeth todavía estaba débil debido a su dieta de verduras trituradas para tratar la colitis ulcerosa que le había sobrevenido tras su matrimonio con Hilton cuando volvió a encontrarse con el apuesto actor británico Michael Wilding mientras trabajaba en Londres. A ella le gustaba Wilding desde los dieciséis años.

—Al verle decidí abandonar mi comida para bebés — dijo—. Comencé a comer todo lo que me gustaba y en cuestión de un mes se acabaron mis problemas de salud.

Wilding la invitó a cenar y se les unió Peggy Rutledge. A él le preocupaba que Elizabeth fuera tan joven, pero, según la describe, ella era «una ardiente masa de artimañas femeninas», y muy poco después de aquella cena la actriz logró convencerle de que formaban una pareja perfecta.

Le contó a su padre cuán amable había sido Wilding con ella durante el rodaje de *Ivanhoe* y la cantidad de cosas que tenían en común, «exactamente como tú y mamá». Consideraba a Wilding, veinte años mayor que ella, una isla de seguridad, un «oasis».

Una noche, mientras cenaban en Los Ángeles, él la miró y le dijo: «Querida, tendrías que llevar zafiros para que hagan juego con tus ojos». A la mañana siguiente, ella lo llevó a ver diferentes anillos de compromiso con zafiros que ya había localizado. Cuando

le mostró la joya a su madre, ambas se abrazaron y lloraron. A los veinte años de edad, Elizabeth ya había vivido toda una vida y no quería dejar pasar a Wilding.

Pero albergaba el temor secreto de que su sueño de un matrimonio feliz y una casa llena de niños fuera imposible. En Nueva York había consultado a un médico que le dijo que podría tener hijos, pero que quizá tuviese tendencia a abortar antes de dar a luz una criatura sana.

—No tienes que casarte conmigo —le dijo a Wilding—. No puedo tener hijos. Me lo ha dicho el médico.

—No importa —le contestó él—, yo te quiero y voy a casarme contigo.

Se casaron el 21 de febrero de 1952, en una ceremonia que duró diez minutos, en la oficina del Registro Civil de Caxton Hall, Londres. También en esta ocasión su traje de boda fue diseñado por Helen Rose, solo que este fue muy diferente del vestido blanco tradicional y elaborado que había llevado en su primer enlace. Esta vez fue un traje de lana gris con puños de organdí blanco. Esta boda casi privada fue la señal de que Elizabeth encaraba este matrimonio de forma diferente. Pero, aunque ella intentó que fuese un acontecimiento privado, dondequiera que fuese nada ni siquiera se acercaba a lo normal. Fuera de la oficina se reunieron unas tres mil personas a esperar que saliera la nueva pareja. Cuando lo hicieron, una admiradora emocionada le quitó el sombrero de la cabeza. Elizabeth tuvo que ser alzada por encima de la multitud y llevada en volandas hasta la limusina que iba a dejarla en el Claridge para una pequeña fiesta privada a la que se invitó solamente a catorce personas. Pasaron una corta luna de miel en Suiza antes de regresar al trabajo.

Elizabeth acudía a Wilding en busca de apoyo emocional y terminó encontrándose indefensa sin él. Una vez, en una fiesta, al salir del tocador, se topó con Humphrey Bogart y le preguntó a él lo que preguntaba siempre que no estaba con Wilding: «¿Dónde está Michael?». Bogart la miró con enfado: se trataba de Elizabeth Taylor.

—Déjame que te diga una cosa, nena. Es muy estúpido que

vayas detrás de tu marido por todas partes. Deberías tener seguridad en ti misma. Ser algo tú misma. Deja de ser una sombra.

De vuelta en Los Ángeles, ella y Wilding compraron una casa de campo de dos dormitorios que les costó 75.000 dólares (actualmente 800.000) en lo alto de una montaña. Para su gran alivio, Elizabeth quedó embarazada enseguida (demostrando así que el médico estaba equivocado) y siguió trabajando hasta el quinto mes, haciendo todo lo que pudo para esconder su estado al director y a los productores de su nueva película, *La chica que lo tenía todo*, porque sabía que la penalizarían. «Aquello me enfadaba, creo que incluso cuando era niña ya existía en mí un cierto feminismo. Me enfadaba que me dijesen que debía representar una determinada escena si a mí aquella escena no me gustaba (...) Y si eras lo suficientemente femenina para quedar embarazada, te suspendían inmediatamente. Y aquello me ponía muy mal (...) ¿Por qué si una mujer quedaba en estado tenían que penalizarla?»

En cuanto terminó de filmar, en 1952, anunció su embarazo. Como había anticipado, la suspendieron. Wilding era un exitoso actor protagonista en Inglaterra, pero al mudarse a California firmó contrato con MGM y ahora le resultaba difícil encontrar trabajo.

Elizabeth estaba muy presionada para conseguir dinero y se enfrentaba a extraordinarias muestras de sexismo. «Recuerdo una vez cuando tuve que arrodillarme ante un ejecutivo de MGM a quien no nombraré. Me había casado con Michael Wilding y estaba embarazada, y me suspendieron. Habíamos comprado una casa y necesitábamos desesperadamente diez mil dólares, o íbamos a perderla. Le rogué que me prestase diez mil dólares. Aquello parecía el final de mi mundo.»

El hombre le dijo: «No has planificado muy bien las cosas, ¿verdad?».

Elizabeth contestó: «Siento de veras estar haciendo un bebé en vez de hacer una película. Lo único que pido es un préstamo».

El ejecutivo sacó su cartera, que estaba a reventar de billetes de cien. «Lo sostuvo delante de mí para humillarme —recordaba Elizabeth—. Me dijo de todo y me recordó que para él yo solo era una más del rebaño. Conseguí el dinero únicamente

comprometiéndome a hacer una gira agotadora —pese a estar embarazada— para promover una película. En ese sitio y en ese momento me juré a mí misma que jamás volvería a pedirle nada a nadie.»

Dentro del matrimonio ella era la que llevaba la mayor parte del dinero y, sin embargo, Wilding se comportaba como una figura paternal en su vida. «No me trates como a un bebé. ¡Soy tu mujer!», le gritó una vez. Ambos se sentían incómodos con la dinámica de poder y su diferencia de edad de veinte años se iba convirtiendo cada vez más en un problema. Ella ya tenía a MGM como figura paterna sustituta y no necesitaba a nadie más. «Después de un tiempo, no teníamos más tema de conversación que lo que había pasado en el estudio ese día», comentó.

Pero dejó a un lado su frustración y su enfado y se centró en su embarazo. «Cuando estaba embarazada estaba absolutamente idiotizada de orgullo. Pensaba que yo era la única mujer en el mundo que había concebido un hijo y lo llevaba dentro (...) Y nunca me sentí tan guapa como entonces.» Michael Howard Wilding nació el 6 de enero de 1953 por cesárea en el hospital de Santa Mónica. La siempre presente Sara dijo que Elizabeth había «nacido para ser madre», pese a lo cual no siempre aprobaba la forma en que criaba a sus hijos. Quedó horrorizada una vez que vio al perro lamer la manita de Michael. «¿Por qué te pones así, mamá? —dijo Elizabeth, haciéndose valer—. Tú sabes que la saliva de los perros es lo más puro del mundo. Es un desinfectante. Es la forma que tiene la naturaleza de cuidar de los animales y sus crías.»

Elizabeth necesitaba volver al trabajo. Mientras hacían fotos publicitarias para la olvidable película de 1954 *La senda de los elefantes*, Elizabeth y las otras estrellas, entre ellas el actor Peter Finch, estaban sentados en un *jeep* y una máquina de hacer viento soplaba sobre ellos. Mientras el viento alborotaba su cabello, Elizabeth sintió algo en el ojo derecho. Cada vez que parpadeaba sentía un raspón doloroso. Cuando fue a ver al médico, este le dijo que tenía un «objeto extraño» en el ojo. Tratando de quitarle importancia al asunto, ella preguntó: «¿Alguien que yo conozca?».

Disfrutaba contando detalles médicos escabrosos, por lo que la cirugía ocular fue algo que compartió con sus amistades durante el resto de su vida. «No pueden anestesiarte por completo porque tienes que mantener el ojo abierto y mirar un punto en concreto de la pared. Tienen una aguja que en la punta lleva un minúsculo escalpelo y es posible oír cómo te cortan el ojo. Es algo así como comer sandía, pero a menor escala.» El cirujano le vendó el ojo y le advirtió que debía tener mucho cuidado, aunque una vez que estuvo en casa el pequeño Michael le dio un golpe en ese ojo y le hizo tanto daño que tuvieron que operarla de nuevo. Elizabeth realmente temió perder el órgano.

Durante las semanas de recuperación analizó si debía retirarse. Después de *Un lugar en el sol* pensó que le ofrecerían más papeles comprometidos, pero descubrió que la habían encasillado como niña rica y consentida en una cantidad de películas deslucidas. Decidió que quería algo más y que encontraría la forma de lograrlo.

* * *

Ser la actriz más famosa del mundo y también madre exigía un equilibrio que Elizabeth nunca llegó a dominar por completo, por mucho que lo intentase. «Una parte de mí lamenta haberme convertido en un servicio público», dijo. Bastante más tarde, y después de algunas copas, se disculpaba con sus hijos ya adultos por no haber estado con ellos tanto como hubiese querido. Le preocupaban los efectos de su fama, sus muchos matrimonios y su estilo de vida nómada.

Quedó embarazada de su segundo hijo cuando Michael solo tenía dos años. La pareja decidió que necesitaban una casa más grande y encontraron «la casa más preciosa», dijo Elizabeth, que habían visto jamás, en los cañones hollywoodienses, con vistas a Los Ángeles y el océano Pacífico en la distancia. La idea del arquitecto era que los propietarios se sintieran rodeados por la

naturaleza. La casa tenía ventanales desde el suelo hasta el techo en el salón, mirando hacia una piscina a la que habían agregado rocas. Había una pared de corteza vegetal cubierta por orquídeas, musgos y helechos. Sara le dijo a Elizabeth que el arquitecto, que era amigo de la familia, había diseñado la casa inspirándose en ella. Tenía que ser suya.

Christopher Edward Wilding nació el día del cumpleaños de su madre, el 27 de febrero de 1955. La familia, ahora compuesta por cuatro personas, tenía un verdadero zoo de mascotas: un golden retriever, un perrito huérfano y de pelo duro, dos caniches, cuatro gatos, *King Charles* (su amado caballo desde los tiempos de *Fuego de juventud*) y un pato, a quien lo que más le gustaba era estar sobre el hombro de Elizabeth.

A diferencia de la gran mayoría de las mujeres de su generación, a Elizabeth nunca le enseñaron a cocinar ni a limpiar porque no necesitaba aprender esas cosas. Desde sus primeros días de vida tuvo todas las cosas materiales que quiso. Quizá demostrando un fallo en su matrimonio, Wilding solía hablar en público sobre los errores y las excentricidades de su mujer, que parecían ser muchas: «Elizabeth tiene muy poco de ama de casa —decía—. No tiene mucha idea sobre las cosas de la casa. Se olvida de pedir la comida. Llega la hora de comer. "Ay, Dios mío —se queja—. No tenemos nada para comer." Nunca aprendió a cocinar y no tengo motivos para pensar que vaya a aprender ahora.»

Y no realizaba labores domésticas. Creció entre niñeras y personal de limpieza que limpiaba por ella. No importaba que fuera una de las actrices mejor pagadas de la época y quien más dinero aportaba a la familia: su incapacidad para meter su ropa sucia en el canasto comenzó a fastidiar a Wilding. La única característica personal que Elizabeth tuvo durante toda su vida fue su incapacidad, o desinterés, para ser puntual. Tuviera que encontrarse con un jefe de Estado o pronunciar el *sí* cuando se casaba, invariablemente llegaba tarde. «¡Nació sin el sentido del tiempo!», bromeaba Wilding.

Parte de las constantes y extremadas tardanzas de Elizabeth —a menudo llegaba con horas de retraso al plató, a una cena e

incluso a coger un avión— se debían a que pasaba mucho tiempo haciendo de Walter Mitty, es decir, soñando despierta.[1] La necesidad, esto es, el período en que no tuvo ninguna amiga de su propia edad con quien hablar, ni en casa ni en el estudio, le ayudó a desarrollar una rica vida interior. Y más adelante contribuyó a ello la constante exigencia de lucir siempre impecable.

—Hago de Walter Mitty cuando me estoy maquillando —dijo —. Me siento con el pintalabios en la mano y revivo una escena que rodé la semana anterior, deseando haber dicho esto en lugar de aquello.

Si el estudio le pedía que hiciera algo, surgía su faceta rebelde y hacía lo que fuera para no complacerles. Muchas veces, llegar tarde y ponerse enferma eran las únicas cartas que tenía para jugar.

Finalmente, siguió el consejo de Humphrey Bogart y optó por mostrarse más segura ante su marido. Las discusiones comenzaron a menudear. Wilding era un caballero británico, y no el amante autoritario que ella deseaba. Quería alguien fuerte que fuera su igual, y no alguien que le dijera lo que tenía que hacer solo porque tenía autoridad para ello. Había sido maltratada por Hilton, y varios de los hombres con quienes se casó después a veces también se mostraban abusivos y a veces ella devolvía los golpes. Pero Wilding no era de esos hombres.

Ella provocaba peleas que terminaban con los gritos solamente de ella, pero a esto no seguía una sesión de sexo apasionado, y Elizabeth lo añoraba. «No soy tu hija, soy tu mujer», le gritaba. Ahora era más fuerte que cuando acababa de divorciarse de Hilton; ya no necesitaba a Wilding y él no podía soportarlo.

—Conozco pocos matrimonios que sean felices cuando la mujer es una estrella —dijo años más tarde.

Eso no fue óbice para que en 1955 *Confidential*, la revista que se especializaba en cotilleos escandalosos, publicara una historia mientras Elizabeth estaba rodando en otra localidad. El título del artículo rezaba: «Cuando Liz Taylor se marcha, Mike se va de marcha», y se regodeaba con las *strippers* que Michael y un amigo habían llevado a casa una noche. Elizabeth dijo que el artículo no

le molestaba, pero reconoció la necesidad de un control de daños. No mucho después, en 1956, concedió una entrevista excepcional y franca.

«Nosotros no escogemos discutir…, pero sí que peleamos. Decir otra cosa sería mentir descaradamente. Hasta hace un año eso no sucedía, siempre contábamos hasta diez. Pero creo que es sano perder los papeles de vez en cuando. Lo que me pone furiosa de Michael es que dé tan poca importancia a las cosas. Yo tengo un temperamento irlandés y cuando exploto, exploto. Pero cuando estoy gritando en un arrebato irlandés, ahí está él, flemático e impasible. Y termino diciéndole: "¡Tú, tú, tú… inglés!"»

Eddie Fisher, que finalmente se casó con Elizabeth, dijo que ella se sentía frustrada e insatisfecha con Wilding. Para entonces ya había dejado atrás la anticuada expectativa de casarse para acceder al sexo. «Era una mujer que amaba a los hombres tanto como ellos la amaban a ella. Me contó que mientras estaba casada con Wilding tuvo una aventura con Frank Sinatra y se había quedado embarazada de este. Según Elizabeth, quería divorciarse de Wilding y casarse con Sinatra, de manera que lo llamó y le pidió matrimonio, pero él no quiso saber nada (…) El representante de Frank la subió a una limusina e hizo que la llevaran a México (…) donde se sometió a un aborto.»

Es comprensible que Elizabeth jamás perdonara a Sinatra.

* * *

A Chris Wilding le agobiaba la «frenética presencia» de los *paparazzi*, que solían desplazarse como una manada. En cuanto ponían el pie fuera de casa, Elizabeth y sus hijos ya estaban bajo vigilancia. Si abrían una ventana, era posible que un fotógrafo entusiasta estuviera agazapado debajo. «Imagina que te siga constantemente una cantidad de adultos desconocidos cuya misión consiste en documentar cada movimiento que hagas —decía Wilding—. Menudos aguafiestas.»

Cuando tenía unos diez años, Chris Wilding, su hermano Michael y su hermana Liza decidieron ir a patinar a una pequeña pista de hielo que pertenecía a la escuela a la que ellos asistían en Gstaad, Suiza, donde Elizabeth tenía una casa desde los años sesenta (una casa que fue su refugio durante muchos años). Pasaron junto a los fotógrafos de siempre, que habían acampado al final del sendero de entrada a la casa, y cuando comprobaron que uno de ellos había decidido seguirlos se les cayó el corazón a los pies.

«Mientras íbamos hacia la pista de patinaje le pedimos varias veces a este hombre que hiciera el favor de dejarnos en paz, pero no nos hizo ningún caso —recordaba Chris—. Cuando llegamos a la pista, él se posicionó en el banco de madera que había en uno de los extremos, con la cámara en el regazo. Tratamos de ignorar esta presencia no deseada, pero era difícil y la situación se puso tensa. Él solo nos observaba, aunque no hacía ninguna foto. De repente yo resbalé y caí, y el hielo me lastimó la barbilla. Hubo mucha sangre y las inevitables lágrimas. Y de repente el fotógrafo cogió su cámara y comenzó a disparar como un loco. Fue algo increíblemente incómodo y yo estaba rojo de vergüenza y rabia. Que este *voyeur* parásito —¡un desconocido!— hubiera estado esperando pacientemente para aprovecharse de mi momento de mala suerte hizo que me sintiera personalmente traicionado y vulnerado, como si este hombre hubiese quebrantado y violado algún tipo de tabú. Este episodio lo recuerdo después de tantos años porque me afectó personalmente y fue uno de esos ladrillos sueltos que terminan por convertirse en la pared que separa la infancia de la edad adulta.»

Décadas más tarde, el mismo fotógrafo se acercó a Wilding a la entrada de un hotel cerca del rancho Neverland, de Michael Jackson, que fue el sitio en el que su madre se casó con el trabajador de la construcción Larry Fortensky. «Oí una voz muy poco educada que se elevaba por encima del ruido de los obturadores y los flashes: “¡Christopher, Christopher, tengo algo para ti!” Y me puso en las manos un sobre de papel de manila.» De regreso en su hotel, Wilding abrió el sobre y se encontró con una

foto en blanco y negro, de 20 x 25 cm, de él mismo a los diez años, de pie en una pista de hielo, tratando de contener las lágrimas y tratando de detener el profundo corte de la barbilla con unos guantes manchados de sangre. «Es muy curioso que este fotógrafo pensara que ese "regalo" iba a ser un punto de conexión positivo entre él y yo, o que de alguna manera iba a concederle un acceso especial a la ceremonia de la boda.» Lo único que hizo fue reavivar un recuerdo doloroso.

A veces los hijos de Elizabeth volvían a casa con los ojos amoratados y las narices sangrantes por defender a su madre de sus compañeros de clase, que les tomaban el pelo debido al glamur de Elizabeth.

Ella prefería pensar que a los niños no les pasaba nada, aun cuando seguramente estaba al tanto de las presiones que sufrían. No era la madre que quería ser y sabía que algún día sus hijos se darían cuenta de cuán diferente era su vida de la de los demás. Pero mientras fueron niños, ella prefirió la fantasía.

«Para mis hijos, yo no soy Elizabeth Taylor —escribió en 1964 —. No soy sino "Mami". Un día, mientras caminábamos por Puerto Vallarta, Michael me dijo: "Mami, todo el mundo te mira porque eres tan guapa". Pensé que aquello era muy dulce, muy cariñoso. Él lo creía realmente.»

Acto segundo
PASIÓN Y DOLOR
Las décadas de 1950 y 1960

Siempre supe que mis pasiones me dominaban.

ELIZABETH

Capítulo 6

Rock, Jimmy y Monty

> A lo largo de mi vida he pasado mucho tiempo con hombres gais: Montgomery Clift, Jimmy Dean, Rock Hudson, que fueron mis colegas, mis compañeros de trabajo, mis confidentes, mis mejores amigos, pero nunca me importó con quién se acostaban. Eran las personas que yo quería.
>
> ELIZABETH

Angela Lansbury, que interpretó a la hermana de Elizabeth en *Fuego de juventud*, no vio el lado oscuro del control que ejercía el estudio sobre Elizabeth. «Hizo la transición con tanta facilidad porque MGM la apoyó durante todos estos años —dijo—. Emergió de repente y allí estaba... Sencillamente alzó el vuelo, como un precioso pájaro.»

Pero la verdad es que Elizabeth se sentía como una presidiaria. Entre *Un lugar en el sol* y *La última vez que vi París* rodó numerosas películas por debajo de su capacidad interpretativa: *Nunca el amor fue tan bello, Ivanhoe*, en 1952; *La chica que lo tenía todo* en 1953; *Rapsodia, La senda de los elefantes* y *Beau Brummell* en 1954. Ella juzgaba sus películas con honestidad, y sabía cuándo su presencia elevaba un filme y cuándo no.

«Es curioso —recordaba—, pero una película no tan buena como *La última vez que vi París* fue la que me convenció de que quería ser una actriz, en lugar de aburrirme entre aparición y aparición. Esa chica era poco convencional, con relámpagos periódicos de inestabilidad... y no solamente diálogos fáciles.»

En una entrevista no publicada, un periodista le preguntó cómo había influido ser famosa a una edad tan temprana para que

pensara en su carrera de forma diferente a una actriz que alcanza la fama en su veintena. La respuesta fue reveladora. Describió su presencia en *Fuego de juventud* como accidental, aunque tuvo que trabajar duro. Le dolió bastante la serie de malas críticas de esa película, pero eso no la destruyó. «Después de leer críticas que me llamaban "una cara bonita pero nada en el cerebro" o que decían que estaba claro que yo era "incapaz de leer una línea ni puesta de cabeza"», dejó de intentar complacer a todos. Otra excepción fue *Un lugar en el sol*. «Yo estaba escamada y me encantó la posibilidad de actuar. Me gustó mucho que me dieran la oportunidad de quizá convertirme en actriz. Y la acepté, la agarré con los dientes, como hacen los caballos. Y seguí adelante y todo pareció ir bien. Entonces volví a mi casa y me ametrallaron con tanta mierda que cualquiera se hubiera ahogado en ella. Y eso en cierto modo me hundió. Me morí por dentro porque me di cuenta de que era como tratar de caminar en un mar de miel, que no importaba cuándo intentase salir de aquel sueño adolescente de MGM, porque no podía hacerlo. Que iban a mantenerme para siempre en aquella especie de miel movediza, aquella imagen edulcorada de adolescente. No tenía remedio, de modo que me rendí.»

Pero la rendición no duró mucho. Elizabeth tenía ojo para la buena literatura y cuando cayó en sus manos el guion para *Gigante*, de George Stevens, supo que tenía que participar en esa película. «No sé ni cómo ni por qué —dijo—, pero pensé que quizá sería hora de empezar a luchar. Y me temo que esa lucha no ha acabado todavía; en honor a la verdad, aún sigo luchando.»

Viviendo en un perpetuo estado de guerra para conseguir lo que quería, obtuvo el papel de la matriarca Leslie Benedict en esa extensa película que volvió a reunirla con George Stevens, el director de *Un lugar en el sol*. Ella sabía que Stevens quería a Grace Kelly, de modo que tuvo que trabajar mucho para convencerlo de que no se arrepentiría de darle el papel a ella. Sentía hacia Stevens la veneración que suele sentirse hacia un héroe.

Gigante, una saga multigeneracional, estaba basada en el libro superventas de Edna Ferber, cuya acción transcurre a lo largo de tres décadas, entre 1923 y 1953. Cuenta cómo la fuente de ingresos

y, por lo tanto, la fortuna de una familia millonaria de Texas, cambia del ganado al petróleo. Al final de la película, Elizabeth, que entonces tenía veintidós años, representa a una mujer de cincuenta años, madre de Dennis Hopper, de diecinueve. Durante el rodaje en Marfa, Texas, en 1955, entabló gran amistad con Rock Hudson y James Dean, a quien ella llamaba «Jimmy».

La Hacienda Reata, que en su centro tenía una gran casa victoriana, se construyó en aquella pequeña ciudad del oeste de Texas, y en sus horas libres los actores y actrices tenían poco más que hacer que beber en la casa alquilada de alguno de ellos. Elizabeth contó a Rock sus problemas con el estrellato y él le habló de sus relaciones románticas con hombres.

Para Elizabeth, lo mejor que salió de *Gigante* no fue su conmovedora interpretación de una mujer que empuja a su marido a mejorar las condiciones de la hacienda para el personal, mayormente mexicano-estadounidense, sino la amistad que forjó con Rock y Jimmy. Le intrigaba mucho Jimmy, que era tímido y endiabladamente guapo. Y ella y Rock conectaron inmediatamente, y a veces se escabullían juntos del plató, susurrándose como niños en una plaza de juegos.

Rock convivía con el miedo constante de que publicaciones como *Confidential* expusieran públicamente su sexualidad. Su repentino matrimonio con la secretaria de su agente, Phyllis Gates, que dijo que al principio no tenía idea de que Rock fuese gay, fue la única forma de acallar los rumores que podrían haber destruido su lucrativa carrera. Cuando se divorciaron, tres años más tarde, Gates recordaba el poder que ella ejerció sobre Rock durante la audiencia. Fue una escena que se repitió cientos, quizá miles de veces. «Rock llevaba un traje oscuro que contrastaba con la palidez de su cara. Parecía petrificado.» Y, según Gates, tenía «buenos motivos para estarlo (...) En los pocos minutos siguientes yo podía destruir la carrera multimillonaria de Rock con lo que sabía de él» . En lugar de eso, declaró ante el juez que su marido le había pegado dos veces y que una vez intentó estrangularla. Se le concedió el divorcio por «crueldad mental». En aquellos tiempos el maltrato físico no destruía carreras, pero revelar la sexualidad de Rock sí

que podría haberlo hecho.

En una entrevista en 2000, Elizabeth deseaba: «Después de que durante tantos años lo culpasen por un comportamiento que es perfectamente natural, algo con lo que ha nacido, quise decirle: "Eh, todo está bien, mi amor. Así es como Dios te ha hecho, no luches contra eso. Dios te hizo para que amases"».

Rock —de quien Elizabeth decía que muchas veces nadie le tomaba en serio debido a su belleza física, algo que ella conocía muy bien— y ella se escabullían cuando no los necesitaban para beber tequila en Ojinaga, una ciudad muy cerca de la frontera de México con Estados Unidos. Se lo contaban todo y se quedaban charlando hasta la madrugada. Una vez, cuando empezó a caer un granizo del tamaño de bolas de golf, Elizabeth y Rock salieron corriendo a recoger algunos trozos para ponerlos en una bebida nueva: el martini de chocolate. Hielo, vodka, jarabe de Hershey y crema de café kahlúa. Elizabeth lo recordaba como el cóctel más delicioso que había bebido nunca.

Carol Burnett, que era amiga de ambos, dijo que parecían hermanos. «Se adoraban. Él la llamaba Betty. El nombre por el que no quería que nadie la llamase era Liz. Lo odiaba.»

Jimmy y Rock no se llevaban bien, a pesar de que los dos querían mucho a Elizabeth y competían por llamar su atención. Como Monty, Jimmy era un actor del método en tanto que Rock era más instintivo. Según la esposa de Rock, Phyllis, su marido tenía celos de Jimmy incluso antes de que este comenzara a rodar. No le importaba que Jimmy tuviera un personaje menos importante que el suyo. Rock era Jordan «Bick» Benedict hijo, el propietario de la hacienda y la estrella de la película. Jimmy era el ganadero local Jett Rink, que tiene un golpe de suerte al encontrar petróleo. Cuando comenzaron a rodar, Rock se quejó en privado de que Jimmy obtenía todos los primeros planos. Este era un año mayor que Elizabeth, que por entonces tenía veintitrés, y cinco más joven que Rock. El cabello que le cubría la cabeza era denso y del color de la arena, una cara como esculpida y una sonrisa profundamente sensual. Le rodeaba un aire de misterio que lo volvía más guapo aún.

«Por primera vez en toda su carrera, Rock se enfrentaba a una amenaza real por causa de otro actor —escribió Phyllis en sus memorias—, y eso lo perturbaba.»

Jimmy se aferraba a su propio secreto.

* * *

A Jimmy, de veinticuatro años, le gustaba internarse en el desierto, solo en su *jeep,* para cazar liebres. En el plató, se escondía bajo su sombrero Stetson y hablaba con el acento texano que le había enseñado el antiguo astro del rodeo Bob Hinkle. Idolatraba a Monty, lo que hacía que actuar delante de Elizabeth, la gran amiga de Monty, le provocara aún más nervios. Confundía sus diálogos todo el tiempo. Después de varias tomas se giraba, caminaba alejándose de Elizabeth unos treinta metros, se bajaba la cremallera y orinaba ante cientos de personas. Luego volvía a subirse la cremallera, caminaba hasta su posición y rodaba la escena. A su compañero Dennis Hopper le dijo que lo hacía por Elizabeth. «No puedo olvidar que me crie en una granja. Tenía que hacer pis y traté de utilizar eso, pero no funcionaba. Me puse tan nervioso que no podía hablar. Entonces pensé: si soy capaz de mear frente a toda esa gente, podré trabajar con ella.»

Elizabeth quería a Jimmy de una forma diferente y más maternal que a Rock. Sentía que necesitaba cuidarlo, como se sentía con Monty. Una foto íntima muestra a los dos acostados en un sofá durante una pausa en el rodaje, mientras Jimmy lee un ejemplar de la revista *Look* que muestra en la cubierta una foto de Elizabeth con sus dos hijos: «Tengo la casa llena de hombres, pero me parece bien —dice el titular—. Me gustan los chicos y ahora tengo uno para cada brazo.» Jimmy está apretujado en el sofá y Elizabeth, con una camisa blanca totalmente abotonada y pantalones negros, duerme plácidamente acurrucada a su lado.

«Se podía sentir cómo emanaba de él una cierta intensidad. Solía venir a mi casa, a veces por la noche, y nos sentábamos a

charlar y a veces nos daban las tres de la madrugada —relató Elizabeth años más tarde—. Me revelaba cosas que solo le cuentas a un muy buen amigo.» Pero después de aquellas largas charlas volvían a encontrarse en el estudio a la mañana siguiente, a las siete, y él podía pasar al lado de ella como si no supiera quién era. Al principio Elizabeth se ofendía y decía: «Jimmy, Jimmy, ¿te pasa algo?». Luego se dio cuenta de lo que ocurría. Era como si la noche anterior se hubiera expuesto demasiado y necesitara volver a ponerse en guardia.

Lo que le confió a ella fue devastador. Elizabeth contó al periodista Kevin Sessums de qué estaban hablando, pero le hizo prometer que no lo publicaría hasta después de que ella muriese. «Cuando Jimmy tenía once años, murió su madre y su sacerdote comenzó a abusar de él. Creo que esto lo obsesionó para el resto de su vida. En realidad, no lo creo: lo sé. Hemos hablado mucho sobre eso. Mientras rodábamos *Gigante* a veces nos quedábamos despiertos toda la noche y ese fue uno de los secretos que me confesó.» Décadas después, las relaciones de Elizabeth con Monty, Jimmy y Rock le ayudaron a definir el propósito de su vida. Estos hombres fueron sus colegas, sus compañeros de trabajo, sus confidentes y sus mejores amigos.

Para Elizabeth, trabajar con Stevens constituyó un reto profesional enorme. Ella lo consideraba un ídolo, pero al mismo tiempo era difícil trabajar con él. Necesitaba repetir muchas escenas, detenía repentinamente la producción hasta que se le ocurría una solución para algún problema determinado y nunca aceptaba una actuación mediocre. Cuando Stevens terminó de rodar *Un lugar en el sol* se llevó a su casa ciento veintidós mil metros de película, la mayor parte de los cuales terminaron en el suelo de la sala de montaje. Pero en el plató de *Gigante* exigió demasiado de Elizabeth. Ella decía que Stevens era un matón y que se metía unas veces con ella y otras con Jimmy. En una ocasión, Jimmy declaró tres días de huelga por sus desacuerdos con Stevens.

Elizabeth llevaba sus propios problemas al rodaje de *Gigante*. Estaba exhausta tras haber pasado por otra cesárea durante el

nacimiento de su segundo hijo, Christopher, y también le preocupaba el estado de sus relaciones con su marido, Michael Wilding. En el plató percibía una corriente subterránea de anticipación y falta de respeto por sus decisiones interpretativas. Cuando le dijo a Stevens que el vestido que debía llevar en una escena determinada era poco formal y no casaba con su personaje, Stevens explotó delante de todo el equipo.

—¡Lo único que te importa es tu aspecto! Nunca llegarás a ser una buena actriz porque solo te centras en ser glamurosa.

Para demostrarle que tenía razón desde el punto de vista creativo y que nada tenía que ver con su aspecto en la película, cogió una toalla y se quitó todo el maquillaje, y luego se sujetó el cabello en una especie de coleta sujeta con una banda de goma. Hicieron la escena sintiéndose derrotados los dos. A Elizabeth le dolía mucho la espalda en el plató y Stevens pensaba que todo estaba en su cabeza. Tiempo después, ella se casó con Mike Todd y se operó la espalda, y Mike envió a Stevens una tarjeta de Navidad que mostraba la radiografía de la columna de Elizabeth para probar que los dolores eran reales.

El enfrentamiento más grave tuvo lugar en 1955, cuando el personaje de Elizabeth, Leslie Benedict, abandona la casa de su pendenciero marido en Texas y regresa al hogar de su familia en Maryland. Allí es dama de honor en la boda de su hermana y la intensa escena la muestra de pie al lado de la novia y sintiendo la presencia de su marido, que está detrás de ella. Ha ido hasta allí para disculparse y mientras se leen los votos nupciales es como si los dos estuvieran renovando sus propios votos mutuamente. Los personajes no hablan, pero sus miradas transmiten una complicada mezcla de culpa, arrepentimiento y amor.

Ensayaron la escena e hicieron una pausa para comer. Elizabeth se dirigió a su camerino para que planchasen el vestido que llevaba y se sentó junto a su maquillador y su estilista. Desde donde estaba oyó cómo se convocaba a los setenta y cinco extras de vuelta al plató, pero nadie vino a por ella. De manera que se quedó allí, sentada. Por fin salió y fue hasta el plató, donde vio a todos los extras de pie y a Stevens sentado en su silla de director,

abatido. El plató estaba a oscuras.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? —le preguntó Elizabeth.

—¿Quién diablos te crees que eres? —le contestó él, gritando.

—¿Qué?

—Te estamos esperando desde hace más de una hora. ¡Dime quién diablos te crees que eres para tener a esta gente esperando tanto tiempo! —Ella miró al equipo de técnicos y a los extras, que estaban en silencio, y se puso roja.

—No sabía que me estabais esperando —dijo, con el rostro aún rojo—. ¿Por qué no me habéis llamado?

—No me vengas con esas —le espetó Stevens—. ¿Hasta dónde piensas que puedes llegar? ¿Crees que siempre puedes salirte con la tuya? ¿Qué has hecho al volver de comer?

—Bueno —respondió Elizabeth—, me he comido mi almuerzo y después he vuelto, me he retocado el maquillaje, me he hecho planchar el vestido y me he quedado esperando en el camerino.

—Supongo —le dijo él— que crees que tu maquillaje es más importante que los maquillajes de toda esta gente. Supongo que crees que tu vestido es más importante que los vestidos de ellos. Bien, tengo noticias para ti: no lo son.

Elizabeth se sentía avergonzada, pero de la misma forma en que se había sentido cuando se enfrentó a Louis B. Mayer: no iba a permitir que la hicieran de menos.

—No es eso lo que quiero decir. He estado esperando ahí dentro. Y nadie me ha llamado.

Stevens la fulminó con la mirada y Elizabeth se desmoronó. Por las mejillas le cayeron lágrimas calientes.

La persona encargada de llamarla e informarle de que era hora de volver al plató no lo había hecho. Finalmente, Stevens supo que lo que decía Elizabeth era cierto, pero aun así, no se disculpó. Quizá la había puesto en aquel estado emocional como preparación de la escena que estaban a punto de rodar. En ese escena, Elizabeth debía llorar.

No mucho después la actriz volvió a llorar. Esta vez el motivo fue una devastadora pérdida personal.

* * *

Era la noche del 30 de septiembre de 1955 y Stevens, Elizabeth y otros integrantes del elenco estaban visionando escenas descartadas en la sala de proyecciones de Warner Brothers. Sonó el teléfono y Stevens atendió.

—No... ¡Dios mío! —gritó—. ¿Cuándo? ¿Estás seguro?

Colgó el auricular, detuvo la proyección y encendió las luces.

—Acaban de darme la noticia de que Jimmy Dean ha muerto —dijo.

Nadie articuló una sola palabra. No tenía sentido. Hacía cuatro días Jimmy estaba en Marfa preparando sus últimas escenas. Era tan joven, solo contaba veinticuatro años. Elizabeth le había regalado un cachorro de gato siamés como despedida y había sido la última persona con la que él estuvo en el plató antes de marcharse.

Fue ella la primera en hablar:

—No puedo creerlo, George. No puedo creerlo —murmuró. No podía creer que el Porsche 550 Spyder plateado de 1955 de Jimmy hubiera chocado con un coche en una carretera cercana a Paso Robles, en California.

—Yo sí lo creo —respondió Stevens con brusquedad—. Yo lo vi venir. Tal y como conducía, yo lo vi venir.

—No puedo creer que haya sucedido algo tan espantoso —lloraba ella—. A Jimmy. Tan joven y tan lleno de vida.

Cuando Rock se enteró del accidente estaba en su casa en California y rompió a llorar. Cuando su mujer le preguntó por qué estaba tan alterado, él respondió: «Porque yo quería que muriese».

—Pero ¿por qué ibas a desear que alguien muriese? —le preguntó mientras abrazaba el cuerpo tembloroso de Rock.

—Porque lo odio —respondió él—. Estaba celoso porque parecía que me estaba robando la película.

Rock se sintió culpable durante mucho tiempo después de aquella desgracia, como si pensara que, de algún modo, él era el culpable de la muerte de Jimmy.

A la mañana siguiente, Stevens llamó a Elizabeth e insistió en que debía acudir al plató para terminar de rodar una escena. Ella le dijo que tenía los ojos hinchados de llorar toda la noche. Stevens permaneció impasible.

—George no era muy amable con ella —recordaba Rock—. Elizabeth es muy extremada con lo que le gusta y lo que no. Si alguien o algo le gusta, lo ama, y si no le gusta, lo aborrece. Y tiene carácter, tiene mucho carácter, y pierde los papeles ante cualquier injusticia. George la obligó a ir a trabajar después de la muerte de Dean. No había terminado la película, pero ella no podía dejar de llorar.

Sin embargo, cumplió. Estaba acostumbrada a que los directores y los ejecutivos de los estudios le dijesen lo que debía hacer. Pero eso no significaba que no dijera lo que pensaba. «¡Eres un cabrón insensible! —le gritó a Stevens cuando terminaron de rodar y ella se iba a casa—. ¡Espero que te pudras en el infierno!» Durante toda su vida sus emociones iban a influir profundamente sobre su salud física; al día siguiente sufrió dolores de estómago tan fuertes que se desvaneció y fue preciso llevarla al hospital, donde estuvo ingresada dos semanas. Sabía que aún le quedaba trabajo por hacer y su ausencia resultó ser una eficaz manera de castigar a Stevens.

Cuando se estrenó *Gigante* se la publicitó como «una historia de grandes hechos y grandes sentimientos». Fue un éxito comercial y de crítica, y con ella Stevens ganó su segundo Óscar a la mejor dirección. La película trata con habilidad temas como el racismo, la lucha de clases y la desigualdad de género, lo que la situaba a décadas por delante de su época. «James Dean aporta una interpretación asombrosa y hace de su Jett Rink el personaje más memorable de *Gigante*», dijo el *New York Times*.

Dean fue el símbolo del adolescente rebelde post Segunda Guerra Mundial, que fumaba y llevaba chupas de cuero y pantalones tejanos. *Al este del Edén,* basada en la célebre novela de John Steinbeck, fue la única película de Dean estrenada antes de su muerte. Los filmes siguientes, como *Rebelde sin causa* y *Gigante*, lo convirtieron en leyenda. Era tan guapo como Clark Gable y Cary

Grant, pero en versión frágil y melancólica. «Tú eres raro, ¿verdad?», pregunta el personaje de Elizabeth en *Gigante*. Para ella, él siguió siendo para siempre el jovencito al que quería proteger.

Elizabeth recibió la clase de críticas que siempre había deseado..., incluso cuando algunas de ellas llegaron como cumplidos equívocos. «La señorita Taylor, cuyo talento y cuya gama de emociones por lo general parecían limitados, nos entrega una interpretación sorprendentemente inteligente de principio a fin —dijo *Variety*—. Es tierna y obcecada a la vez. Curiosamente, actúa mejor en la segunda mitad de la película, cuando comienza a mostrar algunos cabellos grises, que en las primeras escenas. Al personificar a una mujer en su edad madura, que ha aprendido a adaptarse a una pauta social diferente, es a la vez interesante y hermosa.»

* * *

El matrimonio de Elizabeth con Wilding continuaba deteriorándose. Poco después de haber terminado el rodaje de *Gigante*, ella planificó una cena relajada que esperaba que le ayudara a pensar menos en su vida personal. El 12 de mayo de 1956 llamó a Monty y le rogó que fuese, pero él seguía negándose. Finalmente, ella lo hizo sentir culpable y ganó la partida.

Monty había desafiado al sistema de los estudios, y se negó a firmar un contrato a largo plazo porque sabía que eso haría de él un prisionero, que era lo que había pasado con Elizabeth. En su lugar eligió interpretar papeles insólitos en *Río Rojo*, *La búsqueda, De aquí a la eternidad* y *Yo confieso*. Él y Elizabeth iban y venían de Danville, Kentucky, donde estaban rodando *El árbol de la vida,* un drama sobre la guerra civil que MGM confiaba en que fuera la versión de los años cincuenta de *Lo que el viento se llevó.* La adaptación, de tres horas de duración, de la novela de 1948 de Ross Lockridge Jr. no era de ningún modo tan atractiva como el clásico estadounidense, y Monty se veía deprimido por la película.

Los productores esperaban que el filme transmitiese algo de la magia que hubo entre Elizabeth y Monty en *Un lugar en el sol*, pero el guion no era ni de lejos tan cautivador. Elizabeth dijo que ella creía que el rodaje iba muy bien, aun cuando el estrés por el calor y el encorsetado vestido de época que llevaba, de treinta y cinco kilos de peso, le habían causado un desvanecimiento.

La noche de la cena en casa de Elizabeth había niebla y a Monty le disgustaba conducir hasta la casa de ella en Beverly Hills, pasando Benedict Canyon, en la oscuridad. La estrecha carretera del cañón era traicionera incluso a plena luz del día. Ahí estaban Rock y su mujer Phyllis, lo mismo que el viejo amigo de Monty, Kevin McCarthy. Elizabeth salió de su dormitorio media hora tarde, radiante en un vestido de cóctel de color blanco. Se sentó junto a Monty, en el sofá, y ambos conversaron en susurros. Michael Wilding estaba echado en otro sofá, tratando de que se aliviase el espasmo que sentía en la espalda.

Fue una velada sombría, con vino caliente e invitados reprimidos, aun cuando Elizabeth hacía lo posible para que la conversación fuese ligera y feliz. Monty estaba en uno de sus días de pésimo humor en los que su amiga se preocupaba por él. «Elizabeth y Monty tenían una relación increíble —dijo Eva-Marie Saint, que había sido la compañera de ambos en *El árbol de la vida* —. Siempre pensé que era como la relación madre-hijo.»

Elizabeth comprendía a Monty como nadie. «Él era una persona callada y tímida —recordaba Saint—. Antes de la hora a la que teníamos que rodar nuestra primera escena de amor lo invité a almorzar. Quería que estuviésemos juntos para sentirnos más cómodos. Y bien, fue un almuerzo incómodo porque comimos en silencio y él no dijo ni una sola palabra. Sin embargo, después de eso rodamos la escena romántica y Monty estuvo increíble. Mientras estuviésemos interpretando, él se sentía muy bien.»

En una entrevista reciente dice Saint que cuando rodaron *El árbol de la vida* ella nunca pensó que Monty era abiertamente gay. «Si los actores con los que trabajé sentían que tenían que ocultar su sexualidad, yo no me daba cuenta. No se hablaba de eso.» Y aquel era el problema: era algo que se ocultaba tan profundamente que

no se reconocía, ni siquiera lejos de las cámaras.

Durante la cena, Elizabeth habló de lo hermosos que eran los trajes diseñados para ella para *El árbol de la vida*. Incluso las enaguas estaban confeccionada con materiales de primera. «En lo único que se fijan es en tus tetas, querida», dijo Monty. Después de cenar se disculpó porque tenía que utilizar el lavabo. Monty no había bebido mucho esa noche, pero en el lavabo, un poco después de medianoche, se tomó algunos tranquilizantes. Confiaba en que le ayudarían a dormirse enseguida cuando volviese a su casa. Pero cuando salió del lavabo tenía los ojos vidriosos. Cuando Wilding le preguntó cómo se sentía, Monty respondió: «No muy genial».

Elizabeth pensó que se estaba deprimiendo y le ofreció otra copa. «No estés tan triste —le dijo—. Quiero que todos, y especialmente *tú*, seais felices conmigo.»

«Siempre estoy feliz contigo, Bessie —respondió él mientras trastabillaba junto a ella—. Tendrás que disculparme, cariño —repitió—. Hoy no estoy muy genial, tú ya me entiendes.»

McCarthy también se estaba preparando para marcharse y Monty le preguntó si podía seguirlo por la complicada carretera del cañón hasta llegar a Sunset Boulevard. McCarthy se dio cuenta de que algo no iba bien inmediatamente después de que comenzaron a bajar por la empinada calle. «Él me seguía y venía detrás de mí a gran velocidad y casi pegado a mi parachoques… y aquellas carreteras eran muy traicioneras. Era el tipo de cosas que Monty solía hacer (…) Tuve miedo por él, pero también por mí. Si me daba, lo más probable era que los dos volcáramos en aquella carretera.»

«Lo único que veía frente a mí era lo que me mostraban las luces del coche. Oscuridad a cada lado y las luces largas del coche de Monty que se acercaban cada vez más. Aceleré para distanciarme de él todo lo que pudiera mientras lo vigilaba por el espejo retrovisor. Tomé la primera curva muy rápido y pensé: “Uau… ¡Lo hice!”. La segunda curva era realmente cerrada, como un pasador de cabello, muy peligrosa. Antes de emprenderla, volví a mirar el retrovisor y vi las luces de Monty virando bruscamente de un lado de la carretera al otro. El polvo volaba. Pensé: “Quizá

ha perdido el conocimiento detrás del volante y el coche va por su cuenta".»

Después de la segunda curva cerrada, McCarthy esperó a Monty. «De repente oí el ruido de un choque. Las luces del coche de Monty ya no se veían en el retrovisor, en cambio había una nube de polvo. Di la vuelta y retrocedí alrededor de cien metros o más, hasta donde estaba él.» El coche de Monty se había empotrado contra un poste telefónico. Había una gran oscuridad y se olía el combustible en el aire. McCarthy bajó de su coche y al principio no pudo ver a Monty. Metió medio cuerpo por la ventanilla rota y pudo apagar el motor para que el coche no explotara. El cuerpo de Monty estaba debajo del salpicadero. «Me aterrorizó la idea de que pudiera estar muerto», dijo McCarthy. No se podía abrir la puerta, de modo que volvió a su coche y regresó a la casa de Elizabeth.

Allí, Rock y Phyllis se estaban tomando una copa de brandi con Elizabeth y Wilding. McCarthy llamó al timbre.

Wilding abrió la puerta y McCarthy exclamó: «¡Monty está muerto! ¡Monty está muerto!».

—Ah, vamos, Kevin... —dijo Wilding, oliéndose una broma.

Elizabeth corrió hasta la puerta, lo miró y se dio cuenta de que hablaba en serio.

Volvió con sus invitados.

—¡Es Monty! —gritó—. Ha estrellado el coche al pie de la colina y Kevin no sabe si está vivo o muerto.

Elizabeth, Michael, Rock y Phyllis corrieron hacia sus propios coches, que estaban en la entrada de la casa, y bajaron la colina, donde encontraron el coche de Monty, ahora convertido en un amasijo de metal. McCarthy ya había llamado a una ambulancia y, sin vacilar, Elizabeth intentó abrir la portezuela. Siempre acudía hacia el peligro y la devastación, en vez de alejarse de ellos.

La puerta del conductor estaba atascada, así que abrió la de detrás y reptó hasta el asiento delantero, para sentarse junto a él. «Su rostro, tan guapo hasta unos minutos antes, era una máscara deforme», escribió Phyllis. Elizabeth sostuvo la cabeza de Monty en su regazo, cubriendo de sangre su vestido blanco.

Le acariciaba la cabeza. «Estoy aquí. Estoy contigo, cariño», le murmuraba mientras apartaba de su cara los mechones de cabello negro empapado en sangre. Había astillas de vidrios rotos por todas partes. Él se estremeció en brazos de ella y gimió. Tenía la nariz rota en dos sitios, el pómulo derecho destrozado, la mandíbula partida en cuatro, la cavidad sinusal aplastada, un traumatismo craneal grave, el labio superior totalmente abierto por la mitad y había perdido cuatro dientes.

—Yo lo sostenía como a un bebé y lo acunaba —recordaba Elizabeth—. Abrió los ojos y me vio. Los ojos tenían el color de una rosa roja brillante.

Repentinamente se produjo un destello de luz. De alguna forma, los fotógrafos se habían enterado del accidente.

—¡Quita esa maldita cámara de ahí! —gritó Elizabeth—. ¡Te patearé los huevos! ¡Si cualquiera de vosotros se atreve a hacer una foto de él tal como está, nunca dejaré que os acerquéis a mí! ¡Largo de aquí, cabrones asquerosos!

Desconcertados, los fotógrafos apartaron sus cámaras. No existe ni una sola fotografía de Monty de esa desdichada noche. Elizabeth sabía que para los fotógrafos ella era más valiosa que cualquier foto.

Monty volvía a gemir y Elizabeth bajó la cabeza hasta sus labios sangrantes para poder oírlo.

—¿Qué pasa, cariño mío? ¿Qué pasa, bebé? —le preguntó.

—¿Puedes sacarme los dientes? Mis dientes… están… —Y comenzó a ahogarse. Se señaló la garganta para indicar que algo se le había atascado allí. Elizabeth metió los dedos y logró sacar los dientes. Años más tarde, McCarthy la comparó con una pionera porque actuó sin ninguna vacilación y sin ningún asco.

La ambulancia tardó cuarenta y cinco minutos en llegar y Elizabeth acompañó a Monty al hospital. Más tarde contó que cuando estuvieron allí, la cabeza de él se había hinchado tanto que ya no era posible verle los ojos. A causa del daño de los nervios, en lo sucesivo ya apenas si fue capaz de mover el lado izquierdo de la cara. Solo una vez, cuando Monty estaba en el quirófano, Elizabeth se permitió llorar. No fue solo por el dolor que le causaba ver sufrir

a su amigo y el deterioro que había causado el accidente en su hermoso rostro, sino que también se sintió culpable por haberlo invitado a su casa esa noche. De no haber insistido en que fuera, él estaría bien. El olor de su sangre le causaba náuseas y no podía quitarse de la mente el aspecto de su rostro destrozado. Noche tras noche tuvo pesadillas con esa cara, que parecía «una enorme pelota de fútbol roja» mientras iban hacia el hospital.

El hombre más hermoso de Hollywood ya no se reconocía a sí mismo. En el hospital nadie le ofreció un espejo y él tuvo la prudencia de no pedirlo. Sufrió varias cirugías durante meses, así como fisioterapia.

Los productores de *El árbol de la vida* temían que el metraje que ya estaba filmado de Monty no casara con su nueva imagen. Pero Elizabeth estuvo de su lado, como siempre. Le asustaba mucho que fuera a suicidarse si lo despedían de la película, de manera que amenazó con irse ella si lo echaban. Cínico, Monty creía que la gente iba a ir a ver la película para conocer la nueva cara que le había quedado. Finalmente, el filme se estrenó con él en el reparto y sin que Elizabeth tuviera que romper su contrato para apoyar a su amigo. Algo que habría hecho sin la menor vacilación.

Capítulo 7

Mike Todd: «Él era mi Rey»

El legado que me dejó Mike fue su amor.

ELIZABETH

La primera vez que Elizabeth vio a Mike Todd, él estaba sentado en la cafetería de MGM. «Muy guapo para ser un productor», pensó. Como todo el mundo, ella sabía de él que era un empresario brillante y que hablaba rápido, al que no le sabía mal que la gente le llamase «Todd Todopoderoso». Recordaba haber visto fotografías suyas en la revista *Life*, con un enorme cigarro entre los labios. Mike, más de veinte años mayor que Elizabeth, vivía a lo grande y casaba perfectamente con la personalidad de ella.

Había nacido en Minneapolis en 1909, fecha que, en realidad, puede ser un año o dos posterior a su fecha de nacimiento real. Su nombre original era Avrom Hirsch Goldbogen, y era nieto de un rabino polaco. Había abandonado los estudios estando en el instituto y había hecho fortuna de manera inusual: con una correduría de lotería y apuestas ilegales y la producción de espectáculos de cabaret. A los dieciocho años ya era millonario por sus propios medios y un año más tarde ya estaba en quiebra. Tuvo su gran oportunidad en 1933, durante la Exposición Universal de Chicago, como productor de la «Danza de las Llamas», en la que se veía a una mujer apenas vestida entrando en un edificio que se estaba incendiando. Era una figura controvertida, que quería que los espectáculos de cabaret fueran populares y masivos, y alguien muy temerario con el dinero.

Su pasión, su energía y su amor por la vida igualaban los de

Elizabeth. «La pobreza es un estado de ánimo —solía decir—. Cuando comienzas a pensar con el billetero siempre te preguntas qué no puedes hacer en vez de preguntarte qué puedes hacer, y así nunca vas a estar tranquilo.»

Elizabeth fue a una fiesta con Wilding y terminó sentada a un lado de un diván de piscina con Mike al otro lado, sus espaldas casi tocándose. «Recuerdo que me causó un sentimiento extraño pero abrumador. Era como si me hormigueara la columna vertebral —recordaba Elizabeth—. Más tarde supe que por la espalda de él corría la misma sensación.»

Su matrimonio con Wilding estaba acabado, pero ella y Mike ya tenían una relación sentimental antes de que fuera oficial. Elizabeth y Wilding anunciaron su divorcio el 3 de octubre de 1956. Ella no pidió una pensión, solo 250 dólares para los hijos. Dado que tenían dos hijos en común y mutuo aprecio, ambos serían para siempre parte de la vida del otro.

Al día siguiente de hacerse público su divorcio, Elizabeth recibió una llamada de Mike. Necesitaba que fuese al estudio de MGM. Cuando llegó, él la cogió del brazo y se la llevó por un corredor. Subieron a otra planta con un ascensor y atravesaron otro pasillo, para finalmente entrar en una oficina vacía. Sentados uno frente al otro, él habló con prisas durante media hora.

—Ya veo que has decidido librarte de ese tío —le dijo—. Ahora quiero que entiendas algo. Y escúchame bien, chica. No comiences a mirar a tu alrededor en busca de alguien a quien pegarte. ¡Mira, vas a casarte con un solo tío y ese soy yo!

Le dijo que la amaba y que esa boda era inevitable. Elizabeth se sentía atraída por él, pero pensaba que estaba «loco como una cabra». Cuando ella viajó al rodaje de *El árbol de la vida*, Todd la llamaba todas las noches. A ella le gustaba su fuerza y la forma en que obligaba a la gente, y al mundo, a plegarse a su voluntad…, y eso la incluía a ella.

Como pasaba con todo lo que afectaba su vida, tuvo que hablar con ella para convencerla. Elizabeth comenzó a llevar un diamante de 29,4 quilates tallado en esmeralda que solía llamar «anillo de la amistad» mientras finalizaba los detalles de su

divorcio de Wilding. Era su primera joya importante y llamaba a este diamante «el anillo de patinaje».

Y él había conseguido lo que quería. «Me encanta cuando pierde los nervios y empieza a dominarme —dijo Elizabeth en una entrevista no publicada con Richard Meryman—. Me ponía a ronronear por dentro cuando él ganaba y yo no.»

El 2 de febrero de 1957 Elizabeth se casó con Mike en una ceremonia íntima en el Ayuntamiento de Acapulco. Helen Rose diseñó el vestido para esta tercera boda: un sencillo y elegante traje de cóctel de color hortensia. Eddie Fisher fue testigo por parte de Mike y las damas de honor fueron Debbie Reynolds y la cuñada de Elizabeth, Mara (la esposa de Howard). Su padre hizo una extraña declaración a la prensa: «Deseo para mi hija lo mismo que desean todos los padres: que encuentre la felicidad. Espero que esta vez pueda hacer realidad sus sueños».

* * *

Mike tenía cuarenta y siete años y Elizabeth veinticuatro cuando se casaron. Los más de veinte años de diferencia entre ellos no parecían preocuparles mucho porque Mike Todd era un hombre completamente diferente de Michael Wilding. Elizabeth encontraba irresistible su energía, en especial después de su matrimonio con Wilding, que era un caballero inglés tan correcto que la acababa enfureciendo. Mike le dio la pasión y el drama que ella necesitaba. Cuando un periodista le preguntó si le gustaba pelear, Elizabeth dijo que sí sin un ápice de vergüenza, «porque siempre se termina haciendo el amor».

Mike era el antídoto contra Michael Wilding. Era dominante y sexi, no dulce y cariñoso. Una vez Debbie Reynolds se encontró con Elizabeth y Mike peleando, lo cual para ellos era el preludio del sexo. Debbie quedó asombrada.

—Una noche Elizabeth estaba en mi casa cenando, con Mike Todd, y él salió corriendo, le dio un puñetazo y la derribó de la

silla. Yo casi me desmayo; no había visto nada igual en mi vida, así que le dije que se fuera de mi casa (…) Elizabeth me dijo: «Debbie, solo estamos jugando». Yo le dije: «Bueno, pero eso me ha dolido. Creo que vosotros dos tendríais que ir a algún sitio donde pudierais desfogaros» (…). Ella le devolvió el puñetazo (…) Una vez yo estaba en el sur de Francia con ambos y de repente ella se enfadó por algo y le dio una bofetada —más bien un puñetazo— y entonces corrieron escaleras arriba y se metieron en la cama. U ocurría en la piscina y también lo hacían ahí. Se lo pasaban bien.

A Sara y a Francis les costó comprender que Todd era judío. Sara daba por sentado que era italiano y se quedó de piedra al descubrir que su apellido era Goldbogen. Cuando se conocieron, Mike ya había producido más de veinte musicales, espectáculos de *strip* y revistas de cabaret. Se había arruinado dos veces, se había casado otras dos y tenía un hijo que era dos años mayor que Elizabeth.

La vida con Mike era apasionante. Volaron alrededor del mundo antes de que volar fuese habitual y viajaron para promover la película que fue el gran éxito de Mike, *La vuelta al mundo en 80 días*. A Elizabeth le gustó especialmente ir a Moscú con Mike en 1957, durante la guerra fría, porque ahí podía ser anónima. «Por lo general, la gente me observa y yo no puedo observarla a mi vez, porque entonces eso se convierte en un reto, o en un insulto, o en algo muy especial.» Lo único que ella quería era sentarse y observar a la gente. Y resultó que durante el viaje hubo intriga porque Mike había sido enviado a la URSS por el Departamento de Estado y, según Elizabeth, «estaba claro que andaban siguiéndolo».

Ella siempre sospechó que su nuevo marido trabajaba como espía para el Gobierno de Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial había sido consultor en la rama de Servicios Especiales del Ejército estadounidense. Una tarde, durante la guerra, el FBI lo llamó para pedirle entradas para su espectáculo, para el que ya estaban agotadas, porque les habían dado el soplo de que esa noche irían espías alemanes. Todd convenció a varias personas de que cedieran sus entradas al FBI. Durante el intermedio, los agentes aprehendieron a los espías. Mike siempre le

dijo a Elizabeth que en un par de años podría revelarle por qué habían ido a Moscú. Dondequiera que fuesen, Mike preguntaba a la gente (desde los chóferes a los camareros de los restaurantes y el personal de limpieza del hotel) cómo vivían en su país, cómo iba la economía y a qué políticos apoyaban. Elizabeth contó que Mike hacía largas caminatas con el embajador de Estados Unidos en la URSS, como se la llamaba entonces, porque sabían que en la embajada norteamericana había micrófonos y era peligroso hablar en su interior.

Incluso si no era totalmente cierto, a Mike no le habría importado que Elizabeth creyera que era un espía. Aquello estaba muy de acuerdo con el tipo de persona que él era.

En el curso de una entrevista con el célebre periodista Edward R. Murrow, Elizabeth y Mike se sentaron ante las obras maestras de Monet y Pissarro que tenían en su elegante piso del East Side de Nueva York. Murrow, cigarrillo en mano, le preguntó a ella: «¿Piensa usted seguir haciendo películas o se dedicará a ser ama de casa?». Elizabeth contestó: «A decir verdad, nada me interesa menos que hacer películas. Considero que es mucho más importante ser una buena mujer que una gran actriz».

Pero a Mike le encantaba su trabajo profesional y dijo: «Mira, Ed, esta mujer no es solamente una gran mujer, también es una gran actriz (…) He visto *El árbol de la vida* y, probablemente, esta vaya a ser su última película durante cierto tiempo, y en esto es buena, y no es porque yo haga como los demás maridos. En realidad, es tan buena que hasta parece que exagera. Después de esto será muy difícil conseguir que me zurza los calcetines y me planche las camisas y friegue los platos». Sin embargo, ya habían acordado que ella se quedaría en casa y se centraría en su papel de madre y esposa.

* * *

A Elizabeth la regocijaba que se ocupasen de ella, y Mike

disfrutaba tanto de darle regalos como ella de recibirlos. Para su vigesimoquinto cumpleaños él le compró un abrigo de visón, un Renoir y una muñequera de tenis incrustada de diamantes. Cuando quiso festejar los primeros seis meses de su matrimonio, le llevó a Elizabeth dos abrigos de visón y le dijo que eligiera el que más le gustaba. «¡Los dos!», exclamó ella, encantada.

Cuando estuvieron en París, paseando por la plaza Vendôme, a Elizabeth le llamaron la atención unos pendientes de candelabro en el escaparate de una joyería.

—¡Mike! —dijo—. Ay, Dios, Mike, ¿puedo? ¡Por favor, por favor, por favor! ¡No puedo volver a casa sin ellos! ¿Puedo al menos entrar y mirarlos?

Se los probó y volvió la cabeza de un lado al otro para apreciar el reflejo de la luz en los pendientes.

—Desde luego que puedes quedártelos —dijo él. No eran diamantes auténticos, pero a ella le gustaron tanto como si lo hubieran sido.

«Un par de meses más tarde ya estábamos en Nueva York y quise ponerme los pendientes —recordaba ella—. Estaban en un estuche diferente, aunque no hice mucho caso. Abrí el estuche y allí estaban, relucientes, y me los puse. Pero había algo distinto en el ajuste de las joyas. Y le dije: “Mike, algo les pasa a mis pendientes. No parecen los mismos”. Él sólo rio, y me dijo que había cogido los comprados y había mandado hacer una copia exacta pero con diamantes.»

Los regalos más exquisitos formaban parte de un conjunto de joyas de Cartier: un collar birmano de rubíes y diamantes con sus pendientes y su pulsera, que Mike regaló a su joven esposa mientras estaban de vacaciones en agosto de 1957. Entonces se alojaban en Villa Florentina, en las inmediaciones de Montecarlo. La exquisita exuberancia del momento en que le regala aquellas asombrosas piezas de joyería ha quedado registrada en un vídeo casero de veinte segundos.

—Espera un minuto —le dice Mike mientras nada hasta uno de los laterales de la piscina panorámica del extremo del jardín. Ya le había regalado una tiara antigua de diamantes, que Elizabeth

llevaba en la piscina. Siempre llevaba sus joyas más caras, aunque estuviese en pijama. Ella decía que cuando su marido abría el estuche de Cartier bajo la luz del sol, «era como si el sol y los rubíes se unieran, y este fuego rojo iluminase el sur de Francia».

El vídeo muestra a Mike abrochando cuidadosamente el collar en el cuello de Elizabeth. Ella viste un bañador sin tirantes y tiene la piel bronceada y brillante durante el primer trimestre de su embarazo de su hija Liza. Mueve la cabeza de un lado al otro para exhibir los deslumbrantes pendientes, con una expresión de embeleso en el rostro. Eddie Fisher, el mejor amigo de Mike, también está en la piscina entrecerrando los ojos por el sol y contemplando cómo Elizabeth inunda de afecto a su marido.

Después de ponerse el collar, los pendientes y la pulsera, ella quiso un espejo para ver cómo lucían, pero en la piscina no había espejos. «Tenía que mirarme en el agua y para eso debía aproximarme, así que me metí en la piscina. Le dije: “Ven, Mike. Quítate la ropa y entra”. Y él lo hizo, pero en kilómetros a la redonda no había nadie que nos viese. Nos metimos en la piscina, yo llevando la tiara de diamantes y embarazada.»

Mike le dijo a Murrow que «jamás me había divertido tanto malcriando a alguien y pienso seguir haciéndolo (…) Es demasiado maravilloso».

Pero trataba a Elizabeth como el más grande regalo que habría podido recibir, lo cual complica su historia. Era como si ella fuera el *summum* de los símbolos de estatus y la prueba de que él lo había conseguido. «En cuanto a mí —dijo—, solo ansiaba crecer y casarme con Elizabeth Taylor. Y lo hice.»

Organizó una fiesta en el Madison Square Garden, el lugar más ostentoso para una ocasión de etiqueta, con el fin de celebrar el primer año de su exitosa película *La vuelta al mundo en 80 días*. Acudieron dieciocho mil invitados y millones más vieron la extravagante fiesta por televisión.

El filme había ganado cinco premios Óscar, incluyendo el de Mejor Película, y en el extremo más alejado de la pista se levantaba un Óscar de siete metros y medio hecho con crisantemos *baby* dorados, y en medio había un pastel de cuatro metros de

altura y nueve de ancho. Encima del pastel colgaba una réplica del globo de la película. Había miles de regalos para los asistentes, entre ellos una avioneta Cessna con lecciones de vuelo incluidas y seis motos Vespa. La velada comenzó con un circo que desfiló por la Octava Avenida y luego no pudo volver a entrar en el recinto a causa de la muchedumbre. La revista *Life* describió la escena como «un colosal batiburrillo de gaiteros, bailarines folclóricos, comparsas de Filadelfia, lobos rusos, bueyes, gatos siameses, elefantes, payasos y camiones de bomberos».

Elizabeth fue la anfitriona de la velada y llevó un traje de terciopelo de color rojo oscuro con el collar y los pendientes de rubíes y diamantes que le había regalado Mike. Y como una reina —ella siempre decía que Mike era su rey—, completaba su atuendo con la tiara de diamantes. Su tarea principal consistía en cortar el pastel, cosa que hizo con perfecta elegancia. Al volver a casa, ambos rieron por el caos que habían causado.

—Esta fiesta me ha enseñado una lección— dijo Mike—: dieciocho mil invitados son difíciles de manejar.

Elizabeth había llevado la tiara a los 29os Premios de la Academia de 1957. «¿Acaso no tienen una todas las chicas?», le dijo Mike a Hedda Hopper. Según Helen Rose, Elizabeth guardaba sus joyas, incluyendo la tiara, dentro de una gran bolsa de papel marrón y las llamaba, divertida, «el botín».

En octubre de 1956, cuando aún no tenía veinticinco años, habló seriamente por primera vez de su deseo de retirarse. «Mezclar el matrimonio con una carrera no parece una buena combinación —dijo—. Así que retirarme al máximo de la actividad sería lo más deseable.» Sin embargo, por mucho que le gustara ser la señora de Mike Todd, no pudo resistirse a aceptar el papel de Maggie en la muy esperada versión cinematográfica del éxito teatral de Tennessee Williams *La gata sobre el tejado de zinc*. Cuando terminara de rodarla, su prolongada servidumbre hacia MGM habría finalizado también, pensó, porque Mike había hecho un trato para que aquella fuese su última película. Planeaban retirarse a su propiedad de Westport, Connecticut, y criar allí una familia. Ella estaba pensando en convertirse al judaísmo.

Mike nunca estaba quieto: siempre había algo más que hacer, y Elizabeth lo acompañaba. Durante una travesía en yate por las Bahamas, cuando estaba embarazada, resbaló y cayó sobre la rabadilla mientras caminaba bajo cubierta. «Bajé seis escalones y aterricé sobre mi culo gordo», bromeaba. El golpe agravó el daño que ya sobrellevaba en la espalda. Los dolores eran terribles y tuvo que ingresar en el hospital Columbia-Presbiterian de Nueva York, donde se descubrió que se había aplastado tres discos vertebrales. Le pusieron un soporte dorsal y el feto empujaba desde debajo de las costillas y agregaba presión a la espalda. Los médicos le dijeron que si no se sometía a un aborto era posible que no volviera a caminar, pero ella se negó.

Mike se aseguró de que su estancia en el hospital rivalizara con un alojamiento en el Ritz. «Mi habitación era la típica habitación de hospital —recordaba ella—. De un color como verde vómito claro. Cuando Mike lo vio, salió y me compró un Renoir, un Pissarro y un Monet y los colgó en las paredes.»

Durante dos semanas estuvo en una tienda de oxígeno y se sintió débil todo el tiempo. Cuando los médicos decidieron que el bebé tenía que nacer, ella les pidió por favor que esperasen para que el niño se desarrollara más, pero la situación era muy delicada: tanto Elizabeth como el bebé estaban en peligro. El 6 de agosto de 1957 nació Elizabeth (Liza) Frances Todd por medio de una cesárea, con 2,2 kilos de peso. Los médicos aconsejaron que Elizabeth se hiciera ligar las trompas como método definitivo de control de la natalidad, ya que, dijeron, dar a luz otra criatura podría causarle la muerte. Ella estaba inconsciente cuando Mike autorizó la cirugía y cuando despertó y le dijeron lo que había pasado, dijo: «Ha sido el *shock* más grande de mi vida…, como si me hubieran matado» . Ella quería más hijos y le habían negado el derecho a decidirlo, pero Mike había quedado en una posición difícil.

La pequeña Liza era prematura y tuvo que pasar los primeros dos meses de vida en una incubadora. «Para Mike fue un milagro absoluto. Estaba convencido de que inmediatamente después de su nacimiento, cuando fue a verla y la niña estaba en la incubadora

luchando por su vida…, bueno, es evidente que tuvo algún tipo de espasmo gástrico, porque levantó la manita e hizo una especie de signo. Mike estaba tan convencido, y lo contó a todo el que quiso escucharlo, de que la niña lo había saludado, que lo había mirado directamente a los ojos y lo había reconocido y saludado. Y de ahí en adelante comenzó a decir que era la criatura más brillante y que, sin duda alguna, iba a ser la primera mujer presidente de Estados Unidos y, desde luego, la primera presidenta judía del país.»

* * *

El 22 de marzo de 1958 el mundo de Elizabeth cayó hecho pedazos. Ella y Mike habían estado casados durante trece meses, tenían una hija y habían viajado juntos por todo el globo. Naturalmente, Mike estaba trabajando en otra película. Esta vez su ilusión era *Don Quijote*, con Elizabeth en el papel de Dulcinea, la mujer que el Quijote idealizó. Pablo Picasso ya había hecho un dibujo muy dramático para el filme.

Pero cuarenta y ocho días antes de celebrar su primer aniversario de bodas, Mike falleció. Volaba hacia Nueva York, donde el Friars Club lo había honrado con el título de «*Showman* del Año». Utilizó su pequeño avión, desdichadamente llamado *Lucky Liz* (Liz la afortunada), e iba acompañado por su biógrafo, Art Cohn. Se suponía que Elizabeth iba a acompañarlo, pero tuvo que quedarse en casa con una fiebre de 39,5 grados. Antes de salir para su vuelo nocturno, Mike jugó con Michael y Christopher, y Elizabeth los miraba desde la cama. Su vida estaba tan cerca de la perfección como era posible.

Mike odiaba estar solo y había pedido a varios de sus amigos que lo acompañaran, pero todos, entre ellos los directores Joseph Mankiewicz y Richard Brooks, se negaron. El gran amigo de Mike, el actor Kirk Douglas, dijo que lo acompañaría, aunque con la condición de que hicieran una parada en Independence, Misuri,

para visitar a su ídolo, el expresidente Harry Truman. Pero la esposa de Douglas, Anne, dijo que era mejor que cogiera un vuelo comercial porque había tenido la premonición de que iba a pasar algo malo. En principio, un reportero de Associated Press llamado James Bacon había accedido a ir con Mike, pero luego cambió de idea por el mal tiempo. «Era la peor noche de la que tengo recuerdo en California del Sur: truenos, rayos y una lluvia torrencial. Estaba previsto despegar a las diez de la noche. Mike me llamó sobre las nueve para informarme de que el viaje no se había suspendido, mal tiempo o no. Le dije que yo no iba. "Eres un cabrón —me contestó—. No vienes porque tampoco viene Elizabeth."»

Esta recordaba que los dos habían tenido una sensación extraña esa noche. Durante ese primer año de matrimonio apenas si se habían separado. «Somos demasiado felices. Nunca en toda mi vida había sido tan feliz. Me paraliza el miedo de que pase algo», le dijo él mientras la llenaba de besos. Antes de despegar la llamó desde el aeropuerto de Burbank y dijo que volvería a llamarla desde Tulsa, donde el avión debía repostar. También dijo que pensaba recoger a Jack Benny en Kansas City después de una actuación y llevárselo a Nueva York.

Elizabeth no podía dormir. La lluvia golpeaba contra su ventana y los rayos parecían querer perforar la tierra. Cuando dieron las cuatro de la madrugada y la llamada prometida no llegaba, trató de tranquilizarse pensando que Mike, sin duda, no había querido molestarla. Alrededor de las cinco entró la niñera de la pequeña y le dio una friega con alcohol para que le bajase la fiebre. Por la mente le pasaban pensamientos oscuros. A las seis llamó a su secretario y persona de confianza, Dick Hanley.

—Es muy raro que Mike no me haya llamado —le dijo mientras la lluvia seguía golpeando la ventana—. Desde que nos casamos es la primera vez que no me ha mandado un mensaje por el medio que fuera. ¿Crees que puede haberle pasado algo? ¡Qué noche tan angustiosa!

Hanley le aseguró que, sin duda, todo iba bien y ambos colgaron. Un poco más tarde, un colega de AP que trabajaba en

Albuquerque llamó a James Bacon. Cuando este atendió el teléfono, su amigo respiró ruidosamente y exclamó: «¡Gracias a Dios! ¡Eres tú!». Había caído un avión pequeño y en la lista de pasajeros figuraba James Bacon.

Bacon llamó a Hanley, quien acababa de decirle a Elizabeth que todo iba bien. Hanley llamó al médico de Elizabeth, el doctor Rex Kennamer, y ambos corrieron a la casa de la actriz. Ya eran las ocho y media de la mañana. Fueron juntos hasta su dormitorio y se quedaron en la puerta, sin decir nada. No encontraban las palabras.

Elizabeth lanzó un grito que les heló la sangre:

—¡No!

—Sí —fue lo único que pudieron decir los hombres.

Ella volvió a gritar «¡No!», saltó de la cama y comenzó a correr desesperada por toda la casa en ropa de dormir. Tenía la cara manchada por las lágrimas y se tapaba los oídos como para protegerse de la verdad por el recurso de no escucharla. Si alguien se le acercaba, gritaba. Finalmente, Kennamer pudo llegar junto a ella y le administró un tranquilizante.

El avión de Mike se había estrellado en las montañas Zuni, 145 kilómetros al este de Albuquerque. No hubo sobrevivientes.

Tiempo después, una amiga dijo: «De no haber sido por los niños, Elizabeth se habría suicidado». El amor de su vida había muerto. No era el deslumbrante heredero de una inmensa fortuna, como Hilton, ni un actor sofisticado como Wilding, sino un hombre que había triunfado por sus propios méritos y cuyos fuertes brazos la sostenían. Y ahora estaba sola. Rex Kennamer y su hermano Howard se quedaron con ella. Lo mismo hizo su amigo, el jefe de estilistas de MGM Sydney Guilaroff, a quien Elizabeth conoció de pequeña. Guilaroff recordaba haber estado sentado a su lado mientras ella yacía en la cama. «Cuando dejó de gritar, Elizabeth se encerró en un silencio pétreo. Se quedaba allí sentada horas enteras sin mover un musculo, mirando hacia delante, con aquella hermosa cara despojada de toda expresión; la agonía por la que estaba pasando se veía solo en la inmovilidad de sus rasgos.»

Décadas más tarde Elizabeth le dijo a su guardia de seguridad,

Moshe Alon, que la muerte de Mike la había destruido. «Cuando se estrelló el avión yo me estrellé con él.»

Había muerto tras 414 días de matrimonio. Su amiga Shirley McLaine recordaba haber visitado a Elizabeth pocas horas después de enterarse de la muerte de Mike. «Estaba bebiendo zumo de naranja con vodka y estaba enormemente enfadada con Dios. "¿Cómo se explica? ¿Por qué no estaba yo también en el avión? ¿Por qué no morí yo también? ¿Por qué tuvo que irse?" Y expresaba su rabia hacia Dios.»

Eva Marie Saint, que actuó junto a ella en *El árbol de la vida*, cuenta que recibió una llamada que le dijo que Elizabeth deseaba verlos a ella y a su marido. «Fuimos a su casa y nos encontramos con otros amigos que también habían ido a verla. Finalmente, Elizabeth apareció en mitad de la escalera, pero no pudo enfrentarse a ninguno de nosotros. Se giró y volvió a subir a su habitación. Fue un momento muy triste para todos nosotros.»

Elizabeth había estado rodando la obra maestra de Tenneesse Williams *La gata sobre el tejado de zinc* durante dos semanas antes de la muerte de Mike. Al enterarse de lo sucedido, el director, Richard Brooks, fue a visitarla. La encontró en el dormitorio «en un estado de absoluto nerviosismo y gritando», explicó. Y lo agredió de palabra.

—¡Idiota! —le llamó—. ¡Eres igual que todos los demás! Has venido hasta aquí solo para averiguar cuándo volveré al trabajo, ¿no es verdad? Es por eso que estás aquí, ¿no?

—Es una película— le dijo Brooks—. No es más que una película. No significa nada en comparación con lo que vas a enfrentarte ahora. Si quieres volver al trabajo, pues vuelve. Y si no quieres volver, pues no vuelvas.

Elizabeth solo tenía veintiséis años y estaba sola con tres criaturas pequeñas. Liza tenía seis meses cuando murió su padre. Todo el mundo aconsejó a Elizabeth que no fuera al funeral, que iba a celebrarse en las afueras de Chicago. Le dijeron que su estado era muy frágil, pero ella sabía que tenía que ir. Debbie Reynolds iba a quedarse en Los Ángeles para cuidar de los niños. Howard Hughes puso a su disposición uno de sus grandes aviones de TWA

para que no tuviera que coger un vuelo comercial y soportar las miradas de la gente. Junto a ella viajaron Howard, el doctor Kennamer, Helen Rose, el amigo de Mike Eddie Fisher y Dick Hanley.

En ese frío día de marzo en Zurich, Illinois, veinte mil fans jalonaron la ruta hacia el funeral y miles más esperaban en el Cementerio Judío de Waldheim. El cortejo, formado por seis automóviles, iba escoltado por coches de la policía. Era un espectáculo extraño, la gente bebiendo gaseosas y haciendo pícnics en el cementerio como si se tratara de un parque de atracciones. «Recuerdo ver bolsas vacías de patatas fritas volando por el viento. Y botellas de Coca-Cola vacías. Y niños trepando a las lápidas del cementerio», dijo Elizabeth. La multitud actuaba como si se tratase de un estreno de cine. La actriz estuvo sedada durante todo el funeral, pero incluso así se sintió humillada.

Elizabeth bajó del coche y se cubrió la cara con un guante negro. El doctor Kennamer, Michael Todd Jr. (su hijastro de veintiocho años) y Howard la sostenían físicamente. Como Jackie Kennedy, que iba a llorar la súbita muerte de su marido cinco años más tarde, Elizabeth era glamurosa incluso en su dolor. Llevaba pendientes colgantes de diamantes, un sombrero con velo y un visón negro colgado del brazo. Alrededor de la tumba había una alfombra cubierta de rosas y la gente se lanzaba hacia ella mientras iba desde el coche hasta el féretro de su esposo. A veces algunas personas lograban tocarla, como para convencerse de que era real. «Yo llevaba un abrigo de pieles y ellos arrancaban mechones de esos pelos (…) Me pellizcaban y me agarraban y me tocaban todo al mismo tiempo… como tentáculos con garras.» Cuando Elizabeth vio el féretro, que estaba cubierto por una tienda para preservar su intimidad, lo abrazó y lloró: «Te amo, Mike, te amo».

Mientras se leía la plegaria judía por los muertos, la multitud gritaba «¡Liz, Liz!» cada vez más fuerte. Cuando ella salió de la tienda, el gentío había aumentado y la rodearon, arrancándole el velo de la cara y tratando de tocarle el cabello. Howard la alzó una vez más. «Me puse totalmente histérica a causa del dolor y del hecho de que sentía como si mi cerebro y mi cuerpo estuvieran

siendo desgarrados por aves. Me deshice», recordaba Elizabeth.

Howard gritaba «¡Atrás!» mientras intentaba proteger a su hermana pequeña. Una vez dentro del coche, los fans se subieron al capó tratando de hacer fotos. Algunos aplastaron las caras contra los cristales. Había tanta gente que era imposible mirar por las ventanillas. El coche comenzó a balancearse adelante y atrás, pero el conductor no lo movía por miedo a lastimar a alguien. «¡Por el amor de Dios, mueva este coche!», gritó Elizabeth, incapaz de comenzar su proceso de duelo ante semejante desquicio.

Mike la había hecho sentirse completa, y ahora él se había ido. Ya en su casa de Los Ángeles, puso el pijama de Mike bajo su propia almohada y pidió al servicio que no cambiase las sábanas. Quería que su olor permaneciese con ella tanto como fuera posible.

* * *

Le dijo al hijo de Mike que soñaba con su padre todas las noches. En uno de esos sueños, ella está en el piso de Park Avenue. Mike se acerca a ella y le dice: «Creías que estaba muerto, ¿verdad? Solamente me hacía el muerto hasta que se arreglasen las cosas». Otras noches soñaba que estaba en el avión con él y que sentía cómo ella misma iba cayendo hacia el suelo. En esas noches gritaba tan fuerte que despertaba a toda la casa.

—Todo el tiempo pensaba que mis momentos de vigilia eran, en realidad, un sueño y que despertaría y Mike volvería a mi lado, que únicamente había salido (...) y me embargaba ese sentimiento de pérdida porque nunca habíamos estado separados. Aquella fue, literalmente, la cuarta vez en que se apartó de mí, no importa por cuánto tiempo.

Hasta que conoció a Richard Burton, años más tarde, soñó que Mike seguía vivo cada vez que cerraba los ojos.

Después del golpe que significó la muerte de su marido y los años de sentirse utilizada por sus padres, comenzó a sufrir de insomnio y a tomar medicamentos para dormir, hábito del que

nunca fue capaz de desprenderse. George Hamilton, que tiempo después fue su gran amigo, dijo que Elizabeth tenía «dolor psicoscópico».

—Creo que arrastraba un enorme dolor desde la infancia—dijo Hamilton—. Le dijeron que tenía que dejarlo atrás. Si te lo propones puedes hacerlo. Pero al estar sola por la noche revives aquellos demonios y yo creo que ella deseaba que aquello se acabase. Y no sabía a dónde ir para detenerlo. Había momentos de alivio temporal, aunque creo que aquello siguió persiguiéndola siempre.

Elizabeth vivía la pesadilla de toda madre joven. Una semana después de la muerte de Mike, bajó la escalera circular y encontró a su hijo Michael Wilding mirando por la ventana y canturreando con voz monótona: «¡Mike ha muerto! ¡Mike ha muerto! ¡Mike ha muerto!». Era como una escena de una película de terror.

Peor aun: en 1977, diecinueve años después del accidente aéreo, unos ladrones entraron en el Cementerio Judío Waldheim y desenterraron el cuerpo de Mike. Buscaban un anillo con un diamante que se rumoreaba había sido enterrado con él. Lo único que encontraron fue trozos de ropas quemadas, ceniza y fragmentos de un cinturón de seguridad, todo lo cual volvió a proporcionarle a Elizabeth la pesadilla y el horror de la muerte de su marido.

Pero también había mucha belleza y mucho amor que recordar. De tiempo en tiempo, Elizabeth sacaba el conjunto de rubíes y diamantes de Cartier que le había regalado Mike y lo desplegaba en la cama para admirarlo a la luz del sol. «Cada una de las piezas es, de muchas formas, una herida profunda, y la memoria siempre me trae una puñalada de felicidad y de amor. Y cuando llevo esa pieza después de mucho tiempo de no haberla llevado, o aunque la haya llevado ayer mismo, pienso: Dios mío, cómo lo he amado.»

Capítulo 8

Eddie Fisher: «Él mantuvo vivo a Mike Todd»

> Me temo que es muy vulnerable, una persona realmente débil.
>
> ELIZABETH

Mike Todd representó la seguridad, el amor y la protección puros y sin adulterar. Y todo eso se había desvanecido en un momento horroroso. Elizabeth tendría que encontrar dentro de sí misma todo lo que Mike representaba, pero solo tenía veintiséis años y aún no era lo suficientemente fuerte. Tenía que criar a tres niños y estaba sola.

Los asuntos financieros de Mike siempre habían estado bajo presión y el seguro de vida no cubría su muerte porque incluía una cláusula que descartaba el pago si él moría por accidente en un avión pequeño. Mirando hacia atrás, estaba claro que Elizabeth sufría de estrés postraumático. No podía comer —adelgazó ocho kilos durante las tres semanas siguientes a la muerte de Mike— ni podía mirar televisión, leer o concentrarse en nada, ni siquiera brevemente. El forense había dicho que tuvo que examinar los registros dentales para identificar los cuerpos del avión, y la única posesión de Mike que se salvó del desastre fue su alianza matrimonial, que quedó retorcida por el fuego.

—Voy a llevarla siempre —dijo Elizabeth, desafiante—. Para quitarla de mi mano tendrán que cortármela.

Cuando no podía llevarla en el dedo en alguna película, solía colocarla en su ropa interior, tanta era la necesidad que tenía de sentirse cerca de él.

Viajó hasta la casa de su hermano en La Jolla y se quedó

durante un tiempo con él y su familia. Era una casa bastante más modesta que las viviendas a las que ella estaba acostumbrada y se habituó a dar largos paseos por la playa y a dormir en un saco de dormir durante catorce o quince horas cada noche.

—Cuando murió Mike me sentí tan vacía —dijo—. Fue como si no tuviera hacia dónde volverme. Ya no tenía fe, estaba perdida.

Después de pasado algún tiempo pensó en el misterioso viaje de ambos a Rusia y cómo ahora ya nunca podría saber si él era realmente un espía. Pero tenía preocupaciones reales mucho más acuciantes: sus emociones eran frágiles y su dinero en efectivo, escaso. «Tenía diecisiete mil dólares en el banco para mantenerme yo misma, alquilar una casa, una niñera, una cocinera y una persona de limpieza porque yo tenía que trabajar y me vi obligada a vender muchas cosas valiosas y eso me rompió el corazón. Hizo que pusiera los pies en la tierra y pensara: "Al diablo con todo, voy a salir de esta".» Lo más duro fue separarse del anillo de pedida, el que lucía un diamante de 29,4 quilates de corte esmeralda que le había regalado Mike.

El estudio le dio a Elizabeth apenas dos semanas para que se recuperase —una cantidad de tiempo a todas luces mezquina—, pero el tener que finalizar ese proyecto le dio algo más de lo que preocuparse y, de alguna forma, eso la salvó. Solo se sentía cómoda cuando se convertía en Maggie, la mujer hermosa, calculadora y sexualmente frustrada que representaba en el filme. «No me aguantaba a mí misma y así me podía convertir en otra persona.» Continuaba luchando, a pesar de todo, y se sentaba en su camerino sola y como en trance entre toma y toma. Tenía problemas a la hora de recitar sus líneas y comenzó a tartamudear, algo que nunca había hecho antes y que apareció y desapareció a lo largo de su vida en momentos de estrés, lo cual es un claro signo de trauma.

Pero Elizabeth necesitaba volver a trabajar no solo por el dinero, sino principalmente por su salud mental. Richard Brooks dijo que todo aquel sufrimiento la cambió para siempre. «La ayudó a crecer. La muerte y la angustia eran cosas que había conocido solo en los guiones cinematográficos y que ella trataba de imitar de

otras intérpretes (…) Después de todo era una niña, no le habían pasado muchas cosas de ese calibre en la vida, y he aquí que ahora le ocurría algo, y ella era una profesional y una artista, y sabía que que esto era algo que podía aplicar, y aplicarlo de un modo honorable.»

Burl Ives personificaba a Big Daddy, que controla la propiedad sureña que él describe como «doce mil hectáreas de la tierra más fértil de este lado del valle del Nilo». Está muriendo de cáncer y en plena negación de la sexualidad de su hijo Brick, magníficamente interpretado por Paul Newman. Durante el primer día de Elizabeth en el plató, Brooks decidió que debían rodar la fiesta de cumpleaños de Big Daddy porque era una escena en la que ella hablaba poco. En esa escena, los actores están sentados alrededor de una mesa larga cubierta de comida. Normalmente, la comida habría estado servida horas atrás y cubierta por un aerosol antimoscas para protegerla. Pero Ives y Brooks decidieron servir jamón fresco, pan de masa madre y verduras preparadas para la toma, de manera que Elizabeth se viera forzada a comer comida y no a fingir que la comía. Y comió con apetito por primera vez en muchos días y nunca olvidó esta pequeña amabilidad.

El 18 de abril de 1958, menos de un mes después de la muerte de Mike, Elizabeth escribió una nota para Richard Brooks y en ella tachó «Sra. Todd», elegantemente impreso en el encabezado de su papel de cartas. Aquella ya no era su identidad.

> *Las flores que me enviaste con motivo de mi regreso al estudio son preciosas. Muchas gracias por tu comprensión. Es muy positivo para mí volver a trabajar contigo.*
>
> Muy sinceramente, Elizabeth

Todas las escenas que tuvieran que ver con la inminente muerte de Big Daddy fueron especialmente difíciles de rodar. En una de ellas, Judith Anderson, que hacía de la sufriente esposa de Big Daddy, decía: «Imagino que las cosas nunca resultan como has soñado que resultarían». Elizabeth estuvo a punto de perder los nervios, pero se dominó. Su interpretación fue impresionante; en la

película es una mujer sexualmente insatisfecha que trata de comunicarse con su marido, un hombre alcohólico, torturado y que no ha salido del armario, que vive en el pasado y se niega a comunicarse con ella. La película se estrenó en 1958 y fue un éxito espectacular.

Mike había negociado un trato con MGM por el que *La gata sobre el tejado de zinc* iba a ser la última película de Elizabeth con ese estudio después de casi veinte años. Pero desaparecido Mike, el estudio no tenía intenciones de respetar el trato. Un día, en el plató, uno de los vicepresidentes a quien Elizabeth conocía muy bien le entregó un sobre grande.

—Bueno, querida —le dijo—, aquí está tu próximo proyecto.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, apenas capaz de pronunciar las palabras.

—Según el contrato, te queda una película más por hacer —respondió él.

Según el apretón de manos entre Mike y este hombre, a partir de la finalización de *La gata*... MGM tenía tres años de plazo para decidir en qué papel quería utilizar a Elizabeth antes de terminar su colaboración con ellos. Mientras tanto, ella podía buscar otros proyectos en otros estudios —cosa que hizo cuando rodó *De repente, el último verano* con Columbia Pictures—, pero seguía atada a MGM cuando ya creía estar libre.

—Tú y Mike acordasteis que este sería mi último filme.

El hombre meneó la cabeza: no iba a liberarse tan fácilmente.

Ella trató de recomponerse, pero estaba tan furiosa que las palabras le salieron con dificultad.

—¿Es que no tenéis sentido del honor, cabrones? ¿Un apretón de manos no tiene ninguna validez para vosotros?

—No —contestó el hombre, sin una pizca de vergüenza—, solo vale lo que está en el papel, querida.

Dentro del sobre estaba el guion de *Una mujer marcada*. MGM amenazó con llevarla a juicio si se negaba a rodarla.

Para colmo de males, a Elizabeth no le gustó nada el guion y pensó que el estudio la castigaba al darle el papel de una prostituta de clase alta. Durante el rodaje apenas si dirigió la palabra al

director. «Fue una época muy rara de mi vida porque yo era muy joven y tenía tres hijos y me había tocado asumir todos los papeles: esposo, esposa, padre, madre y proveedor.»

Elizabeth no rehuía las confrontaciones, de manera que fue a hablar con Sol Siegel, jefe de producción de MGM, y le hizo una pregunta cuya triste respuesta ya conocía ella por anticipado:

—¿Esta es la manera de terminar con una relación de diecisiete años?

—Por suerte o por desgracia, señorita Taylor —respondió Siegel—, en este negocio ya hace tiempo que no participan los sentimientos.

* * *

Elizabeth navegaba sin timón. El cantante Eddie Fisher era tan popular en aquella época que la reina Isabel II y el presidente Eisenhower se consideraban sus fans. A él le encantaba que lo siguieran bandadas de chicas jóvenes, le encantaba ganar dinero (unos 7.500 dólares por semana como figura principal del teatro Paramount de Nueva York), quedarse despierto hasta tarde y jugar a juegos de azar. Admiraba a personas como Frank Sinatra y Mike Todd, que vivían de lujo. Mike llamaba a Fisher «mi chico».

Fisher veneraba tanto a Todd que cuando él y Debbie tuvieron un niño tres semanas antes del accidente de avión, le pusieron por nombre el apellido de Mike. Elizabeth y Fisher eran las dos personas que Mike más amaba en el mundo y lo lloraron juntos. Elizabeth fue con Debbie y con Fisher a Las Vegas en junio para el estreno del espectáculo de Eddie en el Tropicana. Fue su primera salida pública después del funeral de su marido. Cuando Fisher cumplió treinta años, en agosto, Elizabeth lo llamó y le dijo que tenía un regalo para él. Era la pinza para billetes que ella le había regalado a Mike y que llevaba grabada la frase que ambos le habían oído decir tantas veces: «La pobreza es un estado de ánimo. Me he arruinado muchas veces, pero nunca he sido pobre».

Cuando ella le dio el regalo, a Fisher le llamó la atención la expresión de su rostro: «Los ojos de Elizabeth… Nunca podré olvidar cómo encendieron mi corazón ese día. Sentí que me necesitaba desde el fondo de mi alma. Y mis sentimientos eran idénticos a los de ella».

Dos semanas más tarde Elizabeth voló a Nueva York, donde Fisher estaba grabando su *show* de televisión para Coca-Cola. Necesitaba que él le recordase a Mike. No hicieron ningún intento real de ocultar su romance. Pasaron el Día del Trabajo en Grossinger, un centro turístico de las Catskills donde él había comenzado su carrera, y que también era el sitio en el que él y Debbie Reynolds se habían casado en 1955. De vuelta en Manhattan, comieron en el elegante restaurante Quo Vadis y bailaron en el club nocturno Blue Angel, que entonces estaba de moda. La revista *Life* publicó fotos de ambos saliendo del club por separado, junto con otra foto en que se los ve reunirse en el asiento trasero de un Cadillac con su amiga Eva Marie Saint. El problema era que Fisher aún estaba casado con la angelical Debbie Reynolds, quien había conquistado al país con sus actuaciones en *Cantando bajo la lluvia* y *El solterón y el amor*. En la pantalla ella siempre aparecía animada, ocurrente y optimista. Lo que es peor, los Fisher y los Todd habían hecho juntos cantidad de viajes. Debbie fue la dama de honor en la boda de Elizabeth y Mike, e incluso lavó el cabello de la novia ese gran día. Y había cuidado de los hijos de Elizabeth para que ella y Fisher pudieran asistir al funeral de Mike.

Inmediatamente, Elizabeth pasó a ser considerada «la prostituta»: había hecho lo impensable en la década de 1950, cuando era presidente el republicano Dwight Eisenhower y la sexualidad de las mujeres era un asunto prohibido. El publicista de Elizabeth, John Springer, dijo que ella le habló de que su relación comenzó porque ella sentía pena por Fisher. Una noche fue a buscarla, devastado por la muerte de Mike. «Y este muchacho, que era como parte de la familia, vino y me dijo que me necesitaba (…) Gracias a Dios que ni Monty ni Rock dijeron nunca que me necesitaban porque probablemente me habría casado con ellos también.»

Pasados muchos años, Carrie, hija de Debbie y Fisher, y Elizabeth se hicieron amigas y Carrie le preguntó a Elizabeth si alguna vez había amado a su padre. Esta respondió: «Mantenía vivo a Mike».

Debbie quedó completamente conmocionada por la traición. «Yo estaba en una fiesta con Eddie Adams y Dean Martin y un montón de amigos y todo el mundo susurraba. Pero luego pararon y así como yo entraba ellos salían. "Ah, caramba, bueno, ¿cómo va todo? ¿Qué has hecho hoy, Debbie?" Y yo pregunté: "¿Por qué susurráis todos? ¿Qué está pasando? Decidme lo que está pasando porque me encantan los cotilleos". Y ellos me contestaban: "No estamos susurrando, nadie está susurrando". »

Cuando regresó a casa llamó al hotel de Fisher, pero no le respondió nadie. Finalmente, decidió llamar a la habitación de Elizabeth y tampoco tuvo respuesta. Entonces llamó a recepción y pidió que la pusieran con la habitación de Eddie, y lo hizo imitando la voz de Dean Martin. «Eddie atendió al instante. Había estado durmiendo. Y entonces oí una vocecilla que preguntaba: "¿Quién es, cariño? ¿Quién llama?". Y le dije: "Eddie, ¿puedes darle el teléfono? Quiero hablar con Elizabeth".»

Debbie salió para el aeropuerto muy temprano a la mañana siguiente porque su marido debía quedarse en Los Ángeles. Volvió a casa sin él. Eddie había decidido alargar su estancia en Nueva York con Elizabeth y no se había molestado en decírselo.

Elizabeth y Eddie lo negaron todo y Debbie permaneció en silencio. Parecía que todo el país apoyaba a un bando y el otro medio al otro. Pero la mayor parte estaba del lado de la esposa engañada. *The Saturday Evening Post* describía el matrimonio de Debbie y Eddie como «La historia de amor más romántica jamás contada» antes de que Elizabeth entrara en ella como una tromba. En la oficina principal de la Biblioteca Pública de Brooklyn, cada fotografía en color de Elizabeth Taylor fue arrancada de todas y cada una de las revistas.

Fueron tantos los periodistas que acamparon en el jardín delantero de la casa de los Fisher que MGM les repartió hamburguesas y helados: quería sacar rédito de aquel drama de la

vida real. Cuando Fisher volvió a Los Ángeles, él y Debbie hicieron algunas apariciones esporádicas para hablar con la prensa mientras en los intervalos se oían discusiones a gritos dentro de la casa. Un reportero creyó haber oído a Debbie exclamar: «Pero vamos a ver, ¿qué pasa contigo?».

De cara al público, en cambio, Debbie optó por echar toda la culpa sobre Elizabeth. Una imagen en la que se veía a la primera con alfileres de seguridad para pañales enganchados a la blusa fue cuidadosamente realzada y apoyada por MGM. Debbie convocó una conferencia de prensa y la mayoría de las emisoras de televisión del país interrumpieron sus programaciones habituales para transmitirla. «Elizabeth me ha robado el marido», declaró, con lágrimas en los ojos. Qué mejor manera de promocionar a la rubia de ojos azules que presentarla como la esposa burlada. Debbie pasó de cobrar 150.000 dólares por película a 250.000.

—Sigo enamorada de mi marido. Espero que esta separación lime las asperezas y podamos volver a estar juntos y ser felices —dijo—. Estoy profundamente afectada por lo que ha sucedido. Nunca habíamos sido tan felices como el año pasado. Mientras estuvo en Nueva York, Eddie me llamaba todos los días.

Dijo que Elizabeth era «una amiga, aunque nunca fue una amiga íntima». Y en otra mordaz aseveración dijo que esta nunca había tenido muchas amigas. Poco sincera, aseguró que «Fisher es una gran persona. No lo culpéis por lo que ha sucedido».

Como adelantando lo que iba a ser la telerrealidad, en un momento dado Fisher salió de la casa y declaró: «Debbie y yo estamos pasando por un malentendido. Los matrimonios suelen tener discusiones y malos entendidos». No mucho después de que él volviese a entrar, Debbie apareció de nuevo en el jardín delantero. «Parece increíble decir que puedes vivir feliz con un hombre, sin darte cuenta de que no te ama.» Volvió a entrar y esta vez salieron los dos, pero nadie sintió la necesidad de actuar para las cámaras, de modo que corrieron y saltaron el seto para meterse en un coche que los esperaba.

La verdad era que su matrimonio había tenido problemas casi desde el primer momento, y los dos habían consultado con un

terapeuta especializado en parejas, que no había sido capaz de ayudarles. «Con Fisher, alguien me necesita. Quizá yo pueda hacer feliz a alguien», pensó Elizabeth.

—Mi madre era una nazarena y jamás hubiera dejado a mi padre —dijo Todd Fisher. Los nazarenos eran una secta cristiana fundamentalista muy estricta que no aceptaba el divorcio (aunque a lo largo de su vida Debbie se divorció dos veces más).

Cuando Elizabeth volvió a Los Ángeles, los reporteros rodearon su limusina en el aeropuerto.

—Señorita Taylor —le preguntó uno de ellos—, por favor, ¿aceptará decir algo?

—Hola —dijo ella con delicadeza y la limusina echó a andar.

Elizabeth se escondió en casa de su agente, Kurt Fring. Seis meses después de la muerte de Mike, tomó la errónea decisión de conceder una entrevista a la poderosa periodista de cotilleos Hedda Hopper. Esta señora conocía a Elizabeth desde la época en que Sara la halagaba porque quería convertir a su hija en una estrella.

Hopper se consideraba a sí misma el árbitro moral de Hollywood: Elizabeth trabajaba como actriz desde hacía dieciocho años y sabía que tenía que hacer algo para acallar el furor del público. Le dijo a Hopper que el matrimonio entre Debbie y Eddie estaba acabado. «Nadie es capaz de romper un matrimonio feliz», dijo Elizabeth. Y quedó asombrada cuando Hopper se volvió en su contra al decir que Mike debía de estar «revolviéndose en su tumba».

—Hedda, lamentablemente para mí, Mike está muerto. ¡Está muerto! Y nada de lo que yo pueda hacer va a devolverle la vida. Lo he intentado, pero no puedo. Y es enfermizo. Yo he quedado viva. Estoy sola, pero estoy viva. Y tengo la responsabilidad de vivir. Y tengo que vivir.

La cita que resumió Hopper de esta parrafada no fue la correcta e hizo que Elizabeth sonase desafiante y sin corazón: «Bueno, ¡Mike está muerto y yo estoy viva!».

Un lector de Chicago escribió: «Liz Taylor no es una buena madre. ¿Por qué no se queda en casa y cuida de sus hijos? Es una desgracia para la maternidad y para las mujeres».

Tiempo después, en su bungaló del Hotel Beverly Hills, Hopper rogó a Elizabeth que la perdonara. «Perdónate tú misma», le disparó ella. Era consciente de que no tenía ningún amigo en los medios de comunicación. La prensa, igual que los buitres, siempre daba vueltas alrededor. «¿Cómo es eso de tener toda tu vida documentada?», le preguntó una vez un reportero a Elizabeth. «Documentada no: dominada —le respondió ella—. Siempre debes tener la mejor de las conductas.»

Elizabeth aprendió de Hopper una lección importante: «El público te ha puesto en ese pedestal y luego espera, igual que los buitres, para derribarte».

* * *

En 1959 fue nominada a los premios de la Academia por su interpretación de Maggie la Gata en *La gata sobre el tejado de zinc.* Pero ella sospechó que no iba a ganar el Óscar porque había sido «una niña mala». Tenía razón: el Óscar lo ganó Susan Hayward por *¡Quiero vivir!* La Asociación de Propietarios de Salas de Estados Unidos la castigó cancelando el proyecto de nombrarla «Estrella del año» y publicó una cáustica declaración: «La industria cinematográfica se debe al público, por lo que conceder este honor a la señorita Taylor en estos momentos queda absolutamente descartado».

Fisher dejó a Debbie y se trasladó a vivir a la casa que alquilaba Elizabeth en Bel Air, con vigilancia en el exterior. Era muy raro que alguno de los dos saliera de allí: la mayor parte de sus amigos los habían abandonado. Ambos eran radiactivos, al menos desde el punto de vista social. La gente seguía llenando los cines para ver *La gata sobre el tejado de zinc* y, de todos modos, la mística que rodeaba a la pareja no hacía más que ayudar a la industria. Los espectadores querían verla para saber qué hacía que Liz fuese tan seductora.

Y ella cumplía. En el plató, el estudio implementó el Código

de Producción que pusieron en marcha unos censores estrictos que exigían que se hicieran películas exclusivamente «sanas». Se prohibieron los besos apasionados, la desnudez y los bailes sugerentes, así como las descripciones de matrimonios interraciales. Estos poderosos censores eran capaces de estropear una película con solo amenazar con un boicot organizado por grupos católicos. Elizabeth, que disfrutaba de su femineidad y su sensualidad y que no toleraba la deshonestidad, no iba a rendirse ante tal censura. Parecía que su escote siempre merecía una atención especial y durante una de las pruebas de vestuario, un hombre cuyo título era precisamente el de I. E (inspector de escotes) echó una ojeada al vestido escotado de Elizabeth e inmediatamente pidió una escalera de mano.

Se subió a la escalera y miró hacia abajo. Decidió que estaba mostrando mucho seno y que se necesitaba alzar bastante el escote si querían seguir rodando. Todos sabían que ese hombre tenía poder para detener la película, de modo que la jefa de vestuario Helen Rose se acercó a Elizabeth y colocó un broche en el escote en cuestión. Pero en cuanto el I. E. se hubo marchado, ella se quitó el broche y siguió rodando.

Tenía demasiado en qué pensar con respecto a su vida personal para ir por ahí preocupándose por no ofender a los espectadores con sus escotes. Mientras este escándalo seguía rondándola, su hija Liza, de quince meses, cuyos rasgos afilados y ojos bien separados se parecían tanto a los de Mike, fue ingresada de urgencia en el Centro Médico Universitario de Los Ángeles con una neumonía doble. Al cabo de tres días comenzó a mejorar. El columnista político Max Lerner dijo que Elizabeth le había contado que ella y Fisher pasaron cuatro días con sus noches principalmente en la cama. «Dijo que fue así cómo Eddie curó su pena.»

Cuando Lerner alabó a la pareja en el *New York Post* por su «gozosa franqueza», que, dijo, era mejor que «una hipócrita demostración de virtud», ellos le pidieron encontrarse en Londres, donde Elizabeth rodaba *De repente, el último verano*. Cuando se reunieron, esta le dijo a Lerner que ella y Eddie habían practicado

el sexo «tres veces y media» la noche anterior. «Definitivamente, ambos revelaban su sensualidad», dijo el columnista.

Elizabeth y Lerner, que por entonces estaba avanzado en la cincuentena, comenzaron una aventura que duró hasta bien entrado 1961. Se encontraban en *pubs* y en habitaciones de hotel en Londres, donde ella le confió que la relación con Eddie estaba comenzando a romperse. «Pensé que de este modo iba a mantener viva la imagen de Mike, pero lo único que tengo es su fantasma.»

Pasó el resto de su vida buscando hombres que tuvieran algo en común con Mike. Lerner era graduado de la Universidad de Yale y enseñaba Civilización Estadounidense en la Universidad de Brandeis: ella lo llamaba «el Mike Todd intelectual».

Le encantaba el sexo y, además, sabía que era capaz de conseguir prácticamente cualquier hombre que le gustara. Tampoco se disculpaba por ocupar un espacio dentro del mundo masculino. Lerner le dijo que a veces era narcisista. Cuando le explicó que no podía esperar a presentarla a dignatarios y a jefes de Estado, y que pensaba invitar a esas personalidades a una cena en su casa una vez ambos estuviesen casados, ella saltó:

—¡Que te jodan! —gritó—. ¡Ya veo a esa gente ahora sin necesidad de ti! ¡Los atraigo yo misma! No pienses que necesito que tú los atraigas para mí.

Cuando Fisher descubrió su relación con Lerner se puso furioso. Aun cuando ella sabía que Fisher nunca sería lo que ella necesitaba, no quería que la abandonase. Había quedado traumatizada por la muerte de Mike y se aferraba a Fisher para sentirse segura. Y pensó que sus tres hijos pequeños necesitaban una figura paterna en su vida, de modo que cuando Debbie accedió a divorciarse, Elizabeth hizo cuando pudo por casarse con él de inmediato. También pensó que la historia de ambos ya no sería tan interesante para la prensa una vez que estuvieran casados.

Y por fin Elizabeth se vio libre para tomar una decisión profesional importante: le ofrecieron el papel protagonista en la versión cinematográfica de *De repente, el último verano* de Tennessee Williams. Fue Gore Vidal quien adaptó para la pantalla la obra teatral gótico-macabra, que toca temas como la

homosexualidad, el incesto y el canibalismo. Sus consejeros financieros le aconsejaron que no lo aceptara, pero a ella le encantaba lo controvertido del guion y pensaba que su personaje, Catherine Holly, presentaba un reto difícil de resistir. Holly es una mujer traumatizada que lucha contra los médicos que quieren declararla enferma mental como manera de silenciarla. La película era una reprimenda a la comunidad médica y a la élite que en 1949 otorgó el premio Nobel de Medicina al inventor de la lobotomía frontal, un recurso que solía aplicarse para acallar a mujeres díscolas como Catherine. «Enferma mental es una expresión que no significa nada», dice el doctor Cukrowicz, el joven cirujano que en la película interpreta Montgomery Clift, a quien se soborna para que lobotomice a Catherine. «En cambio, lobotomía —responde Catherine— es una expresión muy específica.» Además, razonaba Elizabeth, *La gata sobre el tejado de zinc* demostró que las obras de Williams dejaban mucho dinero en taquilla.

De repente, el último verano comenzó a rodarse en mayo de 1959. En este filme Elizabeth volvió a reunirse con su querido Monty y conseguiría actuar junto a Katharine Hepburn, quien mucho tiempo atrás, muy fríamente, había firmado en su libro de autógrafos en MGM. Hepburn interpretaba a la señora Venable, una mujer mayor excéntrica e increíblemente rica que ofrece dar dinero a un asilo muy necesitado y administrado por el Estado, si el médico (Monty) acepta lobotomizar a su sobrina Catherine (Elizabeth). A la señora Venable le preocupa que Catherine dé a conocer el motivo de la muerte de su hijo, que tiene que ver con su homosexualidad.

Una famosa imagen extraída de la película muestra a Elizabeth, en su papel de Catherine, con un traje de baño de una sola pieza, de un blanco transparente y de escote bajo, arrodillada en la playa y con los labios seductoramente entreabiertos. Hubo rumores de preocupación en el rodaje por el aumento de peso de Elizabeth, que el productor de la película, Sam Spiegel, rechazó con un telegrama: «Lamento decepcionar a su informante de que nadie está enfadado con nadie y si Elizabeth Taylor tiene

sobrepeso, yo, al menos, no tengo la intención de sugerirle qué partes debería adelgazar». En la película, el primo de Catherine, Sebastian, la obliga a llevar aquel brevísimo bañador para que llame la atención de los jóvenes en la playa. En su valoración del guion, el Código de Producción advirtió que el bañador «no debe ser transparente». Pero la cosa se tambalea justo en el borde: a Elizabeth debe de haberle encantado molestar a los censores una vez más.

Como con todo lo demás en este momento de su vida, hacía lo que le daba la gana y mantenía su vida privada moviéndose a la velocidad del relámpago. Antes de comenzar el rodaje de *De repente, el último verano,* Elizabeth iba a adoptar una nueva religión y a casarse por cuarta vez.

* * *

El 3 de marzo de 1959, un año después de la muerte de Mike, Elizabeth se convirtió oficialmente al judaísmo en el templo Israel de Hollywood. Era una forma de mantener cerca a Mike y de encontrar un significado a su dolor. Criada como científica cristiana, sentía una profunda conexión con la fe y el pueblo judíos, especialmente después de saber acerca de las persecuciones durante la Segunda Guerra Mundial. Su nombre en hebreo era Elisheba Rachel (la esposa favorita de Jacob).

Cuando Mike murió en el accidente, un rabino llamado doctor Max Nussbaum, del templo Israel, fue a visitar a Elizabeth. Ella le preguntó insistentemente por qué había muerto Mike y Nussbaum le dijo que él no tenía la respuesta. A medida que el dolor se mitigaba paulatinamente, quiso encontrar esa respuesta ella misma y fue a visitar a Nussbaum. El rabino le dio libros acerca de la filosofía y el significado del judaísmo, fragmentos de la Biblia, la historia de los judíos, e incluso la novela superventas *Éxodo*. «Al cabo de siete meses supe que había encontrado lo que había estado buscando durante muchos años —dijo—. Ni Mike Todd ni Eddie

Fisher me impulsaron de manera alguna a convertirme al judaísmo.» Quería que todos tuvieran claro que en este asunto no había intervenido ningún hombre, sino que era ella misma la que había encontrado esta nueva fe. En una cena en el Club Friars se comprometió a comprar 100.000 dólares en bonos para Israel.

En Israel se encontró con un país que ofrecía cobijo a los desplazados y traumatizados de todo el mundo. Su deseo de proteger y defender a las personas vulnerables era parte central de su carácter. Elizabeth nunca olvidó que cuando era una niña pequeña, a salvo y segura en el sur de California, escuchaba las noticias de la radio sobre la violencia perpetrada en Europa durante la Segunda Guerra Mundial contra el pueblo judío y el bombardeo de su bienamado Reino Unido por los nazis. En última instancia, su relación con Israel duró mucho más que cualquiera de sus matrimonios, pero su apoyo a ese pequeño país le costó un precio muy alto. La decisión de Elizabeth de comprar bonos para Israel hizo que todos los países árabes de Oriente Medio y de África prohibiesen sus películas. Egipto no permitió que el rodaje de *Cleopatra* (1962) se hiciera parcialmente en sus sitios históricos y anunció que «no se permitirá a la señorita Taylor la entrada en Egipto por haber adoptado la fe judía y por apoyar la causa israelí». Esta prohibición finalizó en 1968 cuando el presidente egipcio Gamal Abder Nasser vio *Cleopatra* y permitió que la película se proyectara en las principales ciudades del país.

El 12 de mayo de 1959, catorce meses después de la muerte de Mike Todd, Taylor y Fisher se casaron en el templo Beth Sholom en Las Vegas. Elizabeth lució un vestido de cóctel verde con cinturón diseñado por Jean Louis, y no por la siempre presente Helen Rose, con una capa diáfana elegantemente plegada alrededor de la cabeza. Sus tres hijos tenían un nuevo padrastro. Michael Wilding hijo tenía ocho años; Christopher Wilding, seis, y Liza Todd, tan solo tres.

Su matrimonio ayudó a apaciguar algo las habladurías de la prensa, como ella había esperado, porque ahora todo se hacía a cielo abierto. Sin embargo, algunos columnistas seguían disgustados y volcaron su inquina sobre la novia, y no sobre el

novio.

«Este monumento al destrozo de los hogares de otras personas, esta sólida estatua erigida en homenaje a la ignorancia de los principios normales de la viudez y de los matrimonios de las chicas —especialmente cuando involucra grandes amistades femeninas— parece un poco fuerte para un templo», escribió el columnista Robert Ruark.

Elizabeth hizo lo que hacía siempre y siguió adelante. Después de su luna de miel en un crucero por el Mediterráneo comenzó a rodar *De repente, el último verano* en los estudios Shepperton de Londres. «*De repente...* fue una experiencia gratificante para nosotros dos, en todos los sentidos», dijo el director Joseph Mankiewicz. Hizo de Elizabeth una mejor actriz. En el último acto, se le administra a Elizabeth el suero de la verdad y ella pronuncia el largo y célebre monólogo sobre lo que realmente le ocurrió a su primo Sebastian. Al cabo de cuatro o cinco tomas, Mankiewicz aún no había conseguido lo que necesitaba y pidió un receso. Elizabeth se sentó en el suelo y lloró amargamente.

—Sencillamente, a Elizabeth la hundió su propia autoexigencia —dijo Mankiewicz—. Su talento era primitivo en la mejor de las acepciones del término: no había aprendido a racionarse, y por eso su compromiso era total en todo momento.

El director se sentó a su lado y sugirió que todos se fueran a casa, descansaran y volvieran a intentarlo a la mañana siguiente. La reacción de Elizabeth al silencioso desafío a su capacidad interpretativa fue exactamente lo que el director quería provocar. Ella se rehízo, se puso en pie y dijo: «No. Ahora». La siguiente toma fue perfecta.

El *Saturday Review* tildó al filme de «fascinante y nauseabundo, brillante e inmoral» y dijo que Elizabeth «trabaja con una intensidad imposible de creer: la suya es, indudablemente, una de las mejores interpretaciones de este año o de cualquier otro». El *Los Angeles Examiner* la llamó «obra maestra maligna».

«Elizabeth Taylor actúa con una belleza y una pasión que hacen de ella, en mi opinión, la actriz joven número uno de la

pantalla (…) Te arranca el corazón.» En 1960 volvió a ser nominada para el premio de la Academia, su tercera nominación en tres años, pero perdió. Aún no había recuperado el favor del público.

* * *

Cuando en enero de 1960 se comenzó a rodar en Nueva York *Una mujer marcada*, Elizabeth dijo a su compañero de reparto Laurence Harvey: «Va a ser una de las duras, pero no te lo tomes como algo personal».

La película era su último compromiso con MGM y ya no podía esperar a acabar con ello. El filme está basado en la novela de John O'Hara y el argumento se basa, de un modo general, en la vida de Starr Faithful, una prostituta de Nueva York durante la Era del Jazz. Elizabeth tachó el guion de «pornográfico» y a su personaje, Gloria Wandrows, de «casi una prostituta». Estuvo tensa todo el tiempo durante la producción. Cuando se hallaban rodando en exteriores en Greenwich Village, un grupo de internas del Correccional de Mujeres le gritó y Elizabeth, que vestía como una elegante chica de compañía, les respondió: «Eh, ¡que os jodan!».

Si la forzaban a hacerlo, sería bajo sus condiciones: Helen Rose para el vestuario, Sydney Guilaroff para los peinados (sus honorarios eran de 1.100 dólares por semana más 600 dólares para gastos) y Eddie Fisher debía tener un papel en la película. Además, habría cambios en el guion, aunque no los suficientes para satisfacer a Elizabeth. En una intensa escena con su madre, Gloria grita: «Afróntalo, mamá, ¡he sido puta todo el tiempo!». Y después de que su madre la abofetee dice: «Si hubieras hecho eso hace tiempo… cada vez que llegaba a casa empapada de ginebra…». Elizabeth pensaba que algunos de estos diálogos eran de risa.

Dijo *Time*: «Parecía que el guion había sido copiado de las paredes de un retrete». La actuación de Fisher se consideró una birria, pero Elizabeth salió del trance con el aspecto de una actriz

que ha convertido un mal guion en una actuación brillante. *Variety* la llamó «lo único valioso de la película» y alabó su «tórrido y agudo retrato con una o dos escenas brillantemente ejecutadas. *Una mujer marcada* es una película dominada de cabo a rabo por la señorita Taylor». La película obtuvo en taquilla más de 8 millones de dólares (73 millones en moneda de hoy) y Elizabeth fue nominada para un premio de la Academia por cuarta vez consecutiva. La película que ella había considerado un castigo le estaba proporcionando grandes satisfacciones.

Cuando finalizó el rodaje también acabó su contrato con MGM y la actriz dejó aquel sitio en el que había pasado casi dos décadas de su vida. Al salir del estudio por última vez esperaba flores como despedida, o al menos algún adiós, pero no tuvo nada.

—Vacié mi camerino y dije adiós a los policías de guardia y a los de la puerta, y a aquellos en quienes yo había confiado. Sencillamente, me di la vuelta y dije: «Adiós, cabrones».

La escena más famosa de *Una mujer marcada* es cuando Gloria escribe en el espejo, con barra de labios, «No está en venta». Cuando Elizabeth vio la película, sacó su pintalabios y escribió en la pared de la sala de proyección: «Pedazo de mierda».

Capítulo 9

La pionera

> Eddie volvió y dijo a través de la puerta: «OK, es un trato» (Risas). Yo di un grito y me sumergí en el agua, inhalando más agua por lo fuerte que me estaba riendo.
>
> ELIZABETH

El productor Walter Wanger declaró que Elizabeth era una Cleopatra moderna porque conseguía lo que quería y nunca tenía que pagar por ello. Se había acercado a ella para ofrecerle el papel cuando aún estaba casada con Mike Todd, pero ella le dijo que tenía que hablarlo con su marido porque ninguno de ellos quería estar separado del otro. Después de la muerte de Mike, Wanger se encontró con ella en el Polo Lounge, el célebre restaurante del Hotel Beverly Hills, que llegó a ser conocido como «la cafetería de Hollywood», y le dejó una copia de *Cleopatra, su vida y su época.* A Elizabeth no le gustó nada el guion, pero quería personificar a la mujer que había conquistado imperios. Pensó que era el papel más grandioso escrito nunca para una mujer.

Mientras *Una mujer marcada* pasaba a producción, 20th Century Fox encargaba investigaciones sobre los antiguos Egipto y Roma. Después de dos años, el personal presentó quince volúmenes encuadernados, gruesos e indexados. Indudablemente, *Cleopatra* llevaría a la bancarrota a uno de los más grandes estudios del mundo y cambiaría la vida de Elizabeth de muchas formas inesperadas.

Pero antes de aceptar *Cleopatra*, Elizabeth estaba ocupada personificando a la señora de Eddie Fisher. En Las Vegas, donde

Eddie debutó en el Desert Inn, Elizabeth llegaba tarde y todos los ojos se pegaban a ella mientras se sentaba en primera fila. Al final de su actuación, Fisher la miraba y decía: «Tengo mucha suerte porque ella está aquí esta noche. Creo que ustedes saben cómo me siento. Me gustaría presentarles a la señora de Eddie Fisher».

Elizabeth se ponía de pie y saludaba con la mano, para que los espectadores apreciaran su radiante belleza. Y mientras volvía a sentarse, Fisher le enviaba un beso. Terminaba la noche cantando directamente para ella como si fueran los únicos que estaban allí. «Esos ojos, esos labios, esa fabulosa sonrisa», entonaba. Noche tras noche.

* * *

Kurt Frings, el agente de Elizabeth, presentó el guion de *Cleopatra* a dos de sus clientas: Elizabeth Taylor y Audrey Hepburn. Ambas estaban interesadas. Paramount no estaba dispuesta a ceder a Audrey para el papel, de manera que sería para Elizabeth. Pero venía a un alto precio. Cuando el jefe del estudio 20th Century Fox contactó con ella, Elizabeth le exigió la temeraria cifra de un millón de dólares (9,7 millones al cambio de hoy); hasta entonces, el salario que solía cobrar por una película era de 125.000 dólares. Ningún actor o actriz había cobrado hasta encontces tanto por una interpretación; exactamente en la misma época, Marlon Brando firmó su contrato por un millón por *Rebelión a bordo*. Cuando Wanger la llamó para decirle que de ningún modo le pagarían tanto dinero, Elizabeth percibió el farol y se marchó. Por poner su exigencia en perspectiva, diremos que Natalie Wood, una compañera actriz que tenía sus propias peleas con los ejecutivos del estudio y que iba a recibir tres nominaciones a los premios Óscar cuando apenas contaba veinticinco años, percibió 250.000 dólares (2,4 millones de hoy en día) por su papel en la adaptación de 1961 del fabuloso éxito de Broadway *West Side Story*. Elizabeth exigía el cuádruple de lo que estaba cobrando Wood. A Audrey

Hepburn le pagaron 750.000 (7,2 millones de dólares actuales) por su trabajo en *Desayuno con diamantes.* Pero Elizabeth aprovechó el momento y pidió más. Sabía lo que valía y nunca tuvo miedo de pedir lo que quería… ni de marcharse si no se lo daban.

Sin embargo, Fox no iba a ceder. En Londres, Elizabeth estaba tomando un baño de burbujas en la lujosa *suite* del hotel Dorchester cuando sonó el teléfono. Lo cogió Fisher y luego golpeó con los nudillos la puerta del cuarto de baño y le dijo a Elizabeth que era nuevamente el estudio. Esta repitió su exigencia: un millón de dólares y el 10 por ciento del total de la taquilla. Fisher entregó el mensaje y un minuto más tarde Elizabeth oyó más golpes en la puerta: finalmente habían cedido. Ella gritó y rio y se sumergió en el agua. Iban a pagarle 125.000 dólares por dieciséis semanas de trabajo y 50.000 por cada semana posterior; 3.000 a la semana para gastos de manutención y el 10 por ciento de la taquilla total. La película iba a rodarse en el sistema ToddAO, un formato de pantalla ancha de gran resolución creado por Mike Todd, y los billetes de ida y vuelta en avión serían de primera clase para ella y su séquito, incluidos sus tres hijos. Ella y Fisher vivieron como miembros de la familia real en el Hotel Dorchester durante el rodaje.

Cuando insistió en que su peluquero fuese nuevamente Sydney Guilaroff hubo indignación en el sindicato británico, así que se decidió que Sydney iba a peinarla por la mañana temprano, pero no trabajaría en el plató de Pinewood, donde solo trabajaban peluqueros británicos. Se diseñaron cuarenta vestidos y cuarenta pelucas para Elizabeth. A Fisher también le dieron un empleo: le pagarían 1.500 dólares (14.500 de hoy) solo por asegurarse de que Elizabeth se presentara a trabajar. Ella insistió en que dieran un papel a su gran amigo Roddy McDowall y finalmente este personificó al calculador Octaviano. Stephen Boyd iba a ser Marco Antonio y Peter Finch encarnaría a César.

Cleopatra terminó costando 44 millones de dólares (unos 425 millones en dinero actual), y el extravagante estilo de vida de su estrella, que incluía chóferes y mansiones, aumentó más aún el gasto. Pero Elizabeth sabía que sin ella el estudio no tenía nada. En

la década de 1980, cuando uno de sus empleados la llevaba a una reunión de Alcohólicos Anónimos cerca de Century City, una inmensa urbanización que cobija agencias y firmas de abogados, el chófer le preguntó si la conocía. Ella lo miró y dijo: «¿Conocerla? Cariño, yo la construí». Fox tuvo que vender los exteriores de su estudio, unas 105 hectáreas, para pagar los exagerados costes de *Cleopatra*.

La película dependía totalmente de ella: incluso decidió dónde iba a ser rodada. Quería hacerlo fuera de Estados Unidos para tener un respiro fiscal. El Gobierno británico ofrecía subsidios a las empresas extranjeras que rodasen en Inglaterra, de manera que el presidente del estudio, Spyros Skouras, decidió que filmarían ahí, aun cuando ni la niebla ni las bajas temperaturas eran algo conocido en Egipto.

El gigantesco plató se construyó sobre 3,6 hectáreas de los estudios Pinewood en las afueras de Londres. Había suficiente material de construcción para levantar por lo menos cuarenta casas: 1.140 litros de pintura, 230 kilómetros de acero tubular, 566 metros cúbicos de madera y 7 toneladas de clavos. El interior del palacio de mármol blanco de Cleopatra tenía dos veces el tamaño de la estación Grand Central de Nueva York. El plató, de 600.000 dólares, incluía templos, estanques y piscinas. Cuando se presentaba la niebla, setecientos extras solían perderse en las 3,6 hectáreas de la antigua Alejandría.

Desde las primeras etapas del rodaje, la Fox experimentó una hemorragia de dinero. El estudio había perdido 22,5 millones de dólares solo en un año fiscal y *Cleopatra* era un par de zapatos de oro que hundía a Skouras. Se reprochaba a Elizabeth su tardanza para rodar. El *Daily Mail* dijo que se debía a que estaba demasiado gorda para aparecer en la pantalla. El departamento de prensa de Fox llegó a negarlo: el peso de la estrella era objeto de una continua fascinación pública. Elizabeth los demandó y obtuvo un trato por una «cantidad sustancial» y una «sincera disculpa». Ya no iba a tolerar que la prensa siguiera haciendo de ella una víctima.

La verdad era que el pésimo clima de Londres comenzaba a afectar seriamente la delicada salud de Elizabeth. Por ejemplo, el

30 de setiembre de 1960 Wanger advirtió que la temperatura se estancaba en unos mezquinos 7ºC y que el sol solo lució durante dos minutos y veinte segundos. Aquel día Elizabeth había llamado para decir que tenía una irritación de garganta y no iría a trabajar. Skouras culpaba a Wanger de haber insistido en que Elizabeth fuera la estrella de la película.

—Eres un cabrón obstinado —reprochaba Skouras a Wanger —. Nos has arruinado con tal de poner a esa chica en la película. Hubiera deseado fervientemente que pusieras a Joanne Woodward o a Susan Hayward... Ahora estaríamos ganando dinero.

Pero Wanger no quería renunciar a Elizabeth, ni siquiera cuando Lloyds de Londres, la aseguradora con mayor intervención en la película, había propuesto públicamente para el papel a Marilyn Monroe, Shirley McLaine o Kim Novak.

La propia Elizabeth no estaba asegurada a título personal porque nadie quería correr ese riesgo. Mientras tanto, Fox perdía 45.000 dólares al día.

Después de dos revisiones completas del guion, Elizabeth seguía convencida de que no era bueno. Como ella había leído guiones desde los nueve años de edad, era una crítica astuta y capaz de saber inmediatamente si un guion funcionaba o no. «Me desagradan la mayoría de los filmes históricos, con sus personajes de madera y sus diálogos falsos —dijo—. Si somos capaces de reflejar los tres personajes, Cleopatra, Marco Antonio y Julio César, de manera realista y humana, haremos una película interesante.»

* * *

La franqueza de Elizabeth, unida a su deslumbrante belleza, eran adorables. Ella sabía que podía decir cosas que no se aceptaban de nadie más. Una vez, durante una cena con Skouras, preguntó: «¿Por qué te preocupa tanto lo que cuesta *Cleopatra*? Las películas de Fox siempre han sido malísimas. Al menos esta será grandiosa... aunque cara».

Truman Capote recordaba haber visitado a Elizabeth durante el rodaje de *Cleopatra*. La actriz vivía en una *suite* del ático del Hotel Dorchester con el «botones», apodo que los amigos de ella colocaron a Fisher. Capote describió la *suite* como «llena de gatos que perdían pelo y de perros no entrenados y [una] atmósfera general de caótica parafernalia».

Fisher estaba sentado en el sofá restregándose los ojos y sin ningún interés en la conversación.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te frotas los ojos? —le preguntó Elizabeth.

—¡Es toda esa lectura! —se quejó él.

—¿Qué lectura?

—Esa cosa que dijiste que debo leer. Lo he intentado. Pero no puedo con ello.

Ella, disgustada, se volvió hacia Capote:

—Habla de *Matar un ruiseñor*. ¿Lo has leído? Acaba de aparecer. Creo que es un libro sencillamente hermoso.

Desde luego que Capote lo había leído. Su autora, Harper Lee, era su amiga desde la infancia. Le contó a Elizabeth que era una historia hasta cierto punto basada en la niñez de ambos.

—Ya ves —le dijo ella a Fisher—, quizá yo no haya recibido una educación especial, pero de alguna manera me pareció que lo que cuenta el libro es verdad. Me gusta la verdad.

Después de marcharse Capote, Elizabeth cayó muy enferma, con una fiebre que rondaba los 39,5ºC y que no había manera de bajar. El 4 de marzo de 1961 su enfermera personal estaba tan preocupada por las dificultades respiratorias y la coloración azul de las uñas de Elizabeth que llamó a la recepción del Dorchester para pedir un médico. Afortunadamente, un poco más abajo de la *suite* de Elizabeth había una fiesta a la que había acudido uno de los más reputados anestesiólogos de Londres. Cuando examinó a la actriz, concluyó que una congestión pulmonar la estaba ahogando.

Estaba inconsciente y no respondía a estímulos, e incluso cuando el médico le tocó los ojos en un intento de obtener una respuesta (ella recuerda haber pensado: «¿qué demonios estás haciendo?») no obtuvo nada. Desesperado, el hombre la cogió por

los pies (él medía 1,93 m) y la sacudió como si fuera una muñeca, con la esperanza de que la congestión pulmonar aflojase. Le golpeó fuertemente las costillas con las manos, pero ella seguía azulada e inconsciente.

El médico tomó un tubo fino, se lo metió por la garganta y unió el otro extremo a un tanque de oxígeno, y en pocos minutos Elizabeth volvía a estar consciente. Una ambulancia la llevó a escape a la London Clinic. Necesitaba una traqueotomía para poder respirar. Cuando yacía inconsciente en la mesa de operaciones, sintió que era llevada hacia una luz blanca, cálida y agradable. Vio figuras sombrías que se entrecruzaban y de repente vio a Mike Todd. Este fue hacia ella y la estrechó en sus brazos. Había llegado a casa. Lloraba de alivio y de pura felicidad.

Elizabeth contó todos los detalles de este episodio en una entrevista no publicada que dio en 2002 por su libro *My Love Affair with Jewelry*:

—No, cariño, tienes que volver —le susurró él al oído—. Yo estaré aquí, esperándote, pero tú tienes algo que hacer, algo muy importante, y todavía no puedes venir. Cuando llegue el momento yo estaré esperándote, pero tienes que luchar con toda tu vida, que ahora está en ti, y reunir tu fuerza, tu voluntad y tu amor, y volver y luchar con la misma determinación que estás poniendo en quedarte aquí, y volver.

—Pero es que no quiero volver —imploró ella.

Él la tomó por los hombros y la apartó de sí. Ella podía verse acostada en la cama y a la gente afanándose febrilmente por ella en el hospital. Sintió el tacto de él, exactamente como lo recordaba. Había estado con él durante cinco minutos y ya nunca volvería a temer a la muerte. Lo que la asustaba era estar viva.

Cuando intentó gritar no produjo ningún sonido, solamente aire por el agujero que habían hecho en su garganta para que pudiese respirar con más normalidad. Nadie podía oírla. La invadió el pánico. Se agarró la garganta y los hombres con batas verdes del hospital tuvieron que bajarle las manos y atárselas.

Se esforzó por decirles a las once personas que había en su habitación lo que era estar en el túnel, bañada por la blanca y

cálida luz, y reunirse con el hombre al que había amado con todo su corazón. Añoraba tanto a Mike que había llegado a darse cuenta de que Fisher nunca podría darle lo que Mike le había dado.

En el hospital le diagnosticaron pulmonía aguda. La pusieron dentro de un respirador automático, que era algo así como un pulmón de acero. Durante la hospitalización, ella perdía y recuperaba la consciencia. Los fans y periodistas habían ocupado el hospital. En un momento dado, incluso informaron de que Elizabeth había muerto. El 6 de marzo, asustado después de leer las noticias, Skouras llamó a Wanger: «¡Dios mío! ¿Cómo ha pasado?».

Cuando Elizabeth estaba a las puertas de la muerte, el estudio le preguntó a Joan Collins, que ya estaba bajo contrato con Fox y en quien en un principio se había pensado para el papel de Cleopatra cuando la película iba a hacerse a una escala mucho menos grande, si estaría dispuesta a viajar a Londres. Le explicaron que era posible que Elizabeth no saliera bien de este trance.

—Me quedé de piedra —recordaba Collins—. Les dije: «¿Cómo pueden pensar en hacer algo así? Elizabeth es amiga mía; es cierto que no es amiga íntima, pero es una amiga y jamás podría yo hacer eso. Es como caminar sobre la tumba de alguien».

Wanger tuvo que tranquilizar a Skouras, y a todos los demás: Elizabeth seguía muy viva. Catorce días después de comenzar su enfermedad, la congestión pulmonar había comenzado a remitir y ella ya tenía color en la cara. Eddie Fisher, en su papel de agente/esposo, emitió una declaración: «Elizabeth no va a rodar *Cleopatra* en Inglaterra. Lo que le sienta bien es el sol y tiene que tenerlo siempre. Eso significa que no va a trabajar más en Inglaterra ni en Nueva York ni en ningún sitio donde haya mal tiempo».

«Agradezco lo que dijo Skouras: "Sin Liz no hay *Cleopatra*", pero sin buen tiempo no habrá Liz», añadió.

Al día siguiente,20th Century Fox satisfizo el pedido de Fisher: *Cleopatra* se rodaría en Italia, en Egipto o en Hollywood. Se abandonó el gigantesco plató de Londres y mientras Elizabeth se recuperaba se construyó uno nuevo en Cinecittà, Roma, el estudio cinematográfico más grande de Italia. Se lo apodó «El Hollywood

del Tíber» y es ahí donde comenzó el verdadero drama.

* * *

Elizabeth había cambiado y fue para siempre. «Cuando recuperé la consciencia aquella última vez fue como si me concedieran vista, oído, tacto, sentido del color (…) Y supe que quería en mi vida más de lo que tenía.»

Tenía veintinueve años, pero se sentía como si acabara de emerger del útero. Supo que debía transformar su vida personal, aunque también necesitaba repensar la profesional. «Una vez pensé que actuar era un pasatiempo y una tarea, y que aburrirse era elegante —le dijo a un entrevistador—. Ahora creo que aburrirse es una pérdida de tiempo. Aburrirse es un pecado.»

Capote, que recientemente había visitado a Elizabeth y a su «botones», se sintió aliviado cuando esta estuvo lo suficientemente bien para que la visitara en el hospital. Tenía poco aliento y le contó al escritor hasta el más pequeño y truculento detalle. «El pecho y los pulmones estaban llenos de una especie de fuego negro y espeso. Tuvieron que abrirme un agujero en la garganta para drenar ese fuego. Ya ves —le dijo, señalándose la herida de la garganta y el tapón de goma que mantenía cerrado el orificio—. Si me quito esto me desaparece la voz», y se lo quitó. Reía, pero Capote no lograba escuchar sonido alguno hasta que volvió a colocarse el tapón. Parecía divertirse con el rechazo que causaba este asunto, aunque él se sintió muy incómodo.

—Esta es la segunda vez en mi vida que he sentido (que he *sabido*) que me moría. O quizá la tercera. Pero esta ha sido la más real. Era como navegar en un océano furioso. Luego desaparecer detrás de la línea del horizonte. Con el rugir del océano en la cabeza. Que supongo que, en realidad, era el ruido de mis intentos de respirar. No —dijo de forma dramática, como respondiendo a una pregunta—, no tuve miedo. No tenía tiempo de tenerlo. Estaba demasiado ocupada luchando. No quería caer detrás del horizonte.

Y no querré nunca. No soy de ese tipo.

Luego señaló una botella de Dom Pérignon que se estaba enfriando en un cubo junto a la cama del hospital.

—Se supone que no debo beber nada. Pero al diablo con eso. Creo que cuando has pasado por lo que yo acabo de pasar... —Rio y volvió a quitarse el tapón de goma. Capote sirvió una copa de champán para cada uno de ambos.

Elizabeth bebió un sorbo y suspiró.

—Hmm, está bueno. En realidad, solamente me gusta el champán. El problema es que te estropea los dientes para siempre. Dime, ¿alguna vez has pensado que te estabas muriendo?

—Sí —respondió Capote—, una vez se me reventó el apéndice. Y otra vez, mientras vadeaba un arroyo, me mordió una serpiente mocasín de agua.

—¿Y tuviste miedo?

—Bueno, entonces yo no era más que un niño. Por supuesto que tuve miedo. No sé cómo lo afrontaría hoy.

Ella pensó un momento y luego dijo:

—Mi problema es que yo no puedo darme el lujo de morir. No es que tenga ningún gran compromiso artístico. Antes de Mike, antes de lo que le pasó a él, yo tenía la intención de mandar las películas a tomar viento. Creía que ya había tenido bastante de todo esto. Nada más que compromisos financieros. Emocionales: ¿qué sería de mis hijos? ¿O de mis perros, ya que estamos en ello? —Él le sirvió otra copa—. Todo el mundo quiere vivir. Incluso cuando no quieren, o creen que no quieren. Pero lo que de veras creo es: algo va a pasarme a mí. Eso lo cambiará todo. ¿Qué supones que puede ser?

—¿Amor? —preguntó él.

—Pero ¿qué tipo de amor?

—Bien. ¡Ah! —respondió Capote—. El usual.

—Esto no puede ser algo usual —dijo ella.

—Entonces quizá una visión religiosa...

—¡Mier...! —Se mordió el labio, pensando. Luego rio y dijo—: ¿Qué te parece amor combinado con una visión religiosa?

* * *

Cuando la clínica le dio el alta, a finales de marzo, voló a Los Ángeles y en el aeropuerto su Rolls Royce estaba prácticamente rodeado por una multitud. Esta vez, en vez de escupirla como lo habían hecho cuando llegó a Londres, la gente sonreía y saludaba. El 24 de marzo de 1961, Elizabeth hizo su primera declaración pública después de su enfermedad: «No sabía que existiera tanto amor en el mundo».

El 17 de abril de 1961, cuando llegó al Civic Forum de Santa Mónica para asistir a los 33os Premios de la Academia, 2.500 fans la esperaban sentados al aire libre a la espera de poder mirarla aunque fuera de lejos. La habían nominado por la película que a ella menos le gustaba: *Una mujer marcada.* Llevaba un vestido de Dior con una breve capa de visón, guantes blancos y unos largos pendientes de diamantes que lucían más contra el bronceado que había adquirido en el curso de un viaje a Palm Springs con Eddie Fisher que hicieron nada más llegar de Londres. «¡Te queremos!», gritaba la gente. Cuando Yul Brynner abría el sobre que anunciaba a la ganadora en el renglón de Mejor Actriz, Elizabeth se volvió hacia Fisher y le susurró: «Ya sé que no va a ser para mí». Pero para su disgusto, ganó y Fisher la ayudó a subir al escenario, donde recibió una larga ovación con el público en pie. Llevaba la pierna izquierda vendada a causa de un trombo que le habían extirpado el mes anterior y aún estaba débil tras su pelea con la neumonía.

Suspiró, totalmente sorprendida. Pensaba que su trabajo en *Una mujer marcada* era claramente inferior al que se podía ver en *De repente, el último verano* y en *La gata sobre el tejado de zinc*. Al aceptar el premio, miró hacia un mar de caras conocidas, otras celebridades y productores poderosos, algunos de los cuales la habían abandonado por completo cuando a ella y a Fisher se los consideraba radioactivos.

—En verdad no sé cómo expresar mi gratitud por esto. Y por todo... Creo que todo lo que puedo decir es gracias. Gracias con todo mi corazón.

Esa noche no llevaba collar ni había hecho nada para ocultar la cicatriz de la traqueotomía. Era la cicatriz de una batalla y estaba orgullosa de ella. «En realidad, está mandando a la mierda a todo el mundo», comentó Joan Collins.

El mundo que había odiado a Elizabeth decidió de repente volver a amarla porque, como bien dijo ella: «No hay mejor desodorante que el éxito». La columnista de cotilleos Louella Parsons publicó una de las cartas que le llegaban en cantidades industriales. «Yo la odiaba. Esta mañana, en la iglesia, recé para que se le conservara la vida. Por su marido y por sus hijos, por sus padres, y por todos nosotros, sus fans, cuyas aburridas vidas se han enriquecido gracias a su belleza y su talento.»

El Óscar fue un premio de solidaridad y todos lo sabían. Shirley MacLaine, que también estaba nominada por su actuación en *El apartamento*, dijo: «Me ganó una traqueotomía». En realidad, Elizabeth había asistido a la ceremonia preparada para que el premio recayera en MacLaine, que se hallaba rodando en escenarios naturales.

—Diablos —dijo Debbie Reynolds—, hasta yo voté por ella.

* * *

En el banquete que se hizo en el Beverly Hilton para reunir dinero para un nuevo centro médico, Elizabeth se sentó al lado del entonces fiscal general Robert F. Kennedy. La invitaron a hablar como ejemplo de los milagros de la medicina moderna.

> Según mis recuerdos, morir es muchas cosas…, pero por encima de todo es querer vivir. Durante muchas horas críticas en el quirófano parecía como si cada nervio, cada músculo, como si todo mi ser físico estuviera siendo exprimido hasta el último gramo de mis fuerzas, hasta la última bocanada de mi respiración. Gradual e inevitablemente, ese último gramo se usó y ya no hubo más respiración. Recuerdo que me había centrado con desesperación en la luz que colgaba directamente sobre mí. Había llegado a ser algo que necesitaba, casi con fanatismo, para continuar viendo; era en sí misma la visión de la vida. Lentamente se fue desvaneciendo y

> desapareciendo, como un efecto teatral bien conseguido, hasta alcanzar la negrura.
>
> Entonces sucedió.
>
> Primero me di cuenta de las manos… no podría decir cuántas. Empujaban, estiraban, levantaban; manos grandes y rudas, y manos más pequeñas y suaves que manipulaban mi cuerpo con insistencia, como para forzarlo a responder.
>
> Luego las voces, al principio desde una gran distancia pero haciéndose más sonoras muy muy lentamente. Como las manos, algunas eran suaves y otras eran broncas; algunas me rogaban, algunas gritaban, otras lisonjeaban y otras ordenaban. Decían que yo tenía que obligarme a toser… a moverme… a respirar… a mirar… a VIVIR.
>
> En ese momento mi vida no era nada más que aquellas manos y aquellas voces. Pero ya no estaba sola.
>
> Tosí, me moví, respiré y miré. La lámpara que colgaba —la luz más hermosa que he conocido en toda mi vida— empezó a brillar lentamente otra vez.

Esa noche los asistentes aportaron más de siete millones de dólares y el *Motion Picture Herald* nombró a Elizabeth estrella más taquillera de 1961. Había vuelto y brillaba más de lo que había brillado nunca.

* * *

Elizabeth y Walter Wanger eran los únicos que quedaban a bordo del barco a medio hundir que era *Cleopatra* después de que el rodaje en Londres se cancelara. Solo se habían logrado salvar once minutos de película útil. Stephen Boyd ya no sería Marco Antonio y Peter Finch ya no era César. El director de la película, Rouben Mamoulian, se despidió y fue reemplazado por Joseph Mankievicz, que había dirigido a Elizabeth en *De repente, el último verano*. Posteriormente, Mankiewicz se refería a *Cleopatra* como «las tres películas más difíciles que dirigí nunca».

Para Elizabeth, el hombre que reemplazó a Stephen Boyd como Marco Antonio fue la única persona que conoció que podía rivalizar con Mike Todd en energía, y ella no estaba dispuesta a perder ese sentimiento otra vez. Cuando retomaron el rodaje en

Roma y Elizabeth entrelazó su mirada con la del silencioso actor galés Richard Burton, su matrimonio con Fisher ya estaba condenado. «A partir de aquellos primeros momentos en Roma, ya estuvimos loca y poderosamente enamorados para siempre», dijo ella.

Acto tercero
AMOR PRÓDIGO
Las décadas de 1960 y 1970

Lo amo profundamente, verdaderamente, por siempre jamás.

ELIZABETH

Capítulo 10

Le Scandale

> Según el código de ética actual, supongo que me he estado portando mal, porque rompí con las convenciones. Pero entonces no sentí que fuera inmoral, aunque sabía que lo que estaba haciendo, amar a Richard, no estaba bien. [Pero] jamás me sentí sucia porque aquello nunca fue sucio.
>
> ELIZABETH

En la elegante mansión del actor Stewart Granger en Los Ángeles, en los años cincuenta, una joven Elizabeth estaba lánguidamente sentada al borde de la piscina, en un bikini que le sentaba fantásticamente y leyendo un libro. Estaba acostumbrada a las fiestas que daba la industria, que reunían a las celebridades y a sus peluqueros, a publicistas, a guionistas y a ejecutivos del estudio. Era un domingo por la mañana y los invitados bebían bloodymaries y whiskies con soda. Richard Burton andaba cerca, sosteniendo un escocés con hielo en la mano. Elizabeth oyó su voz resonante desde el otro lado de la piscina, cerró el libro y se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz. Sentía que él la estaba mirando y la sensación fue como si le viera el alma. Richard sonrió y después de algunos segundos ella le devolvió una débil sonrisa. Bebió un sorbo de su cerveza y volvió a su libro. Ese fue el primer encuentro de la pareja de Hollywood más celebrada del siglo XX, y las cosas no parecían muy auspiciosas.

Richard siguió saludando a gente, aunque con cierta torpeza, ya que esta era su primera vez en California y su inicio en una vida radicalmente diferente de los años transcurridos sobre los escenarios de Londres. Elizabeth no hablaba con nadie y estaba

tranquila sobre su tumbona. Pero él quedó hipnotizado. «Es un secreto envuelto en un enigma y dentro de un misterio (…) Sus pechos eran apocalípticos —escribió más tarde—. Indudablemente su cuerpo era un milagro de la construcción y la obra de un ingeniero genial. No necesitaba nada, salvo a sí misma. Pensé que era puro arte, ejecutado en sus propios términos.» La belleza exterior de Elizabeth, dijo sencillamente, era «demasiado».

Cuando la mañana iba deslizándose hacia la tarde, Elizabeth se levantó de su tumbona y se zambulló en la piscina. Después, Richard se acercó a ella lo suficiente como para oírla regañar a un productor de MGM, utilizando una cantidad de palabrotas que le chocaron y al mismo tiempo le fascinaron. Nadie esperaba oír salir vulgaridades de ese calibre de una boca tan perfecta. El escocés con hielo le dio valor.

—Tiene usted un dominio notable del inglés clásico —le dijo.

Ella lo miró con sus enormes ojos azul violáceo y él se tocó la cara marcada por cicatrices, sintiendo que las mejillas le ardían como nunca antes.

—¿No se usan palabras así en el Old Vic?[1]

—Sí —dijo Richard—. Pero yo no. Vengo de una familia que cree que esas palabras indican un vocabulario pobre y una mente vacía… Pese a que Jones [el pintor y poeta británico David Jones] escribió que de alguna manera las obscenidades dichas en tiempos en que se comparten preocupación y miedos agudos (como en una trinchera) pasan a ser algo litúrgico, casi poético… —Richard titubeó y el amigo de Elizabeth miró hacia otro lado.

—Vaya vaya vaya —dijo ella fríamente. Había acabado con Richard.

* * *

Richard Burton nació como Richard Jenkins hijo el 10 de noviembre de 1925 en Pontrhydyfen, Gales del Sur. Era el duodécimo de los trece hijos de una familia de mineros galeses. A

Elizabeth le encantaba eso, y el hecho de que Richard hubiera ganado becas gracias a su inteligencia y no a las riquezas de su familia, como Mike Todd, y no como Nicky Hilton. Sin ese cerebro, y sin su gran amor por la lengua y por Shakespeare, habría sido minero igual que su padre. La madre murió cuando él tenía dos años y lo crio su hermana mayor Cecilia (él la llamaba cariñosamente Cis), a quien adoraba.

Su maestro, Philip Burton, se convirtió en su mentor. Richard hablaba únicamente en galés y Burton le enseñó el *King's English*[2] y vio algo en él que se podría moldear para hacer de él un buen actor shakespeariano . Richard adoptó el apellido de su mentor y reemplazó con él el de su padre, minero y alcohólico.

—Mi padre verdadero me transmitió su amor por la cerveza —bromeaba Richard—. Era un hombre de una elocuencia extraordinaria, una pasión tremenda y una violencia extrema. Yo le tenía bastante miedo. Podía alzarte con una sola mano agarrándote del fondillo de los pantalones. Mi padre adoptivo es exactamente lo opuesto. Un pedante, un erudito, meticuloso en el habla y no dado fácilmente a la pasión. Todavía me asusta. Todavía me corrige cuando hablo.

Richard comenzó a beber y a fumar a los doce años. «A veces —escribía en su diario—, soy el hijo de mi padre de tal manera que me asusto a mí mismo. Él tenía el don de hacerte daño con la lengua, tenía los mismos arrebatos de violencia.»

El amigo de Richard desde hacía muchísimos años, lord David Rowe-Beddoe, que también es de Gales y es miembro de la Cámara de los Lores, contó que Cis mantuvo unida a la familia. Recordó que Richard «tenía en mente sus orígenes y no intentaba ocultarlos de ninguna forma, y tampoco se lo habrían permitido porque sus hermanos y hermanas lo habrían abofeteado si se hubiera hecho el gallito delante de ellos. Él interpretaba su papel y ese papel se fue haciendo cada vez más grande».

Richard fue a Oxford durante un año gracias a una beca y entre 1945 y 1947 sirvió en la Real Fuerza Aérea. En 1949 se casó con Sybil Williams, una compañera del teatro, galesa como él, que había aparecido en una de sus primeras películas. Tuvieron dos

hijas, Kate y Jessica. Él actuó en teatros de Londres y de Nueva York y recibió la influencia de su amigo sir John Gielgud. Pensaba que solo se podía actuar seriamente en el teatro.

Aunque se liberó de su apellido familiar, no pudo sustraerse a la adicción de su padre. Richard también era alcohólico y una vez, cuando representaba el *Enrique IV* de Shakespeare, se orinó en pleno escenario después de haber bebido todo el día. Habría tardado media hora en quitarse su vestimenta de cota de malla, de modo que ni siquiera lo intentó.

Tenía un rostro muy masculino y bello, marcado por la varicela que sufrió de niño. Los críticos favorables a él lo llamaban «el Brando británico» y los desfavorables, «el Olivier de los pobres». Richard tenía fama de haberse acostado con la mayoría de sus compañeras de reparto (lo que incluía a las actrices Jean Simmons, Claire Bloom y Susan Strasberg, entre otras) y Sybil ya se había resignado a sus infidelidades siempre y cuando volviera a ella. Toda la familia de Richard, formada por diez hermanos y hermanas supervivientes, adoraba a Sybil.

Una vez Hollywood llamó a su puerta, fue nominado por la Academia para el Óscar por su actuación en *La túnica sagrada* y Darryl Zanuck, de 20th Century Fox, le ofreció un contrato por un millón de dólares para hacer diez películas en diez años, es decir, 100.000 dólares al año. Richard lo rechazó.

En 1954, Richard regresó a Londres y al prestigioso teatro Old Vic, donde ganaba 140 dólares por semana, e interpretó *Hamlet*, *La tempestad* y *El rey Juan*. Pasó por un período de desilusión profesional hasta que Broadway le ofreció el papel del Rey Arturo en *Camelot,* interpretación que fue muy bien considerada. Richard fue elegido personalmente por Winston Churchill para ser el narrador del documental de televisión *The Valiant Years*, basado en sus memorias. Hollywood volvió a tomar nota y ofreció a Burton el papel de Marco Antonio en *Cleopatra*. Esto ocurrió únicamente después de que Mankiewicz le rogara a Spyros Skouras que «retirase sus objeciones» a Burton, quien según Skouras no era rival para Elizabeth en términos de poder. «Además de su atractivo físico y su impresionante personalidad —escribió Mankiewicz—,

Richard Burton es un actor magnífico y experimentado que cuenta con los recursos técnicos y la capacidad dramática que yo necesito no solo para sostener sino para finalizar completamente esa importante segunda mitad de la película.» (Mankiewicz había concebido la película en dos mitades: Cleopatra y Julio César, y Cleopatra y Marco Antonio.) El salario de Richard se fijó en 250.000 dólares por tres meses, más horas extra. En esos momentos él apenas conocía a la protagonista del filme —y recordaba que la única vez que habló con ella no había ido muy bien— y no tenía ni idea de que ella iba a cambiar su vida para siempre.

* * *

Cleopatra comenzó a rodarse en septiembre de 1961, esta vez en Roma. El rodaje ocupaba seis días a la semana, de lunes a sábado. Durante el rodaje, Elizabeth, frágil aún después de su encuentro cercano con la muerte, recibió el trato de una reina. Su guion estaba especialmente encuadernado en cuero marroquí, y su silla, regalo de Mankiewicz, estaba hecha de secuoya roja de California y cuero de Rusia. Cuando vio su camerino, que era un edificio con cinco habitaciones, ella lo bautizó como «Casa [en español] Taylor» y exclamó: «Un poco demasiado, ¿no es verdad?».

El 1 de septiembre de 1961, Elizabeth y Fisher se mudaron a su principesca casa situada en un parque escondido sobre la Via Appia. Estaba a pocos minutos del plató y le costaba al estudio unos (por entonces impensables) 3.000 dólares al mes. Elizabeth se llevó consigo a Michael hijo, Christopher, Liza, la niñera de los tres, un ayudante y siete animales: un San Bernardo, un collie, tres terriers y dos gatos siameses. Su médico personal, Rex Kennamer, fue invitado de ellos durante seis meses. Elizabeth disponía de un Cadillac con conductor todos los días para llevarla al trabajo y devolverla a su casa después (Fisher tenía otro conductor distinto que lo llevaba por la ciudad en un Rolls-Royce verde, regalo de

Elizabeth). El personal de la casa incluía cuatro doncellas, una persona que lavaba la ropa, un chef que preparaba suntuosas comidas y un *maître* que se encargaba de todas sus demás necesidades. Pero uno de los integrantes de este personal se hizo especialmente problemático cuando comenzó a defraudar dinero.

—Me di cuenta de que, en realidad, no puedes tener a un convicto fugado como mayordomo —dijo Elizabeth. Cuando lo despidieron, comenzó a vender historias sobre el tiempo que había pasado trabajando para ella. La actriz sabía que no debía confiar en la prensa: ahora sabía que no debía confiar ni en su propio personal.

El guion era un caos. Mankiewicz se pasaba la noche reescribiéndolo y rodaba durante el día. Estaba nervioso al punto de llevar guantes blancos para protegerse las uñas, que se mordía constantemente. En una carta privada a Mankiewicz con fecha 8 de abril de 1961, Skouras puso de manifiesto todo lo que estaba en juego. «Debes emprender este proyecto con valentía, dejando totalmente atrás el pasado, ya que hablar de errores pasados en la historia solo juega en contra de la reputación futura de esta producción (...) Tengo que advertirte que en esta producción el mundo buscará algo poco usual, fuera de lo común (...) Ahora bien, esta es la parte más peligrosa del proyecto: ¿eres capaz de dar al mundo una película así (...) una película que satisfaga por completo las expectativas del público? Si lo conseguimos, puedo asegurarte que hasta el momento, en toda la historia de las películas cinematográficas, ninguna otra habrá llamado tanto la atención.»

Skouras intentaba transformar la reputación de la película, ya famosa por su extraordinario coste, en una obra maestra creativa. Pero la película parecía maldita y plano a plano iba fracasando. Fox alquiló la playa privada del príncipe Borghese en Anzio por 150.000 dólares. Pensaban construir en ella el plató de Alejandría hasta que descubrieron que allí habían desembarcado los soldados aliados durante la Segunda Guerra Mundial y que aún estaba llena de minas terrestres. Una máquina excavadora topó con una y hubo que llevar expertos en demoliciones para que eliminaran todas las

minas que seguían activas. Otro problema: la playa lindaba con un campo de tiro de la OTAN y hubo que adaptar los horarios de rodaje a las horas en que el campo no se utilizaba.

Cuando trabajaba, Elizabeth se pasaba al menos dos horas con su propio maquillaje, que incluía los elaborados y exagerados ojos de gato. Se aplicaba brillantina sobre los párpados, montones de sombra y un delineador negro y grueso. Era la versión fantástica de una reina glamurosa que dominaba totalmente su propia sensualidad.

* * *

Cuando no trabajaba, Elizabeth tenía planes de adoptar un cuarto hijo. Deseaba tener al menos seis, y puesto que había parido tres por medio de otras tantas cesáreas y llevaba ligadura de las trompas, no podía tener otro hijo propio.

Decidió que ella y Fisher adoptarían, y como las celebridades que no tenían una vivienda estable no se contemplaban como candidatos sólidos, su agente, Kurt Frings, preguntó a su cliente Maria Schell, que era austríaca, si podía averiguar algo sobre adopciones en Alemania.

Schell encontró seis bebés que necesitaban hogares. Elizabeth fue a su casa y vio a una niña de ocho meses acostada en una canasta de mimbre para la colada. «Estaba desnutrida y tenía abscesos por todas partes. Me tomé tres días libres y la cuidé antes de volver a trabajar a Italia —recordaba—. No reía ni lloraba ni pedía lo que necesitaba, pero finalmente, después de tres días de cariño y cuidados, comenzó a despertar y hacer otro tipo de ruidos, los naturales que hace cualquier bebé, todo lo cual me hizo quererla con desespero.»

Una vez que la bañó y la hizo saltar con sus manos, Elizabeth advirtió que la cadera izquierda del bebé estaba caída. «Pero para entonces ya era mi hija y encaré el problema como lo hubiera hecho cualquier madre.» Schell ya lo había arreglado para que

Elizabeth viera a otros bebés que estaban perfectamente sanos, y cuando estaban acabando con los papeles para la adopción, el juez le pidió que lo pensase con detenimiento, puesto que querían que se llevase una «criatura perfecta». Pero Elizabeth dijo que ya era tarde porque se había enamorado de ella. La llamaron Maria, por Maria Schell. La pequeña Maria sufrió una operación importante para fijarle la cadera y luego pasó los siguientes cinco años con diferentes escayolas y férulas.

La adopción se produjo cuando su matrimonio estaba deteriorándose. Fisher pensaba que su papel era el de acompañante, agente y cuidador de su esposa, lo cual no era nada romántico. Dio instrucciones al personal de la casa. «Recordad que no hay nada más importante que el sueño y el descanso de la señora Taylor.» Su propia carrera había naufragado y cuando él actuaba en Las Vegas estaba claro que la máxima atracción era su mujer. Poco a poco se iba convirtiendo más en un hermano protector que en un amante. Y ella se aburría con él. Lo mismo que había pasado con Michael Wilding.

Cuando un entrevistador le preguntó si le gustaban «los hombres fuertes», ella no vaciló en responder que «absolutamente. No podría vivir con un hombre débil». Había odiado que la controlara el estudio y ahora la estaban controlando en su propia casa. Fisher vigilaba cuánto comía, cuánto fumaba y, muy especialmente, cuánto bebía. Aun cuando en esos momentos Fisher recibía inyecciones de vitaminas y de metanfetaminas —*speed* con receta médica— del tristemente famoso doctor Max Jacobson, no aprobaba que ella bebiera mucho.

* * *

El primer día que Richard vio a Elizabeth en el plató se puso a su lado y le dijo: «¿Te ha dicho alguien que eres una chica muy guapa?». A ella no le impresionó en absoluto. «He aquí el gran amante, el gran cerebro, el gran intelectual de Gales, ¿y me sale

con algo como eso?» Volvió corriendo a su camerino para contárselo a su peluquero. Conocía la reputación de Richard. «Richard, tú te follarías a una serpiente, ¿verdad?», le dijo una vez Joan Collins. «Solo si llevara faldas, querida», respondió él. Elizabeth no tenía intenciones de ser otra cruz en su agenda.

Pero eso cambió el 22 de enero de 1962, cuando tuvieron que rodar su primera escena juntos. Richard había salido de juerga la noche anterior y se bebió todo lo que cayó en sus manos, incluyendo copas que la gente había dejado consumidas a medias sobre la barra del bar. Eran las cinco de la tarde y hacía dos noches que no dormía. Consiguió una taza de café, pero era incapaz de llevársela a la boca porque le temblaban terriblemente las manos. Le pidió ayuda a Elizabeth.

—Aguanta esto, cariño, ¿me ayudarías a llevarlo a la boca? —Ella le ayudó a llevar la taza hasta la boca, pero no pudo evitar reír.

—Estaba tan hecho polvo... —dijo Elizabeth más adelante—, estaba hecho unos zorros, y yo miré aquellos ojos verdes que parpadeaban y me sonreían y él se bebió toda la taza y allí nos quedamos, mirándonos.

Recordaba, al estar tan cerca de él, al ver aquellas pequeñas cicatrices de su piel —los vasos sanguíneos abiertos que suelen tener en la cara los que beben mucho—, que en ese momento se enamoró de él.

Richard había dado la impresión de ser tan arrogante que su vulnerabilidad la pilló desprevenida. Solía memorizar todas sus líneas, y también las de los demás, y tenía aquella voz teatral tan resonante que Elizabeth pensó que la iba a intimidar, cuando, en realidad, había demostrado que la necesitaba. El corazón de ella *cwtched* por él (lo abrazaba, en galés). Y cuando olvidaba alguna de sus líneas, ella lo amaba más aún.

Era un hombre tan magnético como Mike Todd y tan brillante como Max Lerner. Ella quedó prendada desde el momento en que lo vio: «Solo oír su voz me produce un orgasmo», dijo.

Y él sintió lo mismo. «Me enamoré en el acto. Era como un espejismo de belleza de todas las edades, tan irresistible como la

atracción de la gravedad.»

El productor Walter Wanger, de pie en el plató, observaba divertido cómo aquellos dos se juntaban para charlar durante los primeros días del rodaje. Elizabeth llevaba un vestido de seda amarilla y Richard una toga romana que le llegaba hasta las rodillas. Cuando los llamaban para comenzar a rodar, se separaban e iban a sus respectivos sitios, pero parecía que una cuerda invisible los mantenía siempre unidos.

Richard comenzó a señalarle algunas peculiaridades en las que ella estaba viviendo su vida, como, por ejemplo, lo extraño que era que siguiese llevando el anillo que le había regalado Mike Todd y que en cambio se dejara atrás el que le había dado Fisher. Ella le dijo que había estado años anclada en el pasado. «Era como el Príncipe Azul besando a la Bella Durmiente», escribió Elizabeth más adelante.

Fisher dejó de ir al plató cuando Richard y Elizabeth debían rodar una escena juntos; la forma en que flirteaban era demasiado evidente y demasiado humillante. «Burton y Taylor están tan juntos en el plató que habría que echarles agua caliente para despegarlos», comentó un publicista de Fox.

Aun así, Sybil y Fisher siguieron actuando como si todo fuera de perlas, aunque era muy difícil pasar por alto la atracción que existía entre el marido de ella y la protagonista de la película.

Una trabajadora del plató llamaba de forma anónima a Sybil y la prevenía cada vez que veía juntos a Burton y a Elizabeth sin estar rodando una escena. El matrimonio había sobrevivido a muchas aventuras anteriores y Sybil pensaba que esta con Elizabeth no iba a ser diferente.

Una noche, Richard con Sybil, y Fisher con Elizabeth, salieron con otra pareja y Fisher no paraba de decir que ya era hora de volver a casa. Eran solo las nueve y media. Elizabeth estaba feliz por haber salido y se sentó justo frente a Richard. Este, que siempre era el centro de atención en cualquier reunión, hablaba y hablaba y no paraba de rellenar su copa de vino y de dársela disimuladamente a Elizabeth, de modo que esta bebió una buena cantidad de copas sin que Fisher se diera cuenta.

Ella trataba de quedarse con Fisher, pero cada vez le resultaba más difícil. Richard puso su vida bajo otra luz y gracias a él se dio cuenta de que su marido era aburrido y necesitado, y que ella se pasaba la mitad del tiempo haciéndole de madre. Fisher se describió a sí mismo apropiadamente como «el felpudo de sus tacones altos».

Elizabeth todavía soñaba, cada noche, con que ella iba también en el avión en el que se mató Mike, o bien que Mike aún estaba vivo. «Estaba casada con un fantasma y para mí el fantasma estaba más vivo que cualquier otro ser humano, lo cual no es muy sano», confesó más adelante.

Truman Capote sentía lástima de Fisher. «Estaba tan enamorado de ella y ella era tan desatenta con él.» Elizabeth organizó una cena en su villa y Richard fue uno de los invitados. Mientras este contaba a todos una historia, Fisher se levantó y fue al piano para iniciar una canción.

—¡Calla! —le gritó Elizabeth—. ¡No podemos hablar!

Fisher bajó la tapa del piano de un golpe y fue a otra habitación, donde puso sus discos a todo trapo. Ella se tapó los oídos, enfurecida. Incómodo, Kurt Frings se levantó para irse.

—Vale, Elizabeth, nos vamos ahora.

Elizabeth se sentía desgraciada. El 13 de febrero de 1962, Fisher viajó hasta un chalé junto a una pista de esquí que acababan de comprar en Gstaad, Suiza. Al día siguiente, ella estuvo muy alterada en el plató y Wanger y Mankiewicz le preguntaron qué le pasaba. Les dijo que antes de que su avión partiese para Suiza, Fisher había llamado a Sybil Burton y le había dicho que su esposa y el marido de ella se estaban acostando. Desde luego Sybil ya lo sabía, y decidió dejar Roma y volver a Estados Unidos, con lo cual solo alimentó la curiosidad global que rodeaba el asunto. Los periódicos de la mañana siguiente contaban que Elizabeth había tratado de arrojarse por una de las ventanas de su villa. Cuando Wanger y Mankiewicz fueron a verla estaba visitándola un médico y, aunque físicamente parecía muy bien, era evidente que estaba trastornada.

—Me siento horrible —le dijo a Wanger en el curso de una

larga conversación en el salón. Ella llevaba una bata larga de color azul grisáceo de Dior y se la veía pálida y exhausta—. Sybil es una mujer tan estupenda.

No ayudó el hecho de que su querido amigo Roddy McDowall también fuera uno de los mejores amigos de Sybil. En realidad, es posible que Roddy le contase a Sybil lo que estaba pasando entre su marido y Elizabeth. La culpa y la vergüenza se la estaban comiendo, no porque le importase lo que la gente pudiera pensar de ella sino porque le preocupaba lo que estaba haciendo a las dos hijas de Sybil y Richard.

Wanger trató de tranquilizarla hablándole de las mareas de la vida y de cómo uno va atravesando distintas fases. Ella dijo: «Es curioso que digas eso; Richard me llama *Océano*». Dijo que necesitaba subir a su habitación y descansar hasta las cinco de la tarde. Wanger pasó a otra habitación para conferenciar con la otra media docena de personas que intentaban gestionar la situación. A todos les preocupaba que la aventura influyese negativamente en lo que quedaba del rodaje.

Cuando Wanger subió a verla, Elizabeth estaba en la cama y le dijo que había tomado unas cuantas pastillas para dormir. Él le dijo que tendría que comer algo, y la siguiente vez que volvió a subir se desató el pánico: Elizabeth estaba dormida y nadie sabía cuántas pastillas había ingerido.

Mandaron llamar una ambulancia, y como parte del servicio había recibido dinero para informar a los fotógrafos, estos ya estaban reunidos a las puertas del Hospital Salvatore Mundi antes de que la ambulancia llegara. Eddie Fisher y Richard Burton llegaron corriendo al lado de Elizabeth, si bien Richard decidió no visitarla en el hospital porque el espectáculo iba a ser mayor aun. Hizo una declaración que decía que él y Elizabeth «llevaban doce años de muy buena amistad», lo cual no era cierto, pero dio a la prensa la oportunidad de incluirlo aún más, si bien estratégicamente, en la historia. Y quizá fuera eso lo que él quería.

Antes Richard había sido un respetado actor de teatro, pero ahora que se lo relacionaba con Elizabeth empezaba a ser mundialmente famoso y lo estaba disfrutando. Cuando Laurence

Olivier le preguntó si quería ser «un personaje famoso o un gran actor», Richard le respondió: «¡Las dos cosas!». En cuanto su aventura con Elizabeth se hizo pública, su agente comenzó a pedir para él medio millón de dólares por película. Dondequiera que fuese, incluso si iba solo, le seguían docenas de *paparazzi*. «Quizá tendría que darle el diez por ciento a Elizabeth Taylor», le dijo a la columnista Sheilah Graham. Pero cuando Graham le preguntó si alguna vez se casaría con Elizabeth, él respondió con un seco «No».

Esta aventura abrió la puerta a una época de decadencia y glamur nunca vista antes. Él le compraba regalos en la tienda de Bulgari, en la elegante Via Condotti, y se los daba incluso cuando Sybil estaba visitándolo en Roma. «Bulgari es la única palabra en italiano que sabe Elizabeth», bromeaba él. Ella le sugirió que también comprase algo de Bulgari para Sybil y él terminó regalando a su esposa algo que valía la cuarta parte de lo que gastaba para Elizabeth. Esta mostraba su nuevo regalo en el plató mientras Richard sufría porque Sybil no lo supiera.

Cuando el rodaje se trasladó a la costa del Mediterráneo, a Richard le maravilló el sentido del humor de Elizabeth. Trepaba una escalera para pasar de su yate a la barca de Cleopatra, desde donde esta planeaba dominar el mundo, y debajo de sus pesados ropajes llevaba un bikini. Entre toma y toma se quitaba el ropaje y yacía al sol sobre la cubierta de su yate, con todo el maquillaje de Cleopatra en los ojos. En una escena, Cleopatra utiliza miniaturas para planificar una batalla con la que piensa conquistar el mundo. Cuando se equivocaba en una línea, Elizabeth bromeaba: «Antonio Antonio, *schmuck* (guapo) mío, ¿no ves que vas directo a una trampa?». Era capaz de evitar a los mirones que venían en sus botes para intentar verla mejor porque se había pasado media vida haciendo precisamente eso.

Estaba locamente enamorada de Richard y cuando él flirteaba con otras mujeres —lo que nunca dejó de hacer— quedaba confundida. «Parece que mi corazón sufriera una hemorragia», dijo a Wanger. Necesitaba llegar a un entendimiento con Richard acerca de lo seria que era la relación de ambos antes de que continuasen rodando juntos: él también estaba enamorado de su

propio rápido ascenso a los escalones más altos de la celebridad como para tomarse en serio el torbellino interior.

Su tormentosa relación hizo de combustible para la representación de los amores escandalosos de Marco Antonio y Cleopatra. Una vez, cuando Richard alardeaba delante de una corista rubia ante los ojos de Elizabeth, esta le envió una mirada tan glacial ante la cámara que él la llevó aparte y le advirtió: «No provoques mi temperamento galés». El 8 de marzo de 1962 un artículo afirmaba que Richard nunca iba a abandonar a Sybil. Y aunque Wanger y Skouras se preocupaban porque la aventura pusiera en peligro la película, no despreciaban el modo en que la vida personal de Elizabeth pudiera contribuir a su interpretación. Ese mismo día Elizabeth tenía que rodar una escena en la que Cleopatra descubre que Marco Antonio la ha abandonado. Va a su dormitorio y con un cuchillo rasga con furia todas sus ropas. La emoción de Elizabeth fue tan auténtica que llegó a herirse una mano y hubo que llamar a un médico al plató para que la examinase.

El registro de sus horarios en el plató parece un culebrón. Durante varios días llegó tarde, o directamente no llegó, por enfermedad. Está claro que su tumultuosa vida personal estaba dañando su capacidad de trabajo. Una entrada del 21 de marzo de 1962 reza: «La señorita Taylor tiene dificultades para decir su diálogo. Declaró no haber dormido la noche anterior y que no iba a poder seguir trabajando. Ha sido enviada a ver el doctor (…) Más tarde, por la noche —en su casa— a la señorita Taylor le entró purpurina del maquillaje en el ojo y la visitó el doctor Pennington». El día siguiente, 22 de marzo, el registro pone: «La señorita Taylor no se ha presentado. Los actores y los técnicos han permanecido en el plató hasta las 11.00 horas, en espera del informe oficial del doctor Pennington. El médico dijo que la señorita Taylor se ha hecho daño en un ojo [la] noche anterior y aún estaba durmiendo en su casa. Se la espera mañana. RECOGEMOS a las 11.00 horas. NO HAY RODAJE».

A fines de marzo, Liz y Richard volvían a las noticias. Cenaban en la Via Veneto de Roma, que estaba de moda, y volvían

a casa sobre las tres de la madrugada. Cuando las fotos de ambos aparecían con titulares como LIZ Y BURTON, TODA LA NOCHE DEL BRAZO EN CITA POR ROMA y LAS TRAVESURAS DE LIZ Y BURTON EN ROMA: BESOS Y BAILE, Richard no se lo podía creer. «He tenido aventuras antes —le dijo a Jack Weiss, publicista de 20th Century Fox—. ¿Cómo iba yo a saber que la tía era tan famosa? Ha desplazado a Khruschev de la primera página.»

Pero ambos estaban obsesivamente enamorados. Una carta especialmente romántica le llegó a Elizabeth en un sobre que ponía: «Muy Privado y Personal». En una ocasión, Richard le escribió: «Lee mi diario. Hay algunas palabras sobre ti; pensé que te gustaría saber lo que siento cuando te follo». El romance entre ambos desató un frenesí mundial en los medios, que fue lo que marcó el comienzo de la actual cultura del *famoseo*. Richard bautizó su relación como *Le Scandale* y tanto él como Elizabeth conocían muy bien las emociones que despertaba su presencia dondequiera que fuesen. No parecían esconderse de las cámaras cuando, entre tomas de escenas de *Cleopatra*, les hicieron una icónica fotografía en una barca frente a las costas de Ischia, cuando cada uno de ellos aún estaba casado con su respectivo cónyuge. Las imágenes de ambos besándose en yates en el Mediterráneo y bailando en los clubes nocturnos de Via Veneto no solamente desplazaron a la guerra fría de las primeras páginas de los periódicos, sino que las historias sobre el romance llegaron a eclipsar a John Glenn orbitando la Tierra en 1962.

Ninguna pareja célebre obtuvo tanta atención. El jefe de publicidad de Fox en Estados Unidos, Jack Brodsky, no podía entrar en un café sin verse rodeado de *paparazzi* que intentaban sobornarlo para que les diera fotos de Richard y Elizabeth en el plató. Todos, en todas partes del mundo, querían saber más acerca de esta espléndida y decadente pareja: las únicas veces que la oficina romana de Associated Press recibió más solicitudes de detalles fue cuando la muerte de un papa. Los fotógrafos acampaban junto a los árboles de las viviendas de Elizabeth y Richard y obtenían datos de sus empleados domésticos. Fox contrató a nueve oficiales de policía vestidos de paisano para que

vigilaran el plató, sabedores de que era probable que al menos uno de los empleados del estudio terminaría colaborando con la prensa. Pero no había nada que pudieran hacer esos empleados: Elizabeth y Richard facilitaban la vida de los *paparazzi*.

Richard continuaba negando la relación incluso ante las muestras públicas de afecto en la calle más famosa de Roma. «Me harté de que todo el mundo me dijera que tenía que ser discreto —dijo—. Y le dije a Liz: "Al carajo, vamos a lo del puto Alfredo a comernos unos putos *fettucini*".»

Ya no le interesaba seguir escondiéndose porque, como le dijo a Mankiewicz, cada día estaba más enamorado de Elizabeth. Durante una escena de amor entre Cleopatra y Marco Antonio, cuando Mankiewicz gritó «¡Corten!», Elizabeth y Richard siguieron el uno en brazos del otro. Repitió «¡Corten!» y nada. Finalmente les dijo: «Me siento como un intruso».

La aventura de ambos fue noticia hasta tal punto que incluso el Vaticano les prestaba atención. En una carta abierta aparecida en abril de 1962 en el periódico semanal de Ciudad del Vaticano, a Elizabeth se la acusó de «vagabundeos eróticos» porque se acostaba con Burton estando aún casada con Fisher. El Vaticano consideraba que eso era «un insulto a la grandeza del hogar».

La misma publicación reconsideró la adopción de Maria por Elizabeth y Fisher después de que ella comenzara a salir con Richard. «¿Acaso esas instituciones no se lo piensan antes de entregarle niños a alguien? ¿No piden referencias morales? ¿No valía más entregar esa niña a un honesto albañil y a una modesta ama de casa, y no a usted, mi querida señora, y a su cuarto exmarido? El ama de casa y el albañil habrían trabajado más duramente y con seguridad habrían hecho sacrificios por su niña. Ustedes, en cambio, tienen otras cosas que hacer.» Durante el resto de su vida Elizabeth temió a monjas y curas, y le horrorizaba que la Iglesia la juzgara.

Alguien tradujo al inglés ese artículo y se lo leyó a Elizabeth cuando estaba en su camerino en el plató de *Cleopatra*. «Al día siguiente alguien se coló en el estudio con el propósito de hacerme volar con una bomba, de manera que el FBI italiano anduvo por

ahí durante cinco días.» Ed Sullivan se unió a la horda enfurecida. «Solo podemos confiar en que no se convenza a los jóvenes de que la santidad del matrimonio ha quedado invalidada por el horroroso ejemplo de la señora Taylor-Fisher y el casado Burton.»

—Seamos francos: la mayor parte de mi vida —dijo ella varios años después de conocer a Richard— ha carecido de dignidad.

Los adjetivos que empleó para describir su imagen pública en aquella época son innegablemente fuertes: «mujer perdida», «indigna de confianza», «bastante inestable», «completamente superficial», «descerebrada». Dijo que quizá lo que más la condenaba era lo siguiente: se la podía considerar físicamente hermosa, pero la gente pensaba que «por dentro, el cuadro no era tan bonito». El público siempre había estado obsesionado por su belleza física: desde que era adolescente la prensa la llamaba «la deliciosa Liz». Pero esa belleza estaba teñida por una cierta oscuridad. Se querelló contra seis revistas de fans por retratarla como «cortesana experimentada y desvergonzada».

Elizabeth estaba dando en Estados Unidos el puntapié inicial a la revolución sexual de fines de la década de 1960 y comienzo de 1970, que iba a transformar drásticamente el paisaje cultural y a ampliar la gestión del propio cuerpo para las mujeres. Un artículo de portada, sin firma y de cinco mil palabras, de la revista *Time* cuestionaba la moralidad cambiante de la época, «en la que se considera cada vez más que el placer es un derecho casi constitucional en vez de un privilegio, en la que la abnegación se ve cada vez más como una tontería, y no como una virtud. En tanto que la ciencia ha reducido el temor a peligros terrestres largo tiempo temidos, como el embarazo y las ETS, el escepticismo ha hecho disminuir el miedo al castigo divino. En suma: la ética puritana, que durante tantos años fue la fuerza moral dominante en Estados Unidos, se considera moribunda, si no muerta, y muy pocos la lloran». Por cierto que Elizabeth no lloraba la moralina de la década de 1950, una década en la que el matrimonio heterosexual estaba estrechamente ligado al sueño americano, en que el sexo antes del matrimonio se consideraba desviación sexual

y que catalogaba la homosexualidad de enfermedad mental. Durante los años cincuenta uno se comportaba «bien» o «mal» y reinaba esa suerte de certeza moral que Elizabeth encontraba repelente. Ella nunca vivió su vida en blanco y negro: para ella siempre hubo muchas tonalidades de gris y motivos por los cuales la gente tomaba las decisiones que tomaba.

Pero esta transformación masiva se tomó su tiempo. La FDA —la Administración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos— no aprobó la píldora anticonceptiva hasta 1960, y no fue hasta 1965 cuando la Paternidad Planificada de Connecticut ganó ante el Tribunal Supremo el caso Griswold vs. Connecticut, que dio la vuelta a las leyes estatales y locales que prohibían el uso de anticonceptivos, incluso por parte de parejas casadas. La periodista y dramaturga Claire Boothe Luce declaró: «Finalmente, la mujer es tan libre como el hombre para disponer de su propio cuerpo, para ganarse la vida, para seguir instruyéndose, para emprender una carrera de éxito».

El problema con Elizabeth era que ella se adelantó un poquito. Cuando su apasionada aventura con Richard Burton cautivó al mundo, muchas mujeres no tenían aún acceso a la píldora (hasta 1972 el Tribunal Supremo no decretó que la píldora anticonceptiva era legal para todas las mujeres, casadas o solteras) y la moral de los cincuenta seguía muy viva. En 1962, después de que la denunciara el Vaticano, Elizabeth iba a rodar la escena de la triunfal entrada de Cleopatra en Roma. Estaba muy asustada porque daba por sentado que los seis mil extras italianos la odiaban. Después de todo, seguro que eran católicos.

En esa escena, Cleopatra llega a Roma en lo alto de una esfinge de oro gigante, como un edificio de tres plantas, con su hijo Cesarión a su lado. Su espléndido ropaje estaba compuesto de una bata de oro de 24 quilates y un tocado de 7 kilos de peso que medía 75 centímetros de altura. Había 26 bailarinas exóticas, 36 trompeteros cabalgando caballos blancos, 150 senadores romanos y 50 arqueros lanzando flechas al cielo. Elizabeth estaba asustada, lo cual era muy raro en ella. «No creo que pueda hacerlo», le dijo a Richard al llegar al plató. Los ejecutivos del estudio también

estaban preocupados. Enviaron a un grupo de francotiradores del escuadrón antiterrorista de la policía romana a que tomaran los tejados de todos los edificios que miraban hacia el plató de *Cleopatra*. Otros oficiales iban haciendo de extras. En el plató había una palpable sensación de que algo iba a salir mal.

—Al pasearme en medio de esa multitud —le confió a Mankiewicz—, sola allá arriba, quién sabe, me insultarán y me tirarán piedras.

A medida que la enorme esfinge se acercaba al trono de César, los miles de extras tenían que gritar: «¡Cleopatra, Cleopatra!». «Aquí viene, Bessie», pensó ella. Pero la gente saludaba y gritaba: «¡Leez, leez, *baci, baci* (besos, besos)!». Elizabeth comenzó a llorar.

Mankiewicz detuvo las cámaras filmadoras y alguien alcanzó a Liz un micrófono. Ya la habían confundido antes: amada y odiada, maldecida y celebrada, y las lágrimas calientes le rodaban mejillas abajo. «Muchas gracias», dijo en italiano.

Pero en Estados Unidos, una diputada por Georgia llamada Iris F. Blitch trató de impedir que Elizabeth y Richard volviesen a pisar nunca suelo estadounidense por tener una aventura.

—Es mi esperanza —dijo Blitch— que el procurador general, en nombre de las mujeres estadounidenses, tome las medidas necesarias para decidir si la señorita Taylor y el señor Burton pueden o no volver a entrar en Estados Unidos, debido a que son indeseables.

El diputado por Nueva York Joseph P. Addabbo se unió a la mojigatería de Blitch. Antonio y Cleopatra «eran ángeles comparados con lo que está ocurriendo en Roma entre Elizabeth Taylor y Richard Burton», declaró Addabbo. La indignación de los medios era hipócrita y profundamente sexista, especialmente teniendo en cuenta hasta qué punto el personal de la prensa, mayormente masculino, se esforzaba en ocultar las aventuras extramaritales del presidente John F. Kennedy, que estaban teniendo lugar al mismo tiempo.

El fin de semana de Pascua, Elizabeth y Richard volaron a Porto Santo Stefano, pero las vacaciones terminaron abruptamente

cuando ella sufrió graves heridas en la cara y hubo que ingresarla en un hospital. Hubo rumores de que había intentado suicidarse nuevamente, y también que Richard la había golpeado, pero ella declaró que su chófer había frenado bruscamente y ella se había golpeado la cabeza. De cualquier manera, el estudio vigilaba de cerca cómo afectaba la relación de ambos al programa de rodaje, e incluso William Wenger, que adoraba a Elizabeth, se sintió frustrado.

Cleopatra amenazaba con desmantelar a 20th Century Fox. El empleo de Skouras estaba en la cuerda floja. En verano, los ejecutivos de Fox volaron a Roma y despidieron a Wanger. Pero este continuó trabajando en la película como productor sin salario. La llegada de Cleopatra a Tarso para encontrarse con César era una de las escenas más elaboradas de la película y aún no se había rodado. Llegaba en una barca de 76 metros de largo, con un mástil de 30 metros, mientras 40 doncellas esparcían pétalos de rosas en el agua y 75 nadadores se sumergían en busca de las monedas que arrojaban otras varias docenas de doncellas. La escena era fastuosa e increíblemente costosa, e incluía una factura por pescado troceado para ahuyentar a las gaviotas de la escena. El coste total fue de 1.100 dólares (10.000 en moneda actual).

El 17 de mayo de 1962, Wanger recibió una llamada del secretario de Elizabeth que le informaba de que Elizabeth no iría a trabajar porque tenía los ojos hinchados. Había llorado toda la noche después de una pelea con sus padres.

Ella los había invitado a Roma. Los padres nunca habían visto a Richard, pero no tenían ganas de que el mundo se volviera contra su hija... otra vez. Sara describió aquella velada. «Una noche estábamos cenando con Elizabeth, y después de comer nos mostró un hermoso broche de diamantes y esmeraldas que Richard acababa de regalarle. Había costado 93.000 dólares y era la joya más cara que ella había tenido hasta ese momento. Richard, hijo de un minero galés, jamás le había comprado algo como aquello a nadie. Papá se puso furioso y obligó a Elizabeth a sentarse mientras la sermoneaba y le decía que no podía quedarse el broche, que tenía que devolvérselo a Richard.» Elizabeth comenzó a llorar y

Sara hizo lo propio al ver a su hija tan herida. Cuando Richard conoció a Francis y a Sara en el plató, estrechó la mano del padre y le dijo: «Señor Taylor, quiero que sepa que entiendo perfectamente cómo se siente. Si se tratara de mi hija me sentiría exactamente igual que usted».

Ese verano Elizabeth y Richard fueron a Capri en un yate. En mitad de un almuerzo, ella tuvo la extraña sensación de que la estaban observando: se había acostumbrado de tal modo a esa sensación que la reconoció inmediatamente. Richard le dijo que se estaba volviendo paranoica, pero ella oía un zumbido como el de una cámara grabando. Y observó un bulto detrás de una cortina de cubierta.

Cuando uno de sus amigos fue hasta la cortina y la abrió, encontraron cámaras que apuntaban a Elizabeth y a Richard. No existía un sitio donde esconderse, ni siquiera a bordo de un yate.

Cuando Fisher regresó a Nueva York decidió convocar a una conferencia de prensa en el Hotel Pierre a fin de negarlo todo. Sobre Richard dijo: «Es amigo mío. No somos amigos íntimos... Lo conozco desde no hace mucho. Es un tío divertido, agradable, encantador y como actor es excelente». Cuando los reporteros le preguntaron si Elizabeth pensaba hacer una declaración para desmentir los rumores de su separación, Fisher respondió: «Creo que sí, que la hará».

Durante la conferencia de prensa llamó a Elizabeth a Roma. La escena se desarrollaba en tiempo real. Él le pidió que dijera a la prensa que las noticias que llegaban desde Roma no eran ciertas.

—Bueno, Eddie —respondió ella, como si estuviera hablando con un niño—, no puedo hacer eso porque hay algo de verdad en lo que dicen. Sencillamente, no puedo.

—Espera un instante —dijo Fisher—. ¿Qué quieres decir con que no lo harás?

—No puedo decirlo porque no es verdad. La historia tiene su fundamento.

—¡Te lo agradezco mucho! —gritó él antes de colgar con violencia.

Volvió a la conferencia de prensa y explicó mansamente que,

en realidad, Elizabeth no iba a hacer una declaración. «Ya sabéis que podéis pedirle a una mujer que haga algo, pero no siempre lo hará», dijo, intentando ser gracioso. Los titulares gritaron: LIZ RECHAZA POR TELÉFONO LA PETICIÓN DE AMOR DE EDDIE. Se había acabado: ella se negaba a mentir. Un amargado Fisher volvió al trabajo y esa noche su actuación en el club nocturno incluyó el tema *Soy Cleo, la ninfómana del Nilo*. (En una ocasión, Richard calificó a los cuatro maridos de Elizabeth y Fisher recibió el adjetivo «deplorable».)

Pero, naturalmente, Fisher tenía motivos para despreciar a Richard. Una noche antes de que Fisher terminara regresando a Nueva York, Elizabeth y Richard volvieron a la villa totalmente borrachos, se sentaron junto a él y mantuvieron una conversación despiadada durante seis horas.

—Elizabeth, ¿a quién amas? ¿A quiéééén amas? —preguntó Fisher.

Ella miró a Fisher y luego a Richard y respondió:

—A ti.

Richard chasqueó los dedos y dijo:

—Esa es la respuesta correcta. —Y el semblante se le puso duro—. Pero no ha sido lo bastante rápida.

Fisher dijo haber oído que Richard la había golpeado y la había echado del coche a puntapiés cuando estaban en Porto Santo Stefano, y que por ese motivo tenía la cara lastimada. Aceptó que él nunca podría ser el marido posesivo y dominante que Elizabeth deseaba. Lentamente estaba comenzando a aceptar la realidad que se desenvolvía ante sus ojos.

La simpatía que el público había derramado sobre Elizabeth después de la traqueotomía ya se había evaporado. Una mujer enferma goza de mucha mayor simpatía que una mujer que disfruta del sexo y deja a su marido. El periódico romano *Il Tempo* la definió como «una vampiresa alcohólica que destroza familias y devora maridos». Otra publicación preguntaba: «¿Necesita Liz unos azotes?».

«Pobre Debbie» se convirtió en «Pobre Sybil».

Cuando hablaba de Richard con sus amigos, Elizabeth se

sentía incluso cohibida. Shirley MacLaine recordó una conversación una noche que estaban bebiendo champán y Elizabeth pensó que su amiga la estaba juzgando. «Alzó la copa de champán, me miró directamente a los ojos y los suyos se llenaron de lágrimas, y dijo: “Richard me enseñó cómo... —y las lágrimas comenzaron a caer y ella apartó la copa para que no cayesen en el champán— ... cómo amar”. Yo comencé a llorar y pensé: "Ojo, ella ama a ese hombre, no importa lo que yo haya oído sobre él". Me lo explicó de forma tan poética para que yo lo aceptara.»

Richard se trasladó a la elegante Villa Papa, en la que ella había vivido con Fisher. Cuando no estaban trabajando, corrían a un pequeño estudio que tenían en la playa. «Yo asaba carne —recordaba Elizabeth—, y había una ducha vieja y destartalada y las sábanas siempre estaban húmedas. Nos gustaba... nos gustaba con locura.»

Elizabeth pidió que no se publicitara el último día del rodaje. Le aterrorizaba que, una vez finalizada *Cleopatra,* Sybil viajase a Italia para reclamar a su marido. Ese último día bajó de la barca en Ischia Ponte y la ayudaron a llegar a una lancha que estaba al borde del embarcadero, besó a Mankiewicz y se fue. Lloró más tarde.

Después de más de doscientos días de filmación, la parte de Elizabeth en aquel lodazal cinemático había terminado. No pudo acompañar a Richard a rodar las dos últimas semanas en Egipto debido a su muy publicitada conversión al judaísmo y su apoyo a Israel. (Le horrorizaban la discriminación y el antisemitismo. Una vez, cuando quiso comprar un edificio de apartamentos en Nueva York, dijo que los miembros de la directiva al principio no quisieron dejarla entrar porque era judía. Luego dijeron: «Haremos una excepción con usted por ser Elizabeth Taylor». Y ella les respondió: «Pueden quedarse con su edificio; ya saben dónde metérselo» .)

Elizabeth voló a Chalet Ariel, la casa apartada que Eddie y ella habían comprado en Suiza, y que se convertiría en su refugio y su único verdadero hogar durante muchos años. Seis meses de *Le Scandale* la habían dejado a la vez consumida por su amor hacia

Richard y atormentada al saber que había lastimado a muchas personas. No se preocupaba de manera especial por Eddie Fisher porque a aquellas alturas pensaba en sí misma más como una figura maternal que en una amante. Pero Sybil y las hijas de Richard le pesaban en el pensamiento. Su culpa aumentó al enterarse de que a la niña más pequeña, Jessica, le habían diagnosticado esquizofrenia y autismo. (Décadas más tarde, en 1980, Elizabeth seguía sintiéndose tan culpable que intentó visitar a Jessica.) En total, fueron diez las vidas afectadas por las decisiones de la pareja: Sybil y Fisher, sus cuatro hijos, y las dos niñas de Richard. Durante algún tiempo, Richard volvió con su familia.

Puede que Elizabeth se sintiera culpable, pero no iba a disculparse. Había visto lo que ocurrió poco más de una década antes, cuando la actriz Ingrid Bergman tuvo que exiliarse debido a su infidelidad. Ella era un ser sexual y no tenía intenciones de capitular, y decir eso significaba admitir que era una seductora con un apetito insaciable y audaz por el sexo. Simplemente lo disfrutaba.

El tiempo que pasó con sus hijos en un tranquilo pueblo de veraneo, fuera de temporada, fue solitario. Los hijos trataron de levantarle el ánimo. «Anoche le pedí a Dios que tú y Richard os casarais», dijo Chris Wilding, de ocho años, a su madre y eso la hizo llorar.

Ella y Fisher comenzaron los trámites para el divorcio. Elizabeth había llegado a odiarlo y no lograba olvidar aquella noche en Villa Papa en que él le puso un arma en la cabeza. Fisher había quitado los pomos de las puertas del dormitorio y le acariciaba la cabeza con un arma mientras estaban juntos en la cama. Esa fue la terrorífica noche en que Fisher le dijo que ella «era algo demasiado bonito» para matarla. Elizabeth siempre se había mantenido en contacto con sus «ex», «excepto con Edna», dijo muchas veces a lo largo de los años, empleando el mote con el que llamaba a Fisher.

Elizabeth había llegado a lo más profundo de su depresión algún tiempo antes de que Marilyn Monroe muriese de sobredosis.

Más adelante dijo que el problema de Monroe era que le aterrorizaba hacerse mayor. Sintió lástima por ella, al saber que nunca había tenido un hogar estable. Sabía que ella era más fuerte, aunque jamás lo habría dicho.

—Marilyn se permitió cargar con el tremendo peso de ser un símbolo sexual. Y observé cómo Monty, que nació con un espíritu libre, permitía que la presión del estudio, y el gran peso que eso entraña, le cortaran las alas. Yo no. Yo me negué a achacarle ninguna responsabilidad a nadie más que a mí misma.

En el curso de una conversación privada con Richard Meryman en agosto de 1965, le dijo que solo se había encontrado con Marilyn dos o tres veces. «Era encantadora y amistosa, y como si tratase de ser extrovertida (…) Cada vez me sentí deprimida y triste porque yo no lograba llegar hasta ella, y ella era una chica generosa y dulce.»

La prensa siempre trató de enfrentar a Elizabeth con Monroe porque a las dos se las consideraba las estrellas de cine más hermosas y más *sexis* de la década de 1950 y principios de la de 1960, y a todo el mundo le gusta una pelea de gatos por ficticia que sea. Pero en la vida real nunca fueron rivales.

En 1962, cuando Fox estaba cerca de la bancarrota por culpa de *Cleopatra*, el estudio despidió a Monroe de su última película, *Alguien tiene que ceder*, que nunca se terminó. Monroe pensaba que la habían despedido porque estaban gastando mucho en Elizabeth y su carísima película épica. A Monroe le pagaban 100.000 dólares, mientras que Elizabeth cobraba un millón por *Cleopatra*.

Veinte años más tarde, Elizabeth le contó a una amiga que había llamado a Monroe y le había ofrecido retirarse de *Cleopatra* y volver únicamente si el estudio readmitía a Marilyn. A esta le conmovió la oferta, pero respondió que una acción pública así, de desafío al estudio, probablemente solo conseguiría dañarlas a las dos.

Elizabeth comprendió. Estaba en ese negocio desde hacía mucho más tiempo y ya la habían hecho sudar la gota gorda. Dejó a Marilyn con este consejo: «No importa lo que escriban sobre mí, Marilyn, yo jamás lo niego. Y jamás lo confirmo. Sigo sonriendo y

tiro hacia delante. Tú haz lo mismo». Este fue el consejo que Spencer Tracy, quien nunca habló de su larguísimo *affair* con Katharine Hepburn, le había dado a ella. Marilyn carecía del apoyo emocional que tenía Elizabeth y sucumbió a las presiones el 4 de agosto de 1962.

Elizabeth sabía que ella contaba con ventajas que Marilyn no tuvo, entre ellas una madre bastante abrumadora, pero que también la protegía. En una conversación no oficial en 1964, cuando un periodista le preguntó a Elizabeth acerca de la transición de niña-estrella a adulta en la pantalla, Richard interrumpió y dijo: «Creo que tiene la suerte de ser una chica. Creo que a las chicas se les da con más facilidad lo de la transición, solo que no se me ocurre ninguna otra chica que lo haya hecho. Ah, sí, Judy Garland hizo la transición de juvenil a senil». Richard y Roddy McDowall rieron, pero Elizabeth no.

—Richard —dijo—, es muy feo...

—Te encanta —le dijo McDowall, interrumpiéndola.

—¡No! —exclamó Elizabeth. Ni siquiera en una charla no oficial aceptaba arrastrarse por el barro como ellos.

A Elizabeth se le ofreció representar un personaje autodestructivo, inspirado en Marilyn, en la versión cinematográfica de la obra de Arthur Miller *Después de la caída*. «Me gustaría coger a ese hombre [Arthur Miller, exmarido de Marilyn Monroe] y patearlo donde le duela (...) qué bajeza, qué bajeza, qué cerdo despreciable.» Gritó al productor que le ofreció el papel. «Nunca habrás oído un torrente de insultos por teléfono como el que salió de mis labios.»

Elizabeth no quería ser un símbolo sexual como Marilyn porque para ella no era auténtico. «Prefiero ser el símbolo de una mujer, una mujer que ha cometido errores, una mujer que ama. Una mujer que tiene hijos (...) El sexo es real. Es algo que puedes tocar y sentir y oler. Y se trata de tu esposa, o de tu marido (...) ¡El sexo es amor!»

Odiaba que la sexualizaran. «Quizá debido a mi vida personal les sugiero algo ilícito, pero solo lo sugiero porque yo no soy ilícita ni inmoral. He cometido errores. Y he pagado por ellos.»

Richard tenía su versión propia sobre las diferencias entre los tres principales «bombones» de aquella época: «Sophia es *Mamma mia*, ya sabéis, espléndida *Mamma mia*. Marilyn era una inocente. Y Elizabeth, una salvaje —le dijo a Meryman—. Es como una reina, como una princesa. Y no se llama Elizabeth por accidente. Quiero decir, en *De repente, el último verano*, cuando está en el salón, al principio de la película, está distante, como "No me toques". Mientras que Marilyn te mostraba todo su cuerpo diciéndote "Toca". Es un tipo de personalidad completamente diferente.»

* * *

Durante el verano de 1962, Elizabeth y Richard pasaron dos meses separados. Los padres de ella vivían cerca y él estaba a menos de dos horas de coche en Céligny, un pequeño pueblo suizo cerca de Ginebra. Un día Richard la llamó y la invitó a comer en el castillo de Chillon, sobre el lago Ginebra, a las dos de la tarde. Venían de direcciones opuestas y ella iba en la parte trasera del coche, con sus padres. No habían vuelto a verse desde la conclusión de *Cleopatra*, y ahí estaba él, con sus ojos verdes sobre un bronceado profundo.

Elizabeth agarró el brazo de su padre y después el de su madre. «No sé qué hacer, estoy asustada.»

—Pasa un hermoso día, cariño —le dijo Sara mientras la cogía entre sus brazos. Sara y Francis debían de saber lo desdichada que se había sentido sin Richard, y cualquier recelo que hubieran sentido acerca de la relación de ambos estaba desvaneciéndose. Richard los había visto y se acercaba a ellos para saludarlos, y en ese momento Francis dio a su hija un suave empujón. Cuando ella bajó del coche, se estrecharon las manos torpemente y sus padres se marcharon.

Durante la comida, ambos tartamudearon y se interrupieron el uno al otro. Él la llevó a su casa sin siquiera darle un beso. Se retiraron cada uno a su residencia de Suiza, donde vivían para

evitar pagar impuestos, y quedaron en encontrarse para almorzar cada pocas semanas.

Elizabeth añoraba tanto a Richard que decidió que estaría disponible cada vez que él la necesitara. Se contentaría con vivir como su amante porque eso, razonó, es mejor que nada. Pasaron quince meses en este complicado baile mientras Richard decidía si debía dejar a Sybil. Elizabeth le dijo a Dick Hanley que sin Richard tenía la sensación de que «faltaban escenas», un término que se usa en la industria del cine como código para comunicar que aún hay más escenas para agregar a la película. Era, para siempre, una hija de Hollywood.

Los hijos de Elizabeth vivieron su propio trauma por culpa de este período en la vida de su madre. Michael y Christopher no veían mucho a su padre, el padre de Liza había muerto y Maria, en realidad, no conocía a Eddie Fisher. Richard adoptó a Maria en 1964 después de casarse con Elizabeth, convirtiéndose en el único vástago de la pareja. Maria recuerda haber asistido a una cena en Nueva York a principio de los años noventa y haberse sentado justo delante de Eddie Fisher. No lo había visto desde que él y Elizabeth se divorciaron. Fisher miró a Maria con lágrimas en los ojos y le dijo: «Tú tenías que ser uno de mis hijos». Fue un momento tan tenso que ella no supo qué contestar.

Todos los días los niños de Elizabeth preguntaban dónde estaba Richard. A veces, cuando iba a visitarlos a Gstaad, Richard parecía deprimido.

—Está triste —les explicó Elizabeth— porque quiere a sus propios hijos y os quiere a vosotros. Y ama a Sybil y también me ama a mí. Nos quiere a todos, pero desdichadamente no puede estar con todos nosotros.

En ocasiones, cuando la mirada de Richard se perdía en el espacio, ella les decía que no se preocupasen, que no estaba enfadado con ellos. Llamaba a estos momentos oscuros «la hora galesa», una «melancolía celta» que según ella era común entre los galeses. Y les dijo que era mejor darle su espacio.

«Quizá, después de veinticinco o cincuenta años de matrimonio, todo este dolor que tuvimos que soportar y que les

hicimos pasar a otros haya merecido la pena», pensaba Elizabeth.

Cuando estaba con Richard sentía finalmente que podía dejar de buscar. Preguntó a su amigo Capote: «¿Qué supones que pasará con nosotros? Creo que cuando encuentras lo que siempre has estado buscando, ese no es el comienzo del comienzo sino el comienzo del fin».

Capítulo 11

Loco, estúpido amor

1964 — 1973

> Bien, en primer lugar debes saber que te venero. Segundo, y con riesgo de repetirme, te amo. Tercero, y aquí hago gala de mi dominio del idioma, no puedo vivir sin ti. Tercero, quiero decir cuarto, tienes una enorme responsabilidad porque si me dejas, no tendré otro remedio que matarme.
>
> CARTA SIN FECHA DE RICHARD A ELIZABETH

Después de finalizar *Cleopatra*, Richard y Elizabeth estaban en Londres rodando *Hotel Internacional*, película que estaba claro para ella que no iba a ser una obra maestra de la cinematografía: era sencillamente un recurso para estar con Richard. Eso era lo único que le importaba... y lo mismo a él. Se le había pedido a Richard que leyera el guion de la película, que trata sobre un grupo de gente importante que se encuentra recluida en el aeropuerto de Heathrow cuando su avión queda en tierra por una avería. A Richard no le gustó el guion, pero Elizabeth pensó que les iba a reportar una buena tajada de dinero. Y cuando descubrió que se pensaba en Sophia Loren para el papel de esposa de Richard, eso lo decidió todo. «Díganle que se quede en Roma —dijo—. Lo haré yo.» Ya hacía muchos años que Elizabeth albergaba una rivalidad hacia Loren, cuya belleza y sensualidad solo eran comparables a las suyas.

Richard llevaba un diario y le escribía a Elizabeth una cantidad ingente de notas y cartas que demuestran que estaba loco perdido por ella. Una de esas cartas finaliza así: «A propósito, ¿me

permitirás que te folle esta tarde?». Y en otra escribió: «Te amo tanto que es una enfermedad. Sueño que estás acurrucada durmiendo. Y hasta tengo celos de la cama...».

En otra carta expone sus sentimientos hacia ella por medio de un lenguaje poético. Richard era un escritor frustrado que canalizó su reprimida energía creativa hacia las cartas. Muchas veces dejaba notas para que Elizabeth las leyera en el hotel cuando tenían que separarse, aunque fuera por unas pocas horas. De sus cartas a ella se desprende una pasión inaplazable:

> *Querida Elizabeth:*
>
> Me pediste que te escriba la verdad sobre nosotros (...) Prometeo fue castigado por los dioses y aún sigue sufriendo en todos nosotros por inventar el fuego y robárselo a los dioses. A mí los dioses me castigan siempre por haberme dado el fuego y yo querer apagarlo. Por supuesto, el fuego eres tú. No puedo apagarte (...) siempre serás un azufre inextinguible, ineludible, en mis manos inadecuadas y vulnerables.

Decía que ella era «probablemente» la mejor actriz del mundo, pero en sus cartas siempre hay un matiz que indica que nunca se fio totalmente de ella. Cuando actuaba con otros hombres, él se ponía celoso: «...recuerda, no beses con la boca abierta o con resoplidos de excitación ni ninguna de esas cosas, de lo contrario me presentaré en el estudio y ciertas chicas [Elizabeth] lo van a pasar muy mal».

El drama que rodeaba a *Cleopatra* continuaba, aunque el rodaje de la película hubiese acabado. Skouras ya no era presidente de Fox, en buena parte debido a los exorbitantes costos de la película, y quien ocupaba su puesto era Darryl Zanuck. Mankiewicz le mostró a Zanuck un montaje preliminar de *Cleopatra* y este decidió despedirlo, privándole así de la oportunidad de dar los toques finales al proyecto en el que había trabajado durante años. Acabaron llegando a un acuerdo y Mankiewicz aceptó rodar algunas escenas adicionales. Estas

últimas escenas se rodaron en marzo de 1963. Mankiewicz acortó la película hasta ocho horas y siguió insistiendo en que se la estrenase en dos partes: la primera sería *César y Cleopatra* y la segunda *Marco Antonio y Cleopatra*. Zanuck no lo permitió. El público quería ver un solo enorme éxito y eso es lo que Fox se empeñaba en darles.

Mientras rodaban *Hotel Internacional*, Elizabeth y Richard se alojaron en *suites* diferentes del Hotel Dorchester. Elizabeth se había separado de Fisher, pero Richard seguía llevando una doble vida y visitaba a Sybil en su casa de Londres. Tenía que escoger. «Amo a Sybil, mi primera esposa, pero de una manera diferente —explicaba Richard—. Mi amor por Elizabeth es más completo, más... necesario, supongo.» Pero su decisión tenía que pagar un precio muy alto. «No he visto a ninguna de ellas [sus hijas] desde hace dos años, desde que Sybil y yo nos separamos: aquello ha sido una pesadilla. Cómo Elizabeth me aguantó durante aquel período es algo que ignoro. No podía pensar en ninguna otra cosa. Mis sueños no eran más que imágenes de Kate [su hija mayor].»

Kate tenía cinco años cuando sus padres se separaron y Jessica era más pequeña aún. Sybil soportó la situación todo lo que pudo, con la esperanza de reconciliarse y de acabar con la doble vida que llevaba su marido, pero finalmente todo fue muy doloroso para ella. En abril de 1963, viajó a Nueva York con las dos niñas y presentó una demanda de divorcio por «abandono y tratamiento cruel e inhumano», añadiendo que su marido estaba «constantemente en compañía de otra mujer». Se divorciaron en diciembre y Sybil obtuvo la custodia de las niñas y un millón de dólares como compensación.

El sentimiento de culpa de Richard por haber abandonado a Sybil y a sus hijas era algo imposible de quitarse de encima, en especial en vista de la cantidad de tiempo que pasaba con los hijos de Elizabeth, particularmente con Liza, que tenía la misma edad que Kate. Las entradas de su diario reflejan la admiración que sentía por la perseverancia y la inteligencia de Liza. «Es comprensible que ame a las dos niñas [Kate y Liza] hasta la idolatría», escribió en 1969. En su yo más profundo se sentía un

farsante que había abandonado Gales y su familia de clase obrera y había hecho un trato al estilo Fausto para emprender una lucrativa carrera en Hollywood junto a Elizabeth, dejando de lado su sueño de convertirse en un escritor respetado. Todo esto agravaba su alcoholismo, hasta que fue evidente que Richard tenía un problema insoslayable. Una vez que comenzaba le era imposible parar. «Él sabía muy bien que tenía un problema con la bebida, aunque tratara de legitimarlo al enumerar los personajes históricos famosos, en especial los literatos, que se habían consumido en llamas alcohólicas —dijo Chris Wilding, que creció teniendo a Richard como figura paterna—. Algunos escritores como Dylan Thomas eran verdaderos héroes para Richard, y creo que lo que lo reconcomía era estar convencido de que en él solo había un actor y nada parecido a un escritor reconocible.»

Chris recuerda lo difícil que fue crecer como el hijo de la actriz más famosa del mundo, especialmente durante sus primeros días con Richard, en que los niños vivían en una *suite* diferente, incluso en otra planta, del Dorchester. También pasaron mucho tiempo en un colegio-internado, atendidos por las grandes amigas de Elizabeth Norma Heyman y Liz Smith (que no era la columnista, a quien también conocía Elizabeth) y por niñeras. «En verdad era la Madre Tierra, pero hacía extensiva esta cualidad a todo el universo», dijo Wilding. En ocasiones los amigos y los empleados de Elizabeth recibían más atención de ella que sus propios hijos. Sara la había sofocado y ella quería dar a sus hijos la libertad de tomar sus propias decisiones y cometer sus propios errores. Muchos años más tarde reconoció que no había estado con ellos el tiempo suficiente.

Un sábado por la tarde Richard viajó a Cardiff, la capital de Gales, a ver un partido de *rugby*, y cuando volvía fue atacado en la estación de Paddington por un grupo de jóvenes. Lo golpearon y cuando cayó al suelo comenzaron a patearlo sin parar. Lo dejaron amoratado y tuvo que llevar una venda sobre un ojo.

Wilding, que entonces tenía nueve años, recordó que había oído la noticia diez días más tarde, lo cual demuestra lo poco que veía a Richard y a Elizabeth. «Richard me dijo una vez —recordaba

Chris—: "No intento ocupar el lugar de tu padre”. Mi padre era tranquilo, quizá pasivo, pero mi madre necesitaba algo más. Las cosas podían salir de dos maneras diferentes con los hombres que escogía como acompañantes en su vida; los que funcionaban eran aquellos que podían ser sus iguales y que no le permitían salirse con todos sus caprichos.»

* * *

Los primeros anuncios de *Cleopatra* mostraban a Elizabeth y a Richard en sus ropajes de época, pero no mencionaban sus nombres ni el título de la película. Fueron la primera pareja tremendamente célebre tan conocida que no hacían falta las identificaciones ni las explicaciones. Lo mismo ocurrió con *Hotel Internacional*: los carteles de la película mostraban a ambos solamente con los pronombres «Ella y Él...». Al público le provocaba morbo ver a Elizabeth y a Richard actuando juntos. Querían saber si su magnetismo sexual se reflejaba en la pantalla.

Cuando se estrenó *Cleopatra* en el teatro Rivoli de Nueva York, el 12 de junio de 1963, los asistentes fueron diez mil, una cifra récord para un estreno en esa ciudad. Y Elizabeth ni siquiera asistió. Las críticas fueron variadas. El *Herald Tribune* dijo: «La montaña de fama ha producido un ratón». La opinión de *The New York Times*: «Una de las grandes películas épicas de nuestro tiempo».

La Legión por la Decencia, un grupo católico que señalaba contenidos inaceptables en las películas, no fue feliz con el resultado final. Declaró que la película era «un espectáculo histórico pretencioso que ofende seriamente a la decencia debido a su énfasis continuado en vestidos poco modestos a lo largo de sus cuatro horas de duración. Posturas, bailes y situaciones audaces y sugerentes forman parte de todo este insulto». Una vez más, parecía que la sexualidad y la femineidad de Elizabeth se llevaban a juicio.

Rex Harrison, que interpretaba a César, se llevó las mejores críticas, mientras que Elizabeth y Richard pasaban del elogio a la humillación. Las más crueles eran las críticas a Elizabeth, como si los críticos se sintieran ofendidos personalmente por su actuación. Se la convertía en un objeto, amarga realidad que compartió con Marilyn Monroe. Se la castigaba por fracasos morales percibidos, algo que nunca ocurría con los hombres, y su negativa a disculparse ofendía más aún a los críticos.

«Demasiados kilos, demasiado busto, demasiada paga y demasiado poco talento; ha hecho retroceder una década la profesión de actriz», dijo David Susskind, presentador de una tertulia por televisión.

Elizabeth sabía lo que costaba hacer una buena película y ya había predicho estas repercusiones negativas cuando leyó el guion en 1959. Ella quería que las motivaciones de Cleopatra fueran más evidentes: sabía a lo que se enfrentaba al personificar a la más famosa gobernante femenina de la historia como una política astuta y una mujer a quien también gobernaba el amor.

Elizabeth había pasado cinco años de su vida con *Cleopatra*, en un trabajo interpretativo que llegó a catalogar de «enfermedad laboral». Cuando vio la película por primera vez, vomitó en el cuarto de baño del Dorchester. Richard se jactó de no haberla visto nunca. Mankiewicz la llamó «la experiencia más humillante de mi carrera».

—La película fue concebida en estado de emergencia —dijo —, rodada en estado de confusión y acabada en estado de pánico total.

Pero *Cleopatra* fue el mayor éxito de 1963 y nominada a nueve premios Óscar, aunque ninguno de ellos a la Mejor Actriz. En 1966 proporcionó grandes ganancias cuando la televisión compró los derechos por 5 millones de dólares.

Elizabeth había negociado un acuerdo tan sin precedentes para sí misma que cuando expresó su opinión de que a Fox se le estaba dando una cantidad ínfima de su gasto final, el estudio replicó: «La señorita Taylor faltó al trabajo al menos durante cuarenta días en Italia, lo cual costó a la empresa entre 150.000 y

175.000 dólares al día». El combate había comenzado: Elizabeth demandó a Fox por la rebaja acordada y la Fox demandó tanto a ella como a Richard por 50 millones de dólares en total, de los cuales, 20 millones a ella por sus ausencias y por prestarse a «la burla, el ridículo y la publicidad desfavorable como resultados de su conducta y su comportamiento, durante la producción y después de ella, y mientras se distribuía la película, de tal manera que fue una ofensa a la moral y el buen gusto y un desprecio al valor comercial de la película».

Según Fox, Richard era culpable de las mismas ofensas, pero a él lo demandaron solo por 5 millones de dólares. Los 25 millones restantes fueron esencialmente un castigo por mantener una aventura. No importó que el jefe del estudio, Darryl Zanuck, fuera tristemente célebre por abusar de su poder y por obligar a muchas jóvenes a acostarse con él a cambio de la promesa de hacerlas famosas. Finalmente, la demanda se desinfló en una serie de arreglos extrajudiciales, aunque acosó a Elizabeth durante años.

Esta tuvo que soportar con calma las arremetidas de las críticas negativas y las demandas que siguieron. Cuando se estrenó *Hotel Internacional*, en septiembre de 1963, los críticos fueron igualmente crueles con la película. El problema eran sus honorarios de un millón de dólares. El público esperaba más de Elizabeth y de Richard porque *Le Scandale* los había vuelto millonarios y poderosos. El *Daily Mail* escupió: «Si por su [de Elizabeth] capacidad interpretativa se le paga el rescate de un rey, en esta película ha cometido impunemente un asesinato económico».

* * *

A medida que su vida profesional iba desmoronándose, la vida personal de Elizabeth se centraba. El abril de 1963 Richard y Sybil quedaron oficialmente separados, y en marzo de 1964 se sancionó el divorcio de Elizabeth y Fisher. Este último fue un proceso largo

porque Fisher pedía más dinero del cobrado por ella por *Cleopatra*, y en un momento dado incluso pidió un millón de dólares a cambio de dar su consentimiento al divorcio. Más tarde demoró el asunto al argumentar que el divorcio no era válido. Acudió a la prensa y acusó a Elizabeth de ser bígama, a lo que ella respondió: «Debe de estar de broma».

Por fin Elizabeth y Richard se casaron en Montreal el 15 de marzo de 1964. Ella tenía treinta y dos años y él treinta y ocho, era su quinto marido y Elizabeth la segunda esposa de él. Volaron en un avión alquilado desde Toronto, donde Richard estaba representando *Hamlet*, hasta Montreal, porque un vuelo comercial habría alertado a los *paparazzi*. Se casaron en una *suite* del octavo piso del Ritz-Carlton. Elizabeth se dirigió, sola, de una habitación de la *suite* hasta otra, donde la esperaba Richard. Esta puede haber sido su boda más importante, pero al mismo tiempo fue una de las ceremonias menos extravagantes. Elizabeth y Richard no necesitaban decirle al mundo que estaban enamorados: ya lo sabían todos. Su pasión era evidente.

Ella llevaba un vestido largo de *chiffon* amarillo brillante, con mangas largas y gran escote, diseñado por Irene Scharaff, que había hecho sus trajes para *Cleopatra*. Eligió el amarillo porque era el color del vestido que llevaba cuando ella y Richard se vieron por primera vez y se enamoraron en Roma. Llevaba pequeñas flores enganchadas en una larga trenza que le bajaba por la espalda y el broche con esmeraldas y diamantes de Bulgari, la primera joya que Richard le había regalado.

El pastor de la iglesia unitaria comenzó la ceremonia diciéndoles: «Habéis luchado mucho por vuestro mutuo amor». Nunca se dijo una verdad más grande. Los habían perseguido y acosado, escarnecido y alabado.

Se quedaron despiertos hasta las siete de la mañana, hablando, riendo y llorando.

—Soy tan feliz que no puedes imaginarlo —le dijo ella.

* * *

Ella y Richard odiaban las multitudes y les preocupaba que alguien pudiera hacerles daño; a él le asustaba especialmente la posibilidad de que alguien les echase ácido en la cara. Elizabeth tenía un sueño recurrente en el que estaba atrapada en medio de una multitud y alguien apuntaba con un arma y le disparaba.

Cuando llegaron al Sheraton-Plaza Hotel de Boston para que Richard actuase en *Hamlet*, en el vestíbulo había trescientas personas que lo llenaban y llegaban hasta la calle. Estaban completamente asediados.

—¡Fíjate si ella lleva peluca! —gritó alguien de entre el gentío, y un tipo le dio un tirón al cabello de Elizabeth y le arrancó un mechón. En el vestíbulo había unos pocos oficiales de policía para proteger a la pareja. Al estar la gente tan estrechamente apretada entre ellos, a un hombre le rompieron una pierna. Les pareció que el ascensor que debía subirlos a su *suite* tardaba una eternidad. Una vez llegado el elevador, Richard metió dentro a Elizabeth mientras alguien de la multitud la sujetaba por el otro brazo. «De veras llegué a pensar que Richard iba a terminar sosteniendo la mitad de mi cuerpo mientras aquel desconocido se quedaba con la otra mitad. Finalmente, pareció que el gentío se desplazaba hacia un lado y yo me deslicé, casi horizontal y temblando, dentro del ascensor.»

Su publicista, John Springer, que también había representado a Marilyn Monroe, dijo que él nunca había visto nada tan aterrador. «Creí que iba a morir (...) Se trataba de una multitud amistosa, pero estaba descontrolada, y una multitud amistosa pero descontrolada puede ser tan amenazadora como la muchedumbre más peligrosa (...) Creí que me moría por la forma en que me apretaban (...) Una hora más tarde todavía estaba temblando, literalmente temblando. Cuando llegamos a la *suite*, Elizabeth prácticamente se derrumbó e inmediatamente tuvimos que llamar a un médico.»

Al comparar la celebridad de Monroe con la de Elizabeth, Springer dijo: «Una de las cosas que Marilyn podía hacer, pero Elizabeth no, era caminar sola por la calle. Marilyn se ponía gafas oscuras, o una peluca morena, o algo, pero podía salir a caminar.»

Una vez, un domingo, Elizabeth decidió que quería ir a Central Park para andar. Vistió falda y jersey, gafas oscuras y un sombrero de paja con el cabello recogido debajo, y Richard iba con gafas de sol. Este dijo que no lo conseguirían. Salieron por la puerta del garaje del hotel, en la calle Sesenta y Cuatro hacia la avenida Madison, y algunas personas ya comenzaron a reconocerlos. «Entre Madison y la Quinta Avenida ya fue como el cuento del Flautista de Hamelin, tan grande era el grupo de gente que los seguía —recordaba Springer—.Y para cuando llegaron a la Quinta Avenida, justo antes de poder entrar en el parque, estaban tan rodeados que la policía tuvo que rescatarlos y meterlos en un taxi.»

A finales de la década de 1960 los dos figuraban en la lista de famosos que la familia Manson quería asesinar, y que también incluía a Steve McQueen y a Frank Sinatra. Susan Atkins, que confesó haber matado a Sharon Tate, dijo que su plan era arrancarle los ojos a Elizabeth con un cuchillo caliente y castrar a Richard Burton.

Elizabeth y Richard contrataron guardias de seguridad privados para proteger a sus hijos, que se hallaban diseminados por toda Europa en diferentes internados. Los niños se enteraban por la prensa de las andanzas de su madre. Según los documentos del FBI, en 1978 Elizabeth se vio implicada en un complot para extorsionar por dinero a varias mujeres, entre ellas a Jacqueline Onassis, que era la única mujer viva que tenía el mismo nivel de celebridad que ella (además de la reina Isabel II). Jackie había recibido una carta en la que se le ordenaba que dijese a Farrah Fawcett, a Elizabeth Taylor y a Cornelia Wallace, que estaba casada con el gobernador de Alabama, que enviaran 75.000 mil dólares o las matarían a todas. «Lee esta carta, si no lo haces te mataré a tiros», ponía. Jackie entregó la carta al FBI. Las cuatro mujeres fueron entrevistadas por las autoridades. Jackie, que era famosa por su discreción, pidió especialmente al FBI que no dijeran nada a la policía de Nueva York para que el asunto no se filtrase.

Para Elizabeth, ser una figura pública no era algo nuevo, pero la atención que despertaba desde que estaba con Richard no la había experimentado nunca antes. Roddy McDowall hizo algunas

de las mejores y reveladoras fotos de Elizabeth en aquellos tiempos frenéticos. Una de ellas muestra una horda que rodea a los Burton después de una representación de *Hamlet*. McDowall le había dicho a Elizabeth que pensaba subir a lo más alto del edificio contiguo para poder verla, porque preveía que la multitud iba a ser tan densa que iba a necesitar un sitio especial desde donde divisarla. Otra vez, cuando Liza estaba con ellos, Richard tuvo que alzar a la niña por encima de su cabeza para entregársela a su hermano mayor y evitar que el gentío la pisoteara.

Truman Capote recordaba una vez que iba en una limusina con Elizabeth y Richard, y trataban de alejarse después de *Hamlet*: «Rostros húmedos y fantasmales aplastados contra las ventanillas del coche; muchachas corpulentas, arrebatadas por una libido excitada, golpeaban el techo del automóvil; cientos de personas comunes, que salían de los teatros, de repente se encontraban devoradas por las fanáticas de Burton-Taylor, que lloraban y reían. Toda la escena parecía una avalancha suspendida que nada era capaz de desplazar, ni siquiera un escuadrón de policías montados que amenazaban a la multitud, de manera bastante amistosa, con sus porras».

Capote observó que Richard disfrutaba con la atención que despertaban. «No es más que un fenómeno —decía—. Todas las noches Elizabeth viene a recogerme después de la función y siempre están estas... estas... estas...»

—Maníacas sexuales —interrumpió Elizabeth.

—Estas multitudes entusiastas esperando... —dijo él.

—Ver a una pareja de bichos raros pecadores. Por el amor de Dios, Richard, ¿no te das cuenta de que el único motivo por el que sucede esto es que piensan que somos pecadores y unos bichos raros?

Justo en ese momento un anciano logró subirse al capó de la limusina para gritar algo que ellos no podían oír. Resbaló y cayó bajo las pezuñas de un caballo de la policía. Elizabeth ahogó un grito. «Esto es lo que siempre me asusta, que alguien acabe herido.»

Richard no prestaba atención. «La otra noche estaba Sinatra

con nosotros. No se lo podía creer. Dijo que nunca había visto nada igual. Estaba realmente impresionado.»

En México descubrieron el tranquilo pueblo costero de Puerto Vallarta. Cuando Elizabeth aún estaba casada con Fisher se había alojado en una casa de estilo mediterráneo sobre una colina que miraba hacia el océano Pacífico, llamada Casa Kimberly, que estaba delante de la casita en la que se alojaba Richard. Ellos construyeron un puente que unía las dos casas, creando un complejo muy elegante. El puente se diseñó como una copia del Puente de los Suspiros de Venecia, y les aportó la intimidad necesaria para desplazarse de una casa a la otra sin atraer la atención. Allí, en su santuario, mantenían abiertas las ventanas de la Casa Kimberly y disfrutaban de esta relativa intimidad. Se escapaban a México cada vez que podían.

—Si me alejo de Richard me siento como la mitad de unas tijeras —decía ella.

Vivían una vida estupendamente decadente y viajaban con un séquito numeroso que los acompañaba por todo el mundo: el artista de maquillaje Ron Berkeley; el fotógrafo personal Gianni Bozzacchi; el chófer Gastón Sanz; la peluquera de Elizabeth, Claudye Bozzacchi (esposa del fotógrafo); el ayudante de Richard, Bob Wilson; el secretario personal de Richard, Jim Benton, y el secretario personal de Elizabeth, Dick Hanley. En ocasiones, los cuatro hijos de ella completaban el grupo. Y muchas veces Elizabeth pedía que le llevasen desde California hasta dondequiera que estuviese su plato preferido, el célebre chile de Chasen's.

Richard disfrutaba del dinero y del poder, pero la falta de intimidad y el extravagante estilo de vida de Elizabeth estaban haciendo mella en él... y comenzó a llamar «diabólica» a su fama conjunta. Sus discusiones se hicieron tan legendarias que cuando se alojaban en hoteles, sus fans procuraban conseguir habitaciones debajo de la de ellos y se subían a sillas con vasos en los oídos para oír cómo se gritaban. Su relación fue empeorando hasta tal punto que se ganaron a pulso el mote por el que se los conocía: los «peleadores Burton». Ella daba y recibía por igual. Elizabeth describía sus discusiones como «una pequeña bomba atómica

explotando... chispas que vuelan, paredes que tiemblan». Una vez, Burton volvió a casa después de una función de *Hamlet* en la que alguien lo abucheó y se enfureció por la indiferencia de Elizabeth. Era tarde y ella estaba mirando el televisor en la cama, y él aulló, con su profunda voz de barítono: «¡Apaga esa cosa! ¡Hoy me han abucheado!».

—Ay, querido —respondió ella con voz cansada—, no habrá sido más que un idiota, no le hagas ningún caso. —Y volvió a prestar atención al televisor.

—Ha sido una sola persona —dijo él mientras se quitaba los zapatos y los calcetines—. Pero me han abucheado.

Como ella no decía nada, él fue hasta el televisor y lo pateó; el aparato golpeó contra la pared y cayó al suelo. Volvió a patearlo y se cayeron todos los botones. Rabioso, lo pateó por tercera vez. Un gran tornillo de metal le hirió el dedo gordo hasta el hueso, «lo cual, debo decir, me puso absolutamente histérica», recordaba Elizabeth apesadumbrada.

Al principio Richard rechazó un médico. Era hemofílico, de manera que sangró encima del cobertor de la cama. Finalmente, fue necesario darle puntos. Tenía que caminar apoyando el costado del pie herido, cosa que, según él, mejoró su interpretación.

Muchas de sus discusiones se nutrían de alcohol. «Es como un incendio —dijo Guy Masterson, sobrino-nieto de Richard—. Mientras haya una pequeña brasa encendida, alguien soplará sobre ella. Y esos dos se pasaban la vida soplando sobre las brasas del otro. Y nunca permitían que las brasas se apagaran.»

En una entrada de su diario en noviembre de 1966, Richard escribió: «He fumado como un demente hasta quedarme dormido, pero antes le he dicho a E que ella no vendría a Londres conmigo. Déjame en paz, le he gritado mientras golpeaba puertas. ¡Dame un poco de tranquilidad! Lo que son capaces de hacer los nervios y la bebida. No podría seguir adelante sin ella».

* * *

Pero incluso después de varios años juntos, aún se deseaban. «A veces todavía me da un escalofrío, como me ha pasado esta tarde en el comedor, porque Richard se ha ido arriba a buscar algo y a mí se me ha puesto la piel de gallina, e incluso he temblado un poco cuando lo he visto en el comedor venir hacia donde estaba yo porque... me encanta mirarlo. Cada tanto se lo ve tan terriblemente guapo y deseable, y por un segundo pienso cómo me sentiría si no fuera mi marido y lo viera caminar por mi comedor: ¿me seguiría causando el mismo efecto?»

En algún momento, fantaseaba ella, cuando se acercasen a la cincuentena se retirarían y tendrían un solo hogar y pondrían fin a su frenético estilo de vida. Richard se haría escritor —ella pensaba que él tenía demasiado talento como para no serlo— y ella dejaría de actuar y se dedicaría a cuidar de su casa e invitar a sus amigos.

Douglas Kirkland era fotógrafo de la revista *Look* y recordaba haberlos observado juntos. «A ella siempre le gustaba que un brazo de él la rodeara, y era un brazo galés fuerte y poderoso. Él decía: "Ya sabes de lo que quiero hablar contigo, Elizabeth, quiero hablar de lo que vamos a hacer cuando todo esto se acabe. Cuando ya no tengamos ni luces ni gente alrededor todo el tiempo. Pensemos en cómo va a ser". Y también: "¿Sabes qué me gustaría? Me gustaría ser profesor en alguna escuela. Oxford, o quizá Cambridge". Y ella lo miraba con una mirada tan radiante, como un niño que oye las maravillosas palabras que deseaba oír.» Elizabeth se iluminaba ante la mera idea, le daba tanto placer oírle hablar de una vida tranquila. Era una hermosa fantasía.

Pero durante los años sesenta y principios de los setenta, Elizabeth seguía adornando las portadas de las revistas, solo que ahora junto a Richard. Encontraban algo el uno en el otro que no encontraban en nadie más. En una nota cariñosa de Elizabeth a Burton, en 1969, se lee: «Mientras él la ame todo estará bien: granos, estúpidas caderas, papada, todo. Ella lo ama más que a su propia vida y es para siempre. Tu esposa».

* * *

Su relación era fundamentalmente imperfecta, pero es innegable que Elizabeth y Richard se amaban apasionadamente y también que iban mejorando como actores. Cuando interpretaron su primera escena en *Cleopatra*, él no quedó en absoluto impresionado. Las expresiones faciales de Elizabeth parecían demasiado sutiles; sus emociones, demasiado controladas. Pero una vez que la vio en la pantalla, descubrió que ella estaba haciendo mucho más de lo que él podía ver cuando la tenía delante. Ella sabía exactamente dónde mirar y cuánto revelar. En el teatro, la voz del actor tiene que ser retumbante para que le oigan, pero en el cine cada movimiento puede ser menos evidente y la cámara lo captará igualmente.

A menudo los hombres la infravaloraban. Cuando se comenzó a rodar *La gata sobre el tejado de zinc*, Paul Newman fue a ver al director Richard Brooks y se quejó: «No creo que sepa lo que está haciendo, no entiendo nada». Brooks replicó: «¿Por qué no miras las tomas sin editar mañana?». Y cuando lo hizo, Newman se dio cuenta de algo que ya aprenderían sus otros coprotagonistas: «Ahí estaba yo haciendo una actuación espantosa, y ella, en cambio, estaba brillante».

Décadas más tarde, Arthur Allen Seidelman, director de un telefilme de mediados de los años ochenta en el que Elizabeth actuó, recordaba su destreza como actriz. «Supo cómo entrar en el personaje y ser totalmente natural —dijo—. Hay momentos en los que tienes que dirigir y hay otros momentos en que tienes que ponerte a un lado. Y con Elizabeth, te ponías a un lado.»

Philip Burton, el hombre al que Richard consideraba su mentor y figura paterna, y cuyo apellido había adoptado, formaba parte del profesorado de la American Musical and Dramatic Academy. Les preguntó a Richard y a Elizabeth si estarían dispuestos a dar una lectura de poesía para recoger dinero para la escuela y quedó muy sorprendido cuando le dijeron que sí. Elizabeth estaba ansiosa por hacerlo. No había actuado sobre un escenario desde que era una niña pequeña en Londres y necesitaba demostrarse a sí misma que era capaz de hacerlo.

«Es muy inteligente, profundamente sensible, directa y

honesta —escribió Philip Burton—. Sabía que entre la audiencia habría muchos que vendrían por la morbosa alegría de ver cómo una artista de la cuerda floja actuaba sin una red de seguridad debajo de ella.»

Elizabeth ensayó durante seis semanas para el espectáculo que tuvo lugar el 22 de junio de 1964, titulado *Suficiente mundo y tiempo*. La lectura incluía textos de D. H. Lawrence, Shakespeare y John Lennon. Aunque iba a tener un micrófono, Burton quiso enseñarle a proyectar la voz de forma que pudiera oírla alguien sentado en la última fila. Cuando Elizabeth entró en el escenario llevando un traje azul oscuro de Irene Scharaff, el cabello en un recogido dramático y pendientes de diamantes colgando de las orejas, recibió una ovación de pie. Ella miró al público y vio un mar de caras conocidas que incluían a su amigo Montgomery Clift y a Eunice Kennedy Shriver.

Estaba tan nerviosa que cuando se equivocó en un verso al inicio de un poema serio, dijo: «Comenzaré de nuevo. La he liado». Richard también estaba nervioso y comenzó a leer los versos de ella, lo que hizo que ambos rieran tan fuerte que tuvieron que alejarse un poco del público. A partir de ese momento las cosas podían haber salido muy mal, pero Elizabeth demostró ser una actriz muy versátil, capaz de conquistar tanto la escena como la pantalla. Una persona del público se volvió hacia un amigo y le dijo: «Si no empeora pronto, me iré». Elizabeth recitaba las palabras con sentimiento y superó uno de sus grandes temores: actuar en vivo delante del público. Esto pavimentó el camino para el papel más complejo que haría nunca: el de Martha en la adaptación de la aclamada obra de Edward Albee *¿Quién teme a Virginia Woolf?*

Elizabeth sabía que merecía crédito. Cuando un entrevistador sugirió que Richard la había ayudado a ser mejor actriz, ella saltó: «Lo que usted intenta decir es que la mayoría de las personas pensaban que yo era la tonta del pueblo antes de que él me llevara consigo. Pues bien, no ha sido mi Svengali, pero sí ha ampliado mis horizontes».

A medida que pasaba el tiempo, cuando Sybil volvió a

casarse, Richard comenzó a pasar más y más tiempo con su hija Kate (si bien rara vez veía a Jessica, que se pasó la vida en una institución). Kate Burton, que actuó en *Scandal* y en *Anatomía de Grey*, recordaba una noche en la que Elizabeth intentaba preparar la cena para ella, Michael, Christopher, Liza y Maria. «Elizabeth no había venido a este mundo precisamente para hacer la cena. Gracias a Dios, porque todos habríamos acabado en el hospital. Una noche estábamos en Suiza; yo tendría unos diez años. Elizabeth decidió que iba a cocinar en la parrilla y ya tenía los entrecots, que desde luego eran los mejores que se podían comprar, y llevaba el pelo recogido en una especie de fular, y sudaba, y resoplaba, y se quejaba, y mi padre se estaba poniendo de muy mal humor. Los entrecots se quemaron y las patatas acabaron incineradas.»

Elizabeth miró a sus hijos y a sus hijastras, que estaban la mar de divertidos. «Creo que esa noche terminamos yendo a cenar fuera.»

* * *

Una vez finalizado *Hamlet*, Elizabeth y Richard atravesaron el país en tren desde Nueva York hasta California con una parada en Chicago, donde ella puso una rosa sobre la tumba de Mike Todd. A bordo del tren leyó el guion de *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Estaba tan obsesionada con él que le resultaba imposible dormir. El productor de la película, Ernest Lehman, sabía que la elección no era ortodoxa, pero estaba empeñado en que Elizabeth fuese la protagonista.

El problema era que la amargada y chillona Martha tenía cuarenta y cinco años, sobrepeso y era fea. Elizabeth tenía treinta y dos y era bellísima. En el teatro el papel fue representado en Broadway por la actriz estadounidense-alemana Uta Hagen, que era una década mayor que Elizabeth. También fueron candidatas Rosalind Russell, Bette Davis y Patricia Neal. Elizabeth era

consciente de que la habían elegido por su belleza y deseaba que la aceptaran como actriz seria. Un ama de casa desaliñada, alcohólica y profundamente infeliz que vivía en un campus universitario de Nueva Inglaterra sería la forma perfecta de conseguirlo.

—Quizá no tengas la energía [para el papel] —le dijo Richard abiertamente—. Pero tienes que hacerlo tú para que no pueda hacerlo nadie más.

Antes de comenzar el rodaje, Elizabeth y Richard se encontraron con Lehman en una elegante *suite* de hotel en París, donde conversaron durante horas mientras picaban caviar y se bebían dos botellas de champán. «Liz se apasiona mucho, incluso se enfada un poco, ante cualquier sugerencia de que personalmente no sabe con exactitud cómo va a hacer el personaje —recordaba Lehman en su diario—. Ella dice que lo sabe y lo dice con convicción.»

Lehman recordó que Richard la llamaba «holgazana». «Dijo que, en realidad, nunca había trabajado lo suficientemente duro, que más le valía trabajar bien duro esta vez. A ella no le gustó lo que dijo él, pero creo que recibió el mensaje.»

Se pensó en Henry Fonda y en James Mason para el personaje de George, el marido de voz suave de Martha, que se desempeña como profesor universitario. La falta de ambición de George es la causa del enorme desprecio por parte de ella.

Naturalmente, Elizabeth quería que fuera Richard quien interpretase a George. A Richard le preocupaba no poder expresarse con acento estadounidense, o eso dijo, pero estaba más preocupado todavía por el efecto que podía tener en su propio matrimonio el interpretar la mitad de una pareja perpetuamente enzarzada en peleas. «He tenido pesadillas sobre esta película —escribió—. Me he despertado temblando. Le he dicho a Elizabeth que no importa cuán inteligente sea uno, el papel se te pega. Para nosotros va a ser una cabalgata muy dura.»

A Elizabeth y a Richard les dieron la poco habitual posibilidad de elegir al director —lo cual es muy infrecuente para los actores— y eligieron a Mike Nichols, a quien ambos conocían y admiraban. Richard decía de él que era «cautivadoramente

brillante», y Elizabeth supo por instinto que era el director adecuado y que debían darle la oportunidad. Ella nunca había jugado según las reglas y Nichols era una elección muy poco convencional. Era un creador satírico que había dirigido tres comedias que en el teatro tuvieron mucho éxito: *Descalzos en el parque*, *Luv… quiere decir amor* y *La extraña pareja*. Pero hasta entonces jamás había dirigido una película y, al igual que Elizabeth, se lo consideraba demasiado joven y demasiado carente de seriedad para llevar adelante la adaptación de una de las obras teatrales más importantes de la década. Era solo un año mayor que Elizabeth, pero había hecho campaña para que ambos participaran en el filme, y el estudio quería que sus estrellas estuvieran felices. Nichols había pasado algún tiempo con Elizabeth en Roma mientras ella hacía *Cleopatra*, y Richard, que era amigo suyo, le había pedido que le hiciera compañía porque él tenía que dejar la ciudad para terminar el rodaje de *El día más largo*. A Nichols le llamó la atención la honestidad de Elizabeth.

—Estamos rodeados —le dijo ella mientras estaban sentados en Villa Papa.

—Ponte algo en la cabeza, un pañuelo —dijo él, y salieron por la puerta trasera. Subieron al Volkswagen alquilado de él y pasaron el día plácidamente en la Villa d’Este, un hotel de lujo con vistas al lago de Como. El único momento que alteró esa placidez fue cuando alguien lo reconoció a él y no a Elizabeth, y eso les pareció muy divertido.

Nichols se maravilló de la escasa intimidad de que gozaba ella cuando no estaba disfrazada. Observó cómo la gente la miraba dondequiera que fuese.

—¿Es realmente una lata ser tan hermosa?

—Ya quisiera que se me pasara —contestó ella.

Nichols adoraba a Elizabeth y decía a las personas que eran escépticas con respecto a su capacidad de interpretar a Martha que esperasen a ver. Elizabeth iba a dejarlos de piedra. Nichols, al igual que Lehman, era consciente de que parte del atractivo de la película iba a ser que los cinéfilos pagasen para ver cómo se las arreglaba Elizabeth. El dramaturgo Edward Albee se contaba entre

los críticos que pensaban que era demasiado joven para el personaje, pero él no tenía el control creativo.

—La gente sabe cómo lo interpretó Uta Hagen —dijo Lehman —. Sin duda, saben cómo lo haría Bette Davis. Pero se preguntan cómo lo hará Elizabeth Taylor.

Nichols le dijo que debía aumentar nueve kilos («esa fue una de las mejores órdenes que recibí nunca», bromeaba ella), tomar lecciones de expresión vocal y llevar prótesis y rellenos. Necesitaba convertirse en una «lunática» insatisfecha y chillona, que es como ella describió su personaje.

Pero primero tenía que rodar *Castillos en la arena* (le iban a pagar un millón de dólares) en Carmel, California, y en París. Estaba ansiosa por trabajar con el gran director William Wyler en esa película, y cuando él se apartó de la filmación Elizabeth convenció a Vincent Minelli, que la había dirigido en *El padre de la novia*, de que se hiciera cargo de la dirección. Cuando Burt Lancaster, que iba a interpretar a la persona amada por Elizabeth en la película, dejó el proyecto, ella decidió que Richard lo relevase. Aun cuando él comenzaba a dudar sobre las ventajas de trabajar juntos tan a menudo («oye, cariño —le dijo—, si hacemos más películas juntos la gente va a pensar que somos Laurel y Hardy»), accedió a la propuesta. Por este trabajo le pagaron la mitad que a ella.

Elizabeth representaba a una madre soltera, pintora en Big Sur. En el plató, Morgan Mason, que hacía del hijo pequeño de Elizabeth, recordaba que había conversado con los *paparazzi* situados junto a la alambrada que se construyó alrededor del plató para proteger a los Burton. Uno de ellos le dijo a Mason, que tenía ocho años, que podía llevarse su cámara al plató y jugar con ella. «Sin darme cuenta, hice algunas fotografías entre escenas y devolví la cámara. Cuando se lo dije a un productor, el publicista exigió que el fotógrafo no publicase las imágenes.» Los fotógrafos no le hacían ascos a aprovecharse de un niño si ello les iba a proporcionar una buena foto.

La película se estrenó en julio de 1965 y los críticos la hicieron pedazos, lo cual fue devastador para Richard, que aún

intentaba dejar atrás su triunfante actuación en *Hamlet. The New Yorker* definió *Castillos en la arena* como «una película enorme, informe, confusa, dispersa, inútil y cara».

Elizabeth, de treinta y dos años, había tenido ya un año difícil. A comienzos de 1965, cuando estaba en Dublín con Richard mientras él rodaba *El espía que surgió del frío*, acudió en ayuda de su viejo amigo y chófer Gastón Sanz. Por lo visto, el hijo de Sanz se había suicidado en su pueblo natal del sur de Francia.

Rock Brynner, el hijo de Yul Brynner, se hallaba visitando a Richard y a Elizabeth en Dublín y fue testigo de cómo ella pasó a la acción (Yul estaba casado con Doris, una buena amiga de Elizabeth). «El mismo Gaston estaba al borde del suicidio y Elizabeth centró toda su atención en él. A pesar de su comprensible miedo cerval a los aviones pequeños desde la muerte de Mike Todd, alquiló uno para que la llevase desde Dublín hasta el remoto pueblo francés. Encontró un servicio fúnebre local y consiguió un funeral católico (a pesar de la condena que el mismo papa había lanzado sobre ella). Y por adelantado llenó su monedero de francos para sobornar a cuantos oficiales fuese necesario para evitar un veredicto definitivo de suicidio, que los dejaría sin entierro en el cementerio católico.»

Elizabeth se quedó al lado de Sanz tres días y se aseguró de que todos, desde el forense hasta el sacerdote, declarasen que la muerte se debió a un accidente. Fue ella la que tuvo que mirar la cara del muchacho muerto y decidir si era posible celebrar el funeral con el ataúd abierto. Y caminó al lado de Sanz para recorrer el pueblo durante el servicio religioso y el entierro.

Cuando regresó a Dublín, supo que unos ladrones habían entrado en su *suite* del hotel y habían robado sus joyas, entre ellas el anillo de boda que le había dado a Mike Todd. Había sido el único medio de identificación de su cuerpo después de estrellarse el avión y lo llevaba en la mano todo el tiempo. Era la pieza de joyería más preciada que tenía.

Después apareció un problema con la ciudadanía de Elizabeth. Ella había nacido en Londres y mantuvo su ciudadanía británica durante toda la vida. Como sus padres eran ciudadanos

estadounidenses, le correspondió la doble nacionalidad desde su nacimiento. Después de casarse con Richard quiso renunciar a la nacionalidad estadounidense. Ese paso le hubiera supuesto un ahorro de cientos de miles de dólares en impuestos atrasados, y, además, ella siempre sintió un fuerte vínculo con su país de nacimiento. En 1964 fue a la embajada estadounidense en París y allí llevó a cabo un Juramento de Renuncia a la Nacionalidad de Estados Unidos. Puso objeciones a la frase «y renuncia a toda lealtad y fidelidad a Estados Unidos de América» que aparece en el formulario, por lo que se le tuvo que presentar un documento aparte que eliminaba la frase a la que ella se oponía y ella lo firmó, pero en Estados Unidos se negaron a reconocerlo debido a la nueva redacción. Entregó al consulado su pasaporte estadounidense.

Luego se le prohibió la entrada a Estados Unidos porque mostró su pasaporte británico mientras aún se la consideraba ciudadana estadounidense. Nuevamente se vio forzada a renunciar a la ciudadanía de ese país, esta vez en Roma, para poder entrar en Esatdos Unidos, esta vez como ciudadana británica. Cuando se le preguntó por este tema a la salida de un club londinense con Richard, ella respondió: «Es verdad que estoy tratando de renunciar a mi ciudadanía estadounidense y ser completamente británica. Deseo más que nada convertirme en británica. Lo que más me gusta es lo británico».

Su abogado, Aaron Frosch, explicó: «Elizabeth ha sido ciudadana estadounidense desde su nacimiento y no debe pedírsele que firme nada que sea falso o que suponga cualquier tipo de deslealtad hacia Estados Unidos, país por el que sigue sintiendo profunda fidelidad, lealtad y agradecimiento». Fue ciudadana británica durante el resto de su existencia, aun cuando pasó la mayor parte de su tiempo en Estados Unidos.

* * *

Las cosas mejoraron mucho en cuanto Elizabeth comenzó a rodar

¿Quién teme a Virginia Woolf? Le asustaba el reto, pero sabía que estaba preparada para él. Nichols insistió en rodar la película en blanco y negro. «Esto es lo que pasa con el blanco y negro —explicó—: No es literal. Se convierte automáticamente en una metáfora… y esa es la cosa: una película *es* una metáfora. Si estás en blanco y negro ya lo tienes resuelto en parte, ya está diciendo: "No, esto no es la vida, esto es algo *sobre* la vida".»

Toda la película gira en torno a Richard y a Elizabeth. Ernest Lehman recordaba cómo todos trataron de ganárselos antes de comenzar el rodaje. «Mike Nichols envió medio kilo de caviar a casa de los Burton y he oído decir que el agente de ambos, Hugh French, envió casi un kilo, repito, un kilo, al camerino de ambos el martes.»

Incluso los ejecutivos del estudio estaban impresionados. Durante los ensayos, Lehman escribió: «Jack Warner bajó al plató y estrechó las manos de todos y besó a Elizabeth al menos ocho veces y la hizo girar sobre sí misma como si fuera una modelo y le dijo que se la veía fantástica». Elizabeth sabía que la presión, como siempre, recaía sobre ella.

Las escenas nocturnas se rodaron en el bucólico campus del Smith College, en la pequeña ciudad de Northampton, en Massachusetts, Nueva Inglaterra. Muchas veces no comenzaban a rodar hasta las tres o las cuatro de la madrugada porque la acción de la película se desarrolla de noche y Nichols quería capturar a la perfección la luz de la luna. En la escena inicial, Elizabeth entra, enciende la luz, arroja su chaqueta sobre una silla, yerra y farfulla: «Qué basurero. Eh, ¿de dónde sale eso? Qué basurero». Cuando George le dice que no lo sabe, ella se siente frustrada. «Alguna jodida película de Bette Davis… Alguna jodida epopeya de Warner Brothers…» Abre la nevera, que está atiborrada de comidas a medio comer, saca un muslo de pollo y lo come ávidamente. Sigue mascullando, lleva el cabello entrecano desordenado y tiene bolsas oscuras debajo de los ojos. No tiene nada que ver con el producto Elizabeth Taylor, prolijamente peinado y expertamente maquillado.

Setenta guardas de seguridad vigilaban el rodaje de las

escenas nocturnas. Pasaron un mes en Massachusetts, y una noche, cuando Elizabeth se puso inquieta, se marchó a ver *¿Qué tal, gatita?* Tuvieron que acompañarla diez policías.

El rodaje, que duró cinco meses, fue extenuante. Lehman recordaba cuán preocupada estaba Elizabeth por la atención de su hija Liza, de ocho años, a quien habían llevado consigo. «Parece ser que Elizabeth quería encontrar una niñera fiable, que se quedase a dormir, porque no le parecía correcto que su hija estuviera levantada hasta las cuatro de la madrugada nada más que para estar con sus padres porque estos consideraban que sería lo más seguro para ella. Y, sin embargo, Elizabeth conocía el riesgo de meter extraños en tu casa, que podrían resultar confidentes de los periodistas o personal indigno de confianza que más tarde contase todo lo que había podido averiguar sobre la vida privada de los Burton. Y mientras tanto, aparentemente, Richard Burton no comparte los temores de Elizabeth: piensa que Liza tiene que estar con ellos, quedarse despierta mientras lo estén ellos y nada de niñeras.»

El plató se convirtió en un asunto familiar. Tommy Taylor, el hijo de su hermano Howard, pasaba tiempo con su tía y sus primos cuando Richard y Elizabeth ensayaban escenas de la película. Esta contó que se encontraba a sí misma durante el rodaje diciendo cosas como: «¡Por el amor de Dios, cállate, no he terminado de hablar todavía!». «A veces era difícil discernir si realmente estaban discutiendo o si estaban ensayando sus diálogos —dijo Tommy—. Era así de real… Bebían mucho y se estaban convirtiendo en los personajes ebrios y agresivos de la película. Aquel verano hubo mucha tensión a causa de la bebida.» Chris Wilding recordaba estar sentado a la mesa del comedor con Elizabeth y Richard, que explicaban por qué los niños no podrían ver la película hasta que fueran mayores. Repasaron una escena para mostrarles exactamente por qué.

—Se entregaron a fondo: eran realmente impresionantes. Por suerte, recobraron de inmediato su talante normal y todos nos sentimos muy aliviados. (Yo creo que a mi madre le quedó un trocito de Martha para el resto de su vida, que sacaba a relucir en

aquellas ocasiones en que necesitaba poner en su sitio a alguien que probablemente lo merecía.)

Wilding no recordaba la desacostumbrada cantidad de presión que describía su primo, pero dijo que quizá era porque ya se había acostumbrado a «andar de puntillas por la casa los fines de semana o después de una noche de diversión (…) A Richard le gustaba disponer de su espacio personal, especialmente cuando tenía resaca».

En su interior, Richard sabía que estaba viviendo tiempo de prestado. Una noche, los dos estaban cenando con todo el equipo y Elizabeth se había quitado la peluca y el maquillaje de Martha y se la veía joven y vibrante. Richard la miraba con adoración y le dijo que no podía esperar a que ella llegase a la edad de Martha y tuviera entrecano su precioso cabello oscuro. Dijo: «Yo tendré cincuenta y cuatro años para entonces, es decir, si es que llego».

Mirar *¿Quién teme a Virginia Woolf?* es como estar en la habitación durante la pelea más encarnizada y privada de una pareja, salvo que queda claro que esta no es una velada anormalmente mala para George y Martha. En una de las escenas más intensas de la película, ella le reprocha: «¡Espero que esa fuera una botella vacía, George! ¡Tú no puedes darte el lujo de desperdiciar alcohol, con tu salario!». Y él la insulta: «Eres una maleducada, autocomplaciente, obstinada borracha de mente sucia…». Algunos integrantes del equipo se molestaron tanto con esta embestida de vitriólico diálogo que tuvieron que abandonar el plató.

Una vez más, el Código de Producción no estaba feliz. Su primera corrección se hizo ya al comienzo del guion, donde se marcó para su eliminación toda mención a Cristo y las palabras «cabrón» y «jodido». Más estricta aún con el lenguaje estuvo la Oficina Nacional Católica para el cine (conocida también como «Legión para la Decencia»). Elizabeth sabía de sobra lo poderosas que eran estas organizaciones, ya que venía soportándolas desde que era adolescente. Finalmente, se otorgó a la película un sello de aprobación después de que varios «Jesucristos» se cambiaron a «Ay, dioses» y se eliminaron los «puto» y «que te jodan». Si la

película hubiera sido condenada por la Liga de la Decencia, o si el Código de Producción le hubiese negado el sello de aprobación, no habría podido exhibirse en muchas de las principales ciudades.

A Elizabeth una vez el teatro la había intimidado, pero ahora estaba ayudando a sus colegas a trabajar en la película. «Aquí teníamos a cuatro personas de teatro: Richard, George, Sandy y yo, y todos nos quedamos boquiabiertos por el dominio de la interpretación cinematográfica de Elizabeth —dijo Nichols—. La observábamos muy de cerca y aprendíamos de ella. Lo más importante que aprendió Richard fue hacer lo menos posible.» Nichols quedó sorprendido cuando advirtió que Elizabeth hasta hizo lugar en la escena para la música, algo que ya hacía de manera subconsciente después de tantos años delante de las cámaras.

Elizabeth estaba preocupada por si sería capaz de llorar en el momento preciso, y Nichols le había dicho que dejase las lágrimas para el final de la escena. «Finalmente lo hizo, y lo hizo perfectamente, pese a que la asustara tanto, y luego, en mitad de la escena, se oyó un ronquido. Un miembro del equipo se había quedado dormido sobre una pasarela y roncaba tan fuerte que tuve que cortar. Y lo primero, lo único que dijo Elizabeth fue: “¡Por favor, no lo despidas!”.»

Esta reacción no sorprendió a Nichols. «Hay tres cosas que nunca vi hacer a Elizabeth: mentir, ser desagradable con alguien y ser puntual.

La película se estrenó el 21 de junio de 1966 en el teatro Pantages de Hollywood. La publicidad era misteriosa: «Estáis cordialmente invitados a casa de George y Martha para una velada de juegos y diversiones...». Elizabeth le dijo a Lehman que esperaba que los críticos la destrozaran. «Le dije que yo no lo creía, pero ella respondió que siempre disparaban a matar. Yo le pregunté: "¿Por qué no seleccionas las críticas y lees solamente las buenas? Haz que alguien te las escoja". Y ella me contestó: "No, no haré eso. No soy masoquista, pero quiero leer todo lo que digan sobre mí, incluso si es malo. Quizá así aprenda algo más sobre mí misma".» Pero las críticas siempre hieren, no importa cuánto trates

de protegerte. Su amigo Johnny Cash escribió a Elizabeth una carta en 1980 en la que revela aquella sensibilidad que compartía con ella: «Después de todos estos años en la profesión, todavía duele cuando dicen algo malo de ti, ¿no es cierto?».

Esta vez no tuvo de qué preocuparse. La película fue un tremendo éxito, tanto de crítica como comercial, y Richard fue alabado por su personificación de George, el profesor calzonazos resignado a una vida de callado sufrimiento. *The New York Times* la llamó «una de las películas estadounidenses más brutalmente honestas que se han hecho nunca». Pero la que recibió los parabienes más altos fue Elizabeth. *The Times* dijo que era el mejor trabajo de su vida. La revista *Life* la definió como «Una película corrosiva y honesta de gran potencia y una intensidad definitiva. Elizabeth Taylor es toda una revelación».

Por su trabajo en *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Richard recibió una nominación a mejor actor en los premios de la Academia, mientras Elizabeth recibía la nominación a mejor actriz. En aquel momento estaban en Francia rodando *Los comediantes*, película basada en la novela del mismo nombre de Graham Greene y que trata sobre el despótico líder de Haití «Papa Doc» Duvalier. Elizabeth ya había acabado su parte, pero Richard aún tenía que quedarse y terminar su trabajo. Ella estaba planificando volar a Los Ángeles y asistir a la ceremonia de entrega de premios, pero él le dijo que había tenido una pesadilla en la que el avión de ella se estrellaba, lo que la hizo sentirse culpable por querer marcharse, así que se quedó con él. Él sabía que era muy probable que ella ganara el premio y él no —Elizabeth ya había ganado los premios del National Board of Review y del New York Film Critics Circle—, y lo presentía. Y tenía razón: ella obtuvo el Óscar y él no. Anne Bancroft aceptó el premio en nombre de Elizabeth. No solo era ella más famosa que él: también se la alababa como mejor intérprete. Richard era competitivo y muchas veces rechinó los dientes durante *Virginia Woolf* cuando ella lo aventajaba en actuación. El Óscar de ella no hizo más que complicar un matrimonio ya debilitado, que estaba enlodado por la profunda culpa que sentía él por haber abandonado a su familia, la presión como consecuencia

de una gran fama y la fuerza de Elizabeth. «Quizá estoy celoso de la potencia de ella o algo así; no lo sé», confesó Richard en una ocasión.

Lehman recordaba a Richard, a Elizabeth y a Mike Nichols discutir sobre una escena en particular y el modo en que esto reveló la profunda inseguridad de Richard y su resentimiento hacia su esposa. «La repasamos una y otra vez y los ojos de ella literalmente centelleaban, como suele decirse, y en un momento dado yo le dije que me parecía que su argumento estaba bastante intelectualizado y ella respondió: “Vaya, gracias, Ernie, por llamarme intelectual”... Mike estuvo de acuerdo con ella en un punto determinado y le dijo: “No te digo esto solo porque eres la estrella”, a lo que Richard respondió: “Ella no es la estrella, soy yo” .»

* * *

La siguiente película fue casi igual de intimidante para Elizabeth. Iba a hacer de Kate en *La mujer indomable*, versión cinematográfica de la comedia de Shakespeare *La fierecilla domada*. Era la primera película del director Franco Zeffirelli, quien en un principio había pensado en Sophia Loren y Marcello Mastroianni como protagonistas, pero, tras ver a Richard en *Hamlet,* supo que tenía que juntarlos. Zeffirelli no podía permitirse pagar un millón de dólares a Elizabeth, pero ella y Richard pensaron que merecía la pena coproducir la película y posponer sus salarios. Era la primera vez que trabajaban en Roma desde *Cleopatra*.

En 1970, en una entrevista con el periodista Charles Collingwood para *60 Minutos*, Elizabeth y Richard se sentaron juntos y ella dijo: «Yo estaba absolutamente aterrorizada porque me encontraba en compañía de grandes actores shakespearianos, que no necesariamente eran viejos —y puso una mano sobre el hombro de Richard—, pero ya sabes, hacía tiempo que estaban en ello (...) y ahí estaba yo, una tontita de Hollywood, tratando de

ponerme a la altura de ellos. Y dije: “Richard, ¿qué voy a hacer?”. Y él me dijo: “Sal del nido, cariño. Vuela tú sola". Y yo le dije: “Muchas malditas gracias”».

Mientras tanto, su amigo Montgomery Clift estaba enfermo. Marilyn Monroe, que trabajó con él en 1960 en *Vidas rebeldes,* dijo que Monty era «la única persona que conozco que está en peor forma que yo». Este hizo algunas de sus mejores películas después de su terrible accidente de carretera, incluyendo *El juicio de Nuremberg* en 1961, por la cual fue nominado a un Óscar, pero sus adicciones lo estaban consumiendo.

Monty murió en julio de 1966, cuando Elizabeth rodaba *La mujer indomable* en Italia. Solo tenía cuarenta y cinco años. Elizabeth se enteró de que lo habían encontrado en su casa de Nueva York, muerto por un infarto. Había sido adicto a las drogas durante muchos años y había sufrido muchas enfermedades, entre ellas colitis crónica y disentería. Elizabeth no se presentó en el funeral de Monty y prefirió llorarlo en privado. Lo conocía desde *Un lugar en el sol* y en quince años habían rodado tres películas juntos, pero eran mucho más que eso: eran íntimos amigos. Envió dos grandes coronas de crisantemos a la iglesia de St. James de Nueva York, con una tarjeta que ponía «Descansa, agitado espíritu».[1]

Es posible que la noticia no la sorprendiera. Ella confesó que Monty estaba tomando muchos analgésicos (también ella lo hacía). Truman Capote le contó cómo había sido hacer las compras de Navidad con Monty y cómo, tras un par de martinis durante el almuerzo, este se había excusado para ir al lavabo y al volver parecía otra persona. «Debió de haber tomado algo ahí dentro, porque unos veinte minutos después estaba volando. Estábamos en Gucci y él había elegido y apilado sobre el mostrador quizá dos docenas de jerséis muy caros. De repente recogió todos los jerséis y corrió afuera, bajo una lluvia torrencial. Tiró las prendas a la calle y comenzó a patearlas. Los empleados de Gucci se lo tomaron con calma. Uno de los dependientes tomó un bolígrafo y un cuaderno de facturas y me preguntó: “¿A quién tenemos que facturar esos jerséis?”. Lo cierto es que de verdad no lo sabía. Dijo que

necesitaba una identificación. Así que salí a la calle, donde Monty seguía dándoles patadas a los jerséis (ante los ojos divertidos de los transeúntes) y le pregunté si tenía una tarjeta de crédito. Me miró con toda la altivez frenética y lejana de que era capaz y contestó: “¡Mi tarjeta de crédito es mi cara!”.»

Capote dijo que los ojos de Elizabeth, normalmente «líquidos de vida, adquirieron una turbulencia especial» cuando le contó la anécdota.

—No puede seguir así —dijo—. Eso lo matará.

Ella nunca dejó de luchar por Monty. Cuando en 1967 accedió a participar en *Reflejos en un ojo dorado*, hizo únicamente una petición importante: que Monty fuera su marido en la película. Hacía cuatro años que no trabajaba porque ninguna compañía lo consideraba «asegurable». Ella sabía cómo se sentía él porque muchos estudios pensaban lo mismo sobre ella. «¡Maldita sea! —dijo— yo pagaré el dinero del seguro.» De manera que puso el millón de dólares de su salario como garantía de que Monty acabaría la película. Bessie Mae estaría siempre allí para él. Lo quería.

Al morir Monty fue reemplazado por Marlon Brando. «Yo creo —dijo Elizabeth— que los dos se alimentan de la misma fuente de energía. Ambos tienen esa aguda sensibilidad animal.»

Elizabeth conocía a Brando desde hacía años. Él había recogido su premio del Círculo de Críticos de Nueva York por petición de ella y se lo había entregado en mano en el plató de *Los comediantes* en Cotonou, una ciudad de Benín, en África Occidental, donde se encontraba trabajando. «Si le place», bromeó Richard en su diario. Brando visitó el plató cuando estaban maquillando a Elizabeth y le agarró las nalgas con las dos manos. «¡Marlon!», chilló ella. Richard era escéptico en lo que se refiere a Brando y a sus intenciones, así que corrió hacia él y ambos se enzarzaron en una discusión que terminó a puñetazos.

* * *

En un momento dado, Richard y Elizabeth se amaban con locura y se ansiaban mutuamente, y al momento siguiente no podían ni verse. «Somos como imanes —decía Elizabeth— que de forma alterna nos atraemos pero, inexorablemente, luego nos rechazamos.» Era un amor demasiado absorbente para durar. Era pura dulzura, pero también era pura furia. Ya en 1965 Richard describía así su insoportable amor: «Extraña historia de amor esta tarde. Agonía tolerable. Amor atormentado. Hermoso dolor».

Su vida personal era para el consumo público y es lo que creó el lucrativo espectáculo «Liz y Dick» y lo que en última instancia iba a llevarlo a la destrucción.

—Elizabeth y yo padecemos sentimientos de inseguridad —dijo Richard—. Nos sentimos especialmente inseguros de nosotros mismos cuando estamos en una fiesta porque, en realidad, nadie desea conocernos. Se limitan a mirarnos como si fuéramos animales valiosos. Lo que hacemos cuando vamos a fiestas es beber para matar ese gélido aislamiento.

En la entrevista de *60 Minutos* de tres años antes, Elizabeth dijo:

—Debo confesar que discutir nos divierte. Creo que si discutes con alguien a quien amas, y de quien estás realmente segura, y si estás realmente segura de ti misma por lo que respecta a tu amor, creo que discutir, mantener una pelea pura y dura y ridícula, es uno de los mejores ejercicios de unidad matrimonial.

—Especialmente si no tienes puntos realmente débiles —añadió Richard—. ¿Sabes? Tú no atacas los puntos débiles, son perfectamente evidentes tanto en Elizabeth como en mí..., de manera que cuando ofendo a Elizabeth, cosa que hago con frecuencia, no estoy atacando ese punto débil de su bajo vientre.

—Mi papada —intervino ella.

—Papada —asintió él.

—Sí que lo has hecho —dijo ella—. Sus cicatrices de viruela, ¿sabes?

Cuando Charles Collingwood le preguntó a Elizabeth si pensaba que Richard la dominaba, ella respondió:

—Por supuesto que sí.

Richard dijo que eso no era cierto.

—Yo diría informalmente que cuando sale a relucir el palo, que Elizabeth maneja con notable eficacia, me temo que debo retroceder (...) Si hay una gallina caminando por ahí, soy yo.

Richard escribía en su diario casi cada día y lo dejaba fuera para que Elizabeth pudiera verlo y ocasionalmente agregar algo ella. En una entrada de abril de 1966 él se quejaba por tener que trabajar al día siguiente, junto a lo cual Elizabeth puso: «¡Eres un cabrón malhumorado! Yo también tengo que trabajar, ¡al menos estarás lejos de mí!».

En privado su amor era más tierno y juguetón que las cosas que se decían en público. Una vez él firmó una carta como «Tu ciegamente devoto Marido Idiota».

Pero también hubo momentos en que la furia se desbordaba e incluso llegaron a pegarse. Richard habla de eso en su diario, del día en que él se enfadó por el desorden que había en una de sus casas. En la entrada del 9 de septiembre de 1969 escribió: «Me volví loco y la cosa terminó con Elizabeth golpeándome la cabeza con los dedos llenos de anillos. Si eso me lo hubiera hecho un hombre yo lo habría matado, o incluso a una mujer, pero tuve el suficiente sentido común para detenerme, o lo más probable es que la hubiese enviado al hospital por mucho tiempo, o al cementerio de la sinagoga por un tiempo más largo aún».

Todd Fisher, hijo de Debbie Reynolds y Eddie Fisher, recuerda lo anonadado que quedó cuando vio a Elizabeth y a Richard pelear durante un cóctel ofrecido por su madre y su padrastro. Para entonces Debbie y Elizabeth volvían a ser amigas y de vez en cuando su madre invitaba a los Burton a su casa.

Los dos comenzaron «a gritar, a chillar a pleno pulmón, dándose de bofetadas el uno al otro sin que les importase un rábano la incomodidad de toda una casa llena de invitados». Debbie los llevó arriba, a su propio dormitorio, y los dejó allí.

Después de varios minutos de gritos se hizo el silencio. Veinte minutos más tarde volvieron a bajar «felices y enamorados otra vez mientras descendían la gran escalera y se unían a la fiesta como si no hubiera pasado nada. Aquella noche por primera vez en mi vida

oí la expresión “sexo de reconciliación”».

Era evidente que en aquel matrimonio el alcoholismo era el tercero en discordia. Una gran cantidad de cartas de Richard a Elizabeth incluyen disculpas por lo que sea que hubiera pasado la noche anterior. «Hoy seré bueno y te sorprenderé», escribió el 9 de octubre de 1972. «Gracias por cuidarme ayer. Eres una buena chica, indudablemente demasiado buena conmigo y para mí.» En otra carta ponía: «Me siento tentado a despertarte, pero no creo que sea buena idea ya que tal como están las cosas te procuro demasiadas noches sin dormir».

Cuando Richard bebía pasaba por cuatro fases: alegre, que es cuando era el intelectual amable y sobrio; zumbado, cuando era gracioso; borracho, cuando se volvía cruel, y muy borracho, que es cuando perdía el conocimiento. A veces las manos le temblaban tanto que él mismo se hacía una polea improvisada con el cinturón. Se lo quitaba de la cintura, se lo amarraba a la muñeca y después lo pasaba por la parte trasera del cuello y estiraba del otro extremo del cinturón con la mano disponible para poder acercase la copa a los labios.

Sir Michael Caine, que hacía pareja con Elizabeth en una película, recordaba haber visto a Richard en una fiesta de fin de rodaje justo antes de Navidad.

—Feliz Navidad, Richard —le dijo.

—¿Por qué no vas a que te jodan? —le contestó Richard, arrastrando las palabras.

En una nota escrita en 1969, Elizabeth le decía: «Espero que estés sintiéndote mejor... pero si de veras sientes que estás perdiendo los estribos... que sea con otra persona... no conmigo, ¡por favor!».

El problema de Elizabeth con el alcohol, que iba en aumento, podía pasar inadvertido porque el de Richard era enervante. «No te das cuenta de que las llamas de una barbacoa están demasiado altas cuando la casa que está detrás está en llamas —dijo Chris Wilding—. Probablemente, sea cierto que los medicamentos que le recetaban para el dolor eran su veneno preferido; si pudiera elegir una sola sustancia para llevarse a una isla desierta, creo que los

analgésicos se impondrían sobre el alcohol. El trago es lo que compartes con tus amigos en los acontecimientos sociales; las drogas son lo que te tomas en privado.»

«Durante este último mes, con muy pocas excepciones, Elizabeth se ha ido a la cama no meramente contenta o achispada, sino colocada —escribió Richard en su diario el 13 de enero de 1969—. Y quiero decir colocada, desenfocada, incapaz de caminar en línea recta, hablando con una vocecita lenta y de bebé, totalmente sinsentido como si fuera una niña demente (...) Lo malo es que esto me ha quitado a mí del alcohol (...) El aburrimiento, a menos que yo me emborrache, de estar en presencia de alguien a quien le tienes que repetir las cosas dos veces, es como un dolor físico en el estómago. Si se tratara de otra persona ya habría hecho las maletas, cogido el camino de las montañas e ido a vivir a un monasterio trapense, pero esta mujer es mi vida.»

Según Richard, cuando Elizabeth tomaba un par de copas y luego un comprimido «rosa» (el nombre en código que él daba a los analgésicos) o uno para dormir, experimentaba una falsa alegría y se ponía sentimental. Peor aún, dijo, comenzaba a hablar como su madre, a quien él no podía aguantar.

Y Elizabeth decía que Richard era «un muermo» cuando no bebía. «Te maldicen si lo haces y te maldicen si no lo haces», escribió él.

Para ellos no había escape. También peleaban en Puerto Vallarta, que era su santuario. Richard escribió desde allí, en marzo de 1969, sobre la «pesadilla» que habían sido los meses anteriores. «Nos irritamos mutuamente hasta el punto de la separación.»

En el plató de *La mujer maldita* todo el mundo bebía vodka, directamente sobre hielo en vasos altos, de manera que comenzaban a beber a mediodía, que era cuando empezaba el trabajo. Había un hombre cuya única tarea consistía en estar sentado junto a Elizabeth mientras ella trabajaba y asegurarse de que siempre tuviera el vaso lleno.

Cuando esta se emborrachaba no se ponía agresiva sino que gritaba, y cuando estaba colocada con la medicación para sus

dolores que le tocaba en esos momentos, no era tan evidente como la borrachera de Richard. En una entrada de su diario de diciembre de 1968, Richard escribió: «Me puse muy borracho e insulté a mucha gente e insulté a E por teléfono cuando llegué. Se podría llamar estos últimos días “El diario de un dipsomaníaco”. Ya añoro terriblemente a Elizabeth. Ojalá no amara a las personas. Y ojalá no les gritara». Cuando estaban separados, lo que era raro, hablaban por teléfono cinco o seis veces al día. «La añoro como a la comida», escribió Richard. Pero sus estados de ánimo oscuros lo abrumaban a él y a la familia.

Después de una noche especialmente dura, Elizabeth escribió:

Richard:

Ha habido momentos en los que te he amado más que a mí misma... y más que a mis hijos.

Debe de haber en nosotros algo que está muy mal si me veo en posición de tener que tomar partido..., tener que elegir entre tú y mis hijos.

Tu comportamiento de esta noche me ha puesto enferma y creo que ha contribuido a que mis hijos ya no te quieran como antes... aunque ya sé que te importa una mierda. Pero ellos sí se preocupan los unos por los otros y yo me preocupo por ellos.

Lo siento por ti.

En una entrevista reciente, Liza definió esa carta como «munición». «Esas palabras —dijo— iban a herir más que nada. Puede que a nosotros nos escandalizara el comportamiento de él cuando se emborrachaba, pero no recuerdo que ninguno de nosotros dijera que Richard no le gustaba. Aquello fue una granada. Ambos eran personas muy volátiles y si uno lastima, el otro querrá devolver el golpe.»

Gianni Bozzacchi recuerda que Elizabeth tenía miedo de Richard cuando él estaba borracho. Una vez le pidió que la llevase fuera cuando este ya estaba casi inconsciente. «Cuando regresamos al hotel me preguntó si le permitía quedarse conmigo.»

* * *

Los «peleones Burton» continuaban ganando enormes cantidades de dinero: decenas de millones de dólares durante la década siguiente, solo por hacer películas juntos. La mayoría de ese dinero lo gastaban en su extravagante estilo de vida, que incluía un personal numeroso, cantidades de joyas de las que lo dejan a uno con la boca abierta, viajes, un *jet* privado y un yate.

Pero en cinco años aparecieron, juntos o por separado, en cinco fiascos: *Reflejos en un ojo dorado*, *Los comediantes*, *Doctor Fausto*, *La mujer maldita* y *Ceremonia secreta*. En 1961 Elizabeth encabezaba la lista de los diez mejor pagados, elaborada por el *Motion Picture Herald*, pero después de 1968 ya no volvió a aparecer en esa lista.

La mujer maldita (título en inglés: *Boom!*), estrenada en 1968, es un clásico de culto, pero supuso un fracaso comercial y de crítica. Se basaba en la obra de Tennessee Williams *The Milk Train Doesn't Stop Here Anymore*, que nunca tuvo éxito en Broadway y menos aún en el cine. Elizabeth encarna a Flora Goforth, la mujer más rica del mundo, que se muere lentamente en su bellísima isla del Mediterráneo. Richard desempeña el personaje de un vagabundo que por casualidad se hace amigo de la millonaria justo antes de que ambos mueran. Las maravillosas vistas y decorados revelan que el director Joseph Losey no escatimó en gastos. La película se rodó en una enorme villa blanca en Cerdeña situada sobre un peñasco a sesenta metros por encima del Mediterráneo. Al estar tan expuesta a los elementos, la villa estaba bastante estropeada, y durante una tormenta, especialmente violenta, la caravana que hacía de camerino de Elizabeth se cayó al mar. Por fortuna, dentro no había nadie.

La mujer maldita también señaló la única experiencia interpretativa de Howard, el hermano de Elizabeth. Fue un accidente feliz. Howard, su mujer Mara y sus cinco hijos estaban de visita, así que cuando un actor no se presentó a trabajar, Howard lo reemplazó. Hace el papel del barbado capitán del barco

que lleva a Richard hasta la isla de Goforth y lo echa a patadas de la nave, de manera que el hombre tiene que llegar a la costa a nado.

Simeleke Gross, hija adoptada de Howard Taylor, dijo que su padre «era consciente de que aquella no era su vida, pero realmente admiraba el talento y la habilidad de Elizabeth para sentirse cómoda con todo eso». Mientras el matrimonio rodaba, los hijos de Elizabeth y los de Howard jugaban en el yate junto con los hijos de Norma Heyman, íntima amiga de la actriz. Un día, cuando los niños divisaron la lancha que los llevaba de vuelta, se percataron de que Richard no parecía feliz. La lancha se aproximó al yate y Richard saltó a bordo, y tan pronto como vio el caos les gritó a los niños que se bajaran del yate. Chris Wilding, que entonces tenía alrededor de doce años, dijo: «Éramos como ratones. Todos saltamos del bote para nadar hacia la costa y el pobrecito David [David Heyman, hijo de Norma], que tenía unos cinco años, no sabía nadar. Uno de los marineros tuvo que saltar para rescatarlo».

Los amigos y la familia se veían envueltos en las discusiones de Liz y Richard. Una noche, Elizabeth estaba preparando copas para los amigos y Richard, que no bebía desde hacía algunos días, la señaló y dijo:

—Ahí tenéis a alguien que jamás dejará el alcohol.

—Te odio —dijo ella.

—¡Ah! —intervino su amiga Norma Hayman—, pero también lo amas, ¿no?

—No —contestó Elizabeth—. Y le ruego a Cristo que lo saque de mi vida. Ya me tiene harta desde hace tiempo. —Miró a Richard y dijo—: Deja de tocarme las narices, lárgate.

Richard salió para escribir en su diario lo que había pasado y que se sentía especialmente herido porque, aunque ella ya le había hablado así varias veces antes, nunca lo había hecho estando él sobrio.

Uno de los motivos de su infelicidad era su incapacidad de llevar una vida normal. En una ocasión, a uno de los perros de Elizabeth se le pegó alquitrán en las patas y ella se alteró y lloró y

alguien fue a buscar a un veterinario. Pero cuando el médico entró en la casa y vio a Elizabeth Taylor y a Richard Burton sentados en el suelo y a ella bañada en lágrimas, agachada sobre su perro, se quedó congelado. En última instancia no pudo realizar el trabajo porque las manos le temblaban de forma incontrolada, y Elizabeth cogió las tijeras y lo hizo ella misma. En aquella época previa a Internet la actriz era una figura mítica, como Jackie Onassis o la reina de Inglaterra. Verla en la vida real era casi imposible de creer.

Mientras rodaban *La mujer maldita*, Elizabeth le pidió a Bozzacchi que la llevara en coche a una ciudad de Cerdeña para visitar una joyería. Él le preguntó si debía avisar a seguridad y ella dijo: «No, vayamos solos». Subieron al Fiat blanco de él en vez del llamativo Rolls Royce, pero después de un giro cerrado, los dos carriles de la carretera quedaron bloqueados por un coche que estaba en el medio, y Bozzacchi tiró muy fuerte del freno de mano. Frente a ellos había dos hombres armados con escopetas de caza. De repente llegaron más hombres armados y Bozzacchi retrocedió rápidamente con el coche, de vuelta al hotel. Nunca supieron si aquello formaba parte de una conspiración de secuestro, aunque Bozzacchi sospechaba que alguien del hotel les había avisado.

Elizabeth volvió a trabajar con Losey cuando ambos rodaron *Ceremonia secreta*, una extraña película coprotagonizada por una joven Mia Farrow y que trataba temas como la violación, la enfermedad mental y el incesto. Elizabeth apreciaba la visión artística poco convencional de Losey y respetaba el hecho de que hubiera sido incluido en la lista negra por sus vínculos con el Partido Comunista. Había huido de Hollywood hacia Europa por culpa de la caza de brujas del senador Joseph R. McCarthy. Durante toda su vida, Elizabeth se sintió atraída por artistas como Losey, que desafiaban la autoridad.

Mientras rodaban en Londres *Ceremonia secreta*, Elizabeth y Richard vivieron en un yate anclado en el río Támesis. Ella siempre deseaba estar con sus perros y no podía llevarlos a suelo británico debido a los protocolos de cuarentena. Así que, en vez de hacer que pasaran la cuarentena, se le ocurrió la generosa idea de vivir

con ellos a bordo de su lujoso yate.

Pero ninguna cantidad de dinero, ningún lujo ni ninguna fama podía ya salvar ese matrimonio condenado al fracaso. Farrow comentó: «Las cosas no siempre eran agradables, en absoluto, entre aquellos dos. A veces yo pensaba que él era malvado con ella, esa era mi percepción. Ella se lo tomaba con mucho buen humor: "Ah, Richard". Yo quería desaparecer. Era como si el ser galés, lúgubre, un poeta, un artista, le confiriese una veta maligna, o quizá es que estaba enfadado consigo mismo (...) No, aquello no era solo una broma».

* * *

En el verano de 1968 Elizabeth ingresó en un hospital para que le extirpasen el útero, en un intento por aliviarle el dolor de espalda crónico. La cirugía puso fin a su sueño de tener un hijo biológico con Richard. Tres años antes escribió un mensaje en el diario de él mientras él rodaba *El espía que surgió del frío*.

«Esposo ha sido encantador conmigo. Y yo sé lo mucho que odia a la "gente enferma" y evita cualquiera y todos los signos de dolor en alguien que le gusta y a quien ama. Pero ha sido maravilloso conmigo. ¡¡Me ha consentido como loco!! ¡¡Y yo adoro eso!! Quizá (me han dicho) después de otra operación [revertir la ligadura de trompas] podría darle un bebé. Deseo eso más que nada en todo el mundo. Por favor, hacedle saber que no va a pasarme nada. Por favor, haced que diga "Sí". (Por favor, Dios).»

Pero, igual que su fantasía de algún día poder vivir una vida normal, ella sabía que no podría dar a luz otro bebé. Antes de que ingresara para la intervención, Richard dejó en su diario la constancia de sus profundos temores. Ella le escribió una nota: «*Bach gan*, te quiero» (*Bach gan* significa «muchacho» en galés).

Pero el dolor de espalda no cedía y a veces un Jack Daniels con hielo era lo único capaz de aliviarlo. Mientras rodaba *El único juego en la ciudad*, con Warren Beatty, Elizabeth todo el tiempo

llevó un corsé.

Richard pensó que su mujer se fiaba demasiado de los doctores y que quería «inyecciones inyecciones inyecciones y analgésicos» en vez de intentar hacer ejercicio y tener costumbres más sanas. Cuando estaba de mal humor acusaba a Elizabeth de ser una hipocondríaca. Una vez le dijo que solo estaba enferma cuando quería estarlo.

Mientras ella estaba trabajando, Richard se mostraba posesivo y celoso. Le preocupaba que su mujer y Warren Beatty estuvieran haciéndose demasiado amigos en el plató.

«Mi Querido Esposo —le escribió ella, tomándole el pelo en su propio diario—, solo informarte que irme a la cama con W.B. (Warren Beatty) no ha disminuido ni un ápice mi amor por ti —si acaso lo ha aumentado—. ¿No estás emocionado? Todo mi amor, Esposa [de puño y letra de Elizabeth Taylor].»

Un año antes de *La mujer maldita*, Liz rodó *Los comediantes* con Richard, por el mismo motivo por el cual hizo *Hotel Internacional*. No quería que le dieran el papel a Sophia Loren porque no creía poder fiarse de Richard. Elizabeth quería y admiraba a muchas otras actrices, como Audrey Hepburn, pero Loren la hacía sentirse amenazada.

—Me han engañado —dijo—. Me dijeron que el papel iba a hacerlo Sophia Loren… y tú no querrías que nadie más hiciera las escenas de besos con Richard, ¿verdad?

Richard era el que siempre estaba más dispuesto a engañar. Cuando en 1972 rodaba *Barbazul* con compañeras glamurosas como Raquel Welch, Joey Heatherton y Nathalie Delon, hubo rumores de que se acostaba con las tres.

Según Bozzacchi, Richard y Raquel Welch estaban haciéndose muy amigos. «Recibí una llamada de Richard sobre las tres de la madrugada. Sollozaba, como si le hubieran roto el corazón. Elizabeth y Claudye (la mujer de Bozzacchi) estaban de viaje y a mí me aterró la posibilidad de que Richard estuviera llorando porque el avión de las chicas se hubiese caído. Me vestí y corrí arriba a su apartamento. Estaba borracho y lloraba sin control. Abrí la puerta de su dormitorio y me encontré con Raquel Welch

inconsciente en la cama, desnuda. "Gianni —exclamaba Richard—. ¡Nunca debí hacerle esto a Elizabeth!" Yo no tenía idea de lo que había pasado realmente. Nunca había visto a alguien tan borracho. No podía sostenerse en pie. Sacudí a Raquel para que despertase, la ayudé a vestirse y la llevé a su propia habitación. Richard nunca me contó qué pasó y qué no pasó aquella noche, y lo más probable es que eso fuera porque ni él ni Raquel recordaban nada.»

El 13 de septiembre de 1971, Richard escribió en su diario que pedía disculpas a Elizabeth «por no honrar mi contrato de cuidarla siempre, por dejarla sola de golpe (el chiste histérico es intencionado)... y por no ejercer y demostrar todo mi potencial como marido, proveedor, amante y todo lo demás».

Sus días comenzaban con un vodka doble con zumo de naranja y a veces estaba tan borracho que había que llevarlo desde el Rolls Royce hasta su camerino. Luchaba por aceptar la muerte de su hermano mayor, Ivor, y en términos generales no estaba satisfecho con su propia carrera.

—Era todo un personaje, no dejaba en paz a ninguna mujer —dijo de él Joan Collins, que afirmó que Richard trató de acostarse con ella antes de unirse a Elizabeth. Cuando ella lo rechazó, él le dijo: «Me has hecho romper el récord».

Ella le preguntó:

—¿Qué récord es ese?

Y él respondió:

—Me he acostado con todas mis compañeras de actuación menos contigo.

Él se odiaba a sí mismo por esto. Escribió a Elizabeth disculpándose: «Sé que a veces soy un mentiroso terrible, pero, por favor, créeme, jamás he traicionado ni de palabra ni de obra a tu yo físico ni a tu yo mental. Sencillamente te quiero demasiado. Halago y me gusta que me halaguen, ambas cosas con mucha facilidad. Solo es una cuestión de alcohol». Y firmó la carta «Marido (eso espero)».

* * *

Éramos «mutuamente autodestructivos —dijo Elizabeth—. Quizá nos habíamos amado demasiado». Pero se daban cuenta de que su inestable relación era una propiedad valiosa en sí misma, y continuaron sacándole provecho. En 1972 aceptaron rodar *Se divorcia él, se divorcia ella,* una película de televisión sobre la ruptura de un matrimonio. Alternaba la perspectiva del marido y la de la mujer, y se rodó en Roma y en Múnich. Eso fue porque ni Richard ni Elizabeth se quedaban en Los Ángeles ni en Londres más de noventa días consecutivos, porque no querían pagar impuestos sobre las ganancias que les producían sus películas.

Waris Hussein, el director de la película, que solo tenía treinta y cuatro años, se dio cuenta de que había llegado en el momento más caótico de la relación de la pareja más famosa del mundo. Elizabeth ni siquiera había leído el guion: había aceptado rodarlo por Richard, que formaba parte de la junta de directores de Harlech TV, una cadena de televisión galesa que era la que financiaba la película. Lo hacía como un favor a él y él lo hacía como un favor a Harlech.

Elizabeth pidió que su vestuario lo diseñara Edith Head y Hussein se reunió con Head para hablar del personaje. Era una mujer elegante, instruida y educada. Ella y su marido vivían bien, aunque no tan bien como Elizabeth y Richard. Head sonrió amablemente y preguntó a Hussein: «¿Ya has conocido a Elizabeth?».

Hussein sacudió la cabeza y dijo: «No». Head dijo que traería figurines para ella, y cuando volvió con los dibujos, cada uno de ellos había sido tachado con una raya roja a la altura del escote. Todos los vestidos con escote alto fueron eliminados.

Hussein dijo: «Supongo que tendremos que vérnoslas con esto».

Head respondió: «Me temo que sí. Elizabeth adora sus joyas y por eso necesita mostrarlas».

Cuando Hussein finalmente conoció a Elizabeth en persona, ella le mostró las joyas que pensaba llevar en la película, entre ellas la enorme perla La Peregrina.

—Perdóname, Elizabeth —dijo él—. Conozco la historia de

esta perla. El personaje que interpretas tú ni en un millón de años podría permitirse llevarla.

Ella respondió:

—De todos modos la llevaré, porque mi público quiere verme con mis joyas.

—Cuando en la pantalla te inclines para besar a tus hijos —bromeó él—, los vas a dejar KO con esta perla.

Ella no lo consideró en absoluto gracioso.

Hicieron una toma nocturna en la Via Condotti, donde diez años antes Richard había comprado joyas para Elizabeth en la tienda de Bulgari. «De repente —recuerda Hussein—, toda la escena explota en una miríada de *flashes*, hay cantidad de *paparazzi* y cuando Elizabeth baja del coche es como si se abrieran las aguas del mar Rojo.» Llegaba con dos días de anticipación. Se quedó sentada, envuelta en su abrigo de pieles, y preguntó dónde estaba Richard.

El problema era que Richard había desaparecido. «Una hora más tarde lo encontramos y él, a su vez, había encontrado una botella de vodka —recordaba Hussein—. El sobrio Richard con quien yo había estado conversando antes de que llegara ella ahora era incapaz de caminar recto por la calle.»

Elizabeth corrió hacia él y le dijo: «Ah, Dios mío, Richard, ¿estás bien? ¿Puedo ayudarte?».

—Era muy posesiva con él, aunque estuvieran peleando —dijo Hussein—. Aquí estaba esta mujer que era increíblemente comprensiva con muchísima gente, pero que elegía a la gente con la que quería ser comprensiva. Y también elegía a aquellos hacia los que sería indiferente. Y lamento decir que yo entraba en esta última categoría. Quizá yo era un poco demasiado blando, un poco demasiado servil, un poco demasiado complaciente. A ella le gustaba que le dijeran «vete a la mierda». Richard se comportaba de una manera abominable con ella. A ella le gustaba que los hombres que la rodeaban fuesen fuertes, a menos que ella pudiese darles órdenes, como a su maquillador o a su peluquero. Ella era la emperatriz y le gustaba tener a sus cohortes alrededor.

Hussein dijo que ya sabía que él no era Mike Nichols y que

también sabía que ella odiaba la película que estaban haciendo.

—Estas son dos personas que se conocieron con un estallido en el plató de *Cleopatra* y ahora estaban acabando con un quejido.[2] Y el tema de esta película, que trata de una pareja que se está separando, de ninguna forma era el más apropiado para que rodasen los dos. Era algo psicológicamente insano.

Pero ellos mantenían la ficción de pareja glamurosa. Richard y Elizabeth ofrecían largas comidas a sus amigos, que duraban desde el mediodía hasta las tres de la tarde, con cuatro platos y muchas bebidas, lo que significaba que era poco lo que se podía trabajar después de comer. Una vez, Hussein estaba rodando una escena de un desayuno y Elizabeth echaba café en las tazas y no había ningún vapor. Hussein pidió hablar con el encargado del atrezo.

—¿Por qué no está caliente? —preguntó Hussein.

—Porque no es café: es *whisky*.

Elizabeth no quería verse incluida en lo que era esencialmente una imagen espejo de su propia vida. Era una forma muy complicada de arrepentimiento y venganza.

—Creo que Richard se daba cuenta de que había vendido su alma —opinó Hussein—. Tenía muy presente en la mente la leyenda de Fausto. En realidad, Elizabeth era su Elena de Troya.

En una ocasión en que estaba borracho le dijo a Gianni Bozzacchi que era millonario, pero no gracias a Elizabeth sino gracias a lo que él había conseguido por sí mismo. Bozzacchi bromeó diciendo que él también era millonario… en liras italianas. Richard estaba demasiado ido como para apreciar la broma: se levantó de su silla y trató de dar un puñetazo a Bozzacchi, en vez de lo cual golpeó con la mano la repisa de la chimenea y se hirió gravemente. Al día siguiente ya no recordaba nada.

En el plató, Hussein observaba diariamente la descomposición de aquel matrimonio. El hombre con el que Elizabeth se había casado ya no existía. «Él la llamaba puta, tetona, gorda. El afecto que se tenían estaba entreverado con acidez.»

Se divorcia él, se divorcia ella se estrenó en televisión el 6 y el 7 de febrero de 1973 y recibió las peores críticas que uno pueda

imaginarse. *Variety* escribió que mirarla «te procura la misma alegría que contemplar una autopsia». *The Hollywood Reporter* la llamó «un estudio tedioso y aburrido del derrumbamiento del matrimonio de dos personas superficiales». Ese fue su decimoprimera película juntos, y también la última.

En marzo de 1973 Richard escribió: «Pese al hecho de que hemos estado juntos diez años o así, todavía sigo considerándote una presencia imposible de invadir e inviolable. Eres tan secreta como los misteriosos procesos del útero (...) En general, he tratado muy mal a las mujeres y las he utilizado para poder despreciarlas excepto en tu caso. He luchado como un loco para tratarte del mismo modo y he fracasado (...) Somos unos imbéciles redomados. Y desdichadamente lo sabemos.» Firmado: «Tu devastado amor y amante Rich».

Capítulo 12

El botín: Las extraordinarias joyas de Elizabeth

> ELIZABETH: Irse a la cama con joyas es mucho mejor que irse a la cama con un hombre.
>
> AMIGA: ¿Por qué?
>
> ELIZABETH: Las joyas aún estarán ahí por la mañana.

Las joyas de Elizabeth son como un álbum de recortes que cuenta la historia de su vida y el amor feroz e innegable que compartieron ella y Richard. Incluso cuando su relación pasaba por su peor momento, ella tenía joyas increíbles que le había regalado él como apoyo; quizá sabía que no iban a estar juntos para siempre, por eso ella quería algo que pudiera tocar y sentir para recordarlo en todo momento. Cuando Roddy McDowall le preguntó por qué amaba tanto las joyas, ella le contestó: «Esa es una pregunta tonta, Roddy. ¿Por qué a todas las mujeres les gustan las joyas?».

Su pasión por las joyas comenzó cuando era una niña pequeña. A los doce años detectó un broche adornado con piedras de colores en el escaparate de una tienda del Beverly Hills Hotel, cerca de la galería de arte de su padre. Quería comprarlo y regalárselo a Sara el Día de la Madre. Le pidió a la persona encargada de la tienda que le guardase el broche hasta que ella tuviese el dinero suficiente para comprarlo. Y, buena negociadora desde entonces, pidió que le hicieran un buen precio. Durante años la paga de Elizabeth fue de veinticinco céntimos por semana; finalmente terminaron por aumentársela a cincuenta. Era más o menos lo que les daban a la mayor parte de sus amigas, solo que ella, como actriz infantil, estaba ganando decenas de miles de dólares por año. Cuando consiguió reunir todo el dinero, la dependienta envolvió el broche de forma muy bonita y ella se lo

dio a Sara como regalo anticipado del Día de la Madre. Fue la primera pieza de joyería que compró con su propio dinero y el comienzo de una historia de amor que iba a durar toda su vida.

Ella se consideraba custodio temporal de sus joyas porque opinaba que nadie puede poseer realmente la belleza. La encantaba desplegarlas sobre la cama y admirarlas. «Las gemas tienen algo muy puro, que no tienen los engarces, ni la compra de las joyas, ni lo que las rodea; ¿sabes?, incluso han causado guerras, de modo que pueden causar horribles trastornos o remordimientos, y no resultar en absoluto puras, pero hay algo tan puro con solo mirar esa sustancia verde [las esmeraldas] que ha salido de la tierra. Y tienen tanta belleza y tanta profundidad, y son tan cambiantes…» Su conjunto de joyas era tan valioso que el experto en seguridad Gavin de Becker, que había viajado con Richard y Elizabeth en los años setenta, dijo que él dejaba las joyas en un depósito de seguridad en Suiza a su nombre. De no ser así, decía, podía llegar alguien que se pareciera a Elizabeth y hacerse con millones de dólares en joyas.

Elizabeth quería estar cerca de sus joyas todo el tiempo, y más adelante las guardaba en un armario para joyas situado fuera de su vestidor en su casa de Bel Air. Había grupos de cajones con montones de bandejas de joyas y cajones diferentes para los pendientes y las pulseras. En el primer piso había una pequeña caja de seguridad donde se guardaban las joyas más importantes para tener fácil acceso a ellas. También había otras piezas guardadas en una caja fuerte de dos metros en el despacho de la planta baja. Esas joyas, increíblemente caras, eran el motivo por el que Elizabeth necesitaba seguridad durante las veinticuatro horas.

Podía perder el interés en sus maridos, pero nunca en las joyas. «Su obsesión con las joyas era algo de otro mundo —dijo el periodista de moda André Leon Talley, ya fallecido—. Su moda oscilaba entre Versace y Valentino, es decir, de la V a la V, y a veces se salía del camino. Pero coleccionaba joyas como una emperatriz. Había algo de intuitivo en la forma en que las joyas la afectaban, pero era su manera de ser.»

A Richard, que creció siendo pobre, le encantaba comprarle

regalos caros... casi tanto como a ella le encantaba recibirlos. Nadie en el mundo estaba más feliz, más dicharachera, que Elizabeth cuando le regalaban una joya, pequeña o grande, si bien a ella la volvían loca las gemas grandes. Por lo general, Richard no se las regalaba para Navidad ni para el cumpleaños: le gustaba dar sorpresas.

—Me traía algo absolutamente maravilloso porque era miércoles. Pero ¿mi cumpleaños? Olvidémoslo: generalmente nada. Ya me he acostumbrado a eso, aunque me encanta cuando me sorprende con un ramo de flores o cualquier tipo de regalo, no importa el que sea. A veces son grandes, a veces minúsculos, a veces son flores que ha recogido en un prado.

En 1998, Demi Moore entregó a Elizabeth el prestigioso premio Lifetime of Glamour (toda una vida de glamur) en nombre del Council of Fashion Designers of America (comisión de diseñadores de moda de Estados Unidos). Esta pensó que era absurdo, después de décadas de haber recibido críticas del entorno de la moda, que le dieran ahora ese premio tan importante. «Me encanta la ironía que tiene el hecho de haber figurado en todas las listas de peor vestidas que se han hecho en el mundo —dijo en sus declaraciones—. De manera que ¡chúpate esa mandarina, señor Blackwell!»

Blackwell, el célebre y acerbo crítico de moda, podía ser muy cruel. Una vez dijo que Elizabeth «con jerséis y faldas ajustados parece una ristra de salchichas».

Richard no pudo aceptar eso y en 1969 escribió una carta burlona para Blackwell: «El dolor y la agonía se acentúan más aun por lo mucho que me cuesta hacer que mi esposa sea la ganadora del premio mundial a la mujer peor vestida (...) He estado rebuscando en mi memoria en profundidad y me es imposible recordar a mi mujer, ni siquiera en broma, parecida a una salchicha. Ni siquiera a una salchicha de Harrods».

Elizabeth tenía un sentido ecléctico y poco convencional del estilo y le gustaba mucho la ropa, si bien no con esa pasión exagerada que sentía por las joyas. Solía vestir Christian Dior, Chanel y Balenciaga e hizo famosos los caftanes de Halston. No

tenía un estilista y su sentido de la moda era loco y profundamente personal. Experimentaba con colores y estampados y nunca se entregó por completo a un solo diseñador, como lo hizo Audrey Hepburn con el modista francés Hubert de Givenchy, que fue quien creó las imágenes más icónicas de la actriz.

Elizabeth reconocía el talento superior, y así como ayudó a levantar el perfil de Bulgari al dar al joyero italiano un poco de su poder estelar estratosférico, impulsó a Valentino Garavani, más conocido como Valentino a secas, a crearse un nombre propio. En 1961, cuando estaba en Roma rodando *Cleopatra*, pidió al recién aparecido, pero prometedor, diseñador italiano que le hiciese un vestido de noche. El espectacular traje blanco que le hizo Valentino fue el que llevó Elizabeth al estreno de *Espartaco* en Roma. Las fotos de ella bailando con Kirk Douglas, la estrella de la película, se publicaron en todo el mundo y pronto otras celebridades y señoras de la alta sociedad clamaban por ser vestidas por Valentino. Elizabeth y Valentino, que hoy es uno de los más renombrados modistas del mundo, entablaron una amistad que duró toda su vida. Ella lo llamaba «Rudy», por el guapo actor italiano Rodolfo Valentino.

Aun cuando Elizabeth no tenía ninguna ayuda, siempre lucía como a punto de ser fotografiada, probablemente, porque había vivido tanto tiempo de su vida delante de una cámara. La editora de moda francesa Carine Roitfeld dijo: «Siempre me encantó su aspecto al bajar de un avión». Los fotógrafos la captaron caminando dentro de un aeropuerto, al lado de Richard, en 1970, luciendo *shorts* de encaje blanco con botas altas hasta las rodillas. Era una manera de vestir atrevida para una mujer de treinta y muchos años, a quien ya habían criticado por su aspecto, pero ella parecía enormemente feliz. Estaba bronceada y radiante y exudaba confianza en sí misma. Después de todo, la moda tenía que ser divertida.

Elizabeth y Demi Moore tuvieron una larga amistad, quizá porque los medios especulaban tanto sobre ambas y las criticaban tanto. Moore recordaba estar sentada en la habitación de Elizabeth examinando su increíble colección. Esta le mostró una pieza que le

había regalado Richard y cuando Moore le preguntó con qué motivo, le contestó: «Por ser martes. Es un regalo de martes».

—¿Qué pasa el martes? —preguntó Moore.

—Que es martes —contestó Elizabeth.

«Tuve un sentimiento de reverencia y al mismo tiempo de estar en dos sitios a la vez —recordaba Moore—. Una parte de mí era como una niña pequeña que está completamente maravillada, y la otra parte era estar sentada con ella de mujer a mujer.»

Las piezas que estaban en la planta baja son las más importantes de la gran colección de Elizabeth, dividida entre dos plantas. Representan una era de decadencia y glamur en el Hollywood del siglo XX que ya no existe. Son de una época que Elizabeth desea que el mundo recuerde y celebre, porque la belleza nunca puede pertenecer a una sola persona. La belleza no puede ser contenida ni ocultada: está concebida para ser compartida.

Ward Landrigan, jefe del departamento de joyería de Sotheby's, tenía veintipocos años cuando conoció a Elizabeth y a Richard y les entregó el diamante más magnífico que había visto nunca. En 1968 Richard pagó 305.000 dólares (dos millones y medio, en dólares de 2023) por una piedra de corte Asscher, de 33,19 quilates, llamada «el Krupp» porque había pertenecido a Vera Krupp, exesposa de Alfred Krupp, un criminal de guerra nazi cuya familia fue la mayor fabricante de armas de las dos guerras mundiales.

«Después de una subasta siempre llevo a mi personal al bar que está junto a nuestra oficina de Nueva York, y estábamos sentados ahí tomándonos una copa cuando la radio dijo que Elizabeth Taylor había comprado el diamante. Yo exclamé: "¡Hombre, eso está muy bien!". Unos veinte minutos más tarde, alguien de la oficina bajó y me dijo: "Elizabeth quiere el diamante ahora mismo". Yo pregunté: "¿Dónde está ella?", y me dijeron que estaba en Londres. Su personal ya me había reservado un vuelo.»

Varias horas más tarde, Landrigan llamó a la puerta de la *suite* del ático y Richard le abrió.

—¿Dónde está el diamante? —preguntó.

—En mi bolsillo —respondió Landrigan y le entregó el

estuche.

Richard abrió la caja y se limitó a mirar el diamante durante un minuto. Elizabeth estaba en el dormitorio.

Richard se giró hacia la habitación y gritó:

—¡Elizabeth, ven aquí! —Y ella salió corriendo del dormitorio y él le dio la caja abierta.

—¡Ay, mierda! —exclamó, deleitada, mientras se encaraba con él. Ambos cayeron sobre la mesilla de la entrada, volteando una lámpara y rodando sobre el sofá.

Landrigan recordaba haber pensado: «Vaya, ¡esto es tan Hollywood!».

—¡Mira ahora mis deditos cortos y gorditos! —dijo ella mientras exhibía la mano frente a él, moviendo los dedos.

Había en ella una inocente exuberancia acerca del enorme diamante. Lo dibujó en una tarjeta postal para sus padres y escribió:

Queridos mamá y papá:

¿Leísteis algo sobre mi anillo? ¡Es fabuloso! Os queremos a los dos,

ojalá estuvieseis aquí.

Elizabeth & Richard

«Cuando salió a subasta a finales de los años sesenta, pensé qué perfecto sería que lo poseyera una buena chica judía como yo», bromeaba.

No pudieron contratar un seguro inmediatamente, y por eso Landrigan tuvo que quedarse con ellos todo el tiempo. Permaneció en Londres una semana. Estaba encantado con el glamuroso trabajo que le había tocado. Pudo escuchar a Richard ensayar sus diálogos para la película que iba a rodar sin Elizabeth. Los había pegado en las paredes de su caravana y andaba arriba y abajo para aprendérselos. Landrigan viajó con ellos a Gales para celebrar la compra del Krupp. Se organizó una fiesta en una cervecería donde habían echado serrín por los suelos y todas las señoras, que nunca

habían visto un diamante ni la cuarta parte de aquel, quisieron probárselo.

Landrigan provenía de una familia obrera de Nueva York. Nunca se había alojado en un hotel tan lujoso como el Dorchester. Elizabeth sentía que debía protegerlo. Un día ella, que siempre le cortaba el cabello a Richard, le dijo a Landrigan que necesitaba un corte de pelo. Cogió unas tijeras y le dijo que se sentara. Cuando iba por la mitad de la tarea, entró Richard.

—¿Qué estás haciendo? ¡Sal de aquí! —gritó—. Esto es para la familia.

Landrigan salió a caminar y encontró un barbero que aceptó cortarle la otra mitad del cabello. Richard siempre se sentía sofocado por los que lo rodeaban; en cambio Elizabeth disfrutaba de la compañía de la gente. Landrigan se estaba acercando demasiado.

Quizá con remordimientos, Richard le dijo más tarde a Landrigan si quería ir con él a su *pub* favorito, pero Elizabeth intervino: «No vayas con él —le dijo a Landrigan—. Te arrepentirás.»

«Desde luego que no podía ir —dijo Landrigan—, porque habría tenido que dejar el diamante.»

Richard la bañaba en joyas caras, como para demostrarle su extravagante, abundante y, sin embargo, profundamente imperfecto amor por ella. En un poema, aprovechó la cadencia de la canción de cuna *Twinkle, twinkle, little star* para comparar a Elizabeth con «un diamante en el cielo». Todo lo cual es muy bonito, pero el poema adquiere un matiz más oscuro cuando se refiere a una pelea que habían mantenido la noche anterior:

I wish I may, I wish I might
Forget the things I said last night…

[Deseo poder, ojalá pudiera
olvidar las cosas que te dije anoche…]

No por borracho sino por viejo.)

Te amo más que a nada en la triste cara de esta violada Tierra.

Jenkins

Sus cartas y sus poemas revelan el misantrópico autodesprecio que ninguna cantidad de lujosos regalos era capaz de disimular.

En una fiesta en Londres, la princesa Margarita le echó una mirada al Krupp y comentó: «Querida mía, ese diamante es indudablemente vulgar». Elizabeth se mordió la lengua, y después de unas cuantas copas la princesa volvió y dijo: «Discúlpeme, ¿le molestaría que me probase su anillo?». Elizabeth respondió con su acostumbrado descaro, mientras Margarita se lo deslizaba por el dedo: «Ya no es tan vulgar, verdad?».

Cuando se trataba de sus fabulosas joyas tenía mucho sentido del humor. «No es hígado de pollo troceado», bromeó cuando el periodista David Frost le pidió echarle una mirada más detenida al anillo durante una entrevista. La encantaba ver las caras de las otras personas cuando les dejaba probarse su célebre joya, cosa que ocurría con mucha frecuencia.

Pocos meses después, en 1969, en el apartamento del último piso del Caesar’s Palace de Las Vegas, Elizabeth andaba a cuatro patas examinando la alfombra porque se le había perdido un regalo de Richard. Era una de sus joyas más amadas, La Peregrina, en la que Richard acababa de gastar una fortuna, y que había desaparecido.

La Peregrina se encontró en el golfo de Panamá a finales del siglo XVI y se envió al rey Felipe II. Era una de las joyas de la corona española y se la ve en muchas pinturas de personajes de la familia real de España. La perla terminó en Francia y fue heredada por Carlos Luis Napoleón Bonaparte, el futuro Napoleón III, presidente y emperador de Francia a mediados del siglo XIX. Luego se vendió al inglés James Hamilton, duque de Abercorn, en cuya familia permaneció hasta que Richard la compró por 37.000 dólares (el equivalente a 290.000 de hoy) en una subasta de

Sotheby’s para regalársela a Elizabeth el día de San Valentín.

Landrigan acababa de entregarle la extravagante joya a Elizabeth. Era pasada la medianoche y ella estaba bebiendo un cóctel *Salty dog*, que se prepara con vodka y zumo de pomelo, y le ofreció uno a él. Cinco minutos más tarde llegó corriendo hasta donde estaba Landrigan sosteniendo la cadena de la cual hasta hacía cinco minutos había colgado la perla.

—¡La he perdido! —susurró, intentando ocultar la pérdida a Richard, que estaba distraído en otra cosa.

—¿Ha mirado dentro de su camisa? —preguntó Landrigan.

—No está ahí —dijo ella, horrorizada.

Volvió sobre sus pasos y aún nada. Comenzó a canturrear y a caminar de ida y vuelta con los pies descalzos. Quería hacer ver que su deambular dentro de la *suite* tenía un objetivo, para que Richard no supiera lo que estaba pasando. Notó que uno de sus pequineses estaba royendo un hueso.

—En mi cabeza aquello fue la segunda mirada más larga y más lenta. A nuestros perros, especialmente a los cachorros, nunca les damos huesos. ¿Qué estaba masticando? Y me dieron ganas de taparme la cara y gritar y tirarme al suelo. Me acerqué como casualmente, abrí la boca del perrito y dentro estaba la perla más perfecta del mundo. Y, gracias a Dios, estaba intacta.

Aquel mismo año, 1969, durante una de sus interminables peleas, Richard había dicho que las manos de Elizabeth eran «grandes y feas y rojas y masculinas». Al día siguiente, nada más despertarse, ella le dijo:

—Realmente tendrías que conseguirme ese anillo de sesenta y nueve quilates, con el que mis manos grandes y horribles van a parecer más pequeñas y menos feas.

—Ese insulto de anoche me va a costar dinero —dijo él.

El diamante al que se refería Elizabeth era un diamante en forma de pera de 69,42 quilates que dejaba pequeño al Krupp y en una época había sido propiedad de la hermana de Walter Annenberg, el editor multimillonario que fue embajador de Estados Unidos en Londres bajo la presidencia de Richard Nixon. Aquella señora consideraba que el anillo era demasiado audaz, de modo

que lo llevaba poco y casi siempre estaba guardado en la cámara de seguridad de su banco. En cuanto Elizabeth y Richard supieron que estaba disponible, le pidieron a Landrigan que fuese hasta Gstaad para mostrárselo. Cuando a Elizabeth le gustaba algo, lo adoraba, y adoraba ese diamante. Aparentemente lo mismo le pasaba a Aristóteles Onassis, que se había dejado caer por las Galerías Parke-Bernet de Nueva York para inspeccionar la piedra, lo que indujo a la prensa a especular que pensaba comprárselo a su esposa, Jacqueline Kennedy Onassis.

Elizabeth y Richard estaban en su *pub* favorito de Oxfordshire, cerca de la casa de un amigo, y él estaba al teléfono, pujando. La subasta comenzó con 200.000 dólares y aumentaba rápidamente, pero cuando llegó al millón Richard se retiró. Hasta entonces, el récord de recaudación por un diamante como aquel había sido de 385.000 dólares. Cartier lo compró por 1,05 millones de dólares (8,3 millones en dólares de hoy), lo que puso furioso a Richard porque él había pensado que llegaría a dos o tres millones. Negoció con Robert Kenmore, que era el representante de Cartier en Nueva York, para comprar el diamante por 1,1 millones.

—Si no me lo vendes a mí, se lo diré a todo el mundo y no habrá ninguna estrella que compre Cartier nunca más. Cartier estará acabado —amenazó. Kenmore cedió y el diamante fue para Richard, pero solo después de haberse exhibido en el escaparate de Cartier en la Quinta Avenida. Más de seis mil personas guardaban cola cada día para verlo.

Gianni Bozzacchi era el fotógrafo personal de Elizabeth y recuerda cuando el diamante llegó a Montecarlo, donde Elizabeth y Richard estaban en su yate de siete habitaciones llamado *Kalizma* (por sus hijas Kate, Liza y Maria). Necesitaba una tripulación de ocho personas, lo cual incluía a una asistenta, a un camarero y a un cocinero. Para decorar las paredes del yate habían comprado pinturas importantes, entre ellas un Van Gogh. A Elizabeth le gustaba especialmente ese Van Gogh y lo contemplaba durante horas. Una vez dijo que era el único pintor capaz de hacerla llorar con solo mirar sus pinturas. «Tiene algo de desesperado, de triste y de solitario», dijo. Cuando la mar se ponía gruesa, el personal

corría a quitar de la pared las valiosas pinturas para que no sufriesen daños. El dormitorio favorito de Elizabeth estaba en ese yate, decorado en tonos blancos y amarillos. Ella llamaba al yate el «mejor juguete». Richard bromeaba con que ahora podría llevar consigo su enorme colección de libros cuando viajasen.

Elizabeth quería lucir su nuevo diamante en el Baile del Escorpión de la princesa Grace. Cartier envió tres diamantes, para que los posibles ladrones no pudieran saber cuál era el verdadero. Eran tres cajas idénticas portadas por tres hombres idénticos, según los describió Gianni Bozzacchi.

Uno llegó en coche, otro en helicóptero y el tercero en un barco. Era tarde por la noche y Richard estaba totalmente borracho y comenzó a jugar con uno de los diamantes, que terminó cayendo por la borda. Elizabeth gritaba, el chófer se puso una máscara de submarinista y se lanzó a recuperarlo. Según Bozzacchi, Richard no paraba de reír. Aún tenían los otros dos diamantes, pero eran incapaces de distinguir entre el verdadero y el falso, de modo que llamaron a Pierre Arpels, de Van Cleef & Arpels, en Montecarlo, a las tres de la madrugada y lo despertaron. Arpels llegó para examinar los dos diamantes restantes y finalmente dijo: «¡Es este!».

Resultó que, afortunadamente, lo que Richard dejó caer al mar era un trozo de vidrio. En 1970, Elizabeth lució su diamante en forma de pera de 69,42 quilates, colgando de un collar de Cartier, en la ceremonia de los premios Óscar, donde presentó el premio a la Mejor Película.

Richard disfrutaba averiguando la historia de las piezas que le compraba a su mujer, y la historia del Taj Mahal le resultaba irresistible. El diamante, grabado, tallado en lasque y en forma de corazón, está engastado en una montura de piedra roja y jade y cuelga de una cadena de oro incrustada de rubíes y diamantes cortados a la usanza de los antiguos mineros. Según la historia, la joya se hizo para Nur Jahan, esposa del emperador Jahangir, durante el período mogol. Jahangir fue el padre del *sha* Jahan, de quien se dice que heredó la piedra y la regaló a su esposa favorita, la reina Mumtaz Mahal, en cuya memoria el *sha* levantó el monumento conocido como Taj Mahal. En la piedra está grabado

«Amor eterno hasta la muerte». Es muy posible que esta sea la pieza más romántica y única de la exquisita colección de Elizabeth.

—Richard solía bromear con que quería comprar el Taj Mahal —contaba ella—, pero era demasiado grande para traerlo hasta nuestra casa de Suiza.¡Este es el premio de consolación!

Es curioso que Elizabeth dijese que amaba tanto la más pequeña de sus piezas de joyería como la más grande. Richard pagó 38 dólares por un anillo con un diamante de 0,42 quilates que ellos llamaron el diamante Ping Pong. «En verdad Richard es casi un profesional del pimpón. Me dijo: "Si eres capaz de ganarme un partido, o aunque sea si eres capaz de obtener diez puntos, te regalaré una piedra perfecta". Lo fastidié y no solo obtuve diez puntos sino que le gané el partido.» Y él le regaló el anillo.

Tenía un significado especial para ella una joya que se regaló a sí misma. A los dieciocho años de edad y casada con Nicky Hilton conoció al duque y a la duquesa de Windsor. Luego, diez años más tarde, después de *Le Scandale*, Richard estaba rodando una película en París y Elizabeth pudo intimar más con ellos. Cuando el rey Eduardo VIII abdicó del trono británico en 1936 para poder casarse con la dos veces divorciada estadounidense Wallis Simpson, la pareja llegó a ser tan famosa y controvertida como los Burton. Les dijeron a Elizabeth y a Richard que se sentían identificados con ellos y con las discusiones que había acarreado su matrimonio, y los invitaron a su casa de campo.

—Se amaban de verdad —comentó Elizabeth—, y el respeto de él por ella es algo hermoso. La llamaba «su duquesa» y creo que si nosotros no la hubiéramos llamado duquesa nos habría echado de allí (…) Yo jamás la llamé Wallis, siempre me dirigí a ella como Duquesa (…) Íbamos a comer con ellos e íbamos a estar solos los cuatro y ella estaba tratando de decidir qué ponerse y su dama de honor la ayudaba y ella escogía entre sus joyas, de las que tenía una buena colección, y comenzó a ponerse su anillo de diamante. Entonces dijo [Elizabeth finge un acento inglés altivo]: «Ah, no, no puedo llevar eso. Dame mi zafiro. El diamante de Elizabeth es mucho más grande».

Elizabeth reía a carcajadas recordando esto, «que me pareció

muy mono. Así que ella llevaba el zafiro y no el diamante cuando yo andaba por ahí porque el Krupp era mucho más grande».

Elizabeth vio un magnífico broche que llevaba Simpson y que era la insignia del Príncipe de Gales, con tres plumas y una corona de oro hecha de diamantes engastados en platino. Al preguntar si era una insignia real, Simpson respondió: «Sí, cuando Monty [Lord Mountbatten, miembro de la familia real] vino aquí se llevó todas las piezas, pero se le olvidó esta».

Elizabeth dijo: «Eso es genial. Es tan romántico que el duque haya mandado hacerlas para usted».

Simpson le ofreció dejar que la copiase, pero Elizabeth no se sentía cómoda con la idea. Además, ella quería la joya original.

«Realmente llegué a quererlos mucho», dijo de la controvertida pareja. Después de que Simpson muriese en 1986, Elizabeth vio el broche en una subasta de caridad y pensó: «La Duquesa querría que yo tuviera eso». Estaba sentada al borde de la piscina con su familia y pujaba por teléfono. Le encantaban la pieza y su historia, pero también le encantaba que el dinero estuviese destinado al Instituto Pasteur de París, una fundación para la investigación médica centrada en el sida y en el cáncer.

Elizabeth pujaba contra alguien que deseaba ese broche tanto como ella, pero no por el mismo motivo. «Yo lo quería porque ella quiso que lo tuviera yo, era una cosa algo mágica (...) De manera que seguí diciendo "Más más, sí, más... Sí sí sí...".» Terminó pagando 565.000 dólares. «Los niños y todos los demás me miraban como si hubiese perdido la chaveta.» Cuando reveló a su familia la astronómica suma, algunos se tiraron a la piscina.

Capítulo 13

El fin y un nuevo comienzo

1973 — 1976

> El estirón del amor ha terminado y volvemos a ser una otra vez. Soy feliz, espero que lo seas tú.
>
> «Seis días de octubre»,
> carta que Elizabeth se escribió a sí misma.

En mayo de 1973, Elizabeth comenzó a rodar *Miércoles de ceniza* en las pistas de esquí de Cortina D'Ampezzo, al norte de Italia. La película cuenta la historia de una mujer de mediana edad que decide someterse a una drástica cirugía plástica con el fin de recuperar a su marido, que la engaña. Este fue otro caso de la vida imitando al arte: Elizabeth tenía cuarenta y un años y trataba de aferrarse a Richard, que la acompañaba, pero se sentía infeliz.

Uno de los productores de la película era Dominick Dunne, quien recuerda que había sugerido que organizasen una cena con Andy Warhol. Al principio Elizabeth se burló de la idea. «¡Ese hombre ha ganado millones conmigo!», dijo, aludiendo a los icónicos biombos de seda de Warhol, que utilizó su imagen sin permiso. A ella le enfadaba haber contribuido, sin quererlo, a su celebridad, aunque acabó por aceptar verlo. (Finalmente él terminó regalándole una pequeña litografía, que no era uno de los originales, y que ella colgó en una de las paredes del salón de su casa en Bel Air.)

La cena, empapada en alcohol, transcurrió bien hasta después de los postres, cuando Elizabeth se disculpó para ir al lavabo. En

cuanto se levantó de la banqueta tapizada de cuero rojo sintió algo duro debajo de su chaqueta de marta cibelina. Warhol, disimuladamente, había puesto una grabadora allí.

—¿Has estado grabándome mientras estoy bebida? —gritó. Era otra invasión de su intimidad que la hizo sentir como violada. Warhol le entregó la grabadora, pero no volvieron a dirigirse la palabra aquella noche.

Su relación con Richard se había deteriorado tanto que ya habían llegado al punto de insultarse en el plató. En una de las escenas, el personaje de Elizabeth supuestamente está jugando al *bridge*. Ella no sabía jugar, se confundía y preguntó: «¿Cuatro de qué? ¿Qué se supone que debo decir ahora?».

Richard, cuyo alcoholismo iba desmadrándose cada vez más, estaba fuera de cámara.

—¡Vaca estúpida! —le gritó—. ¡Limítate a mostrar tus enormes tetas!

Había llegado a llamar a Elizabeth «puta» delante de los niños.

Desde el hotel, Richard escribió durante el rodaje: «Mi bella niña, mujer, miembro del sexo opuesto, no acepta el hecho de que está entrando en la mediana edad. No me sorprende. Yo también me tomé mi tiempo».

Dunne pensaba que *Miércoles de ceniza* iba a ser el golpe final a su matrimonio, ya en ruinas. En 1973 Elizabeth escribió:

Richard:

Por favor inténtalo.
Tú puedes.
No seas tan jodidamente predecible.
Danos una sorpresa…

Estaba cansada de los arrebatos de él inducidos por el alcohol y así como amaba las joyas, sus caras disculpas la tenían harta. Le escribió una carta sin fecha en un papel con membrete de la TWA, manchado de lágrimas, agradeciéndole los «diamantes de los martes y las esmeraldas de los viernes», pero rogándole que

demostrase su amor de forma menos cara y más genuina.

> *Lo único que necesito es tu espalda contra la que calentarme y tu mano que sujetar cuando tengo miedo o frío por dentro. Hablar contigo cuando apagamos las luces (…) ¡Incluso te necesito para pelear! Te necesito a ti y nada más, así que no me regales más «cosas». Te quiero solo a ti. Me entrego toda yo a ti con todo mi amor.*
>
> *Elizabeth*

Pero él ya no podía cambiar. «Siempre estuvieron enamorados. Demasiado enamorados para estar casados y demasiado enamorados para no estarlo —dijo David Rowe-Beddoe, amigo de Richard—. Era el momento, para él, de tener a alguien sometido, y era el momento, para ella, de tener a alguien sometido. Era una relación tempestuosa. No se podría describir, nadie te creería.»

Mientras tanto, el hábito de beber de Elizabeth seguía empeorando. Por las mañanas llamaba a su mayordomo y le pedía un Bloody Mary, en el almuerzo había vino y por la tarde se bebía un vaso lleno de *whisky* o de vodka.

Finalmente, decidieron que debían separarse y Richard estaba tan perdido en su borrachera que accedió sin discutir.

En una carta fechada el lunes 25 de junio de 1973, Richard la dejó ir:

> *Bueno, culito mío:*
>
> ¡Te has marchado, por Dios! Apenas puedo creérmelo ya que estoy tan acostumbrado a que nadie me deje. Pero ahora que lo pienso me maravillo de que nadie lo haya hecho antes. Lo único que me importa —lo juro por Dios— es que seas feliz y no me importa gran cosa con quién encuentres esa felicidad. Quiero decir, siempre y cuando sea un tío amistoso y te trate bien y con amabilidad…

El 4 de julio de 1973, Elizabeth emitió una declaración manuscrita:

Estoy convencida de que sería una idea buena y constructiva que Richard y yo nos separásemos durante algún tiempo. Quizá nos hemos amado demasiado (y no es que yo crea que tal cosa es posible), pero hemos estado juntos permanentemente, no separándonos nunca salvo por asuntos de vida o muerte, y creo que esto ha causado una rotura transitoria de nuestra comunicación. Creo con todo mi corazón que esta separación terminará por retrotraernos donde debimos estar, es decir, juntos. Deseadnos suerte en este momento tan difícil. Rezad por nosotros.

Entre ellos siempre iba a haber una conexión muy profunda. Richard le escribió pocas semanas después de esta declaración. Con respecto a su alcoholismo, él podía confiar en ella, como lo hace en esta nota, de una forma que no iba a ser posible con nadie más.

No pienso en nada más que en ti y cuando tengo gente alrededor —como hoy en el almuerzo— tengo hambre del sonido de tu nombre y si los demás no lo mencionan a menudo lo traigo yo a colación, aunque no tenga nada que ver. Espero que no pienses que soy un «santurrón», que es de lo que me acusas, pero había una mesa llena de bebidas y no he probado ni una gota pese a la agonía de mis tripas que gritaban, así como mi mente y mi corazón.

Estaba claro que quería que ella volviese. En una carta con fecha del 7 de octubre de 1973, Richard escribió: «Muy bien puede ser que esta sea la última vez que tu apellido sea, quiero decir en mi presencia, el mismo que el mío, pero te hago la apuesta imposible de que cuando esté en mi último lecho y acercándome a la playa eterna, en mis labios estarán las palabras Elizabeth Elizabeth Elizabeth BURTO».

Su relación era como un péndulo: se acercaban y se alejaban

durante meses enteros. Sabían que el caos siempre es interesante. Ella nunca podía fiarse de Richard; y con razón, porque las infidelidades de él fueron más destructivas antes de la ruptura definitiva. Finalmente Richard y Sophia Loren actuaron juntos en una película, que era lo que siempre temió Elizabeth.

Según Richard, antes de casarse él le pidió algo a Elizabeth y como contrapartida ella le pidió algo a él.

—Hazme un favor —le dijo Richard—: cuando te enamoras y te casas todo el mundo tiene que hacer algún sacrificio, y yo prometo beber menos y no mentir si tu dices menos palabrotas.

—Puedes apostar el culo a que lo haré —respondió ella irónicamente—. Tú no puedes dejar de mentir porque eso ya es innato en ti, parte de tu personalidad.

—Te prometo que lo haré —insistió él. Pero mentir menos no significa dejar de mentir por completo.

Cuando Richard rodó *El viaje* con Vittorio de Sica, pocos meses antes de la ruptura, vivió con Sophia Loren y el esposo de ella, el productor Carlo Ponti, en la casa para huéspedes de ambos. «Me pareció que eran bastante amistosos entre ellos y me sentí fuera del juego —dijo Elizabeth—. Delante de mí hablaban en italiano, lo que en verdad me hacía sentir excluida. El italiano de él no era muy fluido (...) Quiero decir que estaba flirteando como un loco y ella también flirteaba con él, y pensé: "No voy a quedarme sentada aquí mirando esto. Que los jodan a los dos".»

Elizabeth se fue para comenzar a rodar *La masoquista* en Roma, pero echaba de menos a Richard. Gianni Bozzacchi recordaba ayudarla a prepararse para una comida en la villa de Ponti y Loren. «Trataban de encontrar una forma de volver a estar juntos», recordaba. Bozzacchi esperaba en la *suite* de siete habitaciones del Grand Hotel mientras ella se arreglaba en el cuarto de baño. Cuando salió, Gianni fue incapaz de ocultar la cara que puso.

—¿Adónde vas vestida así? —le preguntó. Elizabeth se había colgado sus mejores joyas, se había maquillado demasiado y se había recogido el pelo de manera extravagante—. ¡Por el amor de Dios, pareces un árbol de Navidad!

Ella cerró con un golpe la puerta del baño y comenzó a sollozar:

—¡Tú no tienes idea de por lo que estoy pasando!

Bozzacchi trató de calmarla y le dijo lo hermosa que era cuando no llevaba maquillaje e iba vestida con tejanos y camiseta.

—Y eso es lo que hizo —continuó él—. Se quitó todo el maquillaje, y Elizabeth, sin maquillaje, era preciosa. Parecía veinte años más joven. La llevé hasta la casa de Sophia y ella me preguntó: «¿Piensas que Richard ha tenido una aventura?». Yo le respondí: «Richard te ama».

Sophia bajó a almorzar completamente maquillada, derramando joyas y envuelta en un caftán de colores brillantes. Elizabeth parecía tanto más hermosa al natural. Pero regresó a Roma ese mismo día, sin Richard.

La actriz quedó sorprendida cuando un pretendiente de unas cuantas semanas atrás (si Richard podía hacerlo, ella también podía), un vendedor de coches de segunda mano llamado Henry Wynberg, se presentó en el Grand Hotel para verla. Elizabeth se sentía sola e insegura, por lo que procuró que los fotógrafos los retratasen yendo a cenas extravagantes y a bailar. Estaba claro que esas fotos iban dirigidas a un público formado por una sola persona.

A finales del otoño de 1973, Elizabeth sufría de terribles dolores de estómago y estaba convencida de que tenía cáncer. Ingresó en el hospital UCLA, donde le extirparon un quiste ovárico benigno. Richard seguía rodando *El viaje*, pero abandonó Italia sin equipaje y corrió a estar junto ella, y fue entonces cuando Elizabeth le pidió que volviera a casa. Wynberg fue sumariamente despedido.

Richard le dijo que había dejado de beber y le perdonó su relación con Wynberg. Por supuesto, él había tenido ya su cuota de «infidelidades catárticas».

—Lo siguiente que recuerdo es que nos abrazábamos hasta quedar sin aire, y nos besábamos y llorábamos —dijo Elizabeth—. Él me dijo «por favor, vuelve conmigo». Nunca habrás visto a alguien curarse tan rápido. Era como si el Gran Maestro hubiese

puesto una mano sobre mi herida quirúrgica y me hubiera curado. Richard fue a Van Cleef & Arpels y volvió con esa extraordinaria gargantilla de diamantes pavé (...) Es una de mis joyas favoritas porque me la regaló con mucho amor. Caray, ese hombre sabe cómo hacer las paces.

Elizabeth acompañó a Richard hasta una pequeña ciudad al norte de Sacramento en la que iba a rodar *El hombre del clan*, y fue allí donde las cosas comenzaron a derrumbarse otra vez. Él miraba mucho a otras mujeres y flirteaba con ellas descaradamente delante de Elizabeth, lo cual era muy humillante. Ya estaba cansado de las muchas enfermedades de ella y de la tarea de ser Elizabeth Taylor. Nuevamente decidieron separarse durante un tiempo. En una carta fechada el viernes 19 de febrero de 1974, Richard escribió a Elizabeth desde su casa en Céligny, Suiza:

> *Muy Querida Largo Tiempo Amada y Hace Tiempo Perdida:*
>
> Te echo de menos y te quiero un montón, pero ahora la vida es mucho más sencilla que durante la década pasada (...) Comprar cosas con mi propio dinero, es decir, tener realmente dinero en los bolsillos, elegir las cosas que me gustan a mí... Te encontraré a medio camino de algún sitio, como siempre.

En marzo ya estaban juntos otra vez. Elizabeth le escribió a Richard por su décimo aniversario de boda:

> *Mi querido (mi aún) esposo:*
>
> Me gustaría hablarte de mi amor por ti, de mi temor, de mi deleite, de mi puro placer animal por ti —(contigo)—, mis celos, mi orgullo, mi ira hacia ti, por momentos. Por encima de todo, mi amor por ti y cualquier cantidad de amor que tú puedas darme... Quisiera poder escribir sobre ello pero no puedo. Solo puedo «hervir y burbujear» por dentro y esperar que comprendas cómo me siento en realidad. De todos modos te deseo, tu (aún) esposa.
>
> PD. O'Amor, no volvamos a darnos por sentados

nunca.

PPD. ¿Qué te parece? ¡Diez años!

Pero un mes más tarde, el 26 de abril de 1974, anunciaron que estaban solicitando el divorcio. Dos meses después, Elizabeth acudía a un juzgado de Gstaad para cerrarlo.

Rowe-Beddoe contemplaba, impotente, cómo aquellos dos se despedazaban. Siempre hubo, según él, «demasiado joderse el uno al otro». Richard tenía problemas para aceptar que era un alcohólico y siempre se consideró un bebedor que era capaz de parar si era necesario. Cuando estaban juntos, Elizabeth solía decir que quería que él dejase de beber, aun cuando ella misma bebía delante de él.

Cuando él no estaba bebiendo y ella sí, Elizabeth lo encontraba casi intolerable. Una vez, en un tren, ella le gritó: «¡Cuando estás sobrio eres un maldito aburrimiento!». Para cuando bajó del tren, él ya estaba borracho perdido. Y confundido, porque no sabía cómo contentarla.

Los Elizabeth y Richard que Rowe-Beddoe quiere recordar cobran vida en una historia de finales de los años sesenta, cuando lo visitaron en su casa de campo en Inglaterra. Elizabeth quería Dom Perignon, su bebida preferida. Por la tarde, temprano, fue andando hasta el *pub* y le preguntó al encargado, que casi se desmaya al verla, si tenían la marca. Cuando le dijeron que no, envió a su chófer hasta Londres, que distaba una hora y media en coche desde allí, para que se lo consiguiera.

—Llevó varias botellas al *pub* e insistió en comprarles la bebida a ellos. Nunca, jamás, la olvidarán. Ahí estaba aquella estrella en la barra, pagando copas para todos, incluso para sí misma, de las botellas que ella había comprado.

* * *

Lo divertido del *show* de Liz y Dick acabó antes de que acabaran ellos. Elizabeth se había hecho adicta al drama de su relación de

subidas y bajadas de casi quince años. Richard, otro tanto. No importaba cuántas veces le dijera que quería volver a ser libre, seguía proclamando su amor y su adoración por ella en sus cartas personales.

Elizabeth estaba en Roma finalizando *La masoquista* y no podía creer lo que les había ocurrido. Richard tampoco. «Yo eché a Elizabeth, le dije que se fuera... Y para mi sorpresa, se fue. No me lo podía creer.»

Ella se sentía sola y pidió a Gianni Bulgari, que dirigía la joyería familiar, que fuera a cenar con ella, pero no quería que los *paparazzi* la acosaran. Él le prometió que saldría con ella siempre y cuando no salieran solos. Invitó a la cena a unos cuantos amigos, entre ellos a una hermosa mujer de poco más de veinte años.

—Cuando Elizabeth entró en el restaurante y vio a esa chica, se negó a sentarse a la mesa porque ella era más joven y muy bonita. Dijo que estaba enferma y que no se encontraba bien.

Bulgari dijo que se pasó la velada yendo de la mesa a la puerta del lavabo de señoras para tranquilizar a Elizabeth. «Se negaba a sentarse a la misma mesa que aquella chica porque se sentía amenazada. Se sentía sola y parecía una niña malcriada.» También estaba destrozada e insegura. Se sentía abandonada por el hombre en quien más confiaba en el mundo.

En febrero de 1975, Wynberg, que volvía a aparecer en escena, acompañó a Elizabeth a Rusia a rodar *El pájaro azul*. La película estaba dirigida por George Cukor y era la primera coproducción soviética-estadounidense que se hacía durante la Guerra Fría. El reparto, incluida Elizabeth, pasó gran parte del rodaje en cama con diferentes enfermedades, desde la gripe a la disentería amebiana. Cuando recibió un telegrama de Richard en el que le decía que deseaba verla, el 14 de agosto de 1975 viajó en avión hasta Suiza. Wynberg había sido despedido nuevamente. Elizabeth corrió a echarse en brazos de Richard, los dos lloraron y clamaron cuánto se habían añorado. Oficialmente volvían a estar juntos.

Elizabeth llamó a Bulgari para contarle las novedades. «Estoy en Nueva York y recibo una llamada desde Roma, de una persona

que me dice: “Tengo a Elizabeth Taylor en la línea y dice que quiere hablar con usted”. Ella se pone al teléfono y me suelta: “Quiero contarte que por fin vuelvo a reunirme con Richard”. Yo le digo: “Felicidades” y ella me dice “¿No crees que me merezco un regalo?”. Ya había escogido un collar que costaba 150.000 dólares. Yo le respondo: “No”. A veces yo era muy directo con ella. Le digo: “¿Y por qué diablos me llamas a las cinco de la mañana para contarme esto?”.»

Su reunión era prometedor forraje para tabloides. Doris Romeo dirigía una agencia de colocación de personal doméstico para los ricos y famosos que proporcionaba empleados tanto a la familia real saudí como a Frank Sinatra, y confesó que le ofrecieron 200.000 dólares al año —una cifra astronómica en los años setenta y los ochenta— para que divulgase los secretos de Elizabeth. «Les contesté que esos secretos morirían conmigo —dijo Romeo, pero la oferta demuestra los extremos a los que llegaban los tabloides para conseguir cualquier cotilleo—. Querían saber quién estaba enfermo y quién era gay —dijo—. En el caso de Elizabeth, querían información sobre sus enfermedades y sobre cuánto comía.» El periodista Tony Brenna, del *National Enquirer*, dijo haber comprado por lo menos cinco billetes de primera clase entre Suiza e Israel cuando Elizabeth estaba reconciliándose con Burton. «Los compré para mantener alejados a otros periodistas.» Atrajo la atención de Elizabeth desde la otra punta del avión y le ofreció un trato que a ella ya le habían ofrecido muchas veces antes: «Hay una manera fácil y otra difícil de hacer esto —le dijo —. Solo necesito dos palabras suyas acerca de la reconciliación y después la dejaré en paz».

Elizabeth no tuvo que pensárselo mucho para decidir cuál de las maneras prefería: «Váyase a la mierda», masculló. Luego un asistente de vuelo se acercó a Brenna y le dijo que tenía que dejar de molestar a los demás pasajeros. «Era divertido —recordaba Brenna—, era como una guerra entre los tabloides y las celebridades.»

La actriz se puso furiosa cuando, después de haber salido brevemente de la cabina, volvió y se encontró a Richard y a Brenna

bebiendo juntos. Ella ya estaba acostumbrada a que Richard volviese a caer en la bebida, y si bien le echó una mirada asesina a Brennan, nunca podía estar enfadada con Burton durante mucho tiempo. «Lo que sí era evidente es que ambos se amaban apasionadamente —dijo Brenna, que los siguió por medio mundo —. No era algo nuevo: era una antigua llama que había estado ardiendo durante mucho tiempo.»

Las historias sobre su apasionada y tumultuosa relación enriquecieron mucho a los tabloides. Años más tarde, Brenna dijo haber pagado a un antiguo novio de Elizabeth, Peter Lawford, para que fuera una de sus fuentes. Cuando Lawford y Elizabeth estuvieron en rehabilitación, Brenna le pedía a Lawford que hiciera salir a Elizabeth a determinadas horas para que el tabloide pudiera hacerle fotos. Una traición más.

Durante su reconciliación, Elizabeth y Richard siguieron bebiendo demasiado. Pero en octubre de 1975 ocurrió algo que convenció a Elizabeth de que ella y Richard tenían que volver a casarse. Habían estado viajando por todo el mundo, e incluso llegaron a Johannesburgo, en Sudáfrica, donde asistieron a un torneo de tenis con fines benéficos.

Gavin de Becker, que ahora es especialista en la seguridad de las celebridades, comenzó trabajando para Richard y Elizabeth durante este período. Pero Richard no estaba bebiendo en esos momentos precisos, dijo De Becker, porque tomaba Antabuse, un comprimido que causa vómitos si se bebe alcohol.

Un día, Elizabeth le dijo a De Becker que estaba preocupada porque Richard había estado bebiendo. De Becker subió a la habitación del hotel de ellos y vio que Richard parecía muy mal. Debía de haber dejado el Antabuse. De Becker reservó un vuelo y trajo a un médico que colgó de la pared una vía intravenosa y con ella sedó a Richard. El médico le dijo a De Becker que Burton no se despertaría antes de veinticuatro horas.

—Fuimos al restaurante del hotel y mientras comíamos tuve el mal presentimiento de que debía ir a ver a Richard porque habían llegado *paparazzi* en aviones fletados a propósito. Caminé a la orilla del río, miré hacia la habitación de ellos y vi una sombra

que cruzaba delante de la ventana. ¡Y fue como el exorcista! Corrí hacia el médico, le dije que había visto a Richard y él me respondió: «Créame, ese no es Richard». Y yo le dije: «Créame, sí que es él». Tenía el hígado en tan mal estado que no asimilaba las medicinas que le estábamos dando.

En Botswana, Richard y Elizabeth conocieron a una farmacóloga ítaloegipcia llamada Chenina Sam, conocida como «Chen». Elizabeth y Chen se hicieron amigas rápidamente y la farmacóloga voló de vuelta a Londres con ellos y en un plis-plas Elizabeth la nombró su publicista, aunque la buena señora no tenía ninguna experiencia al respecto. De Becker consideró que aquello tenía sentido porque Chen era farmacéutica y, por lo tanto, podía ayudarles a conseguir los comprimidos que ella pensaba que necesitaba.

—Y aquí viene la parte complicada —dijo De Becker, vacilando un momento—, porque Elizabeth le daba alcohol.

Durante toda su vida, de tanto en tanto Richard había intentado dejar de beber súbita y completamente, lo que le producía violentos temblores, náuseas y confusión. Todos esos son síntomas comunes del síndrome de abstinencia. De Becker dijo que durante el corto período que trabajó para ellos, Elizabeth no podía soportar verlo sufrir. Sabía que a Richard le disgustaba el gin, de modo que cuando ella creía que él lo necesitaba, le daba a beber una pequeña copa. Esperaba que no bebiera mucho, pero él bebía. Ella pensaba que un sorbo de alcohol podía calmar sus alterados nervios, y su compasión por aquel hombre que tanto amaba hacía que verlo sufrir le causara un dolor infinito.

De Becker vaciaba los minibares de las habitaciones de hotel y, además, tomó por costumbre pasearse por la *suite* y llevarse la basura para que no tuviera que hacerlo el personal de limpieza. «Entro en su habitación y ahí está el diario de Richard sobre una silla; lo abro y leo: “Debo librarme de Gavin cuando volvamos a Londres”. Yo no ayudaba con las drogas y la bebida y me oponía fuertemente a la contratación de Chen Sam, ya sabía de lo que se trataba, era básicamente que estaban suministrándonos drogas.»

De Becker salió y entró Sam. El personal de Elizabeth era su

familia adoptiva y Sam se convirtió en su más íntima amiga. A De Becker le había resultado difícil presenciar la volátil relación de Elizabeth y Richard. Cuatro meses después de su primer divorcio, Richard se comprometió brevemente con la princesa Isabel de Yugoslavia y salió con la modelo y actriz Jean Bell. Pero siempre acababa volviendo a Elizabeth, y ella a él.

«Mantenían peleas muy muy agresivas y hostiles que a la edad que tengo ahora me dicen que revelaban una relación altamente dependiente y coadictiva —dijo De Becker—. Proporcionarle alcohol a un sujeto que puede morir por esa causa era algo intermedio entre pasivo-agresivo y agresivo-agresivo.»

Richard era muy diferente del hombre con el que Elizabeth se había casado casi once años atrás: le fallaba la salud e intentaba regresar a la sobriedad. «Cuando una persona se recupera, a la otra persona le cuesta mucho. Estar con un Richard sobrio era una relación que, en realidad, Elizabeth nunca había tenido y, sin embargo, volvían a estar juntos porque él ya no bebía. No había suficiente drama para ella», dijo De Becker.

De Becker remonta la adicción de Elizabeth a su infancia… aunque, desde luego, no se puede saber con seguridad. Los adictos no siempre han tenido la mejor de las infancias, decía, pero siempre han tenido las infancias más duraderas. En algunas instancias, Elizabeth poseía la madurez de una niña. Cuando quería algo tenía que conseguirlo. No soportaba bien el dolor físico: al rebelarse contra su crianza como científica cristiana, rara vez pasaba sin tomar algún medicamento.

Fue en Botswana cuando una crisis de salud cambió sus vidas, al menos brevemente. «Escribo esto para [Richard y para] mí misma… mientras aún lo recuerdo», escribió Elizabeth en una larga entrada de su diario. Creía tener una costilla fracturada o fisurada y cuando fue a que le hicieran radiografías le dijeron que había manchas en los pulmones y que probablemente se trataba de tejido cicatricial dejado por algunas de sus muchas enfermedades anteriores. Pero también podían ser algo mucho peor. «Mis ojos han visto varios cientos de radiografías tomadas desde todos los ángulos concebibles…, pero nunca nunca había visto estas

manchas. No quise que los médicos me explicaran nada ni entrasen en detalles. Solo quería volver a casa con Richard.»

—Bien, primero las buenas noticias: no tengo ninguna costilla rota —le dijo.

—Bueno —respondió él con sarcasmo—, nunca creí que la tuvieras, pero buena interpretación.

—Y ahora las malas noticias: tengo dos manchas en el pulmón.

Continuó escribiendo: «La cara de Richard se vació de toda expresión y se quedó mirándome —y yo mirándolo a él— y estaba tan callado… y luego me dijo, muy suavemente: "Estás bromeando". Aquello era como una foto fija en mi vida porque yo sabía y sabía que él sabía, y los ojos en los ojos… Dios, cuántas cosas decían». Ella le dio un valium, le susurró un poema al oído y esa noche se besaron. «Es curioso cuando piensas que quizá ya no te quede mucho por vivir y la cantidad de cosas que quieres hacer y ver y oler y tocar y cuán simples son esas cosas. ¡Dios! ¡Damos tanto por sentado!»

El sueño no mejoró el estado de ánimo de Richard. «E. es incomparablemente valiente, la amo con locura y sin esperanzas», escribió en su diario.

Cuando su médico le dijo al día siguiente que no tenía cáncer, y que con toda seguridad las manchas eran cicatrices de sus episodios de neumonía, Elizabeth escribió:

> *Nunca —nunca— he estado tan feliz de estar viva. Me han devuelto la vida (y con eso me refiero a ti, Richard) y voy a vivir enamorada.*
>
> El amor… Sobre el amor de anoche, he sentido un amor tan abrumador, y una liberación de todos los impedimentos del amor, mi amor por Richard y mi antiguo temor de darlo todo al cien por cien otra vez —y parece tan tonto no hacerlo, yo amo al hombre—, ¡mierda o fracaso! Al día siguiente hablamos durante horas del asunto y llegamos a la conclusión de que es un te amo (a ti) y me amas (a mí) —«yo Tarzán, tú Jane»—, básico, real, sin tonterías, amor

amor de una sola vez en la vida.

Decidimos no recuerdo exactamente las palabras que decían que volveríamos a casarnos, creo que yo lo traje a colación y él se mantuvo al margen —gentilmente— y yo abandoné el tema. La segunda vez que lo hablamos fue aún en Johannesburgo ¡y él me lo pidió! Yo le dije que quería una declaración a la antigua y de verdad lo hizo (aunque quizá un poco por diversión) y se puso de rodillas y me pidió: «¿Te casarás conmigo?». Yo estuve a punto de caerme de risa y contesté: «Claro, conejito mío». No creo que lo deseara realmente —quizá fue un resto dejado por el miedo a la muerte—, quizá fue para hacerme sentir mejor o quizá sí lo quería.

De cualquier manera, ya estaba plantada la semilla en las pequeñas mentes de los dos y en qué planta gloriosamente exótica se transformó.

Pero, escribió, «el temor y la duda» comenzaron a colarse. «¿Estropeará el matrimonio nuestro confiado amor? ¿Hará que nos fiemos demasiado y seamos petulantes y demos por sentada nuevamente toda esta hermosa conciencia? (...) Nuestra relación es tan tierna que ya bordea la fragilidad. Sé que estaremos juntos en todos los sentidos bíblicos para siempre; entonces, ¿por qué él tiene miedo (más que yo) de ese trozo de papel legal que los misioneros hicieron necesario para andar por el mundo, las palabras, “Palabras palabras palabras”, como dijo Hamlet...? Todo está en la cabeza y en el corazón —eso es todo—, y es irrevocable. Espero que por la mañana se sienta feliz y emocionado y ansioso. Te amo, Richard, y lo dejo librado a tu decisión. Por favor. Contesta.»

Richard le dijo que volverían a casarse si eso era lo que ella deseaba. Y escribió en su diario: «E. habla sin parar sobre la boda. No soy capaz de decidirme. Quizá el miedo al cáncer haya dotado a todo de una forma poco natural. Como la perspectiva de ser ahorcado, es maravilloso cómo hace que la mente humana se concentre».

Elizabeth quería que él quisiera casarse de nuevo. «Te llevaré en un corcel blanco, aunque preferiría que tú me llevaras a mí —escribió ella—. Soy una romántica incurable y quiero que me arrebates románticamente. Mientras tanto seguiremos siendo amorosos y dulces, pero algún día, cabrón, algo hará que te des cuenta de que no puedes vivir sin mí y tendrás que casarte conmigo, o de otro modo tu vida no estará completa. Debe ser apasionada por ambos lados, estoy de acuerdo, no esperes demasiado en el limbo, por el bien de ambos. Te amo con mi vida y quiero un montón de vida mientras aún esté aquí para disfrutarla.»

Estaba enfadada con él por no desearlo tanto como ella. «Durante un momento te odié ahí fuera, estuviste tan jodidamente frío y sin responder, hasta la voz se te puso plana, taaaan inglesa, los ojos muertos como los de un cocodrilo sin hambre.»

> *Me fui a la otra habitación y lloré, lloré... lloré con todo mi ser, lloré las tripas con un clamor pero callada y profundamente, profundamente dentro, así que cuando Richard entró en la habitación a darme palmaditas en la cabeza como a un animal fiel, solo me traicionaba un fulgor en los ojos: mi corazón estaba salado y sangrante.*

Organizaron un pícnic a orillas de un río para elegir el sitio en el que se casarían, pero, según ella escribió, «de repente todo se volvió fúnebre». Sin embargo, Elizabeth decidió que quería salir a pesar de todo porque quizá, y solo quizá, Richard cambiase de idea.

> *Tomé un baño rápido y contemplé mi alma en el espejo y decidí quedarme, estaba cayendo en la autocompasión: después de todo la vida no se había acabado, yo ya sabía que los dos nos amábamos. ¡Así que qué diablos!*
>
> Grité hacia la otra habitación en la que Richard leía con semblante sombrío: «Hagamos el pícnic de todos modos».

Él respondió «OK» en el tono de voz más humano que yo había oído esa mañana.

Elegí la camiseta con especial cuidado, era muy bonita, blanca con el símbolo amarillo, rojo y negro de Amsterdam... y los tejanos más apretados. ¡Desafiante! Un «que te den» hasta la nariz, un tanto enrojecida.

Mientras nos metíamos con el coche en los magníficos matorrales le di una fuerte palmada afectuosa a Richard y ambos nos sonreímos, quiero decir: nos sonreímos con naturalidad, como dos animales que duermen juntos y son muy cercanos.

Elizabeth le preguntó al chófer:

—¿Cuál sería el sitio en el que nos habríamos casado, si es que nos hubiésemos casado, usted ya me entiende?

El chófer respondió que había tres posibilidades. Ella miró hacia fuera por la ventanilla y por su mente debieron de desfilar imágenes de estar con Richard y poner cada uno un anillo en el dedo del otro para tener otra oportunidad.

—A nuestro alrededor todo era tan hermoso y estaba tan intacto, tan conservado. Todavía no han llegado las lluvias y todo está de un amarillo de Van Gogh.

Una voz, esa voz, la voz que pertenece a la persona cuya mano yo sostenía, me dijo alto y claro: «¿Te casarás conmigo?». Me volví lentamente (no de golpe) y pregunté, sin vacilaciones, teniendo en cuenta lo que me pasaba por dentro: «¿Lo dices en serio?».

—Sí —respondieron su voz y sus ojos—. ¿Quieres?

—Sí —dijeron mi corazón y mi ojos, en respuesta a su corazón y sus ojos.

Reímos, sonreímos, nos abrazamos, reímos más fuerte, nos cogimos las manos, nos miramos, nos amamos, nos abrazamos de nuevo muy fuerte, extremadamente fuerte (no me importó que me doliera la costilla, ni siquiera nos importó que hubiera otras dos personas en la furgoneta).

Quién sabe por qué Richard cambió de opinión, pero la decisión de Elizabeth de salir de pícnic fue trascendental. Después de diez años de casados y de catorce meses de una separación y un divorcio tempestuosos, iban a intentarlo otra vez.

Hicieron el pícnic y volvieron a casa. «La noche, nuestra última noche de solteros, es una confusión de pensamientos, colores, olores, nervios, emoción, pánico, detalles que se entremezclan o chocan entre sí. Y finalmente el sueño. Ese sueño extraño, quiero decir que no te deja dormir, quiero decir, el cerebro, en realidad, no se desconecta y tienes esa sensación en el estómago que es como las olas del océano, algunas tan grandes que te dejan en un insomnio aterrorizado... y luego recuerdas lo que es y vuelves a deslizarte en una marejada lenta y un sueño ligero y dulce y una sonrisa.»

Al día siguiente, 10 de octubre de 1975, Elizabeth despertó y encontró a Richard borracho como una cuba.

> *Lo amo profundamente, auténticamente y para toda la vida, y siempre lo he hecho, pero también reconozco uno o dos defectos en ese personaje tan inmenso (¿compostura?), como emborracharse un poquito el día de su boda después de haberse abstenido durante muchos meses. Eso me parece perverso (...) y, además, tiene la audacia de mirarme con los ojos más rojos y más borrosos que he visto en dos años (la última vez que lo vi pedo) y diciéndome, o mejor sería poner tratando de decirme, que está absolutamente sobrio...*
>
> Volví a llevarlo a la cama —me dijo que estaba levantado desde el amanecer— y le sugerí que tratase de dormir un par de horas para que sus ojos tuviesen el tiempo necesario para cambiar del morado a un bonito rosado conjuntivitis. ¿Es posible enfadarse con alguien tan absolutamente (y encantadoramente) intolerable? Eran más o menos las ocho de la mañana y aún teníamos todo el día por delante.
>
> Me metí en la cama junto a él y lo abracé muy fuerte (¡en varios sentidos!) y ambos caímos en un profundo sueño

> sin sueños. Es indudable que mi galés es un hechicero, despertó unas tres horas después tan fresco, como acabado de bautizar. Tiene el poder de recuperación más asombroso que he visto nunca y es probable que eso sea lo que lo mantiene vivo. Gracias a Dios.

Elizabeth había llevado tres tejanos, muchas camisetas, un caftán y dos vestidos largos. Uno de estos había sido el regalo de Navidad de Ivor, el hermano de Richard. «Parecía algo místicamente correcto y feliz que hubiera yo llevado justo ese vestido. No soy muy supersticiosa, pero parecía un cariñoso augurio procedente de muy lejos.»

«El vestido es verde y todos los tonos pastel de las aves de fantasía se entremezclaban suavemente (...) Me recogí el cabello en lo alto de la cabeza y alrededor del moño envolví el collar de modo que cayera hasta muy abajo por la espalda, pero mantuviera mi cabello en su lugar por delante, como una coleta muy alta.» Cortó algunas hojas verdes de un arbusto cercano y se las puso en el cabello. También puso pañuelos de papel en su bolso «por si me da por lloriquear» y brillo de labios.

«Debimos parecer una pareja un poco rara, saliendo del hotel a media tarde, yo con un vestido largo y flotante y Richard [sic] con su mejor traje (y cuando se lo pone te deja sin aliento), metiéndonos en un Land Rover e internándonos en los matorrales. Una señora, que evidentemente era una turista, preguntó a alguien cercano adónde diablos íbamos, y Gavin, nuestro secretario, que la había oído, respondió en voz alta y con el rostro muy serio: «A un pícnic, desde luego». Nos casamos ante la ley en Kasane [una ciudad de Botswana], en un salón muy majestuoso, y nos unió un señor muy majestuoso que llevaba un traje negro muy majestuoso. Repetimos los votos matrimoniales ante el comisario del Distrito, aunque algo más vacilantes: si eso hubiera sido una prueba de *casting*, me habrían descartado inmediatamente.

«Intercambiamos anillos, miradas incomprensibles y quedamos casados nuevamente, es decir, volvimos a donde ya habíamos estado. Donde siempre habíamos estado. Pero la

ceremonia no estuvo completa hasta que llegamos a la orilla de nuestro río y repetimos una vez más nuestros votos ante una Biblia y toda la belleza de Dios rodeándonos.»

Elizabeth escribió que los sonidos del río y del ibis Hadida tocaban las tres primeras notas de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven. «El murmullo siempre presente de los insectos, el grito melodramático de los peces distantes, las águilas que chillaban por Dios sabe qué habían perdido o estaban esperando... ese era nuestro sitio. "Nuestro" por un instante en el tiempo, porque pertenece a cualquiera que tenga la suerte de encontrarlo, y nosotros teníamos esa suerte y solo lo tomamos prestado unas cuantas horas y nunca intentamos internarnos en él como intrusos entre los animales y las aves; y ellos a su vez confiaron en nosotros, y acto seguido dos enormes hipopótamos sacaron los ojos y las orejas del río como testigos adicionales y un rinoceronte se quedó inmóvil como un guardia del palacio de Buckingham cuidándonos... ¡y fue hermoso!»

Esta vez las alianzas costaron solo 40 dólares cada una y las cartas que se escribieron mutuamente después de la ceremonia revelan cuánto deseaban comenzar una nueva vida juntos.

Querido Marido:

¡Qué te parece! Vuelves a ser mi marido de verdad y tengo noticias para ti: ya no habrá ninguna boda más... ni divorcios.

Estamos pegados como plumas de gallina al alquitrán... para toda la hermosa vida. ¿Te das cuenta de que envejeceremos juntos? ¡Y sé que lo mejor aún está por llegar! De cualquier manera, mi pequeño grandote, te amo y en el corazón llevo una enorme tranquilidad y las luchas del amor se han acabado y somos uno una vez más. Soy feliz, espero que tú también.

Sinceramente tuya,

Esposa

Señor Burton:

Soy más feliz de lo que he sido nunca en mi vida.

Señora Burton

Señora Burton:

Eres todo lo que siempre he deseado. Sin ti yo era como un fantasma. Yo también soy más feliz de lo que he sido nunca en mi vida.

Señor Burton

FIN

El atolondramiento de Elizabeth era contagioso. Después de casarse, Richard dijo que él se sentía igual. «E. me ha curado con su atención amorosa, incluso copiosa. Este matrimonio es mucho mejor que el primero, a pesar de su tonto (y peligroso) comienzo.»

Aquella felicidad no duró. Años más tarde, la mujer que llegó a ser la última esposa de Richard, Sally Hay, dijo que este le había confesado que siempre sospechó que Elizabeth se había inventado aquella amenaza de cáncer de pulmón para obligarlo moralmente a casarse por segunda vez. Así de mal habían acabado las cosas entre ellos.

La Navidad de 1975 fue particularmente despiadada. Los hijos de Elizabeth recordaban que fue la época en que Richard bebió más que nunca. A este le disgustaban tanto el sentimentalismo como el materialismo de las navidades y por eso estas fiestas sacaban lo peor de él. «Cuando estaba borracho muchas veces era temible y malvado, pero si nosotros, sus hijastros, hubiéramos sido adolescentes o mayores nos habríamos dado cuenta de que si alguna de aquellas barbaridades iba dirigida a nosotros, era el alcohol el que estaba hablando —dijo Chris Wilding—. Cuando

Richard estaba sobrio nos apoyaba y nos quería a su manera; las expresiones de intimidad emocional no se le daban bien, aunque lo intentaba con fuerza. Pero si sabías que Richard ya tenía varias copas dentro, tratabas de mantenerte lejos de él por tu propia tranquilidad.»

Wilding escribió una carta a Richard rogándole que buscase ayuda. El 10 de febrero de 1976, Richard envió una respuesta a Wilding que no era una disculpa sino una racionalización de su hábito alcohólico. Escribió: «¿Y cuál es el problema real? ¿El motivo? Aburrimiento, ira y dolor —quiero decir dolor mental— (...) No estoy de acuerdo con que beber hasta matarse sea una falta de estilo. El certificado de defunción de Dylan Thomas pone que "murió por una grave conmoción alcohólica en el cerebro". ¡Qué epitafio tan magnífico y tan atrevido! (...) Yo no moriré por beber. En mi familia nadie ha muerto por beber en tres generaciones. No sé en la tuya». Pero, dijo Wilding entre lágrimas, Richard sabía que era muy probable que muriese por la bebida. La mayor parte de los días tenía que beberse una cerveza para detener sus temblores. Richard se sentía derrotado, pero jamás iba a admitirlo.

Esa Navidad Richard conoció a una chica alta y rubia llamada Suzy Hunt, que tenía veintisiete años y acababa de casarse con el piloto de Fórmula 1 James Hunt. El actor dejó a una desolada Elizabeth en el chalé de Gstaad y se llevó a Hunt a Nueva York para prepararse para su interpretación en la obra teatral *Equus*.

Ahora que estaba (temporalmente) sobrio, dijo a sus amigos, no tenía ni idea de por qué Elizabeth y él habían vuelto a casarse. Ella estaba decidida a no regodearse en su soledad, de modo que sedujo a un ejecutivo de publicidad de treinta y siete años llamado Peter Darmanin. Se conocieron en la pista de baile de una discoteca suiza llamada La Cueva. Darmanin se instaló durante siete semanas en el chalé de Elizabeth.

—Era evidente que no pasaba de Richard Burton porque estaba constantemente al teléfono con él —dijo Darmanin—. Ella intentaba convencerlo de que se quedase con ese anillo con un diamante gigante que le había regalado a ella. Lloraba en el teléfono y le decía: «Cógelo, Richard, yo no lo quiero. Para mí

ahora no significa nada».

Richard la llamó para decirle que necesitaba ayuda en sus ensayos de *Equus* porque, dijo, le estaba costando mucho. Inmediatamente, ella reservó un vuelo a Nueva York y Darmanin no volvió a verla nunca más.

En el teatro, Richard esperaba nervioso la llegada de ella. Para entonces el romance Burton-Taylor era tan notoriamente tóxico que todos los afectados, principalmente Hunt, intentaban mantenerlos separados.

—Ay, querido —dijo Elizabeth mientras atravesaba el patio de butacas vestida con una blusa de color lavanda, maquillaje completo y en la cabeza un moño que llegaba al techo. Estaba claro que había bebido—. ¡Ya estoy aquí! ¿Me has echado de menos? ¡Bueno, han sido horas!

Mientras continuaba andando hacia el escenario dijo:

—¡Mierda, no tengo dinero para el taxi y en el vestíbulo nadie tenía ni un céntimo, ni siquiera en la jodida taquilla! ¿Cómo es posible? ¿Nadie tiene dinero en este sitio de mierda?

Naturalmente, uno de los tramoyistas pagó su taxi. Ella presenció el ensayo y al final de la escena exclamó:

—¡Bravo! ¡Ah, sí! ¡Bravo!

Al día siguiente, Elizabeth se encontró con Richard en el hotel Lombardy, en la calle Cincuenta y Seis Este. Este era el motivo real por el cual la habían invitado a Nueva York. Cuando llegó vio a Richard de pie junto a Suzy Hunt en el bar del hotel. No parecía el mismo.

—¿Qué pasa contigo, amor? —preguntó ella.

—Que quiero el divorcio, amor —respondió él, en voz muy baja.

—Pues eres un cabrón. ¿Me haces venir desde Suiza para decirme eso?

—Lo siento, amor —respondió Richard. Él y Suzy estaban planeando casarse y se marcharon dejándola sola en ese bar. El vuelo transatlántico había sido una horrible humillación.

Se fue y trató de recuperarse. Pero parecía que el mundo estaba esperando que fracasara y ya circulaban rumores de que

estaba deshecha y bebiendo demasiado. Ese verano el abogado de Elizabeth escribió una carta a la revista *Time* instándola a retractarse de una publicación que daba a entender que estaba fuera de control. *Time* se negó y a su vez envió una carta en la que decía que uno de sus corresponsales se alojaba en el mismo hotel que Elizabeth y que había oído decir que ella andaba buscando un paquete perdido. De algún modo el periodista descubrió que el paquete perdido era una botella de *whisky* escocés Glenfiddich. Tal como había sucedido en Roma, cuando Elizabeth y Richard se encontraron por primera vez, nada en la vida de ella era privado a menos que luchase por esa privacidad. Elizabeth escribió una nota a su abogado al pie de la carta de *Time*, aunque era consciente de que eso no cambiaría ni una coma de lo que la gente decía sobre ella: «La regalé a alguien. Nunca lo he probado». Siempre estaba a la defensiva porque siempre debía estarlo.

El 29 de julio de 1976, menos de diez meses después de haberse casado por segunda vez, Elizabeth y Richard obtuvieron su segundo divorcio.

—Amo a Richard con todas las fibras de mi alma —dijo ella, aceptando la verdad ante sí misma—, pero no podemos estar juntos.

Kate Burton opinó de este segundo divorcio:

—La única manera de que mi padre sobreviva, o siga con vida, es que esté solo.

Pero nunca estuvo solo.

Antes de dejar a Richard libre de una vez y para siempre, Elizabeth asistió al preestreno de *Equus*. Suzy Hunt era ahora la portera del camerino de Richard, pero aprovechó un momento en que pudo meterse dentro. Escribió con pintalabios en el espejo, igual que lo había hecho en *Una mujer marcada*: «Fuiste fantástico. Con amor». El mensaje se quedó ahí durante muchos días.

Acto cuarto
SUPERVIVIENTE
Las décadas de 1970 y 1980

Sírvete una copa, ponte un poco de pintalabios y mantén la compostura.

ELIZABETH

Capítulo 14

Esposa política

Me trataban un poco como a un bicho raro.

ELIZABETH

Elizabeth sabía que nunca más iba a amar a nadie como había amado a Richard, y aunque le sentaba mal encontrarse sola a los cuarenta y cuatro años, se negó a hacer el papel de víctima. Tomó posesión de todos los aspectos de su vida. Era la eterna optimista que siempre pensaba que su siguiente gran amor podía estar a la vuelta de la esquina. Y el verano de 1976 conoció a dos rivales.

Lesley-Anne Down era una de las compañeras de reparto de Elizabeth en la versión de 1977 del musical de Stephen Sondheim *Pequeña música nocturna.* «Fue una época oscura —recordaba—. Elizabeth se encontraba tan mal y tan deprimida que no quería ver a nadie, solo quería quedarse en su habitación del hotel. Estaba realmente en horas bajas.» Pero intentaba adquirir la voluntad de seguir adelante. «Estaba saliendo con dos hombres diferentes y recuerdo que me dijo: “No sé con cuál de ellos casarme”.»

Los dos hombres nuevos en la vida de Elizabeth eran muy diferentes entre sí. En última instancia el destino de ambos los llevó a cenar con la reina de Inglaterra. Uno era un ciudadano sureño llamado John Warner, que fue secretario de la Armada en el Gobierno de Richard Nixon y acababa de divorciarse de Catherine Mellon, una de las herederas de la fortuna Mellon. El otro era el embajador de Irán en Estados Unidos, Ardeshir Zahedi, una figura habitual en el escenario social de Washington. Igual que Warner, había estado casado con una señora perteneciente a una

familia ilustre: la hija mayor del *sha* de Irán, Mohammad Reza Palahvi.

Zahedi tenía cuarenta y ocho años cuando Elizabeth lo conoció, era guapo y mundano. Las fiestas que daba en la embajada eran legendarias y él era famoso porque enviaba frascos con caviar y botellas gigantes de champán a los periodistas y a las personas influyentes de Washington para ganarse su favor. Pero no tenía intenciones de sentar la cabeza y desde su divorcio de Pahlavi en 1964 disfrutaba de su vida de soltero.

Elizabeth se enamoró rápido y mucho de Zahedi. Aunque solo habían estado saliendo desde hacía un par de meses, ella ya pensaba en boda. Pero el *sha*, que era el antiguo suegro y jefe de Zahedi, le había prohibido casarse con Elizabeth mientras él viviera. Aunque el *sha* era un hombre relativamente progresista, la idea de que su embajador en Estados Unidos se convirtiera en el séptimo consorte de Elizabeth era demasiado para él. Y para colmo de males, era judía. Si se hubieran casado, Elizabeth habría pasado a ser la madrastra del nieto del *sha*. Pero Zehedi dijo que el verdadero motivo por el cual no se casaron fue que a él no le interesaba una nueva boda, ni entonces ni nunca.

En una entrevista realizada en 2021, Zahedi dijo que necesitaba hablar de Elizabeth, aunque su salud estuviese declinando. «Pensé que si me pasara algo durante las próximas veinticuatro horas deberíamos hablar (...) Se lo debo a ella. Tenía que cumplir con lo que le prometí.»

Zahedi había estado enamorado de Elizabeth desde que la vio en *La última vez que vi París*, en 1954. «La invitaba a mis fiestas y a veces ella venía y se quedaba en la embajada. Llegamos a ser íntimos amigos y yo la veía llevando a mi hija conmigo. Cada vez apreciaba más a esta señora por lo maravillosa e inteligente y dominante que era.»

Disfrutaban de sus diferencias y pasaban horas hablando sobre religión. «Si lees la Torá, la Biblia o el Corán verás que dicen lo mismo acerca de la humanidad y de respetarse los unos a los otros —dijo—. Ella era de mente muy abierta y nunca dijo nada en contra de ninguna otra religión. Quería conocer el islam porque

era inteligente. Cuanto más sepas, más informados serán tus juicios.»

Aunque se negara a casarse con ella, la fuerza de los sentimientos de Zahedi por Elizabeth era innegable. «El amor es algo que no puedes comprar y que no puedes vender —dijo—. Son dos corazones, son dos mentes. Eso se debe respetar. El amor real es muy profundo y honesto. Eso es lo que teníamos nosotros.» Pero no podía durar.

Zahedi dijo que se suponía que debía llevarla a una fiesta, pero no podía ser su pareja debido a la controversia que existía en torno a su relación. En su lugar fue John Warner quien la acompañó a la glamurosa cena. Nixon le había pedido a Warner que supervisara la Administración del Bicentenario de la Revolución Estadounidense, lo que significaba que era responsable de organizar los eventos para la celebración del ducentésimo cumpleaños de la nación. Uno de los acontecimientos finales, y más esperados, fue la Cena del Bicentenario en la embajada británica, presidida por la reina Isabel II. Estaba llena de celebridades y políticos, desde el presidente Gerald Ford hasta Bob Hope. Pero el embajador británico, sir Peter Ramsbotham, que era el anfitrión de la noche, necesitaba ayuda: Elizabeth Taylor iba a la cena y necesitaba un acompañante. Entonces llamó a su amigo.

—¿Verdad que tú conoces a Elizabeth Taylor? —le preguntó.

—No, yo no conozco a Elizabeth Taylor —respondió Warner. La había visto en cócteles una vez o dos, pero ella siempre había estado rodeada de otras personas.

—Bueno, necesitamos una persona apropiada para que la acompañe a la cena.

—¿Y en quién estás pensando? —preguntó Warner.

—¡En ti! —respondió Ramsbotham, exasperado—. Ahora bien, John, cuando la acompañes, tu pensamiento predominante tiene que ser que en la cena habrá *una sola* reina. Elizabeth puede ser bastante tozuda, por eso debes mantenerla siempre algunos pasos por detrás todo el tiempo. Esa será tu tarea.

La noche que Warner fue a recoger a Elizabeth al hotel para llevarla a la embajada no sabía qué tenía que esperar. Chen Sam,

que ahora era la confidente más importante de la actriz, abrió la puerta y le preguntó si deseaba una copa. Warner pidió un *whisky* con soda pequeño, porque iba a conducir.

—¿Usted va a conducir? —preguntó Sam.

—Sí. —Ella lo miró como diciendo «¿Me está tomando el pelo?».

Cuando iba hacia el bar, Sam interceptó a Elizabeth en el pasillo y le dijo:

—Es muy mono. Te va a encantar.

Cuando Warner y Elizabeth salieron a la calle, ella le preguntó dónde estaban su coche y su chófer.

—Bien —respondió él—, su chófer está ante usted y el coche es este. —Y señaló su Lincoln Continental.

No mucho después de que llegaran a la fastuosa embajada británica, una mansión georgiana con paredes de ladrillo a la vista, hubo un problema. «De repente oigo un grito y todo el mundo se vuelve a mirar —dijo Warner—. En realidad, fue un chillido. Y era Elizabeth.»

Dramáticamente, ella se alzó el vestido para mostrarle que el tacón del zapato le había desgarrado el borde del traje. Hablaba tan fuerte que llegó a atraer la atención de la misma reina.

La reina Isabel fue hacia ella y le dijo: «Bueno, Elizabeth, no te preocupes, mis damas de compañía se ocuparán de ti». Y se la llevaron para reparar el vestido. Más tarde, esa misma noche, mientras Warner estaba en la biblioteca de la embajada disfrutando de un cigarro y una copa de brandi, todos oyeron otro chillido. «¡No puedo salir!», gritaba Elizabeth. El Servicio Secreto había cerrado las puertas que daban al jardín, donde se hallaba la reina saludando personalmente a los invitados. Las cámaras, que estaban enfocadas sobre la reina, giraron para captar la conmoción que estaba causando Elizabeth. «Actuaba como una demente —dijo Warner mientras reía al recordarla— chillándome a mí.» Él la cogió de la mano, hizo abrir las puertas y ambos se colaron en la fila de los que esperaban.

Al día siguiente, el embajador llamó a Warner y le dijo:

—Me has decepcionado.

Pero desde el punto de vista de Elizabeth la velada había transcurrido bien. Warner era un republicano guapo de cabellos plateados y pómulos marcados que encargaba sus trajes en Savile Row.[1] Llamó a Warner al día siguiente y le preguntó qué estaba haciendo.

—Me voy a mi hacienda y no pienso afeitarme en una semana —respondió él.

—Hmmm —murmuró ella, con un deje de travesura en la voz —, eso suena interesante. —Y preguntó si podía ir de visita.

Estaba sentado en su biblioteca cuando por la ventana divisó polvo y oyó ruido de gravilla, ambas cosas producidas por una limusina que avanzaba por su entrada para coches. Le dio a Elizabeth una visita guiada por la propiedad mientras una ayudante bajaba del coche sus muchas muchas maletas.

—Esto me recuerda tanto a Inglaterra —le dijo ella mientras caminaban del brazo por el campo y visitaban a todos los animales. Con Warner regresaba a sus más felices recuerdos de infancia, cuando cabalgaba por la campiña inglesa—. Me gustaría representar el papel de mujer de un granjero —caviló. Ya no quería seguir siendo Elizabeth Taylor. Y también pensó que necesitaba alguien que le hiciera superar a Richard.

«Cuando esto termine yo estaré muerto», pensó Warner.

La suya no era una hacienda típica. Warner poseía más de cuatrocientas hectáreas de fértil tierra que incluían colinas en el norte de Virginia, a seis kilómetros y medio al oeste de Middleburg, donde Jackie Kennedy solía escaparse para montar sus caballos cuando era primera dama. Warner vivía en una casa de seiscientos cincuenta metros cuadrados y cinco dormitorios, construida en 1860, de piedra basta. Esta era la clase de existencia en la que Elizabeth se sentiría cómoda como «mujer de un granjero». Y Warner era una persona con conexiones políticas y con grandes ambiciones.

Cinco meses después de la cena con la reina de Inglaterra, Warner se convirtió en el sexto de los siete maridos de Elizabeth, que fue la primera actriz importante casada con un senador de Estados Unidos y realojada en Washington. Se casaron en una de

las colinas de la granja en diciembre de 1976. Ella llevaba un vestido de cachemira largo hasta las rodillas y una chaqueta de lana y seda con cuello de piel de zorro gris y turbante a juego. Como siempre, llegó tarde a su propia boda. «Están la Hora Media de Greenwich, la hora del Senado, la Hora Estándar del Este y también la hora de Elizabeth —recitó Warner con un leve acento sureño—. Era una colina alta detrás de la casa principal desde donde se podía ver el valle de Virginia, probablemente unos ochocientos metros. Es una vista preciosa. Decidimos casarnos en lo alto de la colina, de tal manera que cualquier persona con un telescopio pudiese ver la ceremonia. Estábamos todos de pie ahí y ni rastro de Elizabeth.»

Representando su papel de hacendado, Warner gritó «¡Juuuuuu!» para reunir el ganado y enseñárselo a sus invitados mientras esperaban. «Uno por uno fueron llegando los animales junto a la cerca. El ministro de la Iglesia dijo: "¿Qué voy a hacer con toda esta gente y todas estas vacas mugiendo y mugiendo y mugiendo?". Yo le contesté: "Ya callarán". Y bien, no callaron. Siguieron mugiendo. Cuando llegó Elizabeth tratamos de celebrar la ceremonia, pero finalmente tuvimos que alejarnos bastante del ganado y el ministro estaba bastante nervioso con todo aquel episodio. Estaba estresándose porque tenía que casar a Elizabeth Taylor. Ella pensaba que todo era muy divertido... Pasamos la noche juntos en la alquería. Le encantaba la hacienda.»

—Lo que yo quería era la hacienda —bromeó ella después de la ceremonia.

Una vez casados, Elizabeth llevó a Warner a su chalé de Gstaad, Suiza, para que conociera a Richard. Quería presentarle al guapo político con el que se había casado. Warner abrió la puerta y allí fuera estaba Richard Burton, esperando envuelto en un largo abrigo de pieles.

—Veo que ya te has acomodado como en tu casa —le dijo Richard con su sonora voz teatral—. ¿Te das cuenta de que llevas mi jersei?

Elizabeth le había dicho a Warner que escogiese lo que quisiera del viejo armario de Richard para abrigarse. Después de

una breve pausa, Burton, siempre dramático, dijo de buen humor y mientras entraba en la casa:

—¡Qué diablos, quédatelo todo!

Warner dijo que conversaron durante horas y Richard se preguntaba si él había sido el marido número cinco y seis o cinco y cinco y medio. Warner le dijo que creía que contaba como dos, aun cuando el segundo matrimonio había durado menos de un año. Elizabeth rio junto a ellos, aunque seguramente pensaba que la escena era surrealista. Antes de llegar al chalé le había dicho a Warner: «Nosotros no vamos a beber». Pero Richard se negó a ello. «Este es un momento muy importante —dijo—. Estoy pasándole el título [de marido de Elizabeth Taylor] a este joven. Lo celebraremos con una copa.» Burton llevó a Warner a su antiguo vestidor, donde tenía escondida una botella de *whisky*.

—¡Ríndase homenaje al viejo número seis! —dijo, alzando la copa.

—¡Por el viejo número seis! —exclamaron ambos al unísono mientras chocaban las copas.

Pero Warner se dio cuenta de que las cosas entre ellos dos no habían terminado.

—Nunca se desenganchó de él —dijo, aludiendo al amor de ella por Richard—. Yo lo sabía.

Como había ocurrido con todos sus matrimonios, Elizabeth pasó a ser «la señora de Jack Warner», nombre con el que intentó suplantar el propio. Montaba a caballo y participaba en las cacerías. Compró equipos de montar en Inglaterra. Cuando llevaban unas seis semanas de casados, salieron de cabalgata un día tormentoso.

—Elizabeth, tendrías que volver —le dijo Warner.

—¿Qué quieres decir con «volver»? —dijo ella, irritada porque creía que él no se fiaba de que pudiese dominar el caballo en la lluvia—. Yo voy.

«Me estaba siguiendo y yo me di cuenta, pero no pude hacerle señales con la suficiente rapidez. La cerca que estaba a punto de saltar, y que acababa de saltar yo, te llevaba a aterrizar en medio metro de barro. Ella lo intentó y su caballo dio un salto magnífico,

pero las patas delanteras se hundieron en el barro y el caballo giró y la desmontó. El animal sufrió una mala caída. Tuvimos que pedir la brigada de rescate y la llevamos al hospital, y resultó que estaba lo suficientemente herida como para no montar a caballo nunca más.» Estaba destrozada y muy dolorida.

Pero tampoco iban a tener mucho tiempo para cabalgatas. Elizabeth sabía que Warner quería presentarse al Senado en 1978 y también sabía que ella era un elemento a favor. Hasta entonces no había habido ningún senador cuya esposa fuese actriz, y los votantes clamaban por conocerla. Llegó a disfrutar de la campaña electoral y a la gente le encantó lo sencilla y lo accesible que era. Zahedi, recordando, dijo que creía que se habían casado con tanta rapidez porque «Warner quería que ella le ayudase, y por eso se dio tanta prisa».

Elizabeth no cuestionaba sus motivos. Ella era anticuada, y eso era lo que tenías que hacer por tu hombre. Participó en la campaña durante dos meses e hizo hasta seis paradas al día por toda Virginia. Iba a todos los sitios en los que podía ser útil, incluso a las aldeas mineras de carbón del sureste del estado. La ética de trabajo que aplicaba desde los nueve años de edad se hizo evidente cuando, al terminar un desfile de quince minutos, el conductor del coche en el que ella iba apagó el motor y Elizabeth insistió en que lo volviese a encender para que pudieran dar una vuelta y hacerlo todo una segunda vez. El desfile transcurría solo por siete calles y, después de todo, ella estaba estrenando vestido.

El escritor Henry James llamó una vez a Washington «la ciudad de la conversación». Elizabeth Taylor fue brevemente parte de ese mundo, y una bienvenida visitante. «Todos estaban deslumbrados», dijo la periodista y miembro de la alta sociedad Sally Quinn. Incluso en su punto más bajo, Elizabeth aportaba una dosis de glamur hollywoodiense que aquella soñolienta ciudad sureña no había presenciado nunca. En una cena en Georgetown, Elizabeth se acercó a Ben Bradlee, entonces director ejecutivo de *The Washington Post,* para quejarse sobre la forma en que el diario estaba llevando la campaña de su marido:

—¡Bradlee! —le dijo en tono jocoso—. ¡Deja de tocarle el culo

a Warner!

Una amiga de Elizabeth comentó:

—Ella bebía contigo, bailaba contigo, jugaba a las cartas contigo, comía como un cerdo contigo, y tanto le daba estar con un grupo de camioneros como con ganadores del Premio Nobel.

En los pueblos del suroeste de Virginia, donde los conservadores religiosos se sentían ofendidos por los seis matrimonios de Elizabeth, ella los desarmó por completo cuando se reunió con ellos en persona. Desde luego había trabajado mucho para ganárselos:

—Crecí en una familia de alto puritanismo moral —les dijo a los feligreses— y no me acostumbré nunca a tener «aventuras».

Estrechó tantas manos que se fastidió la propia. «No estoy muy seguro de si fue una fractura, pero sí de que sufrió una distorsión muscular —dijo Warner—. Lo he visto muchas veces: los hombres estrechan lo más fuerte que pueden la mano de una mujer y le dicen: "He esperado tantos años para conocerla". La mano de Elizabeth comenzó a hincharse e hincharse.» Pero ella no paraba. «Estrechó miles de manos. Era de la vieja escuela: lo haces por tu hombre.»

La mayor parte de las campañas para el Senado duran entre un año y un año y medio. A pesar de su enorme influencia sobre los medios, Warner perdió las primarias republicanas ante Richard Obenshain, quien poco después murió trágicamente en un accidente de aviación, suceso que conmovió a Elizabeth porque le trajo el doloroso recuerdo de la pérdida de Mike Todd. Warner reemplazó a Obenshain como candidato republicano, con apenas tres meses por delante para ganar la carrera.

Elizabeth se puso en primera y llegó a tener la agenda llena, con solo los domingos libres. Tenía un propósito y esto la hizo sentirse revitalizada después de la humillación que supuso un segundo matrimonio fallido con Richard Burton. Sabía que la gente venía a verla a ella pero se quedaba para oír hablar a Warner. Una de las pegatinas de la campaña rezaba: «Ven a ver a Elizabeth, vota por John».

A Warner no le intimidaba jactarse de ella. «Me siento

exactamente igual que Benjamin Franklin. Ben nació en Boston. Se mudó a Filadelfia. Conoció a una mujer en la calle. Se comprometieron. Y luego él descubrió la electricidad. Señoras y señores —dijo, volviéndose hacia Elizabeth—, permítanme compartir con ustedes un poco de electricidad.»

Pero Elizabeth era una fuerza demasiado dinámica como para desempeñar un papel secundario y, además, no era el tipo de persona que se muerde la lengua. Warner y sus ayudantes de campaña querían cambiar su forma de ser. Su atractivo de estrella llevaría a miles de personas a los mítines, pero su estilo de vida de estrella podía dañar a su marido. Esto ocurría durante el período inmediatamente posterior al escándalo del Watergate, y Warren se preocupaba mucho por guardar las apariencias.

«Le puse una condición —dijo Warner—: ninguna joya y tendría que deshacerse del Rolls-Royce y del yate. Ella me dijo: "¿Del yate? ¿No eres secretario de la Marina?". Yo le dije que sí, pero que íbamos a tener una vida muy ocupada. De manera que adiós al yate y también adiós al Rolls.»

John también le dijo que no iba a comprarle otra joya aparte del modesto anillo de compromiso que le había dado. De su primer matrimonio él había obtenido mucho dinero, pero sabía que a la prensa no iba a gustarle nada. Ella vendió el diamante Taylor-Burton para ayudar a financiar la campaña, y también como una forma de dejar ir a Richard y comprometerse con otro hombre. Fue una decisión que más adelante iba a lamentar.

Desde luego tratar de cambiar la manera de ser de ella era algo que no iba a funcionar. Comenzó a engordar rápidamente. Había que viajar mucho y en esas condiciones la opción más rápida era la «comida basura». Se hizo famoso el episodio en el que Elizabeth estuvo a punto de ahogarse con un trozo de pollo frito que comía con prisas en un descanso de la campaña porque había sido lo único que pudo comer ese día.

—Cogí una pechuga —dijo Elizabeth— y de repente... ¡ajjjj! ¿Habéis visto esos huesos de seis centímetros de largo? Uno de esos se me clavó en la garganta. John Belushi hizo toda una pantomima sobre el tema en *Saturday Night Live*. ¡Qué cabrón! ¡Ahogarme con

un hueso de pollo en Big Stone Gap, Virginia!

El incidente le costó que le tomaran el pelo durante todo un año.

En 1978, en una entrevista durante la campaña, Elizabeth estaba sentada junto a su marido llevando un vestido de color amarillo mostaza apagado con una cinta verde oliva en la cabeza y el cabello hasta los hombros, sin peinar. Parecía estar medio dormida: inclinada hacia delante y con los brazos cruzados sobre el regazo, era evidente que estaba esforzándose en terminar la entrevista. Luego llegó la pregunta como un sopapo en plena cara y se ve cómo Elizabeth se estremece. El entrevistador le pregunta:

—Seguramente ya lo ha oído y leído: «Elizabeth Taylor ha estado casada seis veces, ha ganado un poco de peso, y etcétera, etcétera, etcétera... ¿Le duele leer estas cosas? ¿Se ha endurecido, o todavía le molestan?

—No, de verdad que no me molestan —respondió ella—. Nosotros tenemos este lema: «Sé leal a tu propio ser». Siento que soy responsable de y hacia mi familia directa y mis amigos. Lo que la gente especule, lo que la gente escriba sobre mí, creo verdaderamente que no es asunto de ellos. Si he aumentado o adelgazado cinco kilos es algo que me concierne a mí. La principal diferencia entre el espectáculo y la política es que uno es pura ficción y fantasía y estás recitando los pensamientos de otra persona y tratando de expresar las ideas de otra persona; en cambio, la política es real y estás sola y no tienes oportunidad de rodar otra toma.

Pero las críticas suscitadas por la fluctuación de su peso le pasaron factura, aun cuando hacía décadas que venía soportándolas. Mucho tiempo antes de mudarse a Washington, ella misma se había etiquetado como «gorda» en una serie de entrevistas no publicadas para sus memorias de 1964. Cuando Richard Meryman le dice a Elizabeth que ella es una de las grandes bellezas del mundo, ella le contesta: «Sé que se me habría considerado a la moda en tiempos de... de Rubens o de Renoir... una linda mujercita algo regordeta... la gordura que yo tengo en una época se habría considerado hermosura» .

Lo más duro tiene que haber sido ser juzgada, pero ya no poder expresarse al respecto.

«Yo tenía que seguir las directivas del partido», dijo Elizabeth tiempo después.

El Comité de Mujeres Republicanas le dijo que no vistiera de color morado (que era su preferido) porque «es el color de la realeza».

—¿Y? —dijo ella.

—Y significa pasión.

—¿Y qué pasa con eso?

—¡Eres la esposa del candidato! —le dijeron.

Y no se habló más del tema.

* * *

Alan Simpson era un senador republicano que sirvió en el ejército con Warner; recordaba qué difícil era para Elizabeth la vida en Washington.

—Mi esposa y yo, y el senador Warner y la suya, íbamos a fiestas y a recaudaciones de fondos. Ella no se sentía en absoluto en su elemento. Creo que se esforzaba mucho, solo que para ella todo era muy diferente. Mi mujer explicaba cómo era su vida en el Senado e intentaba que Elizabeth entendiera la vertiginosa vida de la política, en la que reinan el ego y el autobombo y el adorno y toda esa basura que la acompaña. Yo pensé que manejaba su situación bastante bien.

Elizabeth sí que comprendía el mundo del poder y la política, ya que se había criado en Hollywood, pero Warner no intentaba hacer de ella una compañera de verdad.

La pareja dividía su tiempo entre la casa de Middleburg y una mansión de Georgetown. En lo alto de las escaleras de su gran casa de Georgetown había un lugar en el que uno podía sentarse y escuchar todo sin que le vieran. Un día llegó a la casa un asesor político de su marido y Elizabeth se escondió en ese sitio con Mary

Conover, una de sus hijastras. «Tiene que renovar toda su ropa —le dijo el asesor a Warner—. Debe llevar *tweed* y trajes con tartán y sombreros adecuados.» Elizabeth y su hijastra se pusieron a reír tan fuerte que debieron correr a uno de los dormitorios para que nadie las descubriese espiando. Todo aquello era ridículo: obligar a una de las mujeres más glamurosas del mundo a vestir *tweed* y tartán.

Conover recuerda cuánto se divertía Elizabeth, incluso durante sus años en Washington. Una vez se alojó en un hotel de Boston con su padre y Elizabeth, y después de haberse maquillado, había que llevar a esta a que la peinaran —normalmente era el estilista el que venía a su hotel, pero aquel día no vino—, de manera que Conover, que entonces tenía dieciocho años, se ofreció a llevar a Elizabeth a la peluquería junto con algunas amigas en su viejo y estropeado Subaru. La actriz se echó un abrigo de pieles sobre la bata de andar por casa y subió al asiento del acompañante. Por el camino se perdieron y comenzaron a dar vueltas por Boston. A Elizabeth le divertía mucho bajar la ventanilla completamente maquillada y pedir direcciones a la gente. «Pensé que a un tío iba a darle un infarto —dijo Conover—. ¡Esa era Elizabeth para mí! Le encantaba divertirse.»

Había momentos en los que no era posible controlar tanto su sentido de las travesuras. Cuando ella y Warner hablaban con algún periodista, ella le contaba cómo este le había pedido matrimonio con una botella de champán y caviar. Warner la interrumpía para decirle:

—No teníamos caviar.

Ella se reía:

—¿Demasiado lujo para el estómago republicano? —y continuó diciéndole al reportero que el caviar era un regalo de Ardeshir Zahedi, su antiguo novio.

—Qué terrible historia— se quejaba Warner—. No recuerdo ningún caviar.

—Bien —respondió Elizabeth con una sonrisa torcida—, llevamos carne de marmota picada. Un poco de alcohol clandestino. Ah, eso es ilegal. ¿Cómo se llama ese vino tan barato? Ah, sí, una botella de moscatel. Moscatel de Virginia. —Warner

estaba sentado con cara de piedra—. El caviar de Virginia —siguió ella—. Es maravilloso.

Añoraba más que nunca a Richard, su compañero de discusiones.

* * *

Pero nunca perdió su sentido de la diversión. En 1977 la Harvard Hasty Pudding Theatricals, una sociedad teatral formada por estudiantes, le otorgó el título de Mujer del Año. Esto la hizo muy feliz y mientras estuvo allí quiso impartir un seminario sobre actuación. Se reunió con treinta estudiantes. «Me encantan los papeles muy diferentes a mí, que me permiten gritar y destrozar el atrezo», les dijo. Antes de recibir el premio estuvo en uno de los palcos con Warner y uno de sus hijastros. Estaba saludando a la multitud, que era enorme, e inclinada sobre el barandal. Llevaba un largo y hermoso collar de Cartier con una gran esmeralda en cabujón. Cuando el collar se rompió y docenas de perlas y de pequeñas esmeraldas se esparcieron por el suelo, los estudiantes de Harvard, clamando, se pusieron de cuatro patas intentando recogerlas. Afortunadamente la esmeralda grande había caído dentro del mismo palco. Elizabeth no se dejó llevar por el pánico, más bien pareció divertida por todo aquel espectáculo. «Bueno —dijo, alzando la piedra más grande—, al menos conservo la parte más importante.»

Cuando Warner resultó elegido, para ella llegó la dulce venganza. En un almuerzo organizado en su honor por las señoras republicanas para agradecerle su ayuda, Elizabeth sacó el traje de pantalón de Halston, que era morado, y lo lució con orgullo.

Llamó aparte al director de la campaña de Warner y le dijo: «Me he puesto este traje en honor a usted».

Nunca se amilanó a la hora de decir lo que pensaba. Cinco meses antes de casarse, tomó la valiente decisión de ofrecerse como rehén a cambio de los más de cien pasajeros de Air France

retenidos por terroristas en el aeropuerto de Entebbe, en Uganda. El avión había partido desde Tel Aviv y lo habían secuestrado terroristas palestinos y alemanes, y obligado a aterrizar en Uganda. Los terroristas rechazaron su oferta y los comandos israelíes liberaron a los rehenes, pero ella estaba dispuesta a dar su vida por la libertad de esas personas. Era lo que había hecho por su buen amigo Monty años atrás y lo que haría por pacientes con sida años más tarde: dirigirse a la escena del incidente y meterse en ella de cabeza, en lugar de apartarse.

Warner lo atribuía a su pasión: «Se conmovía a menudo y es posible que la emoción a veces modificara temporalmente su juicio sobre las personas que sufrían, y también estaba preocupada por el destino del pueblo judío». A Warner le gustaba esa pasión: «Lo suyo era dar. Yo solía decirle: "Tienes el corazón grande como el culo"; se lo decía para hacerla reír». Aunque no se aceptó su ofrecimiento de cambiarse por los rehenes, sí que personificó a una rehén en 1976 en la dramatización para televisión de la cadena ABC *Victory at Entebbe*, sobre el rescate de los pasajeros por los israelíes.

Ella era mucho más progresista que su marido. Elizabeth apoyó la Ley de Igualdad de Derechos y su marido no. Pero él dijo que ella le ayudó a ampliar sus puntos de vista: «Elizabeth trabajó a partir de los diez años de edad. Y trabajó duramente... Y esto [el matrimonio de ambos] ha sido para mí una experiencia reveladora».

Ambos discutieron sobre si las mujeres deberían hacer el servicio militar. Ella pensaba que sí. «No caerá esa breva», le dijo Warner. «No estoy de acuerdo», replicó ella. En un retiro de diputados y senadores republicanos, Elizabeth intervino en la discusión sobre el tema de las mujeres en el ejército. En la década de 1970 se esperaba que las esposas de los políticos se quedasen calladitas. Los ciento diez políticos asistentes hicieron un silencio. Cuando Warner le hizo señas de que callara, Elizabeth le dijo que «se metiera en el bolsillo aquella mano dominante». La nota de *The Washington Post* sobre este episodio la llamaba Elizabeth Warner, y no Elizabeth Taylor.

«Pocos minutos después, Elizabeth Warner observó que, según su lectura personal de la historia, "las mujeres han sido combatientes activas desde el comienzo de la humanidad". Recordó el papel de mujeres desde Cleopatra hasta Margaret Thatcher y dijo que no veía un motivo por el cual las mujeres no pudieran tener la libertad de entrar en combate. "Iguales derechos significa iguales responsabilidades", dijo.»

Recibió un mensaje con una sola palabra de la senadora Margaret Chase Smith, la primera mujer que trabajó en la Casa Blanca y en el Senado: «¡Bravo!».

Puede que Elizabeth no se considerase feminista, pero desde luego lo era. Su elección de películas crudas y atrevidas, más allá del evidente mensaje de igualdad de *Fuego de juventud*, dejaba claro su interés por el feminismo y la justicia social. *Un lugar en el sol* (1951) aborda el tema de las madres solteras y sus consecuencias a veces desastrosas, y se estrenó veintidós años antes de que el juicio Roe vs. Wade diera lugar a que el acceso al aborto seguro y legal se convirtiera en un derecho constitucional. En *Gigante*, Elizabeth interpreta a Leslie Benedict, una mujer que obliga al médico de los hacendados blancos a intervenir y salvar la vida de una niña mexicana, y que luego cría a su hijo como feminista; en *De repente, el último verano* (1959), a su personaje, Catherine Holly, la declaran mentalmente enferma todos los médicos, la mayoría de ellos hombres, sin evidencias que apoyen el diagnóstico; en *Una mujer marcada* (1960), Elizabeth es Gloria Wandrous, una mujer a quien el Código de Producción tacha de «ninfómana», y en *¿Quién teme a Virginia Wolf? (*1966) se pone en la piel de Martha, una mujer de mediana edad que está tan desilusionada y decepcionada con su vida que en realidad ya no está viviéndola.

En la mayoría de las películas el mensaje feminista no es precisamente sutil: Leslie Benedict desafía a su marido Bick, un misógino estrecho de miras, que ordena a ella y a todas sus amigas que abandonen la habitación en la que él y sus amigos van a hablar de política. «Perfecto —le dice Leslie con sarcasmo—: Manda a los niños a la cama para que los adultos puedan hablar.» Su personaje en *Castillos en la arena* (1965), Laura Reynolds, es una

madre soltera que se niega a casarse con el padre de su hijo porque no lo ama. Laura, una artista que vive sola con su hijo, hace esta aguda observación sobre la femineidad: «El hombre es marido y padre y algo más, por ejemplo, médico. La mujer es esposa y madre y… nada. Y es esa nada la que la mata». Elizabeth creía que ninguna mujer debía estar limitada por esas expectativas pasadas de moda, y al mostrar en pantalla otra manera de vivir les ofrecía una alternativa.

«Si queréis hablar sobre el movimiento de liberación femenina en términos de ganarse la propia vida, entonces yo he estado afiliada desde que era un bebé.» Naomi Wilding dijo que su abuela era un ejemplo a imitar. «¿Cómo es posible pensar en ella sin pensar en el feminismo?» Otra nieta, Laela Wilding, dijo que a Elizabeth «le gustaban los roles tradicionales [en su vida personal], aunque no era así como ella vivía en realidad».

Elizabeth creía firmemente que las mujeres debían cobrar el mismo salario que los hombres por el mismo trabajo. Dijo que estaba «muy orgullosa de las mujeres que desempeñan trabajos profesionales y que encuentran el tiempo para conciliarlo con la vida familiar».

En ocasiones, cuando Warner la escuchaba, pudo ser la iniciadora de cambios reales. Durante la campaña, el gobernador de Virginia invitó a Warner y a Elizabeth a comer en la Mansión del Gobernador en Richmond, a lo que accedieron con mucho gusto, pese a haber dos palmos de nieve por las calles. La pareja se dirigió al aeropuerto pero estaba cerrado, de manera que abordaron un autocar que iba a Richmond. Tanto el conductor como varios pasajeros les pidieron autógrafos. «Esto es interesante —dijo Elizabeth—. Nunca en mi vida había cogido un autocar.»

Después de un rato, mientras el autocar iba por la nieve, tiró de la manga de Warner y le dijo:

—Necesito ir al lavabo. Pídele al conductor que en cuanto vea uno se detenga.

—Elizabeth, tiene el vehículo lleno de gente que quiere llegar a Richmond. No puede parar por ti.

Hubo un momento de silencio.

—Ahora caigo —dijo él—: estos autocares tienen lavabo.

—Qué alivio —replicó ella, y se dirigió a la parte trasera del vehículo. Volvió un minuto después y nuevamente se produjo un silencio. Finalmente dijo—: ¿Por qué no vas allá atrás y te fijas en el lavabo? ¡Es una verdadera porquería! Hay meadas por todas partes.

Más silencio.

—El tiempo se acaba —dijo ella, retorciéndose en su asiento.

Warner se levantó y fue a hablar con el conductor, que se ofreció a intentarlo en el aeropuerto de Richmond, pero estaba cerrado y solo había un vigilante. Warner le rogó que abriera y cuando se negó le deslizó un billete de 20 dólares. Cuando el vigilante vio a Elizabeth preguntó:

—¿Por qué no me dijo para quién era?

Elizabeth desapareció dentro del aeropuerto, pero al minuto ya estaba de vuelta.

—¿Alguno de ustedes, señores, tiene diez céntimos?

Algunos lavabos para mujeres exigían diez céntimos para poder utilizarlos. Nadie tenía los diez céntimos. Warner le pidió al gobernador que enviara a su chófer y este puso sirenas hasta llegar a la Mansión del Gobernador. Cuando llegaron, Elizabeth saltó del coche y estuvo a punto de chocar con la esposa del gobernador en sus prisas por llegar al lavabo.

Cuando volvió le dijo a su marido:

—John, ¿quieres seguir casado conmigo? Porque si es así, te doy cinco meses para que anules esta ley que penaliza a las mujeres.

De regreso en Washington, Warner se acercó al senador Ted Kennedy, con quien se asoció para legislar que se considerase ilegal que los lavabos de mujeres fueran de pago.

Mientras tanto, Elizabeth estaba tratando de encontrar su equilibrio entre ser una de las mujeres más famosas del mundo, su nuevo matrimonio y sus cuatro hijos: Michael, de veintiséis años; Chris, de veinticuatro; Liza, de veintiuno, y Marie, de solo diecisiete. Tuvo que despedir a un viejo amigo, John Springer, su publicista de toda la vida. Chen Sam se quedó y vivió con Warner y

Elizabeth. «John [Warner] quería un trabajo muy sutil —dijo Sam, diplomáticamente—. Ningún personaje de Hollywood», lo que incluía a Springer.

El 28 de noviembre de 1979, Elizabeth envió una carta a su viejo amigo Springer. «Como habrás advertido, he tratado de mantener un perfil muy bajo y por eso mismo creo que es mejor que ahora no me represente el mejor agente de prensa del mundo del espectáculo, puesto que estoy en el mundo de la política junto con mi marido (...) Te quiere, Elizabeth Taylor Warner.»

Cuando Warner obtuvo su plaza de senador en 1978, ofreció un desayuno en su mansión de Georgetown con el fin de recaudar fondos, e invitó a veinticinco senadores y a docenas de personas influyentes, que pagaron 2.000 dólares por un asiento. El ama de llaves bajó justo cuando el grupo se disponía a marcharse y dijo que Elizabeth quería saber si el desayuno todavía estaba caliente. A la manera típica de Hollywood, rara vez aparecía antes del mediodía. Bajó en un *negligée* casi transparente. «Haced lo correcto, hacedme un favor a mí: sea lo que sea lo que habéis aportado, ahora dobladlo.» Los asistentes lo hicieron.

Pero Elizabeth se sentía desesperadamente infeliz en Washington. Warner era un adicto al trabajo que muy rara vez se perdía una votación en el Senado. Cuando terminó la campaña ella se sintió totalmente abandonada. «Ya no me necesitaba para nada, ni siquiera como adorno.» Lejos de sus amigos de Los Ángeles, comía y bebía sola en casa y así fue como llegó a aumentar más de dieciocho kilos. «Cada vez que Liz Taylor entra en un McDonald's, los números del letrero exterior comienzan a cambiar —dijo en broma Joan Rivers, que implacablemente la acusaba de gorda—. Cuando levanta la vista y lee cinco mil millones, piensa que es su peso.»[2]

Medía 1,55 metros y pesaba más de 77 kilos. Warner la llamaba «mi novillita». Ella fingía no ofenderse, pero le dolía. El *Daily Mirror* se sumó a las crueles reseñas sobre su aparición en la versión cinematográfica de *Pequeña música nocturna:* «Lo que nos llevó a todos casi a ondular peligrosamente por los pasillos fue el triste intento de hacer entrar todo un litro de señora dentro de un

envase de cuatrocientos gramos». Creyó que había llegado a un nuevo punto bajo cuando se obligó a mirarse en el espejo de cuerpo entero de su mansión de Georgetown. Lo había mantenido oculto, pero un día, al salir del baño, se miró. Y lo que vio en el espejo ese día la dejó anonadada.

Dijo que se encontraba en una suerte de «Siberia doméstica». Antes de la campaña, un periodista le preguntó si creía que el matrimonio aguantaría si él ganaba. «Yo lo acompañaré», respondió ella. Pero muy pronto se enteró de que no podía ir con su marido a la colina del Capitolio cada día. Y también aprendió que cuando un senador no está votando, suele andar por las carreteras haciendo campaña para sus colegas que se han presentado a la reelección o que han vuelto a sus estados para mantener reuniones con sus votantes y ser reelegidos nuevamente.

La separación la estaba matando. «Cuando llegué al Senado trabajábamos mucho por la noche y ella solía quedarse sentada contemplando la caja tonta —reconoció Warner. No hacía nada para ayudarla porque no reconocía el problema—. Solía beber bastante, pero nunca vi en ella señales de alcoholismo.»

Muchas veces le decía: «Pichoncita —otra forma de llamarla que había inventado él—, ve, sírvete un Jack Daniels y sube a mirar la televisión». Y las copas de Jack Daniels se iban haciendo cada vez más grandes.

Elizabeth se hizo amiga del senador Howard Barker y de su mujer, y hasta del senador republicano Barry Goldwater, con quien se divertía haciendo bromas. Pero ella era una persona apasionada y creativa que no encontraba dónde aplicar su energía ni dónde hacerse útil.

Las ausencias de Warner y su temperamento y maneras suaves la enfurecían. Una vez en la granja se enfadó tanto que arrojó una cacerola entera de espaguetis ya cocidos, muchos de los cuales se quedaron pegados a la pared. «No vamos a limpiar eso —dijo—. Ahí se quedará.» Cuando Warner vendió la casa aún había un par de espaguetis pegados a la pared.

Pero el descenso de Elizabeth a las simas del alcoholismo y su adicción a los analgésicos eran algo terrible de contemplar para su

familia. Chris Wilding dijo que su madre quería verdaderamente ser una mujer que apoyaba a su marido, pero la verdadera lectura de esto era que «tuvo que abrir los ojos con demasiada rudeza».

Wilding recuerda: «Hacia el final de mi estancia en la casa de Georgetown a veces me despertaba durante las primeras horas de la madrugada el callado timbre del interfono de mi habitación. Era mi madre preguntándome si bajaría a la cocina a beber una cerveza con ella. Sonaba incoherente —es decir, que lo que menos necesitaba era una cerveza—, pero también realmente sola, y nunca pude decirle que no».

Wilding llegó al límite a causa de un incidente que le rompió el corazón:

—Una tarde mi madre se las arregló para encontrarme por medio del interfono, y me pidió por favor que subiera hasta su dormitorio para ayudarla con algo. Al teléfono sonaba insegura, pero no fue hasta que la vi cuando me di cuenta de que estaba hecha polvo por algo. Estaba sentada al borde de la cama, en ropa interior, y en la mano derecha tenía una jeringuilla con Demerol. Señaló un punto en su muslo y me preguntó si podía administrarle yo la inyección. Me quedé como sin aire y le dije que lo lamentaba, pero que no podía ayudarla con eso. Me miró con unos ojos mortecinos en los que se leía decepción, respiró hondo, puso la mano firme y hundió la aguja en su propia carne. Yo no sabía cómo hacer para ayudarla a revertir la situación en la que se hallaba, no obstante, supe que no podía seguir allí para presenciar cosas como aquella.

Para escapar de todo eso, Wilding se marchó a California.

Richard siempre había sido contrario al uso de drogas. Lo veía como algo elitista porque él se había criado en un hogar donde el salvavidas del trabajador era el alcohol. Cuando su matrimonio con Elizabeth acabó, ella se sintió más libre para inyectarse drogas y tomar pastillas sin necesidad de esconderlas.

* * *

Aunque Elizabeth no hablaba mucho de él, Richard y ella seguían en la vida del otro, de la forma en que lo hacen muchos divorciados que quieren criar juntos a sus hijos. Liza siempre se refería a Richard como «papá», y a Mike Todd, a quien nunca conoció porque era muy pequeña cuando él murió, como «padre». En respuesta a una carta de su abogado, Aaron Frosch, en la que explicaba que Richard había comprado un coche para Liza, le había pagado un apartamento y le había concedido una paga semanal, Elizabeth escribió: «Si Richard quiere ser el "Papaíto" de Liza (y yo creo que sí al darle todos esos regalos), a mí me parece bien».

En otra carta, que su abogado envió a Richard, ella escribió en los márgenes: «Me gustaría ver la respuesta de Richard a esto. Tiene la tendencia a hacer cosas por mis hijos sin que yo lo sepa, lo cual es muy generoso, pero me confunde un poco».

Aunque ya no eran pareja, ella confiaba en que él era la fuerza que la anclaba a tierra. En 1982 le envió este telegrama: «No parece que tengas un día más que setenta y cinco años, que tu corazón siga joven, y no es necesario enfadarse solo porque es tu cumpleaños. Te quiere mucho tu doble exmujer. Elizabeth».

Tenían una hija en común, Maria, y Richard quería a Chris, Michael y Liza. Richard escribió a Liza cuando ella era una jovencita y le explicó cómo se sentía: «Te quiero porque quiero a Kate [su hija con Sybil] y la echo de menos y tú eres su réplica perfecta. Te quiero simplemente porque te quiero, y si alguien que no seamos mamá o yo te hace daño, lo mataré con las manos desnudas».

Elizabeth y Richard estarían siempre unidos, no solo por los hijos sino por su inmenso amor mutuo. Antes de que Liza se casara con Hap Tivey, este recuerda haberse encontrado con Richard por primera vez. Iban camino a Gstaad y se detuvieron en casa de este, a las afueras de Ginebra. Tivey estaba afectado por el desfase horario y hacía una siesta cuando Richard entró en el dormitorio. Antes siquiera de que se estrecharan las manos, el actor detectó un ejemplar de *El Rey Lear* en la cama al lado de Tivey, e inmediatamente soltó el monólogo inicial de la obra en su

resonante voz: «Me siento como "¿Qué diablos pasa aquí?"... ¡Fue tronchante!», recordaba Tivey, riendo.

Después de esta actuación improvisada de Richard, mantuvieron una conversación perfectamente normal. «Creo que estaba bastante preocupado pensando: "¿Quién es este? ¿Qué relación tiene este tío con alguien a quien yo adoro?".»

Y Elizabeth echaba de menos la libertad que tenía cuando estaba con Richard. En agosto de 1977, antes de despedir a John Springer, este le aconsejó a Elizabeth que no apoyara a organizaciones que luchaban por los derechos de los gais. Eran varios los grupos que habían escrito a Elizabeth para que los ayudase en sus esfuerzos contra la activista antigay Anita Bryant, una cantante de *gospel* que lanzó una cruzada en contra del decreto vigente en el condado de Miami Dade que prohibía la discriminación basada en la orientación sexual a la hora de dar empleo y alquilar vivienda. El decreto fue cancelado y Bryant llegó a ser una figura muy conocida y parte del rechazo nacional de los derechos de los gais. En septiembre de 1978, una consulta de opinión reveló que el 61 por ciento de los votantes de California estaban a favor de prohibir el empleo de profesores gais, lo cual estaba muy en línea con el sentimiento de todo el país en aquella época. Elizabeth hubiera preferido hablar en contra de Bryant, especialmente cuando se estaban atacando derechos por los que los gais tanto habían luchado, pero como esposa de un senador republicano pensó que no debía hacerlo. Springer le escribió: «Querida Elizabeth: en circunstancias normales imagino que querrías apoyar a este grupo en contra de Anita Bryant. Sin embargo, como esposa de John creo que sería equivocado que te embarcases en cualquier controversia. Te adjunto estas cartas [de grupos que le pedían que se pronunciase en contra de Bryant] para tu información, pero estoy convencido de que lo único que puedes hacer es ignorarlas. No me imagino ninguna respuesta que no sea errónea». Lamentablemente, Elizabeth tuvo que quedarse callada.

Cada viaje que hacía debía discutirse con Warner y su personal. En septiembre de 1979 fue nombrada invitada de honor al Festival de Cine de El Cairo. Aaron Frosch le escribió una carta

el 14 de septiembre de ese año en la que se mostraba muy preocupado. «Se me ha informado de que pronto viajarás a Egipto y visitarás ese país e Israel. ¿Has informado de tus intenciones a John? ¿Está él de acuerdo en que una visita tuya a los dos países no influirá negativamente en su carrera?» De todas formas, Elizabeth hizo el viaje.

La actriz trataba de aferrarse a su antiguo yo, pero no podía. André Léon Talley recuerda haber conocido a Elizabeth en la década de los años 70, en una fiesta en el apartamento de la diseñadora Elsa Peretti una noche de sábado en Nueva York. «Llegó muy muy tarde con Halston y trayendo su propia botella de Jack Daniels. Se sentó en la terraza. Lo que me llamó la atención fue que viniera vestida con un caftán. Halston y Liz eran como amigos traviesos en un campus universitario.» Cliente frecuente de Halston, entre abril y octubre de 1976 Elizabeth le compró veintiún vestidos, cuatro capas, seis pares de zapatos y un turbante, entre otras cosas. Siempre conseguía el 25 por ciento de descuento y a veces, hasta el 40.

No mucho después, Talley volvió a verla en un entorno totalmente diferente, cuando ya estaba casada con Warner. «Me sorprendió la cantidad de peso que había ganado y al mismo tiempo que pudiera marchar a campo traviesa, aquello no era el jardín bien cuidado de una fabulosa mansión de Beverly Hills, sino tierra de campo. Caminaba ágilmente con todo aquel sobrepeso, saltando en la hierba.»

«Sentí como que sobraba —dijo Elizabeth—. Creo que Washington es la ciudad en la que una mujer puede sentirse más sola porque tiene que ser muchas cosas y nada al mismo tiempo. Dispensable y totalmente indispensable.»

No podía decir cuáles eran sus sentimientos reales: describió su nueva ocupación como «la de un robot».

El día de San Valentín, ella y John salieron a cenar en Georgetown. Él llevaba en el bolsillo un busca por si lo necesitaban en el Capitolio.

—Elizabeth —le dijo—, tengo que ir a votar.

—¡No puedes! Es San Valentín. ¿Vas a dejarme sola aquí?

—No tengo elección —respondió él. Voló al Capitolio, luego volvió al restaurante, donde ella rompió a llorar y tuvieron que volver a casa. Le contó esta anécdota al senador Howard Baker y este no podía creer que Warner hubiera dejado sola a su esposa estrella de cine el día de San Valentín. No mucho después de esto, Baker le pidió a Warner que lo sustituyera y diera en su nombre un discurso en la sala de baile de un hotel. Cuando Warner volvió al Senado, descubrió que se había llevado a término una votación mientras él no estaba. Se puso furioso.

—¡Creí que no votabas! —le dijo a Baker.

—Le hice un favor a tu esposa —contestó Baker. Y aquello rompió el récord de Warner de participar en todas y cada una de las votaciones, y Baker pensó que ahora Warner no tendría tanto miedo de perderse una votación.

Pero Warner no podía cambiar. La vida como esposa de un senador en Washington, dijo Elizabeth más adelante, hizo de ella «una alcohólica y una yonqui».

Chen Sam vivía con Elizabeth, pero ella también bebía mucho y no estaba en condiciones de velar por la sobriedad de la actriz. «Soportaba a Elizabeth solo hasta cierto punto. Más de una vez tuve que intervenir en una pelea a tortazos —dijo Warner—. Cada una de ellas quería hacer lo que le viniera en gana… Elizabeth era tan posesiva y exigente que Chen casi ni tenía tiempo para disfrutar de vida privada. Solían tener peleas terribles y yo tenía que hacer de árbitro. Pero Chen era muy valiosa, tanto para Elizabeth como para mí.»

En una entrevista en el programa *Today*, Jane Pauley le preguntó a Elizabeth cómo era que en Washington no aprovechaban su talento, y ella respondió: «Creo que yo les despertaba sospechas. Creo que pensaron… los de la… la gente de Washington pensó que yo… [que] yo, en algún sitio de mi mente, albergaba el deseo de ser la Perle Mesta[3] de Washington. Que tenía algún tipo de aspiraciones sociales o algo. Lo cual no era cierto en absoluto, así que me relajé totalmente para demostrarles que se equivocaban; me aislé tanto que no tenía amigos. Me trataban un poco como a un bicho raro».

Le preocupaba morir de una sobredosis si se quedaba allí, y a los cuarenta y nueve años decidió reinventarse. Frecuentó el *spa* Palm-Aire de Florida con su amigo, el célebre estilista y peluquero Maury Hopson. Bautizaron su cabina como «Una mujer engordada». «Quería tenerme con ella como su amigo para ayudarle a pasar por el trance (...) No sé si sabía en qué se estaba metiendo (...) Bebía agua directamente de la botella y decía: "Estoy bebiendo esto como si fuera vodka".» Permanecieron allí tres semanas y ella perdió diez kilos. «De repente volvió a ser Elizabeth Taylor otra vez», dijo Hopson.

Al principio Warner no se sentía cómodo con los amigos gais de Elizabeth, que eran muchos, pero confesó que eso le ayudó a abrir la mente. «Ella me convirtió. Fuimos a la casa de Rock Hudson, quien nos presentó a un caballero que estaba claro que era su novio, lo que me hizo recular un poco.»

Elizabeth no cambió reglamentos —con excepción del que establecía que las mujeres tenían que pagar por el uso de los lavabos públicos—, pero pudo utilizar su carrera para exponer sus ideas. El rabino Marvin Hier, fundador del Centro Simón Wiesenthal, organización humanitaria con base en Los Ángeles, se acercó a Elizabeth y a Orson Welles para que narraran un documental sobre el Holocausto titulado *Genocidio*.

Welles fue el primero en firmar y Hier quería conseguir lo mismo de Elizabeth, pero no sabía cómo. Conocía a Warner porque habían trabajado juntos en un proyecto de ley que asegurase que los crímenes de guerra de los nazis no iban a prescribir nunca. Envió el guion a Warner, quien lo dejó en la mesilla de noche de Elizabeth. Ella lo recogió y se pasó la noche llorando. «Tengo que hacer esto», dijo. Un par de días después llamó a Hier y se presentó a la persona que atendió el teléfono como «la señora Warner». Hier dijo que él no conocía a ninguna señora Warner, pero se puso al teléfono de todos modos.

Genocidio ganó un Óscar, y en una cena realizada en honor a Elizabeth en 1980, ella pronunció un discurso profético sobre los peligros de olvidar el Holocausto. «Actualmente hay toda una generación que está creciendo y que no conoce esto, que no tiene

memoria de esos acontecimientos, que no tiene referencias para saber cuán cerca estuvimos de bajar el telón final —dijo—. Lo que es peor, alrededor de estas generaciones se levantan voces amenazantes que intentan envenenar sus mentes, corromper sus valores, socavar su futuro. En Europa y también aquí, en Estados Unidos, el antisemitismo va en aumento. Los que odian buscan cargos públicos, ponen a los blancos contra los negros, a los cristianos contra los judíos.» La ovación fue estruendosa. Elizabeth Taylor había vuelto, ya no vestía ropas sosas y ya no era una mera acompañante.

Ahora que había vuelto a encontrarse consigo misma, decidió intentar algo que nunca había hecho antes. «Durante nuestros últimos meses juntos me comentó que había una obra teatral que le gustaría hacer», dijo Warner. La obra era *La loba*, de Lillian Hellman, y a los cuarenta y nueve años, y después de más de cincuenta películas, asumía uno de sus grandes temores. Sabía que aún tenía mucho que aprender por lo que se refiere a actuar sobre un escenario. Por ejemplo, en teatro una luz roja te avisa de cuándo has de entrar en escena. Pero cuando se enciende en un plató de cine significa que debes dejar de hacer lo que estás haciendo y quedarte quieta. «Se quedaba congelada —recuerda su coprotagonista Dennis Christopher—, como una niña pequeña, necesitaba que la gente le dijera que continuase. Así de enraizado lo tenía.»

Cuando se reunieron en la mesa de lectura del guion, era evidente que Elizabeth estaba nerviosa. «Miraba a todos y observaba a todos. Todos éramos gente muy experimentada en teatro —recordaba Christopher—. Lillian Hellman [la autora de la obra] estaba allí. Se decidió que Elizabeth necesitaba ensayar en el teatro y no en un estudio, como se hacía habitualmente. Necesitaba encontrar sus “apoyos escénicos”.»

Cuando el director de *La loba*, Austin Pendleton, conoció a Elizabeth en una cena, ella aún estaba casada con John Warner. Pendleton recuerda lo profundamente afectada que quedó la actriz por el intento de asesinato de Ronald Reagan en 1981. Durante los ensayos, ella le dijo que quería sacar un anuncio a página completa

en la primera sección de *The New York Times* para llamar al control de las armas, y que Warner estaba furioso. «Aquello fue un punto de inflexión muy negativo en la relación de ambos», dijo Pendleton. Ella no creía estar haciendo nada malo. Después del asesinato de Robert F. Kennedy, en 1968, Elizabeth consiguió que unas cien celebridades firmasen un anuncio a página completa en el *The New York Times*, pagado por ella, en el que pedía medidas de control de armas más exigentes. Warner siempre supo que Elizabeth no estaba de acuerdo con sus ideas políticas conservadoras.

El 1 de abril de 1981, Warner escribió una carta a Elizabeth para pedirle que se lo pensase. (Había tachado «Memorándum para Elizabeth» y en su lugar ponía «Mi querida esposa».) «Los dos tenemos claro que hay que tomar fuertes medidas con el fin de eliminar las causas de fondo de la violencia que lleva a estos terribles intentos de asesinato. Sin embargo, no estamos de acuerdo en cuanto a los medios que afectan a este objetivo común. Antes de que pongas el anuncio en los diarios nacionales a favor del control de las armas, te pido encarecidamente que tengas en cuenta lo siguiente: las emociones están a flor de piel a escala nacional y el impacto del anuncio sería mínimo (...) Si el anuncio tuviese el efecto contrario al que tú deseas, e inspirase otro acto de violencia en algún sitio, sería trágico para todos nosotros, incluyendo al presidente y a las recientes víctimas, así como a nuestra nación (...) Vuelvo a rogarte fervientemente que tengas en cuenta tu seguridad personal y la de tus hijos y los que trabajan para nosotros.»

Elizabeth publicó el anuncio de todos modos, ya estaba harta. «Me adapto un cien por cien a la vida de mi marido, por mi voluntad y con alegría. Se me puede empujar, se me puede obligar, y me está bien: tengo más resistencia que el infierno. Pero también tengo que admitir que si me empujan demasiado, incluso mi marido, algo se me rompe por dentro y la relación se termina.»

* * *

Intentaron permanecer juntos, aunque a larga distancia, durante algún tiempo más. «Se puso difícil para los dos —dijo Warner—. Aún tenía mucho Burton en su sistema (...) Un día decidimos que si éramos amigos, debíamos seguir siendo amigos y no dejar que este ritmo de vida nos llevase en la dirección errónea.»

Se sentaron juntos sobre el césped de su casa de campo, observando cómo los trabajadores de mudanzas cargaban sus furgonetas. «De repente vi que se acercaba un camión que remolcaba mi coche. Elizabeth me había regalado un Ford cupé descapotable de 1934 con asiento trasero plegable. Era un coche antiguo maravilloso y yo lo adoraba. Y me dijo: "Ah, a propósito, tú te libraste de mi coche (un Rolls), así que ahora me quedo con el tuyo". El camión se lo llevó y esa fue la última vez que lo vi.» Terminaron divorciándose en 1982.

En 2002, después de haber tenido décadas para reflexionar sobre su séptimo matrimonio, Elizabeth le dijo a *The New York Times*: «Él sabe que no ha sido el amor de mi vida. Y yo sé que no he sido el amor de la suya. Pero nos queríamos».

Cada uno de ellos siguió formando parte de la vida del otro hasta la muerte de Elizabeth. Su relación con él le ayudó a llevar lo que se convertiría en su legado más grande y más perdurable. Pocos meses después del divorcio, los hijos de Elizabeth llamaron a Warner y le dijeron que su madre parecía triste; ¿sería posible que él volara a Nueva York y le diera una sorpresa en Navidad? De manera que Warner pasó la mañana con su familia en Washington y luego voló a Nueva York. Los hijos no le habían dicho a Elizabeth que venía Warner. Lo envolvieron en papel rojo, como si fuera un regalo, y lo pusieron en medio de la sala. Elizabeth salió de su dormitorio a mediodía, vio el paquete gigante y exclamó: «¿Qué es esto?».

—Eso es tu regalo de Navidad —le contestaron—. Es muy grande, mamá.

Cuando lo abrió, Warner saltó y ella se emocionó. Más tarde, Elizabeth le cogió la mano y le dijo: «Necesito tu consejo, sígueme». Él la siguió hasta una habitación en la que había un olor raro y doscientas botellas pequeñas de perfume desparramadas por

el suelo.

—Voy a entrar en el negocio del perfume. Quiero que huelas y me digas cuál te gusta más.

—Eso no es lo mío —respondió él—. No soy amante de los perfumes y no sería un buen juez.

—Por favor, huele unos pocos —pidió ella.

Él le dijo que no podía hacerlo.

—No quiero entrar en el negocio del perfume.

—Ah, vamos, será divertido.

Después de presenciar el enorme éxito de *Passion* y de *White Diamonds* deseó haber entrado en el negocio.

Tras el divorcio fueron a cenar juntos al menos dos docenas de veces, según Warner. A la gente le gustaba verlos juntos.

En 1999, inmediatamente después de que Barbara Walters fuera designada para entrevistar a Elizabeth, llamó a Shirine Coburn DiSanto, que era la publicista de Elizabeth en la década de los años 90, y le dijo: «Tengo que contarte algo. Esto es muy muy delicado. No sé si tú lo sabes, no sé si Elizabeth lo sabe, pero ahora mismo mantengo una relación con el senador John Warner y no quiero que Elizabeth lo descubra y se enfade y no quiera hacer la entrevista».

DiSanto llamó a Elizabeth para contárselo y esta dijo, riendo: «¡Lo sé! Debe de estar pisando huevos, esto es muy gracioso». Lo sabía porque el mismo Warner se lo había contado. «¡Ay, por favor! ¡Que vaya a por él!»

Pero el final de cualquier matrimonio conlleva una dosis de melancolía y Elizabeth no era capaz de mentir sobre ello. Cuando Warner volvió a casarse en 2003, la llamó desde la puerta de la iglesia para contárselo.

—Me alegro de que se haya vuelto a casar —dijo ella—. Espero que con su nueva esposa se porte mejor que conmigo.

Capítulo 15

Adicción

> Probablemente, esta sea la primera vez, desde que tenía nueve años, que nadie ha querido explotarme.

ENTRADA DEL DIARIO DE ELIZABETH ESCRITA DURANTE LAS NUEVE SEMANAS EN QUE ESTUVO INGRESADA EN EL CENTRO BETTY FORD, EN 1983

La actuación fue siempre la única constante en la turbulenta vida de Elizabeth. Ya acercándose a los cincuenta años, actuó en *La loba* durante meses en Florida, Washington y Nueva York. «No sabía adónde más ir», le confió a su coprotagonista, Dennis Christopher.

Elizabeth era glamurosa incluso entre bambalinas, cuando entraba luciendo el diamante Krupp en el anillo que llevaba en la mano izquierda, como si aún hubiera estado casada, un brazalete de Cartier con un cierre de diamantes y una larga cadena de monedas de Bulgari. Si después del teatro iba a salir, Chen Sam la esperaba en el camerino con sus legendarias joyas.

Su actuación recibió halagos al principio. Elizabeth bebía, pero eso no se notaba sobre el escenario, según la gente que trabajaba con ella en la obra. Las primeras semanas todo fue bien, hasta que los acontecimientos mundiales lo cambiaron todo. El 6 de octubre de 1981, Christopher estaba tras bambalinas en el teatro de Nueva York cuando oyó que alguien lloraba. El presidente de Egipto, Anwar El Sadat, había sido asesinado y Elizabeth estaba mirando el televisor y llorando. «Es uno de mis amigos, es realmente mi amigo —le dijo a Christopher, que intentaba consolarla—. Yo lo quería.» En una ocasión se le

prohibió a Elizabeth la entrada en Egipto, pero es cierto que había mantenido una amistad con Sadat. En ese momento, comentó Christopher, fue cuando no pudo seguir ocultando su alcoholismo.

En el curso de un viaje a Egipto con su amiga Liz Smith, Elizabeth fue invitada a la residencia de verano de Sadat, lo cual significaba hacer parte del viaje por el desierto. «Recuerdo que yo trataba de que saliera del baño que estaba tomando para llegar a tiempo, y ella decía: "No importa, Sadat puede esperar". Y yo le dije: "No, no puede. De verdad, de verdad, de verdad no puede esperar". De algún modo nos las arreglamos para llegar a tiempo; es posible que llegásemos un cuarto de hora tarde. Después, evidentemente, fue asombrosa con él. Recuerdo que Sadat le preguntó: "¿Piensa ir a Alejandría?", y ella le contestó: "No; quiero decir, ¿cómo podríamos llegar hasta allí?". Y él: "Bueno, pues tendrá que ir porque usted es mi reina". Y ella: "Pues aun así no sé cómo podemos llegar", y lo miró con aquellos ojos y él le ofreció su avión. "Es usted muy amable", le dijo Elizabeth. Y allá fuimos.»

Después de la muerte de Sadat dejó de ser una alcohólica funcional. Comenzó a recitar sus líneas como un sonsonete que casi hacía parecer que estaba de broma. «Pasó de ser una actuación brillante a una parodia —dijo Christopher—. Ya no era la misma mujer que aceptó el juego y deseaba reconstruir su carrera.»

Según Austin Pendleton, al final de las interpretaciones de *La loba*, Elizabeth realmente estaba luchando. «Algunas personas podrían haber interpretado su timidez como esnobismo, cuando, en realidad, estaba pasando por un momento duro de su vida y le resultaba difícil ser falsa.» La mayor parte de su dolor era por Richard, casi siempre lo era.

Pendleton asistió a la fiesta del 50.º cumpleaños de Elizabeth en Londres, en febrero de 1982. «Estábamos todos en el bar y de repente vimos una cantidad de fogonazos de las cámaras y allí estaban Elizabeth Taylor y Richard Burton bajando los dos o tres peldaños que llevaban al restaurante, y estaba claro que iban en plan pareja. En el bar, todos aquellos actores encallecidos comenzaron a llorar. Fue lo más hermoso que he visto en toda mi vida.»

Elizabeth planeaba algo. En 1983, siete años después de su segundo divorcio, sugirió a Richard que hicieran juntos la obra de Noël Coward *Vidas privadas*. Ella era productora y aquí vio una oportunidad de ganar dinero y, lo que era más importante, de pasar tiempo con Richard. La comedia trata de una pareja divorciada que termina alojándose al mismo tiempo en un hotel, para pasar la luna de miel cada uno de ellos con su nuevo cónyuge. Sally Hay, que por entonces era la novia de Richard, apodó la obra «Vidas públicas» porque básicamente no era más que una mirada teatral al *show* de «Liz y Richard». Durante los ensayos en Nueva York, Elizabeth se alojó en el enorme piso de Rock Hudson, con vistas a Central Park. Se llevó consigo al nuevo hombre de su vida, su prometido Víctor Luna, un abogado mexicano muy rico que bebía los vientos por ella. Era un hombre de modales suaves y actitudes de persona de negocios, pero no era Richard. Elizabeth sabía que Richard iba a llevar consigo a Sally Hay, su nueva novia, a la que había conocido cuando filmaba el drama épico para televisión *Wagner*, en 1983. Como era de esperar, su matrimonio con Suzy Hunt había terminado el año anterior.

Las dos parejas salieron a cenar juntas la noche anterior al comienzo de los ensayos. A Elizabeth se le retorcían las tripas al ver a Richard colmar de atenciones a Hay de una forma que nunca había hecho con ella. Richard estaba asustado de Elizabeth y trataba de no alterarla, lo que hizo que aquella velada fuese bastante incómoda para dos personas que habían estado casadas dos veces.

—Necesito un comprimido para el dolor de cabeza —dijo Elizabeth al camarero—. Sé un cielo y tráeme una copa. Jack Daniels con hielo.

Algunos minutos más tarde volvió a decir:

—Necesito un comprimido para la tripita. Otro Jack Daniels, por favor.

Elizabeth llegó a la conclusión de que Richard estaba intentando ponerla celosa. Y quizá fuera cierto. Un poco antes le dijo a su hermano Graham que la echaba de menos «todo el tiempo», pero que él ya estaba demasiado viejo y demasiado

enfermo y que no quería agobiarla. «Ella sabe cómo cuidar a un viejo», dijo, refiriéndose a Hay. Vivían en Céligny, Suiza, donde, según Hay, Richard estaba «desacelerándose». Un día conversaban sobre Elizabeth y él preguntó: «¿De verdad yo hice eso? ¿Lo de las joyas, el yate, el avión? ¿Yo hice todo eso?».

Elizabeth deseaba volver a todo eso y al mismo tiempo quería retirarse a una existencia más tranquila. Al día siguiente, durante el primer ensayo, quedó claro que ni siquiera había leído la obra y naturalmente tampoco había memorizado sus diálogos, algo que podía haber hecho con facilidad porque ella estudiaba muy rápido. Richard se sabía sus diálogos y los de ella, y la falta de preparación de Elizabeth lo puso furioso. En su diario escribió que se avecinaban «unos largos siete meses».

La obra se estrenó en el teatro Lunt-Fontanne de Nueva York, donde Richard había sido alabado por su interpretación de *Hamlet* y donde Elizabeth y él dieron, años atrás, su muy bien recibido recital de poesía. Los críticos estaban más que dispuestos a lanzarse sobre ellos. *The Times* dijo que el espectáculo era «Liz y Dick burlándose tontamente el uno del otro en público. Esto es en parte "Vidas privadas" y en parte una broma privada».

Michael Lonergan, que era el gerente de la compañía en *Vidas privadas*, como también lo había sido en *La loba*, dijo que esta vez había visto a una mujer diferente de la Elizabeth Taylor de *La loba*. Quería que Richard le prestara atención, pero él no quería. Los dos eran conscientes de que gran parte del público acudía para mirarlos embobados o con la esperanza de que se equivocaran en sus diálogos. Pero en aquellos momentos Richard no bebía, y en cambio percibía que ella estaba sin control. Elizabeth reconocía que sus posibilidades de volver a estar juntos eran cada vez más pequeñas, aunque seguía aferrándose a la esperanza de casarse con él por tercera vez. Richard le había preguntado, en su calidad de productora, si él podría marcharse de la obra en caso de que se le presentase otra oportunidad, pero ella dijo que no. No quería dejarlo ir y eso la estaba matando lentamente.

Mientras la obra se representaba en Broadway, otra actriz tuvo que reemplazar a Elizabeth más de una docena de veces por

enfermedad, aunque esta también le estaba dejando claro a Richard que ella seguía teniendo el control y que seguía siendo la persona a quien el público iba a ver. Su agente, Robert Lantz, recordaba una cena con las dos parejas en la que él se sentó entre Elizabeth y Richard.

—Mira mi anillo, Robbie —arrullaba Elizabeth mostrando la mano—. Es regalo de mi novio, Víctor. Ay, Robbie, ¡somos tan felices!

—¡Vaya, es muy bonito! —respondió Lantz.

Richard le echó una mirada y dijo, secamente:

—Hmmm. Un quilate, por lo que veo. Estás a dieta, ¿no es verdad, querida?

Era, efectivamente, un anillo de Cartier de zafiro y brillante de 1,65 quilates que valía unos 300.000 dólares. Todos rieron nerviosamente, menos Elizabeth.

Un día, Lonergan encontró a Elizabeth hiperventilando en una bolsa de papel con Víctor Luna a su lado. Acababa de enterarse de que Richard y Hay se habían escapado a Las Vegas. No le había dicho nada a ella por puro rencor.

—Creo que ya estaba harto de las enfermedades y del tiempo libre —dijo Hay—. Estaba harto del séquito. Fue un enorme «hasta aquí hemos llegado».

* * *

Cuando las representaciones terminaron, Elizabeth volvió a Los Ángeles. En 1981, después de haber dejado Washington y a Warner, había comprado una casa en el número 700 de Nimes Road, en Bel Air, que anteriormente había pertenecido a Nancy, la esposa de su examante Frank Sinatra. Era una casa de campo encantadora, de 2 millones de dólares y seiscientos sesenta metros cuadrados en un terreno de media hectárea. Los árboles estaban tan cerca de las ventanas de la planta alta que era como estar en un vivero. Ayudaban a bloquear las vistas a la ciudad de Los

Ángeles, un lugar que Elizabeth ya había visto bastante. Transformó el jardín posterior en un frondoso jardín inglés, lleno de flores de boca de dragón, hortensias y *stachys byzantina*. Y, desde luego, una piscina.

En el interior de la casa, que era acogedor y modesto según los estándares de Hollywood, las paredes estaban tapizadas en seda y Elizabeth hizo instalar una gruesa moqueta blanca y un enorme acuario lleno de peces de color lavanda. No existían huellas en la casa de que allí hubiera vivido una celebridad, salvo una pared en la que había una impactante colección de obras de arte encima de un sofá blanco. Un Van Gogh se exhibía justo al lado de un Monet y un Rouault descansaba a centímetros de un Cassatt. Te dejaba sin aliento.

Como hacía con los hombres, Elizabeth se enamoró de la casa inmediatamente, aunque era la primera que le enseñaron. Cuando el agente inmobiliario la hizo entrar, ella le pidió quedarse sola para poder caminar por ella. Quería sentir la energía de la casa. Le gustó especialmente el dormitorio principal, donde luego pasó la mayor parte del tiempo. Era una habitación grande junto a un salón en la planta alta: habían transformado otros dos dormitorios en vestidores que incluían una pica para lavarse la cabeza y un armario para ordenar los bolsos.

Elizabeth adoraba la casa: enseguida colocó una mezuzá sobre el marco de la puerta de entrada, aunque no le gustaba nada estar sola en ella. Se sentía sola y su adicción a los analgésicos empeoraba más y más. Se rodeó de ayudantes y personal doméstico que pasaron a ser como su familia y era mucho menos probable que la reprendieran por su creciente problema. Manipulaba a los médicos para que le recetaran los comprimidos que ella quería y cuando los quería: era muy difícil decir que no a algo que Elizabeth Taylor quisiera.

Una de sus enfermeras, que había trabajado con ella durante más de veinte años, dijo que se quejaba de náuseas o de dolor de espalda, dos malestares para los que no había pruebas. «Ella sabía cuando cerraba la farmacia, de manera que pudiésemos conseguir un comprimido más para la noche. Había que hacer lotes con los

comprimidos porque no se le podía dar treinta o sesenta de una sola vez. Habría sido como Navidad.»

En 1983, la esposa de Chris, Aileen Getty, contactó de forma anónima con una de las agencias reguladoras y relató cómo algunos de los médicos de Elizabeth estaban prescribiéndole un exceso de medicación. Pero el problema no acabó. En 1990 se acusó a tres de sus médicos de prescribir un exceso de medicamentos adictivos. Entre 1983 y 1988 emitieron, entre los tres, mil recetas para veintiocho medicamentos, entre ellos tranquilizantes, inductores del sueño y analgésicos. Un experto médico que revisó el caso dio por sentado que la paciente estaba muerta porque «las dosis prescritas son incompatibles con la vida», según el viceprocurador general Earl Plowman. «Fue un caso clásico de abuso que incluía múltiples recetas y múltiples sustancias controladas en diferentes farmacias al mismo tiempo.» Los médicos recibieron una amonestación, aunque no sufrieron acusaciones criminales.

Es verdad que a veces Elizabeth sufría de dolores espantosos y, además, era propensa a los accidentes, pero el beneficio añadido de cualquier accidente era que le proporcionaba más analgésicos y más relajantes musculares para aliviar los espasmos que aumentaban el dolor, o inductores del sueño para ayudarla a dormir cuando le dolía. «Cuando hablaba por teléfono con sus médicos les ofrecía interpretaciones dignas de un Óscar, y les contaba, en un susurro lloroso y angustiado, que las dosis que le habían prescrito apenas si rascaban la superficie de su inmenso dolor —dijo Chris Wilding—. Y funcionaba.» Es posible que no se dieran cuenta de que muchas veces tragaba los comprimidos con ayuda de Jack Daniels, champán o vodka.

Pero no se trataba solo de alcohol, analgésicos e inductores del sueño, según Wilding. También tomaba drogas callejeras y recreativas como marihuana, PCP (polvo de ángel), nitrito de amilo *(popper)* y cocaína. Wilding cree que fue Roddy McDowall el que dio el primer paso y contactó con el centro Betty Ford. Este centro y el Hazelden, de Minnesota eran prácticamente los únicos sitios en los que se trataba las adicciones (que en aquellos tiempos

eran tabú) por medio de un programa de doce pasos. Después de que la señora Ford abandonara la Casa Blanca, hizo pública su adicción al alcohol y a los analgésicos. En 1982 abrió el centro Betty Ford, ahora famoso, en ocho hectáreas del Rancho Mirage, en California. Pero antes de procurarse tratamiento, Elizabeth tenía que hacerse consciente de que tenía un problema.

Un pequeño grupo de familiares y amigos, entre ellos Luna, se reunió en el jardín de McDowall. El especialista en adicciones del centro Betty Ford les explicó cómo hacer menos dolorosa la intervención, tanto para ellos como para Elizabeth. Era diciembre de 1983 y la actriz estaba ingresada por una obstrucción intestinal. Decidieron que el momento de hacerlo era, precisamente, ahora que ella estaba en el hospital.

Elizabeth necesitaba por lo menos dos comprimidos para dormir por la noche, y desde hacía treinta y cinco años tomaba varios Percodán[1] cada día. «Tomaba Percodán y un par de copas antes de salir —dijo—. Sentía que necesitaba colocarme para superar mi timidez. Necesitaba olvidar, escapar.»

McDowall, Howard y su esposa, Michael y Chris Wilding y Liza Todd Tivey se presentaron en el hospital St. John, de Santa Mónica. Estaban allí para salvar la vida de su madre. Los hijos de Elizabeth estaban particularmente aterrados por enfrentarse con ella, pero pensaron que el hecho de estar ya en el hospital facilitaría las cosas. «La expresión de mi madre pasó rápidamente de la feliz sorpresa a la de sospechosa alerta a medida que más gente entraba en la habitación, y especialmente cuando vio a un desconocido en medio de todos nosotros —narró Chris Wilding—. Después de que el líder de la intervención explicara el motivo de esta reunión, nosotros, uno a uno, recitamos nuestros discursos bien ensayados mientras el ambiente de la habitación se iba enrareciendo y poniendo más incómodo cada minuto que pasaba.»

«Yo estaba inmersa en ese estupor que causan las drogas y cuando uno a uno fueron entrando en la habitación pensé: "Ah, qué bien, toda mi familia está aquí para visitarme" —dijo Elizabeth más tarde—. Todos se sentaron y cada uno de ellos leyó de un papel que llevaba preparado; todos decían que me querían, cada uno fue

describiendo incidentes de mi debilitamiento que habían presenciado y todos decían que si yo seguía por ese camino con los fármacos, moriría.»

Chris recordaba que «la única persona que parecía controlar cada vez más sus emociones, como excelente actriz que era, era mi madre. Fue como si el velo de acero de su autocontrol fuera bajando poco a poco por su cara, los ojos azules fijos e inmóviles sobre quien fuera que estaba recitando su exhortación. Cuando todos terminamos y estábamos reducidos a una gelatina emocional, recuerdo que nos dijo en tono muy mesurado que estaría de acuerdo en ir al centro Betty Ford, aunque no hoy (como era nuestro plan, la prueba es que un coche con chófer nos esperaba abajo) sino mañana. Entonces nos despidió fríamente de su habitación. Siempre fue la que mantenía el control». Necesitaba tiempo para pensar en lo que iba a hacer; sabía que la rehabilitación no iba a surtir efecto si la decisión de ir no se tomaba según sus términos.

Lo que en esos momentos ella no revelaba era la tremenda culpa que sentía. A los cincuenta y un años, se veía forzada a evaluar su comportamiento. «Creo que la culpa que yo sentía era lo que causaba tanto dolor a mis hijos. Se preocupaban tanto por mí, por si sobrevivía o no... Tenían que levantarme del suelo después de que yo tomase somníferos junto con alcohol. Cuánto dolor vi en sus rostros, y era yo la que lo había causado, la que lo había infligido. Eso me mataba.»

Más o menos en esa misma época, un médico le escribió una nota conmovedora. «Lo que muestran los análisis de sangre y las radiografías es que los fármacos y el alcohol están causando efectos definitivamente adversos en su organismo», decía.

> *Debido a su reconocida alta tolerancia a los medicamentos, su organismo le exige dosis mucho más altas de las que yo haya visto necesitar a nadie. Sin embargo, los efectos adversos de los medicamentos y el alcohol que ya ha experimentado usted todavía pueden revertirse. Estoy auténtica y sinceramente preocupado por que el uso continuado de esas sustancias pueda acarrear daños*

> *irreversibles a su salud. Eso es lo que, lamentablemente, le sucedió a Judy Garland.*
>
> Indudablemente, se la reconoce a usted como una de las actrices más famosas del mundo. Como tal, pocos médicos cuestionarán su necesidad de medicamentos. Esto es lo que descubrió la señora Betty Ford: que en todo momento podía conseguir recetas de medicamentos para sus problemas físicos, y muy pronto esos medicamentos comenzaron a causarle efectos adversos a ella también. Su médico la puso al corriente de este hecho y ella también reaccionó con ira y echó al doctor. Finalmente, su salud empeoró tanto que hubo que hospitalizarla y tratarla. Debido a la experiencia similar de usted con los médicos y a su alta tolerancia a los medicamentos y al alcohol, me ha parecido que para usted sería interesante e informativo tener una charla con ella.

Elizabeth pasó siete semanas en el centro Betty Ford y se reunió con su fundadora: siendo las dos mujeres innovadoras, no tuvieron miedo de exponer sus problemas. Un par de semanas más tarde, la familia llegó al centro para participar de los festejos de la Semana de la Familia, que son cinco días de terapia intensiva para los familiares. A Wilding le llamó la atención lo relajada que parecía su madre cuando les mostró sus habitaciones y les presentó a Johnny Cash, que también era paciente. A ella le tocaba sacar la basura y lavar el patio con una manguera. Incluso tenía una compañera de habitación. Era la primera vez en su vida que compartía vivienda con otra mujer. Seguramente, también era la primera vez que sacaba la basura, y sentía una especie de camaradería hacia los otros pacientes. A estos les gustaba referirse a ellos mismos como «internos».

Hacía un año que se había inaugurado el centro y Elizabeth sabía que si no se lo contaba a la prensa ella misma, alguien lo descubriría y lo filtraría. «Betty Ford y yo discutimos la mejor manera de hacer esto público —dijo—. Ella lo había hecho y gracias a eso se había sentido mejor. Yo solo esperaba que el público lo comprendiera. Mis amigos me han apoyado

incondicionalmente y, si siento algo, es alivio y orgullo. Nadie me ha rechazado.»

La madre de Elizabeth, que ya tenía ochenta y ocho años, estaba en negación y no aceptaba la idea de que su hija fuera una adicta. «Esa Navidad de 1983 fue muy especial para mí —escribió en las notas para su biografía no publicada—. Elizabeth ingresó en el centro Betty Ford, aquí en el Rancho Mirage. Acababa de finalizar su examen anual y habían encontrado demasiada codeína en su sangre como resultado de los muchos brotes de neumonía que sufrió mientras representaba *Vidas privadas*. Y también, antes de esto, en *La loba*.»

La desintoxicación fue dolorosa. «Me siento en el infierno —escribió Elizabeth en su diario—. Estoy pasando por la abstinencia. Siento el corazón muy grande y que golpea. Puedo sentir la sangre que corre por el cuerpo. Casi puedo verla, como agua roja a presión sobre las rocas en mi cuello y mis hombros doloridos, luego por las orejas y en la cabeza que me late. Los párpados se agitan. Ay, Dios, estoy tan, tan cansada.»

Durante la terapia, Elizabeth señaló que sentía que la estaban utilizando: primero su familia, a continuación el estudio y después, muy posiblemente, Richard, que utilizó la fama de ella para enriquecerse y luego la abandonó. Dijo que ese era uno de los motivos por los cuales se hizo adicta. Elizabeth protegía mucho su intimidad —o lo poco que le quedaba de ella— y se ponía furiosa con quienquiera que la traicionase. Sus amigos sabían que si alguna vez hablaban de ella con la prensa, les retiraría su amistad y su confianza.

El Betty Ford fue uno de los pocos sitios en el mundo en los que no pensó en sí misma como una celebridad. En rehabilitación la trataron «como una borracha y una yonqui» y la obligaron a verse a sí misma con honestidad. No podía llevar al centro a su peluquero ni a ningún empleado o empleada domésticos y tenía que hacerse su propia cama. Aun así, no admitió ser una alcohólica hasta que hubo pasado dos semanas en el centro. «Mi nombre es Elizabeth Taylor —decía entonces— y soy una alcohólica y una adicta a las drogas.» Pero Chris Wilding dijo que la sensación que

tenía su madre de que la trataban como a todo el mundo era una exageración. «No me di cuenta de lo férreamente que mi madre manejaba al personal hasta que me llegó el turno de tener una sesión de terapia junto con ella.»

Elizabeth le dijo a la terapeuta que se sentía utilizada por sus propios hijos. «Enumeró varios ejemplos de cuando yo le había pedido ayuda económica —recordaba Wilding—. Esto realmente me cogió muy de sorpresa, no porque lo que estaba diciendo no fuese verdad, sino porque no tenía la más mínima idea de que ella hubiera sentido que la utilizaba de la forma en que lo estaba planteando. En ese momento me sentí mortificado y avergonzado, y la mente me iba a mil después de esta revelación que para mí fue como una bomba. Pero lo que verdaderamente me dejó descolocado fue darme cuenta de que la terapeuta lloraba en su silla, callada pero abiertamente, mientras miraba a mi madre. Jesús. (¿En verdad era yo ese monstruo, un inconsciente y codicioso arquitecto de la miseria de mi madre? ¿Era por mi causa que se había vuelto drogadicta?)... No pude menos que maravillarme de la habilidad de mi madre para encantar serpientes.»

* * *

Elizabeth consideró que su estancia en el centro Betty Ford fue un éxito total. Lo dejó más delgada y más feliz. Cuando una amiga le preguntó de qué estaba más orgullosa, ella respondió: «De estar viva». Sentía que finalmente había sido capaz de controlar tanto su adicción como las fluctuaciones de su peso. Parecía que todo estaba nuevamente en su sitio. En la fiesta de su 55.º cumpleaños se miró en el espejo, pasó los dedos por la cremallera de su escotado vestido de seda blanca y dijo: «No está mal para una tía de cincuenta y cinco».

Escribió un libro de autoayuda: *Elizabeth Takes Off*, en el que cuenta su experiencia. Asistió a unas cuantas reuniones de

Alcohólicos Anónimos, si bien no se puede decir de ella que era anónima. Siempre le preocupaba que alguien en alguna reunión la grabara y vendiera la cinta a los tabloides y por esa razón dejó de ir por completo. Pero su libro de los doce pasos estaba lleno de frases de personas que estaban en tratamiento igual que ella y que demuestran que lo estaba intentando. Una de esas frases de 1983 pone: «Nunca olvidaré quedarme levantado hasta la madrugada mirando películas antiguas contigo. Fue divertido. Como te dije, desde que dejé de beber muchas veces he rezado para que encuentres lo que encontré yo».

En el primer año después de dejar el centro Betty Ford Elizabeth adelgazó más de veinte kilos kilos. Dejó de beber, aunque seguía siendo adicta. Encontró excusas para legitimar su afición a los inductores del sueño y a los analgésicos en el hecho de que se los prescribiera un médico. Menos de un año después de su internamiento, se le prescribieron enormes cantidades de fármacos, entre ellos Percodán, sulfato de morfina y Demerol. Se sentía cómoda al hablar públicamente sobre su alcoholismo, pero encontraba que el tema de las drogas le causaba vergüenza. Y eran mucho más difíciles de dejar.

Jorjett Strumme, que trabajó para Elizabeth entre 1984 y 1993, dijo que si no estaba despierta a una hora determinada, ninguno de sus empleados quería subir a su dormitorio para ver si estaba bien: tenían demasiado miedo de encontrarla muerta. Su adicción a los fármacos influyó muy negativamente en su relación con sus hijos. Una vez la llamó Liza porque necesitaba hablar muy seriamente con su madre, pero se le dijo que no estaría disponible después de las nueve de la mañana, no porque durmiese, sino porque estaba colocada.

Liza estaba acostumbrada a sentirse así. «Mis hijos me llaman sobre casi cualquier tema o yo los llamo a ellos. Creo que se sienten cómodos haciéndolo por la intimidad compartida que va formándose día a día mientras crecen conmigo. Cuando nosotros estábamos con mamá era durante momentos cortos: en las vacaciones o las veces que volvíamos de los internados. No vas a sabotear el tiempo que tienes para estar juntos llamándola por

cosas que pueden parecer extrañas o incómodas. Dejas que pasen y te ocupas de tus propios asuntos.»

Uno de los recuerdos favoritos de Liza con su madre fue el de los días que pasaron juntas antes de su boda, en 1984. «Hap y yo vivíamos en una casa minúscula de un solo dormitorio, con un gran establo que alojaba mis caballos, nuestros estudios [de arte] y una habitación de invitados, que era donde dormía mi madre. La boda se iba a celebrar en el establo. Mi estudio era un pequeño anexo del establo, no mayor que un armario. Yo estaba tratando de terminar una pieza que se me había encargado y enviarla a la fundición justo antes de la boda. Ella venía y se sentaba a mi lado con un libro o para conversar y me mantenía en el camino correcto. Posiblemente, aquella fue una de las pocas veces en que pudimos pasar bastante tiempo juntas (las dos solas, sin nadie alrededor), aparte de las reuniones de familia en Suiza.»

Michael Wilding dijo que había algunas personas que trabajaban para su madre que creían que debían protegerla, incluso de sus propios hijos, e impusieron nuevas reglas para poder acceder a ella. «Algunas veces, de repente, te dabas cuenta de que tú eras la única persona de quien estaban protegiendo a tu madre. Aquello te sacaba de quicio.»

Elizabeth luchaba. Se comprometía a aparecer en algún sitio y después no siempre iba. A menudo se las arreglaba para lesionarse pocos días o semanas antes de aparecer en alguno de aquellos compromisos, lo que no hacía más que agravar el drama. Esto sucedía con tanta frecuencia —solían ser caídas en su propio dormitorio— que la gente que la rodeaba comenzó a preguntarse si era coincidencia o algo deliberado.

Las costillas rotas y la fracturas vertebrales por compresión eran dolorosas, pero no hacían más que llevarla a tomar más medicamentos, que en definitiva era lo que ella deseaba.

«Por lo general —anotaba Wilding—, conseguía con dificultad sobreponerse (para lo que montaba un drama) y cumplía con sus compromisos.»

El 5 de agosto de 1984 quedó en *shock* cuando Richard Burton murió repentinamente en su casa de Céligny. La causa de la muerte

fue una hemorragia intracerebral, muy probablemente causada por años de beber en exceso. A pesar de algunos períodos de sobriedad, había días en los que se bebía dos botellas de vodka. Tenía insuficiencia renal y cirrosis y sabía que debía parar, pero no podía. Murió con solo cincuenta y ocho años.

Elizabeth estaba pasando el fin de semana en San Francisco cuando su secretaria Liz Thorburn recibió una llamada de Sally Burton desde Suiza para darle la noticia. Ella y el otro secretario de Elizabeth, Roger Wall, tuvieron que idear la manera de hacer que la actriz volviese a Los Ángeles antes de que la prensa la detectara. No querían que se enterase de las noticias por ningún periodista. Alquilaron un avión privado y Roddy McDowall acudió nuevamente en su ayuda: fue hasta su hotel en San Francisco, le dio la noticia y se la trajo a casa. Elizabeth estaba devastada por el dolor y estar con Víctor Luna solo empeoraba las cosas. Rompieron inmediatamente después.

Sally organizó el funeral y decidió que Elizabeth no debía asistir.

«Literalmente era posible oír, desde otra habitación, a Sally gritándole a Elizabeth —recordaba alguien de su personal—. Elizabeth le decía: “Sally, tienes que calmarte. No debes decir ese tipo de cosas. Estás muy alterada y yo lo entiendo”. Estuvo majestuosa. Se mostró increíblemente serena y bondadosa con Sally.» Esta era una crisis y Elizabeth iba a correr hacia ella.

Sally Burton dice que no lamenta la decisión de mantener alejada a Elizabeth porque no quería que la cosa se convirtiera en un circo. Sentía que todos, incluso la familia de Richard, la culpaban a ella por este tema. «Me sentí muy dolida porque la familia galesa prefería a Elizabeth antes que a mí. Elizabeth era su celebridad, y yo no.» Las dos mujeres no compartieron su dolor en mutua compañía. «Elizabeth tenía su propia pena —dijo Sally—. No sé si seguía enamorada de él o si lo reclamaba en propiedad.» Richard quería ser enterrado en el viejo cementerio de Céligny, a pocos cientos de metros de la villa que compró en 1950 y bautizó como Pays de Galles. La lápida, rodeada de begonias, pone sencillamente: «Richard Burton, 1925-1984».

Elizabeth tampoco fue invitada al funeral que tuvo lugar en Gales. «Qué panda de idiotas —dijo Graham, el hermano de Richard—. No había ningún motivo por el cual Elizabeth Taylor no pudiera venir al funeral.» Sally no quería fotógrafos tratando de coger una imagen de Elizabeth apesadumbrada y llorando sobre el ataúd de otro marido.

«De haber vivido lo suficiente, se habría casado con ella otra vez», dijo Graham.

Pero Elizabeth todavía necesitaba despedirse. Norma Heyman, una de sus amigas más íntimas, dijo recordar cómo la noticia de la muerte de Richard dejó a la actriz muda de dolor. Le resultaba imposible salir de la cama, y Hayman, que los había conocido muy bien como pareja, dijo: «Vamos a trazar un plan porque tenemos que ir y visitar la tumba. Sally no puede controlar si vas a la tumba o no». Había sido doloroso que la excluyeran del funeral y el entierro, y a esto se sumó la ansiedad de saber cuándo podría visitar la tumba. Heyman y otra amiga de Elizabeth, Doris Brynner, la exesposa de Yul Brynner, planificaron un viaje anónimo a Suiza y al cementerio.

Eran las cuatro de la madrugada y estaba muy oscuro. Liza, que estaba allí para dar apoyo a su madre y despedirse del hombre al que siempre había llamado papá, sugirió que llevaran paraguas para proteger a Elizabeth de la prensa. El pequeño cementerio está situado a la orilla de un riachuelo y entre el margen y el agua hay una caída de nueve metros. La caravana de Mercedes negros penetró en el camino largo y fantasmal. Aparecieron docenas de fotógrafos y los *flashes* de sus cámaras iluminaron el pacífico cementerio. La tumba estaba recientemente adornada con hermosos ramos de flores y los *paparazzi* las pisoteaban sin cuidado al tratar de hacer fotos a Elizabeth.

«Pero ella no se detuvo, siguió andando —dijo Heyman—. Todos abrimos nuestros paraguas para que no pudieran verla. Nunca consiguieron esa fotografía que tanto habían deseado.» Brynner pidió a los fotógrafos que le dieran a Elizabeth cinco minutos de soledad ante la tumba, pero ellos se negaron. Elizabeth se arrodilló ante una cruz de madera provisional y unió las manos

para rezar. «Ay, Richard, ay, Richard», gemía.

Más tarde, Elizabeth reflexionaba: «Creo que aquella fue una de las pocas ocasiones de la vida en que Richard y yo estuvimos solos».

Hap Tivey estuvo allí y luego recordó aquella traumática madrugada. El amigo y secretario de Elizabeth, Roger Wall, estaba a un lado de ella y Tivey al otro, sosteniendo un paraguas. De repente vieron la parte superior de una escalera emergiendo del cañón y apoyada contra la pared de piedra. Cuando el fotógrafo estaba a punto de bajar de la escalera y trepar por la pared, Roger Wall cargó contra él, enfurecido porque Elizabeth no pudiera tener un momento de paz. Con un empujón apartó la escalera de la pared y el fotógrafo, que aún estaba sobre ella, cayó al riachuelo que discurría detrás del cementerio.

«Pude oír al individuo gritar ¡Aaahhh! —dijo Tivey—. Es increíble que en un momento como este ellos lo invadan de la forma más irrespetuosa posible.»

Elizabeth iba a tener que llorar a Richard sola. Poco después de su muerte, le escribió un poema en el papel con membrete del Hotel Dorchester, donde ambos habían pasado tantos años viviendo su vida fantásticamente nómada y lujosa:

Te arrodillaste ante la cruz para llorar tu pérdida
Y dijiste adiós otra vez
Burton sonrió y dijo un suave Amén

Y mientras tú mirabas la lápida
Te dabas cuenta de que ahora estabas sola
Pero recuerda el placer que él te dio
Y te tocaría desde más allá de su tumba
Por favor no tomes esto de un modo cruel
Es un homenaje que debía ofrecer
Sé que no es mucho, pero es todo lo que puedo hacer…

La última vez que Elizabeth vio a Richard fue en la primavera de 1984 en un *pub* de Londres. Él había comenzado a beber de

nuevo, pero se le veía bien. Le dijo: «Estás preciosa, amor», y ella le contó su experiencia en el Betty Ford. Ambos reflexionaron sobre su vida juntos y ella le dijo que ojalá hubieran hecho terapia en el Betty Ford cuando aún estaban casados; quizá eso habría salvado el matrimonio.

—Ah, pero entonces no seríamos lo que somos ahora, ¿verdad? —respondió él con una sonrisa.

En el *pub*, Víctor Luna dijo que estaba deseando que Elizabeth se mudase a México, donde vivirían «una vida buena y simple, con honestos valores católicos». Elizabeth y Richard se miraron. Ambos sabían que no habría manera de que ella aceptara eso.

Elizabeth nunca dejó de amar a Richard y el sentimiento era mutuo.

«¿Sabes? Elizabeth y yo nunca rompimos en realidad —le dijo Richard a su hermano Graham tres semanas antes de morir—. Y no romperemos jamás.»

Los grandes amores de Elizabeth tenían su sitio en la casa. A los pies de su cama en Bel Air había una fotografía suya en blanco y negro, sosteniendo contra el pecho a Liza cuando era un bebé y a Mike Todd mirando a su hija, embobado. Y también había una foto de Richard tomada en el instante en que se vieron por primera vez en el plató de *Cleopatra*.

Una vez le preguntaron qué era lo que más añoraba de Richard. Su respuesta fue: «Sus ojos, su voz, su tacto. Todo lo suyo».

* * *

Durante algún tiempo, Elizabeth pareció estar bien y haber aceptado la idea de la pérdida de Richard. En 1985 incluso ayudó a preparar una intervención para Liza Minelli, a quien escribió una nota en 1993: «De una señora valiente a otra: ambas sabemos lo que significa tocar fondo rocoso y procurar ayuda para enderezar nuestra vida. Y ambas sabemos qué difícil es plantarle cara a

nuestros demonios y acariciarlos, por doloroso que sea. Tú eres una inspiración para todos nosotros, los que queremos limpiarnos y estar sobrios y permanecer así de verdad. Tu buena fe ha ayudado a darme la voluntad de mantener a mis propios demonios a raya y proseguir con mi cruzada».

Elizabeth se veía delgada y guapa, pero seguía siendo una adicta. Pasaba mucho tiempo en la cama, apoyada en montañas de almohadas blandas y rodeada de fármacos.

Finalmente, en 1988 George Hamilton le preparó una segunda intervención. Ella no quería volver al Betty Ford, pero sus amigos y su familia tenían claro que debía hacerlo. Había oído decir que en un segundo ingreso el personal es más duro. Ella no cedía en su voluntad de no volver.

Hamilton pensaba que el dolor por la muerte de Richard la estaba consumiendo. Una parte tan grande de su vida se había definido por la relación de ambos, que ahora estaba hundida en una profunda depresión. Recuperó el peso que había perdido y comenzó a beber otra vez. Para tratar de ayudarla, Hamilton la llevó al chalé de Gstaad donde había pasado tanto tiempo con Richard. «Se aferraba a mitos que estaban profundamente arraigados en su memoria y recuerdos de la confusión de Richard cuando bebía (…) Creo que quería volver a visitar aquello y comprobar cuán real era. Era algo sencillo de hacer y, además, era divertido. Elizabeth rio y lloró.»

Pero la experiencia catártica no fue suficiente. Decidió probar Hazelden, un centro para el tratamiento de adicciones en Minnesota, y, según una persona que trabajaba para ella en aquel momento, se negó a hacer el trabajo que estaba programado y se le pidió que se fuera. Desesperada, una de las ayudantes de Elizabeth llamó al Betty Ford y se dispuso un segundo viaje a ese centro. Esta segunda visita tampoco dio resultado.

Elizabeth pasó el resto de su vida soportando el daño mental que causan el dolor crónico y las adicciones. E, inteligente como era, sabía lo que la gente pensaba de ella.

Describió su ansiedad en una nota manuscrita con referencia a una cirugía de cadera a principios de la década de 1990: «Las

próximas tres semanas de espera van a ser muy duras para mí. Trataré de que sean más fáciles para los que me quieren, para que no sufran, y sufrirán si saben qué aterrorizada estoy. O sea que depende de mí. Dios, dame el valor de no ser egoísta... Los médicos también tienen que comprender que cuando se necesitan los medicamentos, solo soy un ser humano que sufre. Y cuando sea el momento propicio, volveré a poner mi página en blanco. Y con la ayuda de Dios y con la ayuda de todos los que me quieren, no tendré miedo (...) Mi temor ante esta próxima operación me llega en forma de olas de frío. Por favor, no me dejen deambular mucho por el hospital antes de anestesiarme. Por favor, tratad de entender mi miedo al dolor. He pasado por tanto... por tantas operaciones. Y recuerdo que esta es la peor. Desearía no haber pasado por esto antes y así no sabría cómo es este dolor en especial. Es como tratar de mantenerse calma mientras estás encerrada con un lobo rabioso».

En una carta aparte dirigida a su médico, escribió: «¿Cuánto durará este dolor que te ofusca la mente, que te hace tener ganas de morir? ¿Cuánto durará el dolor insoportable? ¿Están al tanto de mi tolerancia al dolor? Deben prometerme que no me tratarán como a una persona químicodependiente debido a mis adicciones. Cuando el dolor haya pasado volveré al centro de rehabilitación. ¡Nunca más volveré a ser una adicta! Pero no viviré con un dolor insoportable y creo que Dios me comprende».

Es posible que Elizabeth nunca triunfara sobre sus adicciones, aunque lo intentó y luchó por su salud durante momentos clave de su vida. A veces no podía salir del agujero en el que se había metido, pero durante el resto de sus días sus terribles experiencias le proporcionaron acceso al tipo de compasión y empatía que sentía por los que estaban sufriendo dolor físico y emocional.

Capítulo 16

Construir un imperio

Estos siempre me han traído suerte.

ELIZABETH, ANUNCIO DE *White Diamonds*

Después de que Elizabeth y Víctor Luna se separasen, ella comenzó a pasar cada vez más tiempo con el siempre bronceado actor y hombre de mundo George Hamilton. Pasaban los días juntos tomando el sol junto a la piscina. Sus amigos decían que se sentía feliz y relajada junto a Hamilton, con quien se fue de vacaciones a la Costa del Sol, alojándose en el exclusivo Marbella Club. Estaban tomando una cena tardía, a las diez y media, con Sean Connery, que había estado esperándolos pacientemente.

«Llega un peluquero y decide que va a construir un imperio con el cabello de Elizabeth para esa noche», contó Hamilton. Le dicen a Elizabeth que Sean está a punto de marcharse y ella responde: «Yo no le he dicho que viniera, puede irse cuando le plazca. Ahora estamos con mi cabello». En su mente nunca se retrasaba porque la fiesta no comenzaba hasta que ella hubiese llegado.

Elizabeth trataba a sus estilistas, en especial a su querido amigo José Eber, como familiares. Había sobrevivido a experiencias cercanas a la muerte y a siete matrimonios, y nadie iba a meterle prisas.

Se fue a cenar con Hamilton y, pese a que Connery ya se había marchado hacía un rato, la mesa estaba llena de otros amigos. Alrededor de la una de la madrugada, un invitado a la cena le dijo a Elizabeth que algunos fotógrafos habían hecho fotos

de ella tomando el sol desnuda.

En la celebración se hizo el silencio. Elizabeth comenzó a interrogar a todos los del hotel y finalmente consiguió el nombre de un fotógrafo a quien habían visto ese día con un teleobjetivo en la cámara. Quiso que lo llevaran a su presencia inmediatamente.

—Un montón de tíos con aspecto de maleantes se pusieron a ello y sobre las cinco de la mañana encontraron al fotógrafo —dijo Hamilton, riendo—. Lo llevan desde su casa hasta el hotel y el tío está temblando, y Elizabeth está que hierve y los demás hemos estado levantados toda la noche.

Esta pide ver las fotos y el hombre está pálido y evidentemente con miedo de que vayan a sacudirle. Se las entrega y ella comienza a mirar los negativos. Lentamente, en sus labios aparece una sonrisa.

—Eh, mis tetas se ven muy bien —dice.

Y se vuelve al fotógrafo.

—Nunca he hecho tratos con la prensa y no voy a comenzar ahora. ¡Imprímelas!

Le devuelve los negativos y el hombre los coge y sale de la habitación lo más velozmente que puede.

* * *

A Lionel Richie le encantaba que la Elizabeth real fuese mucho más accesible que la estrella de las películas con las que él había crecido. «Cuando la conocí me dijo: “Vamos a ver películas a tu casa, Lionel”. Llegamos a casa y yo entré en pánico porque no hacía más que pensar: "¿Qué comerá Elizabeth Taylor? Tenemos que conseguir caviar, estoy pensando en lo más exquisito de todo lo exquisito". Finalmente la llamo y le pregunto: “Elizabeth, por favor, dime qué es lo que comes”. Y ella me dice: “Lionel, esto es todo lo que tienes que hacer: en [el Boulevar] Pico hay un sitio que se llama Maurice’s Snack’n Chat. Llama y diles que yo quiero lo de siempre y te lo traerán a casa”. Le di las gracias y llamé a

Maurice.»

Lo de siempre era pollo frito, verduras, boniato azucarado, macarrones con queso y pan de maíz. «Y fue en ese momento cuando me di cuenta de quién era ella realmente. Y también supe por qué era tan popular. Porque era todo lo contrario a lo que esperas. Su personalidad era tan sencilla que era como si la hubiese conocido de toda la vida.»

Esa noche la limusina de Elizabeth llegó dos horas tarde. A Richie se lo comían los nervios mientras se paseaba por toda la casa. George Hamilton llegó con chaqueta y corbata al estilo inglés, «peinado y repeinado», y Elizabeth apareció con un chándal de correr de la marca Fila, un turbante en la cabeza y zapatillas de tenis.

Dijo: «Nos hemos detenido en un Seven-Eleven a por unos "rasca y gana", a ver si podemos ganar».

Richie miró a Hamilton como para que se lo confirmara y el hombre hizo girar los ojos como diciendo: «Esta es mi cita».

—A partir de ese momento bajé la guardia porque me di cuenta de que en esa habitación el único que trataba de ser pretencioso era yo. Ella estaba en la cocina y era como si hubiera venido a visitarme mi tía. Desde esa noche me enganché para siempre a esa hermosa señora. Si eres lo suficientemente grande, no necesitas fingir.

Elizabeth reclamaba una identidad en solitario. Aún tomaba analgésicos e inductores del sueño, pero bebía menos, a veces nada en absoluto, y hubo momentos en los que tuvo el control absoluto de su vida. Había adelgazado (algo que se había convertido en una auténtica batalla) y adquirió la costumbre de llevar tejanos ajustados con el cabello negro como ala de cuervo recogido en lo alto de la cabeza y un cuidadoso maquillaje. Se maquillaba ella misma y ponía especial cuidado en los ojos, para los que mezclaba con habilidad colores diferentes, y muchas veces les dedicaba una hora. Siempre se aplicaba el maquillaje antes de ducharse y vestirse. Cuando se le hacía tarde y estaba en el baño, su ayudante suspiraba con alivio porque significaba que ya estaba casi lista.

El maquillaje formaba parte de su identidad. Escribió esta

nota para sí misma: «El estudio quería que cambiara mis gruesas cejas por otras finas al estilo Joan Crawford y también que adoptase una boca cuadrada, como la de Joan Crawford, que era lo que estaba de moda entonces. Mi padre y yo nos rebelamos y papá les dijo a los ejecutivos: “Así es como la hizo Dios y así se va a quedar”. Cuando me hice mayor y comencé a experimentar con el maquillaje siempre seguí los contornos naturales de mi cara. Más tarde comencé a experimentar con colores y sombras. Siempre le he estado agradecida a papá».

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, Elizabeth disfrutaba de su vida. Además de Hamilton tenía una serie de amigos acompañantes, entre ellos el periodista Carl Bernstein, ganador del premio Pulitzer. Esta relación quiso mantenerla en privado, y muchos de sus amigos nunca supieron nada de Bernstein. El periodista también se había relacionado con otras celebridades, entre ellas Bianca Jagger, pero lo que tuvieron a mediados de los años ochenta fue algo más que un simple flirteo. Bernstein le dijo a Elizabeth que le había ayudado a descubrir quién era él. Según Tim Mendelson, ella finalizó esa relación cuando descubrió que él les había contado lo de ellos a otras personas, aunque se suponía que debía ser un secreto.

Nunca dejó de buscar el amor. El director David Lynch describe la primera vez que vio a Elizabeth, en los premios de la Academia de 1987, donde ella presentaba el premio al Mejor Director. Lynch estaba nominado por *Terciopelo azul*, pero lo ganó Oliver Stone por *Platoon*. En la famosa fiesta tras la ceremonia del agente Swifty Lazar, en Spago, John Huston, que estaba en una mesa en una habitación trasera junto a Elizabeth, mandó llamar a Lynch.

> *Miré a Elizabeth Taylor y casi caigo al suelo derretido por su indescriptible belleza. La miré y ella dijo: «Me encanta Terciopelo azul». Y eso estuvo apunto de matarme. Y le contesté: «Y a mí me molesta que haya ganado Stone porque tuvo la oportunidad de besarte». Entonces ella alzó la mano y con un dedo me hizo señas de que me acercara.*

> Y fui hacia ella y yo estaba de pie y ella sentada y echó la cabeza hacia atrás y se señaló los labios. Yo me incliné lentamente y me acercaba cada vez más a sus labios, pero estaba hipnotizado por esos ojos violetas, y me seguí acercando hasta que mis labios tocaron los de ella. Y me fui hundiendo cada vez más en esos labios suaves (...) Vi que sus ojos se cerraban mientras nos besábamos y entonces cerré los míos y nos metimos en un sueño que yo no olvidé jamás.

Dijo que a lo largo de los años se besaron tres veces más y una noche, durante el Festival de Cannes, Elizabeth llamó a su puerta del hotel por la noche y le preguntó si estaba casado. Lynch le dijo que estaba saliendo con alguien en esos momentos.

«Fue una amistad —dijo Lynch—. A ella le gustaba probar el agua y ver lo que estaba disponible para saber si avanzar o no.» Lo que a Elizabeth realmente le gustaba era jugar al gato y al ratón y nunca dejó de estar convencida de que podía conseguir el hombre que ella quisiera, sin importar la edad.

También podía ser impermeable a lo que ocurría a su alrededor. La representante de Elizabeth, Marion Rosenberg, recordaba una cena en 1995 que ofreció Roddy McDowall en honor de la legendaria estrella del cine Bette Davis por su octogésimo séptimo cumpleaños. Una vez se había pensado en Davis para el papel de Martha en *¿Quién teme a Virginia Wolf?* Elizabeth, como era habitual, llegó una hora tarde y Davis estaba furiosa.

—Me voy— le dijo a Rosenberg.

—No puedes irte, Bette. No le hagas caso a Elizabeth. No es una falta de respeto hacia ti.

—Desde luego que lo es— respondió Davis. Se quedó sentada a la mesa, pensativa; rechazó toda comida y bebida y solo quiso café negro. La cena no podía comenzar sin Elizabeth, quien no tenía la más mínima idea del drama que estaba causando. Una vez que hubo llegado, se lo pasó en grande.

José Elber recordaba cuando Davis lo buscó al final de otra cena y le dijo:

—Ella me atacó.

—¿Quién? —preguntó él.

—Elizabeth —respondió Davis.

—¿Qué quiere decir?

Bette Davis estaba horrorizada porque Elizabeth y Pia Zadora se probaban la una el enorme diamante de la otra mientras estaban sentadas a la mesa.

Davis les dijo que eran «ordinarias».

Elizabeth saltó:

—¡Vamos, Bette, supéralo!

Si había alguien capaz de enfrentarse a Bette Davis era Elizabeth. Y para Eber, eso representaba todo lo que le gustaba de Elizabeth: su falta total de esnobismo y su buen humor. «En toda ella no había ni un gramo de prejuicio —dijo su amiga Carol Bayer Sager—. Podías ir a una fiesta en la que Nancy Reagan estaba sentada al lado de la manicura de Elizabeth, la cual estaba al lado de John Forsythe, que estaba al lado de José Eber.» Después de todo esta era una mujer que, si alguien le pedía que le recomendase algún lugar donde alojarse en Yugoslavia, respondía: «No lo sé porque cuando estuve allí me alojé en la casa de Tito». Josip Broz (Tito) fue presidente de Yugoslavia entre 1953 y 1980.

Mientras Elizabeth actuaba en *La loba,* a comienzos de los años ochenta, Jeffrey Katzenberg trabajaba en los estudios Paramount y quería que ella protagonizara *La fuerza del cariño* con Debra Winger. Katzenberg llamó a la representante de Elizabeth para ofrecerle el papel, pero especificó que antes de ello quería reunirse en persona con ella.

«Era una situación muy delicada, porque Elizabeth era lo que en la oficina llamábamos "solo oferta", que significa que no leerá nada a menos que haya una oferta sobre la mesa», explica Rosenberg. Katzenberg sabía que ella podía con el papel, aunque antes quería ver cómo estaba porque ya hacía mucho que no aparecía en la pantalla.

Pero el jefe de Rosenberg, que era quien tenía la última palabra, no quiso ni que le mencionara el tema a Elizabeth.

—Desde luego le dieron el papel a Shirley McLaine —dijo

Rosenberg. McLaine ganó un Óscar por ese trabajo—. Me partió el corazón. Elizabeth nunca supo nada de esto.

Esta sabía que ya no iba a conseguir otro papel como el de Martha en *¿Quién teme a Virginia Wolf?* El edadismo y el machismo, tan fuertemente arraigados en Hollywood, lo hacían imposible. «Mi carrera desapareció —le dijo a una amiga—. Ya no buscan lo mismo que antes.» No le interesaba ser una intérprete de carácter ni quería envejecer graciosamente como actriz.

Algunas veces trabajaba por diversión. En un episodio de *Los Simpson* de 1992 puso la voz a la primera palabra que pronunció la bebé Maggie: «Papito». Por lo general, antes de grabar el local estaba casi vacío, pero esta vez se reunieron todo el reparto y los técnicos en la sala de grabación para ver a Elizabeth. Entró llevando en brazos a su adorado maltés, Sugar, y luciendo el Krupp. «Hizo alrededor de treinta repeticiones, aunque estoy segura de que no eran necesarias tantas», dijo el guionista de *Los Simpson*, Al Jean. Cuando Jean dijo: «Ya es suficiente», Elizabeth le respondió en broma, haciendo la voz de Maggie: «¡Que te jodan!». Todos los presentes rieron como locos.

«Lo que recuerdo con mucha claridad es que, mientras se iba, se acercó hasta David Silverman, nuestro director de animación, y le dijo: "¿Dónde has escondido esos preciosos ojos durante todo el día? David quedó trastornado".»

* * *

A veces pensaba que ella no pertenecía a un sitio determinado. Y también tenía una extraordinaria capacidad para detectar a otras personas que también se sentían como extranjeros o que luchaban contra eso. Enseguida supo que Lesley-Ann Down, su coestrella en *Pequeña música nocturna*, era una de esas personas. Down estaba en medio de una batalla con su exmarido, William Friedkin, director de *El exorcista*, por la custodia de su hijo, que ganó mucha notoriedad.

Elizabeth conoció a Down en Viena durante las dos semanas de ensayos para *Pequeña música nocturna*. «De inmediato se hizo muy evidente que yo no sabía cantar y que tendrían que doblarme, y Elizabeth, y la felicito por ello, salió adelante —dijo Down—. En realidad, ella tampoco sabía cantar.» Estaban en la sala de ensayos y era evidente que Down estaba tan nerviosa que Elizabeth le alcanzó un vaso con zumo de naranja bastante cargado de vodka y le dijo: «Ten, bebe un sorbo».

«A partir de ese momento pasó a ser mi persona favorita», dijo Down. En una ocasión, Elizabeth le dejó su diamante Krupp de 33,19 quilates para que lo luciera durante una cena. Cuando Down fue al lavabo se le cayó el anillo en el inodoro. Metió la mano y lo recuperó. «Nunca le había contado esto a nadie», dijo, horrorizada por lo que pudo haber pasado.

Años más tarde, Down necesitó un sitio al que ir para librarse de la atención mediática suscitada por su divorcio. Cuando le contó a Elizabeth por lo que estaba pasando y lo preocupada que estaba ante la posibilidad de perder la custodia de su hijo de dos años y medio, Elizabeth no vaciló. «Te vienes conmigo —le dijo—. Puedes quedarte todo lo que quieras.» Down se quedó con ella tres semanas y se llevó consigo a su hijo, su novio y su madre.

Cuando Down tuvo que entrevistarse con Marvin Mitchelson, el abogado experto en divorcios de famosos, Elizabeth sugirió que él acudiese a la casa, para que a Down no la asediasen los *pararazzi* ni el público. «Era excepcionalmente bondadosa y amable. Sabía perfectamente por lo que yo estaba pasando y se puso totalmente de mi lado.»

A Elizabeth le encantaba cuidar de la gente y ansiaba participar en los placeres de la vida real: su familia y sus animales, incluyendo a *Sugar*, al que llevaba consigo a todas partes. También quería mucho a su loro *Alvin*, al que durante algún tiempo Chris Wilding llamó «el compinche preferido de mi madre» porque durante la década de los años ochenta ella casi siempre lo llevaba en el hombro. Bradley Anderson, amigo de Elizabeth, recordaba lo hablador que era *Alvin*: «Por ejemplo, era capaz de imitar a Richard Burton. Estaba sentado charlando con Elizabeth en su

habitación y de pronto del pico de *Alvin* salía la voz resonante de Richard: “Elizabeth”».

Su amiga Carol Burnett recordaba que cuando ambas estaban rodando una película juntas vino a visitarla un ejecutivo del estudio. Elizabeth, Burnett y el ejecutivo estaban reunidos en la *suite* del hotel de la primera cuando ella sacó a *Alvin* de su jaula y el loro revoloteó, muy excitado, por la habitación. Finalmente, terminó por aterrizar sobre el hombro del ejecutivo. «El hombre no dijo nada y seguimos allí los tres, hablando —recordaba Burnett, riendo—. Luego el loro comenzó a picotearle las gafas, que se le torcieron sobre la cara, hasta que le quedaron por la mitad. Y el loro que seguía picoteándolas y el hombre que no quería decir nada que molestase a Elizabeth y por eso dejaba que el animal hiciera lo que le viniera en gana. Entonces miro a Elizabeth y ella me mira a mí y las dos estábamos al borde de la muerte. Hacíamos enormes esfuerzos por no reír, como si aquel loro no estuviese comiéndose las gafas del hombre en su propia cara. Elizabeth tenía un sentido del humor muy perverso.»

El estilo de vida de Elizabeth, más grande que la vida misma, costaba dinero y Chen Sam reconoció que tenía un problema de liquidez. Aun cuando era la propietaria de una de las colecciones de joyas y de arte más importantes del mundo, vivía de forma muy extravagante. Elizabeth siempre entendió lo que ella valía y desde muy joven reconoció que su nombre tenía el valor de una marca. Pero fue Sam la que le sugirió que crease una fragancia y para eso la puso en contacto con ejecutivos del sector belleza. Sin embargo, fue Elizabeth la que creó su imperio del perfume y fue ella la que supo capitalizar su nombre de una forma sin precedentes.

Ninguna estrella del cine había hecho algo así desde el *Zig Zag* de Zsa Zsa Gabor, pero Sam sabía que la mayoría de las mujeres querían parecerse a Elizabeth Taylor y oler como ella. Coco Chanel, famosa por su icónica fragancia Chanel N.º 5, una vez, en el curso de una cena en París, le insistió en que crease un perfume. Le dijo: «Elizabeth, las películas no son para siempre, un perfume sí lo es. Prométeme que vas a crear un perfume».

En 1987 apareció *Passion*, que se volvió una fragancia muy

popular. Elizabeth quiso participar en todas las etapas de su creación, desde el olor mismo, que los perfumistas llaman «el jugo», hasta el envase y la mercadotecnia. Fue la primera celebridad importante en aprovechar plenamente su propia marca como tal, y era toda una perfeccionista en lo que se refería a cualquier cosa que llevase su nombre. Después del éxito de *Passion*, los ejecutivos de Elizabeth Arden pasaron más de un año intentando que Elizabeth creara otra fragancia. Pero ella la consideraba una fragancia única y no creía necesaria una segunda.

Carlos Benaim, un maestro perfumista que ayudó a crear *Polo* de Ralph Lauren, visitó a Elizabeth en Bel Air para convencerla de que lo hiciera. Puso sobre la mesa diez frascos numerados y le pidió que eligiera las tres fragancias que más le gustasen. Elizabeth eligió perfumes fuertes, como el nardo y el jazmín. Dijo que el que más le gustaba era el perfume de la flor del narciso y Benaim le prometió que crearía un perfume que le iba a encantar. Así nació *White Diamonds*, que iba a convertirse en una de las fragancias más famosas de todos los tiempos y que vendió el equivalente a 1.500 millones de dólares.

Una vez aprobado el perfume, Elizabeth debía aprobar los planes de mercadotecnia, y en esto entraba con mano dura. El glamuroso y cinematográfico anuncio en blanco y negro se rodó en Acapulco y comienza con un avión privado que aterriza en una playa mientras oleadas de fotógrafos corren a obtener fotos de Elizabeth. En la pantalla aparecen imágenes de hombres muy bien plantados jugando a cartas. Elizabeth, con un vestido sin tirantes, se acerca a ellos y dice «No tan rápido» mientras se quita uno de sus pendientes de diamantes en forma de gota y lo arroja sobre una pila de dinero que hay sobre la mesa. «Esto siempre me ha dado suerte», dice. Su línea de perfumes tuvo tanto éxito que le hizo ganar más dinero que todas sus películas, y *White Diamonds* sigue aún en la lista de los diez aromas más célebres.

«La empresa no se esperaba algo como esto —dijo Peter England, que presidió Elizabeth Arden entre 1995 y 2000—. Se esperaban ventas netas de quince a veinte millones. Estábamos haciendo cien millones en ventas netas, de los cuales ella percibía

el quince por ciento. Ganaba 15 millones de dólares al año. No ha habido ninguna otra fragancia como esta.»

Pero el éxito no llegó con tanta facilidad. Donde hay tanto dinero en juego siempre hay complicaciones. Elizabeth tuvo que pasar por los juzgados contra su antiguo novio Henry Wynberg, quien la acusaba de ruptura de un contrato que ambos firmaron en 1977, es decir, una década antes del lanzamiento de *Passion*, según el cual él se quedaría con un 30 por ciento de los beneficios netos producidos por cosméticos que llevaran su nombre. En vista del éxito de *Passion*, eso sería más de setenta millones.

Los dos jugaron sucio: a Elizabeth le prometieron que el tribunal informaría a los miembros del jurado sobre una condena a Wynberg por estupro, y Wynberg amenazaba con revelar la verdadera magnitud del alcoholismo y la adicción a las drogas de Elizabeth. Pero ella se negó a dejarse intimidar. «Voy a llevar esto a los tribunales —dijo a uno de sus abogados—. De ninguna manera pienso llegar a un acuerdo.»

Finalmente, después de cuatro años llegaron a un arreglo privado, fuera del juzgado, en el que, según un abogado de Elizabeth, Neil Papiano, no se intercambió ninguna suma de dinero.

Una vez firmado el acuerdo, Elizabeth dijo: «Esto significa que se me ha dado la razón y prueba que el perfume, *Passion*, es algo en lo que he trabajado durante un año y medio (...) y que no tiene nada que ver con Henry Wynberg».

La victoria legal llegó casi inmediatamente después de que Elizabeth estuviera a punto de morir, en 1990, cuando tenía cincuenta y ocho años. Estaba hospitalizada con neumonía en el hospital St. John de Santa Mónica. La colocaron en un respirador en la unidad de cuidados intensivos. El especialista en enfermedades infecciosas, el doctor David Ho, participó en la consulta del caso y dijo que se trataba de neumonía difusa bilateral. «Esto es muy grave —dijo—. Ha estado a punto de morir.» Pero se recuperó milagrosamente e hizo lo que hacía siempre: continuar con el negocio de ser Elizabeth Taylor. Eso incluía reconvenir al *National Enquirer* por haber publicado la falsa

noticia de que continuaba bebiendo en el hospital y que tenía una enfermedad que le estaba desfigurando la cara. Esta vez el tabloide había ido demasiado lejos con sus noticias de primera plana: «Médicos de Liz furiosos. Se dedica a beber en el hospital». Sus abogados citaron otra noticia cuyo titular era: «Bello rostro de Liz devastado por enfermedad mortal. Médicos ordenan vigilarla por posible suicidio después de diagnosticar definitivamente enfermedad misteriosa». En 1990, Elizabeth se querelló y pidió 20 millones de dólares por libelo, y el caso se solucionó un año después. Recibió una disculpa y una cantidad desconocida de dinero después de que los médicos enviaran su historial al *Enquirer* para demostrar que las noticias eran falsas. «El *Enquirer* tuvo acceso a todos los informes médicos de la señora Taylor y ahora confiesa que los artículos que hablaban de su enfermedad y de que bebiera en el hospital eran erróneos», dijo Chen Sam. Y Neil Papiano dijo: «La señora Taylor está encantada con todo esto; las pequeñeces no la hacen feliz».

Cuando una amiga le preguntó qué reportajes valía la pena demandar, ella le respondió: «Aquellas en las que los tienes agarrados por ahí abajo».

Después de aquella victoria se enfrentó a otro contratiempo, pero para este ya estaba preparada. Porque había pasado por muchas situaciones en su vida, ella comprendía que no todas las fragancias iban a ser como *Passion* y *White Diamonds*. En 1996 sacó al mercado *Black Pearls* y no se vendía muy bien, pero no por eso ella iba a dejarse vencer.

El anuncio lo rodó Herb Ritts en blanco y negro. En él se veía a Elizabeth sumergida en una piscina, con el cabello echado hacia atrás, y se suponía que decía de forma seductora: «Las perlas negras son raras, son esto, son aquello». Su maquillaje era perfecto, la iluminación era perfecta y ella estaba de pie en el agua. Todos esperaban el gran momento, y entonces Elizabeth decía: «Las perlas negras son una puta patada en el culo». Herb Ritts estaba muy enfadado, pero ella pensó que la cosa era tremendamente graciosa.

Una de las últimas actuaciones de Elizabeth para las cámaras

fue en 1996, cuando hizo breves apariciones en cuatro *shows* consecutivos de televisión en horario de máxima audiencia para la CBS, con el fin de promover *Black Pearls*. La premisa era que en cada uno de los *shows* ella buscaba un collar de perlas negras que había perdido. Luego, a principios de los años 2000, quiso sacar una fragancia llamada *Gardenia*. Le dijo a Tamara Steele, una ejecutiva de Elizabeth Arden con quien había trabajado mucho durante años, que le encantaba esa fragancia porque la llevaba en Puerto Vallarta cuando se casó con Richard. Pero iba rechazando todas las fragancias que le presentaba Steele y que se suponía que olían como las gardenias. Finalmente, Elizabeth pidió a alguien que saliera al jardín y cortase una gardenia. La puso bajo la nariz de Steele.

—*Esto* es gardenia —le dijo. Puso la flor en un sobre cerrado y le dijo a Steele—: Llévate esto al laboratorio y no vuelvas hasta que tengas algo que huela exactamente igual.

Crear un perfume requiere una combinación de arte y ciencia. La fragancia de una flor fresca es diferente de la de una flor cortada. Steele decidió que la única forma de hacer feliz a Elizabeth sería poder capturar el perfume exacto de las gardenias de su jardín. De modo que aplicaron la tecnología más novedosa y pusieron un globo alrededor de una de esas flores, e insertaron en la flor una aguja recubierta de cera para que absorbiera las moléculas que flotaban en el aire dentro del globo. Este aparato era capaz de identificar el nombre de los componentes del perfume que rodeaba a la flor y qué cantidad de cada uno de esos componentes estaba presente. *Gardenia* no se vendió ni de cerca a como se vendieron *Passion* y *White Diamonds*, pero fue un trabajo de amor.

Elizabeth sabía de fragancias casi tanto como sobre joyería. Según Steele: «Hablaba del incienso y de la mirra con pleno conocimiento, experiencia y entusiasmo. Sabía mucho sobre ingredientes, sabía lo que le gustaba. Sentía que si la gente compraba su perfume, ella debía poder decir que era algo que usaba ella misma y que la llenaba de orgullo». Elizabeth usaba sus propios perfumes con tanta abundancia que llamaba a Steele a

menudo para que le enviase más frascos.

Cuando estaban creando el perfume *Forever Elizabeth,* que salió a la venta en 2002, quiso que el envase fuera del color exacto del rubí de 8,9 quilates, en forma de óvalo, engastado en un anillo que Richard había escondido en su calcetín una Navidad.

Como todas sus bienamadas joyas, para ella el anillo era importante por el recuerdo del día en que Richard la había sorprendido con «el rubí más exquisito que hubiera visto nadie». Él se había pasado cuatro años buscándolo.

Elizabeth fue una temprana y entusiasta usuaria de Twitter. En 2009 pidió a sus seguidores que le ayudaran a bautizar una nueva fragancia. Ella se decantaba por *Follow Me,* pero el nombre que ganó «de lejos», como decía ella, fue *Violet Eyes.* Dos décadas después de *White Diamonds* apareció *Violet Eyes*.

Cuando ella salía a promocionar sus perfumes, los centros comerciales eran tomados al asalto por el público. Durante una promoción en unos grandes almacenes de Chicago se produjo una alerta de bomba y todo el mundo se marchó menos Elizabeth, su perro *Sugar* y su guardaespaldas, Moshe Alon. Elizabeth tenía agallas: no iba a dejar que nada la detuviese.

Para salir a promocionar sus perfumes, tenía un equipo que llegaba primero que ella a la ciudad donde se iba a realizar el acontecimiento para identificar las mejores *suites* en los mejores hoteles. Era algo así como preparar una visita presidencial. Cuando le reservaban una *suite* utilizaban el nombre «Señora de Norman Maine», el nombre del personaje de Judy Garland en *Ha nacido una estrella*.

Pero durante todo ese tiempo Elizabeth llevaba consigo un secreto que podía cambiarle la vida. En cada gira promocional de sus perfumes, y no importa cómo se estuviera sintiendo, iba a un sitio sola y esta vez no se invitaba a nadie de la prensa. Esas visitas, cuando nadie la estaba observando, redefinieron su vida.

Acto quinto
EL CORAJE
Las décadas de 1980 y 1990

Sé fiel a ti mismo.

William Shakespeare, *Hamlet*

CAPÍTULO 17

«¡Haz algo, zorra!»

Lo más espantoso de todo es ser insensible.

ELIZABETH

Aproximadamente a las cuatro de la madrugada, un viernes de 1998, Elizabeth, en camisón, se aplicaba maquillaje y mostraba a su amiga Dorothy Flagler, dependienta de Van Cleef & Arpels en Beverly Hills, un magnífico anillo nuevo con un diamante amarillo. Flagler estaba sentada en el suelo del cuarto de baño, con las piernas cruzadas, mientras ambas conversaban.

Pero cuando entró Tim Mendelson y le contó a Elizabeth que el amigo de un amigo acababa de morir de sida, el estado de ánimo en la habitación cambió de forma dramática.

—No tiene a nadie y tampoco tiene dinero —le dijo Mendelson. No tenía dinero ni siquiera para su propio entierro.

Elizabeth le pidió a Mendelson que llamase por teléfono a su asesor financiero porque ella quería encargarse del sepelio. Este llamó a la oficina y le dijeron que tendría que esperar hasta el lunes. Cuando le pasó el mensaje a Elizabeth, ella arrojó el cepillo que estaba usando al estante de la bañera y sus ojos enloquecieron.

—¡Y una mierda vamos a esperar hasta el lunes! Lo haremos ahora mismo. Vuelve a llamarlo. Quiero hablar con él. Ningún hijo de madre va a yacer sobre una piedra dura y fría todo un fin de semana si yo puedo evitarlo.

Cuando Mendelson le pasó el teléfono, Elizabeth se puso en modo negocios y le gritó a su asesor financiero: «¡No me importa qué hora es! ¡Lleva el dinero a la funeraria! ¡Ya!». Estaba igual de

furiosa que en 1985, trece años antes, cuando era la persona más importante y famosa que había arrojado luz sobre un virus que estaba causando estragos en la comunidad gay y enviando al ostracismo a gente a quien la sociedad ya había condenado al ostracismo.

Al principio, el sida había confundido a la profesión médica. A inicios de la década de 1980 se lo llamó Enfermedad Inmunodeficiente Relacionada con la Homosexualidad (EIRH). El 3 de julio de 1981 *The New York Times* publicó un artículo titulado «Poco habitual cáncer hallado en 41 homosexuales». A finales de ese mismo año se habían diagnosticado 337 casos de la letal enfermedad que se pensó que era un nuevo tipo de cáncer llamado «sarcoma de Kaposi». En 1982, el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades (CDC) de Estados Unidos se refirió por primera vez al virus como Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA) .[1] En el primer informe sobre el sida que dio el programa *Nightly News* de la NBC, en junio de 1982, el corresponsal decía: «Hay una gran probabilidad de que la causa sea un agente infeccioso». En 1984, en todo el mundo se registraron 130.400 casos nuevos de infección por VIH. El mismo año, el doctor Luc Montagnier, del Instituto Pasteur de Francia, y el doctor Robert Gallo, de los Institutos Nacionales de Salud (Reino Unido) identificaron de forma independiente el retrovirus que causa el sida. Se le llamó oficialmente Virus de la Inmunodeficiencia Humana, o VIH, en 1986, y era el que causaba el sida si no se trataba.

Al principio nadie sabía de qué manera se transmitía. La cubierta de *Life* de julio de 1985 declaraba: «Nadie está libre del sida». Una vez que se demostró que era una enfermedad de transmisión sexual, el miedo y el estigma se acentuaron. En 1987, el director general de Salud Pública de Estados Unidos, C. Everett Koop, recomendó el uso de condones y cursos de educación sexual para evitar la propagación del virus, que destruye el sistema inmunitario. A finales de ese año, 40.000 ciudadanos estadounidenses habían muerto por sida. El presidente Ronald Reagan anunció con orgullo 416 millones de dólares de ayuda en

1987 para la investigación del sida y la educación acerca de este virus, pero él había pedido únicamente 213 millones de los presupuestos nacionales. El Congreso los aumentó a casi el doble.

En 1988 Koop envió un panfleto, «Comprender el sida», a 107 millones de hogares, el correo masivo más amplio en la historia del país. No lo había presentado para su revisión, consciente de que la administración Reagan habría cambiado la redacción y suavizado el mensaje, que era explícito. En el informe, Koop utilizó un lenguaje específico y declaró que el VIH se transmite a través de los «fluidos seminal y vaginal» y en el curso «de la relación sexual oral, anal y vaginal».

Koop sabía que en el gabinete de Reagan había disensiones, y que algunas voces clamaban por pruebas obligatorias para los pacientes de los hospitales, los inmigrantes, las parejas a punto de contraer matrimonio y los presos. Casi al mismo tiempo que comenzaron a aparecer casos de VIH en Los Ángeles y Nueva York, la lucha por los derechos civiles de la comunidad LGBTQ sufrió un retroceso de carácter reaccionario auspiciado por Anita Bryant y Jerry Falwell padre, cuya «Mayoría Moral» estaba en contra de conceder derechos civiles a las personas gais.

La homofobia estaba descontrolada y ya se conocía al sida como «la plaga gay». El 22 de marzo de 1980, los líderes evangélicos cristianos entregaron al presidente Carter una petición para detener la concesión de derechos civiles a los gais. «El juicio de Dios recaerá sobre Estados Unidos y otras sociedades que han permitido que la homosexualidad haya pasado a ser una forma de vida protegida», dijo Bob Jones III. En 1982, cuando el sida ya se había llevado 853 vidas en Estados Unidos, el secretario de prensa de Reagan, Larry Speaks, rio al preguntarle si el presidente estaba siguiendo la pista de la propagación del sida.

El virus causó estragos de forma especial en el ambiente del entretenimiento, y Elizabeth vio morir a muchos amigos suyos. En 1989, Steve Rubell, copropietario del Studio 54; el bailarín y coreógrafo Alvin Ailey y el fotógrafo Robert Mapplethorpe fallecieron por la enfermedad. El editorial de *Los Angeles Times* del 28 de mayo de 1985 preguntaba: «¿Qué haremos con el sida?». Y

continuaba: «Las personas que contraen el síndrome de inmunodeficiencia adquirida saben que tienen una enfermedad terminal. Alrededor del 80 por ciento de los pacientes con sida han muerto dentro de los dos años siguientes al diagnóstico (…) Muchas personas con sida pierden el trabajo y los amigos, y a otros, los caseros, asustados, los desahucian de sus hogares».

La enfermedad también se propagó entre los hemofílicos y los consumidores de drogas por inyección. A finales de 1988 las personas muertas por sida en Estados Unidos eran 61.816, y en 1995 el sida era el principal asesino de hombres estadounidenses entre los 25 y los 44 años. En 2017 se calculaba que en todo el mundo ya había matado a unos 35 millones de personas, según UNAIDS (Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/sida).

No hubo pruebas en sangre hasta 1985, ni tratamiento hasta 1987. ¿Y qué tratamientos eran los que había? Un medicamento antirretroviral comúnmente llamado AZT, que fue el primer fármaco anti-VIH que aprobó la Agencia de Alimentos y Medicamentos, causaba estragos en el organismo. Fue el fármaco más caro en la historia de Estados Unidos, con un coste de 10.000 dólares al año, lo que lo hacía inasequible para muchos pacientes.

Bill Misenhimer era el director del Proyecto SIDA de Los Ángeles (APLA), una ONG que proporcionaba atención médica y asesoramiento a pacientes con sida. En los primeros días de la pandemia, dijo: «Necesitaban un sistema de apoyo muy fuerte porque son personas marginadas (…) A diferencia de la mayoría de las personas con una enfermedad terminal, los enfermos de sida tienden a ser jóvenes, es decir, un grupo que no está habituado a morir ni a la muerte».

Misenhimer sabía que Elizabeth iba a ser capaz de captar grandes cantidades de dinero. Se reunió con Chen Sam y le preguntó si la actriz estaría de acuerdo en organizar una cena para recaudar fondos llamada Compromiso con la Vida, en beneficio del Proyecto SIDA de Los Ángeles. A Elizabeth se le pedía constantemente que ayudara a recoger dinero y a llamar la atención hacia diversas causas, y ella quería asegurarse de que

todo lo que hiciera tuviese un propósito claro. Uno de sus empleados de aquellos días dijo que Misenhimer era un hombre increíblemente persistente. «Era como un perro con un hueso —dijo esa persona—. No se marchaba. Llamaba, escribía, se presentaba en tu puerta. Era muy tozudo.» Finalmente, explicó, Misenhimer tuvo que entregar una nota de la filántropa Wallis Annenberg, que trabajaba con la APLA, en que le demostraba a Elizabeth que eran una organización legal comprometida en ayudar a pacientes con sida. En todas las ocasiones, ella era absolutamente consciente del valor de su presencia física y sabía que podía conseguir cosas que, en aquel momento, nadie más era capaz de hacer.

Cuando Chen y Misenhimer, además de otros, le hablaron a Elizabeth de los estragos que causaba la enfermedad, y una vez ella estuvo convencida de que APLA era una organización honrada que necesitaba su ayuda, la tuvieron a bordo. Elizabeth y Sam trabajaron incansablemente para reclutar a personas dentro de la comunidad del entretenimiento que participaran en el evento y lo apoyaran. Pasaron nueve meses agarradas a los teléfonos día y noche. Terminaron por constituir un Comité Benéfico Honorario lleno de estrellas, que reunía a más de mil personas. Al participar Elizabeth, la cena se tuvo que trasladar al salón de baile de Westin Bonaventure porque la sala de baile que había reservado APLA en el hotel Century Plaza se quedaba pequeña.

La cena fue la primera recaudación de fondos para el sida a cargo de famosos en todo el mundo. El productor del acontecimiento, Gary Pudney, recordaba su primer encuentro con Elizabeth. «Cuando tuvimos desarrollado el *show*, llegó el momento en que había que presentarlo ante el jefe. El *show* se detallaba en tarjetas, de manera que fui a ver a Elizabeth armado con mi portafolios. Hacía un calor de mil diablos y yo estaba parado ahí, junto a la piscina, con traje y corbata, esperando a que apareciera ella. Cuando finalmente llegó iba vestida con un bikini rojo muy revelador y un diamante inmenso.»

«Tenía un cuerpo espectacular. Acto seguido se reclinó en una *chaise longue* y en ese momento yo comencé a sudar… porque es

algo desconcertante llevarle una presentación a la más importante diosa de la pantalla en posición reclinada. Comencé a explicarle el *show* y ella me dijo: "Limítate a mostrar las tarjetas". Quería ir directamente al grano. Y su comprensión de lo que estábamos haciendo era fantástica: el ritmo del *show*, su crítica de los números musicales, los discursos. No era ninguna tonta. Pero lo interesante fue que en ningún momento habló de lo que iba a hacer ella ni dónde iba a estar durante el evento. Le preocupaba más el efecto general.»

El actor Bruce Vilanch era uno de los guionistas y dijo que Elizabeth hizo una sola petición importante: «Por favor, Joan Rivers no. Ya he tenido bastante de sus chistes sobre gordas». Y había muchos donde elegir: en sus meticulosos archivos, Rivers había acumulado más de 850 chistes sobre Elizabeth, la mayoría de los cuales eran crueles y creados para herir.

* * *

Elizabeth dio el primer y más audible disparo de la larga guerra por erradicar el sida cuando acogió la cena y recaudó 1,3 millones de dólares para APLA el 19 de septiembre de 1985. Fue toda una batalla montaña arriba, pero finalmente aparecieron algo más de 2.500 personas, entre ellas Shirley McLaine, Sammy Davis Jr. y Carol Burnett. También hubo en la cena pacientes con sida, que eran muy fáciles de identificar porque a todos ellos el esmoquin les venía grande.

—Fue muy muy encantadora —dijo Burnett—. Se preocupaba por la gente. Sí que era rica, hermosa y famosa. Pero eso no se le había subido a la cabeza.

El escritor conservador y amigo de toda la vida de Ronald Reagan, William F. Buckley Jr., escribió una nota de opinión para *The New York Times* en la que sugería que se tatuase a todas las personas con sida para «identificar a los portadores». Buckley dijo que Elizabeth no era ninguna heroína, sino un ejemplo vivo de

autocomplacencia. Pero lo que pensaba Buckley a ella le importaba un pimiento. En 1987 pronunció un discurso ante el Club Nacional de Prensa de Washington, DC en el que reflexionaba sobre lo que la convirtió en activista.

«Me indignó mucho y me sentí personalmente muy frustrada ante el rechazo con el que se recibían mis intentos de atraer la atención de la gente. Tomé conciencia del silencio, de este enorme y ensordecedor silencio con respecto al sida, de cómo nadie quería hablar de ello y nadie quería verse involucrado. Por cierto, nadie quería donar dinero ni dar apoyo, y eso me enfadó tanto que finalmente me dije: "¡Haz algo tú, zorra! En vez de quedarte sentada y enfadarte, haz algo".» En 1961, cuando estaba tendida en la mesa de operaciones en la London Clinic y vio a Mike Todd, él le dijo que aún tenía trabajo por hacer aquí, en la Tierra... Y era esto. Ella tenía que luchar cuando tan poca gente estaba dispuesta a hacerlo.

El acontecimiento fue electrizante. En la lista de espera había ochocientas personas que no consiguieron un billete de entrada. Los precios iban de 250 a 500 dólares por persona. En sus comentarios, Misenhimer olvidó agradecer a Chen Sam el trabajo que se había tomado para ponerlo en marcha, y ella se sintió descorazonada. «Elizabeth me lo hizo notar al día siguiente... y en términos nada ambiguos. Estaba furiosa, y tenía razón. Yo lo lamentaba mucho y ya me había disculpado con Chen. Lo mejor que pude hacer fue sacar un anuncio en *Variety* en el que agradecía a Chem su labor.» Esto pareció aplacar a Elizabeth.

A principios y mediados de la década de 1980 no existían tratamientos eficaces, de manera que APLA utilizó el dinero para enfocarse en el cuidado de los pacientes. Tomaron medidas para que hubiera gente que paseara los perros de los afectados, proporcionaron peluqueros a domicilio y localizaron dentistas que aceptasen tratar a los pacientes. En aquella época, muchos integrantes de la profesión médica se negaban a atender a pacientes con sida.

En los primeros días de la pandemia, Elizabeth envió 50.000 dólares a Project Inform, con sede en San Francisco, para ayudarles

a conseguir fármacos experimentales (que eran ilegales). Y permitió que amigos suyos, y amigos de amigos, que estaban enfermos, se quedasen en su mansión de Bel Air. Visitó hospitales con enfermos terminales y preguntó a los cuidadores qué necesitaban. La mayor parte de las veces le contestaban que lo que más deseaban los pacientes era que alguien los tocase. Decidió hacer visitas no publicitadas a esos hospitales para abrazar a los pacientes, conversar con ellos y hacer que se sintieran humanos otra vez. Quería que supieran que aún eran queridos. Elizabeth no necesitaba ninguna publicidad y tampoco deseaba las perturbaciones de la prensa. Quería respetar la intimidad de los pacientes y contactar individualmente con ellos. «Daba los mejores abrazos», recordaba Tim Mendelson.

Su amor y su apoyo fueron muy necesarios durante los primeros días de la pandemia. Misenhimer dijo que en APLA él y sus colegas concedían entrevistas fuera de la oficina porque los periodistas de televisión tenían miedo de entrar. Algunas veces los pacientes que recibían el alta del hospital no tenían dónde ir y entonces acudían a APLA. Misenhimer y sus colegas los alojaban entonces en un hotel cercano.

—Lo que yo sé es que a mí me abrazó muchas veces llorando —dijo Misenhimer, aludiendo a su amistad con Elizabeth—. Solíamos abrazarnos. Ella era muy apasionada y muy compasiva. Y yo nunca me dejé deslumbrar por las estrellas. Respeté la leyenda de Elizabeth Taylor, pero la quise como persona.

En los primeros tiempos fue una batalla solitaria. Los jefes de los estudios a los que ella había hecho ganar tanto dinero le colgaban el teléfono. Lo peor de todo fue que su amigo y antiguo amante Frank Sinatra le dijo que no cuando ella le pidió ayuda. Michael Jackson también vaciló. Mucha gente puso excusas para no ayudar, y eso la dejaba estupefacta. Esos eran artistas, decía ella, artistas que conocían a coreógrafos, a bailarines, a músicos, a directores, a cantantes y a actores gais, pero la rechazaban. Algunos de sus amigos y asesores le dijeron que se mantuviera al margen de todo lo relativo al sida y al VIH porque terminaría estropeando su carrera.

«¿A quién le importa un higo la carrera —les decía ella— cuando está muriendo gente sin la cual no habríamos tenido carrera? ¡La gente sufre! Tenemos que ayudarlos, no podemos cruzarnos de brazos.»

Elizabeth debió de haber pensado en Monty, Jimmy y Rock.

«Si no fuera por los homosexuales no tendríamos cultura —decía—. La idea de que Dios escoja a sus hijos [para sufrir]… estos hijos a quienes dio talento para que hicieran de este un sitio diferente, más hermoso para los demás mortales… ¡me enfada tanto!»

Barry Manilow recordaba la reacción de Elizabeth cuando lo llamó para pedirle que acudiera a otra recaudación de fondos para el sida en la década de los 1980. «Parecía muy frustrada y me dijo que había llamado a un montón de intérpretes y que todos habían rechazado la invitación. Y me preguntó: "¿Tu lo harías?". Y yo le dije: "No tengo banda, estoy fuera de circulación, pero sí, iré y me sentaré al piano y cantaré". Y ella comenzó a llorar porque fui el único que le dijo que sí.» Según recordaba Manilow, de repente la mitad de los nombres de su agenda estaban muertos. No le tomó mucho tiempo decidirse.

Elizabeth invitó una vez a Manilow y a su pareja, Gary Kief, a cenar por Acción de Gracias en su casa de Bel Air. «Hoy en día ser gay y tener una pareja no es nada del otro mundo, pero entonces, incluso en los años noventa, no era algo conveniente. Y ella nos invitó a Gary y a mí, no solo a mí sino a Gary y a mí, porque sabía que éramos pareja. Gary y yo estamos juntos desde hace unos cuarenta años; ella sabía que lo nuestro era real. Éramos Elizabeth, su familia, Gary y yo. Ese fue el momento en que pasó a ser mi amiga.»

* * *

Aunque el CDC había dejado muy claro que el virus no se transmitía por el contacto casual, tal como estrechar una mano,

abrazar e incluso besar, en los años ochenta había un miedo cerval a tocar siquiera a alguien con sida. Se quemaban cruces delante de las casas de pacientes con sida, los trabajadores postales se negaban a entregar correspondencia a personas con sida, una funcionaria quemó su vestido después de haber tenido en la mano un formulario tocado por una persona con sida; la gente no comía en los restaurantes en que algún camarero era gay; los niños con sida quedaban excluidos de sus comunidades. A los vivos con VIH o sida se les negaban puestos de trabajo y seguros, y sus comunidades los excluían completamente. Ryan White, un adolescente hemofílico de trece años que sufría de sida por una transfusión de sangre, llegó a ser un importante activista en la época. Llamó la atención hacia la crueldad esporádica y el estigma asociados a la enfermedad cuando él y su familia dieron a conocer el hecho de que no le permitían entrar en su escuela de Indiana.

Ryan dijo: «Yo sé cómo están tratando a la comunidad gay porque a mí están tratándome exactamente igual —comentó la madre de Ryan, Jeanne White-Ginder—. Y no me gusta nada».

Elizabeth confiaba en que al hablar sobre la sexualidad, el estigma que rodeaba al hecho de ser gay desaparecería algún día. Ella creía en la igualdad. Jamás tuvo ninguna duda sobre la posibilidad de que las parejas gais adoptaran hijos. Trip Haenisch y su antigua pareja, Waldo Fernández, que era el decorador de interiores de Elizabeth, iniciaron el proceso de adopción en la década de 1980 y finalmente tuvieron éxito en 1992. Haenisch dijo que le había confiado a Elizabeth que tenía miedo de cómo trataría el mundo a un niño con dos padres. «Si eso es lo que queréis, debéis hacerlo», les dijo ella. Preguntó si podría ser la madrina del niño y organizó en su casa la entrega de regalos. Cuando el niño estuvo preparado para el parvulario, ella escribió una carta de recomendación y Trip y Waldo fueron la primera pareja gay en tener un niño en ese colegio.

«Cuando Waldo y Trip adoptaron a su bebé fue una de las primeras veces que dos personas gais adoptaban, y ahí estaba Elizabeth luchando por ellos —dijo el diseñador floral y perfumista Eric Buterbaugh—. Fue algo más grande que el sida. Cuando pasó

aquello... yo no podía imaginar que sucediese tan temprano.»

* * *

Mientras planificaba la cena del Compromiso con la Vida, Elizabeth se enteró de que uno de sus mejores amigos en el mundo, Rock Hudson, tenía sida. En público, ella dijo que se había enterado igual que todos, el 25 de julio de 1986, dos meses antes de la cena de septiembre. «Creía que Rock tenía cáncer. Uno de sus médicos me llamó y me dijo: "Oiga, yo no debería contarle esto, pero sé cuánto lo quiere usted y voy a decírselo porque no estoy seguro de cuánto tiempo [tiene]... Rock tiene sida".»

El anuncio de Rock por medio de un comunicado de prensa ayudó a que Hollywood se movilizara para ayudar, porque ahora estaba enfermo uno de los suyos. Elizabeth, optimista por naturaleza, comenzó a volverse cínica. «Vaya, ¿la gente se preocupa más ahora porque lo ha contraído alguien rico y famoso? —pensó—. Cuando descubrí que se había levantado el veto por causa de Rock, ya casi nadie podía esperar para venir [a la cena] para demostrar qué abiertos de mente eran», reflexionaba Elizabeth más tarde. Rock compró entradas por valor de 10.000 dólares, pero estaba demasiado enfermo para acudir y envió un telegrama que la noche de la cena se leyó en voz alta. «No me hace feliz estar enfermo —escribía—. No me hace feliz tener sida. Pero si eso ayuda a otros, al menos sé que mi desdicha tiene algún valor positivo.»

Elizabeth fue la primera de sus amigos que visitó a Rock en el hospital: había muchos que tenían miedo. Cuando el médico de Rock, Michael Gottlieb, el inmunólogo y la primera persona en identificar el sida como un síndrome nuevo e informar sobre ello a la CDC en 1981, llevó a Elizabeth a visitar a Rock, la hizo colarse por una puerta trasera. Subieron en un montacargas porque las autoridades del hospital podrían no aceptar las visitas. «A veces visitábamos juntos a Rock y yo la recogía en mi furgoneta Dodge

Aspen del 77. Elizabeth llevaba puestos sus diamantes.»

El 25 de julio de 1985, Dale Olson, publicista de Rock, convocó una concurrida conferencia de prensa para anunciar que una de las personas más famosas del mundo tenía sida, lo que al mismo tiempo se consideró una admisión pública de su sexualidad.

—¿Se lo has echado a los perros? —preguntó Rock a su amigo y gestor financiero Mark Miller.

—Sí —dijo Miller.

—Dios, qué manera de terminar una vida —dijo Rock casi susurrando.

Antes de que enfermara, Elizabeth lo visitaba a menudo en su apartada mansión de estilo español llamada El Castillo. «No teníamos secretos el uno con el otro», le dijo a Barbara Walters. Pero cuando esta la presionó y le preguntó si alguna vez Rock le había confesado que era gay, su respuesta revela cómo era Hollywood en aquella época para los actores gais: «No, pero él sabía que yo lo sabía». Elizabeth pidió a Moshe Alon, su jefe de seguridad, que le ayudase a cuidarlo. Alon recuerda haber echado la basura de Rock al contenedor todos los días para que los reporteros no rebuscaran en ella.

La primera dama, Nancy Reagan, conocía a Rock desde sus días de actriz. En una fiesta en la Casa Blanca, en 1984, se extrañó de lo mucho que había adelgazado Rock. Estaba preocupada y se lo dijo a él. Le envió fotos de aquella cena en El Castillo junto a una nota en la que le sugería que se hiciera ver un lunar que tenía en el cuello. Él siguió su consejo y el 5 de junio de 1984 el dermatólogo que hizo la biopsia del lunar de Rock le dijo que tenía sida. Al año siguiente, el día antes de que el actor hiciera público su diagnóstico, Dale Olson envió un telegrama suplicatorio a los Reagan. Rock estaba en París buscando tratamientos experimentales y, según Olson, había un solo hospital en el mundo que podía salvarle la vida, o «al menos aliviarle la enfermedad». Olson les pedía a los Reagan que hicieran una llamada telefónica al hospital francés, que le había negado la entrada. Los Reagan no mostraron voluntad de ayudar y volvieron la espalda a su viejo amigo.

Rock mantuvo en secreto la noticia tanto como pudo, pero esto hizo que su último trabajo interpretativo fuera especialmente desgarrador. Hacía de amante de Linda Evans en *Dinastía* y estaba desesperado porque tenían que besarse. Le preocupaba la posibilidad de transmitir el virus por la saliva. Los ejecutivos del estudio no tenían la menor idea de su crisis de salud y no podían entender por qué solo quería dar un breve picoteo sobre los labios en vez del beso apasionado que requería el guion. «Visto en retrospectiva, fue verdaderamente emocionante lo mucho que intentó protegerme —dijo Evans—. Por mucho que lo presionaran el director y los productores, él se negó a ponerme en peligro.»

Elizabeth no soportaba contemplar el dolor de su amigo. Cuando volvió a Los Ángeles fue a visitarlo a El Castillo y se encontró con un extraño grupo de cristianos de Hollywood, entre los que estaban Pat y Shirley Boone, y Gavin McLeod, de *Vacaciones en el mar*, rezando junto a su cama.

—Esto es algo realmente digno de verse —dijo George Nader, un actor amigo de Rock—. Cleopatra junto a los *holy rollers*.[2]

Nadie parecía querer acercarse a Rock.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Elizabeth y acto seguido se metió en la cama con el enfermo y lo abrazó, meciendo suavemente su frágil cuerpo.

Los dos recordaron los martinis de chocolate que hacían en el plató de *Gigante*, pero enseguida él dejó de recordar. Elizabeth lo miraba, impotente, ponerse cada vez peor, hasta que quedó reducido a piel y huesos. Y no había ningún medicamento que pudiera ayudarlo a mejorar.

El doctor Gottlieb dijo que Rock no estaba «profundamente agobiado por el diagnóstico, no era algo emocional. Se daba cuenta de que era algo muy malo y quería que sus antiguas parejas lo supieran, de modo que envió por correo una buena cantidad de notas sin firmar. Decían: “Has estado en contacto con alguien que tiene sida”. Su intención era conseguir que fueran al médico para hacerse las pruebas».

—Es un hombre tan estupendo —dijo Elizabeth—. Merecía llegar a viejo siendo feliz. Y no esto.

Gottlieb contó que sus jefes del hospital de UCLA, donde habían estado tratando a Rock, le darían el alta. «Rock Hudson morirá en su casa —le dijeron—. No volveremos a ingresarlo.» No querían que se los conociera como el hospital del sida.

Y, efectivamente, murió en su casa el 2 de octubre de 1985. Tenía cincuenta y nueve años. La noche antes de que muriese, Elizabeth se quedó sentada en su cama abrazándolo. Dijo que Rock volvió a recordar. «Era como si Dios lo hubiera llevado a otra habitación y parecía estar en paz, y de algún modo su memoria había vuelto al pasado, y era capaz de recordar una cantidad de cosas que le provocaban risa, y hablamos de los martinis de chocolate y de muchas cosas divertidas y locas (...) No sabía que estaba muriendo. Dios le había quitado esa noción. No lo sabía.»

Elizabeth planificó un servicio conmemorativo con la gente que Rock prefería.

Envió una rosa roja a cada invitado pidiéndoles que reservaran el día y la hora del servicio y haciéndoles saber que les informaría sobre el lugar en que se realizaría en la misma mañana y que no lo compartieran con nadie. No quería manifestantes que lo estropearan.

Escribió sus notas en papel con renglones y en su escritura puntiaguda: «Hemos pensado que sería bonito que aquellos de vosotros que lo deseéis compartáis con nosotros algunos de vuestros recuerdos de Rock para que podamos verlo tal como era: no con dolor y sufrimiento sino como era él; un momento cálido y agradable, que sea nuestro y privado. Mis propios recuerdos son desordenados como un brillante caleidoscopio (...) Y sus ojos, puedo ver sus ojos. La forma en que se arrugaban cuando reía, la manera en que reflejaban su luz interior, trayendo a nuestra memoria la luz del sol y los veleros (...) Me hacía reír hasta derramar lágrimas, pero a veces, cuando él y yo estábamos solos, me dejaba llorar... y terminaba haciéndome reír otra vez (...) Sé que siempre podré evocar ese recuerdo, ese sentimiento. Estoy muy agradecida por haberlo conocido. Te quiero, Rock (...) Uno de los últimos deseos de Rock para este día fue que no estuviéramos tristes. Quería que hubiera margaritas y mariachis, así que

hagamos eso. Vamos al patio y brindemos por él, yo con mi agua mineral y vosotros con lo que deseéis. Y celebremos nuestros recuerdos y nuestro amor y sintámonos cerca de él».

* * *

En 1985 se consiguió crear un análisis de sangre que detectaba anticuerpos del VIH. Hasta entonces, los médicos que trataban a pacientes con sida temían estar exponiéndose al virus, ellos mismos y a sus familias. La doctora Deborah Birx, antigua embajadora plenipotenciaria de Estados Unidos a cargo del PEPFAR (Plan Presidencial de Emergencia para la Asistencia al Sida), introducido por el expresidente George W. Bush, quedó horrorizada al comprobar los efectos del sida sobre los militares cuando trabajó como médico en el Walter Reed National Medical Center a principios de los años ochenta. «Estos eran soldados que habían estado muy en forma y que debían ingresar en el hospital porque habían perdido tal cantidad de kilos que ya no les quedaba masa muscular. No eran más que una sombra de lo que habían sido. Y no se trataba únicamente del peso de los pacientes, sino de cuán destructivo era el virus para su estado físico en general.» Muy a menudo los padres no iban a visitar a sus hijos porque, a sus ojos, reconocer un diagnóstico de sida equivalía a confesar que era gay. En algunos casos, esta era la parte más difícil de aceptar por las familias.

El doctor Gottlieb dijo que él nunca llevó un traje protector de cuerpo entero, como hacían otros profesionales, ya desde los inicios de la pandemia, en 1981. Tampoco se ponía guantes cuando extraía sangre. Estaba convencido, desde un punto de vista científico, de que el virus no se trasmitía de forma accidental. Pero siempre había el miedo a lo desconocido. «Sí que suspiramos aliviados cuando apareció la prueba en 1985 —dijo—. A comienzos de la epidemia del sida, mi mujer y yo contrajimos una enfermedad similar a la mononucleosis. Nos quedamos en casa

durante dos semanas y el presidente del departamento de inmunología nos dejaba pan y leche todos los días en el umbral de casa. Daba miedo. Era como si estuvieras a punto de chocar contra algo en la autopista y convencido de que ibas a morir, y luego no morías.»

Para Gottlieb, un joven médico de poco más de treinta años, Elizabeth era una figura maternal y protectora. Veía a gente de su misma edad desmoronándose, con el sistema inmunitario hecho trizas y no podía ayudarlos. «Recuerdo a mis cinco primeros pacientes, entre ellos un joven de Oregón que quedó ciego por una retinitis vírica. Los cinco primeros quedaron grabados para siempre en mi memoria (…) Hace algunos años yo estaba en una tienda del Valle comprando provisiones y alguien se acercó a mí y me dijo: "Yo era el novio de Chuck". Chuck había sido mi paciente número dos.»

En el verano de 1985, mientras preparaba la cena de Compromiso con la Vida, Elizabeth pensó en crear una fundación nacional para mejorar la vida de los pacientes y recaudar dinero para su cura. Se reunió con Gottlieb, Misenhimer de APLA y Chen Sam en un pequeño restaurante francés de Santa Mónica. Misenhimer recogió a Elizabeth y a Sam en su Honda Accord marrón y se las llevó al restaurante.

—Éramos un grupo extraño —dijo Gottlieb—. Yo, un médico que pocas veces salía de su laboratorio; Misenhimer, un ejecutivo de Xerox convertido en activista y abiertamente gay, y la más grande estrella cinematográfica viva. Pero esa noche todo cuajó. Éramos como niños conspirando. Estábamos ahí diciendo: «¡Tenemos que hacer algo!».

Misenhimer le explicó a Elizabeth lo duro que iba a ser el camino a partir de ese día y ella le cogió una mano y le dijo, con lágrimas en los ojos: «No te preocupes, he pasado por muchas cosas».

Ese fue el momento de la creación de amfAR, la Fundación para la Investigación del Sida, primera gran organización sin ánimo de lucro dedicada al apoyo de la investigación del sida. La primera manifestación de amfAR fue la National AIDS Research

Foundation de la Costa Oeste, que Elizabeth, Gottlieb, Misenhimer y Sam crearon aquella noche. Los rumores de esta fundación llegaron hasta Nueva York. La doctora Mathilde Krim, científica muy respetada y extremadamente dedicada a la ciencia, esposa del ejecutivo cinematográfico Arthur Krim, que había sido amigo de Mike Todd, había creado la AIDS Medical Foundation y necesitaba dinero. Contactó con amfAR para sugerirles que se fusionaran. Rock había dispuesto que se entregaran 250.000 dólares a Elizabeth con destino a la AIDS Research Foundation, y dos días después de la cena de Compromiso con la Vida, los representantes de la AIDS Medical Foundation y de la AIDS Research Foundation se reunieron en Los Ángeles para decidir cómo unirían sus fuerzas.

Cuando anunciaron la creación de su nueva fundación —amfAR— en una conferencia de prensa, la lucha por el poder entre los dos grupos ya era evidente. Iba a tener sede en ambas costas. Elizabeth era la presidente a nivel nacional (no quiso que la llamaran «presidenta»), y Krim y Gottlieb eran presidentes en sus respectivas costas. Krim admiraba el compromiso de Elizabeth y su dedicación al tratamiento de pacientes de sida con dignidad y respeto, pero su fin último seguía siendo encontrar una cura a la enfermedad. Valoraba la inteligencia de Elizabeth y en una carta fechada en 1986 escribió: «Todo el mundo quiere ver tu hermoso rostro. Yo, la mayor parte de las veces, elegiría tu hermoso cerebro».

Pero a los ojos de Krim, Elizabeth era principalmente una recaudadora de fondos. Y, sin duda, era hábil cuando se trataba de masajear grandes egos. Una de sus frases favoritas cuando trataba de conseguir un buen talón era: «Usted es la única persona que puede salvar millones de vidas».

Cuando Elizabeth podía ponerse al teléfono y conseguir algo grande, o viajar para recaudar fondos, lo hacía. «La gente siempre pregunta: "¿Elizabeth Taylor trabaja mucho?" —dijo Misenhimer, que fue el primer director de amfAR—. Hay que poner esa pregunta en perspectiva, porque lo que es trabajar mucho para Elizabeth no es necesariamente lo que los demás llamarían trabajar mucho (…) Una vez tuvimos una reunión de junta en un banco de

Los Ángeles. Luego, ella comentó: “De modo que esto es un banco”. Jamás había estado en uno.»

Era una persona práctica. Sabía que había cosas que solo podía hacer ella. Pero ahora la fama y el producto público que era Elizabeth Taylor se utilizaba para salvar vidas. «Si eres capaz de conseguir una donación de un millón de dólares, por supuesto que iré a la cena», solía decir. Veía su propia fama como algo que ella podía controlar y manipular.

En la Conferencia Internacional sobre el sida que tuvo lugar en Florencia en 1991, Elizabeth llevó docenas de maletas para el largo viaje por Europa. «No puedo llevar la misma ropa dos veces», razonó. Valentino Garavani era quien iba a velar por la seguridad de sus prendas, pero por algún motivo se deshizo de la responsabilidad, y Gianni Versace asumió la tarea. «A modo de disculpa, Valentino le dio a Elizabeth un talón por 25.000dólares como donación para amfAR —dijo uno de sus médicos, Michael Roth—. Pensé que iba a explotar. Nunca la he visto tan enfadada. Pronunció el discurso inaugural y luego anunció: “Quiero aprovechar este momento para dar gracias especiales a Valentino por su donación a amfAR, una donación harto generosa, de 250.000 dólares”. Y él acabó cumpliendo.»

Sally Morrison, que durante trece años tuvo puestos importantes en amfAR y trabajó estrechamente unida a Elizabeth, dijo que Krim y Elizabeth eran mujeres poderosas que tenían un objetivo común, pero maneras diferentes de llegar a él. «La doctora Krim era muy empática, pero tenía claro que había que abordar el problema desde la perspectiva de la ciencia. Creo que a Elizabeth le resultaba muy difícil no encarar los temas de la alimentación, el alojamiento y los servicios al paciente. Tenía muchos amigos que estaban enfermos.»

En el hospital para enfermos terminales Coming Home, en el distrito de Castro de Los Ángeles, se informó a las enfermeras en voz muy baja que Elizabeth Taylor venía a visitarlos. Si aparecía la prensa iba a cancelar la visita. Elizabeth se detuvo en cada una de las quince pequeñas habitaciones del hospital y pasó varios minutos hablando con cada paciente. Les preguntaba si habían

podido arreglarlo para que alguien les sacara a pasear el perro, o si podía llamar a su madre o escribirle una carta. Les preguntaba: «¿Hay algo que necesite y que nosotros no sepamos? ¿Que no sepa el Gobierno o que nosotros los de amfAR no conozcamos? Ustedes son los únicos que saben exactamente qué necesitan».

Guy Vandenberg, un trabajador sanitario y activista del sida que estaba en el hospital de terminales Coming Home durante aquella visita, dijo que algunos pacientes lloraban cuando veían a Elizabeth. Después de encontrarse con los pacientes, ella se sentó en la pequeña cocina con el puñado de empleados del hospital y les preguntó cómo se cuidaban ellos mismos. «¿Cómo os apoyáis unos a otros?», fue la pregunta.

En aquel hospital con quince camas tenían un promedio de tres muertes a la semana. «A veces me voy después de mi turno de tres de la tarde a medianoche y vuelvo al día siguiente, y puede que una o dos personas hayan muerto durante la noche —dijo Vandenberg con la voz quebrada—. Hay tanta necesidad que la cama no queda libre más de un día, a veces se vuelve a ocupar enseguida. No hemos tenido tiempo de procesar el volumen de muertes.»

Incluso en medio de toda la oscuridad, se podía encontrar alegría. «La mayoría de nuestros pacientes, mientras morían, eran capaces de reír y apreciar el humor negro, y a alguien de afuera esto puede parecerle extraño o impertinente. Cuando un hospital más comercial se hizo cargo de este, se nos amonestó porque había demasiadas risas, y nosotros comíamos con los pacientes y eso no estaba permitido —dijo Vandenberg entre lágrimas—. Elizabeth entró como un guante, sabía lo que era bueno. Hizo bromas con ellos. Nos abrazó y besó a todos nosotros, tanto a pacientes como a empleados.»

Después de una de sus visitas al hospital, un paciente despertó y dijo:

—He tenido la visión de que Elizabeth Taylor se acercaba a mí mientras dormía.

—Es que estuvo aquí de veras —le respondió una de las enfermeras.

En todas sus visitas, Elizabeth quería estar perfecta («espero no haberme pasado», decía), así que siempre llegaba con el cabello y el maquillaje impecables y con el enorme diamante Krupp en el anular izquierdo. Quería que los pacientes la vieran tal como la habían imaginado. Quería que conocieran a una estrella de cine real antes de morir.

Le pidió a Jorjette Strumme, que era muy emotiva, que no fuera con ella a los hospitales terminales, porque si Strumme lloraba, la haría llorar a ella. Tenía que mantener encuentros ligeros y felices, le dijo, pero solía volver al coche y enterrar la cabeza en la piel blanca y suave del perro, *Sugar*, y quedarse callada y quieta durante un buen rato.

En la década de 1980, Ed Wolf era terapeuta en el pabellón 5B del Hospital General de San Francisco. Esta ciudad era la segunda en cantidad de casos de sida (la primera era Nueva York) y el pabellón 5B fue revolucionario como la primera unidad de cuidados especiales para personas con sida. Se creó en 1983 y la gestionaban enfermeras tituladas que se habían especializado en la atención de pacientes con sida. En el 5B se trataba a los pacientes con compasión.

Al principio, los médicos y las enfermeras utilizaban tantos elementos de protección que parecían astronautas. Fuera de las habitaciones de los enfermos se apilaban las bandejas con comida que los pacientes no querían ni probar. Pero en el 5B las cosas eran distintas. A las enfermeras no se les permitía llevar elementos protectores, ni siquiera batas ni mascarillas. Creían que el tocar físicamente era una manera importante de honrar la humanidad de cada paciente. Hacían cosas aparentemente pequeñas, como recrear el decorado de las salas de estar de los pacientes en sus habitaciones de hospital, permitir que los visitaran sus animales domésticos y, desde luego, acceder a que sus parejas estuvieran con ellos. Incluso les daban el agua en copas de champán para hacer especial la parte mundana de la vida.

—No podíamos devolver la salud a la gente, pero sí había una posibilidad de sanar —dijo Wolf—. Hicimos bodas con la gente en sus lechos de muerte muchos años antes de que fuera legal. En

cinco minutos las familias descubrían que sus hijos eran gais y tenían sida. Una familia muy conservadora de una ciudad pequeña vino a ver a su hijo todos los días, durante dos semanas, hasta que el chico murió. Vieron a todas esas personas gais cuidando de su hijo y eso les decidió a dar un giro de 180 grados. Volvieron a su casa y formaron un grupo de apoyo para todas aquellas personas cuyos hijos tuvieran sida. En otros casos, la gente traía sacerdotes o pastores para que sus hijos se arrepintieran. Era un lugar terrible y hermoso a la vez.

El 5B fue creado por Cliff Morrison, quien recordaba una visita en la que Elizabeth se quedó durante varias horas. Llamaba a las puertas y saludaba a todos y preguntaba si precisaban que ella siguiera algún protocolo especial. Se acercaba y cogía las manos de los pacientes sin llevar guantes, y cuando salía de la habitación se lavaba discretamente las manos, no porque estuviera preocupada por sí misma sino porque sabía que ellos tenían el sistema inmunitario debilitado y no quería transmitirles ningún germen que pudiera enfermarlos aún más. Después de haber visitado a todos los pacientes preguntaba si había alguna zona de descanso donde pudiera reunirse con un grupo más amplio. Los pacientes que se sentían lo bastante bien como para dejar su cama iban y se sentaban en círculo en torno a Elizabeth. Ella les decía que se sintieran libres para preguntarle lo que fuera. Un paciente le preguntó: «¿Qué tipo de dolor o de pena ha tenido en su vida y quién ha sido el amor de su vida?».

—He estado casada dos veces con Richard Burton, que fue el amor más apasionado de mi vida. Nadie peleó tanto ni amó más que nosotros —respondió ella—. Pero mi primer amor verdadero fue Mike Todd.

Morrison dijo que era como si estuviese en un cóctel con viejos amigos, solo que en este caso era café y cigarrillos. «Yo no podía creer lo cómoda que se sentía.» Aquella sala de descanso ahora lleva el nombre de Elizabeth.

Quería hacer sonreír a los pacientes. En 1986, alguien a quien ella no conocía le escribió una carta para decirle que uno de sus amigos, que había hecho algunos arreglos en casa de Elizabeth,

estaba en el hospital muriendo de sida. Ella hizo que le llevaran una nota y una orquídea morada a su cama del hospital: «Mi casa necesita una renovación completa (…) esta vez en colores morado y lavanda, de manera que tienes que curarte rápido y venir a ayudarme. Todo mi cariño, E. T.».

Capítulo 18

La señora Taylor va a Washington

Mi familia y las personas con VIH / sida son mi vida.

ELIZABETH

1986 Y 1987

La primera vez que Elizabeth fue a Washington a testificar ante el Congreso fue en 1986. «Dar dinero para el sida de aquí a diez años será demasiado tarde», dijo mientras docenas de periodistas y fotógrafos bregaban por entrar en una sala de audiencias, normalmente silenciosa, de la colina del Capitolio.

Empleó todos sus recursos para atraer la atención de los legisladores: envió cartas en papel con aroma a lavanda a los senadores, con información sobre el VIH y un mensaje manuscrito: «Creo que debería leer esto». Algunos senadores llevaron esas cartas consigo durante meses. Se los podía ver en el Senado sacar esas cartas del bolsillo de la americana para enseñárselas unos a otros. La amistad de Elizabeth con su anterior marido, John Warner, fue clave. «Conservamos esa amistad hasta el día en que murió», decía Warner.

—Vino a verme y me dijo: «Oye, necesito tu ayuda. Quiero que invites a los miembros de HELP [el Comité del Senado para la Salud, la Educación, el Trabajo y las Pensiones] a tu despacho y así yo podré hablar con ellos». Nos llevó un par de días arreglarlo. A un hombre extraordinario llamado Lowell Weicker, senador por Connecticut y buen amigo mío, le dije: «Lowell, elige a un par de los tuyos y ven. Me gustaría que escucharas a Elizabeth. Tiene

algunas ideas sobre este asunto». Cuando oyeron que venía Elizabeth, el comité en pleno vino a mi despacho —Warner rio—. Ella me dijo: «Ya es hora de que intervenga el Congreso. Esto es serio. No está afectando solo a Estados Unidos, está matando a gente en todo el mundo». —Warner hizo un momento de pausa, se echó hacia atrás en la silla y añadió—: Perfeccionó sus habilidades de congresista cuando realizó las tareas propias de la mujer de un senador, de eso no hay duda.

Washington no la intimidaba para nada y se sintió triunfadora al regresar a la ciudad, esta vez con un mensaje importante.

En esos momentos había muy pocas celebridades que también fueran activistas. Elizabeth y un puñado de otros actores y músicos fueron los primeros *influencers* que reconocieron el peso que llevaba su voz. Los artistas apenas comenzaban a hacer suyas algunas causas y a llamar la atención sobre problemas que ellos creían que se pasaban por alto o que se llevaban de mala manera. Jane Fonda fue una de las más importantes y locuaces activistas en contra de la guerra de Vietnam, y su activismo fue la inspiración de Elizabeth. «Si los discursos de los famosos no causaran un impacto, la derecha no objetaría a ellos. Nosotros somos como repetidores —le dijo Fonda a *Vanity Fair* en 2017—. Los repetidores son las torres que se ven encima de las montañas, que recogen señales del valle y las llevan por encima de las montañas a una audiencia más amplia. Y eso es lo que hacemos los famosos, si lo hacemos bien. Recogemos las voces de las personas que no pueden hacerse oír y retransmitimos sus historias.»

Cuando Elizabeth decidió dedicar su vida a terminar con el VIH y el sida, se unió a este grupo ilustre que incluía a activistas desde mucho tiempo atrás, como Harry Belafonte, que ayudó a organizar la marcha desde Selma hasta Montgomery por el derecho al voto en 1965 y que sigue trabajando en pro de los derechos civiles y la justicia social; Audrey Hepburn, que fue embajadora de UNICEF, y Paul Newman, que fue un activista y filántropo demócrata.

Elizabeth utilizó sus relaciones con muy buen resultado. Mantuvo su amistad con el matrimonio Reagan, a quienes había

conocido cuando ambos eran actores en Hollywood, y asistió a la segunda toma de posesión de Reagan en 1985. Este, finalmente, utilizó la palabra «sida» por primera vez en público el 17 de septiembre de 1985. Para entonces, ya habían muerto más de doce mil estadounidenses. En respuesta a la pregunta de un periodista acerca del virus, dijo que el sida era «prioridad absoluta». Pero no fue hasta 1987 cuando volvió a hablar públicamente del tema, y fue en gran parte por insistencia de Elizabeth. Después de la creación de amfAR, ella contactó con Nancy y le preguntó si los Reagan aceptarían ser presidentes honorarios de la asociación durante su campaña de recogida de fondos en San Francisco. Nancy respondió con una carta fechada en enero de 1986:

> *Debido a la enorme cantidad de solicitudes recibidas para que participemos en galas benéficas por el sida por todo el país, el Ala Oeste nos ha aconsejado que no aceptemos. Por mucho que nosotros deseemos participar en todas, espero que comprendas que no nos resulta posible. Si aceptáramos una invitación, creemos que no sería justo para todos los que nos escriben (...) El tiempo que estás dedicando a combatir esta epidemia merece la pena.*
>
> *Sinceramente, Nancy Reagan*

Al final de la carta añadió, de su puño y letra:

> *P. D.: Querida Elizabeth, espero que comprendas que no podemos hacerlo todo, pero pienso que lo que estás haciendo es fabuloso. Besos, Nancy.*

Elizabeth nunca se dio por vencida y siguió con la campaña de presión desde varios ángulos. Pidió a Reagan que fuese el orador inaugural de la cena para recaudar fondos para amfAR en el siguiente mes de marzo. Iba a celebrarse en Washington la noche anterior a la mayor reunión científica que se hizo nunca sobre el VIH y el sida. Al final de la carta, Elizabeth añadió: «*P. D.: Mi*

cariño para ti, Nancy. Espero verte pronto. E.». Pero, en lo privado, echaba chispas ante el silencio de los Reagan.

También ejerció alguna persuasión de forma personal. Cuando uno de los directores fundadores de amfAR, Jonathan Canno, le preguntó cómo lo había hecho para convencer a Reagan de que hablara en un acontecimiento sobre el sida, ella dijo: «Fui al Despacho Oval y estábamos solos el presidente y yo, y le dije exactamente esto: "Sería maravilloso si estuvieras ahí", y él respondió que no creía que fuera posible y me dio una excusa». Entonces ella se quitó las gafas y dijo, muy seductora: «Señor Presidente… Ronnie… si no puedes hacer esto por Estados Unidos, por favor, hazlo por mí».

Y en una carta con fecha del 23 de abril de 1987 finalmente tuvo la respuesta que buscaba:

Estimada Elizabeth, El presidente y la primera dama me han dicho que han aceptado tu invitación para participar en la cena de la American Foundation for AIDS Research. Estoy encantado y espero tener la oportunidad de verte (…) Sinceramente, Howard Baker.

Elizabeth había hecho amistad con Baker cuando este trabajaba en el Senado con John Warner. Y ahora Baker era el jefe de personal del presidente Reagan. Elizabeth tenía amigos en las altas esferas.

Landon Parvin era un escritor de discursos en la Casa Blanca de Reagan y fue él quien escribió el discurso del presidente para la cena, que llegó a ser conocida como la Cena del Potomac porque iba a tener lugar a orillas de ese río. Parvin dijo que la oficina de redacción de discursos era muy conservadora y Nancy Reagan, que tenía una enorme influencia dentro de la Casa Blanca, pensó que un discurso conservador no iba a hacer honor al presidente. Sabía que Parvin era más moderado y por eso le pidió a él que escribiese personalmente el discurso. Trataba de apoyar, no solo porque Elizabeth se lo hubiese pedido, sino porque ya tocaba.

Parvin le pidió a Nancy Reagan que arreglase un encuentro privado entre el director general de salud pública, Koop, y su esposo antes de la cena. Quedó sorprendido cuando Koop le dijo que, en realidad, todavía no se había reunido nunca con Reagan

para hablar del sida. Cuando tuvo lugar la reunión, la sala estaba atestada. «No creo que la señora Reagan supiera que iba a asistir tanta gente —dijo Parvin—. Pero seguramente pensó que si el presidente oía las historias personales de personas con sida, eso lo conmovería.» Las historias personales fueron silenciadas por las voces de los que eran escépticos con respecto a destinar más dinero para el sida.

La noche de 1987 en que se celebró la cena, cientos de personas se reunieron en una tienda montada al aire libre; muchas tenían VIH. Sostenían velas en honor a sus seres queridos que habían fallecido. Pero los abucheos de la multitud comenzaron y se hicieron más fuertes cuando Reagan anunció que el sida se iba a incluir en la lista de enfermedades contagiosas que haría que no se admitiera a inmigrantes en Estados Unidos. Dijo que quería que se testeara rutinariamente a los presos federales, a los inmigrantes y a la gente que solicitara licencias matrimoniales. Ni una vez mencionó la necesidad de proteger los derechos de las personas gais, y tampoco dijo que las personas que dieran positivo en VIH debían tener sus derechos protegidos.

—Fue el discurso de una personalidad dividida —recordaba Parvin—. La primera mitad estaba llena de compasión, pero la segunda mitad era sobre reglamentos y ahí fue donde se produjo la división (...) Mucha gente creía que no era necesario entrar en tanto detalle. Dijeron que no era digno de un presidente tratar ciertos asuntos, como el uso de condones. Dijeron que sería como si Eisenhower hablase de sexo.

Con todo, fue importante que el presidente hablara en público y con cierta extensión sobre el virus que estaba devastando el país. Un mes después de la cena, Elizabeth envió a Reagan una carta de agradecimiento, sabedora de que en política muchas veces es mejor halagar, para seguir consiguiendo cosas, que reprochar. Calificó su discurso como «muy valiente y franco» y le agradeció el haber dicho que el sida es «un desafío que nos afecta a todos». Alabó su «llamamiento a favor de la compasión y en contra de la discriminación» y lo más importante es que añadió: «Sería estupendo, señor presidente, si usted, Nancy y yo pudiéramos

sentarnos a hablar de estos temas en el futuro». Efectivamente, tuvo la oportunidad de hablar con él en privado sobre el VIH y el sida.

Henry Waxman era presidente e importante miembro del Subcomité de Energía y Comercio del Comité de Salud y Medio Ambiente cuando convocó la primera audiencia en el congreso sobre el sida, en 1982. Comentó que en aquellos días algunos de sus colegas llevaban sus propias tijeras y peines a la barbería del Capitolio porque tenían miedo de contraer sida. Elizabeth le dijo que ella había hablado con Reagan de todas las personas que conocían en Hollywood y que tenían sida, y señaló que la mayoría de ellas sufrían en silencio para que no las discriminaran. En aquella época, podían perder su trabajo solamente por ser gais.

Para cuando llegó al Capitolio, Elizabeth ya sabía mucho sobre el sida. A mediados de los años ochenta se reunió con el doctor Anthony Fauci, que dirigía las investigaciones del Gobierno sobre el virus. Él la llevó a hacer un recorrido por los Institutos Nacionales de la Salud. «Cuando la llevé a recorrer mi pabellón ella tenía bastantes problemas con la espalda, y caminar no le resultaba cómodo, pero, sin embargo, iba con una sonrisa y alentaba a los enfermos. Apretaba los dientes mientras andábamos (...) [sin embargo] cuando se encontraba con pacientes, la mayoría hombres jóvenes que se estaban consumiendo porque entonces no había tratamiento, nunca les mostró nada negativo.»

Quedó sorprendido de los conocimientos de Elizabeth sobre el virus y también por su compromiso de «sacudir las jaulas de la clase dirigente». No solo estaba rebelándose contra la apatía del Gobierno, también quería cambiar la forma en que el público en general veía el VIH y el sida. Quería que la gente se hiciera consciente de que cualquiera podía infectarse, no solo los hombres gais.

—Cuando tratas con famosos, a veces te pasan por alto. No es el caso con Elizabeth. Cuando la mirabas, ella te hacía sentir que tú eras la única persona que estaba en la habitación.

Elizabeth llevaba un sentido real de urgencia al nivel más personal que se pueda imaginar. Aileen Getty, madre de dos de sus

nietos, dio positivo en VIH. La nieta de John Paul Getty, el multimillonario dueño de la Getty Oil Company, se casó en 1981 con Christopher Wilding, hijo de Elizabeth, y ambos tuvieron dos hijos, Caleb y Andrew. En 1987 le confió a Elizabeth que había hecho una prueba de VIH y había resultado positiva, después de haber practicado sexo no seguro en el curso de una aventura extramarital. Este tipo de confesión es algo que a cualquier suegra le hubiera causado un problema, y ya no hablemos de perdonar, pero Aileen se sintió bien al confiárselo a Elizabeth, a quien quería mucho.

Como Elizabeth, Aileen era adicta. Mantenía una relación terriblemente destructiva con su padre y le pesaba la extraordinaria fortuna de su familia. Llevaba seis años sobria hasta el diagnóstico de VIH, que la sumió en una gran depresión. Se despertaba sudando, había perdido peso y tenía tantos dolores que había comenzado a tomar drogas otra vez. La vergüenza y la culpa la consumían.

Cuando se lo contó a Elizabeth estaba con ella en París para un evento de amfAR. «Recuerdo que las dos nos abrazamos y lloramos», dijo, con la incomodidad de admitir ante su suegra que había sido infiel a su hijo más la espectacular ironía de haber enfermado justo cuando Elizabeth lanzaba su batalla contra la enfermedad. «Fui la beneficiaria de aquel cariño real, compasivo y carente de juicios en un momento en que me odiaba tremendamente a mí misma. Ella fue capaz de mantener esa pequeña luz que yo no sabía que había en mí porque la enmascaraba con mis terribles elecciones.»

Los dos nietos de Elizabeth tenían menos de diez años cuando el diagnóstico de su madre. Elizabeth consiguió que el doctor Gottlieb la ayudase a incluir a Aileen en el ensayo del fármaco AZT. Ayudó a Aileen a hablar con su padre, a quien esta temía tremendamente. «Para ella yo no era una adicta enferma. Creo que se dio cuenta de que estaba quebrada. Nunca trató de quitarme eso, siempre permitió que yo fuera yo.»

Elizabeth dio a Aileen Getty el amor incondicional que sus padres biológicos no le daban. «Esta chica es como mis propios

hijos —dijo—. ¿Cómo podría hacer otra cosa que no sea intentar salvarle la vida? Y voy a salvarla.» Hubo momentos en que tuvo que cancelar planes propios porque se había pasado toda la noche con Aileen, que estaba en su casa cada vez que no se encontraba bien.

1990 Y 1991

Elizabeth volvió a Washington en 1990 a testificar a favor de la Ley CARE, de Ryan White, que prohibía la discriminación de personas con VIH, y también para generar conciencia y recaudar dinero. Michael Iskowitz era el jefe de asesores del senador Ted Kennedy sobre VIH y recuerda que los senadores prácticamente tuvieron que empujar a personas con VIH para llegar hasta Elizabeth cuando se aprobó la ley. «Podían venir a estar con ella y hacerse fotografías —dijo—, pero primero tenían que copatrocinar la ley, y si no lo hacían, no podían entrar al recinto.» Esto fue lo que logró el apoyo de docenas de senadores, y Jeanne White-Ginder hizo el resto. Sin Elizabeth no habría sucedido.

—Ella intentaba hablar con la persona tras el cargo —dijo Iskowitz— y esperaba que él [el senador Ted Kennedy] pudiera entrar y cerrar el trato. Sabía que hablando de uno en uno con los senadores iba a poder convencerlos.

En la década de 1980, la enfermedad la había afectado a ella personalmente e incluso perdería más amigos en la de 1990. Sentía lo mismo por su aplomado y guapo asistente, Roger Wall, que había sentido por Aileen Getty. Era como de la familia. Wall había trabajado para Tom Jones y Barry Manilow antes de hacerlo para Elizabeth. «Roger era un chico de campo que tenía los pies bien asentados en el suelo. Su lugar no era Hollywood ni el cine: venía de una pequeña ciudad del sur —explicaba Manilow—. Todo el mundo lo quería porque no pertenecía ni a Hollywood ni al mundo de la música. Era un tipo fantástico.»

Los amigos de Elizabeth decían que la única vez que la vieron derrumbarse durante su lucha contra la enfermedad fue cuando

habló de Roger. «Creo que uno de los motivos por los que mi madre se llevaba tan bien con Roger es que él no se ponía dramático —dijo Chris Wilding—. Incluso cuando ella se ponía en plan dramático, él se seguía manteniendo calmado y normal. Creo que mi madre lo quería de verdad.» Wall le habló sobre sus amigos que estaban enfermando y cuando él resultó positivo en VIH, ella hizo todo lo posible por salvarle la vida.

Todos estaban desesperados porque se encontrase una cura, o siquiera un tratamiento que ralentizara el avance de la enfermedad. El Proyecto Inform, al que Elizabeth había contribuido con dinero, estaba haciendo un estudio no oficial de un tratamiento para el sida llamado Compuesto Q. El fármaco se obtenía de una planta parecida a un pepino original del sudeste asiático.

«Muchas personas muy cercanas a Elizabeth estaban ansiosas porque sus amigos formasen parte del estudio ya que, en aquel momento, parecía ser lo único que les daba esperanzas —dijo Sally Morrison—. AmfAR publicó la agenda de estudios, en la que se informaba sobre todos los estudios, legales o no, que buscaban el fármaco definitivo. La idea era empoderar a la comunidad de pacientes para saber lo que estaba pasando en el ámbito de la ciencia. Conocíamos el estudio Q y enviamos a alguien a observarlo porque sentíamos que, aunque no fuera legal, si había la posibilidad de que de él saliera alguna información útil; éticamente teníamos que informar sobre ello. Elizabeth dispuso que se llevase a San Francisco una suma de dinero determinada para que algunas personas pudieran apuntarse a ese estudio.»

La pareja de Roger Wall, Bradley Anderson, recuerda haber entrado en la cocina de Elizabeth y haber visto sobre los mármoles maletines de aluminio de Halliburton llenos de dinero en efectivo. Ese dinero, que se cree que eran decenas de miles de dólares, se llevó a San Francisco. Todas las personas enfermas deseaban participar del estudio del Compuesto Q y Elizabeth quería que Roger —que estaba cada día más delgado y más deprimido— entrase lo antes posible.

Cuando Elizabeth vio a Anderson le guiñó un ojo y le

preguntó:

—¿Adivina qué es lo que no has visto?

—Esa parte ya me la puedo imaginar —respondió él—. ¿De dónde has sacado el dinero?

—¿A ti qué te parece?

—Bueno, tú recaudas dinero para el sida.

—No querían pagar por esto.

Se trataba de dinero de la misma Elizabeth. «Creo que ella habría hecho lo que fuera por salvar la vida de Roger», dijo Morrison. Lamentablemente, el fármaco no resultó efectivo y el estudio se suspendió.

Roger tenía cuarenta y dos años cuando murió, en 1991. Según Anderson, se tragó docenas de comprimidos de Seconal, un sedante muy potente, y la tercera parte de una botella de whisky. Ya había pasado alrededor de un año desde su diagnóstico y había dicho que llegados al punto de tener pocos linfocitos T y comenzar a aparecerle llagas en la cara —los signos de que el virus ya había destruido su sistema inmunitario— iba a quitarse la vida. «Trataba de echar a todo el mundo —dijo Anderson, que fue quien descubrió su cuerpo sin vida en el dormitorio—. Yo estaba convencido de que podía suicidarse, pero habíamos acordado que nunca lo haría en nuestra casa y tampoco de manera que fuese yo quien lo encontrara. Creo que se vio acorralado contra la pared. Primero llamé a la policía, después llamé a mi hermano, luego a mi hermana y después a Elizabeth. Debían de ser las dos o las tres de la madrugada. Elizabeth me dijo que cuando sonó el teléfono ella supo exactamente de qué se trataba.» Fue una de las pérdidas más dolorosas que tuvo que encarar.

Elizabeth contribuyó a que el mundo viera que el sida no era una enfermedad únicamente de los gais, como se consideraba en ese momento. El doctor David Ho, que trató a Elizabeth de su neumonía doble en 1990, también fue el médico de Magic Johnson. Cuando a Johnson lo diagnosticaron como positivo en VIH, en 1991, Ho lo puso en contacto con Elizabeth. Ella no quería presionar a nadie para que hiciera público su diagnóstico: iba a apoyar cualquier decisión que Johnson quisiera tomar. Este habló

también con Elizabeth Glaser, que dirigía la Fundación para el Sida Pediátrico, y que, al ser ella misma positiva en VIH, fue decisiva en su ayuda a Magic para que lidiase con su situación.

—En aquella época —dijo Ho— no era tan fácil hacer pública esa información, pero desde el mismo momento del diagnóstico tuve la sensación de que él se inclinaba en esa dirección.

El anuncio que hizo Johnson en 1991 dejó pasmado al mundo porque fue el primer hombre no gay que reveló su diagnóstico. Eso ayudó a que el mundo cambiase su visión del sida. Whoopi Goldberg era amiga de Elizabeth desde que comenzó su carrera en el cine. Fue una de las primeras famosas que ayudaron a recaudar dinero y a dar a conocer la enfermedad. Igual que Elizabeth, había visto morir a muchos amigos.

—Elizabeth fue la primera persona que realmente los sacudió en aquella convención [la Convención Nacional Republicana de 1992]. Mary Fisher consiguió asustar a toda la gente porque de repente se hizo evidente que había que acabar con la mentalidad de que era una enfermedad exclusiva de los gais, ya que cualquiera podía padecerla —dijo Whoopi—. Cuando lo dijo Elizabeth, la escucharon. Mary, junto con Elizabeth Glaser y Elizabeth Taylor, dio la vuelta a la conversación. Comenzó con Elizabeth, porque era la persona más prominente que mantuvo la cabeza alta y habló de lo que les estaba sucediendo a sus amigos. Y no sentía vergüenza, ni sentía miedo, y entonces llegan aquellas otras dos mujeres y dicen: «A propósito, podemos cogerla todos».

1992

Cuando conoció a Elizabeth, Mike Shriver era un activista contra el sida, de veintiocho años y positivo en VIH, que gestionaba un programa de tratamiento para hombres gais basado en la prevención y el cuidado. Formaba parte del Communities Advocating Emergency AIDS Relief (comunidades para la asistencia de urgencia para el sida), grupo de apoyo conocido como CAEAR Coalition. Elizabeth se encontraba en Washington

para una reunión con el portavoz William Natcher, un demócrata de Kentucky de ochenta y tres años de edad e influyente miembro del Comité de Asignaciones del Congreso. A estas alturas, Elizabeth ya era una experta: si un defensor iba a ayudar a su grupo de presión, decía, tenía que ser alguien que viviera con VIH. Ella y Shriver estaban ahí para presionar a favor de más dinero para la Ley CARE de Ryan White.

Antes de comenzar la reunión a puerta cerrada en el despacho de Natcher, Elizabeth dio una palmadita a Shriver en la pierna: «¿Prefieres Mike o Michael?», le dijo.

—Yo no era mucho más que un crío —relataba Shriver— y estaba ahí, sentado junto a Elizabeth Taylor.

Gracias a sus años de matrimonio con John Warner, Elizabeth sabía cómo actuaban los resortes del poder en Washington. Sabía que para que el impacto fuera mayor tenía que ir allí en persona, que tenía que deslumbrarlos con su cabello negro recogido hacia arriba y el enorme diamante Krupp en el dedo. Natcher tenía la política de no reunirse nunca con nadie que no fueran sus votantes, pero con ella hizo una excepción. Habló y habló sobre cosas que, Elizabeth lo identificó inmediatamente, eran una pérdida de tiempo, y supo que iba a dar vueltas alrededor de lo mismo todo el rato. Puso la mano sobre el hombro de Shriver e interrumpió a Natcher diciendo: «Solo quiero saber qué va a hacer usted para ayudar a mi amigo Mike. Nos prometió 880 millones de dólares y lo que nos ha dado son ciento diez millones». Shriver recordaba que Elizabeth estuvo muy clara y muy centrada en la cantidad de dinero. Natcher la miró y dijo: «Yo no soy el problema. Tampoco es el Congreso. Son los senadores. La persona con quien usted tiene que hablar de esto es el senador Harkin». Y es exactamente donde ella fue, al despacho de Harkin. Este era un senador por Iowa, miembro influyente del Comité para la Salud, la Educación, el Trabajo y las Pensiones.

Mientras se dirigían hacia allá, Elizabeth le preguntó a Shriver todo lo que necesitaba saber. Él la llamaba «señora Taylor» todo el rato. Ella le puso una mano en el brazo y le dijo muy suavemente: «Elizabeth». Cuando se acercaban al sector del

Capitolio ocupado por el Senado, la gente iba asomando la cabeza por las puertas de los despachos. Mientras Shriver la informaba, ella se apoyaba en su brazo como si él fuese su pareja.

Harkin había sido convocado a una reunión de urgencia, pero antes de marcharse Elizabeth ordenó a todo el personal que acudiera al vestíbulo delante de la oficina del senador, que era donde estaban ella y Shriver. Con total autoridad, les dijo:

—Haced saber a vuestro jefe que todo lo que preocupa a mi amigo Mike Shriver también le preocupa a Elizabeth Taylor.

Los hombres blancos ya mayores que conformaban la amplia mayoría del Congreso hacían contorsiones para echarle una ojeada a ella. A un empleado de amfAR le dijo más tarde que sus recuerdos de Washington eran malos. «No son nada educados», dijo, y añadió que cuando algunos de ellos formaron una fila para fotografiarse con ella, a veces se les descontrolaban un poco las manos o la abrazaban fuerte durante largo tiempo. «Ella pensaba que no tendría que preocuparse por ese tipo de cosas porque eran figuras públicas —dijo la misma persona— y daba por sentado que allí habría cierto nivel de refinamiento. Lo encontró asqueroso.» Pero hizo lo que tenía que hacer.

El diputado Henry Waxman, cuya jurisdicción incluía Hollywood Oeste, distrito que el VIH estaba asolando, dijo que dado que Elizabeth había estado casada con Warner, «los senadores republicanos podían fingir que ella era republicana».

En 1992 Elizabeth testificó ante el Senado para presionar por más fondos para la ley, ya que habían sido pocos y se habían retrasado. La veterana defensora de la lucha contra el VIH y el sida, Sandy Thurman, testificó junto a Elizabeth y recuerda haberla mirado y distraerse por un instante de su propio testimonio. «Aquellos ancianos estaban totalmente embrujados —dijo—. Estaban hipnotizados. Cuando ella entró, nos quedamos sordos con el “clic” de las cámaras y ciegos con la luces de los flashes. Pero en cuanto ella se sentó, podíamos oír el ruido de un alfiler al caer al suelo. La forma en que presentó su testimonio fue tan exigente y crítica que todo el mundo prestó atención a lo que decía. Imponía respeto.»

Elizabeth ayudó a obtener financiación para la Ley CARE de Ryan White. «Estábamos esperando para subir al podio en el Capitolio y yo estaba detrás de Elizabeth —narró Jeanne White-Ginder—. Yo era un manojo de nervios y me impresionaba mirar por encima de su hombro porque sus notas estaban todas marcadas. Ryan no pudo estar con nosotros [había muerto el 8 de abril de 1990, a los dieciocho años de edad], de manera que era importante que Elizabeth estuviera allí.»

Esta se tomaba muy en serio estas apariciones públicas. Sally Morrison le ayudaba a escribir sus discursos. Muchas veces, Elizabeth devolvía un borrador y decía que el texto tenía que ser más explícito por lo que se refería al sexo seguro. «Yo veo la realidad —le decía a Morrison—, y necesito transmitirla de acuerdo con mi personalidad.» Había sido actriz de cine durante tanto tiempo que subrayaba palabras y sílabas con ritmo y entonación. Conocía el ritmo, dividía las oraciones en trozos pequeños; eso era lo que White-Ginder veía cuando miraba sus notas por encima del hombro de Elizabeth.

—No le daba vergüenza, hablaba sobre semen y sobre lo que fuera para destacar la necesidad de practicar sexo seguro —dijo Morrison.

Y era una persona que jugaba en estadios muy grandes. Aquel año también habló delante de setenta mil personas en el concierto de homenaje a Freddie Mercury, en el estadio de Wembley. «Protegeos. Si practicáis sexo, cada vez que lo hagáis usad un condón. Cada vez. Sexo entre hombre y mujer, sexo gay, sexo bisexual, utilizad condón de todas las maneras. Y si compartís drogas, no compartáis la jeringuilla (...) Tengo un mensaje para todos y cada uno de vosotros —dijo, con la voz cargada de emoción—. Protegeos, amaos, respetaos, porque seguiré diciendo esto hasta que lo hagáis, y no cejaré y no me cansaré porque el mundo necesita que vosotros viváis.»

Ese mismo año apareció en la cubierta de *Vanity Fair* envuelta en satén de color mandarina y sosteniendo un condón. El fotógrafo, Firooz Zahedi, recordaba que había recibido una llamada de un editor en la que le decía que si Elizabeth estaba de acuerdo en

sostener un condón, el artículo que iba dentro de la revista, «La odisea de Liz por el sida», sería la portada. Ella aceptó de inmediato.

* * *

Hubo toda una serie de cosas, grandes y pequeñas, que hizo Elizabeth durante la crisis del sida, que causaron profunda impresión entre la gente que la rodeaba. Era muy amiga de Sammy Davis Jr. (él la llamaba cariñosamente «cara»), cuyo gerente tenía sida. Elizabeth hizo cubrir su piscina para transformarla en pista de baile y dio en su honor una última fiesta de cumpleaños.

Fue una de las precursoras de los controvertidos programas de intercambio de agujas para ayudar a limitar la propagación del virus por medio del consumo intravenoso de drogas. Algunos conservadores argumentaron que los intercambios de agujas alentaban a consumir drogas. «Se llama intercambio de agujas —aclaró ella, incrédula—: la persona ya tiene una aguja, ya es un yonqui, ya está consumiendo heroína. Dejad que use una aguja limpia para que no pase la enfermedad a la mujer y al hijo (...) Podría salvar cientos de miles de vidas. Es lo mismo que ser remilgados a la hora de usar condones: los maestros, los padres tenemos una obligación, tenemos el deber como padres de hablar con nuestros hijos porque ellos ya experimentan con el sexo.»

En 1987 se desplegó en Washington la Manta del Recuerdo del sida, que conmemoraba la vida de las cuarenta mil personas muertas hasta entonces por causa de la enfermedad. Cada panel tenía 90 por 180 centímetros, aproximadamente las dimensiones de una tumba, de manera que cuando se desplegó en el National Mall los visitantes pudieron visualizar la devastación causada por la enfermedad. Cuando se abrió por primera vez, la manta era más grande que un campo de fútbol, con 1.920 paneles. En 1989 ya había más de 12.000 paneles y hacia 2020 casi 50.000 paneles y pesaba cincuenta y cuatro toneladas.

Elizabeth encabezó la marcha con velas en octubre de 1996, cuando la manta regresó al National Mall. La actriz Judith Light caminó con Elizabeth desde el Capitolio hasta el monumento a Lincoln. Antes de comenzar la caminata, esta le comentó a Light que la cadera le estaba molestando bastante. «Si tú haces el camino, haremos lo que sea para apoyarte. Conseguiré que los gais más fuertes y potentes de la comunidad te lleven en brazos, si es necesario», le dijo Light.

Elizabeth rio y respondió: «Muy bien, lo haré» .

Según Light, Elizabeth era «luminosa». La actriz fue a visitar el panel de Roger Wall, que ella había ayudado a redactar. Ponía: «Recordamos la risa, sentimos las lágrimas y nunca olvidaremos lo demás».

No fue hasta 1996 que el VIH pasó a ser una enfermedad crónica para los pacientes con acceso a la terapia antirretrovírica de inhibidores de las proteasas, un tipo de fármaco antivírico. Muchos de los pacientes que sobrevivieron hasta 1996 siguen vivos hoy, entre ellos Aileen Getty y Magic Johnson. Hoy en día, las personas que conviven con el VIH y el sida pueden lograr la supresión del virus, lo que significa que no lo transmiten si toman la medicación adecuada. La potencia de la investigación que Elizabeth ayudó a financiar por medio de su activismo fue la clave.

A ella se le reconoce haber recaudado más de cien millones de dólares a lo largo de un cuarto de siglo para la causa que llegó a ser el capítulo más definitorio de su épica vida. Y se dio cuenta de que su trabajo de actriz palidecía al lado de su tarea como activista.

Acto sexto
UN LEGADO DE AMOR
De la década de 1990 hasta 2011

Si mañana el bisturí resbalara, moriría sabiendo que he vivido UNA VIDA EXTRAORDINARIA.

ELIZABETH, *Life*, 1997

Capítulo 19

En busca de Neverland

> Hay algo en él que es tan querido e infantil —no aniñado, sino infantil— que compartimos y con lo que nos identificamos.
>
> ELIZABETH, SOBRE MICHAEL JACKSON

Era un circo, incluso para los desmesurados estándares de Hollywood sobre bodas. Una docena de helicópteros daban vueltas por encima de la extensa propiedad. Cada uno de ellos estaba abarrotado de fotógrafos que sacaban la cabeza por las ventanillas en busca de un buen ángulo. Una docena o así de globos morados y amarillos marcaban el cielo en un vano intento de alejarlos. A un piloto de parapente, las aspas de un helicóptero estuvieron a punto de cortarle las cuerdas mientras flotaba por encima del espectáculo.

Era el 6 de octubre de 1991 y este era el octavo y último paseo de Elizabeth hacia el altar. Se casaba con el más extraordinario de todos sus maridos: Larry Fortensky, un trabajador de la construcción veinte años más joven que ella. Elizabeth era muy amiga de Michael Jackson y este le había ofrecido que hiciera la boda en su propiedad, Neverland, a 190 kilómetros al norte de Hollywood.

Antes de la boda, Moshe Alon había enviado pasantes a trabajar básicamente como espías en algunas de las revistas de entretenimiento a fin de poder prepararse para la embestida. «Fue como una operación del Mosad», dijo Alon, que había trabajado para el Servicio Secreto Israelí. Puso cien oficiales de seguridad en Neverland. «Yo había hecho correr el rumor de que iba a haber

guardias con Uzis [una ametralladora israelí] para asustar a la gente. Los tabloides contrataron camareros para que llevaran cámaras en sus trajes y paracaidistas con cámaras en los cascos. Debido a los helicópteros, fui a la FAA [Administración Federal de Aviación] a pedir permiso para soltar globos meteorológicos. En algún momento durante la boda, la cosa se puso bastante peligrosa porque los helicópteros volaban muy cerca de los globos.»

Para Elizabeth, la boda era una combinación de placer y negocios. Creó la Fundación Elizabeth Taylor para el Sida (ETAF) con el dinero que recibió por vender las fotos del acontecimiento a la revista *People* por un millón de dólares. Los invitados eran recibidos por un gran cartel que ponía: CÁMARAS NO.

A estas alturas, Elizabeth creía que amfAR se había vuelto muy corporativa, y quería que ETAF se centrara en la atención y la educación de los pacientes mientras ella continuaba apoyando a amfAR. «Ahora tengo lo mejor de ambos mundos —dijo—. Yo recaudo dinero: es dinero en efectivo y va directamente a su destino.» Por otra parte, no le gustó la decisión de amfAR de llevar a Sharon Stone a ocupar su lugar cuando ella no se encontraba bien. Según una amiga muy cercana, Elizabeth tenía la impresión de que en los eventos en que ambas coincidían, Sharon la trataba como a una anciana senil. Siempre le había disgustado que tratasen de esa forma a los mayores y no tenía ganas de ponerse ella misma en esa posición.

* * *

Elizabeth conoció a Fortensky durante su segundo ingreso en el centro Betty Ford, en 1988. Lo habían detenido varias veces por conducción en estado de embriaguez y había recurrido al Betty Ford gracias a su seguro con la Teamsters Union.[1] «Estábamos en un momento muy vulnerable —dijo Elizabeth sobre su primer encuentro—. Te dan una buena paliza [en terapia], luego te sacan afuera la mierda y después te dan las herramientas para que te

recompongas. Larry fue muy protector conmigo. Más tarde me contó que a veces tenía ganas de matar al terapeuta.»

Fortensky, que entonces tenía treinta y nueve años, se había criado en una familia de clase trabajadora en Stanton, California, y era el mayor de siete hijos. Abandonó los estudios secundarios y se divorció dos veces. Antes de conocer a Elizabeth nunca había estado a bordo de un avión. Y su ocupación como obrero de la construcción era parte de su atractivo. Incluso después de casados siguió trabajando durante algún tiempo. Ella se levantaba con él a las seis de la mañana, tomaba el desayuno envuelta en un glamuroso caftán y luego, cuando él salía para el trabajo, volvía a meterse en la cama. Él llevaba una motocicleta y carecía totalmente de malicia. Le daba a Elizabeth la sensación de normalidad que ella nunca había tenido. No hace falta decir que con toda probabilidad él se habría conformado con una boda mucho menos extravagante.

La pareja recitó sus votos bajo la blanca glorieta de la propiedad de Jackson (1.093 hectáreas) en el valle de Santa Ynez. Los ciento sesenta invitados de alto perfil, entre los cuales estaban Nancy Reagan y Brooke Shields, contemplaron atónitos cómo un fotógrafo saltaba desde un helicóptero, abría el paracaídas y parecía dirigirse hacia el altar. Llevaba una cámara montada en el casco y venía a baja altura, tratando de captar una imagen de Michael Jackson. Hubo un momento en que pareció que iba a aterrizar sobre la señora Reagan. De repente aparecieron guardias de seguridad que salieron de los arbustos mostrando sus armas. Uno de ellos agarró las piernas del paracaidista cuando este tocaba el suelo. Le arrancaron el casco y comenzaron a palpar al hombre en busca de explosivos y armas. Todo sucedió en menos de treinta segundos y luego el tipo desapareció. La señora Reagan no se movió ni un centímetro: aparentemente, ocho años como primera dama la habían preparado para este tipo de cosas.

Elizabeth, que entonces tenía cincuenta y nueve años, se retrasó una hora y llevó un traje de Valentino, amarillo pálido, valorado en 25.000 dólares. Su madre, Sara, estaba en una silla de ruedas en primera fila. Elizabeth entró en la glorieta escoltada por

Michael Jackson por un lado y Chris Wilding por el otro. Su peluquero, José Eber, era su padrino.

La novia comprendía lo absurdo de todo el asunto. Más tarde le dijo al periodista de celebridades Baz Bamigboye, que había sido uno de los reporteros que iban casi fuera del helicóptero, sujetos por un arnés, para ver algo de la ceremonia, que ya estaba todo olvidado.

Bamigboye recordaba: «Días más tarde, cuando oyó que yo había cubierto su boda con Larry Fortensky, se acercó a mí en una función y me dijo que era un tonto por arriesgar mi vida para informar sobre su boda. Luego me abrazó. "Me alegro de que estés bien y de forma privada me alegro de que hayas estado, a tu manera, en mi boda." Ese fue el abrazo que me dio una verdadera estrella y que nunca he olvidado».

Brooke Shields era muy amiga de Michael Jackson y este insistió en que viniera a la boda como su pareja, aunque esta no conocía bien a Elizabeth. Dijo que Jackson actuaba como padre de la novia. Recordó que mientras Elizabeth se preparaba estuvo con ella y sus ayudantes. La novia pidió que alguien le raspase los zapatos.

«Después fue al cuarto de baño y cerró la puerta. Su ayudante me miró y preguntó: "¿Qué significa eso?". Yo le dije: "Rayar las suelas para que no resbale". Y ella: "No sé qué quiere decir".» Shields cogió un tenedor y rayó las suelas de los zapatos entrecruzando las líneas, lo que es un antiguo truco de las modelos.

—Ya está, dale estos —dijo, entregándole los zapatos a la ayudante.

—¡Ah, Dios mío, estás destruyendo los zapatos de Valentino! —exclamó ella.

—No, solo los estoy raspando.

—Entonces dáselos tú.

—Yo no voy a dárselos, ella no quiere que se los dé yo, quiere que se los des tú.

—Bueno, yo no se los doy. ¡Son zapatos de Valentino!

Shields llamó a la puerta y Elizabeth la abrió y sacó una mano para coger los zapatos.

Para contribuir a lo surrealista del día, la escritora de superventas de autoayuda y consejera espiritual de Hollywood, Marianne Williamson, fue la que ofició la boda. «Había una profunda dulzura que emanaba de ella, era casi una cualidad infantil —dijo sobre Elizabeth—. Era como una muñeca de porcelana encerrada en una cárcel.» Estaba rodeada por sus ayudantes que, según Williamson, la sobreprotegían —aunque estaba claro que Elizabeth quería que sus ayudantes actuaran como amortiguadores y protectores entre ella y todos los demás— y que no tomaban en serio a Fortensky. Esperarían a que este matrimonio se acabase, como pasó con los anteriores.

«Y además —añadió—, súmale a eso la energía oscura de Neverland.»

La propiedad tenía un aire fantasmal y se parecía más a un parque de atracciones que a una casa privada. Casi siempre estaba llena de niños, muchos de los cuales eran chicos jóvenes. Había una pantalla gigante que mostraba dibujos animados todo el tiempo, una estación de trenes, altavoces que parecían piedras y pasaban música de películas y estatuas de niños sonrientes a lo largo de los caminos de gravilla y los senderos para los carritos de golf. Por todas partes se veía la iconografía de Peter Pan.

Jackson y Elizabeth salían de pícnic, dos adultos quebrados que intentaban recobrar la infancia perdida. «Tratamos de escapar y de fantasear —explicó Jackson—. Con ella yo puedo relajarme de veras porque hemos vivido la misma vida y experimentado las mismas cosas.» Esa vida, dijo, es «la gran tragedia de los niños estrellas». «Les gustan las mismas cosas —dijo con aquella voz un poco susurrante—: Circos. Parques de atracciones. Animales.»

La propia casa tenía tejas oscuras, ventanas con muchos cristales y una estatua de Mercurio (el dios de las mercancías y los comerciantes) al frente. «Había un libro de visitantes delante de la puerta del dormitorio, así como un libro de firmas para la boda», dijo Bradley Anderson, que visitó Neverland con Elizabeth. Anderson vio dos sacos de dormir con imágenes de Peter Pan delante de un gran hogar de leña en el dormitorio de Jackson. Jorjett Strumme estuvo en Neverland media docena de veces.

Contó que si alguien andaba por el pasillo de los dormitorios sonaba una alarma, algo que a ella le pareció extraño.

En la recepción, Jackson bailó con Elizabeth y Shields tuvo que bailar con Fortensky. «Al instante de comenzar a bailar, yo fui hacia Elizabeth y Michael y pregunté "¿Puedo?". De modo que yo bailé con Michael y devolví a Elizabeth a su marido.» Esa noche, Shields acabó por sentir lástima por Elizabeth. Recordó lo mucho que le gustaba el pastel crujiente helado del Heath Bar y lo dispuesta que estaba siempre a reír, pero esa boda estuvo tan alejada de lo privado y personal como se pueda imaginar.

«Creo que en ella todavía había algo de niña pequeña y yo sentí que había una parte de ella que estaba oculta —dijo Shields —. Porque fue una boda tan grande y todo era tan inmenso que ella podía desaparecer, podía interpretar a [la diva] Elizabeth Taylor. Y por otro lado estaba la persona que se sentaba junto a mí para comer pastel helado.»

La relación más estrecha que tenía Michael con una famosa era con Elizabeth. Se conocieron cuando él la invitó a uno de sus conciertos. Ella había llevado consigo a varios amigos, pero no podían ver el escenario desde donde estaban y se fueron temprano. «Michael se enteró de que me había marchado a medio concierto y al día siguiente me llamó y lloraba porque yo me había ido. No me había ido. Es que no podía ver nada —le dijo a Larry King—. Y después hablamos por teléfono unas tres horas y de ahí en adelante cada vez hablamos más por teléfono.»

Un día, Michael le propuso pasar por su casa y visitarla. Elizabeth estuvo de acuerdo.

—¿Puedo llevar a mi chimpancé? —preguntó él. Y se presentó en la puerta de casa de la mano del simio, llamado *Bubbles*. «A partir de ese momento hemos sido inseparables —dijo Elizabeth—. Nos lo contamos todo.»

Compartían un caso agudo de atrofia en el desarrollo. «Veamos, trabajar a los nueve años no es lo que corresponde a la infancia —dijo Elizabeth—. Él comenzó a los tres años y eso no es propio de la infancia.»

Jackson fue maltratado por su padre y eso despertó en

Elizabeth una gran simpatía por él. Sabía lo que era que tu familia te usara para ganar dinero y fama. Jackson decía que Elizabeth era «una manta cálida y gustosa con la que me encanta recogerme y envolverme. Yo le hago confidencias y me fío de ella. En mi profesión no puedes fiarte de nadie —Y agregó—: Elizabeth es alguien que ama… que realmente me ama». Una vez que un periodista apuntó que él y Elizabeth eran como Peter Pan y Wendy, Jackson dijo: «Pero Elizabeth también es como una madre… y más aún. Es una amiga. Es la Madre Teresa, es la princesa Diana, es la reina de Inglaterra y es Wendy».

George Hamilton recordó lo muy preocupada que estaba Elizabeth por Jackson: siempre quería sacarlo de su burbuja. Una vez lo invitó a ver una carrera de caballos y, aunque Jackson dijo que él no apostaba porque su religión no se lo permitía, apostó y ganó 5.000 dólares.

—Yo estaba emocionado —recuerda Hamilton—. Le dije: «¡Michael, esto es increíble!». Era como si pensara que yo era el Anticristo que iba hacia él. No quiso coger el dinero y se alejó de mí. Finalmente, lo cogió Elizabeth y lo guardó en su sujetador.

* * *

Al inicio de su matrimonio, Fortensky era muy protector y cariñoso con Elizabeth, pero al final, cinco años más tarde, ya no compartían el mismo dormitorio. La mayor parte de los amigos de ella pensaban que Larry era aburrido y absolutamente incompatible con alguien tan vibrante como su mujer. Moshe Alon aconsejó a Fortensky que tuviera mucho cuidado. «Esa gente no son verdaderos amigos tuyos», le avisó. Aquel matrimonio tenía una fecha de caducidad y todos lo sabían. Al final él había comenzado a beber de nuevo, no se afeitaba e iba todo el día por la casa con una bata mugrienta.

Peter England, presidente de Elizabeth Arden, recordaba haber tenido conversaciones con Elizabeth ya avanzada la noche

por lo desdichada que se sentía ella. «Creo que él le ponía la mano encima. Dijo que él la había empujado.» Dos personas que trabajaban para ella revelaban haber visto cardenales morados en el pecho y los brazos de Elizabeth últimamente.

Un amigo de Elizabeth, Bill Misenhimer, explicó que Fortensky era un tipo celoso y que, desde luego, era consciente de que él no tenía el dinero, la fama ni la inteligencia de Richard Burton o de Mike Todd. Cuando Elizabeth apareció en *The Arsenio Hall Show* en 1992, Fortensky estaba en el camerino cuando Hall le preguntó sobre sus anteriores maridos.

—Odio que hagan eso. —Fortensky hervía de rabia.

Antes de los premios Óscar de 1993, los productores querían asegurarse de que Elizabeth no iba a ofenderse por una broma sobre sus matrimonios anteriores, particularmente en detrimento de Fortensky. Ella hizo una pausa de un instante y luego preguntó: «¿Quién es Larry?».

Elizabeth introdujo a Fortensky en sitios que de otro modo él no habría conocido. Su buen amigo y magnate mediático Malcom Forbes dejó a Elizabeth y a Fortensky su casa de Marruecos para que pasasen en ella su luna de miel. En 1992, para el sesenta aniversario de Elizabeth, Disneyland cerró por la noche e invitó a un millar de sus amigos a celebrarlo. El parque temático estaba decorado con columnas de globos morados y amarillos y a la entrada del castillo había una alfombra morada. Entre los invitados estaban Cindy Crawford, Richard Gere, David Bowie, Iman, Carry Fisher y también el CEO de Disney, Michael Eisner, que acompañó a la pareja por todas partes. La gran cobertura de la prensa hizo que aquello pareciera una boda real. Los invitados fueron recogidos en el aparcamiento y llevados a la entrada por carruajes de caballos y hubo fuegos artificiales sobre el castillo de la Bella Durmiente.

Indudablemente, Elizabeth trataba de recuperar su infancia. «Yo trabajé durante toda mi niñez, así que salvo cuando cabalgaba y me iba lejos, siempre estaba en el estudio rodeada de personas adultas. Mis compañeros eran todos mayores, de modo que, en realidad, la niña que había en mí quedó suprimida. Y trabajaba y

me pagaban y luego salía en la pantalla, pero esa no era yo, aquello no era mío.»

Aquella noche en Disneyland Elizabeth y Fortensky parecían felices, pero ya comenzaban a aparecer grietas en su matrimonio. Ella le había procurado a él un cambio de imagen con el cabello iluminado por mechas, le enseñó buenos modales e incluso lecciones de oratoria. Le compró una motocicleta, una BMW, e hizo instalar una canasta de baloncesto en la entrada de coches. «Cuando dejó de trabajar y se convirtió en el señor Taylor —dijo Tim Mendelson— fue cuando se acabó todo.» Comenzó a gestionar pequeñas cosas de la casa y cruzó la línea que separa ser protector de ser controlador.

A Elizabeth le hartaba su falta de curiosidad y de interés por los sitios notables a los que iban juntos. No tuvo seguridad total hasta 1994, cuando decidió que necesitaba más protección porque Larry asustaba al personal: tres personas que trabajaban en el despacho, tres criadas, un chef, un guardia de seguridad, una masajista y los encargados de mantenimiento. En un armario de la casa tenía armas y eso preocupaba a Elizabeth.

Generalmente, ella era estoica en público, pero podía volverse frágil cuando recordaba a determinadas personas. Jorjett Strumme recordaba cuán emocional podía volverse. Elizabeth, Fortensky y Strumme viajaron a Londres para reunirse con familiares de Richard Burton, con los que almorzaron. «Estábamos en un gran comedor privado y la familia galesa de Richard comenzó a cantar y fue precioso. Elizabeth estaba en una cabecera de la mesa y yo estaba en medio, y la miré y estaba tragándome las lágrimas. Cruzamos las miradas y las dos comenzamos a llorar.»

Según Mendelson, «ella trabajó muy duro para que el matrimonio funcionase, pero terminó por darse cuenta de que no había manera de salvarlo». Elizabeth le dijo a Fortensky: «Al final el telón baja y cuando pasa, todo se termina y no hay manera de volver a subirlo».

Pero ella cuidaba de la gente que amaba: no los abandonó jamás. Una carta de Michael Todd Jr., el hijo de Mike Todd, comienza dándole las gracias a Elizabeth por pagar la reparación

de la calefacción de su casa. La carta lleva fecha del 28 de noviembre de 1995, treinta y siete años después de la muerte de Mike Todd. También se mantuvo en su papel de hija devota y cariñosa y ayudó a Sara hasta el final de su muy larga vida. Esta murió en 1994 a los noventa y nueve años, pero Elizabeth no lloró la muerte de su madre hasta después de un año. En 1995, en su despacho apareció una fotografía de su madre en la que estaban las dos juntas. Se hizo en 1960 y al verla lloró durante una hora. La foto, que era grande, parecía haber sufrido algunos daños. Mirarla hizo que Elizabeth pensara en su infancia robada y en lo mucho que la vida de su madre estaba ligada a la suya. La identidad de Sara siempre fue «la madre de Elizabeth Taylor» y esta era su más preciada creación. Y ahora Sara ya no estaba.

Tras el día en que se quebró al ver aquella foto con ella, de muy joven, Elizabeth y Fortensky se encontraron ya al final de su matrimonio. Después de la separación, él seguía llamándola por teléfono y rogándole: «Elizabeth, quiero volver a casa». Y ella le decía: «Larry, tú eres tu propia casa». Quería decirle que estaba donde le correspondía, donde ya no iba a sentirse amenazado por los antiguos amores de ella o su forma de vida. George Hamilton se sintió aliviado cuando Elizabeth y Fortensky rompieron. «Pobre Larry», reflexionó en tono burlesco.

Pero incluso con el matrimonio finalizado en 1996, Elizabeth nunca dejó de cuidar de él. Le dejó dinero en su testamento y seguían hablando un par de veces al mes después del divorcio. En una carta sin fecha, ella escribió: «Querido Larry. He pensado mucho en ti últimamente. No sé por qué, es solo uno de mis presentimientos. No sé si estás trabajando o no. No tengo ni idea de lo que estás haciendo, así que voy a hacer caso a mis tripas. Pienso que te vendría bien un poco de ayuda, por lo que voy a enviarte mil al mes durante el resto de mi vida o hasta que quiebre. Los mando con mi cariño y en la esperanza de que estés bien y feliz. Con amor, Elizabeth».

En 2010 le escribió otra carta que ponía: «Muy querido Larry. Siempre pienso en ti con gran afecto y preocupación. Cuídate mucho. Eres muy importante para mí y lo serás siempre. Eres una

parte de mi vida que no se puede arrancar ni yo quiero que se arranque, y veo que tú aún me recuerdas. Eso me conmueve mucho. Te quiero, chico. Elizabeth».

Tras la boda, cada vez que Marianne Williamson veía a Elizabeth, esta se disculpaba por haberse divorciado de Fortensky, lo que le parecía gracioso a Williamson. «Creo que lo decía por miedo a que yo me sintiera mal, como si no hubiera hecho todo lo posible por su matrimonio.» Y Elizabeth siempre terminaba la conversación, como solía hacerlo con sus amigos y conocidos, preguntando a Williamson si conocía a solteros disponibles para poder establecerse.

* * *

La relación de Elizabeth con Michael Jackson era simple, pero las circunstancias que la rodeaban no lo eran. A partir de 1993, Jackson fue objeto de varias acusaciones de abusos sexuales y de investigaciones policiales, incluyendo una imputación de diez cargos criminales que iban desde abusos deshonestos a niños hasta secuestro. En 2005 su caso fue a juicio y se organizó un circo mediático, en parte porque Jackson era una de las personas más famosas del mundo en ese momento, pero también a causa de su excéntrico comportamiento, como acudir tarde al tribunal y vestido con pijama. Fue absuelto de todos los cargos, pero la sospecha permaneció.

Elizabeth no lo creyó nunca y siempre permaneció intensamente leal a él.

Charlie Nicholson, que trabajaba para Elizabeth, recordó haberla visto con Jackson a finales de los años ochenta. Estaban sentados a la mesa del comedor y ella le daba a comer ensalada de su propia mano. «Lo alimentaba cariñosamente, como lo haría una madre con su bebé.» Mark Harmon vio a Elizabeth con Jackson en una cena en 1990. «Michael estaba sentado a su lado y cuando vio que nos acercábamos se escondió bajo la mesa. Ahí se quedó hasta

que nos fuimos. Elizabeth le preguntó: “¿Qué haces ahí debajo, Michael?”. Pero él no levantó la cabeza.»

Arthur Allen Seidelman, que dirigía a Elizabeth en una película para televisión, recordaba haber ido a una fiesta en casa de Carole Bayer Sager y el que entonces era su marido, Burt Bacharach. «En un momento dado, Gladys Knight vino a mí y me dijo: "¿Puedes ir a hablar con Michael?”. Elizabeth no había llegado aún y Jackson estaba nervioso.» Cuando Seidelman se sentó a su lado, el cantante le preguntó una y otra vez cuándo creía que llegaría Elizabeth. «Era como un adolescente abandonado por su madre que no sabía si ella volvería para recuperarlo.»

Elizabeth estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, y la hizo. En 1993 organizó ella sola una intervención para Michael. Viajó a México, donde él estaba actuando, y cuando dejó el escenario ella lo acompañó a su camerino privado y lo convenció de que debía recibir tratamiento. Ya había llamado a Joe Spellman, ejecutivo de Elizabeth Arden, y le dijo que necesitaba un avión con dos dormitorios para llevar a un amigo a un sitio. «El único problema es que no podemos decirle al comandante adónde vamos», le dijo. Moshe Alon arregló que alguien que se parecía a Jackson hiciese de señuelo. Inmediatamente después de la actuación del cantante, un guardia de seguridad que tenía la altura aproximada de Michael vistió un albornoz y una capucha y fingió ser Jackson regresando a su hotel. Un coche de la policía seguía al que llevaba al señuelo para dar más credibilidad al asunto. En ese preciso momento el verdadero Michael Jackson estaba subiendo al avión. «Te voy a sacar de aquí», le dijo Elizabeth.

Los acompañaba Alon, que recordó: «Vimos noticias de avistamientos de Jackson en varios lugares. Elizabeth se divertía porque estaba en medio de todo». Primero volaron a Suiza, donde se quedaron una noche en casa de una amiga de Elizabeth, y después volaron a Londres, ciudad en la que Michael ingresó en una clínica de rehabilitación. No había nada que Elizabeth no hiciera por alguien a quien quería.

Jackson, que entonces tenía treinta y cinco años, estaba pasando una crisis personal y profesional. De repente canceló su

gira «Dangerous» y la empresa PepsiCo le retiró su patrocinio por las acusaciones de abuso sexual a niños. Su abogado en aquel momento, Bertram Fields, dijo que su adicción a los analgésicos estaba convirtiéndose en algo que lo ocupaba por completo: «Apenas podía funcionar adecuadamente a nivel intelectual. No voy a hablar sobre sus síntomas individuales, pero eran evidentes».

Según Alon, la familia de Jackson estaba furiosa con Elizabeth porque no querían que él reconociera su adicción. La vida del cantante estaba tan minuciosamente controlada que le tuvo que pedir su pasaporte al jefe de seguridad. Igual que la experiencia de Elizabeth en el centro Betty Ford, la vida en la institución resultó aleccionadora para Jackson, que como parte del tratamiento aprendió a manejar una aspiradora y a realizar otras tareas hogareñas. Pero a pesar de la perfecta planificación y los subterfugios, el intento del artista de dejar de consumir quedó en nada.

Y mientras Elizabeth trataba de ayudar a Jackson con su adicción, también luchaba contra la suya. Bernadeta Bajda era la persona que atendía la casa de la actriz desde hacía muchos años. «Yo solía llorar todo el tiempo mientras ella pedía comprimidos. A veces también quería alcohol. Alguien nos había dicho que no le diéramos alcohol, de modo que escondimos las botellas en lo más alto, para que no las encontrara. Estaba desesperada. Buscaba y buscaba, pero no las encontraba. Sin embargo, encontró el champán.»

Un par de años antes de la muerte de Jackson, Bajda descubrió un secreto terrible. «Michael estaba en el cuarto de baño de la señora Taylor y no me vio, pasó corriendo a mi lado. Entré en el baño y encontré en el suelo una jeringuilla, que era evidente que se había usado. Pero no la toqué, estaba muy asustada. Entonces oí que él volvía a subir para recogerla y me escondí, y él la cogió y volvió a correr escaleras abajo. Aquel fue un momento muy triste, muy triste para mí.»

El 25 de junio de 2009 Jackson murió en su casa de Holmby Hills, en California. Se declaró a su médico personal, Conrad Murray, culpable de haberle administrado una dosis letal de un

anestésico y propofol. Elizabeth comenzó a oír rumores de que habían llevado a Michael al hospital, por lo que pidió a Mendelson que llamase a uno de los ayudantes de Jackson para saber qué se estaba haciendo. Ya había habido este tipo de rumores antes. Por fin Mendelson pudo contactar con alguien que sabía lo que había pasado. «Lo hemos perdido», dijo. Mendelson no sabía cómo iba a darle esta noticia a Elizabeth. Entró en su dormitorio, la abrazó y le dijo que Michael se había ido. Ella gritó: «¡No, no!». Estaba histérica y destrozada. Meldelson la tuvo abrazada durante horas.

Más tarde, después de digerir el golpe, decidió no asistir al recordatorio en el Staples Center, que iba a estar lleno de estrellas. «No quería exhibir su dolor ante las personas que asistían al recordatorio —dijo Mendelson—. No creía que Michael hubiese deseado eso.» Meses más tarde, asistió al servicio fúnebre privado que tuvo lugar en Forest Lawn Memorial Park. Fue entonces cuando decidió que ella también quería ser enterrada ahí porque el lugar le pareció muy pacífico.

Lionel Richie dijo que cuando le preguntó a Jackson por qué era tan importante para él su amistad con Elizabeth, este respondió: «Porque ella comprende».

«Puedo entender que ella era como una manta de seguridad para él —dijo Richie—. Pero no puedes estar ahí todo el tiempo. Mientras pudo tenerla cerca para hablar con ella, todo fue bien, pero con el tiempo él se hizo tan grande que hubo un momento en el que ya era casi imposible aconsejarle. Había algo peligroso en su inocencia, aunque también algo muy dulce (…) Sin ella, su vida habría sido un desastre mucho antes.»

Como había hecho tras la muerte de Richard, Elizabeth escribió a Jackson una carta que él jamás iba a leer, pero que a ella le ayudó durante su duelo.

Mi muy querido Michael, espero que recuerdes lo mucho que te quiero… y que te echo de menos. Estás continuamente en mi corazón y en mis pensamientos. Te lloro. Siento dolor. ¿Cuándo volveré a verte otra vez? Te quiero demasiado y siempre te querré. Tuya, Elizabeth.

Capítulo 20

Perdón

> Debbie es una de mis personas favoritas en el mundo, y siempre lo será.
>
> ELIZABETH

A finales de la década de 1990, Todd Fisher, hijo de Debbie Reynolds y Eddie Fisher, estaba sentado en el sofá de su hermana mayor, Carrie, en la mansión de estilo español situada en Coldwater Canyon Drive, en Beverly Hills. Escuchaba atentamente cómo se explicaba la mujer a la que una vez culpó de destrozar el matrimonio de sus padres. «A mí me fascinaba que esta mujer, que técnicamente había sido mi madrastra durante diez minutos —de acuerdo, para ser exacto, más bien cinco años— y que, junto con mi padre, había causado a mi madre una de las traiciones más devastadoras de su vida, parecía sentirse conectada a mí —dijo Fisher—. Quizá fuera porque yo llevaba el nombre del más grande amor de su vida.»

Ella cogió las dos manos de él con las suyas y lo miró directo a los ojos, sentada junto a él en el sofá. Entonces Fisher estaba en la treintena, pero ella quería que él supiera por qué había hecho lo que hizo tantos años antes. Le contó que Mike Todd lo había sido todo para ella y que sin él se sentía perdida.

—Era convincente, yo estaba congelado —recordaba Fisher—. Esta era la mujer más hermosa del mundo y quería que yo comprendiera lo que había sucedido y por qué. Comenzó por explicarme su estado de ánimo después del accidente del avión. Yo estuve a punto de decirle: «No tiene que contarme esto», pero

después me di cuenta de que no hablaba solo para mí.

Le contó cómo Fisher había estado a su lado cuando más lo necesitaba. «Tu padre fue muy amable conmigo, y eso era lo que yo más necesitaba en aquel momento. Espero que no suene egoísta, pero yo estaba hecha pedazos y él estaba ahí conmigo y me quería de verdad.»

Quiso asegurarse de que él supiera cuán emocionado estaba Mike Todd porque Eddie y Debbie habían puesto su nombre al hijo. «No tienes ni idea de lo que significó aquello para Mike.»

Elizabeth le contó que su madre era la única amiga que ella tenía en MGM y que ella y Mike fueron los padrinos de Todd. Era como si estuviera diciéndole «somos familia». Carrie Fisher había preparado el terreno para aquella conversación cuando consiguió juntar a Debbie y a Elizabeth. En el auténtico estilo de Hollywood, fue un guion lo que volvió a acercarlas.

Carrie Fisher escribió el guion de una película que sería la versión femenina de *Dos viejos gruñones*. Terminó siendo el telefilme de 2001 *Esas chicas fabulosas*, y Fisher dio a Elizabeth el papel de su madre. La productora, Ilene Amy Berg, dijo que Elizabeth había comprado una joya importante y le había dicho a ella que quería adquirir los pendientes a juego, y que estaba haciendo la película para comprarlos. «Pero yo comprendí que el verdadero motivo por el que hacía la película era para ayudar a Debbie. Yo sabía que esta tenía problemas financieros y Elizabeth quería ayudarla a conseguir el dinero sin firmar ella un talón. Si hubiera leído el guion, estoy segura de que no la habría hecho.»

Elizabeth había pedido a Tim Mendelson que lo leyera y cuando este le recomendó que lo dejara correr, la agente de Elizabeth, Marion Rosenberg, trató de convencerla de lo mismo. La actriz se puso firme y dijo que no iba a hacer la película.

—Muy bien —dijo Rosenberg—, ¿quién se lo va a decir a Debbie?

Elizabeth le dijo, en broma:

—¡Qué zorra eres!

Desde luego que no iba a fallarle a Debbie: sabía que tenía que hacer la película.

Al crecer, Carrie Fisher se sintió abandonada por su padre, y se enfadó con Elizabeth por cuenta de su madre. Pero supo canalizar el dolor en esa comedia.

En su monólogo para HBO *Wishful Drinking*, bromeaba: «Mi madre fue la dama de honor de Elizabeth. Incluso le lavó la cabeza el día de la boda. Años después la oí mascullar que ojalá se la hubiera lavado con Nair,[1] pero, en realidad, no es una mujer amargada». Sin embargo, el humor enmascaraba la verdadera amistad que ella misma, y su madre, habían entablado con Elizabeth. En el año 2000, Fisher entregó el premio GLAAD Vanguard a su «madrastra Elizabeth Taylor» por su «valiente apoyo a la comunidad gay y lesbiana antes de que se inventara el movimiento gay y su sobrehumana lucha contra el sida».

En una entrevista en 2004 dijo: «Lo mejor que hizo Elizabeth Taylor fue sacar de nuestra casa a Eddie Fisher».

* * *

La verdad es que las semillas de la reconciliación entre Debbie y Elizabeth se sembraron mucho antes de *Esas chicas fabulosas.* Muchos años después de la traición, y unos cuantos después del divorcio de Elizabeth y Eddie, Debbie viajaba a Londres en el *Queen Elizabeth* cuando vio varias maletas apiladas y encima de ellas jaulas de pájaros. «Me di cuenta de que Elizabeth viajaba en el mismo barco —dijo—. Casi cambio de opinión con respecto al viaje, aunque mi marido [Harry Karl] me dijo: “No seas tonta, no estaremos en la misma planta”.»

Pero por supuesto que estaban en la misma planta, y fue Debbie la que movió ficha.

—Envié una nota a su cabina y ella me envió una nota a la mía diciendo que tendríamos que cenar juntas y superar el problema y pasarlo bien —explicó Debbie—. Y pasamos una velada estupenda y reímos mucho.

Debbie perdonó a Elizabeth y ambas canalizaron su enfado y

su rencor hacia Fisher, quien terminó tratándolas mal a las dos. En sus memorias de 1999, Fisher da detalles íntimos sobre su relación con Elizabeth: «Sexualmente es el sueño de todos los hombres: tiene el rostro de un ángel y la moral de un camionero».

En el curso de una entrevista en *The View*, Debbie dijo: «Siempre añoro una amistad real y verdadera. Cuando somos chicas jóvenes en el colegio y crecemos juntas, ¿por qué tendría que separarnos un hombre que al fin y a la postre no nos interesa?».

Pero en sus sentimientos hacia Elizabeth había un filo que Debbie revelaba de tanto en tanto. En 2013, en un acontecimiento celebrado en la calle 92 Y, cuando el entrevistador dijo que Eddie Fisher estaba en Nueva York jugando a las cartas mientras Debbie se quedaba en casa cuidando a los niños, ella saltó: «No, no estaba jugando a las cartas. Estaba follándose a Elizabeth».

Mucho más tarde en la vida, más de una vez Todd Fisher oyó a su madre hablar por teléfono con Elizabeth a altas horas. Cuando le preguntaba de qué hablaban, ella respondía: «De cosas de chicas». Después de todo, eran dos de las pocas personas que quedaban que recordasen lo que era ser famoso en los años cincuenta.

Esas chicas fabulosas se rodó en los estudios menores de MGM. Antes de rodar una irónica escena en la que el personaje de Elizabeth robaba el marido al personaje de Debbie, Elizabeth llamó a Debbie a su camerino. Con lágrimas en los ojos, volvía al pasado por última vez.

—Debbie, lamento lo que te hice —le dijo.

Debbie respondió:

—Eso fue en otra vida. Tú y yo nos reconciliamos hace años.

—Me siento tan mal cuando pienso en cómo os herí a ti y a tus hijos —y la voz de Elizabeth se quebró.

Trató de compensar a Debbie poco a poco. Esta tenía una extraordinaria colección de objetos originales de la historia del cine, y cuando oyó que uno de los trajes que llevó Richard Burton en *Cleopatra* se subastaba por una suma que ella no se podía permitir, llamó a Elizabeth y esta le dijo que le ayudaría a

conseguirlo.

Debbie ganó la subasta y llamó a Elizabeth, que le preguntó:

—¿A cuánto ascendió tu oferta?

Debbie se aclaró la garganta y respondió:

—Dieciséis mil dólares.

Al día siguiente, Debbie recibió de Elizabeth un talón por 16.000 dólares.

Elizabeth estaba expiando lo que ella consideraba el pecado de haber destruido un matrimonio que, en realidad, ya estaba destruido. Lo que no está claro es si perdonó a Debbie por la falsa narrativa de la mujer engañada y por ponerla a ella como la villana de la historia.

Diez años después de *Esas chicas fabulosas*, Debbie la llamó.

—Envejecer es una mierda —le dijo.

Cuando recomendó a Elizabeth mantenerse fuerte, esta le respondió con suavidad:

—Lo estoy intentando.

Pero cuando Mendelson entró en la habitación de Elizabeth en el momento en que finalizaba la conversación, al colgar el teléfono Elizabeth exclamó:

—¡Ay, Dios! Qué deprimente. De verdad que odio las conversaciones sobre hacerse mayor.

Mendelson dijo que Elizabeth rara vez se quejaba de estar envejeciendo. «Amaba demasiado la vida», explicó.

Según Todd Fisher, Elizabeth recordaba a Debbie, y antes de morir le dejó como legado unos pendientes de zafiro espectaculares con la pulsera y el collar a juego.

La actriz y amiga de Debbie Ruta Lee le preguntó cómo podía ser amiga de Elizabeth.

—Tenemos mucho de que hablar —respondió Debbie.

—¿Como qué?

—Como qué pedazo de mierda era Eddie.

—Evidentemente —dijo Lee—, la soga con la que cada una de ellas quería colgar a la otra se había roto. Y la cosa pasó a ser clavar el hacha de guerra, pero no la una en la otra, sino en Eddie.

* * *

Justo antes de cumplir sesenta años, Elizabeth confió a la revista *Life*: «He tenido suerte toda mi vida. Se me ha concedido todo: aspecto, fama, riqueza, honores, amor. Pero he pagado esa suerte con desastres, enfermedades terribles, adicciones destructivas, matrimonios fracasados». Había perdido muchos amigos por el sida, y cuando Chen Sam, que era como una hermana para ella, combatía un cáncer, Elizabeth la hizo volar desde Nueva York para que viviese con ella en Los Ángeles hasta que falleció, en 1996. Sam había dedicado su vida a Elizabeth y esta quería estar con ella.

—Creo que fue allí para morir —opinó Shirine Coburn DiSanto—. Creo que parte de ella deseaba que, por una vez, Elizabeth cuidara de ella.

Elizabeth contrató personal para que estuviera veinticuatro horas con Sam.

—Yo había ido a su habitación para darle las buenas noches y noté que respiraba con mucha dificultad —dijo Elizabeth—. Le di un beso y la abracé y le hablé y al cabo de un rato la dejé. Cinco minutos después había muerto.

Volvió a experimentar dolor en 1997 cuando la princesa Diana murió en un accidente de coche mientras trataba de escapar de los *paparazzi* en un túnel de París. Eso le recordó las muchas situaciones cercanas a la muerte en las que había estado.

—Yo sé cómo es que te persigan los *paparazzi* en un coche; es una de las sensaciones más aterradoras y claustrofóbicas del mundo. Estás en un coche y vas cada vez más rápido para alejarte de ellos. Son capaces de fotografiarte a través de cristales tintados y terminas arrinconada en una esquina del coche —explicó, con lágrimas en los ojos—. Ella tiene que haber sentido ese miedo. Me pone furiosa.

Después de la muerte de Sam, DiSanto y una colega, María Pignataro, ocupaban ahora su lugar. Elizabeth dijo que quería hacer una declaración, inmediatamente, que dijera que a Diana la

habían asesinado los *paparazzi*. Antes de dar a conocer la declaración, DiSanto le preguntó si quería matizar el término «asesinada». Elizabeth respondió:

—No. Lo que quiero decir es «asesinada».

Moshe Alon contó que pocas semanas antes de la muerte de Diana ellos habían ido a París y se alojaban en el Ritz, y les tocó el mismo chófer borracho que había tenido Diana. «Recuerdo que quería conducir a toda velocidad y que yo le dije: “Ni hablar”.»

* * *

Ese mismo año, Elizabeth se encontró de repente incapaz de hablar: tartamudeaba y no le era posible hilvanar una frase. A causa de su historial de adicciones, el médico le propinó una bofetada y le preguntó:

—Elizabeth, ¿qué has tomado?

Ella cayó hacia atrás en la cama. Fue entonces cuando el médico se dio cuenta de que estaba sufriendo una convulsión y se la llevó al hospital. «Entraron en mi habitación con expresiones muy profesionales y sombrías y me dijeron: “Elizabeth, tienes un tumor cerebral. Y has sufrido una convulsión”.» Faltaba menos de un mes para su sesenta cumpleaños y necesitaba operarse inmediatamente.

Ya se había comprometido a celebrar una fiesta de gala para conmemorar su cumpleaños y también recaudar dinero para The Elizabeth Taylor AIDS Foundation. Estaba muy orgullosa de la fundación que había creado, que se centraba en la atención directa a los pacientes, y que desde sus comienzos ya había concedido aproximadamente 32 millones de dólares. Sentía que aun cuando estaba al borde de una cirugía cerebral no podía no asistir, porque ese evento significaba obtener más dinero para el sida, de modo que la cirugía se planificó para el día después de la fiesta.

Después de la cirugía se sintió en su elemento. Había estado muchas veces en hospitales y sabía que esta vez podría ayudar a

tener menos miedo a otras personas necesitadas de cirugía cerebral.

El fotógrafo Harry Benson hizo la primera foto de Elizabeth en 1960 en el plató de *Cleopatra*, y cuando un editor de la revista *Life* lo llamó para decirle que la actriz estaba en el hospital para una operación en la que iban a quitarle un tumor cerebral, él llamó a la publicista de Elizabeth y le preguntó si podía documentar aquello.

—¿Cómo puedes preguntar algo así? —dijo la publicista, escandalizada.

—Hazte a ti misma un favor y pregúntale a Elizabeth, porque yo ya sé que ella baila a su propio ritmo.

Antes de una hora le contestaron que sería bienvenido. Elizabeth se dio cuenta de lo potentes que serían sus fotos después de la operación para las personas que estaban a punto de pasar por un trance similar.

—No había pasado ni un día después de la cirugía cuando recibí una llamada para que fuera al hospital Cedars-Sinai —dijo Benson—. Cuando entré en su habitación había una enfermera sentada en un rincón y Elizabeth estaba semiincorporada en la cama con su perro en brazos. Llevaba la cabeza completamente afeitada. Por la parte superior de la cabeza se extendía una cicatriz que parecía la costura de un balón de fúrbol. Elizabeth me preguntó cómo se veía y yo le dije que muy bien. Insistió: «Vamos, Harry, ¿qué parezco?». Y yo respondí: «Sinéad O'Connor». Dio un grito y se partió de risa. Me dijo que me acercara porque quería mostrarme algo y le pregunté si iba a ver cicatrices detrás de sus orejas. Como no las vi, ella dijo que eso probaba que no se había estirado la piel de la cara. Estaba contenta porque durante años la habían acusado de haberse hecho un *lifting*.

A decir verdad, a medida que pasaban los años se hizo una liposucción y un *lifting* parcial del rostro.

Después, en una entrevista de Barbara Walters, dijo:

—Cuando finalizaron y yo recuperé la conciencia y tenía la cabeza afeitada con este pequeñísimo mechón de pelo blanco que asomaba, me reí. Pero la cicatriz era de dieciocho centímetros de

largo.

—¿De veras pudiste reír? —preguntó Walters.

—Bueno, era gracioso. En realidad mi aspecto era gracioso. Siempre me había preguntado qué forma tenía mi cabeza. Si parecía una bombilla o si era plana allí atrás, y pregunté: «¿Puedo saber cómo es mi cabeza por detrás?».

—¿Y te gustó? —preguntó Walters.

—¡Sí! Tengo cabeza redonda. No soy en absoluto plana.

Cuando Walters comprobó lo increíble que era que Elizabeth pudiese reírse de todo aquello, ella le respondió:

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

—¿Le preocupaba que el tumor pudiera volver a crecer?

—Si vuelve a crecer, me lo quitaré a puñetazos —respondió.

Libre de las restricciones que impone el tener que vivir pendiente de las expectativas de los demás acerca de cómo debía lucir, Elizabeth se sintió feliz. Norma Heyman dijo que el tiempo posterior a la cirugía fue «una de las mejores épocas» de su vida. «Salió del hospital con la cabeza afeitada. Pensó que era fabuloso. ¡Y desde luego se la veía preciosa!»

Pero hubo problemas después de la cirugía. Mendelson llamó a Madonna, que había trabajado con Elizabeth como activista contra el sida. Le dijo: «Necesito ayuda, Elizabeth no está bien». Madonna ya era conocida por su interés en una versión del judaísmo llamada Cábala, y puso a Elizabeth en contacto con el rabino Eitan Yardeni, persona de alto nivel en el centro de la Cábala, que llevó a su casa a un sanador de la energía.

«El sanador llegó por la tarde al dormitorio de Elizabeth —recuerda Mendelson—. Elizabeth tuvo que sentarse muy recta en una silla, con las manos sobre los hombros, y pasaron de cuarenta y cinco minutos a una hora y media y el rabino Eitan y yo estábamos en la habitación. No hubo ninguna conversación en absoluto. Más tarde, al terminar, Elizabeth dijo: “Necesito lavarme las manos”, lo cual es típico: necesitan despejar la energía por sí mismos. Yo la llevé a lavarse las manos y entonces comenzó a sollozar. La abracé y pude sentir cómo le temblaba todo el cuerpo.»

—Elizabeth está muy dolorida —dijo el sanador—. Lleva

encima mucha tristeza. No puedo creer cuánta tristeza lleva.

A lo largo de toda su vida, Elizabeth se abrió siempre a los traumas de otras personas. A finales de los años noventa visitó el Intercambio de Agujas del Lower East Side (que ahora se llama Centro de Disminución de Daños del Lower East Side) y conoció a una mujer llamada Deidre Bell Finley, conocida como Dee: tenía poco más de treinta años, pero le faltaban todos los dientes. Elizabeth se sentó con ella, le cogió las manos y le preguntó por su historia. Después le dijo a su publicista: «Contacta con el director del refugio y asegúrate de que le pongan dientes. Y no le digas a nadie de dónde sale el dinero». Se dio cuenta de que Dee lo tendría muy difícil a la hora de conseguir un empleo si no tenía ni un diente, y se gastó decenas de miles de dólares en ayudarla a poner en orden su vida. Años más tarde, Dee dijo: «Cada vez que sonrío pienso en ella».

Elizabeth era sensible y empática, pero no permitía que el dolor físico y emocional que veía la destruyera. Aún disfrutaba recibiendo visitas en su casa, aunque algunas veces se quedaba en la cama y no asistía a sus propias fiestas. A sus barbacoas de los domingos y fiestas vacacionales acudían entre treinta y cuarenta personas. Su chef, Neil Zevnick, decía: «No te invitaban por ser un famoso; te invitaban porque eras amigo». Casi todas las Pascuas organizaba una multitudinaria búsqueda de huevos y en ocasiones en el jardín trasero actuaba el Cirque du Soleil. Le encantaban el espectáculo y una buena comida. El lugar se llenaba de famosos como Lauren Bacall, John Waters y Madonna.

Según Zevnick, a principios de los años 2000 Madonna asistió a una de las reuniones de Elizabeth y se cree que fue desagradable con algunos de sus familiares, lo que constituía una infracción que la anfitriona no perdonaba. «Se lo contaron a Elizabeth. Fue muy fuerte para ella. No toleraba ese tipo de comportamiento. Dijo claramente lo que pensaba.»

A veces esta franqueza le hacía pagar algún precio. Cuando un periodista le preguntó qué le parecía la forma en que el presidente Clinton estaba tratando el tema del sida, ella respondió: «Me ha decepcionado. Tuvo la oportunidad de dar un giro al

Gobierno, ser valiente y ayudar, como dijo al principio que lo haría. No lo hizo. Puro parloteo».

En 2001, Elizabeth recibió de Clinton la Medalla Presidencial a los Ciudadanos, el mismo año que también la recibió el legendario boxeador, activista y poeta Muhammad Alí. «Inmediatamente establecieron una conexión: Clinton jugaba a cerrarles la boca», dijo Michael Izkowitz, que acompañó a Elizabeth a la ceremonia.

Para ella el día fue especial, pero entre dulce y amargo. El año anterior la cofundadora de amfAR, la doctora Mathilde Krim, había recibido de Bill Clinton la Medalla Presidencial de la Libertad, que es un galardón de mayor importancia. Moshe Alon dijo que Elizabeth tenía cierto resentimiento por este desprecio. «Le importaba mucho el crédito de la labor sobre el sida, Elizabeth sentía que la Medalla de la Libertad también le correspondía a ella.»

* * *

Elizabeth y Debbie Reynolds estaban en Nueva York para asistir a un concierto en honor a los treinta años de actuación en solitario de Michael Jackson. Mientras estaban allí, el martes 11 de septiembre de 2001, el mundo cambió para siempre.

Igual que el resto del país, Elizabeth estaba de duelo y sentía impotencia por no poder ayudar. El doctor Leroy Perry, su quiropráctico, iba con ellas en el viaje. La sobrina del doctor trabajaba en un edificio justo detrás de las Torres Gemelas y no tenía un sitio al que volver porque vivía en un bloque adyacente a la zona del atentado. Elizabeth ofreció que se alojase en el hotel St. Regis, con ellas. La chica necesitaba zapatos, ropa, un baño caliente y comida, todo lo cual proveyó Elizabeth. Esta no lograba conseguir un vuelo de regreso a California, de modo que no le quedó otro remedio que quedarse. Mientras estaba en Nueva York, visitó la catedral de San Patricio y allí rogó por las víctimas del

ataque.

Después quiso hacer algo por la policía y los bomberos de la zona cero. Se dirigió al arsenal que estaba al lado de la zona cero para consolar a la gente. Allí, los familiares y amigos de los desaparecidos caminaban por el lugar con fotos de sus seres queridos y las pegaban en las paredes con leyendas que preguntaban si alguien los había visto. Elizabeth quería visitar el lugar mismo del World Trade Center. Los que viajaban con ella estaban preocupados por su salud, pero ella siguió adelante, caminando hacia el sitio de la tragedia, y en el camino se unió a un círculo de plegaria.

Cuando volvió de la zona cero era la una de la madrugada. Estaba muy pálida y se veía que le costaba respirar. Se metió en la cama y durmió la mayor parte de ese día. «Tuve que traer oxígeno para ayudarla a respirar, y su presión arterial y su pulso estaban altos», dijo Leroy Perry.

Debbie Reynolds estaba en el hotel Plaza Athénée y Elizabeth la invitó a quedarse en el St. Regis, en una *suite* en la misma planta que ella, para poder estar juntas. Dejaron la ciudad por aire varios días más tarde, pero Elizabeth enfermó de tal manera que los asustó a todos.

—Durante la primera hora de vuelo le tomé la tensión arterial, que estaba alta, y tenía el pulso desbocado —narró Perry —. La respiración era superficial. Tuve que hacerla acostar y le puse una máscara de oxígeno. Le dije que si no se relajaba para que sus signos vitales mejorasen, le diría al piloto que aterrizase en el aeropuerto más cercano y la hospitalizaría. Era todo lo que necesitaba oír. Se quedó callada y cerró los ojos.

El hecho de que Elizabeth y Debbie estuvieran juntas durante un momento histórico tan traumático, y la forma en que se consolaron mutuamente, es una prueba de perdón. Se necesita bastante decencia por ambas partes.

* * *

Al acercarse el final de su vida, Elizabeth estaba sola y a veces pasaba la mayor parte del día en su dormitorio. Peter England, ejecutivo de Elizabeth Arden, dijo que un día lo llamó a su casa, en Australia. Le dijo:

—Peter, ¿puedes conseguirme algo de mi dinero?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—No me dan nada.

«Hablamos durante una hora. En verdad me dio pena. En aquella época su dinero no se estaba gestionando de forma adecuada.»

También confió a sus amigos lo sola que se sentía. «La gente nunca piensa en llamarme —dijo—. Creen que estoy siempre ocupada, pero noche tras noche estoy sentada en mi casa, sola.» Un año después del 11 de septiembre, cenó con amigos en Il Cantinori de Nueva York y cuando le dieron a elegir entre visitar un club de *jazz* en Harlem o ir a un parque de bomberos que había perdido a muchos de sus hombres en el World Trade Center, eligió esto último. Se sentó en el regazo de uno de los bomberos y otro bajó en calzoncillos y camiseta y dijo: «Me han dicho que anda por aquí Elizabeth Taylor».

—Puedes apostar a que estoy aquí —respondió ella, flirteando. Se adaptó tan bien al parque de bomberos como a su propia casa de Bel Air.

Cuando la condecoraron en el Kennedy Center de Washington, distinción muy esperada, su salud ya se estaba deteriorando. Esa mañana, cuando se levantó de la cama y se puso en pie, su presión arterial debía de haber cambiado repentinamente, según ella, provocándole una caída. «Todo el peso de mi cuerpo me cayó sobre el pie, que estaba debajo de mí, y pude oír cómo hacía “crac”. Grité de dolor.» Pero sabía que no podía faltar al acontecimiento.

«Me decía una y otra vez: "Soy fuerte, soy fuerte, soy valiente, soy valiente, soy valiente y soy fuerte". Y me vestí y me maquillé, me peinaron, y el pie iba hinchándose más y más (...) Y sobresalía del otro lado del zapato (...) No habrás podido ver ni una sola huella de dolor en mi cara [durante el evento]. Y seguía

repitiendo: "Soy fuerte, soy fuerte, soy valiente, soy valiente..." como un mantra, y gracias a ese mantra pude pasar toda la velada.»

Y pudo pasar toda la velada en la que iba a ser su última representación sobre el escenario, en 2007, en los estudios Paramount de Hollywood. Tenía setenta y cinco años cuando actuó en la obra de A. R. Gurney *Cartas de amor*, con James Earl Jones, a beneficio de la Fundación Elizabeth Taylor contra el sida. Actuaba en una silla de ruedas pero estaba glamurosa como siempre, con un vestido de Michael Kors, una capa bordeada con piel y los pendientes de diamante, coral y amatista que le había regalado Richard Burton. Era la primera vez que subía a un escenario en treinta y tres años y estaba aterrorizada.

A las puertas de Paramount se reunió un grupo de protesta contra los gais, pertenecientes al Ministerio Religioso de la Iglesia Bautista de Westboro. Eso no la amedrentó. Antes ya había sufrido manifestaciones, una de ellas cuando estaba apoyando a Eddie Fisher en Las Vegas y una muchedumbre enfadada le exigió que se fuera a su casa. «Tenemos que reverenciar y proteger nuestra tradicional libertad de expresión, y eso también vale cuando algún grupo utiliza esa libertad para alimentar el odio a personas inocentes —dijo—. Este recordatorio de la ignorancia y el odio hacia nuestros hermanos humanos nos da el valor para redoblar nuestros esfuerzos para atacar el VIH y el sida. Por favor, rezad por esos corazones que están llenos de odio... cuando lo que más necesitan es el amor de Dios.»

En vísperas de la representación, Elizabeth tuvo que negociar una pausa en la huelga de guionistas porque no quería romper la huelga. Esta continuaba desde hacía alrededor de un mes, con piquetes a diario ante los estudios. Patric Verrone, que entonces era el presidente del gremio de guionistas, recordaba que su ayudante le había dicho que tenía una llamada urgente de Elizabeth Taylor.

—Me puse en pie inmediatamente porque es lo que se supone que debes hacer cuando hablas con la realeza —dijo.

Cuando contestó, ella le dijo:

—Hola, soy Elizabeth Taylor.

Él hizo una pausa, sin saber qué decir.

—¿Sabe quién soy? —preguntó ella, sin rastro de arrogancia, era una pregunta directa.

«Lo primero que me llegó a la cabeza fue *Fuego de juventud.* Así que le dije: “Desde luego: *Fuego de juventud*”. Ella pareció aliviada.»

«Era increíblemente sencilla —dijo Verrone—. Quería saber si no nos importaba que actuasen durante la huelga. Habló sobre los muchos años que hacía que ella estaba en el negocio y cómo apoyaba a los guionistas y al movimiento sindicalista, pero dijo que esto era muy importante porque era en beneficio de los enfermos de sida. No fue necesario que siguiera convenciéndome.» Él le dijo que volvería a llamarla para darle una respuesta y al cabo de una hora la llamó y le dijo que adelante con la representación. Esa noche no habría piquete de huelguistas frente a Paramount. Más de quinientas personas pagaron 2.500 dólares por entrada para la obra de teatro, que se haría solo aquella noche. El director de la obra, John Tillinger, dijo que hasta el día anterior habían tenido muchas dudas sobre si podrían ponerla o no. Habían ensayado con Elizabeth y James Earl Jones en el dormitorio de esta. «Ella estaba en la cama cubierta de joyas y las manos le temblaban —contó Tillinger—. Las manos le temblaban porque, según dijo, estaba muy nerviosa por la obra.»

Tillinger trató de tranquilizarla y le dijo:

—No necesitas ponerte todas esas joyas por nosotros.

Ella le contestó:

—Me las pongo por mí.

«Me eché en la cama junto a ella y pasé las hojas del guion porque a Elizabeth le costaba hacerlo. Lo siguiente que recuerdo era estar sentado junto a ella dándole de tomar Ensure, que le mantenía las fuerzas.»

La primera ovación con el público de pie pareció asombrarla, pero tras la segunda supo que había bordado su papel.

* * *

Había facetas de su personalidad que fueron acentuándose con la edad, como su amor por los regalos y las estrategias que empleaba para que se los dieran. «A lo largo de toda su vida conservó esa costumbre de conseguir que le hicieran regalos. No estoy muy seguro de qué se trataba, pero a veces no sentía ninguna vergüenza en hacerlo, y estar en su presencia cuando intentaba convencer a alguien para que le diera algo podía ser bastante embarazoso», dijo Chris Wilding. Le pidió a Tom Cruise una muñequera de tenis con diamantes y como él no estaba seguro de lo que le pedía, le envió el dinero. «Pienso que se traba de algo así como: "¿Aún lo tengo? ¿Puedo todavía fascinar a la gente?". Muy poca gente tenía las agallas de decirle: "¿Te estás quedando conmigo?".»

Joan Collins sí que tenía agallas. Elizabeth quería pedirle prestadas algunas de sus pulseras, pero ella no le permitió que las tocara. «Tenía fama de quedarse con las joyas de los demás», comentó.

Esperaba que todo el que fuese a visitarla le llevara algún regalo, según Chris Wilding. «En una ocasión fue a verla Prince con un enorme guardaespaldas que entró antes que él. Cuando entró, Prince llevaba en la mano, como a la defensiva, una rosa. Y mi madre bajó y pareció un tanto deslumbrada. Y le dijo: "Ah, gracias, me has traído una rosa". Pero no era un regalo: era parte de su atrezo.»

Lo había tenido esperando un buen rato. A medida que avanzaba en edad pasaba muchísimo tiempo maquillándose porque, como explicó Liza Todd Tivey, «parecía que cada vez le resultaba más doloroso estar frente a la gente».

Quizá no se aferraba a su pasado, pero se divertía reviviéndolo de tanto en tanto. Siempre mantuvo a Richard junto a su corazón: le encantaba que el candelabro de su habitación titilase porque decía que era él que venía a visitarla.

Capítulo 21

Dama Elizabeth

> Ya no soy una estrella de cine. Supongo que aún soy famosa, pero esto no puedo evitarlo.
>
> ELIZABETH

Cuando la reina Isabel II concedió a Elizabeth el título de *Dama*, que es el equivalente femenino de *Caballero*, en el año 2000, ella no quiso devolver el broche que simbolizaba ese honor. Ni por un minuto.

Antes de la ceremonia, en el palacio de Buckingham, un ayudante de la reina reunió al grupo de galardonados, entre ellos Julie Andrews, antes de la ceremonia de investidura para explicarles lo que debían esperar. La reina les pondría y cerraría el broche, les estrecharía la mano y ellos debían hacerle una pequeña reverencia y atravesar un vestíbulo. Luego se les quitaría el broche, que se pondría dentro de una caja y que se les entregaría más tarde.

—¡Yo quiero llevar el mío! —interrumpió Elizabeth.

Hubo risas nerviosas y el ayudante pareció sorprendido.

—Podrá llevarlo el resto de la semana, y el resto del año —respondió.

—No, no quiero...

El hombre estaba desconcertado y le dijo:

—Usted quiere tenerlo en la mano para poder mirarlo y tocarlo.

—Lo quiero sobre mi pecho —dijo ella.

Julie Andrews le dijo en un tono ligeramente regañón:

—Elizabeth...

El ayudante de palacio estaba divertido. Miró a Julia Andrews y le dijo: «Cuídela usted». Marc Cherry, creador de la serie *Mujeres desesperadas*, llevó en su coche a Elizabeth a una fiesta del 4 de Julio en Malibú en el año 2000 y ella le explicó: «Ser nombrada dama fue lo más emocionante que me ha pasado en la vida. Julie actuaba como si eso ocurriera todos los días de su vida».

Así de auténtica era Elizabeth, no importa lo grandioso que fuera lo que la rodeaba. Amaba los regalos y ese broche, testigo de sus días como persona humanitaria y activista contra el sida, era algo que quería admirar y utilizar inmediatamente.

—Siempre he sido una zorra —dijo en una declaración—. Ahora tengo el gran honor de ser una dama.

Un funcionario de palacio le dijo a Marion Rosenberg que todos los que ese día no trabajaban fueron para intentar ver a Elizabeth. «El palacio entero estaba excitado», le dijo. Para ese funcionario, Elizabeth Taylor era la persona más apasionante que había puesto pie en el palacio de Buckingham: representaba la vieja magia de Hollywood.

Cuando Moshe Alon hizo el recorrido antes de la ceremonia, preguntó a la gente de palacio cómo iba a subir Elizabeth a la planta superior.

—Bueno —le dijeron—, podemos llevarla nosotros.

—De ninguna manera va a aceptar que la subáis vosotros por la escalera. ¿No tenéis un elevador?

—Sí, aquí hay un ascensor.

—¿Y cuál es el problema de que vaya en el ascensor? —preguntó Alon.

—Ah —le dijeron—, nadie sube en ese ascensor excepto la reina madre.

Un rato más tarde, Elizabeth consiguió permiso para usarlo. Después de todo, ella había intercambiado chistes y joyas con la princesa Margarita y la reina misma la había ayudado en 1976.

Mendelson decía que Elizabeth odiaba llegar tarde, pero desde luego era algo que sucedía todo el tiempo. Cuando comenzó a trabajar para ella, le había prevenido que mientras se preparaba

para un acontecimiento se ponía nerviosa y podía contestarle mal. «No te lo tomes como algo personal —le dijo—. No tiene ninguna importancia.» Pero de llegar tarde no podía haber nada de nada cuando se trataba de la reina de Inglaterra. A Elizabeth su reputación la precedía. Mendelson se reunió con representantes de palacio y estos le dijeron que Elizabeth tendría que estar ahí a tiempo porque cerrarían las puertas de entrada. Era obvio que la reina no iba a esperarla a ella.

—Literalmente le quité el frasco de la máscara de las manos y le señalé la puerta —dijo Alon.

Elizabeth pidió a su amiga Sarah Ferguson, duquesa de York, que había estado casada con el príncipe Andrés, que le explicara la diferencia entre los títulos oficiales de «Lady» y «Dame». Las damas no están autorizadas a llevar el título de *Lady*, a menos que estén casadas con un Caballero, un Barón o un Par de por Vida, este último un título que no se hereda y que termina con la muerte de su portador. Al vivir en Estados Unidos, Elizabeth nunca pensó que tendría el honor y quería comprender su significado.

Trish McCaldin, que se ocupaba del funcionamiento de la mansión de diez dormitorios de Malcolm Forbes en Londres, recuerda que Elizabeth y su familia llegaron a la casa para una cena después de la ceremonia. La actriz pidió un par de pantuflas y un cárdigan, y la que era su cena inglesa preferida: cerdo asado con corteza doble, puré de patatas con abundante mantequilla y crema, y judías verdes bañadas en una generosa ración de salsa. De postre tomó pudín de pan y mantequilla, y pareció exhausta pero feliz. Después de la cena volvió al Dorchester, donde se alojaban ella y los suyos, llevando una bolsita con restos de la corteza de cerdo.

Cuando fue a visitarla su nieto Quinn y la llamó «abuelita», ella lo corrigió en tono de broma y dijo «Para ti soy *Dame Elizabeth*».

—En casa se lo tomaba a chiste, pero yo sé que significaba mucho para ella —recordó Quinn.

* * *

A medida que se hacía mayor, cuando ya estaba en los setenta, Elizabeth se hartó de estar confinada en su dormitorio. Quería salir de la casa, así que Tim Mendelson la llevaba al Abbey, un espacioso bar gay en Hollywood Oeste en el que ella se sentaba detrás de todo con sus gafas de sol adornadas con diamantes falsos y sus botas hasta la rodilla, cuanto más llamativa su vestimenta mejor, y sorbía lentamente martinis de sandía. Su guardia de seguridad de aquellos años, Ziv Ran, dijo que Elizabeth comprobaba lo mucho que su labor como activista había ayudado a cambiar la realidad para toda una generación de hombres gais. «No puedo decirte cuántos hombres se acercaban a saludarla: docenas y docenas.» Muchos tenían lágrimas en los ojos y se arrodillaban ante ella para que su mirada estuviera nivelada con la de Elizabeth, que estaba en su silla de ruedas. Le decían: «Usted no lo sabe, pero me ha salvado la vida».

—Gracias, cariño —les decía ella, muy emocionada—. El placer ha sido mío.

Cuando Elizabeth le dijo al fundador de Abbey, David Cooley, que era su bar favorito, el hombre mandó hacer una placa en su honor. «La gente la roba —le dijo Cooley—, la hemos atornillado, la hemos colocado con pegamento... Nada funciona. Creo que para la gente es como un símbolo, el símbolo de que ella nos quiere tanto como nosotros a ella.»

Aunque aquellos años fueron mucho más tranquilos, Elizabeth tenía acceso a una rica vida emocional debido a sus recuerdos. Cada Yom Kippur, el día más sagrado del año para la comunidad judía, convocaba a Ziv Ran a su dormitorio, le pedía que encendiera una vela y que leyera la plegaria del *Kiddush* para Mike Todd. «Llevaba grandes cruces colgadas del cuello [más adelante comenzó a usarlas adornadas con piedras preciosas], pero ella se consideraba judía —cuenta Ran—. Siempre me aseguré de tener turno de trabajo en Yom Kippur para poder celebrar juntos esa ceremonia.»

Otra ceremonia profundamente emotiva tuvo lugar en el palacio de Buckingham en 2010, cuando se desveló un busto de Richard Burton en una fiesta que conmemoraba el sexagésimo aniversario del Royal Welsh College of Music and Drama. Elizabeth ya tenía setenta y ocho años y hacía tres décadas que se había divorciado de Richard por última vez y más de veinte desde su muerte, pero el admirable bronce que se hizo para el vestíbulo del nuevo teatro al que pusieron su nombre en Cardiff, Gales, la abrumó de emoción.

El príncipe Carlos le preguntó:

—¿Cree que el parecido está bien logrado?

—Es maravilloso —respondió ella, secándose los ojos.

* * *

Se mantenía ocupada y seguía amando la vida, pero cada vez le resultaba más difícil salir y muchas veces sufría dolores. Su apoderado y amigo Jason Winters le ayudó a crear la joyería House of Taylor, con una línea propia de joyas de mediano y gran valor. Winter y Elizabeth se divertían juntos y a ella le gustaba aplicar sus vastos conocimientos de joyería y su pasión por ella para crear diseños nuevos. Le gustaba dar a probar sus creaciones.

—Engalanó a todo el servicio de la casa —dijo su abogada Barbara Berkowitz—. Yo nunca había visto antes fregar cuartos de baño llevando pulseras de diamantes.

Elizabeth viajó a Hawái con Winters y su familia, y nadó entre tiburones a los setenta y cuatro años, aunque pasaba la mayor parte del tiempo en una silla de ruedas. Pero como dijo Mendelson: «No pude convencerla de que no lo hiciera. Amaba a todos los animales, incluyendo los tiburones». Cuando le dijeron que se quitase las joyas porque su brillo podía atraer a demasiados tiburones, ella respondió: «Pero ¿no es ese el objetivo?». Y se quedó con sus pulseras de diamantes. Quería mostrar a la gente que incluso con una insuficiencia cardíaca incurable, osteoporosis,

tres prótesis de cadera y un dolor de espalda intenso, seguía disfrutando de su vida.

—Cogía la vida por el cuello y la sacudía bien —comentó su amigo Robert Wagner.

Mendelson y otros la ayudaron a entrar en la jaula de plexiglás de 3 x 2 metros y observaron asombrados cómo se hundía bajo la superficie del océano Pacífico. «Hace años que los tabloides intentaban sepultarla —dijo—. Pero ella amaba demasiado la vida. Quería vivir al máximo hasta el último minuto. Le gustaba decir que ella era una “persona completamente desarrollada” con independencia de su edad y de cómo se sentía.»

—Durante sus últimos años —dijo su nieto Quinn— estuvo dedicada a vivir.

Pero también temía la soledad. Por eso cuando su antiguo novio Bill Pawley, el primer hombre con el que estuvo comprometida, la llamó cuando ya pasaba los ochenta años y Elizabeth los setenta, ella le devolvió la llamada. Quería saber si había algo que pudiera rescatarse. Pero para la época en que comenzaron a dialogar de nuevo, ella se había acostumbrado tanto a que la usaran y la manipularan que comenzó a cuestionarse las motivaciones de Pawley.

Cuando él la visitó en Bel Air, Elizabeth estaba en cama —que era donde pasaba bastante tiempo— y él se presentó con las cartas que ella le había escrito cuando eran jóvenes y estaban enamorados. Fue muy agradable saber que él las había guardado, hasta que Pawley le sugirió que Elizabeth se las comprase. Se enfadó mucho. «Ahora me doy cuenta de por qué dejé de salir contigo», le dijo.

* * *

Colin Farrell, que alguna vez salió con Britney Spears y que es conocido por su belleza un tanto rústica, fue un improbable compañero de Elizabeth, que le llevaba más de cuatro décadas. Se

conocieron en 2009, cuando Tim Meldelson se presentó a Farrell mientras Elizabeth estaba en el hospital Cedars-Sinai por una intervención del corazón y el actor, por el nacimiento de su hijo. Después Farrell contactó con su agente y le preguntó si era posible arreglar una visita: no había podido dejar de pensar en Elizabeth una vez que salió del hospital.

Ella estaba intrigada. Su acento irlandés y su fama de inconformista le recordaban a su muy querido Richard. Una vez Elizabeth dijo que en Richard había encontrado «el sentido de la poesía y la extravagancia».

Farrell necesitaba conocerla. Preguntó a su agente si podía enviar flores a Elizabeth y su agente le dijo que ella acababa de enviarle orquídeas a él. «Me pareció absolutamente asombroso. ¡Ya está! No sé quién arrojó el guante, pero arrojado estaba y se debía responder», recordó con una sonrisa juguetona. Pocas semanas después se conocieron.

Farrell fue a Nimes Road un sábado por la tarde y llevó consigo un libro de poesía de William Butler Yeats con una dedicatoria para Elizabeth. Esperó una hora en el jardín trasero hasta que ella bajó. «Estaba magnífica. El cabello recogido muy alto como la Torre Sears y peinado de maravilla. Estaba hermosísima y radiante y vital. Iba en silla de ruedas y Tim la acercó hasta mí. Había dinamismo ahí, hasta el final, y aquello era extraordinario.»

Cuando se marchaba, se inclinó junto a ella para una fotografía y Farrell le dijo que si alguna vez quería que volviera y le leyera poesía, estaría encantado.

Elizabeth se quedó callada, asintió con la cabeza y murmuró: «Richard hacía eso».

Después escribió a Farrell: «Qué placer me ha causado conocerte. Y gracias a Dios… eres un verdadero celta. Me recuerdas tantas cosas buenas…, tantas cosas felices. Gracias por ser tan auténtico».

Él volvió muchas veces a leer para ella. Se sentaba en un sillón al lado de la cama y en ocasiones Elizabeth ponía grabaciones de Richard leyendo poesía. Su voz resonante era

canalizada por altavoces en la habitación y Farrell decía que era como si Richard estuviese con ellos. Ella cerraba los ojos y revivía su vida con él. Y cuando a través de los altavoces llegaba el aplauso de una audiencia en directo, ella sonreía.

—Me enamoré de ella —dijo Farrell—. En el poco tiempo que pasé con ella llegué a sentir qué mágico habría sido haberla amado de manera romántica. Y haber sentido el romance de su romántico amor.

Aunque la salud de Elizabeth iba a peor, Farrell hablaba de planificar una comida en Big Sur y un viaje en helicóptero hasta Santa Barbara por la tarde. Quería que ella tuviese algo que le apetecía mucho, pero también tenía el deseo genuino de hacer esas cosas con ella.

Los dos eran insomnes y a veces él la llamaba a las dos o las tres de la madrugada. Atendía el jefe de seguridad y a los treinta segundos Elizabeth se ponía al aparato. «Yo era consciente de que era un tío de Dublín de treinta y tantos años que estaba al teléfono con una de las personas más increíbles del planeta.» Durante los dos años que duró su amistad se enviaron entre ellos cientos de textos. El nieto de Elizabeth, Quinn, que estaba en la veintena, recuerda haber bromeado con Farrell y haberle llamado «Papá Colin».

—Creo que es probable que ella tuviera esperanzas de meterlo en su cama, pero él se limitaba a flirtear de una manera adorable —dijo el hijo de Elizabeth, Chris—. Incluso de anciana seguía teniendo el corazón joven.

Farrell recuerda lo molesta que estaba Elizabeth durante una llamada telefónica que él le hizo desde Los Ángeles cuando acababa de volver de Londres. Dijo que él estaba pasando por un momento difícil de su vida.

—¿Dónde estás? —le preguntó ella.

—Estoy aquí en Los Ángeles —respondió él.

—¿Cuándo volviste? Creía que aún estabas en Londres —dijo ella, algo enfadada.

—Volví hace algunas semanas.

—¿Por qué no has llamado?

—No estaba de buen humor, mi estado mental no era bueno y no quise agobiarte con eso.

—¿Cómo se supone que voy a ser tu amiga si estás continuamente alegre y de buen humor?

—Tienes razón —respondió él—. Pero es en momentos como ese cuando no disfruto de mi propia compañía.

—Es entonces cuando necesitas amigos y gente en la que apoyarte, y para eso estoy aquí. Así que si quieres que sigamos siendo amigos, basta de tonterías.

Él le devolvía algo extraordinario: vitalidad, en un momento en que ella se sentía mayor y enferma. A Elizabeth le encantaba que él fuera descarado y rudo y amable y romántico al mismo tiempo: era lo mismo que Richard, que podía ser tierno y cariñoso y poco después huraño y cruel. Ella quería ver en sus ojos la imagen más joven de sí misma. Sin embargo una vez, cuando estaba de visita y ella en cama, él le acarició la mano. «Deja de frotarme —saltó ella—. No soy un perro.» No quería tener la impresión de que él la cuidaba y Farrell captó el mensaje.

Mendelson recordó haber visto a Farrell llevar a Elizabeth a cenar al Polo Lounge. «En aquellos momentos, moverla era un esfuerzo de equipo. El solo hecho de salir exigía la presencia de una enfermera, un guardia de seguridad y yo. Pero Colin la alzó, echó la silla de ruedas en el maletero y se fueron los dos solos. Fue algo realmente bueno de ver. Presenciar cómo interactuaban esos dos era mágico.»

Cuando entraron en el Polo Lounge, un restaurante al que Elizabeth había ido desde que se convirtió en estrella con *Fuego de juventud*, todos se volvieron a mirarla. «Quería fresas recubiertas de chocolate y caviar y todas las cosas que una mujer como ella debía de comer regularmente. Era una hedonista —dijo Farrell—. Su figura era tan de mujer, tan rubensiana y femenina y, sin embargo, era capaz de maldecir más que nadie, brillar más que nadie, amar más que nadie, y estoy seguro que follar más que nadie. Era inmensamente potente. Y eso se reflejaba en todos sus apetitos.»

Desde luego el gran amor de su vida habían sido las joyas, y Farrell le regaló un collar del que pendía un diamante diseñado por

Harry Winston. Sabía que derramar regalos sobre ella, como lo había hecho Richard décadas atrás, la haría sonreír y eso era lo que él deseaba más que nada.

* * *

Elizabeth ansiaba darle a la gente lo que querían ver, pero era muy difícil volver a juntar las piezas del puzle. Años atrás le habían diagnosticado insuficiencia cardíaca congestiva incurable y estaba muy dolorida. Joan Collins, a quien durante muchos años compararon con Elizabeth, acertó cuando dijo: «El problema de la belleza es que es como nacer rico e ir empobreciéndote». No había escapatoria. Y, aunque quizá no pasara mucho tiempo obsesionada con esa realidad, Elizabeth añoraba su juventud.

El fotógrafo de sociedad Richard Young tuvo su gran oportunidad cuando tomó una fotografía de Elizabeth besando a Richard durante el 50 cumpleaños de él en el Hotel Dorchester de Londres, en 1975. Ella lo vio y en términos nada ambiguos le dijo que se marchase. Pero Young le envió la fotografía y a Elizabeth le gustó tanto que comenzó a invitar a Young a acontecimientos para que la fotografiara. Él recordaba que la última vez que la vio, en un evento de amfAR en Cannes, estaba en silla de ruedas y muy desmejorada. Se negó a fotografiarla.

—Me miró como diciendo: «¿Por qué no me haces una foto?». Yo la miré y mi expresión se lo dijo todo: «Te quiero y no quiero fotografiarte así. Lo siento. No es así como quiero recordarte».

La gente quería recordarla como era. Treinta años después del estreno de *El árbol de la vida*, Bob Dylan envió a Elizabeth una nota desde el hotel en el que se alojaba en Chapel Hill, Carolina del Norte. En ella le decía cuánto habían influido la vida y los recuerdos de ella en la historia de Hollywood y en la misma industria del cine.

«Quiero verla y hablar otra vez con usted —escribió Dylan—. Quiero hablar sobre Montgomery Clift, James Dean, George

Stevens, todas esas cosas… Esta es solo una nota rápida para decirle que pienso en usted y en toda la historia que usted lleva consigo.» Le dijo que acaba de volver a ver *Ivanhoe.* «En cada película usted es una reina. Y en la vida real también.»

Para Dylan, como para tantos otros *fans*, Elizabeth era cautivadora, no solo por lo que había logrado personalmente como actriz, sino también por las leyendas de los que habían sido sus amigos y quienes, como en el caso de Stevens, a veces fueron sus enemigos.

La última vez que el fotógrafo Gianni Bozzacchi, que pudo capturar tanto del poco convencional romance de Elizabeth y Richard en los años sesenta y principios de los setenta, habló con ella, fue algunas semanas antes de que ella falleciera. A Elizabeth siempre le habían gustado sus chistes guarros.

—Gianni, ¿tienes alguno nuevo? —le preguntó ella durante una llamada telefónica en la que su voz se oía pequeñita y cansada, tan diferente de la normal.

—Claro —contestó él—. He reservado uno justo para ti.

—Y, entonces, ¿a qué esperas?

—Estamos en una pequeña ciudad de Sicilia, ¿comprendes?

Elizabeth ya estaba riendo.

—Dos hombres viejos, muy viejos.

—¡*Vecchi!* —dijo ella, la voz italiana para viejos.

—Sí —contestó él—, *vecchi*. Estos dos viejos están sentados en la terraza de un bar en el centro de la ciudad. «¿Te has enterado de lo de esta nueva medicina? —dice uno de ellos—. Es una píldora azul, azul como nuestro mar.» «¿De qué me estás hablando?» «De Viagra.» «Ah, Viagra. ¿Y qué es lo que hace?» «Bueno, dicen que te mantiene la polla dura durante dos horas.» «Ah, ya veo, es un sedante.»

Elizabeth rio a grandes carcajadas. «¿No tendrás el número de teléfono de ese segundo viejo?»

Se mantenía en contacto con John Warner y con Ardeshir Zahedi desde sus años en Washington. Zahedi recordaba la última conversación que tuvieron. «Hablé con ella unos diez días antes de su fallecimiento, cuando estaba en el hospital. Me dijo que estaba

cansada y a mí se me cayeron las lágrimas.» Nadie quería verla sufrir más de lo que ya había sufrido.

Mendelson rompió a llorar cuando una de las enfermeras llamó desde el hospital para decirle que las rótulas de Elizabeth se habían desmenuzado. «Lloré porque sabía que aquel era el fin.» Tenía osteoporosis en el último estadio y con las rótulas desmenuzadas no podría caminar ni moverse de ninguna manera. El dolor era intenso. Mendelson la llevaba cada semana al hospital para que le desatascasen los pulmones, pero inevitablemente su cuerpo se estaba desmoronando. Aun así, Elizabeth preparaba un viaje a Nueva York para una recaudación de fondos para su amada amfAR, donde iban a homenajearla junto a Bill Clinton y a Ira von Furstenberg.

Pero nunca hizo ese viaje. El día que fue al hospital por última vez, el médico le dijo que las cifras de su analítica de sangre estaban tan mal que iban a llevarla a Urgencias inmediatamente. Elizabeth fue, pero no antes de que José Eber le recogiera el cabello muy alto, tal como a ella le gustaba, y también se maquilló, como siempre.

Sus hijos fueron a visitarla a la Unidad de Cuidados Intensivos, y lo mismo hizo Colin Farrell. Este quería que la llevasen a su casa para que pudiera morir allí. Mendelson era de la misma idea, pero se quedó en el hospital. Una vez informados de que no había ninguna posibilidad de supervivencia, Farrell le dijo a Mendelson: «Consigamos una puta ambulancia y yo la sacaré en la misma camilla. No pueden detenernos». Pero pudieron. Elizabeth estuvo seis semanas en el hospital antes de morir de insuficiencia cardíaca congestiva el 23 de marzo de 2011, a los setenta y nueve años de edad.

Había entrado en el hospital y salido de él tantas veces que era difícil creer que se hubiera ido. Las personas que trabajaban para ella, incluido Mendelson, estaban devastadas. «He tratado de prepararme —dijo—. ¿Cómo iba a lidiar con el hecho de que esa puerta [la entrada a su casa de Bel Air] no iba a abrirse para mí? Nunca me habría cansado de ella.»

Mendelson deseaba que Elizabeth hubiera podido morir en su

casa, que era tan cálida y acogedora, en vez de en una estéril habitación de hospital. «Yo estaba allí cuando murió Chen y nos cogimos de las manos. Le pregunté a Elizabeth si le molestaba estar en una habitación con una persona muerta y me dijo que no. Cuando Elizabeth estaba muriendo, yo le cogí la mano en el hospital. Era tan espantoso que no pudiese morir en su casa. No estaba cansada de vivir.» Tenía tantos grandes amores y, sin embargo, la enterraron sola. Dentro de su corazón ella hubiera querido que la enterrasen junto a Mike o junto a Richard, pero a Sally Burton no la habría hecho feliz la idea de que Elizabeth estuviese enterrada junto a Richard en Céligny. Elizabeth sabía que ahí no había nada que hacer, de manera que soñaba con ser enterrada en Gales: al menos eso sería una conexión con Richard. Y mientras hablaba de que quería descansar junto a Mike, no pudo escapar al recuerdo horripilante de lo que había ocurrido con sus restos. No quería que le pasase a ella lo que había ocurrido con él.

Le había impresionado la pacífica belleza del Forest Lawn Memorial Park en Glendale cuando presenció el servicio a Michael Jackson. Hay otras celebridades enterradas en sus frondosas 121 hectáreas, entre ellas sus amigos Spencer Tracy y Sammy Davis Jr. De modo que finalmente la enterraron allí, detrás de un enorme ángel blanco con los brazos extendidos.

Siguiendo la tradición judía, se ofició un servicio con cincuenta personas de su familia y sus mejores amigos inmediatamente después de morir. Hubo amenazas de miembros de la Iglesia Bautista de Westboro que protestaron por el funeral. La hija del líder del grupo lanzó ataques por medio de Twitter: «No hay RIP para Elizabeth Taylor, que pasó la vida entre adulterios y empoderando a maricas orgullosos». Por lo visto, Elizabeth seguía escociéndoles, incluso después de muerta. A ella le habría encantado. Siempre fue fiel a sí misma: dejó estipulado en su testamento que el funeral debía comenzar con quince minutos de retraso. En el sepelio, rodeado por los mejores amigos y familiares de Elizabeth, Colin Farrell recitó el poema favorito de ella (que era también el favorito de Richard), «El eco de plomo y el eco de oro», del poeta victoriano Gerard Manley Hopkins. No es difícil ver por

qué este poema, cuyo tema es el sometimiento mortal de la belleza a Dios, significaba tanto para Elizabeth, que siempre había rechazado que fuera solo su belleza lo que la definiera. Después del funeral un grupo pequeño se reunió en Bungalow 5, en el hotel Beverly Hills, que en una época había sido el santuario de Elizabeth y el sitio al que iba cuando intentaba librarse de la prensa.

Siete meses después de su muerte hubo un recordatorio privado en la sede de Warner Brothers en Burbank. El maestro de ceremonias fue Farrell, quien antes de dirigirse adonde se iba a celebrar el servicio se quedó en el coche repasando una y otra vez lo que iba a decir. Elizabeth había significado tanto para él que deseaba que las cosas se hicieran bien. «Para mí es fácil olvidar que fuimos amigos o pensar en ello como un sueño inducido por la fiebre», dijo. Se pasó una versión de una de sus canciones favoritas, *You'll Never Walk Alone*, del musical *Carrousel*, y sir Elton John cantó delante de una audiencia de cuatrocientos invitados, incluidos los hijos de Michael Jackson, como tributo a la gracia y a la firme humanidad de Elizabeth.

—Decir que el mundo se ha vuelto más pequeño, más vacío, más oscuro y más solitario cuando perdimos a Elizabeth es quedarse cortos —dijo John—. Era una verdadera roca, una pionera, una exploradora, una innovadora y una estrella que siempre brillará y siempre tendrá tiempo para reírse de ella misma.

Elizabeth quería ser enterrada vestida de blanco y así fue, con un caftán bordado de Badgley Mischka y una chaqueta de noche blanca con cuello de zorro blanco, traje que había decidido llevar en el evento de amfAR en el que iba a ser homenajeada justo cuando tuvo que ingresar en el hospital.

Pidió a Mendelson que no la enterrasen con ninguna de sus amadas joyas. «Las joyas eran una pasión tan fuerte para ella que yo no podía imaginármelo. Me entristeció pensar que después de todos aquellos años de ayudarle a elegir joyas, no podría hacerlo por última vez. Volví a preguntarle: "¿Ni siquiera falsas?", y ella movió la cabeza y dijo "No".»

Capítulo 22

La subasta: «El recuerdo siempre nos devuelve una punzada de alegría, de amor»

> Mientras miro mis joyas me doy cuenta de que soy una chica muy afortunada.
>
> ELIZABETH

Siempre pensó en sí misma como la guardiana temporal de su magnífica colección de joyas, la mayoría de las cuales puso en subasta. «Quería compartir mi colección con otras personas para que pudieran echar una mirada a las joyas, a la emoción y a la pura belleza que estas creaciones me han dado», dijo Elizabeth.

Christie's de Nueva York fue la firma que organizó, entre el 13 y el 16 de diciembre de 2011, menos de un año después de su muerte, una subasta de sus pertenencias que batió récords. Se cree que Elizabeth tuvo la colección privada de joyas más valiosa del mundo. La subasta fue tan importante que los empleados de Christie's que estaban pensando en retirarse o en cambiar de trabajo decidieron quedarse para poder incluir este acontecimiento en sus currículums.

La primera tarde se vendieron las joyas para la noche, es decir, las más famosas, que eran ochenta piezas. Christie's abrió la subasta con una grabación casera en vídeo que mostraba a Elizabeth sentada junto a la piscina en Bel Air pujando por el broche de diamantes Príncipe de Gales. En la sala había una sensación eléctrica.

Las piezas más codiciadas habían sido regalos de Mike y Richard, entre ellos la perla La Peregrina, el diamante Taj Mahal y

el deslumbrante conjunto Cartier de pendientes, collar y brazalete de rubíes que Mike le había regalado junto a la piscina cuando Elizabeth estaba embarazada de Liza. Fue un verdadero frenesí: personas de treinta y seis países competían por la suerte de poseer una parte de la historia de Hollywood. El diamante Krupp, de 33,19 quilates, que había cambiado su nombre por diamante Elizabeth Taylor, y que se vendió a una corporación surcoreana por 8,8 millones de dólares (unas tres veces más de lo esperado), estableció un precio récord por quilate para un diamante sin color. La perla La Peregrina, del siglo XVI, en forma de pera, se vendió por 11,8 millones: su estimación estaba entre 2 y 3 millones. La tiara, regalo de Mike Todd, salió por 4,2 millones, un récord mundial para una tiara.

Solo aquella noche, Christie's recaudó casi 116 millones. La subasta, a la que había que ir de etiqueta, duró más de ocho horas, ya que los subastadores iban cambiando de posición en una sala abarrotada con casi quinientas personas. Todos los objetos propiedad de Elizabeth, entre ellos prendas de ropa, alcanzaron un precio final —la oferta ganadora de cada lote subastado— de más de 183 millones. En aquel momento fue la venta más cara de joyas de la historia. La mayor parte de las piezas se vendieron por unas diez veces más que las estimaciones más altas de la subastadora. El cálculo a la baja para la venta total había sido de 20 millones aproximadamente, pero solo el total de las joyas alcanzó los 144,2 millones. Las obras de arte se vendieron de forma separada, también por Christie's, en Londres, en 2012. Tres de las pinturas más valiosas salieron por 22 millones, entre ellas un paisaje de Van Gogh por el que se pagaron 16 millones.

La especialista en joyas de Christie's, Daphne Lingon, la calificó como «la subasta más memorable de mi carrera». Miles de personas acudían a Christie's cada día para poder ver las famosas joyas en exhibición. Las más codiciadas eran las más ostentosas, pero algunas de las menos caras y más personales se vendieron bien por encima de su precio de salida, entre ellos un collar de oro y marfil, hecho con entradas para la ópera de los siglos XVIII y XIX, que la diseñadora de ropa Edith Head había dejado para Elizabeth

en su testamento. Se calculó que el collar se vendería por 1.500 a 2.000 dólares y terminó saliendo por 314.500. El broche retro de fantasía que Elizabeth regaló a su madre y que le había costado 25 dólares en 1940 (380 dólares de hoy), y que fue la primera pieza de joyería que compró en su vida, salió por 74.500 dólares. Se pensaba vender entre 1.000 y 2.000 dólares, pero incluía una tierna nota de agradecimiento de Elizabeth a su madre.

«La parte más extraordinaria de la subasta era el salón de cajas para las joyas —dijo André Leon Talley—. Esas cajas por sí solas ya eran obras de arte.» Cada caja estaba meticulosamente etiquetada y cada etiqueta narraba la historia de la exuberante vida de Elizabeth: «Tiara de Diamantes de Mike Todd», «Diamantes Ping-Pong», y «Collar de la Abuela» (que guardaba una gargantilla de oro y diamantes de Van Cleef & Arpels con la cara de un león tallada en un diamante que llevaba ojos de esmeraldas tallados en marquesas, que Richard le regaló cuando fue abuela a los treinta y ocho años de edad). Elizabeth vivió la vida que vive una princesa o una duquesa en otro país, y todos querían probarla.

Tuvo lo mejor de todo, realizado por los más renombrados joyeros del mundo, como Boucheron, Bulgari, Van Cleef & Arpels, Jean Schlumberger, JAR y Cartier. La suya era una de las colecciones de joyas más perfectas que hayan existido.

«Esta fue una mezcla que yo jamás había visto en mis cincuenta años en Christie's —dijo el presidente de Christie's Europa, François Curiel—. He visto joyas importantes de personas anónimas, o de personas que no querían que su nombre fuera público; he visto a famosos vendiendo joyas de una calidad media; pero nunca había visto a una persona famosa vender joyas de calidad óptima.»

El presidente de Christie's, Stephen Lash, quedó asombrado por la inteligencia de Elizabeth. «Llevó a su colección de joyas las disciplinas que le enseñó su padre para coleccionar arte. No te miran con mucha simpatía cuando dices que coleccionar es una ardua tarea, pero puede serlo si vas a hacerlo bien. Y ella lo hizo muy bien.»

Los preparativos para esta histórica subasta se hicieron

décadas antes de la muerte de Elizabeth. A finales de los años setenta, Lash inició con los asesores financieros de Elizabeth conversaciones que se prolongaron durante años, y hablaron de sus legendarias joyas y también de sus pinturas, entre las cuales había un Frans Hals de mucho valor. En 1998, Curiel, que por entonces encabezaba el departamento de joyería de Christie's, fue a la casa de Elizabeth en Bel Air para ver su colección y darle una estimación de su valor en subasta. Sotheby's, la mayor rival de Christie's, también envió especialistas a su casa.

Curiel y dos colegas llegaron a casa de Elizabeth a las nueve de la mañana y se sentaron a una larga mesa de comedor cubierta por completo de cajas con joyas. Comenzaron a hacer fotografías y a catalogar cada pieza.

«No me atreví a preguntar si ella pensaba venir, pero de tanto en tanto oíamos algún ruido en la planta alta de la casa —dijo Curiel—. Y de repente, a las once, Elizabeth Taylor baja por la escalera vistiendo un caftán. Se sentó con nosotros y pasó el resto del día mirando cada una de las piezas. Y lo que más me fascinó fue que conocía extremadamente bien cada pieza. En un momento dado estábamos mirando un zafiro y ella dijo: "Este zafiro parece un zafiro de Cachemira, pero, en realidad, no es de Cachemira sino una piedra birmana. El engarce me dice que es birmano. Me lo vendieron como de Cachemira y no estoy nada contenta con eso". Yo estaba fascinado. Era como hablar con un profesional. Y todo el día fue así, conocía cada joya de memoria, sabía quién le había regalado esta y quién la otra. Dijo que Eddie Fisher no entendía nada de joyas. "Creía que me estaba dando un gran regalo, pero mire la calidad de la piedra —dijo mientras examinaba una pieza —. Parece grande, pero es de mala calidad y el pobre hombre no lo sabía. Estoy segura de que se aprovecharon de él."»

Conocía el origen geográfico de cada piedra, su calidad, la forma en que se había cortado, y Curiel estaba atónito. «Pasé un día entero con alguien que realmente sabía de gemas y con quien pude mantener conversaciones interesantes. Normalmente, la gente dice esta es de Van Cleef & Arpels o esta es de Cartier. No conocen sus gemas de verdad. Yo estaba en presencia de una joyera.»

Cada una de las joyas que le habían regalado Mike Todd u otro marido llevaba en la caja una pequeña etiqueta escrita por ella. Las cajas etiquetadas como «Mike Todd» y «Richard Burton» tenían cierto efecto sobre ella: evocaban recuerdos. Para empezar, esos recuerdos nunca estaban lejos de la superficie. Le dijo a Curiel cuándo le habían dado cada regalo y lo que habían significado para ella. A él le pareció que aquella vez podía ser la primera que todas las piezas hubieran sido desplegadas juntas.

Christie's fue a por todas en su intento de ser la casa que se quedase con la subasta de las joyas. Nancy Valentino, que trabajaba para ellos y había participado en la subasta que entonces había sido récord, «Las propiedades personales de Marilyn Monroe», en 1999, viajó hasta el chalé de Elizabeth en Gstaad, en 2000, para hacer inventario. «Hacía siete años que nadie iba por allí y era como si alguien hubiese tostado pan en la cocina esa misma mañana. Había cabellos en un cepillo. ¡Era como si ellos (los Burton) no se hubiesen marchado nunca!»

Chalet Ariel representaba su vida con Richard, una vida de matrimonio e hijos. Chris Wilding, Liza Todd Tivey y Tim Mendelson acompañaron a Nancy Valentino mientras recorrían la casa decidiendo qué se quedaba allí, qué se llevaban a Bel Air y qué venderían. Elizabeth sabía exactamente dónde estaba cada pieza de mobiliario. Solo tenían cinco días para vaciar toda la casa, que ya se había vendido, y para hallar qué valía la pena incluir en la subasta. Para los hijos de Elizabeth fueron momentos muy emotivos, porque para ellos Gstaad era un refugio del mundo y de la inmensa fama y tumultuosa vida personal de su madre. Era el único hogar que ellos habían conocido: el resto del tiempo, su madre lo había pasado en un yate, en hoteles elegantes y en casas que no duraron mucho.

Había una habitación dedicada a las joyas y Valentino catalogó más de tres mil piezas. La casa estaba atestada de objetos de Elizabeth y Richard, entre ellos setenta y dos pelucas de los años sesenta guardadas en uno de los armarios.

Christie trabajaba mucho para ganarse la confianza de Elizabeth e incluso dio una fiesta en su oficina del Rockefeller

Center, en 2002, para celebrar la publicación del libro de Elizabeth *My Love Affair with Jewelry*. Comprendieron que sus joyas contaban la historia de su vida. Como homenaje a la publicación del libro, se suponía que algunas piezas iban a exhibirse en Europa pero no pudo enviarlas, de modo que volvieron a remitirse a Los Ángeles. Elizabeth dijo que cada piedra era como un hijo suyo. En algún momento se desprendería de ellas, pero no antes de irse ella. Le importaban mucho.

Jennifer Tilly, una gran coleccionista de joyas, recordaba la expectativa que despertó la subasta. «Siempre quise tener alguna de las piezas de su época de *Cleopatra* porque había leído que ella solía pasear por la Via Veneto de Roma y entrar en Bulgari, donde abrían para ella contenedores de joyas. Aquello fue cuando Elizabeth estaba enamorándose de Richard Burton, de manera que yo quería algo de ese período.» Pero en la subasta las sumas se volvían cada vez más astronómicas, explicó, con Bulgari recomprando algunas de las piezas que le había vendido, así que ella terminó quedándose solo con un broche de diamantes amarillos y blancos que fue un regalo de Eddie Fisher. «Cuando se separaron ella pagó la factura del broche, lo cual es sorprendente porque ella jamás pagó por sus joyas. Por eso me imagino que debió de querer mucho este broche.»

Lo puso sobre su mesilla de noche. «Tuve sueños chispeantes en los que yo era una gran estrella del cine, deseada por millones de hombres, que bajaba por la Via Condotti y me sentaba con Gianni Bulgari en la habitación del dinero. Me desperté y pensé: "Es un broche mágico". Me di cuenta de por qué lo amaba Elizabeth. Por raro que parezca, sentí como si ella hubiera venido a mi sueño y me hubiese dicho: “Me hace feliz que tú tengas esto”.»

A Elizabeth le habría gustado saber que sus joyas eran apreciadas por sus nuevos dueños. Antes de la venta, las joyas hicieron una gira por ocho ciudades (Moscú, Londres, Los Ángeles, Dubái, Ginebra, París, Hong Kong y Nueva York) a lo largo de tres meses, con récord de visitantes en cada una de ellas.

Para Elizabeth, las joyas siempre estaban conectadas con los lugares en los que había estado y las personas que había amado.

Dado que nunca las puso en una cámara acorazada y las guardó para ocasiones especiales, pero llevaba una cada día, pasaron a ser parte de ella y todo el mundo deseaba tener una, incluso después de haberse ido.

EPÍLOGO

ALEGRÍA DE VIVIR

Dios sabe que en la vida nunca he tenido medias tintas.

ELIZABETH

Cuando John Warner hablaba de Elizabeth le brillaban los ojos con una mirada perdida, como si viera algo, en la distancia, que nadie más podía ver. «Hacíamos buena pareja nosotros dos, ¿verdad?», dijo en una entrevista de 2019, en su elegante despacho con paredes de madera a las afueras de Washington D. C. Tenía noventa y dos años y llevaba divorciado treinta y siete. Recordaba qué inteligente y divertida había sido Elizabeth. Una mañana, contó, salía volando de su casa rumbo al Senado y se había cortado afeitándose, por lo que puso sobre la herida un trocito de papel del lavabo para detener la sangre. Elizabeth preguntó: «¿Qué es eso?». Él se lo contó y ella dijo: «Caray, de ahora en adelante piensa en tu cara y corta el maldito discurso».

—Dios, qué rápida era para desenvainar —añadió, moviendo la cabeza con admiración.

Elizabeth no era perfecta y nunca pretendió serlo. Pero intentó ser una buena persona. El deseo de Roddy McDowall en su lecho de muerte fue que Elizabeth y Sybil, la primera esposa de Richard, se reconciliaran. Él era amigo de ambas y en 1998, cuando estaba en cama en su casa de Los Ángeles y cerca de la

muerte, vio cumplido su deseo. Mientras iba hacia su casa, Elizabeth estaba nerviosa: era difícil encontrar las palabras. Sybil y Elizabeth estaban sentadas una a cada lado de la cama, y cada una sosteniendo una mano de Roddy. Lloraron y se abrazaron, y cuando Elizabeth se marchó se sentía aliviada. Esta dejó en su testamento una pulsera de perlas y diamantes para Sybil, que luego heredó su hija, Kate Burton. Sin duda, su vida había hecho un círculo completo.

Elizabeth era una mujer muy real cuyo *alter ego*, la mercancía creada cuando tenía doce años, fue la actriz más famosa del mundo en el siglo XX. Como advirtió la columnista de cotilleos Liz Smith, «Dondequiera que alguien diga "Fulano es una gran estrella", yo les pregunto: "¿Ha sido condenado por el Vaticano?"». Elizabeth tenía hambre de más amor, más joyas, más hombres, más comida, más analgésicos: todo era siempre más, más, más. Más diversión. Nunca sabías lo que iba a hacer y su tipo de *joie de vivre* era contagioso.

John Travolta la recordaba haciendo la mejor imitación de un conocido mutuo en una fiesta que dio en su casa una tarde. «Me di cuenta de que, como Marlon Brando, le gustaba lo divertido de la vida, y no su seriedad. Si vas a juntarte con otras personas, riamos y disfrutemos. En aquel momento lo que hizo la definió para mí. Es lo que verifiqué en Brando y en ella también: el espíritu juguetón es lo más importante, te da fuerzas, porque la seriedad ya va a estar ahí. Afrontémoslo, hay tragedia y drama a nuestro alrededor, y nos guste o no, ocurre. Pero tú eres capaz de crear humor y felicidad. Lo otro sucede tanto si te gusta como si no, pero la alegría de la vida hay que inventarla. Y ella era formidable para eso, era creativa en las fiestas que daba. Era una energía destilada. Se salía de lo habitual en cuanto a lo que la vida ofrece.»

Elizabeth nunca se tomó a sí misma demasiado en serio. Durante una entrevista hecha en 1999, Barbara Walter le preguntó qué le gustaría que escribieran en su tumba y ella respondió: «Aquí yace Liz, ha vivido». «No, no me gusta Liz, odio ese nombre. Aquí yace Elizabeth, que odiaba que la llamasen Liz —dijo, con la risa exuberante que la caracterizaba—, pero que ha vivido.»

Ella y Whoopi Goldberg se hicieron amigas y Elizabeth le dio un importante consejo que Whoopi nunca olvidó. Después de haber actuado en la épica película *El color púrpura* en 1985, esta conoció a Elizabeth en una club de lectura. De pronto oyó «Psssst» a sus espaldas, se volvió y la vio. «Estaba pensando "¿Elizabeth Taylor me ha hecho psssst?" y fue hacia ella.»

—He estado a punto de llamarte por tu nombre gritando —dijo Elizabeth—. ¿Cómo diablos estás?

—Yo estoy bien, ¿y cómo diablos estás tú?

—Sé que tu representante es Sandy Gallin. Tienes que decirle que cada vez que terminas un trabajo deben hacerte un regalo, y tú ya sabes que eres negra, ¿verdad?

—Mmm, sí —contestó Goldberg.

—Una carrera sube y baja, y es posible que tu carrera suba y baje un poco más que las demás [por lo racista que puede llegar a ser Hollywood]. Tienes que mirar a tu alrededor y ver las cosas que has logrado reunir, porque, con toda franqueza, vas a pagar la universidad a los hijos de tu representante, la cara nueva a la mujer de tu publicista... A todos les está yendo bien gracias a ti. Quiero que mires a tu alrededor y compruebes que también te está yendo bien a ti.

—Eso me encanta —dijo Goldberg—, pero tú eres Elizabeth Taylor y probablemente puedas hacer eso. A mí no me lo van a permitir.

Al día siguiente, Gallin llamó a Goldberg y preguntó:

—¿Qué le dijiste a Elizabeth Taylor?

—Me estaba explicando que necesito que me hagan un regalo cada vez que trabajo porque todo el mundo estará ganando dinero gracias a mí —respondió.

—Te das cuenta de lo que ha pasado, ¿verdad? —preguntó Gallin.

—No.

—Ha llamado a todos sus amigos y les ha dicho que si tú vas a trabajar con ellos, que se aseguren de regalarte algo.

Años más tarde, a Goldberg sigue encantándole esta anécdota. «Miro mi casa y veo lo que tengo aquí y es gracias a ella. Nunca se

me habría ocurrido a mí sola hacer algo así. Nunca habría tenido obras de arte, nunca habría proyectado mi mente hacia delante para saber qué podría depararme el futuro. Nadie te enseña eso. Cuando encuentras a una genuina estrella de cine que te diga: “Chica, tienes que hacer esto”, no hay nada mejor. A partir de entonces, siempre hay un poco de dinero para mí y si les digo lo que quiero, me lo consiguen. Es bastante fantástico.»

Fue el hecho de comprender quién era ella, además de su apariencia, además de la mercancía llamada Elizabeth Taylor, lo que le dio la capacidad de sobrevivir a los implacables estándares de Hollywood sobre juventud eterna y permanencia de la belleza. Elizabeth tenía este consejo que compartir con las mujeres más jóvenes que estaban en el negocio: mantén tu propia identidad y nunca trates de ser otra persona. Sabía instintivamente que para sobrevivir, y para avanzar, había partes de ella que tenía que mantener en privado. Siempre parecía saber de forma instintiva cuán caprichoso era el público, cuán pronto podía darte la espalda..., especialmente si eres mujer. Después del trauma que supuso la muerte de Mike Todd, comprobó de primera mano cómo puede cambiar tu vida en un instante. Dijo a Richard Meryman: «Yo vivía en un mundo de tules. Ese tipo de mundo te decepciona; es probable que te haga daño con más facilidad, dado que no has aprendido a construir tus propios recursos. No has aprendido a cuidar de ti misma y siempre llega un momento en que no tienes a nadie más que a ti para apoyarte».

Ayudaba a otras mujeres cuando veía que no las trataban bien, incluso mujeres que no estaban en la industria del entretenimiento. Barbara Berkowitz, que ahora es una de los albaceas de las propiedades de Elizabeth, la conoció en 1989 cuando era una joven abogada que trabajaba en un prestigioso bufete de Los Ángeles que representaba a Elizabeth. El bufete estaba predominantemente dirigido por hombres y Berkowitz recuerda que ella y las otras mujeres del despacho cobraban menos por el mismo trabajo que hacían sus colegas masculinos, y las obligaban a vestir faldas para que se les pudieran ver las piernas. «Adquirí una gran habilidad para esquivar cosas, porque el socio

principal me arrojaba objetos y me gritaba», recordaba Berkowitz. Cada día, al ir al trabajo, sentía ganas de vomitar.

Sin explicarle por qué, Berkowitz le comentó a Elizabeth que estaba buscando otro empleo. Ambas pasaron horas junto a la piscina trazando estrategias, «exactamente como trataba con los estudios —dijo Berkowitz—, así iba a tratar con mi jefe». Elizabeth informó al jefe de Berkowitz de que esta era la única persona del despacho con la que ella quería tratar.

Por lo visto, el jefe de Berkowitz prometía a las jóvenes abogadas que podrían trabajar en los asuntos de Elizabeth y conocerla, y esto era para que las chicas aceptaran salir con él. La actriz estaba asqueada. «No más mujeres jóvenes que lo acompañen a reuniones, o a su casa o que hagan mi trabajo. Y no más él. Solo yo —dijo Berkowitz—. No iba a tolerar este comportamiento.» Elizabeth animó a Berkowitz a abrir su propio bufete enseguida y, según esta, «incierto como parecía, ante su insistencia abrí mis propias puertas justo después del fin de semana del Día de la Independencia, en 1997. Muy apropiado: ella me liberó». Elizabeth fue su primer cliente.

«Le gustaba que la gente fuera fuerte. Ella lo era, y mucho: me enseñó a observar lo que ocurría y que no necesitas levantar la voz para causar efecto. Mira más, escucha más y habla menos. Y no aceptes gilipolleces de nadie (...) Y por encima de todo, me enseñó las profundas consecuencias de ser amable y de emplear todos los recursos que tengas para ayudar a alguien.»

Lo que más asombraba a la gente que la conocía era su espíritu generoso. Tim Mendelson recordaba que Elizabeth insistía en que la madre de él, que estaba muy enferma, fuera a vivir a su casa. La señora pasó del hospital directamente a la mansión de Bel Air y ocupó un precioso dormitorio de la planta baja, con vistas al jardín. «Si yo pudiera pensar en un lugar en el que exhalar mi último aliento, sería esa habitación», dijo Colin Farrell.

Elizabeth le dijo a Mendelson: «Quiero estar aquí para ti». Y lo estuvo.

Rara vez se disculpaba por lo que quería. Si estaba rodando una película y su personaje llevaba un abrigo de pieles, dejaba

claro que se lo iba a llevar a casa. Según John Warner, una vez, cuando el director tuvo la osadía de reclamárselo, ella se negó. «Es posible que hubiera previsto la renuencia del director, de manera que en la escena solo llevaba su ropa interior debajo del abrigo. Lo abrió para enseñárselo, lo cerró, y le susurró al oído "Adiós, chico", antes de salir triunfante del plató.»

Disfrutaba de su estilo de vida excesivamente glamuroso. Dominick Dunne recordaba haber asistido a una de las fiestas post Óscar que ofrecía Swifty Lazar en la década de 1980, en la que tuvo la buena suerte de sentarse a la mesa con Elizabeth Taylor y Audrey Hepburn. Observó cómo ambas estrellas legendarias se llamaban por apodos y se inclinaban sobre la mesa para besarse. Hepburn, casi esquelética de tan delgada, llevaba un traje de noche negro de Givenchy y Elizabeth lucía una de sus joyas más grandes.

—¿Kenny Lane? —preguntó Hepburn, refiriéndose al famoso diseñador de joyas Kenneth Jay Lane mientras señalaba el gran collar de diamantes que decoraba el escote de Elizabeth.

—No, Mike Todd —respondió Elizabeth.

—¿Kenny Lane? —preguntó Hepburn señalando el anillo de diamantes gigante.

—No, Richard Burton. —Se partieron de risa y volvieron a inclinarse para besarse las mejillas. Según la opinión de Elizabeth, la vida era para disfrutarla y muy pocas cosas, entre ellas las joyas increíblemente caras, se debían tomar en serio.

—Ya sé que es vulgar —decía del diamante Krupp—, pero ¿me querrías de otra manera?

Berkowitz recordaba: «Incluso en su funeral traté de mantenerme entera y ser profesional. Pero cuando entregué a Christie's el diamante Krupp, mientras preparaban la subasta, perdí la calma. Ella lo llevaba todos los días, estuviera descansando en la cama o de viaje fuera de la ciudad. Y le encantaba dejar que la gente se probase sus joyas..., especialmente el Krupp. El Krupp era algo tan de ella que sacarlo de la casa después de su muerte me rompió el corazón».

El glamur de Elizabeth aún emborracha. «Es espectacular —dijo su maquilladora, Francesca Tolot—. La imagen de Elizabeth

Taylor perfectamente peinada y maquillada recostada en la bañera antes de asistir a los premios de la Academia. Para mí, nunca estuvo mejor que entonces.»

Warner contó que una de las frases favoritas de Elizabeth era *let's kick on,* un dicho inglés que equivale a «sigamos adelante» o «persistamos». Y eso es lo que ella hizo durante toda su vida. Persistió, sin importarle el dolor que sintiera. Después de la súbita muerte de Mike Todd se presentó en el trabajo para mantener a su familia, aunque el dolor psicológico la persiguió toda la vida; no importa cuánto dolor físico estuviera padeciendo, se presentaba a trabajar, y cuando se enteró de que había un colectivo de personas a las que se apartaba y que morían solas, no desvió la mirada.

Desde los nueve años de edad su vida se definió por ángulos de cámara, marcas sobre el escenario y hojas informativas del rodaje: su manera de sobrevivir fue mantener privada una parte de su vida y darse cuenta de cuán irreal es siempre ese mundo de oropel y celofán. La intervención de Elizabeth ayudó a salvar decenas de miles, o quizá fueron cientos de miles, de vidas. Su propia vida fue siempre algo más que ser una famosa. Según la Organización Mundial de la Salud, desde el comienzo de la pandemia se infectaron con el VIH 79,3 millones de personas en todo el mundo y 36,3 millones murieron de sida. A finales de 2020, 37,7 millones de personas en todo el mundo convivían con el VIH. Cuando en la década de los noventa aparecieron medicamentos nuevos, las muertes por sida comenzaron a decrecer. Actualmente, una persona de menos de treinta años que reciba un diagnóstico de VIH y tenga acceso a la nueva medicación puede llevar una vida normal, lo cual incluye no contagiar sexualmente el virus a otros. Elizabeth contribuyó a este monumental cambio.

Quiso asegurarse de que su labor iba a continuar incluso cuando ella ya no estuviera. Dejó establecido que parte de las regalías generadas por su nombre y su imagen, incluyendo las fragancias, fuera a la Fundación Elizabeth Taylor contra el Sida. La fundación está centrada en un tema que ella habría deseado que se abordara: la derogación de las controvertidas leyes que

criminalizan el VIH, aprobadas en la década de los años ochenta, según las cuales transmitir el VIH es un delito en treinta estados. No importa si la persona tenía o no la intención de contagiar el virus, lo único que importa es que supieran que eran positivos para VIH. Actualmente, las personas VIH positivas pueden recibir un tratamiento eficaz que limita el contagio. Sin embargo, estas leyes discriminatorias siguen vigentes e impiden que muchas personas averigüen su estado de salud y se procuren atención. La mayor parte de la gente a la que se considera culpable según estas antiguas leyes es pobre y termina en la cárcel porque no puede permitirse una buena representación legal. Algunos de ellos son acusados de posible intención criminal y pueden pasar décadas en la cárcel. Si Elizabeth estuviera viva, seguro que ya estaría luchando contra esta terrible injusticia.

Pero ella quería ayudar al mundo, y no solo a Estados Unidos. El diseñador Kenneth Cole fue miembro de la junta de amfAR durante treinta años, de los cuales catorce como presidente, y dijo que el tema que siempre los dividía en las reuniones de la junta era que Elizabeth quería internacionalizar amfAR. «Sabía que el VIH era un problema global y que, a menos que lo enfrentases globalmente, no lo estabas haciendo con eficacia.»

En 2008 llevó clínicas móviles a zonas rurales de Malawi para que la gente pudiera acceder a un tratamiento, incluso a tratamientos contra la malaria y la tuberculosis. Esas unidades también ofrecen pruebas de VIH: solo en 2020 testearon por VIH a cien mil personas. En Malawi ya se han producido más de dos millones de visitas clínicas y se calcula que se salva una vida cada día gracias a los tratamientos contra VIH que ofrecen las unidades móviles.

El Cine Contra el sida fue idea de Elizabeth: una manera de que amfAR se extendiese internacionalmente, comenzando con un evento durante el Festival de Cannes. Para recaudar fondos, amfAR sugirió la idea de subastar vestidos que los famosos hubiesen lucido en ceremonias de los premios Óscar. Elizabeth donó el vestido azul violáceo que le diseñó su amiga Edith Head y ella llevó en los premios de la Academia de 1970. El vestido lo compró

por 165.000 dólares la firma Mattel, que fabricó una muñeca que llevaba una copia en miniatura del modelo para que se vendiera en las perfumerías junto con sus fragancias. Posteriormente, el Museo de la Academia lo recompró. Fue el segundo precio más alto que se pagó por un vestido en aquella época. Elizabeth también donó un traje de color rosa claro de Nolan Miller que vistió en los premios Óscar en los años ochenta.

* * *

A diferencia de lo que sucedió con muchas celebridades de su época, la fama de Elizabeth nunca disminuyó. La gente seguía tratando de robar su cabello e incluso de llevarse copas con marcas de su pintalabios en el borde. La fascinación que sentía el público no decaía. Los *paparazzi*, vestidos de médicos y de enfermeras, trataban de entrar en su habitación de hospital. Hacia el final de su vida, a menudo se preguntaba en voz alta por qué alguien podía interesarse por ella. «No lo entiendo», se maravillaba.

El apetito de Elizabeth por la vida la dejaba con un hambre insaciable. Su amiga Lesley-Ann Down dijo: «Nunca supe que Elizabeth no estuviese sola». Desde muy jovencita la gratificación había sido inmediata: había películas y viajes y un zoológico de mascotas. Pero la vida real es la antítesis de eso. Es aburrimiento y frustración y a veces, para los que tienen suerte, una existencia pacífica.

A Elizabeth se la condicionó desde la infancia a necesitar esa subida de adrenalina que siempre proporciona la fama. Joe Mankiewicz, el director de *Cleopatra*, dijo que ella y Richard eran «dos actores que no sabían cómo bajar del escenario». Ella buscaba en sus relaciones ese mismo nivel de emoción e intensidad, porque la relación era como una droga. Mike Todd y Richard Burton fueron los dos hombres de su vida que le proporcionaron esa excitación. Su sensualidad y su pasión la entusiasmaban. Cuando se tiene una carrera tan astronómica, en comparación la vida real es

sosa.

«Era un ser humano inteligente y, sin embargo, sencillo, a quien colocaron en la cámara de torturas de la industria del cine, y desde los doce años no se le permitió vivir una vida normal —dijo Down—. Para cuando llegó a los veinte ya habían creado una especie de ciberpersona, y esa ciberpersona no sabía qué hacer con todo eso que le había sucedido.» El insomnio de Elizabeth, según Down, es perfectamente comprensible: durante el día no se permite mirar hacia adentro, y por la noche se la deja sola con sus pensamientos.

* * *

Elizabeth desempeñó muchos papeles en su vida familiar: hija, hermana, esposa, madre, abuela, y bisabuela. Cuando podía, su hija Liza llevaba a sus hijos Quinn y Rhys desde la Nueva York rural a visitar a su abuela en Bel Air. Liza y su familia vivían con mucha tranquilidad en el norte del estado de Nueva York, y para los chicos Hollywood era un mundo diferente. En casa de su abuela, cocineras y criadas estaban siempre cerca para satisfacer todos sus caprichos. A Elizabeth le encantaba ser abuela, aunque con sus propios hijos las relaciones fueran más complicadas. Colgaba los dibujos de los niños, hechos con ceras de colores, en su dormitorio, no muy lejos de las obras de pintores de renombre mundial.

«Había una atmósfera de ansiedad cuando se trataba de subir aquella escalera hasta la habitación de la abuela —recordaba su exyerno Hap Tivey, padre de Quinn y Rhys—. No importaba quién fuera, podía ser alguien que trabajaba allí, podía ser alguien que la estaba entrevistando, pero a Quinn y a Rhys nunca se les impidió subir la escalera y subían y bajaban como gatitos. Recuerdo que Quinn iba a algún sitio y desaparecía, y yo lo encontraba sentado en la cama con su abuela mirando una película bajo las mantas. A pesar de todas las cosas que le pasaron en la vida, allí había una

especie de personaje central que nunca se desmoronaba.»

Los nietos de las celebridades no cargan con el equipaje que han acarreado los hijos. «Ellos no experimentan la neurosis de guerra que nosotros vivimos», decía Liza. Recuerda que de niña le aterrorizaban las multitudes apabullantes que se congregaban alrededor de su madre. Recuerda que el personal de seguridad de Elizabeth y Richard la pasaba a ella de hombre a hombre, por encima de sus cabezas, hasta el coche que los esperaba para sacarlos de allí. Elizabeth describía aquellas escenas como un castillo de naipes: si uno caía, todos los demás podían caer y ser pisoteados.

Los *paparazzi* eran implacables y nada podía pararlos, ni siquiera la fuerza física, cuando querían fotos. Un fotógrafo llegó a seguir a Elizabeth a un baño público y colocar una cámara bajo la cabina. «Los odiábamos —dijo Liza—. Los *fans* entraban en un frenesí tal que también ellos se volvían violentos, arrojándose sobre el coche y golpeándolo para poder ver mejor.»

Liza no compartía el amor de su madre por las joyas. Para ella, las joyas simbolizaban ostentación y bobaliconería. En la mente de Liza, las joyas representaban a la Elizabeth mercancía, no a su madre. En cambio, conectaba con ella en el amor a los animales y a las obras de arte. La pintura favorita de Elizabeth era de Mary Casatt y representa una madre con su hijo; la tenía colgada sobre su cama en el número 700 de Nimes Road: estaba claro que el papel de madre era clave en la manera en que se definía a sí misma, incluso cuando se interponía su monumental vida. A veces, ella y Liza dibujaban juntas. Actualmente, Liza es una renombrada escultora ecuestre y está decidida a vivir su propia vida.

Cuando Elizabeth miraba a sus nietos, le recordaban a los hombres que había amado. Quinn, el hijo de Liza, que tenía los mismos vivaces ojos azules de su abuela y la mandíbula cuadrada de su abuelo, vivió con Elizabeth cuando iba al instituto y seguía un curso de cine en la Universidad de California del Sur. Al ser nieto de Mike Todd, uno de los más grandes productores de toda la historia, decidió hacer el personaje de productor en la escuela de

cine. «Me sentaba en el *jacuzzi* de la abuela, bajo su balcón, y ladraba en el teléfono durante dos semanas fingiendo que cerraba tratos. Al final le llevaba el trofeo que había ganado como mejor productor.» Elizabeth le dijo que le recordaba un poco a Mike.

Para la nieta Eliza Carson, la hija de Maria Burton, su abuela no era una noticia de los tabloides, sino una superviviente que adoraba la vida. «Sentí que podía hablar con ella de lo que fuera, incluso de rupturas sentimentales. Me enseñó que es posible enamorarse más de una vez en la vida, que es algo que puede pasarte varias veces, si tienes suerte.»

Aun así, había en ella cierto recelo. Cuando era adolescente, Rhys, el hermano de Quinn, estaba visitando a Elizabeth y habló de un proyecto en el que estaba trabajando y que consistía en reunir la historia de toda la familia. «¿Qué te parecería que yo te entrevistara y te preguntara por anécdotas de tu vida y lo grabásemos?»

De repente, contó Rhys, la cara de Elizabeth se puso dura y miró a su querido nieto como si fuera un absoluto extraño. «Por un segundo fue como si no tuviese idea de quién soy. Tenía esa mirada que parecía decir: "Cabrón diabólico, cómo te atreves a tratar de engañarme". Creo que por un momento tuvo la visión de mí grabándola y luego vendiendo la grabación. Fue muy chocante y muy extraño.» Pero daba una idea de la torre de marfil hiperparanoide en la que Elizabeth había vivido buena parte de su vida.

Cuando Quinn comenzaba en la escuela de cine de la UCS sintió de repente el peso de la fama de su abuela. Fue con Elizabeth a una fiesta en la que también estaba Steven Spielberg.

—Por favor —le dijo ella—, ve y preséntate a él.

Pero Quinn no se sentía cómodo.

—¿Por qué iba a querer hablar conmigo? Yo no soy nadie.

—Solo dile que eres mi nieto y que yo le envío un saludo.

—No voy a hacer eso —dijo Quinn, que no quería usar sus conexiones familiares para conocer al legendario director.

Ella se sintió herida y le preguntó:

—¿Te avergüenzas de mí?

—No. Estoy orgulloso de ti y te quiero.

Finalmente, un amigo de Elizabeth presentó a Quinn a Spielberg como el nieto de Elizabeth Taylor y Mike Todd. Spielberg lo miró, le palmeó un hombro y dijo:

—Llevas un gran peso a la espalda. ¡Buena suerte!

No hay duda de que uno de los legados de Elizabeth es el profundo y permanente amor de su extensa familia. Es complicado y desordenado, como lo es en la mayoría de las familias, pero también es muy real. En el pequeño servicio funerario que tuvo Elizabeth en Forest Lawn, Rhys tocó *Amazing Grace* en la trompeta. «Aquella fue una de las dos, o quizá tres, oportunidades en las que sentí que la interpretación era perfecta. Era como si mi abuela estuviese presente. El aire soplaba continuamente y canalizaba algo dentro de mí.»

Quizá Elizabeth, que creía que un día se reuniría con el abuelo de Rhys y Quinn, contemplaba a su familia desde arriba, libre finalmente del ojo público, reunida para siempre con las personas que amó y que perdió.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin el apoyo de la familia increíblemente unida y cariñosa de Elizabeth. Su hijo Chris Wilding fue atento y alentador en todo momento y agradezco al senador John Warner, ya fallecido, que nos pusiera en contacto. Los otros hijos de Elizabeth (Liza, Michael y Maria) fueron muy generosos con su tiempo y sus pensamientos acerca de su extraordinaria madre. No quiero imaginar lo difícil que debe de haber sido compartir aquellos recuerdos íntimos con una periodista, y quedo absolutamente en deuda con ellos.

Mis llamadas semanales y mi diálogo abierto con los albaceas de las propiedades de Elizabeth fueron cruciales para comprender quién era ella más allá de su imagen pública. Siempre estuvieron preparados y dispuestos a responder cualquier pregunta para la que tuvieran respuesta, y también me hicieron pensar en preguntas que antes nunca había tenido en cuenta. Estos albaceas son el gran amigo y ayudante de Elizabeth durante dos décadas, Tim Mendelson, que la quiso incondicionalmente; su nieto Quinn Tivey, que compartió recuerdos conmovedores de la mujer a la que él conocía simplemente como «Abuela», y su maravillosa amiga y abogada durante tantos años, Barbara Berkowitz. Erin Dawkins, vicepresidente de las operaciones de marca en la Casa de Taylor, coordinó toda nuestra colaboración sin fisuras.

Quiero agradecer especialmente a la familia de Elizabeth: Chris y Margi Wilding, Liza Todd Tivey, Michael Wilding, Maria Burton, Rhys Tivey, Laela Wilding, Hap Tivey, Naomi Wilding, Eliza Carson, Simeleke Gross, y Tommy Taylor. También le debo agradecimientos a la familia de Richard Burton, especialmente su hija Kate, su esposa Sally y su sobrino-nieto Guy Masterson. He apreciado mucho el inquebrantable punto de vista de Sally.

Cuando necesité confirmar algo que había sucedido en la vida personal de Elizabeth, Jorjett Strumme, que trabajó para ella, respondió inmediatamente y me dio su enfoque. Mitch Erzinger es el archivista del Archivo Elizabeth Taylor. Es una enciclopedia de todo lo concerniente a ella y me envió interesantísimas cartas, entradas de diario y fotografías, la mayoría de estas en forma de negativos no publicados. También agradezco la ayuda y la guía de Catherine Brown, directora ejecutiva de The Elizabeth Taylor AIDS Foundation, y a Janice Holmes, que es la especialista en moda de la Casa de Taylor. Los amigos de Elizabeth (Carol Burnett, George Hamilton, Robert Wagner, Doris Brynner, Liz Smith, Brooke Shields, Lionel Richie, Demi Moore, John Travolta y Colin Farrell) me ofrecieron el retrato de una mujer esperanzada, que estuvo llena de vida y de amor hasta el fin.

Gracias a los activistas y científicos que lucharon contra el devastador impacto del sida tanto en la salud como en la sociedad: el doctor Anthony Fauci, Bill Misenhimer, el doctor Michael Gottlieb, el doctor Michael Roth, la doctora Deborah Birx, Guy Vandenberg, Ed Wolf, Cliff Morrison, Sally Morrison, Sandy Thurman, Mike Shriver, Michael Iskowitz, Deborah Hernan, Tom Sheridan, el diputado Henry Waxman y Aileen Getty, que tuvo el valor de relatar su historia. Bradley Anderson me habló sobre su pareja, Roger Wall, de manera abierta y hermosa, y me hizo reír durante los días de otra pandemia por la que estábamos pasando cuando yo escribía este libro. A menudo hubo muchas lágrimas cuando hablábamos sobre aquellos días de la pandemia de sida, por lo que cualquier excusa para un instante de alegría era bienvenida.

Una de las realidades agridulces de escribir un libro sobre alguien que ya ha fallecido es que algunas de las personas que entrevisté ya no están entre nosotros. Me entristece el hecho de que no llegarán a leer este libro, ya que sus contribuciones a él fueron cruciales. El fallecido senador John Warner y su esposa Jeanne me invitaron a su casa y fueron increíblemente generosos; en especial Jeanne, que estuvo sentada junto a su marido mientras él describía su matrimonio con la mujer más glamurosa del mundo.

A ella parecían interesarle las narraciones tanto como a mí. Disfruté revisando los papeles que el senador donó a la Universidad de Virginia y que documentan sus treinta años en el Senado. Firooz Zahedi me puso en contacto con su primo, el ahora fallecido Ardeshir Zahedi, que era embajador de Irán en Estados Unidos cuando conoció a Elizabeth. Estaba claro que Ardeshir seguía muy enamorado de ella cuando hablamos, en 2021. El también desaparecido Moshe Alon fue el jefe de su equipo de seguridad y compartió con Elizabeth muchos momentos privados.

Maury Hopson me facilitó una versión poco usual sobre Elizabeth sin los adornos de Hollywood. Andy Budgell, que todos los días postea en los Elizabeth Taylor Archives, en Instagram, es un agudo observador de la historia de Hollywood. El especialista en seguridad privada Gavin de Becker accedió a hablar conmigo únicamente con el permiso de la familia de Elizabeth. Me dio una visión importante de las circunstancias que rodearon el segundo matrimonio de esta con Richard. Eric Buterbaugh y el músico Michael Feinstein me ayudaron de forma increíble al ponerme en contacto con personas que conocieron a Elizabeth. Margaret O'Brien y Eva Marie Saint me dieron un punto de vista imprescindible de cómo era el Hollywood de la época.

Estoy profundamente agradecida a Cristina Meisner, del Harry Ransom Center de la Universidad de Texas, por su rápida y completa ayuda y orientación al enviarme el magnífico material sobre *¿Quién teme a Virginia Woolf?* del productor Ernest Lehman. Genevieve Maxwell, de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas, me suministró documentos importantes de Joseph Mankiewicz, Richard Brooks, Hedda Hopper, Mike Nichols y George Cukor. Nailah Holmes, de la Biblioteca Pública de Nueva York, compartió conmigo archivos de la colección de John Springer. Cada uno de estos investigadores fue generoso y paciente con su tiempo y me ayudó a recoger un tesoro de información.

Mi agente, Howard Yoon, creyó desde un principio en la fuerza de esta historia sobre Elizabeth. Celeste Fine y su equipo de Park & Fine Literary and Media fueron mis socios fundamentales. Mi brillante editora, Gail Winston, dio a luz a la historia junto con

su eficiente ayudante Hayley Salmon.

Mi increíble marido Brooke y nuestros hijos Graham, Charlotte y Teddy me hicieron darme cuenta de la inmensa responsabilidad que asumió Elizabeth como madre, esposa, actriz y activista. No ha dejado de sorprenderme. Mi madre Valerie, que es una eximia editora, y mi padre Christopher, un increíble escritor, nos dan ese tipo de amor incondicional que mi fabulosa hermana Kelly y yo queremos mostrarle a nuestros hijos. Malou Morales es parte de nuestra familia y le estoy agradecida por su constante cariño, calidez y apoyo.

Por encima de todo, quiero agradecer a Elizabeth su tremendo coraje y su espíritu infatigable.

Fuentes y notas

Una nota acerca del trabajo

Tuvo que pasar casi una década desde su muerte, en 2011, para que los amigos íntimos y la familia de Elizabeth se sintieran lo bastante cómodos con una periodista para confiar en ella. Yo tuve la suerte de estar en el sitio adecuado en el momento adecuado. Se habían pasado toda la vida de Elizabeth protegiéndola de una prensa rabiosa y ansiosa de disfrutar con su tristeza tras ocho matrimonios fallidos, de su aumento de peso por la bebida y de sus entradas en rehabilitación para curarse de sus adicciones.

Elizabeth supo desde niña que era una mercancía muy valiosa. Sus amigos verdaderos, sus hijos y sus anteriores maridos no quisieron que sintiera que era una mercancía también para ellos.

Fue el senador John Warner quien, después de explicarme todos los motivos por los que había amado a Elizabeth, me puso en contacto con Chris Wilding. Este quería que se recordara la labor de su madre como actriz y como persona humanitaria. Fue gracias a la generosidad y a la dedicación de los albaceas de las propiedades de Elizabeth que se me dio acceso a material nunca publicado, que incluía cartas privadas escritas por ella, notas para sí misma y fotografías que nadie había visto antes. También me consiguieron entrevistas con las personas que la conocieron mejor. Pasé tres años trabajando en este libro y entrevisté a más de doscientas cincuenta personas. Ha sido un gran honor hacer de *voyeur* de la vida de una de las personas más poderosamente influyentes del siglo XX. Su fuerza, su vulnerabilidad y su resiliencia se expresan mejor en sus propias palabras. Agradezco haber tenido la suerte de compartirlas.

Prólogo

Las personas entrevistadas son: Joan Collins, Todd Fisher, Aprile Millo, Barbara Davis, André Leon Talley y Pippo Zeffirelli.

El material comprende: Elizabeth Taylor, Una carta de amor a Richard Burton, 1987, Archivos de Elizabeth Taylor; cintas grabadas de Richard Meryman, 1964 y 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Pete Martin, «I call on Debbie Reynolds», *Saturday Evening Post*, 26 de marzo de 1960; Allan, John B., *Elizabeth Taylor* (Derby, Connectitut, Monarch Books, 1961); «Lady Lawmaker Asks U.S. to Bar Liz», *San Francisco Examiner*, 23 de mayo de 1962; Sheppard, Dick, *Elizabeth, The Life and Career of Elizabeth Taylor* (Nueva York, Doubleday, 1974); Wanger, Walter, y Joe Hyams, *My Life with Cleopatra: The Making of a Hollywood Classic* (Nueva York, Vintage Books, 1963); Sessums, Kevin, «Elizabeth Taylor Tells the Truth», *POZ*, 1 de noviembre de 1997; Brodsky, Jack, y Nathan Weiss, *The Cleopatra Papers: A Private Correspondence* (Nueva York, Simon and Schuster, 1963).

Introducción: Elizabeth Primera

Las personas entrevistadas son: Chris Wilding, Laela Wilding, Naomi Wilding, Demi Moore, Sally Burton, John Travolta, Liza Minnelli, Chris Willoughby y George Hamilton.

El material publicado y no publicado comprende: «Barbara Walters Special», 1999, Archivos de Elizabeth Taylor; Theroux, Paul, «Liz Taylor Looks Back on Men, Money & Michael Jackson», *Talk*, octubre de 1999; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Taylor, Elizabeth, *Elizabeth Taylor* (Nueva York, Harper & Row, 1964); Cosgrave, Bronwyn, *Made for Each Other: Fashion and the Academy Awards* (Nueva York, Bloomsbury, 2006); Jashner, Sam, y William J. Mann, *How to Be a Movie Star* (Nueva York, Haughton Mifflin Harcourt, 2009); registros de John Springer Associates, Billy Rose Theatre Division, Biblioteca Pública de Nueva York, Discurso de Elizabeth Taylor en el Jean Hersholt Humanitarian Award en los premios de la Academia, 1993; Waterbury, Ruth, y Gene Arceri,

Elizabeth Taylor, Her Life, Her Loves, Her Future (Nueva York: Bantam Books, 1964); Capote, Truman, *A Capote Reader*, resumido en *Ladies' Home Journal*, 1974; diario de Ernest Lehman durante *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, Centro Harry Ransom de la Universidad de Texas; Boffey, Philip M., «Reagan Urges Wide AIDS Testing but Does Not Call for Compulsion», *The New York Times*, 1 de junio de 1987.

ACTO PRIMERO: LA CRIATURA MÁS HERMOSA

Capítulo 1: Nace una estrella

Las personas entrevistadas son: George Hamilton, Margaret O'Brien, Eva Marie Saint, Robert Wagner, Russ Tamblyn, Jill Schary Robinson, Chris Wilding, Liza Todd Tivey, Michael Wilding, Barbara Berkowitz, Tim Mendelson, Jorjett Strumme y Janice Holmes.

El material publicado y no publicado incluye: Sothern Taylor, Sara, «Elizabeth, my Daughter», *Ladies' Home Journal*, febrero, marzo y abril de 1954; Taylor, Elizabeth, *op. cit.*; Taraborrelli, J. Randy, *Elizabeth* (Nueva York, Grand Central Publishing, 2006); entrevista con Nick Simmons, Archivos de Elizabeth Taylor; Kelley, Kitty, *The Last Star* (Nueva York, Simon & Schuster, 1981); Taylor, Elizabeth, *My Love Affair with Jewelry* (Nueva York, Simon & Schuster, 2002); entrevista con Norma Heyman, Archivos de la Casa Taylor, 4 de junio de 2015), Archivos de Elizabeth Taylor; contrato de Loew's Incorporated con Elizabeth Taylor, 10 de febrero de 1943; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Hofley, Robert, *Money, Murder, and Dominick Dunne: A Life in Several Acts* (Madison, University of Wisconsin Press, 2017); diario de Ernest Lehman durante *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, Centro Harry Ransom de la Universidad de Texas; Longworth, Karina, «Hollywood's First Gay Marriage», *Slate*, 16 de octubre de 2015; Sessums, Kevin, «Elizabeth Taylor Tells the Truth», *POZ*, 1 de noviembre de 1997; Clarke, Gerald, *Get Happy: The Life of Judy Garland* (Nueva York,

Random House, 2000); Dr. Howard Markel, «The Day Judy Garland's Star Burned Out», PBS, 21 de junio de 2019; PBS, *Great Performances...*PBS, 4 de abril de 2001; «My Washington: The White House and Mount Vernon, Souvenirs and a White Fur Coat—for the Enchanted Journey of Elizabeth», *Photoplay*, mayo de 1946; cintas grabadas de Richard Meryman, 1964 y 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Taylor, Elizabeth, «Deception», 5 de marzo de 1948; Taraborrelli, J. Randy, *op. cit.*; Allan, John B., *op. cit.*; Sothern Taylor, Sara, op. cit.; Casillo, Charles, *Elizabeth and Monty: The Untold Story of their Intimate Friendship* (Nueva York, Kensington Publishing Corp., 2017); Declaraciones a Brad Darrach, «If the Knife Slips Tomorrw, I'll Die Knowing I've had AN EXTRAORDINARY LIFE» *Life*, abril de 1997; Taylor, Elizabeth, *Elizabeth Takes Off* (Nueva York, G.P. Putnam Sons, 1987), y la transcripción de la entrevista de George Stevens con Ruth Waterbury el 7 de septiembre de 1962, de la biblioteca Margaret Herrick, Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas.

Este capítulo incluye también extractos del manuscrito inédito de Sara Sothern Taylor para su biografía de Elizabeth Taylor, *Taylor-Made Memories*, 1985, Archivos de Elizabeth Taylor.

Capítulo 2: Amor joven

Las personas entrevistadas son Tim Mendelson y Margaret O'Brien.

El material comprende: una carta personal escrita a máquina de William Douglas Pawley a Elizabeth Taylor, con fecha 1 de diciembre de 2003, Archivos de Elizabeth Taylor; cartas de William Douglas Pawley a Tim Mendelson, con fechas 10 de octubre y 1 de diciembre, y fotocopia de una carta de Elizabeth Taylor dirigida a Clifton Pawley con fecha 29 de septiembre de 1949, Archivos de Elizabeth Taylor; carta manuscrita «de despedida» de Glenn Davis a Elizabeth Taylor, con fecha 22 de septiembre de 1949, Archivos de Elizabeth Taylor; Tara Johnson, «Elizabeth Taylor: A Life-Changing Portrait», www.life.com; Allan, John B. *op. cit.*; Sothern Taylor, Sara, *op. cit.*; cartas de Bobby Livingston a Bill Pawley, en la subasta de RR; Yanes, Luisa, «Liz

Taylor's Love Letters Reveal an Innocent Time», *Sydney Morning Herald*, 6 de mayo de 2011; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Bozzacchi, Gianni, *My Life in Focus: A Photographer's Journey with Elizabeth Taylor and the Hollywood Jet Set* (Lexington, University Press of Kentucky, 2017); Maddox, Brenda, *Who's Afraid of Elizabeth Taylor* (Nueva York: M. Evans and Company, Inc., 1977); entrevista de Nick Simmons, 26 de diciembre de 1978, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de John Springer, publicista de Elizabeth Taylor, a Pat Lowry en *Women's Wear Daily*, 26 de diciembre de 1978, Archivos de Elizabeth Taylor.

Capítulo 3: Bessie Mae

Las personas entrevistadas para este capítulo son Tim Mendelson y Eva Marie Saint.

El material, publicado y no publicado, comprende: Wigg, David, «Liz Taylor Talks Abour Her New Love, New Life, and Keeping Her Famous Looks», *Good Housekeeping*, febrero de 1977; Theroux, Paul, *op. cit.*; Bosworth, Patricia, *Montgomery Clift: A Biography* (Nueva York, Bantam Books, 1980); Casillo, Charles, *op. cit.*; Elizabeth Taylor recibe el Premio Vanguard en los 11ºs premios anuales GLAAD de los medios, entregado por Carrie Fisher, 15 de abril de 2000; Petersen, Anne Helen, «Scandals of Classic Hollywood: The Long Suicide of Montgomery Clift», *Vanity Fair*, 23 de septiembre de 2014; Taraborrelli, J. Randy, *op. cit.*; The Daily Dish, «Tell Mama All», *The Atlantic*, 24 de marzo de 2011; Kelley, Kitty, *op. cit.*; Mann, William J., *op. cit.* Este capítulo también incluye extractos del manuscrito inédito de Sara Sothern Taylor para su biografía de Elizabeth Taylor, *Taylor-Made Memories*, Archivos de Elizabeth Taylor, 1985.

Capítulo 4: «La va a matar»

Las personas entrevistadas son: Russ Tamblyn, Eva Marie Saint, Margaret O'Brien, Jorjett Strumme, Gavin de Becker y Barbara

Berkowitz.

El material publicado y no publicado comprende: Taylor, Elizabeth, *Elizabeth... op. cit.*; notas manuscritas inéditas de Sara Taylor [en papel con membrete del hotel Dorchester, dentro de una carpeta del hotel], posiblemente notas para sus memorias, fechadas en 23-24 de marzo [se desconoce el año]; cintas grabadas de Richard Meryman, 1964 y 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Andersen, Christopher, *An Affair to Remember* (Nueva York: William Morrow & Co, 1997) [hay ver. esp.: *Un romance inolvidable: la singular historia de amor de Katharine Hepburn y Spencer Tracy*, Barcelona, Planeta, 1998, trad.: Eduardo Chamorro]; Taraborrelli, J. Randy, *op. cit.*; Allan, John B., *op. cit.*; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Neiswender, Mary, «Manson Cult Plan to Kill Liz, Burton and Sinatra», cielodrive.com, 9 de octubre de 1970; Theroux, Paul, *op. cit.*; Maddox, Brenda, *op. cit.*; copia del archivo de investigación sobre Elizabeth Taylor de la Oficina Federal de Investigación (FBI), solicitado por Barbara Berkowitz según las Leyes de Privacidad y de Libertad de Información, Archivos de Elizabeth Taylor, tramitado el 25 de febrero de 1997; carta de Steve McQueen a Edward Rubin, 17 de octubre de 1970; declaración de Elizabeth Taylor con respecto a una doble suya, que tuvo que ser expulsada por la policía después de un incidente con Taylor en Cannes; el manuscrito inédito de Sara Sothern Taylor para su biografía de Elizabeth Taylor, *Taylor-Made Memories*, Archivos de Elizabeth Taylor, 1985, y entrevista de Elizabeth Taylor por David Hartman en *Good Morning America*, 1984.

Capítulo 5: Amor y matrimonio

Las personas entrevistadas en este capítulo son: Chris Wilding, Liza Todd Tivey, Michael Wilding Jr. y Maria Burton.

El material publicado y no publicado comprende: Casillo, Charles, *op. cit.*; Bosworth, Patricia, *op. cit.*; el capítulo incluye asimismo extractos del manuscrito inédito de Sara Sothern Taylor para su biografía de Elizabeth Taylor, *Taylor-Made Memories*, Archivos de Elizabeth Taylor, 1985, y Potempa, Philip, «Hollywood

Hopper Hat at Symphony's 2018 May Wine Brunch», *Chicago Tribune*, 18 de abril de 2018.

ACTO SEGUNDO: PASIÓN Y DOLOR

Capítulo 6: Rock, Jimmy y Monty

Las personas entrevistadas en este capítulo son: Carol Burnett, Tim Mendelson y Eva Marie Saint.

El material publicado y no publicado comprende: Wigg, David, *op. cit.*; Theroux, Paul, *op. cit.*; Elizabeth Taylor recibe el Premio Vanguard en los 11ºs premios anuales GLAAD de los medios, 15 de abril de 2000, entregado por Carrie Fisher; Gates, Phyllis, y Bob Thomas, *My Husband, Rock Hudson* (Nueva York: Doubleday & Company, Inc., 1987); Hoinski, Michael, «On the Shoulders of Giants» *Texas Monthly*, 15 de julio de 2016; Maddox, Brenda, *op. cit.*; Taylor, Elizabeth, *Elizabeth... op. cit.*; Taraborrelli, J. Randy, *op. cit.*; Kelley, Kitty, *op. cit.*; Bosworth, Patricia, *op. cit.*; Casillo, Charles, *op. cit.*; Petersen, Anne Helen, «Scandals of Classic Hollywood: The Long Suicide of Montgomery Clift», *Vanity Fair*, 23 de septiembre de 2014; Elizabeth Taylor entrevistada por Diane Sawyer, *Good Morning America*, 2000, y Capote, Truman, *op. cit.*

Capítulo 7: Mike Todd: «Él era mi Rey»

Los entrevistados son: Liza Todd Tivey, Quinn Tivey, Eva Marie Saint, Moshe Alon, Todd Fisher y George Hamilton.

El material publicado y no publicado comprende: Kelley, Kitty, *op. cit.*; *My Love Affair with Jewelry,* entrevistas, cinta 1, 27 de noviembre de 2001, Archivos de Elizabeth Taylor; cintas de Richard Meryman, Beverly Hills, 7 de agosto de 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Taylor, Elizabeth, *Elizabeth... op. cit.*; *Great Performances...*PBS, 4 de abril de 2001; *Lifetime's Intimate Portrait of Elizabeth Taylor*, 2015; Fisher, Todd, *My Girls: A Lifetime with Carrie and Debbie* (Nueva York: William Morrow, 2018); «Simple

Acapulco Ceremony Unites Elizabeth Taylor, Producer Todd», *Los Angeles Times*, 2 de febrero de 1957; Cosgrave, Bronwyn, *op. cit.*; Taylor, Elizabeth, *My Love... op. cit.*; «Elizabeth Taylor: An Intimate Portrait», narrado por Peter Lawford; cintas de Richard Meryman, SS *Michelangelo*, 21 de junio de 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Elizabeth Taylor y Mike Todd entrevistados en su casa por Edward R. Murrow para *Person to Person*, uno de los programas originales de entrevistas a celebridades, temporada 4, episodio 30, CBS, 5 de abril de 1957, Archivos de Elizabeth Taylor; documental de Prometheus Entertainment/Foxstar Productions sobre Elizbeth Taylor, 17 de febrero de 2003, y entrevista a Debbie Reynolds en *The Joy Behar Show*, 2011.

Capítulo 8: Eddie Fisher: «Él mantuvo vivo a Mike Todd»

Las personas entrevistadas son: Todd Fisher, Tim Mendelson, Chris Wilding y Maria Burton.

El material publicado y no publicado comprende: Casillo, Charles, op. cit.; *Great Performances*...PBS, 4 de abril de 2001; *My Love Affair with Jewelry*, entrevistas, cinta 5, lado A; Fisher, Todd, *op. cit.*; «Larry King Interviews Debbie Reynolds About Elizabeth Taylor, Their Friendship, and the Very Public Affair with Eddie Fisher», *Larry King Live*, CNN, 1991; Allan, John B., *op. cit.*; «Elizabeth Taylor: An Intimate Portrait», narrado por Peter Lawford; Richard Meryman entrevista a John Springer, 1964, Archivos de Elizabeth Taylor; Kelly, Kitty, *op. cit.*; y Fisher, Eddie, y David Fisher, *Been There, Done That* (Nueva York, St. Martin's Press, 1999).

Capítulo 9: La pionera

Las personas entrevistadas son: Todd Fisher y Joan Collins.

El material publicado y no publicado comprende: Casillo, Charles, *op. cit.*; Wanger, Walter, y Joe Hyams, *op. cit.*; Brodsky, Jack, y Nathan Weiss, *The Cleopatra Papers: A Private*

Correspondence (Nueva York, Simon and Schuster, 1963); Cosgrave, Bronwyn, *op. cit.*; Baum, Gary, «Why Century City Ranks Among the Worst Real Estate Deals in Hollywood History», *The Hollywood Reporter*, 26 de septiembre de 2013; Taylor, Elizabeth, *Elizabeth... op. cit.*; Burton, Richard, *Meeting Mrs. Jenkins* (Nueva York, William Morrow & Co., 1966); Janela, Mike, «1962: First Actor to Break the $1 Million Threshold for a Movie Role», *Guinness World Records*, 19 de agosto de 2015, y Capote, Truman, *op. cit.*

ACTO TERCERO: AMOR PRÓDIGO

Capítulo *10: Le Scandale*

Las personas entrevistadas son: Maria Burton, Sally Burton, Joan Collins y David Rowe-Beddoe.

El material publicado y no publicado comprende: Brodsky, Jack, y Nathan Weiss, *op. cit.*; Fisher, Todd, *op. cit.*; Wanger, Walter, y Joe Hyams, *op. cit.*; entrevista de Richard Meryman en la ciudad de Nueva York, julio de 1964, Archivos de Elizabeth Taylor; notas para la entrevista de Maria Burton y Elizabeth Taylor, 1980, Archivos de Elizabeth Taylor; cintas de Richard Meryman, 1964 y 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Cosgrave, Bronwyn, *op. cit.*; Burton, Richard, *op. cit.*; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Sothern Taylor, Sara, *op. cit.*; «Liz on Liz: To Hell with Critics, Calories and Career, Says a Fat and Happy Politician's Wife», *US*, abril de 1978; Collingwood, Charles, «Interview with Liz and Burton», *60 Minutes*, 1970, Archivos de Elizabeth Taylor; Kashner, Sam, y Nancy Schoenberger, «How Richard Burton Vowed Never to Betray Elizabeth Taylor... Then, Days Later, Seduced His Co-Star», *Daily Mail*, 7 de junio de 2010; Williams, Chris (ed.) *The Richard Burton Diaries*, Nuevo Haven, Connecticut, Yale University Press, 2012; *Great Performances...* PBS, 4 de abril de 2001; Fisher, Eddie, y David Fisher, *op. cit.*; Meryman, Richard, SS *Michelangelo*, 21 de junio de 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Bagley, Christopher, «Elizabeth Taylor: La Liz», *W Magazine*, 1 de diciembre de 2004;

cintas de Richard Meryman, agosto de 1965, posiblemente en el Smith College, Archivos de Elizabeth Taylor, y vídeo privado de Bruce Weber como tributo a Elizabeth Taylor, Archivos de Elizabeth Taylor.

Capítulo 11: Loco, estúpido amor, 1964-1973

Las personas entrevistadas son: Chris Wilding, Liza Todd Tivey, Kate Burton, Todd Fisher, Tim Mendelson, Demi Moore, Sally Burton, David Rowe-Beddoe, John Tillinger, Joan Collins, Ward Landrigan, Gianni Bozzacchi, Jorjett Strumme, Waris Hussein, Tommy Taylor, Simeleke Gross, Giancarlo Giammetti, Gavin de Becker, Morgan Mason, Joanna Poitier, John Warner, Arthur Allen Seidelman, Guy Masterson y André Leon Talley.

El material publicado y no publicado comprende: correspondencia entre Richard Burton y Elizabeth Taylor, Archivos de Elizabeth Taylor; Waterbury, Ruth, y Gene Arceri, *op. cit.*; Andrew Denton entrevista a sir Michael Caine, 10 de junio de 2019; entrevista de archivo a Douglas Kirkland, 26 de agosto de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; Wanger, Walter, y Joe Hyams, *op. cit.*; Kashner, Sam, «A First-Class Affair», *Vanity Fair*, julio de 2003; Sothern Taylor, Sara, *op. cit.*; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Faisel, Marion, «The Taylor Burton Diamond's Other Name», *The Adventurine*, 31 de agosto de 2016; Willoughby, Bob, *Liz: An Intimate Collection: Photographs of Elizabeth Taylor* (Nueva York, Merrell, 2004); Harris, Mark, *Mike Nichols: A Life* (Nueva York, Penguin, 2021); diario de Ernest Lehman durante *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, Centro Harry Ransom Center de la Universidad de Texas; *MyLove Affair with Jewelry, entrevistas*, cinta 3, Archivos de Elizabeth Taylor; Bozzacchi, Gianni, *op. cit.*; Brynner, Rock, «Elizabeth in Dublin, a Brief Remembrance by Rock Brynner for Her Family Members and Closest Friends», Archivos de Elizabeth Taylor; cintas de Richard Meryman, 1964 y 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; cintas de Richard Meryman, agosto de 1965, posiblemente en el Smith College, Archivos de Elizabeth Taylor; *The David Frost Show*, 19 de marzo de 1970, Archivos de Elizabeth

Taylor; entrevista de archivo por Norma Heyman, 4 de junio de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; entrevista a Elizabeth Taylor en Aspel & Company, 1988, Archivos de Elizabeth Taylor; Taylor, Elizabeth, *My Love... op. cit.*; Collingwood, Charles, *op. cit.*; Hofler, Robert, «Booze-Soaked Shoots, Hot Gay Sex, and Elizabeth Taylor's Poop Problems: On Dominick Dunne's Infamous Last Film», *Daily Beast,* 2017; Capote, Truman, *op. cit.*; una carta de amor escrita a lápiz por E. T. a Burton en su décimo aniversario de bodas, 15 de marzo de 1974, Archivos de Elizabeth Taylor; Williams, Chris (ed.) *op. cit.*; Fisher, Eddie, y David Fisher, *op. cit.*, y Maddox, Brenda, *op. cit.*

Capítulo 12: El botín: las extraordinarias joyas de Elizabeth

Las personas entrevistadas son: Tim Mendelson, Demi Moore, Ward Landrigan, Gianni Bozzacchi, Jorjett Strumme, Giancarlo Giammetti, Gavin deBecker y André Leon Talley.

El material publicado y no publicado comprende: correspondencia entre Richard Burton y Elizabeth Taylor, Archivos de Elizabeth Taylor; Kashner, Sam, *op. cit.*; Faisel, Marion, *op. cit*; *My Love Affair with Jewelry*, entrevistas, cinta 3, Archivos de Elizabeth Taylor; Bozzacchi, Gianni, *op. cit.*; cintas de Richard Meryman, Archivos de Elizabeth Taylor; *The David Frost Show*, 19 de marzo de 1970, Archivos de Elizabeth Taylor; Taylor, Elizabeth, *My Love... op. cit.*; cintas de Richard Meryman, 1964 y 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; Capote, Truman, *op. cit.*; «Elizabeth Taylor Gets Brooch for $565,000: Buying Romance - at 100 Times Value», *Los Angeles Times,* 3 de abril de 1987; una carta de amor de E. T. a Burton escrita a lápiz en el décimo aniversario de su matrimonio, 15 de marzo de 1974, Archivos de Elizabeth Taylor; Williams, Chris (ed.) *op. cit.*; *My Love Affair with Jewelry,* entrevistas, cinta 4, Archivos de Elizabeth Taylor; cintas de Richard Meryman, entrevista a John Springer, 1964, Archivos de Elizabeth Taylor, y tarjeta postal de Elizabeth Taylor a sus padres con respecto al diamante Krupp diamond, 1968, Archivos de Elizabeth Taylor.

Capítulo 13: El fin y un nuevo comienzo: 1973 — 1976

Las personas entrevistadas son: Gianni Bulgari, Kate Burton, Liza Todd Tivey, Chris Wilding, Maria Burton, Tim Mendelson, Sally Burton, Joan Collins, David Rowe-Beddoe, Gianni Bozzacchi, Tommy Taylor, Giancarlo Giammetti, Gavin de Becker, Jorjett Strumme, Waris Hussein, Tony Brenna, Doris Romeo, Shirine Coburn DiSanto, Michael York, Denis Ferrara y Firooz Zahedi.

El material publicado y no publicado comprende: Kashner, Sam, *op. cit.*; Sheppard, Dick, *op. cit.*; Reed, Rex, «Elizabeth Taylor Lets Her Hair Down», *Ladies' Home Journal*, octubre de 1975; Williams, Chris (ed.) *op. cit.*; Seis días en octubre, en palabras de Elizabeth, 1975, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de Richard Burton a Chris Wilding, 10 de febrero de 1976, por cortesía de Chris Wilding; Taraborrelli, J. Randy, *op. cit.*; una entrevista a Richard Burton por Hebe Dorsey, escritora de modas del *International Herald Tribune*, Circa, 1973, y Ellen Stern, «Chen Sam I Am», revista *New York*, 8 de agosto de 1994.

ACTO CUARTO: SUPERVIVIENTE

Capítulo 14: Esposa política

Las personas entrevistadas son: el senador John Warner, Virginia Warner, Chris Wilding, Naomi Wilding, Laela Wilding, Tim Mendelson, Ardeshir Zahedi, Demi Moore, Austin Pendleton, Liza Minnelli, Lesley-Anne Down, Firooz Zahedi, el rabino Marvin Hier, Maury Hopson, Shirine Coburn DiSanto y Dennis Christopher.

El material publicado y no publicado comprende: carta de Aaron Frosch a Elizabeth Taylor, 14 de septiembre de 1979, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de John Springer a la señora de John Warner, 1 de agosto de 1977, Archivos de Elizabeth Taylor; Warhol, Andy, *The Andy Warhol Diaries* (Nueva York, Warner Books, 1991); Theroux, Paul, *op. cit.*, entrevista de Phil Donahue con Elizabeth Taylor, 1988, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de

la senadora Margaret Chase Smith a Elizabeth Taylor, 7 de febrero de 1980, Archivos de Elizabeth Taylor; Richard Meryman, SS *Michelangelo*, 21 de junio de 1965, Archivos de Elizabeth Taylor; entrevista de Jane Pauley a Elizabeth Taylor, *Today*, 1988; Mann, William J., *op. cit.*; carta de Aaron Frosch a Elizabeth Taylor, 14 de septiembre de 1979, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de Elizabeth Taylor a Richard Burton, 10 de noviembre de 1982; Associated Press, «John Warner Met Liz Taylor at Dinner with Queen Elizabeth», 26 de mayo de 2021; Memorando para Elizabeth (tachado: Mi amante esposa), 1 de abril de 1981, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de Elizabeth Taylor a John Springer, 28 de noviembre de 1979, Archivos de Elizabeth Taylor; carta al 96º Congressional Wives Club, 12 de junio de 1979, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de Chen Sam a Aaron Frosch, 20 de septiembre de 1980; «The Warners: A Candidate's Lifestyle», con Libby Fitzgerald, entrevista en la televisión local, sin fecha, *c.* 1978; Bagley, Christopher, *op. cit.*; «Elizabeth Taylor Offered to Be Hostage, Dinitz Discloses», *JTA Daily News Bulletin*, 16 de junio de 1977; Wiener, Jon, «Elizabeth Taylor, Al Jazeera and the Raid on Entebbe», *The Nation*, 25 de marzo de 2011; Broder, David S., «Warner vs. Warner on the Draft», *Washington Post*, 3 de febrero de 1980, y Taylor, Elizabeth, *Elizabeth Takes… op. cit.*

Capítulo 15: Adicción

Las personas entrevistadas son: Chris Wilding, Michael Wilding, Liza Todd Tivey, Tim Mendelson, Sarah Ferguson, Barbara Berkowitz, Michael Feinstein, Liz Smith, Sally Burton, George Hamilton, Jorjett Strumme, Doris Brynner, Hay Tivey, Sally Burton, Dennis Christopher, Louis Fishman y Austin Pendleton.

El material publicado y no publicado comprende: carta sin fecha de William Skinner a Elizabeth Taylor, *c.*1983, Archivos de Elizabeth Taylor; Collins, Nancy, «Liz's AIDS Odyssey», *Vanity Fair*, Noviembre de 1992; Duka, John, «Elizabeth Taylor: Journal of a Recovery», *The New York Times*, 4 de febrero de 1985; Dunne, Dominick, «The Red Queen», *Vanity Fair*, diciembre de 1985;

entrevista de David Hartman a Elizabeth Taylor, *Good Morning America*, febrero de 1984; Taraborrelli, J. Randy, *op. cit.*; *The Phil Donahue Show*, 1988; Lee, John H., y Virginia Ellis, «Taylor Doctors Are Accused of Prescription Violations», *Los Angeles Times*, 8 de septiembre de 1990; «Three Doctors Reprimanded for Falsifying Actress' Patient Record», Associated Press, 11 de agosto de 1994; Ng, David, «Revisiting 'Private Lives' with Elizabeth Taylor and Richard Burton», *Los Angeles Times*, 13 de febrero de 2013; entrevista de archivo de Jane Scovell, 4 de mayo de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; entrevista de archivo de Michael Lonergan, 4 de mayo de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; Heymann, C. David, «Taylor Faces the Anguish and Triumph of Sobriety», *Sun-Sentinel*, 29 de abril de 1995; *A Current Affair* (informaciones y cotilleos sobre la vida y los amores de Elizabeth Taylor) incluye una extensa entrevista al hermano de Richard Burton, Graham Jenkins, WNYW-TV, 28 de noviembre de 1988, Archivos de Elizabeth Taylor; Carradice, Phil, «The Death of Richard Burton», BBC, 5 de agosto de 2014; Lord, M. G., *The Accidental Feminist: How Elizabeth Taylor Raised Our Consciousness* (Nueva York, Walker and Company, 2012); carta de Zev Buffman a Sally Burton, 24 de agosto de 1984, por cortesía de Sally Burton; Opie, Catherine, *700 Nimes Road* (Nueva York, Prestel, 2015); «In Vogue: The Editor's Eye», HBO; notas manuscritas por Elizabeth Taylor, detallando sus ansiedades antes de una intervención quirúrgica, 1991, Archivos de Elizabeth Taylor; telegrama de cumpleaños de Elizabeth Taylor a Richard Burton, firmado «tu doble exesposa», con fecha 10 de noviembre de 1982, Archivos de Elizabeth Taylor; poema manuscrito en homenaje a Richard Burton, 1984, Archivos de Elizabeth Taylor; Morton, Andrew, *Diana: Her True Story In Her Own Words* (Nueva York, Simon & Schuster, 2017), y carta de Elizabeth Taylor a Liza Minnelli, 22 de enero de 1993, Archivos de Elizabeth Taylor.

Capítulo 16: Construir un imperio

Las personas entrevistadas son: Sarah Ferguson, Lionel Richie,

David Lynch, Tamara Steele, George Hamilton, Lesley-Anne Down, Shirine Coburn DiSanto, Moshe Alon, Peter England, Jorjett Strumme, Marion Rosenberg, Morgan Mason, José Eber, Carlos Benaim, André Leon Talley, Fran Drescher, Tony Brenna, Jorjett Strumme, Al Jean, Vicky Tiel, Carole Bayer Sager, Delphine Hirsh, Debbie Nesset y el Dr. David Ho.

El material comprende: entrevista de archivo a George Hamilton, 25 de agosto de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; *My Love Affair with Jewelry,* entrevistas, cinta 5, lado A, Archivos de Elizabeth Taylor; Collins, Nancy, *op. cit.*; entrevista de archivo de Joe Spellman, 5 de mayo de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; Taylor, Elizabeth, *My Love… op. cit.*; White, Michael, «Elizabeth Taylor, Ex-Beau Reach Out-of-Court Settlement over Passion», Associated Press, 6 de diciembre de 1990; «Elizabeth Taylor Hospitalized, 'Seriously Ill' with Pneumonia», UPI, *Los Angeles Times*, 24 de abril de 1990, y Sanders, Richard, «Director Billy Friedkin and Lesley-Anne Down Make a Home Movie Divorce Hollywood Style», *People*, 2 de septiembre de 1985; Associated Press, «Elizabeth Taylor Sues National Enquirer for $20 Million», 26 de septiembre de 1990, y Anderson, Susan Heller, «Elizabeth Taylor Has Settled Her $20 Million Lawsuit Against the National Enquirer», *New York Times*, 29 de mayo de 1991.

ACTO QUINTO: EL CORAJE

Capítulo 17: «¡Haz algo, zorra!»

Los entrevistados son: Tim Mendelson, Aileen Getty, Jake Glaser, Carol Burnett, Whoopi Goldberg, Michael Gottlieb, Anthony Fauci, Bradley Anderson, John Warner, Dorothy Flagler, Guy Vandenberg, Demi Moore, Eric Buterbaugh, Barry Manilow, Bill Misenhimer, Jeanne White- Ginder, Dorothy Flagler, Bruce Vilanch, Michael Roth, Gary Pudney, Wes Wheadon, Lesley-Anne Down, Moshe Alon, Deborah Birx, Cathy Brown, Landon Parvin, Cliff Morrison, Ed Wolf, Jorjett Strumme, Trip Haenisch, Waldo Fernández, Sally

Morrison, y Deborah Hernan.

El material publicado y no publicado comprende: Griffin, Mark, *All That Heaven Allows: A Biography of Rock Hudson* (Nueva York, Harper, 2018); Shilts, Randy, *And the Band Played On: Politics, People, and the AIDS Epidemic* (Nueva York, St. Martin's Griffin, 2007); Geidner, Chris, «Nancy Reagan Turned Down Rock Hudson's Plea for Help Nine Weeks Before He Died», *BuzzFeed News*, 2 de febrero de 2015; Entrevista de archivo de la doctora Mathilde Krim, 6 de mayo de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; Rodaje con cámara manual de Elizabeth Taylor en un monitor, preparando y dando una entrevista relativa a su nuevo perfume/ nueva fragancia, *Black Pearls*, Tim Mendelson y Firooz Zahedi, 7 de marzo de 1996, Archivos de Elizabeth Taylor; entrevista sin cortes ni enmiendas a Elizabeth Taylor en la que cuenta anécdotas de los comienzos de su carrera artística, habla sobre la fuerza de su relación con Richard Burton, y más, Foxstar Productions & Prometheus Entertainment de A&E, *Biography*, 2003, Archivos de Elizabeth Taylor; Harmetz, Aljean, «Hollywood Turns Out for AIDS Benefit», *The New York Times*, 20 de septiembre de 1985; «President Reagan Delivers First Major Speech on AIDS Epidemic in 1987», ABC, 1 de abril de 1987; entrevista en *Larry King Live* a Dame Elizabeth Taylor, CNN, 3 de febrero de 2003; cinta de audio sin fecha de Elizabeth Taylor, en la que reflexiona sobre su amistad con Rock Hudson, Archivos de Elizabeth Taylor; The Elizabeth Taylor AIDS Foundation, ETAF Timeline; notas manuscritas para el homenaje a Rock Hudson, 1985, Archivos de Elizabeth Taylor; Buckley Jr., William F., «Crucial Steps in Combating the AIDS Epidemic; Identify All the Carriers», *The New York Times*, 18 de marzo de 1986; Collins, Nancy, *op. cit.*; entrevista de Ingrid Sischy a Elizabeth Taylor, revista *Interview*, febrero de 2007; Miller, Holly G., «Elizabeth Taylor's Crusade Against AIDS», *Saturday Evening Post*, septiembre de 1987; Tumulty, Karen, *The Triumph of Nancy Reagan* (Nueva York: Simon & Schuster, 2021), y Elizabeth Taylor en *Larry King Live* habla sobre VIH y sida, CNN, 22 de julio de 1996, Archivos de Elizabeth Taylor.

Capítulo 18: La señora Taylor va a Washington

Los entrevistados son: Whoopi Goldberg, Tim Mendelson, Barry Manilow, Barbara Berkowitz, Aileen Getty, Anthony Fauci, Quinn Tivey, Hap Tivey, Liza Todd Tivey, Henry Waxman, Sandy Thurman, George Hamilton, Tom Sheridan, Jonathan Canno, Cathy Brown, Deborah Hernan, Moshe Alon, Mary Fisher, Cornelius Baker, Michael Gottlieb, Cathy Brown, Jorjett Strumme, Pam Turski, Firooz Zahedi, Bradley Anderson, Judith Light, Jeanne White-Ginder, John Warner, Landon Parvin, Mike Shriver, Moshe Alon, Mike Iskowitz, Tom Sheridan, Sally Morrison, George Hamilton, Shirine Coburn DiSanto, Charlie Nicholson, Pam Turski, Charlie Nicholson y Mark Harmon.

El material publicado y no publicado comprende: carta de Elizabeth Taylor al fallecido Herb Ritts, 2002, Archivos de Elizabeth Taylor; Collins, Nancy, *op. cit.*; Miller, Holly G., *op. cit.*; Walker, Dana, «Elizabeth Taylor Crusades on AIDS», UPI, 9 de mayo de 1986; Tumulty, Karen, *op. cit.*; recopilación de informaciones de prensa sobre el sida, incluye una nota de Elizabeth Taylor en un discurso crítico con las escasas acciones del presidente Bush en la lucha contra el sida, en la Conferencia Internacional sobre el sida en Amsterdam, Archivos de Elizabeth Taylor; Elizabeth Taylor en *Larry King Live* habla sobre VIH/sida, CNN, 22 de julio de 1996; carta de Elizabeth Taylor a Bradley Anderson, Archivos de Elizabeth Taylor; Marikar, Sheila, «Elizabeth Taylor's Legacy: AIDS' First Famous Advocate», ABC News, 23 de marzo de 2011; en el concierto Homenaje a Freddie Mercury, Elizabeth Taylor habla sobre la prevención de la propagación del VIH y del sida, y sobre las ayudas a los que viven con la enfermedad, 20 de abril de 1992, en el Estadio de Wembley (Londres), Archivos de Elizabeth Taylor; Doonan, Simon, «"Liz Taylor Was My Tooth Fairy!" Talk About a Set of Pearls!», *Observer*, 28 de octubre de 2002; Elizabeth Taylor en la 11.ª Conferencia Anual Internacional sobre el sida, Vancouver, 1996, Archivos de Elizabeth Taylor, y «AIDS Quilt Draws Huge Crowds To Nation's Capital», CNN, 12 de octubre de 1996.

ACTO SEXTO: UN LEGADO DE AMOR

Capítulo 19: En busca de Neverland

Las personas entrevistadas son: Quinn Tivey, Hap Tivey, Tim Mendelson, Lionel Richie, Brooke Shields, Moshe Alon, Gianni Bozzacchi, George Hamilton, Robert Wagner, Marianne Williamson, Bernadeta Bajda, Bruce Vilanch, Moshe Alon, Michael Feinstein, Arthur Allen Seidelman, Barbara Davis, Michael Roth, Morgan Mason, Shirine Coburn DiSanto, Bradley Anderson, Charlie Nicholson, Doris Brynner, Jorjett Strumme, Bill Misenhimer, Louis Fishman, Delphine Hirsh, Mark Harmon y Firooz Zahedi.

El material comprende: una nota inédita, escrita por Elizabeth después de la muerte de Michael, Archivos de Elizabeth Taylor; notas manuscritas por Elizabeth Taylor, en las que explica su ansiedad antes de una intervención quirúrgica, sin fecha pero posiblemente de 1991, Archivos de Elizabeth Taylor; Tsioulcas, Anastasia, «Michael Jackson: A Quarter-Century of Sexual Abuse Allegations», NPR, 5 de marzo de 2019; entrevista de archivo de Joe Spellman, 5 de mayo de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; carta de Elizabeth a Larry Fortensky, Archivos de Elizabeth Taylor; carta manuscrita de Elizabeth Taylor a Larry Fortensky (no está claro si es un borrador o una carta nunca enviada) adjunta un pósit con fecha de 2010, Archivos de Elizabeth Taylor; Theroux, Paul, *op. cit.*; Graham, Caroline, «She Put on a Fur Coat over Her Nightdress and Fell Giggling in the Snow: Elizabeth Taylor's Builder ExHusband on Their Truly Bizarre Marriage», *Daily Mail*, 23 de abril de 2011; Hall, Carla, «For Liz, Larry, a Taylor-Made Wedding», *Washington Post*, 7 de octubre de 1991; Heymann, C. David, *op. cit.*; «Larry King Interview with Elizabeth Taylor», CNN, 30 de mayo de 2006; Limon, Enrique, «Madonna and Michael Jackson: 30 Years Later, This Iconic Oscar Date Remains to Be Topped», *Independent*, 26 de abril de 2021; «Michael Jackson ‘Barely Able to Function’», *Los Angeles Times*, 16 de noviembre de 1993; entrevista de archivo a George Hamilton, 25 de agosto de

2015, Archivos de Elizabeth Taylor; Branson-Potts, Hailey, «Dr. Arnold Klein Dies at 70; Dermatologist to Michael Jackson and Other Stars», *Los Angeles Times*, 23 de octubre de 2015, y Bamigboye, Baz, «The Day I Sang for Elizabeth Taylor, by the *Mail*'s Baz Bamigboye», 23 de marzo de 2011, *Daily Mail.*

Capítulo 20: Perdón

Los entrevistados son: Liza Todd Tivey, Chris Wilding, Tim Mendelson, Todd Fisher, Joan Collins, Shirine Coburn DiSanto, Lionel Richie, Robert Wagner, George Hamilton, Maria Pignataro, June Pagan, Ilene Amy Berg, Patric Verrone, Ruta Lee, Neil Zevnick, David Ho, Mike Iskowitz, Moshe Alon, John Tillinger, Leroy Perry, Peter England, Cliff Morrison, Bruce Weber y Gary Pudney.

El material publicado y no publicado comprende: dicho a Brad Darrach, «Si mañana el bisturí resbalara, moriría sabiendo que he vivido UNA VIDA EXTRAORDINARIA», *Life*, abril de 1997; Smith, Liz, «Liz Taylor Performs "Love Letters"», *Variety*, 3 de diciembre de 2007; «Barbara Walters Special», 1999, Archivos de Elizabeth Taylor; entrevista sin cortes ni enmiendas a Elizabeth Taylor en la que cuenta anécdotas de los comienzos de su carrera artística, habla sobre la fuerza de su relación con Richard Burton, y más, Foxstar Productions & Prometheus Entertainment, de A&E *Biography*, 2003, Archivos de Elizabeth Taylor; Nordyke, Kimberly, «Debbie Reynolds Reveals How She Forgave Elizabeth Taylor», *Hollywood Reporter*, 24 de marzo de 2011; Sessums, Kevin, «Elizabeth Taylor Tells the Truth», *POZ*, 1 de noviembre de 1997; entrevista de la Casa Taylor con Norma Heyman, 4 de junio de 2015, Archivos de Elizabeth Taylor; Benson, Harry, «Elizabeth Taylor, Photographer's Muse: Harry Benson Remembers the Actress», *Daily Beast*, 24 de marzo de 2011; Reed, Rex, «Elizabeth Taylor Sees Red in 'The Blue Bird'», *Ladies' Home Journal*, octubre de 1975; entrevista con Elizabeth Taylor, *60 Minutes*, 1997; entrevista con Elizabeth Taylor, *CBS Sunday Morning*, 2004.

Capítulo 21: Dama Elizabeth

Los entrevistados son: Tim Mendelson, Quinn Tivey, Chris Wilding, Colin Farrell, Robert Wagner, Barry Manilow, Barbara Berkowitz, Sarah Ferguson, Lil Heyman, Marion Rosenberg, Ziv Ran, Guy Masterson, David Rowe-Beddoe, André Leon Talley, Richard Young, Marc Cherry y Trish McCaldin.

El material publicado y no publicado comprende: una carta privada de Bob Dylan a Elizabeth, fechada el 15 de septiembre de 1988, Archivos de Elizabeth Taylor; El cuestionario Proust a Elizabeth Taylor (sus respuestas manuscritas fueron escritas por Tim en papel legal amarillo, sin fecha, *c.* 2000-2009), Archivos de Elizabeth Taylor; cartas entre Elizabeth Taylor y Colin Farrell, 2009, Archivos de Elizabeth Taylor; Rodaje con cámara manual de Elizabeth Taylor en un monitor, preparando y dando una entrevista relativa a su nuevo perfume/nueva fragancia, *Black Pearls*, Tim Mendelson y Firooz Zahedi, 7 de marzo de 1996, Archivos de Elizabeth Taylor; Kass, John, «Unearthing of Taylor's 3rd Husband's Grave Still a Chicago Mystery», *Chicago Tribune*, 24 de marzo de 2011; Cable, Simon, «The Bust of Richard Burton That Made Liz Taylor Burst into Tears», *Daily Mail*, 30 de abril de 2010; Melnick, Meredith, «Elizabeth Taylor's Killer Beauty», *Time*, 26 de marzo de 2011; Barnes, Brooks, «Gay Bar Mourns Elizabeth Taylor», *New York Times*, 24 de marzo de 2011; Moodie, Clemmie, «Elizabeth Taylor Fed to the Sharks», *Daily Mail*, 19 de septiembre de 2006; Martínez, Edecio, «Elizabeth Taylor Funeral to be Protested by Westboro Baptist Church», 24 de marzo de 2011; Leonard, Elizabeth, «Elizabeth Taylor Remembered at Private Memorial», *People*, 17 de octubre de 2011; entrevista completa a Elizabeth Taylor en *Larry King Live*, 15 de enero de 2001, Archivos de Elizabeth Taylor, y Hopkins, Gerard Manley, «The Leaden Echo and the Golden Echo».

Capítulo 22: La subasta: «El recuerdo siempre nos devuelve una punzada de alegría, de amor»

Las personas entrevistadas son: Tim Mendelson, Barbara Berkowitz, André Leon Talley, Stephen Lash, François Curiel, Daphne Lingon, Rahul Kadakia, Marc Porter, Heather Barnhart, Jennifer Tilly y Nancy Valentino.

El material comprende: DeMarco, Anthony, «Elizabeth Taylor Jewelry Sale Is the Most Valuable in Auction History», *Forbes*, 15 de diciembre de 2011; Rodaje con cámara manual de Elizabeth Taylor en un monitor, preparando y dando una entrevista relativa a su nuevo perfume/nueva fragancia, *Black Pearls*, Tim Mendelson y Firooz Zahedi, 7 de marzo de 1996, Archivos de Elizabeth Taylor; Michaud, Chris, «$116 Million Auction of Liz Taylor Jewels Breaks Record», Reuters, 14 de diciembre de 2011; Taylor, Elizabeth, *My Love... op. cit.*, y entrevista completa a Elizabeth Taylor en *Larry King Live*, 15 de enero de 2001, Archivos de Elizabeth Taylor.

EPÍLOGO: ALEGRÍA DE VIVIR

Los entrevistados son: Liza Todd Tivey, Quinn and Rhys Tivey, John Warner, John Travolta, Lesley-Anne Down, Chris Wilding, Naomi Wilding, Eliza Carson, Barbara Berkowitz, Whoopi Goldberg, Francesca Tolot, Kenneth Cole, y Aileen Getty.

El material publicado y no publicado comprende: Kashner, Sam, *op. cit.*; Lennon-Dearing, Robin, «Spreading HIV, the Virus That Causes AIDS, Is Against the Law in 37 States With Penalties Ranging up to Life in Prison», *The Conversation*, 22 de septiembre de 2021; Dunne, Dominick, «Oscar Galas to Remember», *Vanity Fair*, marzo de 2005; Waterbury, Ruth, y Gene Arceri, *op. cit.*, y *My Love Affair with Jewelry* entrevistas, cinta 4, Archivos de Elizabeth Taylor.

Bibliografía selecta

ALLAN, John B., *Elizabeth Taylor*, Derby, Connecticut, Monarch Books, 1961.

BOSWORTH, Patricia, *Montgomery Clift: A Biography,* Nueva York, Bantam Books, 1980 [hay ver. esp.: *Montgomery Clift: Biografía*, Barcelona, Planeta, col. Documento, 1980, trad.: Josefina Guerrero]

BOZZACCHI, Gianni, *Elizabeth Taylor: The Queen and I,* Madison, University of Wisconsin Press, 2002.

BOZZACCHI, Gianni, y Joey TAYLER, *My Life in Focus: A Photographer's Journey with Elizabeth Taylor and the Hollywood Jet Set,* Lexington, University Press of Kentucky, 2017.

BRODSKY, Jack, y Nathan WEISS, *The Cleopatra Papers: A Private Correspondence,* Nueva York, Simon & Schuster, 1963.

BURTON, Richard, *Meeting Mrs. Jenkins*, Nueva York, William Morrow & Co., 1966.

CASILLO, Charles, *Elizabeth and Monty: The Untold Story of Their Intimate Friendship,* Nueva York, Kensington Publishing Corp., 2021.

CASILLO, Charles, *Marilyn Monroe: The Private Life of a Public Icon,* Nueva York, St. Martin's Press, 2018.

CHRISTIE'S, *The Collection of Elizabeth Taylor*, Nueva York, Christie's, 2011.

COHN, Art, *The Nine Lives of Michael Todd,* Nueva York, Random House, 1958.

COSGRAVE, Bronwyn, *Made for Each Other: Fashion and the Academy Awards,* Nueva York, Bloomsbury, 2006.

FISHER, Eddie, y David Fisher, *Been There, Done That,* Nueva York, St. Martin's Press, 1999.

FISHER, Todd, *My Girls: A Lifetime with Carrie and Debbie,*

Nueva York, William Morrow, 2018.

GATES, Phyllis, y Bob Thomas, *My Husband, Rock Hudson,* Nueva York, Doubleday & Company, 1987.

GRIFFIN, Mark, *All That Heaven Allows: A Biography of Rock Hudson,* Nueva York, Harper Collins, 2018.

HARRIS, Mark, *Mike Nichols: A Life,* Nueva York, Penguin, 2021.

KASHNER, Sam, y Nancy SCHOENBERGER, *Furious Love,* Nueva York, Harper Collins, 2010.

KELLEY, Kitty, *The Last Star,* Nueva York, Simon & Schuster, 1981.

LORD, M. G., *The Accidental Feminist: How Elizabeth Taylor Raised Our Consciousness,* Nueva York, Walker and Company, 2012.

MADDOX, Brenda, *Who's Afraid of Elizabeth Taylor,* Nueva York, M. Evans and Company, Inc., 1977.

MANN, William J., *How to Be a Movie Star,* Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2009.

MORTON, Andrew, *Diana: Her True Story In Her Own Words,* Nueva York, Simon & Schuster, 2017.

OPIE, Catherine, *700 Nimes Road,* Nueva York, Prestel, 2015.

SHEPPARD, Dick, *Elizabeth: The Life and Career of Elizabeth Taylor,* Nueva York, Doubleday, 1974.

SHILTS, Randy, *And the Band Played On: Politics, People, and the AIDS Epidemic,* 20th Anniversary Edition, Nueva York, St. Martin's Griffin, 2007.

Taraborrelli, J. Randy, *Elizabeth,* Nueva York, Grand Central Publishing, 2006.

TAYLOR, Elizabeth, y Dick MERYMAN, *Elizabeth Taylor,* Nueva York, Harper & Row, 1964.

TAYLOR, Elizabeth, y Jane SCOVELL, *Elizabeth Takes Off,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1987 [hay ver. esp.: *Elizabeth cambia de rumbo*, Barcelona, Planeta, 1988, trad.: J. M. Álvarez]

TAYLOR, Elizabeth, *My Love Affair with Jewelry,* Nueva York, Simon & Schuster, 2002.

TUMULTY, Karen, *The Triumph of Nancy Reagan,* Nueva York, Simon & Schuster, 2021.

WANGER, Walter, y Joe HYAMS, *My Life with Cleopatra: The Making of a Hollywood Classic,* Nueva York, Vintage Books, 1963.

WATERBURY, Ruth, y Gene ARCERI, *Elizabeth Taylor: Her Life, Her Loves, Her Future,* Nueva York, Bantam Books, Inc., 1964.

WILLIAMS, Chris (ed.), *The Richard Burton Diaries,* New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2012.

WILLOUGHBY, Bob, *Liz: An Intimate Collection: Photographs of Elizabeth Taylor,* Nueva York, Merrell, 2004.

ZAHEDI, Firooz, *My Elizabeth,* Nueva York, Glitterati, 2016.

Notas

1. Nota de Elizabeth a su madre, en 1939, cuando tenía siete años, errores incluidos.

2. Sistema de creencias basado en la sanación por medio de la fe, establecido a finales del siglo. XIX por Mary Baker Eddy, fundadora de la Iglesia de Cristo Científico. *(N. del T.)*

3. Alusión a la popular (en países angloparlantes) rima infantil *Humpty Dumpty*, que a su vez alude a *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. *(N. del T.)*

4. Organización no gubernamental fundada en 1938 por el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, para luchar contra la epidemia de polio que afectaba al país; posteriormente, se ha dedicado a promover la sanidad perinatal e infantil. *(N. del T.)*

5. Las jóvenes jugaban con el doble significado de *slob* en inglés: vago, gandul, y a la vez sucio, cochino. *(N. del T.)*

1. Premio anual al mejor jugador universitario de fútbol americano. *(N. del T.)*

2. Variante menos agresiva del mismo deporte, en la que, en lugar de placajes, se emplean toques. *(N. del T.)*

1. Elizabeth Short, una aspirante a actriz, fue asesinada en 1947 en Los Ángeles. El caso, apodado de la «Dalia Negra», permanece abierto. *(N. del T.)*

1. *La vida secreta de Walter Mitty* es una colección de relatos del escritor James Thurber, publicados a finales de los años 1940. Cuenta las fantasías en las que se pierde un anodino hombre estadounidense de clase media como resistencia ante una vida gris y desagradable. *(N. del T.)*

1. Nombre del teatro (y de la compañía que aloja) antiguamente llamado Royal Victoria Hall, considerado una de las máximas expresiones del teatro inglés clásico y, específicamente, del teatro shakesperiano. Su compañía es una de las puntas de lanza del Royal National Theatre. *(N. del T.)*

2. *King's (o Queen's) English* es el modo en que se hace referencia a la pronunciación estándar *(Received Pronunciation)* de la lengua inglesa en Gran Bretaña. Se emplea como referencia para para todas las demás pronunciaciones y acentos del inglés británico. *(N. del T.)*

1. La nota de Elizabeth Taylor hace referencia a Shakespeare, concretamente a *Hamlet*, acto I, escena V: «Descansa, descansa, agitado espíritu». *(N. del T.)*

2. Hussein hace referencia al último verso del célebre poema *Los hombres huecos*, de T. S. Eliot: «Así es como acaba el mundo / No con un estallido, sino con un quejido». *(N. del T.)*

1. Calle del barrio de Mayfair (Londres Oeste) famosa por sus sastrerías de lujo para hombre. *(N. del T.)*

2. Entre 1955 y 1994, los restaurantes de McDonalds exhibían, en el cartel exterior, la cuenta de los millones (y, posteriormente, miles de millones) de hamburguesas que habían servido. Desde 1994 se sustituyeron por la frase «miles y miles de millones vendidos». Joan Rivers hace una perversa referencia a esa costumbre. *(N. del T.)*

3. Perle Mesta (nacida Pearl Skirvin, 1889-1975) fue una figura de la alta sociedad estadounidense que llegó a ser embajadora ante Luxemburgo entre 1949 y 1953. *(N. del T.)*

1. Medicamento que consta de dos principios activos: ácido acetilsalicílico (aspirina) y oxicodona, un opioide altamente adictivo. *(N. del T.)*

1. La enfermedad aparece por primera vez en el *Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española (DMILE)* de la Real Academia en 1989, escrita en mayúsculas; ya en el DRAE de 1992 aparece en su forma actual, en minúsculas. *(N. del T.)*

2. *Holy rollers* (rodadores santurrones) es el peyorativo apodo que recibió una secta fundada en 1903 en Oregón, Estados Unidos, por Franz Edmund Creffield, quien le puso por nombre «Las novias de Cristo». Sus adeptos se arrojaban al suelo para rezar y rodaban de un lado a otro para mostrar su éxtasis. El apelativo se sigue aplicando a quienes exageran (o fingen) sus sentimientos religiosos. *(N. del T.)*

1. Teamsters National Union es el sindicato mayoritario del sector transportista (camiones) en Estados Unidos. *(N. del T.)*

1. Popular crema depilatoria en Estados Unidos. *(N. del T.)*

Elizabeth Taylor
Kate Andersen Brower

Título original: ELIZABETH TAYLOR. The Grit & Glamour of an Icon by © Kate Anderson Brower and ERT, LLC, publicado por primera vez en HarperCollins Publishers, 2022.

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: Jacket Photograph © Daily Express/Hulton Archive/Getty Images

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2023

ISBN: 978-84-480-3969-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta